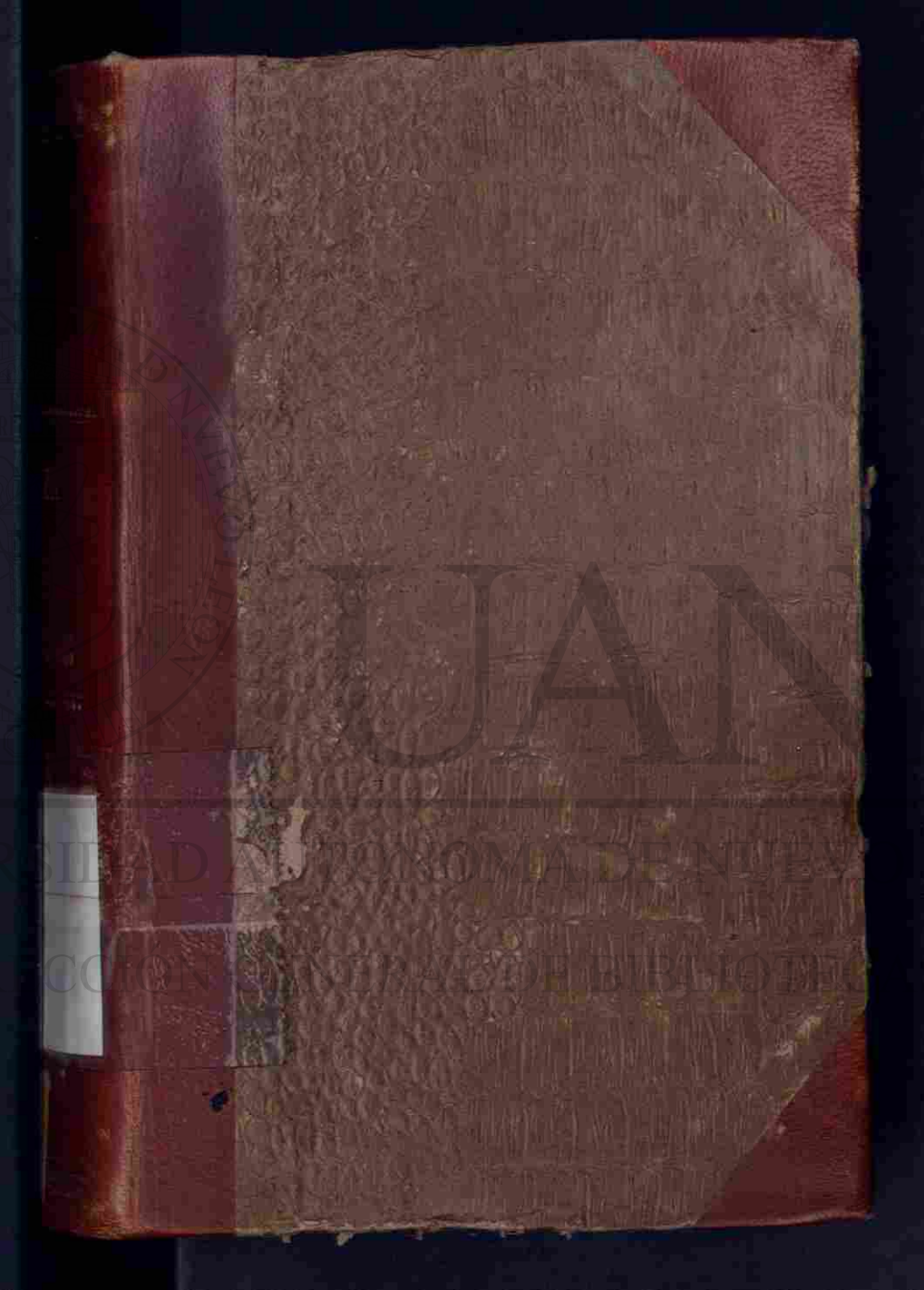


MISCELANEA

SANTOS
Y
VENERABLES

BX4705
.V4
C7
c.1

009053



1080021209

ALERE FLAMMAM VERITATIS

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL PADRE DAMIÁN

POR

MAD. AUGUSTUS CRAVEN,

NACIDA LA FERRONAYS.

Versión española de

JOSÉ LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS.

Editores. Francisco Torres y Cía.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

GUADALAJARA.
"La Torre Eiffel."—Tip. de Francisco Torres y Cía.
1891.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al Sr Cura de Flat
manalco Dn Emeterio Va
verde.

Ameca Obre
P. Miegar

EL PADRE DAMIAN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL PADRE DAMIÁN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
y Tellez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL PADRE DAMIÁN

POR

MAD. AUGUSTUS CRAVEN,

NACIDA LA FERRONAYS.

Versión española de

JOSÉ LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS.

Tipos. Francisco Torres y Cía.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

GUADALAJARA.
"La Torre Eiffel,"—Tip. de Francisco Torres y Cía.
1891.

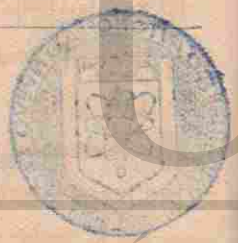
45625

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BX4705
.V4
C7

☞Es propiedad del traductor.





UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡SURSUM!

El relato que este libro contiene, atesora virtud poderosa, que arrebata la voluntad y hace abrir las alas del alma.

No busqueis en él método artificioso ni pomposas palabras; es la historia sencilla de la vida de un misionero, escrita por una mujer de corazón, sin pretensiones literarias, pero con profundo sentimiento de admiración y de respeto.

Deslízase la narración de un modo espontáneo, como sosegado riachuelo sin

000053

bulliciosa corriente ni caidas estrepitosas; pero su misma tersura y placidez hácenla risueña y hermosa, tanto, que parece reflejar el puro azul de los cielos.

Este libro, pequeño por su volumen, es grande por su contenido; pocos habrá que encierren historias tan admirables como la que refiere, sublimidades tan grandes como las que abarca, golpes de vista al infinito, tan imponentes como los que abre á los ojos de los lectores. Indecible sentimiento de sobrehumana alegría, al par que de terror sagrado, inspira al absorto corazón. Tabor es y Gólgota al mismo tiempo: cumbre gloriosa donde aparece el hombre trasfigurado. El barro humano se hace resplandeciente sobre esas alturas.

No es una biografía, sino un poema. Es una historia real y contemporánea,

que se ha desarrollado á nuestros ojos, mucho más tierna y hermosa que las creaciones de los poetas. No hay epopeya fantástica, por espléndida que sea, que contenga trama tan luminosa, sobre fondo tan inmenso como esta verídica historia. Ni Dante, ni Shakspeare, ni Victor Hugo concibieron planes tan vastos y deslumbrantes como el de esta obscura existencia, consagrada á los leprosos en el cabo del mundo. La realidad es en esta ocasión, más poética que la ficción misma; el hecho superior al ensueño.

Este libro es la reivindicación del género humano. A los que dicen que el hombre no es más que un gusano inmundo, montón de podredumbre y saco de miserias, puede mostrárseles esta biografía, como irrefragable argumento que demuestra la nobleza ingénita de la humana

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

criatura. A través de estas páginas, descúbrese la substancia inmortal que la constituye, la realeza de su condición y lo eminente de su origen; de tal suerte que al terminar la lectura, viénese naturalmente á los labios esta expresión: *¡No cabe duda, el hombre pertenece á una dinastía celeste!*

* * *

¿No veis al P. Damián de Veuster decir adiós á la juventud, al amor, á la dicha, y arrojarse sin titubear en un mundo de horrores, dominado por las aspiraciones de un altruismo sublime?

En el dintel de la juventud, cuando la soñadora adolescencia entonaba en su co-

razón el himno de la vida; cuando se abrían sus sentidos embelesados á la luz, que todo lo inunda, á la armonía, que todo lo encanta, y al amor que todo lo engrandece: volvió la espalda á todos esos hechizos, dijo adiós por siempre á tan soñadas maravillas, y avanzó por el camino que conduce al dolor, para acompañar y dar consuelo á los que lloran. Trocó su blanca vestidura de niño por el negro sayal del misionero, el estrépito de la sociedad europea, por el silencio del continente oceánico, los placeres de la civilización por las asperezas del apostolado, el descanso por el trabajo, la alegría por la tristeza, la propia dicha por el consuelo ajeno.

Fija la mirada en faro altísimo, indiferente á las engañosas seducciones de la vida, renunció sin ostentación á todo re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gocijo, á todo triunfo; y, en medio del silencio fué á ocultarse á un rincón apartado del mundo, para dar vuelo á los nobles sentimientos de su corazón y á los generosos ideales de su mente.

Pero aun le pareció pequeño el sacrificio. Evangelizar naciones idólatras, predicar la buena nueva á gentes sentadas en la noche de la barbarie, vivir en medio de la pobreza, era poco todavía para aquella alma ardorosa, impulsada por el afán misterioso del sacrificio y criada para cumplir en el espacio y en el tiempo admirables destinos.

No faltan apóstoles á los gentiles, ni bienhechores á los que sufren; pero la escala descendente de la desventura humana, tiene grados infinitos, que van hundiéndose más y más en el abismo del dolor. Hay entre los infelices, algunos junto á los cuales parecen dichosos los que lloran ordinarias desventuras; predilectos de la fatalidad, resumen y espejo de las humanas malandanzas.

La abnegación tiene su límite y el heroismo su medida. Hay abismos á cuya orilla se detienen los más esforzados y á donde nadie es osado de bajar, por ser más horribles que los otros, más hondos, lóbregos y callados.

El P. Damián buscó el más pavoroso de todos, aquel donde se revuelven los náufragos de la vida, donde toda salvación es imposible, donde el dolor ha escrito con fuego en muros de tinieblas: *¡renunciad á toda esperanza!*; y sabiendo que no podría salir nunca de allí, que iban á tragarle las sombras, á morderle los dolores, á atenacearle el corazón espantos sobrehumanos, gritó á los cautivos de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aquella cárcel horrible: ¡*Animo, voy á bajar hasta vosotros*!, y descendió en efecto, llevando en la mano la antorcha divina del consuelo.

El mundo quedó estupefacto, porque hasta aquel día, nadie había bajado á aquel círculo dantesco.

* * *

Los emperadores romanos, en su odio contra la Cruz, inventaron espantosos tormentos para los discípulos de Cristo. Despedazábanlos con garfios, mutilábanles los miembros, los daban por pasto á las fieras, cubríanlos con resina y les prendían fuego para hacerlos servir como teas que alumbrasen sus jardines.

La Edad-Media en su rudeza, inventó ó perfeccionó crudelísimos tormentos: el potro, el borceguí, el agua, el fuego, los azotes, la horca.

Las naciones bárbaras son refinadas para dar martirio: atan á los hombres á la cola de caballos brutos; sujetan los miembros de las víctimas á copas de árboles encorvados para que los descuarticen al erguirse; untan de miel los cuerpos desnudos y, sujetos con cuerdas, los exponen al raso para que las moscas los devoren; sacan los ojos, empalan, entierran á los vivientes.

Los ascetas se remontan á los cerros, viven en cuevas frías y lóbregas, duermen sobre el suelo desnudo, comen raíces y hierbas del campo.

Los santos ayunan, se flagelan, se cubren de silicios, agotan sus fuerzas y vi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ven estenuados y débiles, en perpetua oración y postrados de hinojos.

Todos esos sufrimientos son tremendos, y hielan de espanto la sangre; ninguno de ellos con todo, es comparable á las torturas de la lepra. Ese mal inmundo lleva en sí más rabia atormentadora que ningún otro. El martirio, por más que dure, agota rápidamente las fuerzas; la muerte, por lenta que sea, redime pronto del sufrimiento. La penitencia tiene sus placeres, la abstinencia sus deliquios y la oración sus sabrosos arrobos.

La lepra no tiene lenitivo. Apodérase de la sangre, envenena sus humores, circula por todo el cuerpo, alisa y abrillanta la piel, entumece las carnes, abotaga y desfigura los miembros, afea y degrada el rostro, abre llagas, mutila miembros, incompleta el organismo, apaga la

voz, postra, debilita, inutiliza; y poco á poco, muy lentamente, como gozándose en los estragos que hace, dolores que causa y postraciones que engendra, arrastra al que la padece al fondo del sepulcro.

¡Si al menos hubiese esperanza, por remota que fuera! ¡Si hubiese hierba misteriosa, substancia valiosísima, operación quirúrgica por dolorosa que fuera, que pudiese curarla; aun cuando fuese la extirpación de una parte del cuerpo, la cuarta, la tercera, la mitad; aun cuando no pudiese salvarse sino el tronco sin piernas ni brazos, pero limpio, sin úlceras, sin que la podredumbre continuase avanzando por todas partes, como jauría de perros hambrientos! Si á costa de un tesoro pudiera comprarse la salud, sacrificando toda su fortuna los ricos, vendiéndose por esclavos los pobres! ¡Si toman-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do el báculo del peregrino y caminando á pié á Roma, y de allí á Jerusalén, hasta el sepulcro del Salvador, pudiera obtenerse gracia y no beber de ese cáliz!.....

Pero no hay remedio: todo esfuerzo es inútil, estéril toda diligencia. La ciencia humana se detiene impotente en presencia de ese horrible azote, y cruzada de brazos, le ve avanzar inexorable, desde que aparece con su primer síntoma, hasta que acaba por devorar á su presa.

Ni el arte, ni la riqueza, ni el amor pueden arrebatar su víctima al sufrimiento. Quédase abandonado el paciente, á solas con su dolencia en el seno de la humanidad, como el caminante que en medio del desierto, lejos de los aduares y de las caravanas, se ve acometido por bestias carniceras, y en vano se defiende, llama y pide socorro, porque nadie le oye.

¡Si al menos concluyera pronto el martirio! Fuera piadoso si desempeñara rápidamente su tremenda misión. Pero, lejos de eso, va paso á paso midiendo su desarrollo con cautelosa parsimonia; es casi invisible su marcha, como la del aceite, que se extiende sin ruido y crece todos los días una línea, hasta que acaba por cubrir toda la tela. Echa instante por instante adarmes de sufrimiento en el platillo de la balanza, para que no descienda de un golpe hasta el fondo de la tumba. Maltrata, estruja, estropea, muerde, clava la garra y devora sin precipitación, en un *crescendo* lúgubre. Mata á sus víctimas con la lentitud con que el gastrónomo gusta manjares apetitosos: poco á poco, á pequeños bocados, para que el placer no concluya pronto, para que el goce se prolongue.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Si al menos el mal no fuese asqueroso! El comercio social con sus atractivos apartaría el espíritu del enfermo, de la consideración de su miseria; hiciérale olvidar por momentos sus dolores, y diérale algún consuelo. Pero la lepra lleva consigo la repulsión, como todo lo inmundo, como toda podredumbre, como toda cosa hedionda. Nadie toca al paciente, apártanse de él los ojos con repugnancia, contiénese el aliento cuando pasa, y el infeliz, abandonado á su suerte, agiganta en su imaginación los males que gime, sufre con el espíritu más que con el cuerpo, y tendidas al espacio las estropeadas manos en señal de súplica, no halla quien le valga, ni siquiera la muerte; y oye la voz del destino que le dice: *¡No hay esperanza, necesitas subir con la cruz á cuestas, todo el camino del Calvario!*

***

Al seno de esa enfermedad sin igual lanzóse el misionero.

Estaba preparado anticipada y artísticamente el escenario para recibirle. La isla de Molokay hallábase poblada por puros leprosos.

Recluidos por orden de la autoridad, eran abandonados en aquel sitio abrupto, rodeado por el mar, para incomunicarlos con todo el mundo y apartarlos de la humanidad sana, que tenía horror á su contacto. Nunca se había visto reunión tan numerosa de puros leprosos en un mismo lugar; toda la población de la isla era de enfermos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Entregados á la desesperación, vivían como bestias bravas casi al haz de la tierra, sin que una mano caritativa enjugase sus lágrimas, y, exacerbados sus sufrimientos por su misma miseria, habíanse encenagado en los vicios, buscando en ellos no alivio, sino olvido. Así vegetaban amontonados, carne con carne y llaga con llaga, comunicándose y emponzoñándose más y más sus mismas hediondeces, olvidados, á lo que parecía, del cielo y de la tierra. Hubiérase dicho que una tiranía inicua habíalos colocado deliberadamente en aquel destierro, para que fermentase con mayor violencia su podredumbre y creciese infinitamente su martirio.

Tal aspecto presentaba la colonia cuando se fijó en ella la mirada del apóstol. Necesitaban aquellos huérfanos

protección, aquellos moribundos cuidados, aquellos infelices consuelo; partía el corazón mirarlos en tan inmenso desamparo. Harto grande era su desgracia para que así se les abandonase á su suerte. Aun era posible llevar algún lenitivo á sus almas y cuerpos atormentados. Tendidos en el potro, clamaban pidiendo una gota de agua para refrescar su boca sedienta, y no había quien se la diera.

No titubeó el sacerdote. Había ya dejado la Europa por la Oceanía; ahora dejó la sociedad de los sanos y limpios para irse á vivir con los leprosos. Fuese á reunir con ellos, no por tiempo determinado, ni entre tanto que los hiciese entrar en policía, les edificara habitaciones y templos y reformase sus costumbres; sino por toda la vida, para siempre.....

Y pasó diez y seis años, sin más socie-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dad que la suya, á la vista de sus rostros desfigurados, manos mutiladas y llagas sangrientas; escuchando sus voces roncas y fatigadas; respirando las emanaciones corrompidas de la descomposición de sus cuerpos. Y pasó toda esa larga serie de dias, curándoles las úlceras con su propia mano, vendándoles los miembros doloridos, escuchando sus confesiones rostro con rostro, bañado por su aliento fétido. Y les edificó templos y aldeas, y les erigió hospicios, hospitales y escuelas, y trasfiguró su alma conturbada, purificando su conciencia é infundiéndoles esperanzas del cielo. Nunca padre bueno y celoso se elevó en medio de sus hijos, con mayor dulzura, benevolencia y amor, que él en medio de su familia enferma; ni jamás padre cariñoso ha sido visto por

los suyos con mayor gratitud, veneración y respeto, que él por los leprosos.

En ese dilatado espacio de tiempo, desenvolvióse la portentosa epopeya que esta breve historia relata.

El desenlace del drama fué tan augusto como su principio. Contagiado el P. Damián, murió desfigurado, afeado y corroido por la lepra, en aquel mismo sitio consagrado por su heroismo. ¡Hermoso descenlace, preparado por hábil artista! Para que resaltase la grandeza de la abnegación, para que el sacrificio fuese completo y conmoviese hasta á los corazones más endurecidos, fué preciso que el héroe sucumbiese víctima de su misma generosidad y espirase pendiente de la cruz, como todos los redentores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

* * *

¡Hosanna en las alturas!

Aun hay grandeza en la vida. En este siglo de combate infinito, en medio de la lucha por la existencia, y bajo el imperio de la ley de la selección; aun aparecen sobre el mundo fuerzas que no son mecánicas, lazos humanos ajenos al interés, y luces que proceden de los espíritus.

En vano vivimos en nuestro mezquino terruño, fija la vista en el suelo, figurándonos que el mundo termina en nuestro pequeño sembrado ó en nuestro mísero cortijo; de improviso cruza un meteoro por el espacio, y á su fulgor desconocido, vemos que el cielo se extiende hácia arri-

ba, y que la tierra se ahonda hácia abajo, y llenos de tanta admiración como espanto, oimos que algo nos dice en el fondo de la conciencia, que no somos más que átomos suspensos en medio de la inmensidad.

No cabemos ya en la tierra; nos estorbamos los unos á los otros. Marchamos codo con codo, impidiéndonos el movimiento, y á fin de ensanchar el espacio, nos empujamos, derribamos y atropellamos, según el grado de nuestras fuerzas. ¡A vivir! grita la humanidad, y precipitándose en la existencia, truécala en palenque cerrado donde triunfan los fuertes, y son arrollados los débiles.

¡Causa vértigo el torbellino, asorda el clamoreo, atruena los aires el estrépito! Ruido de fraguas, golpear de martillos, silbar de máquinas, relampaguear de lla-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas y de luces, mézclanse en el escenario, en agitado caos de hombres, cosas y elementos; y en el fragor de la lucha y júbilo de la victoria, crugen bajo la planta los huesos de los caídos, y quedan sofocados los lamentos de los que lloran.

Mas, súbito, aparece un mortal extraordinario que se aparta de la multitud, sale de la senda trillada, y dice: *¡Oh hombres, renuncio á todo eso que os desvela, os cedo mi parte de dicha!*; y entra en la sombra donde gime el desecho social, en la cripta obscura donde se agitan los que, inútiles para el combate, son una carga para los laboriosos, y pasan la vida en darramar lágrimas; y, alimentándose con las migajas que caen de la mesa del festín mundano, consagra toda la actividad de su alma y todo el vigor de su cuerpo, á aliviar dolores, enjugar lágrimas y hacer sonreir labios sollozantes, hasta que al fin la ola de la común desgracia le alcanza, envuelve y arrastra, sumergiéndole en el océano de la muerte.

Entonces la humanidad se detiene desorientada y llena de sorpresa. ¡Cómo! ¿Puede haber algo más que sus ideales? ¿hay quien prescinda de perseguirlos? ¿hay quien busque la dicha en el sacrificio?

Ante aquella revelación, la riqueza, el placer y la dicha causan sonrojo, y siéntense pequeños los felices de la tierra. Al oir el aleteo del ángel, levanta la cabeza la grey de Epicuro, y percibe el hedor de su lodazal. ¡Cuán grandes son los espacios, y qué profundos los abismos que se ciernen sobre nuestras cabezas!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

* * *

¡Cuán hermosa parece la deformidad física del P. Damián, á través de su heroismo! Sus llagas profundas, sus estropeadas manos, su frente herida por el aguijón del tormento, todo en él es luminoso, todo sublime!

Su vida es para la humanidad un grito que baja de la altura. Sus hechos, narración maravillosa, destruyen el fingido encanto de todo lo ruín, bajo y deleznable que nos rodea, y descorren á nuestros ojos el velo que oculta la verdadera grandeza.

¡La inmolación del Apóstol de los Le-

prosos es un latigazo de luz, aplicado sobre la espalda de la bestia humana dormida!

¡Arriba, espíritus aletargados, arriba!

El traductor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EL PADRE DAMIAN.

I.

Aunque aquel á cuya memoria quiero consagrar estas contadas páginas, haya sido un misionero católico, de nacionalidad belga, y perteneciente á una orden religiosa francesa, no voy á invocar á su favor, al principio de este trabajo, ni el testimonio de Bélgica, ni el de Francia, ni aun el de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la Iglesia, que ha bendecido su apostolado. Por una circunstancia extraordinaria, que hará conocer el curso de este relato, la santidad de un sacerdote católico ha conquistado la admiración de un pueblo extranjero á su nacionalidad y á su fé, y la primera aclamación que haya hecho resonar su nombre con honra, hase producido en Inglaterra, donde católicos y protestantes han estado contestes en admirarle.

¡El apóstol de los leprosos de Molokay, el P. Damián acaba de morir!.... Llegó á Londres la nueva en los comienzos de mayo de 1889, y suspendió por un momento todas las discusiones que apasionaban al público. De todos los rangos y clases sociales, de todas las comu-

niones políticas y religiosas, eleváronse un solo grito de piedad y de dolor, y una aclamación unánime de respeto y de admiración, que no fueron, por cierto, los periódicos católicos los únicos en manifestar.

Hé aquí en qué términos resume el *Times* el contexto de un largo artículo alusivo á este suceso:

"El P. Damián trasformó una leprosería en una colonia modelo, digna de servir de ejemplo á todas las del Pacífico.....; ha revestido de honor la ignominia de la lepra.....; su trabajo ha concluido, la hora de un reposo bien merecido ha llegado para él, y la de una *beatificación*, que no se hará esperar esta vez, sin duda alguna, sesenta años para ser proclamada!"

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"La verdad, dice á su vez el *Morning-Post*, ha sobrepujado á la ficción por esta vez, y el más sencillo de los hombres, hase encontrado ser un héroe. El P. Damián reposa ahora en su tumba de leproso, y comprende el mundo una vez más, cuán poco sabe reconocer á aquellos que en su propio seno son los más grandes."

El *Daily Telegraph* finalmente (11 de mayo de 1889) termina con estas palabras, dos columnas de panegírico:

"Este padre católico ha venido á ser un amigo para toda la humanidad. Su glorioso menosprecio de la propia vida, su valerosa interpretación del Evangelio de su Maestro, harán su memoria eternamente venerada. No se puede llorar su muerte, sino tan sólo alabar, bendecir y agradecer; con la seguridad de que para el P. Damián todo está ya *bien* para siempre!"

Podríamos multiplicar las citas hasta el infinito, escogiendo únicamente los testimonios menos sospechosos de parcialidad; es preferible, empero, referir rápidamente aquello mismo que las justifica, y explicar por qué actos ha sabido despertar un simple misionero católico, tan ardiente y universal simpatía, entre aquellos mismos que no eran ni sus compatriotas ni sus correligionarios.

Es que, en efecto, digámoslo desde luego, dió el P. Damián un ejemplo de abnegación y de caridad tan grandes, como la historia del heroísmo no ofrece muchos semejantes.

Por Dios y por las almas, por obtener el bienestar material y trabajar en la salud eterna de un pueblo de enfermos, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

moribundos, dió sencilla y alegremente todo lo que un hombre puede dar aquí abajo. Hizo completo abandono no sólo de toda alegría posible en este mundo, sino de toda esperanza del menor reposo. Vivió voluntariamente trece años en medio de un pueblo de leprosos, siendo él el único exento de la lepra; vino después la hora en que desapareció esta diferencia entre él y su pobre pueblo..... La enfermedad cruel que hería al rebaño, alcanzó al fin al pastor, uniendo á entrambos más que nunca y para siempre. Durante cuatro años todavía, y mientras el mal terrible iba invadiendo gradualmente sus miembros y semblante, continuó trabajando y sufriendo con aquel, hasta que al fin, el 10 de abril de 1889, vino la muerte á hacerle entrar en la beatitud prometida á aquellos que han amado así

á sus hermanos. El Divino Maestro ha dicho que *no hay más grande amor que dar la vida por los que amamos.* ¿Cuál habrá sido la acogida que de Él haya recibido el discípulo que supo entenderle y obedecerle de modo tan perfecto?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

II.

José Damián de Veuster nació el 3 de enero de 1840, en Tremeloo, aldea situada al norte de Lovaina, entre Malinas y Aerschot. Sus padres, piadosos y cristianos, pertenecían á la clase media. A los diez y nueve años fué á Lovaina en compañía de su padre y de su madre, á visitar á su hermano mayor Pánfilo, que era religioso de un convento de la orden de los Santos Corazones de Jesús y de María, llamado de los Hermanos de Pic-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pus. Decidióse allí repentinamente á seguir su ejemplo, y una vez adoptada esa resolución, púsola en práctica sin pérdida de momento; y así volvieron sus padres del viaje, dejando reunidos á sus dos hijos, aceptando ellos mismos este doble sacrificio, con una sencillez y una firmeza que parecen haber sido tradicionales en la familia.

Verdad es que en la vocación de Damián, no hubo de repentino sino la elección de la orden de misioneros en que quiso ser ahora admitido (en vez de entrar en la de los Trapistas, como lo había pensado hasta entonces). Permaneció, pues, cerca de Pánfilo, recibiendo de él buenos consejos y valientes ejemplos.

En 1863, cuando el más joven de los dos hermanos había recibido únicamente las órdenes menores, fué designado el mayor por sus superiores para ir á una misión lejana. Aguardaba el P. Pánfilo con impaciencia la hora en que se le llamase á este género de apostolado, y disponíase á obedecer con alegría, cuando, en el momento en que todo estaba presto, y señalado y próximo el día de la partida, acometióle grave enfermedad, que le puso fuera de estado de emprender la marcha. Entonces Damián, viendo el dolor de su hermano, acercóse á él vivamente, y le preguntó si le serviría de consuelo que fuese él á reemplazarle. Dióle respuesta afirmativa el enfermo, y en el acto Damián, con la generosa impetuosidad que le caracterizó siempre, escribió á París al superior general de la orden, pidiéndole permiso con instancia, para reemplazar á su hermano. Había escrito esta carta sin consultar á sus superiores inmediatos;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pero era ella tan elocuente, que, con gran sorpresa de él mismo, recibió Damián en respuesta, la orden de partir incontinenti á las islas Sandwich.

Embarcóse, en efecto, en Bremerhaven, el 30 de octubre de 1863. Cinco meses duró la travesía, en un buque de vela. La primera carta de Damián á su hermano, indica que fué aquella, larga y penosa. Profunda parece haber sido la impresión que este viaje dejó en su ánimo, y con razón sobrada, porque varias veces el buque, durante la navegación, corrió peligro de inminente naufragio. Esto no obstante, escribió algunos meses más tarde al P. Pánfilo, diciéndole: «Os he hablado extensamente de nuestro largo viaje de Europa á Oceanía.....; pero según lo que otros misioneros me refieren, hemos sido muy favorecidos por la

Providencia durante la travesía, tanto por su duración relativamente corta como por el hermoso tiempo que hemos disfrutado [1].»

Hago hincapié en esta rectificación, porque manifiesta un rasgo característico del carácter del P. Damián, que se notará siempre en todos sus actos: el de hablar con sencillez de las dificultades vencidas, y buscar medio de disminuir su importancia.

Llegó á Honolulu, capital de las islas Sandwich, á principios de marzo de 1864. Permaneció allí durante largo tiempo, y en aquel lugar recibió las órdenes sagradas.

Hállanse situadas las islas Hawayanas

1. Life and Letters of father Damien, Edited wilh introduction by his brother father Pamphile (London—Catholic truth Society).

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

ó Sandwich, en el Oceano Pacífico, entre la América y la Australia, casi á igual distancia de la una y de la otra. Fueron descubiertas en 1778, por el capitán Cook; pero no visitadas durante largo tiempo, sino por mercaderes y balleneros, que lejos de llevar á sus inofensivos habitantes los beneficios de una civilización superior, les hicieron sufrir su brutalidad, y les comunicaron sus vicios y gusto por las bebidas embriagantes. Por la primera vez en 1820, algunos misioneros *congregacionalistas* de Boston, llegaron á Haway. Tuvieron la felicidad de convertir al cristianismo desde luego, á una soberana guerrera (cuya estatura era, á lo que se dice, de cinco piés, seis pulgadas), llamada Kapiolani, la cual ejercía grande influjo sobre su tribu. Una vez convertida, osó atravesar solemnemente la

llanura de lava que se extiende al pié del volcán, donde habitaba Pelé (la temible diosa), según la creencia popular; y allí, á la vista del espantado pueblo, arrojó dentro del cráter, ramas y frutos del árbol consagrado á la diosa, desafiándola en alta voz á que la castigase. Hubo un momento de silencio indescriptible; luego, como ninguna calamidad sobreviniese, volvióse Kapiolani á la multitud tranquilamente, y díjole: "Ya lo veís, Pelé no tiene poder; no hay más que un sólo Dios, que es Jehová, y un sólo Salvador, que es el Cristo!» Gran parte de la población, á consecuencia de este acto valeroso, abrazó la fé cristiana.

Cuéntase que poco después, cuando querían los instructores indígenas, reconocer á sus discípulos cristianos, entre los no cristianos, preguntábanles: *¿amais*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á vuestros enemigos? Los que respondían *sí* eran tenidos por cristianos; los que decían *no* por paganos. Parécenos que era interpretar bien la esencia del cristianismo. Haciáseles en seguida esta pregunta: *¿quién os ha criado?*, y se les enseñaba á responder: *el gran Dios ha criado el cielo y la tierra.* Hay rincones muy civilizados del mundo, donde podría envidiarse ahora, la instrucción dada entonces á esos salvajes.

Frutos duraderos produjo tan sencillo principio, y los misioneros católicos que vinieron poco después, no tuvieron trabajo en acrecentarlos. Fué edificada la primera Iglesia en Honolulu, en 1839, y bien pronto hubo numerosos católicos en la mayor parte de las islas que dependen del gobierno hawayano; mas hallábanse divididos en pequeñas agrupaciones, y separados los unos de los otros, sea por grandes distancias, sea por obstáculos casi infranqueables. El destino de los misioneros era instruir y llevar los socorros de la Religión á esos fieles diseminados. Desgraciadamente, no eran bastante numerosos los sacerdotes para que pudiese consagrarse uno á cada grupo, á pesar del deseo de los insulares y de los misioneros, cuya llegada era siempre acogida con alegría. Sucedió así particularmente, cuando el P. Damián, en toda la fuerza de su juventud y valor, recibió la misión de ir á evangelizarlos. Fué el principio de su ministerio activo, al que se dedicó durante diez años con fatigas inauditas, y dominando dificultades hasta entonces invencibles, con una energía sobrehumana. Así fué como pudo obtener resultados que nadie había alcanzado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hasta la época. Rastro imperecedero dejaron por todas partes sus trabajos apostólicos, y muy especialmente en Puna, Kohala y Hamakua.

De una carta dirigida á sus padres en 1865, tomamos los párrafos siguientes:

"Gran felicidad es para mí, poderos enviar noticias mías de tiempo en tiempo, y recordaros que en medio de este gran Oceano Pacífico, en una isla de ciento cincuenta leguas de circunferencia, teneis un hijo que os ama, un sacerdote que ruega por vosotros, un misionero que emplea su tiempo en correr en pos de las ovejas perdidas de nuestro adorable Salvador. Tengo dificultades y padecimientos; sin embargo, soy muy feliz.

"Llénanse de alegría los insulares siempre que me ven llegar. Inmensamente los amo. Gustoso diera mi vida por

ellos. Nada me detiene cuando se trata de ir á visitar á los enfermos á distancia de siete ú ocho leguas; ó á los que me llaman, sean quienes fueren, si puedo hacerles algún bien.

"Rogad por los pobres misioneros, queridos padres, porque sus dificultades son grandes [1]."

No olvidó nunca, no obstante, á aquellos que componían el círculo de su familia, abandonado para siempre; amólos fielmente hasta sus últimos momentos. Termina esta carta con afectuosos recuerdos á todos los suyos, y con la empeñosa súplica de que le escriban con frecuencia, recomendándoles una vez más, pidan á Dios para él la fuerza de la perseverancia.

Durante este periodo, que fué el pre-

1. Ibid., p. 63.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ludio, y por decirlo así, *el noviciado* del apostolado á que debía pronto consagrarse, manifestó más de una vez la indomable energía, así como la ardiente caridad de que debía más tarde dar tantas pruebas. Llegó un día á caballo al pié de alta montaña, más allá de la cual encontrábase una aldehuela cristiana que no había visitado todavía. Demasiado escarpado era el camino para proseguirle á caballo; así es que ató á un árbol la cabalgadura, y emprendió á pié el difícil ascenso. Llegó fatigadísimo hasta la cima; empero no descubrió caserío por ninguna parte, sino sólo obscuros precipicios. Percibió á lo lejos una montaña casi tan alta como la que había acabado de subir. Entonces, sin vacilar, bajó rápidamente, y dirigiéndose á esa montaña, trepó por ella como lo hizo por la primera. Júz-

guese de su asombro cuando, llegado á la cumbre y volviendo los ojos por todas partes, no halló ninguna humana habitación, cerca ni lejos. ¡No vió más que vasta llanura á sus piés, y á lo lejos otra montaña! Cualquiera otro que no hubiera sido él, hubiera prescindido de su propósito; mas el pensamiento de llegar á donde había almas que socorrer ó salvar, le volvió incontrastable. Detúvose tan sólo el tiempo suficiente para hacer corta plegaria, y prosiguió la marcha, emprendiendo una tercera ascensión. Desgarráronsele traje y calzado, ensangrentáronsele piés y manos; pero orando sin cesar, halló aliento para proseguir, repitiendo: "¡Animo, ánimo, nuestro Salvador derramó más sangre por nosotros!" Agotado, herido y cubierto de polvo, llegó al cabo á su destino, donde fué ampliamen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te recompensada su valerosa perseverancia, por la alegría con que le acogieron los pobres cristianos que había venido á buscar al precio de tantos esfuerzos, y que, desde la muerte de su último pastor, acaecida había ya muchos meses, hallábanse privados de todo socorro religioso.

Lo reducido del número de los sacerdotes, no permitía que los cristianos oyesen misa todos los domingos. Para proveer, hasta cierto punto, á esta necesidad, imaginó un plan, que revela su raro talento de organización, así como la energía de que se hallaba dotado. Eligió entre los cristianos jóvenes que le rodeaban, los que le parecieron capaces de cumplir la misión (para la que los preparó cuidadosamente); y enviólos á los sitios á donde era imposible mandar y establecer sacerdotes. Los jóvenes laicos, instruidos

por el P. Damián, encargábanse de explicar el catecismo, hacían orar en común á los insulares, enseñándoles á cantar himnos sagrados, y dirigíanles con frecuencia palabras fervientes y conmovedoras. *Parece que Dios bendice esta organización*, dice el P. Damián, al terminar la carta en que refiere á su hermano, el procedimiento descrito.

Durante estas peregrinaciones, que aprovechó para aprender la lengua del país, había encontrado leprosos con harta frecuencia (pues son numerosos en aquellas islas); y más de una vez había sido testigo de escenas desgarradoras producidas por las medidas que el gobierno hawayano había creído indispensable tomar para poner un dique á la invasión de tan tremendo azote. Había escogido la autoridad con este propósito, la isla de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Molokay, una de las de su dependencia, para convertirla en asiento de los leprosos; y eran enviados á ella, con ó sin voluntad, todos los atacados por ese mal espantoso. Los mismos enfermos resistían la separación, y sus parientes y amigos, sin cuidarse de su propio riesgo, ocultábanlos cuanto podian, y les ayudaban por todos los medios posibles, á sustraerse á ese destierro decretado por motivos de interés público. Latió mil veces emocionado y lleno de caridad el corazón del P. Damián, por aquellos desgraciados; y en tal estado de ánimo se hallaba, cuando le llamó á su lado Monseñor Maigret, su obispo entonces, y le llevó consigo á visitar por la vez primera la isla de Molokay.

Un vistazo arrojado sobre el espectáculo que se le ofreció, cuando sentó la

planta en lo que ha sido llamado con tanta propiedad el *Eden de la muerte*, bastó para que sintiese nacer en sus entrañas, el deseo irresistible de consagrarse al alivio de los infelices que poblaban aquel sitio. *Aquí*, decíale una voz secreta, *aquí es donde debe emplearse toda la labor de tu vida.* Así, pues, sin esperar una orden del obispo, ni aun una indicación siquiera, tomó él mismo la iniciativa, y con un ardor igual al que le hizo ser admitido entre los misioneros, pidió la gracia de que se le permitiese consagrarse á los leprosos de Molokay, no para hacerles visitas más ó menos frecuentes, como las habían recibido hasta entonces, sino para darse á ellos por completo y por toda su vida.

Era pedir lo que ningún obispo se hubiera atrevido á mandar: no se ordenan

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tales sacrificios; pero acéptaseles, cuando se alcanza á comprenderlos. Monseñor Maigret había deplorado frecuentemente lo escaso del número de sus misioneros, que no le permitía enviar, con la frecuencia deseable, religiosos socorros á los detenidos de Molokay. El heroismo de un solo hombre iba á llenar este vacío, pues el P. Damián no obedecía al arrebato de una piedad pasagera. Comprendiólo el obispo, y aceptó para el bien de todos, el sacrificio de la vida de un solo hombre. Mas fácil es de comprender de cuántas bendiciones acompañaría el Prelado, el permiso concedido á aquel bueno y fiel servidor de la Cruz. Aprovechóse de la venia sin pedir un día de plazo, según su costumbre, el P. Damián; partió el obispo, y se quedó en la isla. Por esto, en el momento de embarcarse Monseñor

Maigret, dirigiéndose á la población, dijo con voz conmovida:

"Hasta el presente, hijos mios, habeis estado solos; no lo estareis ya en adelante. Hé aquí que dejo entre vosotros uno de los míos, para que sea vuestro padre y vuestro hermano. Vuestro bienestar aquí abajo y la felicidad de vuestras almas inmortales son tan caros para él, que no ha vacilado en pedirme ser uno de vosotros, para vivir y morir con vosotros."

"Así fué como (escribió muy á poco el mismo P. Damián), por una providencia especial del Salvador, que durante su vida mortal mostró tanta compasión hácia los leprosos, llegué á Kalawao, en la isla de Molokay, en mayo de 1873. Tenía entonces treinta y tres años, y era de una salud fuerte y robusta."

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

III.

La isla de Molokay, escogida por el gobierno hawayano para refugio de los leprosos, parece haber sido destinada por la naturaleza, para servir de mansión á las criaturas más felices de este mundo. Dulce es su ambiente, puro su cielo, y sus campos osténtanse engalanados con la admirable y lujuriosa vejetación de los trópicos. Por la parte septentrional, en lo alto de un promontorio que baña el Oceano Pacífico, extiéndese vasta y ame-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

na llanura, separada del resto de la isla por altas rocas tajadas á pico, que visten brillante ropaje de plantas trepadoras. Esta barrera es tan infranqueable para los habitantes de la llanura, como el mar que por la otra parte la limita. En ese espacio separado del resto del mundo, y repartidos en las aldeas Kalawao y Kalapaupa, hallábanse los leprosos que el P. Damián vino á visitar en 1873 por primera vez.

El gobierno hawayano hacíalos buscar y desterrábalos á viva fuerza, obedeciendo en esto á una necesidad de interés general, á que ningun gobierno puede sustraerse. Una parienta próxima de la reina de las islas, vióse atacada por la terrible enfermedad, y con todo y su parentesco regio, fué trasportada á Molokay como los otros, y condenada á sufrir el horror de la suerte común. Hasta la llegada del P. Damián, la insuficiencia de los recursos religiosos y la negligencia de los agentes gubernamentales, permitían á aquellos desgraciados entregarse á cuanto podía acrecentar el mal espantoso que los devoraba, y apresurar su acción destructora: el vicio y la embriaguez. Asómbrase la misma fantasía ante la descripción de aquel sitio poblado de seres condenados á sufrir sin descanso, á morir en plazo breve; y cuyas almas, tan enfermas como los cuerpos, parecian haber abandonado todas las esperanzas del cielo, á la vez que habian perdido todas las de la tierra.

No sería justo, no obstante, atribuir las medidas rigorosas de que acabamos de hablar, á inhumanidad de los que las habían decretado. Son, por el contrario,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los habitantes de las islas Sandwich, según el relato de todos los viajeros, dulces, hospitalarios, buenos entre sí y para los extranjeros. Mas la extensión del mal terrible, contra el que no sirven de nada ni la salubridad del clima, ni la belleza de los campos, es uno de aquellos peligros que todo gobierno debe combatir por cuantos medios estén á su alcance. Más de un viajero inglés se ha mostrado pesaroso por no ver generalmente usado en las Indias, el remedio que los hawayanos han adoptado para atajar el mal en su territorio: la segregación. Aflige la lepra á muchas comarcas índicas, de una manera no menos funesta que á las islas Sandwich, y es menos eficazmente combatida. Veremos en seguida, por otra parte, que el gobierno hawayano prestóse á poner en práctica todo lo que la caridad y la inteligencia del P. Damián le sugirieron, para procurar el alivio de los desdichados cuya suerte había abrazado, y en medio de los cuales, por un milagro tan grande como lo hubiera sido el de devolverles la salud, iba á restablecer el orden, la paz, la virtud y el contento.

Los leprosos trasportados á la isla de Molokay cuando llegó el apóstol, eran en número de 800 à 1000. La mitad de ellos, poco más ó menos, eran católicos. Era la mortalidad de diez á doce por semana en la isla; pero renovábase sin cesar el número de los enfermos, y aumentaba á las veces por frecuentes desembarques de leprosos trasportados de todas las islas. Veíanse, á la llegada de las embarcaciones, escenas desgarradoras entre los residentes de la isla y los recien

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

venidos. Buscaban aquellos con ahinco, entre los nuevos huéspedes, á algunos de los seres amados de quienes los había separado el destino: ¡tal vez la misma enfermedad los llevaba para asociarlos nuevamente á su vida, en una triste sociedad, que era la común desgracia! "Semejaba en esta época la isla, decía más tarde el P. Damián, un *cementerio vivo.*" Eran insuficientes en ella y mal sanas las habitaciones, escasa la instrucción religiosa, que no daba ningún fruto, y la misma risueña naturaleza que los rodeaba, había proporcionado á los enfermos una planta llamada *Ki* (su nombre botánico es *dracæna terminabilis*), con la que habían conseguido fabricar un licor, que bebían con avidez, y que agregaba á su mal incurable, una embriaguez parecida á la locura, á cuyo influjo se entregaban á los

más espantosos excesos. Servíales de código un axiona terrible, formulado en cinco palabras del dialecto hawayano: *Aole kanawai ma keia wahi:* (aquí no hay leyes), y el mal moral que encontró reinante el pobre P. Damián, contristó su alma pura y piadosa, mucho más que la enfermedad cuyo contacto desafiaba, y cuyos efectos se revelaban ante él por primera vez en todo su espanto.

Había, no obstante, en este espectáculo motivo suficiente para hacer vacilar cualquier resolución por enérgica que fuese. Todo el que habitase la isla, podía estar cierto de que tarde ó temprano debía ser herido por el contagio.

Pero el sencillo valor del P. Damián, era de aquellos que ningún peligro humano puede debilitar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dirémos algunas palabras acerca de esa enfermedad.

Bosquejaremos á grandes rasgos el azote misterioso y terrible que hiere á la raza humana desde tiempos tan remotos, que parece haber entrado en el mundo al mismo tiempo que el pecado, al cual se le compara. La frase, la *lepra del pecado*, ha venido á ser vulgar á fuerza de ser repetida; mas la razón de ser de este símil, hácese palpable, cuando se estudian los efectos de ese mal, y la viva y terrible imagen que nos presenta, de la deformación que el pecado hace sufrir al alma inmortal.

Esa dolencia extraña y terrible no se muestra siempre desde luego en toda su fealdad; cambia de forma, según aquellos á quienes ataca. Comienza en algunos por alterar los rasgos de la fisonomía, defor-

mándolos y abultándolos desmesuradamente, hasta que acaba por quitarles poco á poco, toda semejanza con las facciones humanas. En otros aparece en forma de llagas asquerosas en rostro y manos, que á fuerza de hacerse profundas, acaban por devorar y consumir á sus víctimas, no atacando los centros vitales, sino cuando el cuerpo está convertido en cadáver ambulante, y cuando la corrupción del sepulcro le ha invadido por completo.

Estos ligeros lineamientos no dan sino débil idea de la exactitud de la comparación que acabo de recordar; pero bastan para que se forme algún concepto del aspecto de la población en cuyo seno fué á albergarse el P. Damián, con el decidido propósito de no salir nunca de ella.

Hemos dicho que á su llegada á la is-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la, era el mal moral tan grande y general como el físico. Consagróse el apóstol á remediar aquel antes de todo. La índole dulce y buena de los míseros hawayanos, manifestóse bien pronto en su explícito reconocimiento hácia aquel que venía entre ellos á ser uno de ellos. Fueron escuchadas sus exhortaciones y produjeron fruto bien pronto. Hízoles renunciar al funesto brevaje que turbaba su razón y agravaba la intensidad de sus males; y en tanto que, por otra parte, no omitía esfuerzo para introducir en la isla mejoras materiales que dulcificasen su suerte, hacíales abrazar hábitos de trabajo, de orden y de obediencia. Así fué como bien pronto llegaron à ser capaces de trabajar por sí mismos, en su propia regeneración. Mezclaba el P. Damián á su sencillez y caridad heroica, un espíritu firme y práctico, una actividad sin límites, y una indomable energía. Para llevar á cabo la obra emprendida, necesitaba habitaciones sanas y espaciosas, y agua en abundancia, que no había en las poblaciones. Descubrió pronto en la isla ricos manantiales, y los utilizó por medio de un inteligente trabajo. Y puso como corona de su obra, la construcción de dos iglesias.

En tanto que formaba y tomaban cuerpo sus proyectos, dormía el P. Damián bajo las ramas de un árbol (un *Pandanus*), su único abrigo durante los primeros días pasados en Molokay; árbol amigo, que cubre ahora con su sombra la tumba donde duerme el sueño eterno.

No fué lento el gobierno hawayano en secundar tan benéficos esfuerzos. Generosa había sido siempre la subvención ofi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cial concedida á los miembros pobres de la desgraciada colonia, y aceptóse desde luego, todo lo que propuso el P. Damián para utilizarla y desarrollarla. Y no se limitaba ciertamente el apóstol á concebir y ordenar la ejecución de las obras; sino que con harta frecuencia ejecutábalas él mismo con hábil y robusta mano. Así fué como en breve tiempo, cambió todo de aspecto en la isla, aun antes de que nuevos é imprevistos recursos llegasen á alentar los piadosos propósitos del sacerdote. Ya que la enfermedad fuese incurable, detuvo al menos su rápida marcha la solicitud del misionero, y suavizó sus efectos más desastrosos con sus manos benditas. Siempre al lado de los que sufrían, ayudábales á soportar los dolores, fortificándolos con las esperanzas de la fé, que atizaba en sus almas. Más de

dos mil desgraciados exhortó y consoló de esta manera durante su apostolado.

No contento con esto, procuraba, por cuantos medios estaban á su alcance, alegrar la *vida moribunda* de aquellos infelices; y sabía con tanto arte endulzar sus tritezas, que se oyó decir á varios de ellos alguna vez, que *si pudieran sanar á condición de dejar á Molokay, mejor querrían no sanar nunca*; y asimismo, repetía el P. Damián, por su parte, que *era dichoso, y que ninguna consideración humana lograría hacerle separarse de ellos.*

¡Confesemos que son estos milagros de amor, verdaderos milagros, irrecusables y patentes, que pueden arrebatar el alma tanto como las revelaciones místicas más elevadas!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV.

Durante esta fase del apostolado del P. Damián en 1881, un viajero americano católico, M. Carlos Warren Stoddart, fué á visitar la isla de Molokay acompañado de sus amigos. Trascribimos en seguida algunos pasajes del relato de su expedición, que fueron publicados en la *Ave María*, revista católica de Indiana, al regreso de su viaje.

.....

«A la orilla del camino y á la extre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

midad de la aldea que separa éste del mar, hállase una pequeña capilla. La cruz que la corona, y la que se levanta de en medio del cementerio, indican que los pobres habitantes de la isla no están abandonados en su infortunio. La verja del cementerio que se atraviesa para llegar á la iglesia, fué abierta por una alegre bandada de niños, que nos dieron la bienvenida quitándose el sombrero. Solo entónces pude apercibirme de que todas aquellas caritas estaban desfiguradas por llagas y grandes cicatrices; y muchos piés y manos deformes y ensangrentados. En una palabra, todos aquellos inocentes eran leprosos, así como lo eran los habitantes que nos saludaron cuando llegamos á la aldea.

"Salvo raras excepciones, habitan to-

dos las dos aldeas situadas á la orilla del mar, al pié de las rocas.

"Como es raro en Kalawao ver extranjeros, rodeónos un grupo de insulares que nos veían con curiosidad, aunque sin aproximársenos demasiado, y apartándose para dejarnos pasar. A medida que aumentaba su número, y que nuevos rostros se ofrecían á nuestra vista, parecíanos cada uno de ellos más horrible que el precedente, hasta tal punto, que llegamos á creer fuese imposible corrupción más grande que la que contemplábamos, en seres vivientes todavía, y que la carne humana sufriese mayor oprobio antes de llegar á la tumba.

"Avanzamos rodeados, más no oprimidos, por el grupo, que dejaba un grande y voluntario espacio entre él y nosotros. Llegábamos ya á la capilla, cuando se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

abrió la puerta, y apareció en lo alto de la gradería, un padre joven, que venía á darnos la bienvenida. Traía una sotana raída. Notábanse un tanto desordenados sus cabellos y atezadas sus manos por el trabajo; mas brillaban en su rostro la juventud, la salud, y una expresión llena de energía, así como de dulzura, que animaba sus facciones. Su alegre risa, y la acogida sencilla y cordial que nos dispensó, nos revelaron en él al hombre fuerte, capaz de emprender y cumplir las cosas más difíciles. Era aquel, sin duda alguna, el misionero que se había impuesto el más duro y noble de todos los deberes; era el P. Damián, el desterrado voluntario, y, en medio de ese pueblo de leprosos, el único que estuviese exento de la lepra.

Introdujo el P. Damián á sus huéspedes en su humilde habitación, y ofrecióles sencillos alimentos. Preparábalos él mismo, ó por medio de un sirviente indígena, que no era leproso. Salvo esta precaución, tomada, no tanto en su propio interés, cuanto en el de los huéspedes que le visitaban, vivia el P. Damián en contacto incesante con los leprosos, para quienes nunca estaba cerrada su puerta; de suerte que siempre le rodeaban, aun en el interior de su casa. Precisa notar esta circunstancia, para comprender la causa por qué había llegado á ser tan incontrastable su influjo entre aquellos insulares, y para conocer los medios de que se valió para trasformar en familia de hijos sumisos, aquella turba de desesperados, que encontrara al llegar á Molokay. Hé aquí por qué gustaba de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

repetir con frecuencia: *Me compadecen, pero soy el más feliz de los misioneros.*

M. Stoddart y su compañero de viaje no aceptaron la comida que se les ofrecía. Habían llevado una cesta con provisiones, é invitaron á su vez al P. Damián para que comiese con ellos. Aceptólo sencillamente; pero queriendo ofrecerles en recompensa, una de sus más hermosas aves, apeló á un procedimiento completamente inusitado, digno de San Francisco de Asís, para cazarla.

"Salió, dice M. Stoddart, con la mano llena de grano, que derramó á su derredor, gritando á la vez con acento particular, al que parecieron responder todas las aves del cielo. Vinieron ellas de todas partes á posarse en sus hombros, brazos, manos y cabeza, y vióse rodeado muy pronto de pájaros que hubieran sido el

más hermoso ornamento de la más pintoresca pajarera.....Estaba orgulloso de ellos; amábalos y cuidaba de alimentarlos. Eran su recreación y su placer; para llenar, no obstante, los deberes de la hospitalidad, nos sacrificó dos de ellos.... Despidióse de nosotros en seguida con benévolas palabras de bendición."

Hallamos en la misma relación, algunos detalles que permiten apreciar el celo y la actividad de la vida del misionero.....

"Los domingos y días de fiesta, había misa cantada en Kalawao. Pasada la misa, dirigíase á Kalapaupa el P. Damián, para celebrar allí también el oficio divino. Regresaba después del medio día á Kalawao, para estar presente á las vísperas, la bendición y el catecismo; y volvía

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por segunda vez á Kalapaupa para repetir los mismos ejercicios religiosos. A su regreso, casi de noche, era cuando tenía tiempo para arreglar su habitación y preparar la cena.....

"Era médico de los cuerpos tanto como de las almas, y al mismo tiempo magistrado, maestro de escuela, carpintero, pintor, jardinero y aun sepulturero con harta frecuencia. Sabía desempeñar todos los oficios, y no retrocedía ante nada de lo que podía ser útil á aquellos á quienes se había consagrado....."

Tal era el P. Damián en la época en que luchaba victoriosamente todavía contra el mal que había aceptado anticipadamente, y del que iba á sufrir muy pronto las primeras acometidas; tal siguió siendo cuando la terrible enfermedad hizo en él su presa; y le encontrarémos

siempre el mismo, hasta los últimos días de su martirio.

Hé aquí, según el testigo que acabamos de citar, el conmovedor relato de la misa á que asistió en Kalawao:

"Parecíame, dice el viajero, que tal misa debía celebrarse en el tono de las de *Requiem*, porque miraba como condenados á morir de muerte espantosa á todos los asistentes, y la mayor parte de ellos parecíanme estar ya medio tragados por la tumba. Hízome seña el P. Damián de que me colocase en una tribunita construida al lado izquierdo del altar. Encontrábase allí una sola silla rodeada de una verja, cuya puerta no tocaba nunca ningún leproso. Abríla y me encontré cerca del oficiante y frente al pueblo que llenaba la Iglesia. Todos ellos, desde los monaguillos respetuosos y bien

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vestidos que servian el altar, hasta el último de los asistentes, estaban más ó menos desfigurados, y muchos de un modo horrible.

"Los magníficos vasos sagrados que servían para el servicio, habían sido enviados de París por el Cura de San Roque. Serviase de ellos el P. Damián, los domingos y dias de fiesta..... Nada más conmovedor que la dulzura y gravedad con que el oficiante decia la misa. El templo estaba lleno. Entonábanse cánticos sencillos, á los que todos procuraban formar coro, algunos con voz ronca y temblorosa..... La devoción de los pobres hawayanos es tanto más notable, cuanto que son poco reflexivos por naturaleza, y dotados de una alegría infantil. Son capaces, no obstante, de sentir y expresar la más viva contrición por sus culpas.

"¡Qué espectáculo tuve ante los ojos aquel día! ¡qué contraste entre aquel altar revestido de blanca tela, de albor deslumbrante, alhajado con hermosos vasos de oro, cuajado de brillantes luces, servido por joven oficiante lleno de salud, fuerza y santidad, que entonaba con voz llena y sonora las palabras del *Pater*; y los dos acólitos de rostro infantil, arrodillados á sus piés, marcados ya por el sello de la muerte, y la muchedumbre de los fieles, que se apiñaba del otro lado de la verja del santuario, entre los cuales no había uno solo, cuyo rostro pudiera ser visto sin espanto! Algunos de entre ellos ni aun parecían pertenecer al mundo de los vivos, sino salir de la corrup-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ción del sepulcro..... Olor fétido emponzoñaba el ambiente!.....

"Así celebraba en Kalawao el P. Damián los misterios sagrados, y era glorioso privilegio á sus ojos, poder unirse de esta manera á su Maestro. Recordaba yo involuntariamente los versículos de San Lucas: *Entraba en cierta ciudad, cuando encontró diez hombres que estaban leprosos, y que permanecían lejos de él, elevándo la voz y gritando: Jesús, Maestro, tened piedad de nosotros!* Decíame entre mí que aquellos desgraciados habían también clamado al Maestro, y que habían recibido, por medio de su fiel discípulo, una respuesta de misericordia.... El lejano ruido de las olas rompiéndose en la orilla con una especie de gemido, acompañaba dignamente aquella solemne escena, lúgubre al par que consoladora.....!"

Preparaba el P. Damian sus alimentos, y lavaba por sí mismo sus ropas. Lavaba tambien las blancas telas destinadas al altar, y ninguna otra mano aparte de la suya, tocaba los objetos que servían al culto divino. Mas sólo á esto limitábanse sus precauciones. Aunque la lepra se propaga de un modo muy irregular y nadie puede decir con exactitud como se contrae, parece que no hay ejemplo de que alguien la haya desafiado con el contacto largo y habitual de los enfermos que la padecen (como lo fué el del P. Damian con los leprosos, durante trece años), sin ser alcanzado por el contagio. Pareció, por esto, milagroso que hubiese podido libertarse de ella el misionero, durante un tiempo prolongado,

009053

tan prolongado, que le hubiese permitido desarrollar cumplidamente todos sus propósitos. Empero este milagro no debía durar hasta el fin; era menester que nada faltase al sacrificio del apóstol, y que su muerte completase los santos ejemplos de su vida.

No debe emplearse ligeramente la palabra milagro; no la aplicamos, por eso, á los prodigios que el P. Damian realizó á su derredor. Basta sin duda alguna, una ojeada rápida, para reconocer en su obra exterior, la intervención del espíritu divino de amor y caridad, que centuplica y sublima la actividad y la inteligencia humanas. Pero donde el milagro propiamente dicho se manifiesta, donde (como lo observa un escritor protestante) se nota un hecho que nada puede explicar humanamente, es en la inefable alegría que

llenaba el alma de aquel joven, alegría de índole tan excepcional, que había acallado en él la voz de la humana naturaleza, hasta el punto de hacerle amable y aceptable por toda la vida, aquello mismo que la naturaleza rechaza, teme y aborrece mil veces más que la misma muerte. No todos los santos, como el P. Damián, han sentido esa elegría milagrosa en sus tormentos y sacrificios; mas plugo á Dios hacérnosla patente en él, quizás para que en este tiempo de negación y brutales afirmaciones materialistas, se viese palpable la acción divina en el alma humana, produciendo en ella una transfiguración tan elevada, como sería impotente á producirla ningun agente natural.

Obra superior á nuestras fuerzas sería relatar pormenorizadamente todos los beneficios que supo derramar en su torno el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

P. Damián. El gobierno hawayano, como lo hemos dicho, no tardó en reconocer su acción benéfica y civilizadora. No sólo le ayudó á realizarla por medio de subsidios, sino que concedió al misionero completa libertad de acción en los dominios de aquel país. Usando de ella, fué varias veces el P. Damián á Honolulu con el objeto de exponer de viva voz las necesidades de los leprosos, y los proyectos que concibiera para su alivio. Déjase entender que no volvió á usar de tal libertad, cuando llegó la época en que se convirtió él mismo en leproso, pues perdió con esto el derecho de salir, aun temporalmente, de la isla.

Mientras ejecutaba poco á poco sus piadosos propósitos, y antes que viajeros de lejanas comarcas viniesen á secundar-

los, recibió un día el P. Damián, una visita tan importante como inesperada.

Vino la reina regente de las islas Sandwich en persona, á Molokay, á ver á aquella su parienta leprosa, que arriba mencionamos. A la vista de su rostro desfigurado, rompió la reina en tales sollozos, que la misma enferma tuvo necesidad de calmarla. Díjola que no era tan desgraciada como parecía, explicándole cómo había sabido el P. Damián consolarla y alentarla en sus sufrimientos, de tal suerte, que casi se sentía feliz, y no querria por nada en el mundo, salir de aquel lugar, á donde había llegado con tanta repugnancia y horror. Eran eco sus palabras, de lo que decían á una todos sus compañeros de infortunio. Quedó al oirla, tan conmovida y pasmada la reina, que á su regreso á la capital, quiso dar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al P. Damián, público testimonio de su reconocimiento y admiración. Escribióle, por tanto, una carta conmovedora, en la que, después de darle las gracias *por la caridad sin límites* con que se había consagrado al servicio de los más desgraciados de sus súbditos, añadía:

"Sé bien que vuestros trabajos y sacrificios no aguardan más recompensa que la del gran Dios, Nuestro Señor Soberano, que os dirije é inspira. No obstante, ruegoos que, para satisfacer á mi propio deseo, acepteis la condecoración de Caballero Comendador de la Orden Real de Kalakua, en testimonio de sincera admiración, por los heroicos esfuerzos á cuya costa habeis logrado endulzar los sufrimientos de mi afligido pueblo...."

La carta estaba firmada así: "Vuestra amiga Lilinokalani, regente [1]."

1. Life of. F. Damien p. 126.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

V.

En medio de tantos y tan diversos hechos como ha recogido y relatado la prensa de París, han pasado inadvertidos los que acabamos de relatar. Conócenlos únicamente los lectores de los Anales de nuestras misiones, y es preciso convenir en que han causado entre ellos, más edificación que sorpresa. Asóciase, entre nosotros naturalmente, la idea de las misiones extranjeras, á la del martirio. Los que han asistido á la ceremonia que pre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cede á la partida de los misioneros, saben que la perspectiva del martirio se halla tan presente al espíritu de los que parten, como al corazón de los que se quedan. Estriba en eso la conmovedora solemnidad del acto. Nada tienen de extraordinario esos sentimientos, pues tragedias innumerables los han justificado en nuestros dias, de una manera sangrienta; pero explican, con todo, hasta cierto punto, que no haya causado más grande asombro que el que produjo la noticia de que el P. Damián hubiese dado su salud y su reposo por los desgraciados. No habría causado extrañeza tampoco, saber que hubiese dado su vida

No sucede lo mismo con los misioneros protestantes. Sin tratar de menospreciar su celo (pues no sería ocasión oportuna para hacerlo la presente, toda

vez que les pertenece la honra de haber sido los primeros en haber llevado el nombre de Jesucristo á las islas Sandwich), es lícito observar que la mayor parte de ellos no se embarcan con previsiones igualmente trágicas. Cuando parten, acompañados de sus mujeres é hijos, es la expatriación perpétua, el mayor de los peligros que corren; mas no rompe ella los vínculos más estrechos de su afecto, puesto que van en familia, y que el *home*, tan caro á los ingleses, los sigue hasta las extremidades de la tierra. Ese *home* lejano, lo sabemos, es frecuentemente un foco de luz, de donde irradian la caridad, la civilización y el conocimiento de verdades reveladas que, aunque incompletas, son al menos un rayo luminoso, llevado á las tinieblas del paganismo. Tienen ellos, por otra parte, el valor de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su raza, y saben sin duda alguna, dar la vida valientemente, cuando es necesario. Pero también es cierto (y ellos mismos lo confiesan), que cuando se trata de una inmolación como la del P. Damián, deben buscarse en nuestras filas y no en las suyas, los corazones capaces de llevarla á cabo.

Como quiera que sea, la verdad es que cuando, al cabo de algunos años, se hicieron visibles los resultados realizados por los esfuerzos del P. Damián, y cuando los viajeros que, según la expresión de uno de ellos, venían de tiempo en tiempo á echar una ojeada rápida y espantada á la colonia de Molokay, pudieron percibir el inmenso cambio que se había operado en ella por la influencia de un solo hombre; comenzó á divulgarse el hecho por todas partes, y el nombre del humilde misionero llegó, muy á pesar suyo, bien lejos del lugar donde se llevaba á cabo la obra, y se realizaba con aquella sencillez que se observa en los que estiman el heroísmo como uno de los deberes ordinarios de su vocación. Sabemos (y todos cuantos le visitaron ántes ó después de su contagio, pueden dar testimonio de ello), que nunca se le ocurrió al P. Damián, que al realizar su propósito, hiciese una cosa extraordinaria, y aun nosotros mismos quizás no debamos calificarla de tal, cuando tantos sacrificios y de tan diferentes especies han sido llevados á cabo por tantos y tantos héroes, cuyos nombres son la gloria y la riqueza de la Iglesia Católica. Pero tanto la regeneración material como la moral de Molokay, eran de un carácter enteramente excepcional, y la misma singularidad

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del caso, contribuyó á despertar el interés de los que fueron los primeros en conocerle. Hízose casi general este empeño, desde que se conocieron y publicaron los detalles de varios de los hechos que acabamos de bosquejar.

A tiempo que escribo estas páginas (1890), ocupan esos hechos á toda la Inglaterra, y un humilde misionero católico recibe de un pueblo extraño à su nacionalidad y á su fé, un homenaje público, cuya honra recae sobre la Iglesia á que pertenece. Ni aun esperó esa simpatía generosa, la muerte del que la inspiraba, para manifestarse con elocuencia. Desde el momento en que los relatos de los viajeros hicieron comprender que había medio de secundar al apóstol de los leprosos, ayudándole á realizar el mayor bien posible, adoptóse con premura aquel

medio humanitario. Quizás la utilidad práctica del sacrificio del P. Damián, digámoslo sin empacho, y el bienestar material y moral progreso que nacían de él como su resultado palpable, haciánle más comprensible, sin quitarle nada de su grandeza, á los ojos de aquellos á quienes otra forma de sacrificio más elevado á nuestros ojos, suele parecer demasiado místico.

Esta simpatía, en todo caso, fué calurosa, y, cosa digna de notarse, tuvo por uno de sus primeros intérpretes, al rector anglicano de una parroquia pobre de Londres, situada en Camberwell, lejos del cuartel donde reside el gran mundo, y en un medio social en que, más que en ninguna otra parte, habrían podido estar en vigor las antiguas preocupaciones contra los católicos. Fué allí, no obstante, don

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de el rector de S. Lucas, el Rev. H.-B. Chapman, dirigiéndose á sus feligreses desde el púlpito, díjoles pública y osadamente, que un padre católico daba en aquellos momentos un ejemplo raro y sublime de caridad á todos los cristianos del orbe; y, después de haberles relatado todos los sucesos de Molokay, dirigidos para beneficio de los insulares, durante varios años, por el P. Damián, invitólos á asociarse á su obra de misericordia por medio de una suscrición, cuyo objeto fuera secundar todo lo que la inteligencia y celo del apóstol le sugiriesen para el alivio de los leprosos.

Fué escuchado este llamamiento, mucho más de lo que hubiera podido suponerse, atendidas la pobreza de la parroquia y la religión que profesaba el misionero á cuya obra se iba á cooperar. La

suscrición, en menos de una semana, llegó á seiscientas cincuenta libras esterlinas ($3,250), y M. Chapman, queriendo remitir esta suma sin tardanza, dirigió á sus feligreses la siguiente circular:

"Os informo de que habiendo llegado ya á seiscientas cincuenta libras esterlinas la suma recogida, se cerrará el sábado próximo esta primera lista de suscrición. Os agradezco profundamente que hayais querido contribuir de tal manera para la pequeña ofrenda que vamos á tener la satisfacción de enviar al santo sacerdote. Toda discusión acerca de su sublime caridad, sería simplemente una irreverencia. Una vida como la suya, hace aparecer bien muelle y egoista la que nosotros llevamos, y estimo como grande honra para nosotros, poder depositar el más pequeño homenaje á los piés

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del hombre valeroso que la ha abrazado. Por lo que respecta á aquellos que hacen alguna objeción, son mucho más dignos de piedad que el sacerdote de los leprosos.

«Soy vuestro humilde servidor.

H.-B. CHAPMAN [1].

177, Camden Grove North Peckham, 10 de noviembre de 1885.

Las objeciones de los que M. Chapman encontraba más dignos de lástima que el P. Damián, habían sido formuladas en una carta que le dirigió el secretario honorario de una *liga* protestante, la cual parece destinada, como va á verse, á mantener en un rincón del Reino Unido, un ejemplar tristísimo, de la violencia y odios de un tiempo pasado para siempre:

1 *Tablet*, 13 de noviembre de 1885.

«*Al Reverendo H.-B. Chapman.*

Octubre 22 de 1886.

«Reverendo señor.

«Se me encarga expresaros la sorpresa que experimentan muchos protestantes al ver á un ministro de la iglesia Anglicana, buscar medio de inspirar simpatía entre sus feligreses, hácia un padre idólatra, perteneciente á ese abominable papado que deberiais combatir vos más que ningún otro, tanto en vuestra calidad de ministro del Evangelio, como en la de inglés amigo de la libertad. La generosidad y la abnegación del P. Damian, no son más dignas de admiración, que las de los sacerdotes de Baal, que se herían con cuchillos hasta hacerse sangre (I, *Reyes*, XVIII. 23), ó que las de los in-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dios, que se hacen aplastar por el carro de Juggernaut. Lo único que puede conseguir el P. Damián, como sacerdote del Anticristo, es hacer á sus prosélitos dos veces más hijos del infierno que él mismo (Mateo, XXIII—15).

«Es asimismo altamente condenable, que deis al Dr. Mannig el título que posee, y que de esta suerte, un ministro de Cristo preste ayuda á un partidario del Anticristo para obtener ilegalmente una posición social, por la que Inglaterra ha sufrido tanto; y que busqueis medio de remachar de nuevo, entre nosotros, las cadenas de la idolatría y de la impostura sacerdotal.

«En vez de alzar barreras infranqueables entre nosotros y Roma, borrais por el contrario, la antigua línea de separación que nos ha dividido; obscureceis

nuestros faros protectores, y facinado por el débil esplendor *(ignis fatuus)* de una falsa caridad, os empeñais en persuadir al pueblo, de que somos hermanos del Anticristo.

«Vuestro, señor, sinceramente.

«Tomás Macclure.»

La respuesta á esta carta fué breve:

«Querido señor.

«Vuestra carta es muy perversa *(very wicked)*, y no tiene más excusa que su insigne locura.

«¡Id, y haced otro tanto!

Vuestro sinceramente,

«H.-B. Chapman.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A nadie le causará extrañeza saber que ni el secretario honorario de la liga protestante, ni ninguno de sus asociados se vieron tentados de seguir el consejo evangélico que les dió M. Chapman; pero no habrá quien deje de hallar sorprendentes los motivos alegados para no hacerlo.

«Me decis, escribió á M. Chapman en 2 de noviembre de 1886, que mi carta es *perversa y no puede tener más excusa que su insigne locura.* Esas palabras no prueban ni vuestro conocimiento de la palabra de Dios, ni mi locura.»

Procura probar en seguida y con extensión M. Macclure, por medio de textos de la Escritura Santa, tomados de todas partes, ménos del Evangelio, que *siendo la lepra una marca visible de la cólera de Dios, no tienen derecho á ninguna compasión,*

aquellos que la sufren. En cuanto á la propia vida, que prodiga tanto el P. Damián, hé aquí el parecer textual de M. Macclure sobre el asunto:

«Dios nos ha dado la vida para glorificarle, pero en *ningún caso*, nos ordena sacrificarla. Los hombres son creados para su gloria. Se nos da la vida para conservarla con ese objeto. Rehuso, pues, ciertamente, seguir vuestro consejo: *id y haced otro tanto*; porque lo creo absolutamente contrario á las obligaciones morales y religiosas de todo hombre, por más que sea nuestro deber hacer bien á los demás [1].»

Como se vé, hemos tenido razón al decir que M. Macclure no buscaba sus citas en el Evangelio. Nosotros, que

1. Ved el *Tablet*, de 6 de Noviembre de 1886.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sabemos que allí es donde se encuentran las palabras de vida, sabemos también, que si la misma voz divina que preguntó un día: *¿Cuál de esos tres hombres ha sido el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?*—hubiese repetido entonces la misma pregunta á propósito de los leprosos, no hubiera sido ciertamente el P. Damián quien se hubiera turbado por la respuesta, ni tampoco Mr. Chapman, que se limitaba á repetir las palabras del Salvador: *¡Id y haced otro tanto!* [1].

1. San Lucas XX, 37.

VI.

Esta correspondencia, como es de presumirse, no disminuyó en lo más mínimo el celo del Rector de San Lucas en favor de los leprosos. Púsose éste, por el contrario, en relaciones directas con el P. Damián, que, indiferente á las alabanzas y al vituperio, marchaba siempre adelante por el camino que se había trazado, y llegaba por fin al término que había previsto al emprenderle. No se hallaba todavía al cabo de su vida, pero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sí al principio de su martirio. Hé aquí lo que escribía sobre este particular, en fines de 1885:

"Parece que al fin me ha alcanzado la terrible enfermedad; así es que no podré ir ya nunca á Honolulu, porque soy un leproso. Los *microbios* se han establecido decididamente en mis orejas y pierna izquierda; he perdido ya una ceja.....; creo que muy pronto estaré desfigurado. Desde que no tengo duda alguna sobre el carácter de mi enfermedad. me siento muy tranquilo y resignado, y más felíz que nunca, en medio de mi pueblo. Dios sabe perfectamente lo que me es más útil para mi salvación, y lleno de esta confianza, digo todos los días: *fiat voluntas tua.* Rogad por vuestro amigo enfermo, y recomendadnos á mí y á mi

pueblo desgraciado, á las oraciones de todos los servidores de Dios. [1]"

Hácia esta época recibió la carta de M. Chapman. Creo que mis lectores quedarán tan conmovidos como éste, ante la respuesta del misionero, y ante la sublime sencilléz conque habla en ella de la *situación un poco excepcional en que le ha colocado la Providencia.*

"*Al Reverendo H. B. Chapman, Rector de San Lucas.—Lóndres.*

"Kalawao, Molokay (islas Sandwich), Agosto 26 de 1886.

"Querido y reverendo señor.

"Acabo de recibir vuestra benévola carta del 20 de junio. Bendigo á nuestro divino Salvador por haberos hecho comprender las dulzuras de la vida del

1. Life of F. Damian.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sacrificio de sí mismo, por el ejemplo de un pobre sacerdote que cumple los sencillos deberes de su vocación. Como lo decís en vuestra carta, el Santo Sacramento es realmente un estímulo para todos nosotros (para vos como para mí), que debe conducirnos al abandono de todas las ambiciones humanas. Sin la presencia constante de nuestro divino Maestro en nuestras pobres capillas, no habria podido perseverar sin duda alguna, en mi resolución de compartir la suerte de los leprosos de Molokay, resolución cuyas consecuencias fáciles de preever, comienzan á aparecer y á hacerse sentir en toda mi persona. Pero siendo la santa comunión el pan cuotidiano del sacerdote, me siento felíz, contento y resignado en esta situación un poco excepcional en que la divina Providencia ha querido colocarme.

"Lo que me decís respecto á los vínculos que os unen á la iglesia Anglicana, me estimula á referiros brevemente lo que acaba de hacer un caballero muy bien educado, que perteneció á la iglesia Episcopal Americana hasta hace poco tiempo. Después de haberse convertido á la fé católica, retiróse algún tiempo entre los Trapistas, y de allí, impulsado por la inspiración divina del sacrificio, vino á este país pobre y distante, con el designio de establecerse en Molokay, lo que hizo después de haber pedido y obtenido de las autoridades, el permiso de trabajar conmigo, sin ninguna recompensa, en el alivio de los pobres leprosos. Vive ahora conmigo como hermano solícito, y me ayuda á cuidar á los enfermos. También él, aunque no sea sacerdote, encuentra su fuerza y su consuelo en el Santo Sacra-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mento. Cierto estoy de que admirareis el poder de la gracia de Dios en este nuevo compañero que me ha dado; y os suplico me permitais rogar también por vos y por todos los vuestros, á fin de que no tengamos más que una sola fé, y de que pertenezcamos todos á la sola verdadera Iglesia Apostólica, y seamos todos unos en Jesucristo, y obtengamos la misma gloria eterna.

"Respecto á lo que me decís, que os proponeis hacer colecta de recursos para los pobres leprosos que me están encomendados, puedo deciros que hay seiscientos por lo ménos para quienes el menor socorro será un gran beneficio. Por lo que hace á mí, conviene saber que, habiendo hecho voto de pobreza, nada necesito. Que la bendición eterna de Dios sea con vos, con vuestra familia, y con

todos aquellos que puedan ayudarme á aliviar la suerte de mi pobre pueblo enfermo.

"Vuestro afectuosamente en Nuestro Señor.

"J. Damian de Veuster."

No necesita comentarios esta carta. La que el Rector de San Lucas dirigió en respuesta al santo misionero, no es menos digna de interés y de respeto en su género.

"*Al Reverendo P. Damián.*

Lóndres, Camden Grove North Peckham,

Diciembre 1.° de 1886.

"Querido padre mío.

"Os doy gracias por vuestra excelente carta del 26 de agosto, y más aún por las oraciones que me prometeis por aque-

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS ®

llos en medio de los cuales vivo, y después de ellos, por mí mismo. Inclusa encontrareis una pequeña suma que cierto número de cristianos me encarga remitiros para el alivio de vuestros pobres leprosos. No hay en ella ni un óbolo mío, pues no he hecho más que recoger sus ofrendas. Mas debo informaros en su nombre, cuánto les ha servido la historia de vuestra vida para ayudar á la dirección de la suya, haciéndoles comprender la belleza del silencioso sacrificio de sí mismo, aceptado y sostenido por la fuerza de nuestro Salvador y por amor suyo. Pídenme que os manifieste su reconocimiento, por haberles permitido poner á vuestros piés este humilde tributo. Hallandoos clavado en esa cruz, que habeis elegido para participar de la suerte de aquellos á quienes les ha sido impuesta,

juzgan que el medio más acertado de haceros algún bien, y de hacer aún aparecer una sonrisa en vuestros labios, es ayudaros á aliviar á vuestro pueblo atormentado. Os dejan en absoluta libertad para que empleis esta suma como os parezca mejor; vuestra vida toda, sírveles de garantía del buen uso que sabreis hacer de ese socorro. Estímanse personalmente indignos de ofrecérosla, y tienen la convicción de que todo insulto á vuestra fé, es un insulto inferido á todo el mundo cristiano. En fin, os dicen adiós afectuosa y respetuosamente, sabiendo que la corona que os espera será tan espléndida, como son crueles las torturas de vuestro pobre cuerpo. Nada tengo que agregar á sus cartas, de las que no es esta más que un resúmen; expresan sentimientos que borran todas las diferencias de e-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dad, de rango, de nacionalidad y aun de creencias entre vos y ellos. En una palabra, habeis ganado sus corazones....

"En cuanto á mí, uno humildemente mis pensamientos á los suyos. Procuraré por cuantos medios estén á mi alcance, ayudaros á tornar la isla de Molokay tan feliz como nunca lo ha sido, y os expondré á este respeto mis ideas otra ocasión, porque esta carta pertenece exclusivamente á aquellos cuyo intérprete me constituyo cerca de vos. Teneis la dicha de ser amado y apreciado en este país por vuestro cardenal arzobispo, hácia el cual tengo yo mismo una gran deuda de reconocimiento. Os suplico saludeis á vuestro compañero humildemente de mi parte. Doy gracias á Dios á causa de él por la vida que ha escogido, sabiendo, como sé, por el conocimiento de mi propio corazón, cuán raro es el verdadero heroismo. Celebro mucho por él, que os acompañe, y estoy cierto de que pensando en la felicidad que os aguarda, sabreis ambos soportar la cruz, y desafiar la ignominia que acompaña á la enfermedad de la lepra!..

"Una vez más, adios. Que esta florecilla de amor que os envía la Inglaterra, derrame su perfume á vuestro lado, y os haga pensar en los corazones de aquellos que os la consagran, con la esperanza de veros todos un día en el Paraíso! Rogad siempre por los que me están encomendados y por

"Vuestro amigo que os ama.

HUGH. B. CHAPMAN."

P. S. «Encontrareis incluso un giro

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

por 975 lib. st. ($4.875) á cargo de M. Bishop y C.ª, de Honolulu. Os remitiré por el mismo conducto todo lo que se me dé para vos."[1]

Poco satisfecho M. Chapman de sus esfuerzos en un círculo relativamente reducido, resolvió ayudar al misionero de una manera todavía más eficaz, dirigiéndose á todo el público por medio del *Times*; y con tal propósito, escribió la carta siguiente al redactor de dicho periódico:

"Señor:

"Muchos periódicos han hablado últimamente de la obra emprendida por el

1 M. Bishop, el banquero á quien se dirigían esos fondos, se había casado con una princesa hawayana de sangre real. Ambos contribuyeron abundantemente con donativos para el P. Damián, y deben ser contados entre los bienhechores más generosos de Molokay.

P. Damián; conócesela ya, y se sabe á qué precio ha pagado su abnegación el valiente apóstol. El caso es tan sencillo como conmovedor. Ese sacerdote magnánimo, que ha hecho profesión de pobreza para sí mismo, es víctima ya del mismo mal que aflige á los que le rodean. En una carta alegre y serena que de él acabo de recibir, habla á este respecto de los auxilios que se le ofrecen, diciendo que los acepta gustoso para sus pobres enfermos. He obtenido, además, la aprobación del cardenal arzobispo para hacer el llamamiento que os suplico inserteis. Recibiré y trasmitiré con reconocimiento todo lo que se me quiera enviar. El hecho de que se trata, es elocuente por sí mismo; lamento, con todo, que no tenga un intérprete más digno que yo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Soy de U., señor, servidor obediente,

"H. B. Chapman."

Respondieron los lectores del *Times* generosamente á ese llamamiento, y la mayor alegría que disfrutó el apóstol, gozóla en los últimos y contados días que le quedaron de vida, pues pudo socorrer abundantemente y hasta el fin á su pobre pueblo, gracias á esos bienhechores desconocidos. En medio de tantas y tan profundas miserias, pudo llevar á cabo sus propósitos, realizando en favor de los leprosos todo el bien posible, todo el bien soñado para ellos. Así la obra del misionero llegó á recibir, andando el tiempo, un público testimonio de justicia. [1]

1 Vease más adelante el discurso pronunciado por S. A. R. el príncipe de Gales en la reunión que presidió para honrar la memoria del P. Damián.

Ha dejado tras sí el P. Damián, una obra organizada, que no necesita ya más que ser proseguida. Por lo que respecta á la material, que terminó antes de desaparecer de este mundo, baste decir, que construyó de *trescientas á cuatrocientas casas* y dos iglesias. Vióse además eficazmente consolado por la presencia de dos religiosos de su orden, que acudieron sin tardanza á asociarse á sus trabajos y peligros. Cediendo á las inspiraciones de la religión, que infunde á todos el mismo arrojo, fueron pronto á unírsele asímismo y á desafiar el contagio cuidando á los enfermos, tres hermanas de la caridad, religiosas franciscanas. *Es su vocación*, se dice, y nosotros decimos que es cierto; pero como la vocación, aunque menos voluntaria, de los soldados.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y cuando los soldados mueren heroicamente, dícese que han sido unos bravos, y queda orgullosa la nación á que pertenecieron. También nosotros los católicos, tenemos derecho de distinguir y mostrar en nuestras filas, á esos bravos cuyo ejemplo es nuestro orgullo, así como la causa de nuestra humildad, por la distancia que separa nuestra vida de la suya.

Tuvo pronto M. Chapman nuevos recursos qué mandar á Molokay. Con tal motivo escribió al P. Damián una nueva carta:

"Querido padre mío.

"Os envío incluso un giro por valor de 1,000 lib. st. (5,000$). Es una suma que os dirigen algunos de los que agradecen

á Dios, el ejemplo que les dá vuestra abnegación. No contribuyo con nada personalmente; no hago más que remitiros lo que he recibido para vos, así es que no me debeis ninguna gratitud. Es envidiable honra para mí, poder daros testimonio de mi respetuoso afecto. El dinero queda absolutamente á vuestra disposición. Servíos de él como querais, aun para la capilla de los leprosos católicos. Pronto os enviaré un nuevo giro por valor 300 lib. st. (1,500 $). Os pido humildemente entre tanto, que no me olvideis en vuestras plegarias: pedid para mí algo de vuestro espíritu de sacrificio, que estoy tan lejos de poseer. Habría querido ir á reunirme con vos y ofreceros mis servicios, aunque indigno; pero creo que la voluntad de Dios es que permanezca en medio de los pobres que me rodean. Muchos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de ellos carecen de todo, y aunque soy demasiado pobre para socorrerlos, no tengo valor para abandonarlos. A no ser por eso, habría corrido á vuestro lado á impartiros mis cuidados, hasta que hubieseis partido para la patria.... Afectuosos recuerdos á mi amigo y viejo Clifford; es la persona á quien he envidiado desde hace largo tiempo.... Por lo que hace á mí, no tengo esperanza ni aun de poder haceros una visita en la primavera; tiéneme, como quien dice, clavado aquí, la falta de recursos. Pero no importa; es necesario que estemos alegres y contentos por todo.

"Una vez más, que os consuele el Salvador en vuestro martirio, con el pensamiento de que *estando elevado, llamais á* MUCHOS *otros hacia la cruz.* Sé bien que no pertenezco á vuestra rama de la Iglesia Católica; pero áun cuando, según vuestro punto de vista, no me encuentre en su seno, nada puede impedir que me arrodille á vuestros piés, y salude en vos á mi superior con respeto, porque sois el servidor de Dios!

"Permitid que me llame vuestro amigo, vuestro amigo que os ama

(Your loving loving friend).

"B. Chapman."

En noviembre de 1887, extendióse el rumor por Europa, de que había fallecido el P. Damián. Para desmentir la noticia, escribió entonces una carta, de la que tomamos los siguientes párrafos:

"Desgraciadamente, Dios no me ha llamado todavía fuera de este mundo miserable, sigo aún en él por un tiempo cu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ya duración ignoro, por más que me haya tornado ya casi inútil.

"Como sabeis, hace ya mucho tiempo he sido escogido por la Providencia como víctima de esa enfermedad repugnante. Espero que daré gracias á Dios eternamente por este favor, pues tengo por cierto que tal enfermedad abrevia mi camino hacia la patria amada, y le ha de tornar más directo."

Continúa más abajo:

"Aunque la lepra se ha apoderado tenazmente de mi cuerpo y desfigurado notablemente mi rostro, todavía me siento fuerte y robusto, y han desaparecido los terribles dolores que experimentaba en los piés. Felizmente, hasta ahora, la enfermedad no ha estropiado mis manos y

he podido seguir diciendo misa todos los días. Esta gracia es mi mayor consuelo.

"Rogad por un gran número de nuestros desgraciados, que están afligidos por una lepra espiritual, no menos funesta que la otra. Ha suscitado entre ellos el demonio, la inmoralidad de los mormones, de la que es altamente difícil limpiar á los que son devorados."

En otra carta, fecha 16 de noviembre de 1887, se lee el notable pasaje siguiente:

"Como tengo mucho trabajo, me parece el tiempo muy corto, y la alegría de que Dios me inunda, hace que me considere como el misionero más feliz de la tierra. Por consiguiente, el sacrificio de mi salud, que pide nuestro buen Dios, sin duda para hacer más fecundo mi ministe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rio, parécemne cosa poco digna de consideración, si no es por lo que me aprovecha; y creo que me es lícito decir, con un poco del espíritu de San Pablo: *estoy muerto, y mi vida está oculta en Dios con Jesucristo* [1]."

.....

Esa alegría misteriosa expresada con tanta sencillez, esa alegría humanamente inexplicable, era la que hacía comprender el mundo invisible, al escritor á quien me he referido, más bien que todos los argumentos de los doctores y de los santos.

La carta de donde hemos tomado los pasajes que acabamos de trascribir, termina con las siguientes palabras: "HASTA

1 P. 142 (Life of F. Damien).

LA VISTA EN EL CIELO." Escritas por aquella pluma y á la hora en que fueron trazadas, toman una realidad que subyuga el espíritu.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII.

No he tenido la pretensión de escribir la vida del P. Damián. Vivirá por siempre su nombre en la Iglesia, y manos más hábiles que las mías, tegerán para él una corona más valiosa que la presente. Héme propuesto tan sólo llamar la atención general hácia la belleza de una alma y hácia la esplendidez de una vida, cuya claridad llegó muy lejos del lugar donde quiso ocultarse. Ese conjunto de cualidades humanas y sobrehumanas, dió al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más humilde de los hombres, el raro poder de llamar hácia sí á los que nunca se le habían acercado, y de elevar á las alturas los corazones y los espíritus.

M. Eduardo Clifford, cuyo nombre se ha visto citado arriba en la carta de M. Chapman, es un artista distinguido, de gran talento y que tiene la rara facultad de sentir por la belleza moral, mayor entusiasmo que por la hermosura de la naturaleza y de las artes. Al saber lo que el amor de Dios y de los hombres había llagado á inspirar á un pobre misionero, sintióse penetrado, aunque protestante por la misma admiración que su amigo el rector de San Lucas, y, como él, experimentó el más vivo deseo de conocer al P. Damián. Imperiosos deberes impidieron su realización al Rector; más, por lo que hace á M. Clifford, pudo llevarlo

á efecto, no teniendo para ello que hacer más *que* abandonar sus intereses, ocupaciones, negocios y placeres, y *que* hacer á un lado sus atenciones, ó sea todo lo que impide á tantos y tantos, hacer cosas menos difíciles. Prescindió de todo eso sin vacilar, y anunció su partida para las islas Sandwich. Multitud de personas, con este motivo, lleváronle variedad de objetos para que los pusiese en manos del misionero, á fin de que éste les diese la inversión que fuese de su agrado. Siendo portador de esos testimonios de interés universal, y, á más, de un aceite al que se atribuía especial virtud para el alivio de los leprosos, embarcóse con destino á Honolulu á fines de noviembre de 1888; pasó de allí á Molokay, y pronto se halló ante la presencia del misionero, á quien había ido á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conocer, y cuya santidad había ido á venerar desde tan lejos.

Publica M. Clifford en estos momentos en Lóndres, un relato minucioso de su permanencia en las islas Sandwich. Sintiendo no tenerle á la vista, para aprovechar los preciosos datos que sin duda contiene, complázcome al menos en citar una carta inédita del distinguido viajero, fechada en Molokay el 26 de enero de 1889. Hállanse en ella retratadas las impresiones producidas por personas y cosas, en los mismos sitios visitados.

«Es extraña esta isla. Hermosa en sus valles y montañas, tanto como en la vida de sus santos; terrible en sus volcanes y abismos misteriosos. Es dulce y deliciosa su atmósfera; su mar de un azul de zafiro. Parecen singularmente felices los pobres leprosos; todo es nuevo y extraño para mí en estos lugares. Representábame estos sitios como una especie de infierno, y lo son en verdad bajo muchos respectos; no obstante, pregúntome con frecuencia, si no hay alegrías aquí, que no existen en otra parte. No cabe duda que los leprosos no desearían ser curados, si fuese condición de su salud abandonar á Molokay. No son siempre agudos sus sufrimientos; es fácil su vida y, con todo, no hay nada más horrible que lo que miro.

«El P. Damián es tal como me lo había imaginado; tan digno de ser amado como venerado. No tiene ni la más ligera idea de ser un mártir y un santo. Nunca se vió mayor olvido de sí mismo. Feliz, alegre, afectuoso y sencillo, es el más hábil é infatigable de los trabajadores: carpintero, albañil, organizador ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bilísimo, tenedor de libros. La lepra ¡ay! le ha marcado ya profundamente; mas paréceme que el aceite le ha hecho algún bien, y que ha disminuido un tanto, la hinchazón de su frente. Sufre menos opresión durante la noche, según dice. Que Dios sea loado por ello! Pero, eficaz ó no, es el aceite un remedio del que dificilmente consentirán en servirse los pobres leprosos. El P. Damián se ve ayudado actualmente por dos sacerdotes de su órden y tres hermanas de la caridad. No hay misionero protestante en la isla; ¿por qué razón están siempre los católicos más dispuestos al sacrificio?"

Después de algunos dias, añade á lo anterior las siguientes líneas:

"Me siento felíz, porque me parece que el P. Damian mejora. Pudo cantar misa el domingo, lo que no había sucedido desde hace varios meses. Tiene un aspecto verdaderamente felíz, y no obstante, apena pensar lo que debe ser para el corazón, para los nervios, para la naturaleza toda, en fin, esa enfermedad espantosa, y trabajar á pesar de ella, como él lo practica, de todos modos, infatigablemente. Son serenas y dulces las hermanas de la Caridad. La madre María Ana tiene amor á la pintura y muy buen gusto artístico."

. . . . . .

Las notas que más adelante agregaremos á las precedentes, fueron publicadas por M. Clifford á su regreso á Inglaterra. Añaden al cuadro que se acaba de bosquejar, más de un rasgo interesante, y hacen sentir con mayor viveza, la sencillez sorprendente que caracterizaba al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

P. Damián. Aceptaba con gratitud, para alivio de sus leprosos, las pruebas de simpatía que de lejanas tierras le llegaban; pero no sólo no las deseaba para sí mismo, sino que le apenaban por todo extremo. Imposible encontrar en sus cartas un sentimiento personalista. En su respuesta á M. Chapman, sólo se regocija "por el amor al sacrificio despertado en el corazón del Rector, por el ejemplo de *un pobre sacerdote que cumple sencillamente con su deber.*" Busca razones empeñosamente para esquivar las alabanzas de que huyó tan sinceramente desde su juventud. En una carta dirigida á su madre en 1876, cuando su reputación no había llegado á ser todavía lo que fué más tarde, se halla el párrafo siguiente:

"Querida madre y hermanos míos: excusadme por no haber respondido á vues-

tras cartas del 10 de mayo. Ha sido motivo de este retardo, por una parte, el que todos los días esperaba recibir noticias de Pánfilo; y por otra, la contrariedad que me ha causado encontrar la última carta que os he escrito, inserta en los *Anales*. Una vez por todas, permitidme que os diga que no me agrada eso de ninguna manera. Quiero permanecer desconocido para el mundo, y hé aquí que por causa de esa carta, se habla de mí en muchas partes, áun en América...."

Déjase comprender, no obstante, que la madre de tal hijo se viese tentada del deseo de consolarse por algún medio en su ausencia, y que su otro hijo, el P. Pánfilo, quisiese participar con ella del mismo consuelo. Privado de la alegría que siempre había ambicionado, de servir á Dios en regiones lejanas,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

é inmóvil en su monasterio de Lovaina, seguía con júbilo generoso el apostolado de su hermano, y bendecía á la Providencia por haberle proporcionado tal sustituto. Todos en esta familia, parecen haber tenido por signo distintivo el generoso olvido de sí mismos. Con todo, cuando supo la pobre madre que su heroico hijo estaba al fin atacado por el mal terrible que le había respetado por tantos años, sintió desgarrársele el corazón, y sucumbió antes que el mártir. Fué una prueba más que Dios quiso enviar al P. Damián, pero al mismo tiempo otra alegría agregada á las que la muerte le brindaba.

Hé aquí algunos extractos de las notas de M. Clifford durante su permanencia en Molokay [1].

. . . . . .

"Cuando reconoció el médico en él los primeros síntomas de la lepra, vacilaba en comunicarle su observación, temiendo causarle una impresión penosa; pero no le causó ninguna.

—"Siempre lo había esperado, dijo, y desde hace algún tiempo, estaba seguro ds haber contraído la enfermedad.

"Y continuó trabajando con la misma valiente alegría de siempre, aceptando sin vacilar ni murmurar la voluntad de Dios.

"Repetíame frecuentemente que no aceptaría ser curado, si necesitara para ello salir de la isla y abandonar sus trabajos.

1. XIX *Century*, números de mayo y junio de 1889.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"Entre varias cartas, leí un día una en su presencia, escrita por una señora de calidad, que decía" que habiendo dejado el P. Damián todas las cosas de este mundo por servir á Dios y á su prójimo, tenía ella por cierto que debía poseer el apóstol una alegría que nada podría arrebatarle."

—"En efecto, me dijo con tranquila sonrisa, poseo esa alegría.

"..... Mientras hacía yo su retrato, leía él, y se detenía de tiempo en tiempo para escuchar un himno cercano, que entonaban los leprosos. Tenía entonces en la mirada una expresión de dulzura singular [1].

"Cuando hube concluido el dibujo, mi-

1. Hablando un viajero del P. Damián cuando era todavía joven, píntale de talla elevada, y denobles y regulares facciones.

ró le algunos instantes con un poco de tristeza:

—"Qué fealdad! dijo. No sabía que la enfermedad hubiese hecho tantos progresos."

Como debe suponerse, los espejos son raros en Molokay.

"Es imposible percibir en él, el más leve indicio que haga sospechar que se juzga un mártir, un héroe ó un santo. Evidentemente no cree ser nada de todo eso.

"Díjele que el obispo anglicano de Peterborough me había hablado de él, diciéndome: *Probablemente no querrá recibir la bendición de un hereje; decídle, no obstante, que mis oraciones le acompañan, y que le pido las suyas para mí.*

"Abrió el P. Damián los ojos con asombro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—«Verdaderamente, preguntóme con interés, ¿reconoce que es hereje?

"Víme obligado á explicarle que el obispo no se servía de esa expresión al pié de la letra, sino sólo para referirse al modo de ver de los católicos á su respecto.

"Preguntóme muchas cosas acerca de M. Chapman, que se ha asociado á su obra desde léjos, y le ha prestado tan útil y generoso concurso.

"Durante mi permanencia en Molokay, vivía en la casa destinada á las extranjeros. El P. Damián no quiso nunca entrar en ella, por miedo de llevarme el contagio; pero sentábase por la tarde al aire libre, al pié de la escamilata, y conversaba alegre y abundantemente conmigo, con el agrado, sencillez y regocijo ordinarios, en tanto que las estrellas brillaban sobre nuestras cabezas, y todo el

valle era bañado por la claridad de la luna.....

"Algunas veces mírase conmovida la isla por terribles tempestades y combatida por vientos furiosos, aun cuando el sol no deje de brillar, ó de resplandecer las estrellas.

.....

"El P. Damián y los dos sacerdotes que le ayudan, viven en afectuosa é íntima sociedad con los pobres leprosos.... Están en perpetuo contacto con ellos, y no solamente los atienden hasta el fin; sino que, como lo hace frecuentemente el P. Damián, los amortajan y entierran con sus propias manos..... Es humanamente imposible que un día ú otro no les alcance el contagio.....

"Cantan muy bien los leprosos. Uno de ellos, de hermosa voz de barítono, can-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

taba cerca de un niño, cuya voz alta y metálica, se armonizaba artísticamente con la suya. Una mujer, cuyas manos estropeadas por la lepra, parecían incapaces de moverse, tocaba admirablemente el harmonium. Había sido profesora de mombradía en Honolulu.

"*El Adeste fideles*, cantado por ellos en latín, hízome pasar momentos deliciosos; pero me conmovió mayormente oir el canto de una especie de queja intitulada *el canto de los leprosos* compuesta por un poeta hawayano, en el cual se retrata su triste suerte en notas conmovedoras y patéticas.

"Cerca de mil son actualmente los leprosos.

. . . . . .

"El día de Noche Buena díle un ejemplar de los *Himnos* del P. Faber, que

me habían dado para él los tres hijos de lady Grosvenor. Leyó y releyó las palabras escritas por ellos al principio del texto, con la letra propia de su edad: *Felices los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia*, y me dijo con la más dulce expresión retratada en su rostro, *que se serviría frecuentemente de aquel libro, precioso para él.* Ama á los niños de un modo muy especial.

"Repetíale frecuentemente el nombre de todos los que me habían dado para él obsequios ó mensajes, y me hizo diversas preguntas sobre cada uno, manifestando grande sorpresa y enternecimiento, al saber que tan gran número de ingleses protestantes le tuviesen afecto.

"El último día de mi permanencia en Molokay, híceles ver la linterna mágica que había llevado, y el P. Damián les

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

explicaba en voz alta los cuadros que se les presentaban, sacados todos de la vida de Cristo. Difícil era no sentirse conmovido en presencia de aquella multitud herida de muerte, que escuchaba la historia de los milagros y curaciones obrados por el Salvador, así como la de sus sufrimientos, crucifixión, muerte y resurrección.

"Díjome el P. Damián, que había encontrado en muchos de ellos, sentimientos de la piedad más ferviente. [1] "

1 La linterna mágica de que se habla, formaba parte del cargamento encomendado á M Clifford, á su salida de Lóndres. Era obsequio de lady Carolina Charteris, quien había remitido también un órgano, que tocaba cuarenta piezas diferentes, y fué para toda la población, fuente de incesante alegría. En la imposibilidad de enumerar todos aquellos obsequios caritativos, nos limitaremos á mencionar entre ellos un magnífico grabado del Buen Pastor, enviado por lady Mount Temple, el más precioso de todos; una

.....

"Debía dejar la isla al día siguiente, á bordo de un buque que era esperado por la mañana, é iba á conducir á Molokay á doscientos amigos de los leprosos, que venían á pasar el día con ellos, para dejarlos en la tarde. Habían sido organizadas estas excursiones por M. Samuel Damon, habitante de Honolulu, á fin de procurar á los pobres leprosos y á sus parientes y amigos, la alegría de breves reuniones periódicas. Nunca olvidaré las escenas que presencié en los momentos de la llegada y de la partida del buque. Cuando sonó la hora del regreso, vino á

copia á la acuarela de la *Visión de San Francisco*, enviada por M. Burne Jones, uno de los artistas actuales más célebres de Inglaterra, y autor del cuadro original. Destinó para sí mismo el P. Damián este cuadro, y le colocó frente á su cama, en el pobre aposento donde murió.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la playa toda la población á decir adiós á los que se iban, con lágrimas y llanto por las dos partes; y, sin embargo, esas reuniones son un gran consuelo para todos, y disminuyen el horror de esas separaciones forzadas, que no dejaban en otro tiempo ninguna esperanza de volver á verse en este mundo, á aquellos á quienes dividía la enfermedad.....

"Cuando nuestro buque levó el ancla, ligeras nubes coronaban el azul sombrío de las rocas y las cascadas que las surcan y descienden ruidosas de las cimas. Mirábanse distintamente á su pié, las blancas habitaciones y las iglesias de la aldea. Parmaneció el P. Damián, mientras pudimos distinguirle, en pié sobre las rocas de la playa, rodeado de todo su pueblo. Poníase el sol, y coloreaban las

montañas sus últimos rayos, cuando ví por última vez á Molokay desvaneciéndose en una nube dorada...."

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIII.

Mantúvose el P. Damián durante algunas semanas todavía, *en pié en medio de su pueblo*, como lo describe M. Clifford. No obstante, sin abandonar ninguno de sus trabajos, sin que se turbase un solo momento la serena actividad de su vida, proseguía rápidamente su marcha el mal inexorable. Sintiendo en los últimos días de marzo, que se aproximaba su fin, escribió las siguientes líneas:

« Recuerdo cordial al querido amigo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Clifford. Subo lentamente el camino de la Cruz, y pronto me encontraré en la cumbre del Gólgota.

"DAMIAN DE VEUSTER."

En su última carta á su hermano, de fecha 19 de febrero de 1889, leese lo siguiente:

"Considerando la naturaleza del mal que sufro por la voluntad de Dios, absténgome de escribiros tan frecuentemente como antes. Estoy verdaderamente enfermo en la actualidad; no obstante, siéntome siempre feliz y contento, y lo que deseo antes que todo, es que se haga la voluntad de Dios."

Un buen sacerdote de Lieja, el P. Conrardi, acompañábale entonces, y otro le reemplazaba en la aldea inmediata.

Dos hermanas de la Caridad le ayudaban, además, á cuidar de los cien enfermos especialmente encomendados á su custodia, y tres hermanas hospitalarias atendían á los leprosos que en número de mil, poblaban el hospital.

Después de dar cuenta á su hermano, del estado de la misión, en el momento en que tocaba al término de su heroica labor; después de encargarle hiciese presentes sus recuerdos afectuosos á sus padres, hermanos de la Congregación de Lovaina y todos los miembros de su familia, termina así su carta postrera:

.....

"....Puedo todavía, aunque con trabajo, mantenerme en pié todos los días ante el altar, donde no me olvido de ninguno de vosotros. Rogad y pedid oraciones para mí, en correspondencia, por-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que mi última hora se acerca lentamente. Que Dios me fortifique y conceda la gracia de la perseverancia y de una muerte dichosa![1]»

Comenzó el 30 de marzo á prepararse para la próxima muerte. Hizo confesión general y renovó sus votos, asistido por los dos sacerdotes de su orden, el P. Windolin Moellens y el P. Conrardi, sus colegas de vida y trabajos desde hacia más de un año.

El día siguiente recibió el Sagrado Viático.

. . . . . .

—«Contemplad mis manos, díjoles con su calma habitual, tórnanse negras y se cicatrizan mis llagas. Como lo sabeis, es signo de muerte próxima. Mirad mis

1. Life of F. Damien, p. 116.

ojos y encontrareis en ellos los mismos indicios. He visto morir tantos leprosos, que no puedo engañarme. La muerte no se hará esperar largo tiempo. Habría deseado volver á ver á nuestro obispo; pero me llama el buen Dios, quiere tenerme á su lado para celebrar la fiesta de la Pascua.

Sea bendito mil veces!. . . .»

El 2 de abril recibió la Extremaunción.

—«¡Cuán bueno es Dios, exclamó, por haberme conservado la vida lo bastante para darme la alegría de tener á mi lado dos sacerdotes en mis últimos momentos, y dejar en la leprosería tres santas hermanas de la Caridad! Después de esto, sólo me resta decir: *Nunc dimittis.* Está ya asegurada la obra en favor de los le-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

prosos: no soy ya necesario: puedo irme *allá arriba.*

—«Cuando estéis allá, querido padre mío, díjole el P. Conrardi, no olvidareis á los huérfanos que dejais ¿no es cierto?

—«Sin duda alguna; si puedo obtener alguna gracia del Señor, la pediré para todos los que forman parte de nuestra leprosería.

—«Pedid para mí vuestro gran corazón, suplicóle el P. Conrardi. Dejadme vuestro manto, como Elías.

—«¿De qué os serviría? repuso sonriendo; *está todo lleno de lepra.*»

Siguieron algunos dias de descanso, durante los cuales no se desmintió un solo instante su admirable paciencia. Allí estaba él, tan ardiente, activo y robusto poco tiempo hacía, tendido é inerte sobre un colchón echado por tierra, como

el más pobre leproso. Con gran trabajo pudo obligársele á aceptar una cama. Todo el dinero que pasó por sus manos, había sido consagrado á los pobres; no se había reservado para sí, ni lo necesario para tener la ropa blanca indispensable.

El 13 de abril, después de la media noche, recibió la comunión por última vez. No podía hablar ya; pero oprimía afectuosamente la mano de sus hermanos. Finalmente, el día 15, entregó el alma al Criador sin esfuerzo, como si hubiese caido en apacible sueño.

Desapareció, después de muerto, todo rastro de lepra de sus manos y rostro.

Fué cavada su fosa, según su expresa voluntad, al pié del árbol bajo el cual pasó tantas noches al principio de su apostolado, y que daba sombra en la actuali-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dad al cementerio por él mismo construido.

.....

Para terminar lo que se refiere á Molokay, hagamos constar que el espíritu del P. Damián permanece vivo y despierto entre sus hermanos, y que no ha faltado quien ocupe su puesto, apenas desaparecido de este mundo. Cuando el obispo, Monseñor Herman, dudoso respecto á quien debería elegir para llenar aquella misión peligrosa, preguntó á los sacerdotes de su diócesis, quiénes querían espontáneamente aceptarla, con aclamación instantánea y unánime le contestaron, que *todos estaban prontos* para ello. El que mereció la alta honra de la elección, hizo constar con humildad, que no había mérito alguno en su conducta, puesto que no hacía más que obedecer á la regla de su instituto. [1]

1 Acabamos de saber que el P. Pánfilo ha solicitado y obtenido la gracia de ir á Molokay á reemplazar á su hermano, y que ha partido ya para Oceania.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IX.

Sábese hasta qué punto despertó la atención pública en Inglaterra el apostolado del P. Damián. De tal antecedente podrá colegirse el efecto que produciría la noticia de su muerte. Consagráronle los diarios más famosos, notables y numerosos artículos, como lo demuestran algunos párrafos de ellos que se hallan insertos al principio de este libro.

A nadie sorprenderá la noticia de que el Rector de San Lázaro no se haya con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tentado con esto, supuesta la ardiente simpatía que sintió siempre hácia el P. Damián y hácia su obra benemérita. En una carta dirigida al público emitió, en efecto, el Rector, la idea de rendir un homenaje más brillante á la memoria de aquel héroe venerando. Propuso á este propósito, que se abriese una suscrición, cuyo monto fuese entregado al cardenal arzobispo "quien, decía el Rector, sabría mejor que nadie invertirle del modo que hubiese sido más grato á aquel á quien se ofrecía." "Agregaba que "si algunos se rehusaban á contribuir de algún modo, *por la honra que, ciertamente, recaería sobre la Iglesia á que perteneció el P. Damián*, los exhortaba á que reservasen su ofrenda, pues, por su parte, estaba resuelto á no cambiar ni un ápice de su proposición."

En tal estado se hallaban las cosas, cuando el príncipe de Gales, al regresar de París, á donde había ido con motivo de la Exposición, tuvo conocimiento del proyecto de M. Chapman, y no solamente le aprobó públicamente, sino que dió á conocer su voluntad de reunir en su misma casa, Marborough-House, y de presidir personalmente, la junta convocada con tal objeto. Hé aquí cuáles fueron los términos en que hizo saber su propósito á los promotores de la reunión:

"El príncipe de Gales—escribió por su orden su edecán Sir Francis Knolls—me encarga informaros que ha tenido conocimiento, con la más viva satisfacción, del proyecto concebido por los que quieren perpetuar la memoria del P. Damián, y continuar é imitar la obra á la que ese héroe al par que santo, consagró toda

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su vida. Aprueba plenamente S. Alteza Real, las proposiciones relativas á este asunto, que se le han dado á conocer, y desea presidir él mismo y en su propia casa, la junta que ha de reunirse á fin de examinar los medios más á propósito para manifestar la simpatía que todos sienten hácia el P. Damián y su magna obra, realizada mediante el sacrificio de sí mismo."

Esa junta, donde se vió representado, con el cardenal obispo de Westminster y el obispo católico de Salford, lo más granado del mundo social, político y religioso de Inglaterra, verificóse en Marborough-House, el 17 de junio de 1889. Inútil nos parece consignar que aquellos que eran conocidos con el nombre de amigos personales del P. Damián, y los iniciadores del movimiento destinado á

honrar la memoria del apóstol, fueron invitados los primeros.

Presidió, en efecto, aquella reunión el príncipe de Gales, y pronunció en tal oportunidad nobles palabras, de las cuales trascribimos algunas en seguida:

"La vida y muerte heroicas del P. Damián, dijo, no sólo han despertado la más ardiente simpatía en todo el Reino Unido, sino producido un efecto todavía más profundo. Nos han hecho considerar que, dentro de cierta medida, estamos obligados á imitar tan altos ejemplos. Los que reclaman nuestros socorros no son desconocidos ó extranjeros para nosotros, sino súbditos de la Corona de Inglaterra. Los habitantes de las Indias ó de las Colonias, tienen más derecho para confiar en nuestro auxilio, que el que tenían los pobres hawayanos para esperar el sacrificio del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

joven sacerdote belga, que acaba de ofrecerles su vida.

«Para pagar desde luego nuestra deuda hacia él, y para consagrar el recuerdo de nuestra admiración á su noble carrera, propongo á la junta el siguiente proyecto de homenaje en tres proposiciones:

«Primera: erigir un monumento consagrado al recuerdo del P. Damián, en Molokay, en el mismo lugar donde se consumó su sacrificio y reposan sus cenizas;

«Segundo: fundar y dar su nombre á un establecimiento destinado al estudio especial del mal horrible de la lepra, y á suministrar los recursos necesarios á los que emprendan viajes encaminados á su estudio;

«Tercero: organizar una averiguación minuciosa y exacta, acerca de la situación

de los leprosos en las Indias y en toda la extensión del Imperio británico.

.....

«En cuanto á la primera de esas proposiciones, no reclama ningún comentario de mi parte. Basta enunciarla para que merezca ser aprobada por unanimidad. Si agregara una sola palabra, sería tan sólo para significar que carecemos de otros medios para dar testimonio de nuestro respeto al P. Damián y á los trabajos que llevó á cabo en la isla de Molokay. Allí, en efecto, nada hay que añadir á lo que él mismo realizó. Los recursos que alleguemos deben ser simplemente aplicados á proseguir su obra, y á mantener todo lo que pudo fundar para alivio de los leprosos."

Suscribióse el príncipe desde luego con 100 libras esterlinas ($ 500) para la rea-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lización de las proposiciones adoptadas por la junta. ¡La primera de ellas, como se ha visto, fué la de erigir una estatua al P. Damián, en el sitio mismo de Molokay, que santificó con su apostolado y con su muerte!

Grande fué la alegría del Rector de San Lucas, como es de suponer, cuando vió así realizados y aun sobrepujados sus deseos. Por la última vez citaremos en este lugar algunas de sus palabras, porque resumen todo lo que hemos dicho acerca de la influencia ejercida por la santa vida del apóstol, de la cual reproducen algunos rasgos:

"Vivirá entre nosotros el nombre del P. Damián por tres razones, que forman una corona singular para una frente humana:

"La primera es, por haber hecho com-

prender por medio de su ejemplo, de un modo patético á todos los cristianos y á todos los hombres, el valor inmenso del sacrificio de sí mismo;

"La segunda, por haber encendido entre nosotros en incontables corazones, la pura y altísima ambición de sacrificarse como él;

"La tercera, por haber estimulado á la ciencia, con su vida y con los sentimientos que ha hecho nacer (secundados por el concuso del heredero del trono), á buscar con nuevo celo, los medios á propósito para luchar contra el tremendo azote de la lepra. Quizás sea este el principio que haga descubrir su remedio, honrando así la memoria del P. Damián, por la más bella de todas las victorias!"

Al concluir este trabajo, por más que deplore su imperfección, debo confesar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que me ha sido grato por todo extremo. En este tiempo en que tantas fuerzas intelectuales se aplican á turbar los corazones y á rebajar el nivel de los caracteres; en este tiempo de luchas, en que la justicia perece y triunfa la palabrería, con los huecos vocablos libertad y *fraternidad* (el más hueco de todos) á la cabeza; es altamente consolador ver surgir de repente un hecho real y práctico que pone en acción todas esas bellas cosas, sin inútil ostentación, haciéndonos salvar de un salto, la inmensa distancia que separa la palabra vacía, de la realidad viva y fecunda!

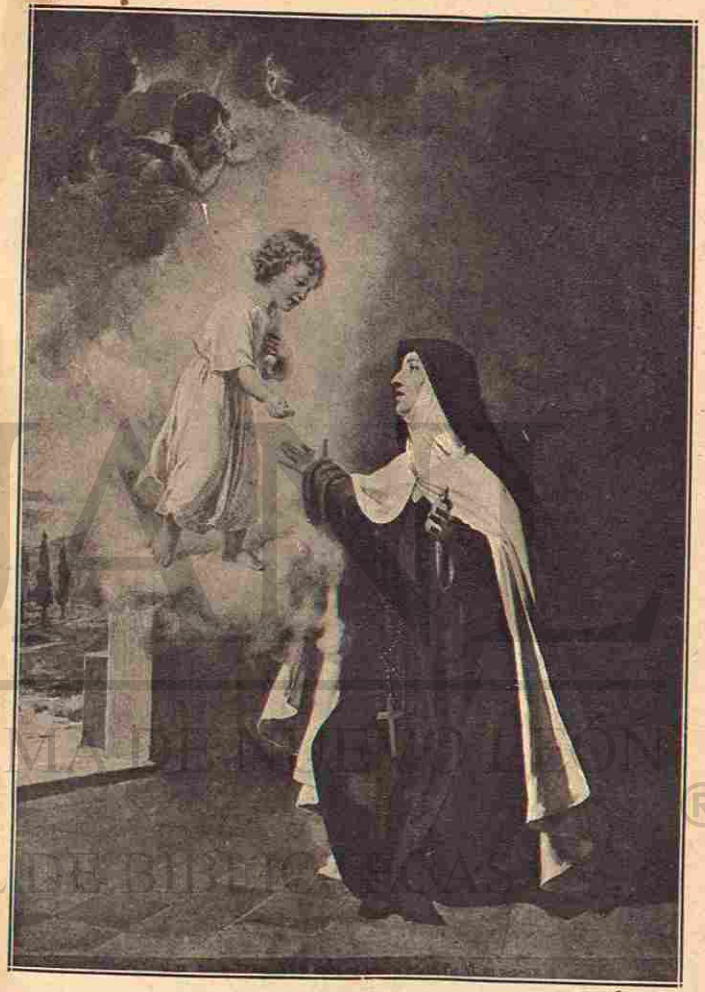
Hé aquí á un joven sacerdote belga, perteneciente á una orden francesa que sin más fuerza que su fé inquebrantable y su gran corazón, parte al cabo del mundo, y allí, en medio de un pueblo perteneciente

á otra raza, se consagra por completo al servicio de desgraciados que elige y ama entre todos, porque su desgracia sobrepuja á toda medida. Lleva á su miseria el doble alivio del alma y del cuerpo, comprándole el precio de su vida....

Aquí teneis el hecho...pero ese hecho resuena, vibra, halla eco...La palabra de caridad suspende por un momento todos los odios, todas las divisiones. En la extensión de casi toda la tierra, hácese oir esa palabra, y se convierte en un coro de admiración, de respeto y de piedad!....Aun cuando no fuese ese triunfo más que un relámpago, sería consolador saludarle, y más cuando se sabe que la luz de donde procede, no es ni pasajera ni terrestre!....

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VIDA
DE LA V. M. ANA DE S. AGUSTIN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIDA
DE LA V. M. ANA DE SAN AGUSTIN
CARMELITA DESCALZA

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APROBACION DEL PROMOTOR DE LA FE

Nihil obstat

Carolus Salotti, S. Cons. Adv.
S. Fidei Promotor Gen.

APROBACION DE LA ORDEN

Nihil obstat

Fr. Richardus a S. C. J.
Fr. Aemilius a Sto. Joseph.
Censores

Imprimi potest

Fr. Bernardinus a J. M.
Provincialis

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Retrato de la V. M. Ana de S. Agustín, cuadro de Garnelo, hecho conforme al retrato auténtico que de ella se conserva

AL LECTOR

El libro que hoy te ofrezco, lector amigo, es un abreviado bosquejo de la vida de una preclara hija y compañera de la gran Teresa, conocida en el siglo por el noble apellido de los Pedruja, y en el Carmelo Reformado por el de Ana de S. Agustín. Como aquélla, lució ésta sus primores en aquel nuestro áureo siglo XVI, en el que en oro puro acuñaron sus medallas los próceres de las ciencias y de las artes, de la literatura y de la santidad.

Y si, por merced, ya conocías las acciones heroicas de esta noble Virgen, aparta, te ruego, los ojos de este libro, pues nada nuevo ha de decirte, y aun podría concluir por enojarte mi torpeza y atrevimiento, al intentar traducir en mi humilde estilo, los hechos de quien es merecedora de superior ingenio. Mas si te era ajena su noticia y anteriormente desconocías tan feliz existencia, entonces, lee, si te place, lo que sigue, y podrás admirar aunque borrosa y muy toscamente las inmensas y variadas bellezas de esta alma gigante. De carácter sencillo y candoroso, pero de bizarría y reciedumbre varoniles; de espíritu magnánimo, decidido y emprendedor; de corazón noble, hidalgo y regio, como el siglo y suelo que la vieron nacer, se nos presenta la Venerable, como dechado y prototipo de Carmelita Descalza, modelado en el troquel del corazón de su Madre y Maestra Santa Teresa de Jesús. Tal pudie-

ra ser en breve síntesis la semblanza de Ana de San Agustín.

La tradición histórica siempre nos la ha representado rodeada de una aureola de inaccesible sobrenaturalidad; y sus primeros biógrafos se hacen lenguas, ponderando sus maravillosas acciones. A decir de su primer historiador: «en su vida no hay cosa particular que notar, porque toda es notable, y llena de más prodigios que renglones» (1).

Y añade otro «que fué admirable en la pureza virginal, rara en milagros, estupenda en penitencias, profunda en sentencias, seráfica en recibos del *cielo y en todo tal que no hallamos palabras que igualen a la realidad»* (2). *Yo también así mismo lo creo.*

Mas te prevengo, a fin de que no sufras decepción si nada de esto encuentras en esta narración, como fuera mi deseo, que de intento he ladeado lo maravilloso y he rehuído cuanto a sobrenatural sabe; porque no es lícito anticipar los juicios a la solemne declaración de la Iglesia, ni falta que hace lo extraordinario, para apreciar en su debido punto la grandeza moral de una persona. Y así, los que esperen una biografía vibrante, pródiga en emocionantes sucesos, en milagrosas apariciones, y subidos éxtasis, se hallarán defraudados.

Es la simple historia de una humilde Carmelita, de un alma escondida en la umbrosa soledad del claustro, que llena, ciertamente, con perfección las obligaciones de la regla y de la obediencia, pero en lo que de meramente humano y ordinario tiene, lo que se narra de una manera sencilla, casi trivial.

(1) R. P. José de Sta. Teresa. Reforma de los Descalzos, tomo 4.º.

(2) R. P. Francisco de Sta. María. Id. Tomo 1.º, Lib. 2.º, cap. XIII, núm. 12.

Bien hubiera querido yo, no obstante, si posible fuese, brindarte un cuadro completo y acabado de lo que fué su vida, y medirlo hasta en sus últimos ápices con la regla de la más exigente y sana crítica; como asimismo hubiera sido gratísimo para mí dejar que la pluma corriera a su placer, a merced de la fantasía y galanura de lenguaje, si tal empresa no excediese a la voluntad ni me lo imposibilitasen otras obligaciones primarias, porque a más de suponer este trabajo alas y bríos de superior entendimiento, está erizado de mil dificultades que crearon los mismos biógrafos primitivos de la Venerable Ana, los cuales, atentos a relatar hechos maravillosos, en cuya ponderación gastaron sendas páginas, descuidaron la cronología de los mismos, y dejaron perder en el olvido los inmensos tesoros de virtud, que atesoró aquella hermosa alma, a quien Dios así se complació en favorecer.

La V. Ana de San Agustín, ofrece aún vastísimo campo de exploración a la ciencia biobibliográfica. Todo es cuestión de tiempo y de gusto. Quiera el Señor colmar mis deseos, de poder ofrecer al público en fecha no lejana, si no se anticipa otra mejor cortada pluma, una historia completa, documentada y crítica, en la que no hubiera más que pedir. Entretanto, querido lector, acoge con benevolencia esta abreviada vida, escrita con el único fin de dar a conocer a esta milagrosa hija de Sta. Teresa, y llenar las exigencias de sus innumerables devotos, que, tiempo ha, ansían la aparición de este librito.

EL AUTOR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PROTESTA DE FE

Teniendo presentes las Declaraciones y Decretos de la Iglesia Católica, en especial el Decreto de S. S. Urbano VIII, y su confirmación del 5 de Julio de 1634, referentes a los elogios de personas de virtud extraordinaria y fama de santidad; con la mayor humildad y reverencia, protesto que ninguna de las cosas que refiero en esta vida quiero entenderla, o que otro alguno la entienda, en sentido diverso de aquél en que suelen tomarse las cosas que sólo se apoyan en la autoridad humana y no en la divina de la Iglesia Católica.

Igualmente en el calificativo de Santa o cosa equivalente, y en la narración de los hechos milagrosos, no pretendo prevenir el juicio de la Santa Sede, a la cual pertenece el derecho exclusivo de calificar las verdaderas virtudes y grado de santidad de los Siervos de Dios.

FR. BENEDICTO DE S. JOSE, C. D.

CAPITULO I

INFANCIA
(1555 - 1568)

PATRIA, NACIMIENTO Y PADRES DE ANA

En Valladolid, ciudad nobilísima de Castilla la Vieja, vió la luz primera Ana de Pedruja, el día 11 de diciembre del año 1555, y el día 22 del mismo mes fué bautizada en la Iglesia de San Miguel (1).

---

(1) Los biógrafos señalan como fecha de su nacimiento el día 11 de diciembre de 1547, mas como en el archivo de la Parroquia de San Miguel consta que fué bautizada en 22 de diciembre de 1555, y no puedo creer que unos padres tan cristianos tuvieran a la niña ocho años sin administrarle el Santo Bautismo, juzgo que ha de ser un error de los que, copiándose unos a otros, escribieron su vida. Dejando, pues, el día y mes que apuntaron nuestros cronistas, he corregido solamente el año.

En confirmación de este aserto, transcribo aquí la partida de bautismo de la Venerable, según copia fidedigna que se guarda en el archivo de las Carmelitas Descalzas de Villanueva de la Jara, que dice así: «Como cura propio que soy de la parroquia de S. Miguel, de esta ciudad, certifico que en el libro de bautizados

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Fueron sus padres Juan de Pedruja y Rebolledo y Magdalena Pérez de Argüello, montañeses, de pura raigambre cristiana, aunque escasos en bienes de fortuna.

Augurios felices

Dotóla Dios de un natural dulce y apacible, que manifestó desde su cuna. Ya a los cuatro años comenzó a manifestar las primeras muestras de su devoción, levantando altarcitos y entreteniéndose en inocentes conversaciones con estampitas del Niño Jesús que le daban.

En Dueñas

Por este tiempo entró Juan de Pedruja al servicio del Conde de Buendía, D. Juan de Acuña, en calidad de mayordomo, para cuyo desempeño hubo de trasladarse con toda su familia, a la villa de

---

de ella cuyo inicio es por el año de 1555, al folio 39 se halla una partida del tenor siguiente:—Partida—A 22 días del mes de diciembre bautizó Juan de Pedruja a su hija Ana, fueron Padrinos Antón de Zaballernia y doña Ana de Sotto. Concuerda dicha partida con su original a que me remito; y aunque en ella no se expresa el año en que se hizo el dicho bautismo, consta de dicho libro haberse hecho en el año de 1555 por estar entre las partidas de bautismo que en dicho año se hicieron, y el no expresarse es por no guardarse entonces esta formalidad sino sólo en la que se hacía al principio del año; y para que conste donde convenga doy la presente en Valladolid, a 8 de Abril de 1749.—José Román Aguilar». Siguen los testimonios y firmas de varios Notarios Apostólicos que aquí por brevedad se omiten.

Dueñas. En este lugar creció nuestra Ana en edad y virtud. Tenía a la sazón alrededor de siete años.

Había en dicha villa un convento de Agustinos, con los cuales confesaba y trabó amistad. Desde entonces quedó muy devota de San Agustín.

Progresos en la vida interior

Prevenida con las bendiciones del cielo, empezó a darse a la oración. Veamos cómo refiere ella misma, en la autobiografía que escribió por mandato de sus superiores, estos sus primeros años. «Desde este tiempo, que sería de seis a siete años poco más o menos, tuvo por bien este Señor tan misericordioso, de alumbrarme, poniendo en mi alma grandes deseos de servirle.

»Gustaba mucho de recogerme a tener oración en los lugares más secretos, donde no fuese vista (que siempre he tenido pena de que me vean, o entiendan que hay en mí alguna virtud, como de verdad no la hay; y, si hay algo, todo es de Dios); y a esa causa me aprovechaba más en particular de las noches, y gastaba en este ejercicio gran parte de ellas, y muchas veces se me pasaban todas en oración, siendo este Señor mío mi Maestro, que me enseñaba».

»Unas veces consideraba a Cristo Nuestro Señor en su niñez, otras en algún paso de su pasión, otras, saliéndome a un terrado en las casas donde vivían mis padres, me ponía a mirar al cielo, y sentía mi alma muchas ansias de Dios y deseos de servirle, quedando absorta y como fuera de mí en estas consideraciones; que, aunque siempre he sido ruin y he respondido tan mal a las mercedes que este Señor tan misericordioso me ha hecho, con todo eso,

siempre ha sido servido de darme estos deseos y ansias, las cuales, como después diré, me han ido creciendo hasta ahora». La Divina Sabiduría la recompensaba levantándola a los más subidos grados de oración.

«Paréceme—continúa la Venerable,—que desde este tiempo fué este Señor servido de darme oración de unión, quedando mi alma y sus potencias todas suspensas, sin pensar en otra cosa; y esta suspensión me suele durar, aun fuera de la oración, por mucho tiempo, cuando ha sido Dios servido de que se me haya hecho en ella alguna merced particular, causando en mi alma grande pena de tratar en cosas de por acá; y esta oración de unión, ha sido este Señor servido de que vaya siempre en aumento».

Ansias de esposa

La memoria de Jesús Niño la traía locamente enamorada y todo su cuidado era dirigido a complacer y agradar a su Esposo. Cuando subía las escaleras de su casa, deteníase en cada grada e hincándose de rodillas decía: «hago esto por amor del Niño Dios». Y cuando paseaba por el jardín, lleno su tierno corazón de afectos de amor y de gozo, como la Esposa de los Cantares, íbale buscando por entre los árboles, clamando de continuo: «¿Porventura visteis al que ama mi alma?».

Decision heroica

Así iba formando en su alma tan santos afectos. De niña sólo se puede decir que tuvo la inocencia y candidez. No la halagaban las cosas ni entretenimientos propios de su edad y sexo; la oración, los

rezos, el retiro, las abstinencias y los rigores, superiores aún a las delicadas fuerzas de sus tiernos años, eran toda su diversión. Mas no paró aquí su fervor, pues, prendada Ana de la divina hermosura, y comprendiendo lo deleznable de las dichas temporales, siendo de diez a once años, hizo voto de virginidad, en manos de un religioso de S. Agustín del convento de la villa. Pero no quiso Dios que alma de tales prendas quedase en el mundo, y antes de que la malicia humana pudiera atajar los pasos agigantados de esta criatura privilegiada, llamóla a Sí, infundiéndole los deseos y la gracia de la vocación religiosa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO II

ADOLESCENCIA

(1568 - 1576)

Crisis espiritual

Extraño parecerá, sin duda, que un alma que había gozado tales hermosuras pudiera ponerlas en parangón con las terrenas; mas, por mucho que lo parezca, es lo cierto que Ana de Pedruja tuvo su crisis espiritual. Representóle el enemigo de todo bien, con tan vivos colores, las dulzuras del hogar, y tan negras las austeridades del claustro, que aquellos fervorosos propósitos de la niña se enfriaron, y su corazón vaciló algún tiempo entre Dios y el mundo.

Empezó a tomar afición a las galas y superfluas vanidades. Un extremo cuidado de parecer bien obsesionó su corazón. No dejó de tener a Dios por único esposo de su alma; tan sólo moderó los ardores de sacrificio y generosidad con que había comenzado.

No sabemos cuanto tiempo duró esta crisis (1)

(1) Probablemente no se prolongó más de dos años, o sea: de los 13 a los 15 de edad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que la humildísima doncella deploró con sincera contrición. Lo cierto es que no causó en su alma ningún estrago. Brevísimo debió ser, porque, celosísimo Dios de su amada esposa, reprendióla su desvío con graves representaciones del infierno que trajo a su imaginación.

Todos me dejais

Pero lo que hizo volver en sí a Ana de Pedruja, no fueron las representaciones y reflexiones sobre el infierno, y el castigo. Su alma magnánima y generosa sólo podía ser vencida por el amor.

Era domingo de Ramos. Las doncellas del lugar acudían con las mejores joyas y atavíos a la iglesia de S. Agustín. Entre estas doncellas estaba Ana, muy bien compuesta y vestida, según lo pedía su edad y condición.

Como aún podía más en su corazón el amor a Dios que el deseo de ostentarse, retiróse a un rincón del templo donde fuese menos distraída su devoción.

Quiso el cielo inspirarle la meditación de Jesucristo pobre y desnudo, y de tal suerte se le representó la lastimera figura del que siendo Dios se abatió por salvarnos, que profundamente conmovida, le pareció que con quejumbrosa voz le decía, reprendiendo su vanidad: «Todos me dejáis».

Tal mudanza obraron en ella estas palabras, que, vuelta a su casa, trocó los instrumentos de su vanidad con los de la mortificación.

A los lujosos vestidos sucedió un tosco saco, y a los rizos y superfluidades del cabello una toca humilde. Impresionada con la vista de su Amado tan dolorida no perdonó mortificación y penitencia para asemejarse más a su celestial Esposo. Mortificaba sus pies con piedrecitas, trocó la rica holanda en pobre estameña, y se familiarizó con los ásperos cilicios y sangrientas disciplinas.

Caridad ardiente

El amor no es inactivo, y pecaría de egoísta si, concentrándose tan sólo en sí mismo no departiese sus beneficios con el prójimo. Por eso Ana, desfogaba el suyo con tal intensidad en caritativas y benéficas obras, que parecían sobreexceder a la tierna complexión de una niña de 15 años. Acompañada de su madre visitaba el santo Hospital, aliviando a los enfermos con su caridad y con los consuelos de suaves palabras. No satisfecha con su asistencia al Hospital se llevó a su casa a una pobre mujer enferma, tullida y ciega, a la que retuvo en su casa por espacio de tres años, asistiéndola con incansable amabilidad.

Una conquista

Esta caridad no la limitaba a sólo los cuerpos, sino más principalmente la extendía a las almas, que son el término y fin primordial de la caridad. La ejerció principalmente en un caso bien raro, por cierto.

Vivía en la casa de Ana un joven de dieciocho años en calidad de sirviente, a quien trataban muy bien y estimaban mucho, por ser algo parientes.

Ocurriósele a éste un día marcharse a robar por el mundo, empezando por su mismo amo a quien quitó mucho dinero y algunos objetos de valor. Realizado el hurto se partió a lograr su intento. Mas, como otro pródigo, después de mucho tiempo, viéndose sin dinero, enfermo y desamparado echó de

menos las comodidades de otro tiempo; pero desesperado de que le volviesen a recibir en la casa de su amo, aparecióseles el demonio en forma de hombre y consolándole con falsas promesas, pactaron que volviese a la casa de su antiguo dueño, y si no le recibían bien, le había de entregar su alma.

Así lo hizo el infeliz joven. Como parecía natural, el padre de Ana no quiso recibir al infiel servidor, antes le afeó su conducta. Compadecida Ana del mozo, viéndole enfermo, procuró aplacar a su padre. Recibiólo al fin. Y aquí fué el cuidado de nuestra Ana en buscarle cama, médicos, medicinas y toda clase de consuelos, no tanto materiales cuanto espirituales. Agravóse, no obstante, la enfermedad y el demonio fué por lo prometido; pero resistiéndose el joven, empezó el infernal espíritu a maltratarle. Voceó pidiendo auxilios; oyólo Ana, que entonces se hallaba en oración, y acudiendo a la alcoba del enfermo vió a éste bregando y forcejeando por levantarse y desechar de sí al infernal enemigo. Le consoló la piadosa joven representándole la gran misericordia de Dios, y la falsedad del astuto diablo, que le apretaba con sus tentaciones. Y al influjo de tan santas consideraciones, recobró la calma, y a poco la salud de cuerpo y alma; porque a instancias de Ana se hizo religioso agustino, alcanzando la muerte de los justos.

Padece Ana persecuciones

La persecución sigue a la virtud como la sombra a los cuerpos. No podía, por tanto, faltarle aquélla a la virtud de Ana de Pedruja. Cebóse en ella la maledicencia; su virtud fué condenada de hipocresía y vana afectación. Mas la murmuración sólo

sirvió para acrisolar más la caridad de la sierva de Dios. La humildad y la caridad echaron en ella tan profundas raíces, que fueron el distintivo de toda su vida.

Retorno a la ciudad natal

El Conde de Buendía llamó a Juan de Pedruja a Valladolid para que sirviese de bracero de la Condesa, su mujer. Con este motivo Ana volvió con sus padres a su ciudad natal. Diez años de ausencia no habían borrado las primeras impresiones de su imaginación infantil, por lo que podemos suponer que fué grande su alegría al recordarlas. Tenía a la sazón 17 años. Su virtud, cultivada con los favores del Señor, y acrisolada con las contradicciones de las criaturas, había adquirido suficiente robustez para poder, sin perjuicio, ser trasplantada. El mismo ejercicio de oración y virtudes, el mismo recogimiento, las mismas obras de caridad que practicaba en Dueñas prosiguió en Valladolid. Creciendo el ardor de su caridad, en los ratos que le dejaban libres sus ocupaciones, se dedicaba a ejecutar labores (para las que tuvo muy buenas manos) cuyo producto dedicaba al socorro de los pobres.

En palacio

Su virtud no menos resplandeció en el palacio que en el hogar doméstico. Habíala pedido a sus padres, el Conde, para que asistiese a su sobrina doña Luisa de Padilla y Acuña, heredera del Adelantamiento Mayor de Castilla y de los Condados de Santa Gadea y Buendía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ana pedagoga

Mostróse Ana en este oficio excelente pedagoga; pues sus consejos y ejemplos tanto pudieron en el ánimo de doña Luisa que, sin miras a los grandes estados de que era heredera, hizo voto de castidad, con intento de entrar en religión. Llegando el tiempo de casarla, ella se defendió con el voto. Acudieron sus parientes al Sumo Pontífice; mas a pesar de haber obtenido la necesaria dispensa, no se avino hasta que Ana la persuadió que accediera a lo que claramente era voluntad de Dios.

Contrajo matrimonio con su tío don Martín de Padilla; pero habiendo enviudado abrazó la reforma de Santa Teresa y murió en el Convento de Lerma ejerciendo el cargo de Priora.

CAPITULO III

LA CARMELITA DE MALAGON
(1576 - 1580)

Un palomarcito en Valladolid

Los deseos que se habían despertado en el alma de Ana, siendo niña, de ser religiosa, nunca se enfriaron; al contrario, fueron siempre en aumento. Mas, sobre todo, crecieron en estos últimos tiempos. El año 1568 había fundado Santa Teresa en Valladolid un convento de su Reforma, cuya fama de virtud y recogimiento se extendió por toda la ciudad. Ana vino en conocimiento de ello por medio de su confesor y quiso tratar de cerca a las Carmelitas Descalzas.

Hacia el Carmelo

Quedó tan prendada de ellas, y tan persuadida de que esta era su vocación, que desde aquel momento se resolvió a ponerlo por obra.

Tratólo primeramente con sus padres, a los cuales, por ser de singular piedad, no le fué difícil convencer.

Obtenido el permiso de sus padres solicitó su entrada en el convento de Valladolid. Alegres las re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ana pedagoga

Mostróse Ana en este oficio excelente pedagoga; pues sus consejos y ejemplos tanto pudieron en el ánimo de doña Luisa que, sin miras a los grandes estados de que era heredera, hizo voto de castidad, con intento de entrar en religión. Llegando el tiempo de casarla, ella se defendió con el voto. Acudieron sus parientes al Sumo Pontífice; mas a pesar de haber obtenido la necesaria dispensa, no se avino hasta que Ana la persuadió que accediera a lo que claramente era voluntad de Dios.

Contrajo matrimonio con su tío don Martín de Padilla; pero habiendo enviudado abrazó la reforma de Santa Teresa y murió en el Convento de Lerma ejerciendo el cargo de Priora.

CAPITULO III

LA CARMELITA DE MALAGON
(1576 - 1580)

Un palomarcito en Valladolid

Los deseos que se habían despertado en el alma de Ana, siendo niña, de ser religiosa, nunca se enfriaron; al contrario, fueron siempre en aumento. Mas, sobre todo, crecieron en estos últimos tiempos. El año 1568 había fundado Santa Teresa en Valladolid un convento de su Reforma, cuya fama de virtud y recogimiento se extendió por toda la ciudad. Ana vino en conocimiento de ello por medio de su confesor y quiso tratar de cerca a las Carmelitas Descalzas.

Hacia el Carmelo

Quedó tan prendada de ellas, y tan persuadida de que esta era su vocación, que desde aquel momento se resolvió a ponerlo por obra.

Tratólo primeramente con sus padres, a los cuales, por ser de singular piedad, no le fué difícil convencer.

Obtenido el permiso de sus padres solicitó su entrada en el convento de Valladolid. Alegres las re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ligiosas escribieron a Santa Teresa, la cual contestó dándole a escoger para su ingreso los conventos de Medina, Valladolid y Malagón. Ana escogió este último, por estar más lejos.

La distancia de este lugar hubiera podido ser algún obstáculo para la pronta realización de sus deseos; mas pronto lo allanó la Divina Providencia por medio de la condesa de Buendía, doña Francisca de Mendoza, que, habiendo de pasar a Granada, ofreció llevarla consigo.

La hermana Ana de san Agustín

Llegaron a Malagón, donde las religiosas, avisadas por la Madre Teresa, recibiéronla, gozosas, en su compañía. El día 3 de Mayo de 1577, fiesta de la Invención de la Santa Cruz, tomó el hábito de Carmelita Descalza, haciendo de madrina la Condesa. Ana, siguiendo la costumbre de la Reforma Carmelitana dejó el apellido de su casa, llamándose Ana de San Agustín. Contaba entonces 21 años, 4 meses y 22 días.

Haec requies mea

Como el afortunado mercader que ha encontrado la piedra preciosa, así rebosaba de placer nuestra Ana al haber hallado el reposo de su alma, que tanto tiempo había anhelado. Acostumbrada desde los seis años al pábulo de la oración, pudo satisfacer su hambre, como ella misma lo dice por estas palabras: «Con esta gran merced que Nuestro Señor me hizo, andaba tan absorta en oración y tan deseosa de estar mucho tiempo en ella, que, para poder mejor hacerlo, gozaba de las noches, estando todas enteras

en el coro, y otras veces en el corredor, gustando mejor a solas de aquel maná soberano».

Con tan *soberano maná* robustecía su ánimo esforzado, hasta el punto de no encontrar cosa ardua entre las asperezas de la Orden. Todo le parecía poco, comparado con sus fervores.

Pequeñeces

Mas no quiere decir esto que nada tuviese que vencer en la nueva vida que empezaba. Entre las prendas de vestir que le dieron al imponerle el hábito, la correa estaba vieja y remendada. Era Ana de San Agustín, como Santa Teresa de Jesús, discretamente aseada, por lo cual tuvo necesidad de no pequeño esfuerzo para aceptar de uso continuo aquella prenda que así contrariaba sus inclinaciones.

Desde el primer día empezó a ejercitarse en la más rendida obediencia. Además de sujetarse puntualmente a los dictámenes de la Maestra de Novicias, nada osaba hacer sin su previo beneplácito.

La cocinera

Entre los oficios domésticos en que la obediencia la ocupó durante el año de noviciado, recuerdan sus biógrafos, el de cocinera. Empleaba en su desempeño todas las horas del día, sin dejar por eso su acostumbrada oración por la noche.

Era tanta su intensidad y destreza en el trabajo, que las religiosas llegaron a pensar, en más de una ocasión, que estaba asistida por ministerios angélicos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Caro autem infirma

Mas por grande que fuera su fervor y esforzada su voluntad, al fin hubo de rendirse su naturaleza. El excesivo trabajo, durante el día, el escaso e insuficiente descanso durante la noche, y, sobre todo, la intensidad con que reducía sus sentidos y potencias al trato con Dios, produjéronle una enfermedad que alarmó a las religiosas.

Todas las prescripciones facultativas resultaban ineficaces, por lo cual, algunas religiosas comenzaron a vacilar en dar la profesión a la novicia. Observando ésta la inquietud de aquéllas, y temiendo se frustrasen sus deseos de ofrecer sus santos votos, rogó a Dios le devolviera la salud. El Señor la oyó. Ana de San Agustín empezó a mejorar con alegría de las religiosas, y en breve, pudo volver a proseguir los pasados ejercicios.

El cerco diabolico

Esta alegría no duró mucho; pues fué turbada luego por otros sucesos que, no menos que la pasada enfermedad, preocuparon a las religiosas. Ana de San Agustín, cuya alma había entrado desde los primeros años en los caminos místicos, iba a ser sometida a una durísima purgación pasiva, que en Teología Mística llaman *cerco diabólico*.

Imposibles parecerían los trabajos así materiales como espirituales que la novicia tuvo que sufrir por parte del espíritu de las tinieblas, durante este tiempo de noviciado, si no supiéramos cuánto es el natural poder del diablo, cuando Dios se lo permite, y cuánto su odio a las almas de quienes vislumbra que han de encumbrarse a muy alta perfección.

La Noche oscura del sentido

De entre todas las pruebas que hubo de soportar, no fué la menor la aridez de espíritu en que la sierva de Dios se vió sumida. Parecíale que se encontraba sola y sin Dios, que el cielo la había abandonado y dejado a sus propias fuerzas. Pensamientos de infidelidad y desconfianza eran los que con más frecuencia se presentaban a su afligida alma; mas ninguno la apenaba tanto como el pensar que pudiera estar desamparada de Dios. Y aun con todo, admirábase en ella aquella vida intachable, aquella condición tan humilde y resignada, aquel rostro alegre entre tanto padecer, y aquella paciencia tan superior, como si nada acaeciera en su afligida alma.

Maria, aurora feliz

El Padre de las misericordias se compadeció, al fin, de ella. En la vigilia de la fiesta de la Concepción de nuestra Señora, sintió como que desaparecían todas las tentaciones y obscuridades del alma, sintióse renacer a nueva vida, y como que un río de dulzura inundaba su afligido corazón. Libre ya y triunfadora del demonio, después de tan largo y angustioso cerco, su alma quedó llena de alegría y paz. Seis meses había durado el cerco diabólico, muy suficiente por su duración e intensidad para rendir a cualquier alma que no hubiera poseído la fortaleza que Dios concedió a nuestra Venerable Ana.

La profesion de Ana

Entre tanto iba transcurriendo el tiempo del noviciado y se acercaba el de la profesión. Previnose

el dote. Dió la novicia trescientos ducados sin renunciar a su legítima. Hicieron la votación, y con gran alegría de las religiosas, y mayor de la Hermana Ana, hizo su profesión el 4 de Mayo de 1578. Dios concedió a su nueva esposa un período de bonanza en medio de la horrible tempestad que venía padeciendo. Con esto el día de su profesión fué para Ana de San Agustín uno de los más felices de su vida.

Santa Teresa en Malagon

El 25 de noviembre del año 1579 llegaba Santa Teresa de Jesús, acompañada de su enfermera la Beata Ana de San Bartolomé, después de un penosísimo viaje, al convento de Malagón. Entre las causas que motivaban la visita de la Santa una era el conocer la virtud de la Hermana Ana de San Agustín, y examinar, con las luces de su experiencia, los raros fenómenos de su espíritu. La Santa los había seguido con interés siempre creciente, informada por la frecuente correspondencia epistolar de las religiosas a quienes siempre había dado respuestas alentadoras. Ana, por su parte, cifraba en la Madre su seguridad y su paz. Amargos días había vivido, negras nubes se habían cernido sobre su alma. «Por este tiempo,—dice en su autobiografía,—me dejaba nuestro Señor padecer como a solas, que me sentía exterior e interiormente tan desamparada y sola, como si del todo me hubiera dejado mi Dios y entregado a los demonios. Mas no me dejaba el que me ayudaba a pasarlo, que sin su ayuda fuera imposible el pasar y tener vida. Y viéndome tan desconsolada, y acordándome de lo que me contaban que había pasado cuando profesé, vacilaba en si había sido gusto de nuestro Señor que yo profesase, no mereciéndolo».

Confidencias

Fácil será colegir cuál sería la primera entrevista entre Madre e Hija. Se habían amado, mucho antes de conocerse, y desde la primera mirada se compenetraron sus corazones. La Hermana Ana, que siempre había sido muy tímida para manifestar los favores de nuestro Señor (aun a sus mismos confesores), sintió dilatarse su confianza para con la Madre. «Me mandó,—dice,—que le diese cuenta de todas las cosas que me pasaban. Yo la obedecí, y por esta gran Santa Madre fuí consolada». No se contentó con esto Santa Teresa: aseguró también al confesor y descubrió a las religiosas los tesoros inapreciables de virtud que ocultaba esta alma, que desde entonces figuró en el número de sus hijas predilectas.

«Las lagartijas que salen al sol»

Otra de las causas porque vino la Santa a Malagón era su deseo de acomodar a sus hijas en buena casa. Hallábanse éstas, desde el año 68, en que provisionalmente entraron, en una casa mal situada y que carecía de todas aquellas comodidades que la Santa quería para sus monjas. Mucho hubo que trabajar para que la nueva casa se pusiera, con la brevedad que ella deseaba, en condiciones de ser habitada; pero, al fin, lo consiguió.

El día 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada, se trasladaron las monjas *como lagartijas que salen al sol*, en frase de Santa Teresa, con mucha solemnidad y regocijo del pueblo.

CAPITULO IV

UNA FUNDACION
(1580)

Eleccion de fundadoras

Habiendo determinado Santa Teresa, por mandato de nuestro Señor, llevar al cabo la fundación de Villanueva de la Jara, andaba muy preocupada acerca de las monjas que habría de llevar al nuevo convento. Se fundaba en circunstancias muy especiales, por lo cual todas las precauciones eran pocas.

En esta perplejidad acudió a su único recurso: la oración. Ordenó hacer una devota procesión para alcanzar del cielo el acierto necesario. Y el resultado, fué como se podía esperar del fervor de la Madre y de las hijas. Lo que a nuestra Venerable se refiere, nos lo cuenta ella misma: «Venía nuestra Santa Madre a fundar el convento de Villanueva de la Jara y estúvose en Malagón algunos días. Y uno, acabando de comulgar, llegué a darle el lavatorio, y díjome que si quería yo ir con ella a la fundación. Y le respondí que, en su compañía, aunque fuese al cabo del mundo iría. Y la Santa hizo una procesión, suplicando a nuestro Señor le diese a entender qué monjas gustaba sacase para aquella fundación. Y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

después me dijo nuestra Santa Madre, que la primera que nuestro Señor le había señalado, fué a mí. Y así me llevó consigo». Del mismo convento trajo Santa Teresa, a Elvira de San Angelo para supriora de la nueva casa; y del convento de Toledo, a María de los Mártires para Priora, y a Constanza de la Cruz.

Separación sensible

Reunidas las fundadoras llegó el día de partir. La despedida hubo de ser muy triste. Ana de San Agustín dejaba la casa que, con muchos trabajos, había ayudado a levantar y, sobre todo, dejaba a las hermanas con quienes había convivido, y que, con exquisita caridad, la habían ayudado a sufrir las pruebas que el Señor le había enviado. Pero tenía un gran confortativo para su dolor: iba en compañía de su Santa Madre, por expresa voluntad de Dios.

Partieron de Malagón el sábado antes de cuaresma, a 13 de febrero de 1580. A pesar de la estación, el tiempo se presentó templado y bonancible. Cuando la piadosa caravana salía del pueblo era todavía de noche. Desde el cielo las estrellas sonreían a las celestiales viajeras.

Un viaje como pocos

El viaje de Malagón a Villanueva de la Jara fué el más glorioso de cuantos anduvo la Santa Andariega. No hubo en él las incomodidades que la acompañaron en todos los otros: calores ardorosos, lluvias persistentes, malas noches en peores posadas, enfermedades, malos tratos de las gentes... Todo en este viaje fué por demás halagüeño. Su salud, como no había gozado en muchos años; el tiempo, apacible. En todos los lugares por donde pasó se le tributaron los mayores honores.

Las predilectas

Fácil será colegir cuán grato sería todo esto al corazón de nuestra Venerable Ana. La Santa la había asociado tan íntimamente que la llevaba en su mismo carro, y en las casas donde se hospedaban dormía en la misma habitación con la Beata Ana de San Bartolomé.

Armonías Celestiales

En una de ellas sucedió lo que cuenta Ana de San Agustín en las informaciones para la Canonización de Santa Teresa. «Durante la noche oímos una melodía que parecía venir del cielo; y en verdad, no era posible dudarlo, ya por su extraordinaria dulzura, ya también porque en aquel lugarejo no podía haber música semejante. Además de esto, lo que se percibía era como una música celestial en que agradecían a la Santa el camino que hacía por aquella fundación, con palabras que bien parecían del cielo».

«Ana de San Bartolomé, viendo que yo dormía, empezó a despertarme suavemente diciéndome que escuchase aquella melodía. Yo entonces la oí con toda claridad. Volviendo en mí, parecíame pasar del sueño al éxtasis. Y estaba encantada de aquella melodía extraordinaria que Ana de San Bartolomé me dijo que escuchase y de la suavidad con que ella me despertó, y yo la respondí al instante. Nosotras mutuamente quedamos convencidas que aquella música era una música del cielo».

En el Socorro

No menos satisfacción experimentaron todas al llegar al convento de los Carmelitas Descalzos, de Nuestra Señora del Socorro.

«Está esta casa en un desierto y soledad harto sabrosa, y, como llegamos cerca, salieron los frailes a recibir a su Madre Fundadora, con mucho concierto. Como iban descalzos, y sus capas pobres de sayal hiciéronnos a todos devoción... Parecían en aquel campo unas flores blancas olorosas... Entraron en la iglesia con un Te-Deum, y voces muy mortificadas».

Bien supieron agradecer los religiosos tan grata visita obsequiando generosamente a las fundadoras. «Recibieron a Nuestra Santa Madre (habla nuestra Venerable) con gran devoción y amor. Y nos tuvieron allí tres días, dándonos para la fundación ornamentos y cuanto ellos pudieron.

Y, entre otras cosas, le dieron un Niño Jesús medianito». Por medio de esta Sagrada Imagen, conocida con el nombre de el Niño Fundador, recibió la V. M. Ana señalados favores de Dios, como veremos en el decurso de su vida.

Recepcion honrosa

Al despuntar la aurora del día 21 de febrero de 1580, los atalayas puestos en la esbelta torre parroquial de Villanueva de la Jara, anunciaron a sus vecinos, con un alegre repique de campanas, la proximidad de las fundadoras. Los niños se adelantaron con gran devoción a su encuentro. Al llegar el carro donde iba la Santa con sus dos inseparables compañeras se arrodillaron, y, quitadas sus

caperuzas, iban delante hasta que llegaron a la iglesia.

Fueron recibidas por el Ayuntamiento en pleno, y por todo el Cabildo parroquial, corporaciones religiosas y todo el pueblo en masa. Entraron en la iglesia a los acordes vibrantes del órgano que interludiaba los versos del Himno ambrosiano, en acción de gracias. Terminado éste, se dispuso la procesión para acompañar a las fundadoras y llevar al Santísimo a su nueva morada. Todo el pueblo se asoció a este homenaje de amor y gratitud. Tenían las calles muy bien aderezadas, como si fuera día de Corpus, con sus altares. «Iba la procesión, dice Santa Teresa, con harta autoridad; nosotras con nuestras capas blancas, y velos delante del rostro, íbamos en mitad cabe el Santísimo Sacramento... Como era lejos, había muchos altares: deteníanse algunas veces diciendo letras de nuestra Orden, que nos hacía harta devoción, y ver que todos iban alabando al gran Dios, que llevábamos presente, y que por El se hacía tanto caso de siete pobrecillas Descalzas que íbamos allí» (1).

Remate feliz

Para que no faltara nada al regocijo de esta fiesta, el cielo quiso asociarse también a ella. «Había (dice Ana María de Santa Teresa, en el proceso de beatificación de Ana de S. Agustín) grande necesidad de agua; y, hecha la procesión, cayó en toda la comarca, que fué un año muy colmado».

---

(1) Lib. de las Fundaciones, Cap. XXVIII, 37.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

Terminada la fiesta y despedida la gente entró la Santa con sus religiosas en la humilde casita. La puerta se cerró tras ellas. En los corazones de las de dentro y de los de fuera quedaba un remanso de tranquila satisfacción, por un deseo hondamente sentido y cumplidamente satisfecho.

CAPITULO V

UNA FUNDACION. (CONTINUACION)
(1580-1593)

Las recogidas de Santa Ana

El lugar en donde se instalaba el nuevo convento teresiano era una ermita dedicada a la gloriosa Santa Ana, sita en las afueras del pueblo, con una casita y algunos almudes de tierra adjuntos (1).

(1) A la entrada del pueblo, del lado del poniente, en la carretera que une Casasimarro a Villanueva, está el convento de las Carmelitas Descalzas, que si sufrió mucho cuando la guerra de sucesión y con los acontecimientos políticos del siglo pasado, consiguió vencerlos, y se conserva hasta hoy en ejemplar pobreza y santa observancia. La casa de las Beatas, adosada a la ermita de Santa Ana, insuficiente para la comunidad hubo de ser agrandada por la V. Ana de S. Agustín, como más arriba se verá. Lo que hoy es locutorio, fué antiguamente ermita, muy baja de techos, y sobre ella estaba el oratorio donde rezaban el oficio las buenas Beatas, mal si atendemos a la pronunciación de las palabras, muy fervorosamente en cuanto al espíritu con que lo recitaban. Este oratorio todavía se conserva, y en él los restos de la V. Catalina de Cardona en la arquilla forrada de terciopelo rojo, que hicieron

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Terminada la fiesta y despedida la gente entró la Santa con sus religiosas en la humilde casita. La puerta se cerró tras ellas. En los corazones de las de dentro y de los de fuera quedaba un remanso de tranquila satisfacción, por un deseo hondamente sentido y cumplidamente satisfecho.

CAPITULO V

UNA FUNDACION. (CONTINUACION)
(1580-1593)

Las recogidas de Santa Ana

El lugar en donde se instalaba el nuevo convento teresiano era una ermita dedicada a la gloriosa Santa Ana, sita en las afueras del pueblo, con una casita y algunos almudes de tierra adjuntos (1).

(1) A la entrada del pueblo, del lado del poniente, en la carretera que une Casasimarro a Villanueva, está el convento de las Carmelitas Descalzas, que si sufrió mucho cuando la guerra de sucesión y con los acontecimientos políticos del siglo pasado, consiguió vencerlos, y se conserva hasta hoy en ejemplar pobreza y santa observancia. La casa de las Beatas, adosada a la ermita de Santa Ana, insuficiente para la comunidad hubo de ser agrandada por la V. Ana de S. Agustín, como más arriba se verá. Lo que hoy es locutorio, fué antiguamente ermita, muy baja de techos, y sobre ella estaba el oratorio donde rezaban el oficio las buenas Beatas, mal si atendemos a la pronunciación de las palabras, muy fervorosamente en cuanto al espíritu con que lo recitaban. Este oratorio todavía se conserva, y en él los restos de la V. Catalina de Cardona en la arquilla forrada de terciopelo rojo, que hicieron

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

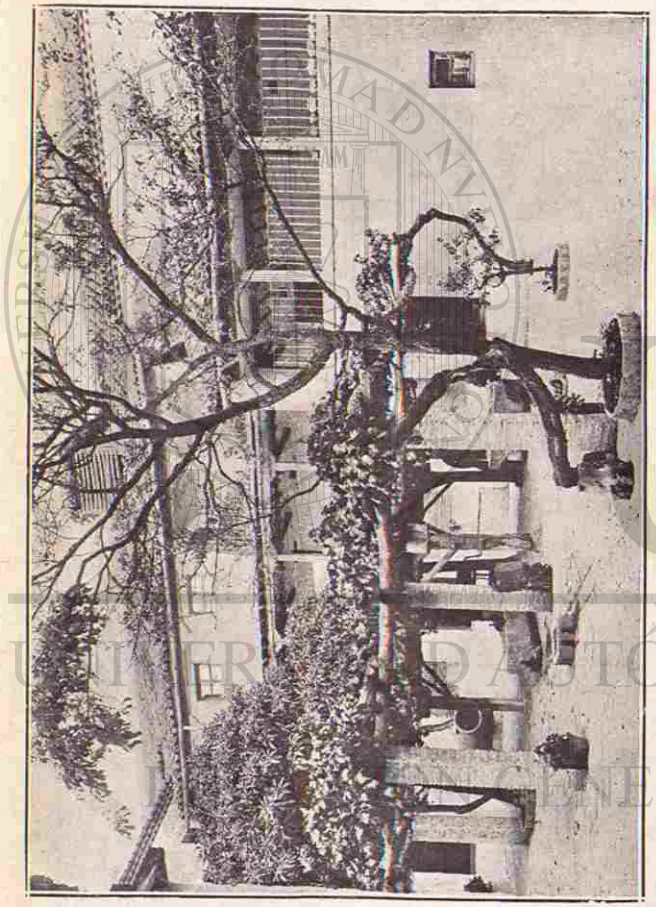
A esta ermita se habían retirado, cuatro años hacía, varias mujeres y algunas niñas, con la aprobación de las autoridades y aplausos y edificación del pueblo, para segur una vida retirada y austera y ser, en lo posible, religiosas. Habiendo tenido noticia de los conventos que iba fundando la M. Teresa de Jesús, austeros y pobres, les pareció que nada mejor que la fundación de uno de ellos podría colmar sus deseos; y en consecuencia, acudieron con esta demanda a la Santa Fundadora.

---

los Carmelitas en 1603. A continuación del oratorio hay unas cuantas celdas de las primitivas con luz a lo que ahora es patio, y entre las celdas y la pared maestra corría un pasillo que ponía en comunicación el coro con la huerta. A la puerta primitiva, que es hoy la fachada del convento, añadió la V. Ana de S. Agustín tres alas más y un patio central, con galería o claustro inferior de arcos cegados, que recibe la luz por algunas ventanas, y otra galería superior donde están las celdas de las religiosas. En estas galerías se halla colocada la campanilla de oficios que Sta. Teresa trajo a esta fundación. En el centro de este patio hay un pozo muy profundo con el brocal de piedra; estando la Santa con unos oficiales disponiendo lo necesario para que pudieran sacar agua las religiosas, a uno de ellos se le cayó un torno muy pesado, que tenía, y dió sobre la Santa con tanta fuerza, que la derribó en tierra. Acaecía este hecho la víspera de S. José, y al bendito Santo atribuyeron el no haber ocurrido a la Madre algún serio percance. Torno y cigüeña perduran aún en el pozo de la Santa. También las parras que en el patio hay, y dan abundantes y ricos pámpanos, según tradición de las religiosas, fueron plantadas por la Santa Reformadora. La huerta es bastante grande, y está regada por el agua que se extrae de un pozo abierto en ella.

(Nota del P. Silverio).

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Patio central del Convento de Villanueva construído por la V. Madre. En él se ve en primer término la parra plantada por Santa Teresa de Jesús, y al fondo, el pozo que hizo construir la Santa y el torno que le cayó encima estando dirigiendo las obras

Negativa razonada

Mucho se resistió la Santa a tal demanda, por las cinco razones que ella dice en el libro de sus Fundaciones: «La I, por ser tantas, y parecíame cosa muy dificultosa, mostradas a su manera de vivir, acomodarse a la nuestra. La II, porque no tenían casi nada para poderse sustentar... La III, que no tenían casa. La IV, lejos de estos otros monasterios. V, y que aunque me decían eran muy buenas, como no las había visto, no podía entender si tenían los talentos que pretendemos en estos monasterios» (1).

Resistencia vencida

Pero las oraciones de las piadosas mujeres de la ermita de Santa Ana pudieron más, y la Madre Teresa hubo de ceder al mandato de Dios, de admitir la fundación. Cuando entró en la ermita halló once. Despidió dos por ser muy niñas, y con las nueve restantes y las cuatro que ella traía completó el número que había fijado para sus comunidades.

Constitucion de una comunidad

Después de haber dado el hábito a las novicias, día 25 de febrero, empezó la nueva comunidad a seguir, con singular fervor, la observancia, previa la distribución de los oficios domésticos. Nuestra Venerable Ana quedó encargada de la portería, sacristía y provisión. Oigamos a ella misma: «En

(1) Lib. de las Fundaciones, Cap. XXVIII, 9.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tomando la posesión de aquella casa nos hallamos cargadas de mujeres que estaban en ella para tomar el hábito, sin tener ellas ni la fundación, de ninguna manera con que sustentarnos. Y así pedí licencia para tenerlo (el Niño Fundador, de quien se ha hablado antes) en una caja; y, favoreciendo la virtud de la obediencia y mandato de nuestra Santa Madre, hizo este Soberano Niño las misericordias que diré, que si no fuera así, no pudiera haber permanecido aquella casa».

Dediquemos ahora un recuerdo a aquellos primeros días de la fundación, admirando el tesón con que emprendieron la carrera de la observancia, alentadas y enseñadas con el ejemplo de su Santa Fundadora y Madre Teresa de Jesús.

Las tebaidas del Carmelo

La primera piedra de aquel espiritual edificio fué la santa pobreza.

Como la casa era tan angosta, dormían repartidas en dos aposentos, no teniendo otra cama que unas tablas o puertas viejas. Pero considerando ser más conforme a la Regla vivir y dormir separadas, determináronse a levantar, en el hortezuelo que tenían dentro de casa, algunos apartados. Allegaron cuantos palos pudieron, y, juntando a ellos unos manojos de sarmientos, construyeron ocho o nueve chozas apartadas unas de otras, tan angostas que apenas si cabía dentro de ellas una persona. De puertas servían unos pedazos de estera. En el interior de las tales chozas no cabían otras alhajas que una desnuda tabla, una estampa de papel, una cruz de palo, y una tosca escudilla con agua bendita.

El noviciado de las tebaidas

Concertóse que las habitasen las novicias con su Maestra y que el huerto fuera el noviciado. Llevároнlas a él en procesión, cantando el Te-Deum, quedándose aquéllas que tan deseosas estaban de soledad, más gozosas en sus improvisadas viviendas, que el más rico señor en su opulenta morada.

De ellas no salían sino para asistir a los actos de comunidad; y, empleadas siempre en hilar y en otros ejercicios de manos, atendían a la presencia de Dios, muy ajenas a la de las criaturas.

Necesidad socorrida

Tanto o más pobre que la vivienda era la comida. Como el lugar era pobre, y no les daban limosna, ni ellas vendían lo que hilaban, no tenían de dónde socorrerse.

Pero el Señor que había dado palabra a su Santa Fundadora, que no les faltaría nada, socorríalas milagrosamente, bien mediante el Niño Jesús que poseía nuestra Venerable Ana, bien con otras mil providencias admirables.

Un peral prodigioso

Digna de particular mención es la siguiente que refieren las relaciones.

Había en el huerto un viejo peral que rarísimas veces frutecía; y, caso maravilloso, tal cantidad de peras llevó en este aprieto, que tuvieron para comer por más de dos meses, y aún para vender, socorriéndose con ello en las demás necesidades; y vez hubo que vendieron hasta veinticinco arrobas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los manzanos envidiosos

«Unos manzanillos enanos a quienes nuestra Santa Madre había echado la bendición, envidiosos del peral descollado, sirvieron también como él, con grande abundancia de manzanas para comer, dar de limosna, regalar a enfermos del pueblo y vender, cogiéndose además cada día gran cantidad por más de dos meses, con grande admiración de todas». De cuyas maravillas sacaban las religiosas nuevos motivos de alabanzas al Señor que tan liberalmente las socorría.

Virtud a prueba

Hubo en este año de 1580, en que corre la historia, una mortífera y general peste que causaba en todas partes grandes estragos. También aquí puso sus reales, y no es para decir lo mucho que estas siervas de Dios padecieron en esta ocasión, por la mala cama, peor comida, y vivienda húmeda y estrecha. De trece que eran, enfermaron doce, casi a un mismo tiempo. Sacaron a las novicias de las chozuelas porque eran húmedas y sin reparo. Acomodáronlas a todas en dos aposentillos. A las más necesitadas dieron unos pobres colchones, las otras pasaban sin ellos. No había sábanas ni almohadas para todas y pasaban de unas a otras las que tenían, para suplir en lo más recio de las calenturas.

Peras y manzanas era todo el regalo de su comida, y cuando se alcanzaba un poco de carne, para los mayores aprietos, teníase por cosa extraordinaria.

Pasma, en verdad, y maravilla, ver, en medio de tanta indigencia, el júbilo de aquellas santas religiosas, cuyas voces se empleaban en alabanzas del Señor y exhortaciones a padecer más por su amor.

De monjas a peones

Por más de un año pasaron por estas estrecheces; mas luego, con la dote de algunas novicias que recibieron, y algunos ducados de limosna que por diversos caminos les deparó la Divina Providencia, compraron otra casa colateral con un pedazo de huerto, en el que plantaron algunos árboles que les diesen alivio y sustento. Trataron de levantar algunas celdas en un espacioso cuarto de la casa. Con sus propias manos hacían los adobes. Levantábanse muy de mañana y, después de haber cumplido con el coro y la oración, iban de comunidad al trabajo, sirviendo todas de peones al maestro de albañil, experimentando en la fábrica no menos providencias que las ya relatadas. Tal era, en resumen, el ejercicio de pobreza y penitencia, al tenor de las cuales, eran lo subido de la oración y regalados favores en ella, y demás heroicas virtudes.

El adios de una Madre

Casi un mes estuvo Santa Teresa con sus hijas en esta fundación, asentando con sus virtudes y ejemplos los fundamentos de ella, y habiendo de partirse a Valladolid, adonde la obediencia la llamaba reunió a sus hijas y se despidió de todas con mucha ternura, dejando, como ya hemos dicho, a nuestra Venerable Ana de San Agustín de tornera, sacristana y provisora, fiando de su experimen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tada virtud y aciertos, los progresos de esta nueva casa, y en el Niño Fundador, un inestimable tesoro.

El Niño Fundador

Acertada anduvo la Santa Reformadora en la precedente distribución de cargos, no menos que al fiar en el Niño Jesús del Socorro el adelanto material y espiritual de aquella nueva comunidad.

La tradición, las relaciones y hasta el arte, nos representa a la Venerable Madre Ana de S. Agustín, como recibiendo de este Niño unas monedas de oro.

No quiero formular mi juicio acerca de lo que de real tenga esta escena en la vida de la Sierva de Dios; pero líbreme Dios de desacreditar y rebatir tan santa como fundada creencia, tanto más verosímil, cuanto corresponde a la fianza, a la fe y a la estima que de esta venerada imagen hizo Santa Teresa, al dejarla como rico tesoro en la nueva fundación. Es lo cierto que la Venerable Ana fió toda su confianza y todo su cariño en el Niño Fundador. A él acudía en todos los aprietos de sus tres oficios, en particular el de provisora, con la llaneza de esposa, y siempre era de éste lindamente correspondida. Oigamos a la propia Madre: «Como por ser el lugar pobre, ni teníamos rentas ni limosnas, muchas veces me hallaba sin un maravedí para el gasto y sustento del convento, y acogíame a este Niño Santo y decíale que sus esposas no tenían que comer, ni yo con que comprárselo; que en nombre de la obediencia de nuestra Santa Madre le suplicaba me lo diese» y siempre era atendida; «dándome Nuestro Señor a entender cuán grande es la virtud de la obediencia, y qué agradable a sus ojos soberanos, y esto me causaba grandes deseos de ser obediente».

Resolucion sentida

Mas no gozó de este consuelo por mucho tiempo; porque deseando la Prelada recompensar las muchas limosnas que les hacía cierta principal bienhechora, sin mirar el bien que con el Niño Jesús perdían se lo dió en reconocimiento. Mucho sintió la Venerable este golpe, porque perdido el que hasta entonces había sido su Provisor, era como si perdiese su tesoro; pero supo sobreponerse al natural sentimiento, y sobrellevarlo con heroico silencio, aunque en lo secreto de su alma no podía menos de querellarse de la ausencia de su amado Niño.

Trueque acertado

Ovóla el Señor y dispuso le trajeran de Toledo otro Niño Jesús tan lindo y agraciado como el primero, el cual no le iba en zaga en las providencias y demás regalados favores. Del brazo colgábale una cestita, en donde la Sierva de Dios le echaba flores y otras cosas que se le ofrecían. Acomodóle en la Sacristía; empero por las noches se lo llevaba a su celda, donde las empleaba con su Majestad en ternísimos coloquios.

Añoranzas de esposa

Sintióse nuestra Venerable, con motivo de habérselo llevado prestado a su casa nuestros Religiosos Carmelitas de Villanueva para una fiesta solemne, y no le volvieron hasta la octava. Como sentía

tanto su ausencia, y el amor todo es ingenio, le compuso esta redondilla, y por medio de su confesor que lo era el P. Fr. Juan de S. José, se la puso al Niño Jesús en la mano:

«Niño, no estéis descuidado
Del corazón que heristeis;
Pues amando le rompisteis,
Amando ha de ser curado».

Gustó tanto Su Majestad del recado y afecto de su esposa que aquella misma noche vino *en sueños* a visitarla, cercado de grande hermosura y resplandor. En la mano traía la copla, y con inefable ternura le dijo como venía a curarle el corazón, según la había enviado a suplicar en sus versos. Aun supuesto fuera mero sueño, no lo fueron los efectos, pues dejóla tan encendida en su amor, que no fué la menor gracia el conservar la vida a vista de tanto gozo.



El Niño Jesús, llamado el «Fundador», que les dieron los Carmelitas al pasar por El Socorro



El Niño Jesús, llamado el «Tornerico» o Toledano, que le trajeron a la V. Madre de Toledo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VI

LA SUPERIORA DE VILLANUEVA
(1593 - 1600)

ANA, MAESTRA DE NOVICIAS

En los capítulos anteriores nos ha sido dado contemplar a la ilustre hija de Sta. Teresa como simple religiosa y solícita oficial. Ciertamente que el hecho de estar más oculta la virtud a los ojos de los hombres no merma valor y mérito a los de Dios; pero es lo cierto que entonces brilla más y es la virtud más atendida cuando la contemplamos en una persona constituída en dignidad y puesta por Dios sobre el candelero de las prelacías, para que el reflejo de sus concertadas acciones sean ejemplo vivo de los súbditos, confiados a su dirección.

Esta fué sin duda la causa, por la que no nos han quedado gran acopio de noticias referentes a las virtudes religiosas que brillaron en la V. Ana, durante estos primeros años de la fundación de Villanueva.

No ignoraban las religiosas el mérito y las virtudes de nuestra Venerable, cuando llegado el capítulo de 1593 la eligieron por Supriora y Maestra de novicias, cargo que desempeñó durante todo el tiempo con gran ejemplo y aprovechamiento de las mismas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De maestra de novicias a Priora

La experiencia del acierto, prudencia y utilidad con que ejecutara estos cargos, hizo notorio a la comunidad y Superiores de la Orden sus relevantes dotes de gobierno. Así que hubo finado el trienio, por unánime voto de las religiosas, fué electa Priora, a los diez y seis de enero de 1596.

Mucho se resintió con este golpe la humildad de la Venerable Madre. Poseída y temerosa de su propia insuficiencia, querellábase a nuestro Señor de que la pusiese en ocupación de tanta responsabilidad. Acude con esta demanda a la oración, y en este seguro oráculo se le da a entender, ser aquella voluntad de Dios. Con lo cual, fortalecida y vencida su repugnancia, sujetó la cerviz al pesado yugo de aquella obediencia.

Espejo de observancia

Entrando en el oficio comenzó a ejercitarlo con gran prudencia, acierto y gusto de toda comunidad. Viéndose exaltada sobre sus hermanas, juzgó ser tan sólo para iluminarlas con el ejemplo de su mayor perfección y regular observancia. Si hasta aquí fueron admirables sus virtudes, puesta en la nueva obligación, procuró fuesen heroicas.

«Asistía la primera a los actos de comunidad y del coro; en él lucía su fervor, fuera de él su caridad; en el trato de las monjas su blandura, en sobrellevarlas su discreción; en corregirlas su cortesía; y una copia perfectísima de santidad en todas sus palabras y acciones. Aunque no era singular con ninguna, su amor para con todas era tan singular, que a porfía le franqueaban sus almas,

por experimentar, que, en sus consejos saludables y prudentes, y en sus cuidados tan de madre cariñosa, tenían seguro su consuelo y remedio» (1). En estas concisas frases de nuestro cronista están hermosamente compendiadas todas las virtudes que en el oficio adornaron a la Venerable Madre.

Dejando para más adelante el tratar más a propósito de estas virtudes, levantamos aquí la mano en materia tan deleitosa y abundante.

Sangre fructífera

El bien que a las súbditas reportó la nueva Priora en su oficio, manifiéstanoslo la admirable visión que otra religiosa de aprovechada virtud tuvo poco antes de que eligieran a la Venerable Ana por Priora y es como sigue: Estando nuestra Venerable virgen rezando en el coro con la Priora y otra religiosa, vió la monja que dejamos dicho, que de un Santo Cristo que en él había, salía gran copia de sangre, envuelta en grandísimos resplandores, la cual bañaba a todas tres; pero con tal diferencia, que la que llegaba a la monja particular, se la bebía toda sin que nada se derramase. La Priora, aunque se bebía la que a ella le comunicaban, algunas gotas caían en su vestido; pero el golpe que daba en la Venerable Ana, aunque bebía parte, se vertía la mayor, y la bañaba por de fuera. Deseando saber aquella religiosa lo que significaba esta visión, le dió el Señor a entender, que la primera recibía su gracia, y las buenas obras que hacía, con ella,

---

(1) Crónicas de la Orden. P. José de Sta. Teresa. Tomo 4.º Lib. XVI, cap. XXXIV.

a sí sola aprovechaban. La segunda las hacía de modo, que a ella le eran provechosas y juntamente a sus súbditas, por el buen ejemplo que les daba con su proceder y oficio. Pero la tercera que era la bendita Madre Ana, después de obrar mucho en beneficio de su alma, toda se vertía y derramaba en utilidad de sus prójimos, a los cuales con sus consejos y exhortaciones, o los reducía a la virtud, o los mejoraba en ella, por donde pasaron a muchos las corrientes de la gracia. Ladeamos nuestra opinión acerca de lo que de verosímil tenga esta visión; pero así y todo, nos patentiza la valía de nuestra insigne biografiada en el concepto de las que con ella convivieron.

La mejor procura

Como ya había experimentalo en los oficios que hasta allí había desempeñado que todo su acierto y suficiencia le dimanaba del Señor, procuró en este de Priora fiar todos sus recursos en tan buen Provisor. Así que la oración y el coro eran su ordinario ejercicio donde continuamente moraba y negociaba los asuntos de su cargo.

Dos ayudas de costa

Lo fueron para la V. Madre sus devotas Santa Ana y Sta. Teresa de Jesús. ¿Quién duda que los bienaventurados influyen muchas veces, ya visible, ya invisiblemente, en nuestros asuntos, alcanzando con su intercesión poderosa las gracias que se les pide? Las dos devociones favoritas de nuestra Venerable Ana fueron estas y a ellas se dirigía en todos sus aprietos y dudas, no siendo ja-

más defraudadas sus súplicas. De la devoción a Santa Ana hablaremos en el capítulo siguiente. De su amistad y devoción con Sta. Teresa nos permitiremos aquí unas breves memorias; pues sin ellas, creo, quedará por llenar un buen vacío en las páginas de esta historia.

La amiga de Sta. Teresa

Ya vimos cuál fué la primera comunicación de aquellas dos almas gigantes y gemelas. Desde que la joven Ana comunicó su vocación con la Santa Fundadora, cobróle ésta aquel particular amor que en repetidas ocasiones le demostró, nacido del elevado concepto que, con su perspicaz mirada, había formado de la joven pretendiente, y de haberle dado el Señor a entender, cómo la había escogido, no para sierva sino para Esposa suya muy regalada. Viniendo luego a Malagón trató de cerca su espíritu, descubriendo los grandes tesoros que Dios tenía encerrados en el alma de Ana, y asegurando a aquella Comunidad, algo inquietada por las sobrenaturales manifestaciones de que era objeto la joven novicia.

Rasgos de Madre

Pasando a la fundación de Villanueva continuó la Santa las pruebas del amor que le profesaba, eligiéndola, junto con la beata Ana de S. Bartolomé, para su especial compañera y confidente. Así, después de haberse ausentado, tomó Sta. Teresa tan por su cuenta las cosas de su hija, que, no obstante vivir muchas leguas distante del convento en don-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

de ésta residía, le escribió algunas veces para avisarle lo que le importaba (1).

Nobleza obliga

No anduvo corta, a su vez, la V. Madre en demostrar a la Santa su amor y agradecimiento; porque cuando se hicieron los repartimientos del gasto que hubo en la beatificación de la gloriosa Santa entre todos los conventos de la Orden, cúpole en suerte a la casa de Valera (donde se hallaba la Venerable Madre por Priora) 100 ducados, y 50 a la de Villanueva.

---

(1) Para que nos podamos formar cabal idea de la confianza y familiar correspondencia que entre la Santa Fundadora y la V. Hija existía transcribimos la siguiente carta de la Santa, único recuerdo que de esta correspondencia ha respetado la inclemencia de los tiempos.

«A la M. Ana de S. Agustín en Villanueva de la Jara.—Palencia, 22 de Mayo de 1581.

Jesús sea con Vuestra Caridad y me la guarde, amén, y haga tan santa como deseo que sea. Harto me huelgo de que me dice que me encomienda a Dios, y el Padre Fr. Gabriel también me lo escribe. Quiera Su Majestad que no se olvide de hacerlo, que no sé yo si ella me quiere tanto como yo la quiero, que no sé si nos tiene engañados a mí y al P. Fr. Gabriel; por eso, mire lo que hace.

Dios la perdone, que yo la digo que me dan tanto contento sus cartas que no lo podrá creer. No me deje de escribir siempre, y dígame cómo le va con el P. Gabriel, que pienso que para ella le volvió ahí nuestro Señor, que yo harto lo deseaba y quisiera que volviera ahí por prior para que lo tuviera más cierto, aunque yo creo que lo estará ahora con la ayuda de Dios, y creo las hará tanto bien de una manera como de otra; porque quien tiene el amor que Su Reverencia las tiene, no

Estaba esta casa muy alcanzada y pobre, por lo cual le era imposible satisfacer tan justa deuda, con grande sentimiento de la comunidad, que, como legítimas hijas, querían, como todas, contribuir a la glorificación de la común Madre. Noticiosa de este empeño la Sierva de Dios no se contentó con satisfacer lo que a su casa de Valera le tocó en el repartimiento, sino que también satisfizo los 50 ducados de la casa de Villanueva.

Glorificacion de una Madre

No es menos de notar la grandeza y suntuosidad con que procuró las fiestas de su Beatificación (año 1614) en Valera, y Canonización (año 1622) en Villanueva, con festejos y procesiones por la villa, con una imagen en esta última, que para este día de la canonización mandó labrar en Granada, y de la que con esta ocasión y motivo, recibió señalados favores.

---

le faltará ocasión para ejercitarle. Yo haré lo que pudiera para que no se le lleven de ahí, que, cierto, yo le quiero mucho, y me pesaría harto si lo mudasen.

De que le vea, dígale que San Bartolomé se le encomienda mucho, y que le dió mucho contento que Su Reverencia se acordase de ella; que le pide, por caridad la encomiende a Dios, que ella lo hace por su Reverencia, aunque pobre y miserable; y a Vuestra Caridad pide lo mismo, y no lo deje de hacer por lo que la debe, que son muy amigas, y quédese con Dios, que la haga Su Majestad muy santa.

De Palencia. Es otro día después de la fiesta de la Trinidad.

De Vuestra Caridad sierva.—Teresa de Jesus.

(Obras de Sta. Teresa. Edición crítica del P. Silverio. Tomo IX. Carta CCCLXV, pág. 57).

CAPITULO VII

LA SUPERIORA DE VILLANUEVA. (CONTINUACION) (1596 - 1600)

Devocion favorita

Ya dejamos dicho cómo otra de las principales devociones y ayudas de la Venerable Priora, fué la de Sta. Ana. Los primeros jalones de esta devoción pudiéramos remontarlos a los de su existencia, puesto que desde su más tierna infancia fué singular el amor que le profesaba por ser el nombre de su advocación; pero esta devoción creció de punto, cuando al venir a la fundación de Villanueva hallaron ser también Sta. Ana la titular de la ermita donde vivían retiradas aquellas nueve virtuosas mujeres, y donde nuestras religiosas se instalaron.

Sin arte

Venerábase en dicha ermita una imagen de la Santa, antigua y con muy mal gusto pintada. Dos o tres años pasaron con ella, deseosas de poseer otra de bulto y más devota, aunque por la pobreza del convento veíanse imposibilitadas de costearla.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Deseos satisfechos

Un día en que la Sierva de Dios se hallaba más preocupada con este cuidado, encomendólo a Dios y a la gloriosa Santa en la oración.

Su oración fué atendida, pues a pocos días un hombre desconocido entregó por el torno a la Venerable Madre una preciosa imagen de talla de Sta. Ana, que dijo traer de Toledo.

Gozosísimas las Religiosas por tan inesperado regalo del cielo, lleváronla en procesión al coro y luego de cantar un Te-Deum en acción de gracias, la colocaron encima del sagrario del altar mayor (1).

Patrona de valía

Santa Ana fué en adelante su especialísima patrona. Con ella tenía sus coloquios y a ella acudía en todos sus aprietos, experimentando sus socorros y asistencia lo mismo en las necesidades temporales

(1) Es esta hermosa efigie de Santa Ana, de talla, pero está vestida. De ella dijo la Venerable Ana de San Agustín: «Es su rostro muy agraciado, majestuoso y tierno; promete gracias a quien devoto y reverente la mira». Ocupó por muchos años el lugar indicado, mas luego fué sustituída por otra imagen que ordenó la comunidad, y es la que hoy está en el altar mayor. A aquella colocáronla en una muy decente y aseada ermita de la huerta, donde aun actualmente se guarda. Cuida de su limpieza y adorno una religiosa que a este fin se destina, con el nombre propio y devoto de *ermitaña*. Todos los años se manifiesta al público en la iglesia del Convento donde permanece expuesta durante los días 24, 25 y 26 de julio que es su fiesta principal y día de Santa Ana. Es llamada vulgarmente la *vieja*, sin duda, por contraposición a la que se labró más tarde.

del convento, que en las espirituales, así propias como de sus súbditas. Los mayores beneficios experimentólos en la construcción de la nueva iglesia.

«Ana, ¿y mi iglesia?»

Vivían las religiosas de Villanueva en la estrechez que en otro lugar se apuntó. Elegida nuestra V. Madre por Priora del convento, y no pudiendo su abrasada caridad sufrir la incomodidad que sus súbditas experimentaban buscó medio de remediarlas, introduciendo muchas mejoras materiales en la casa; y aunque los socorros de que disponía no eran muy sobrados, quiso que también mejorase el Señor de morada, y con este intento arrojóse a edificar un nuevo y espacioso templo confiando sólo en la divina Providencia.

El día 28 de mayo, que era de San Agustín, cantóse la misa conventual para dar buen principio a la obra, y hallábase en este día tan sumamente pobre el convento que para el estipendio de la misa del capellán apenas si pudieron juntar en toda la casa 24 maravedises, y otros diez que sacaron del cepillo de la ermita. Con estos tesoros se empezó la iglesia; pero Dios quiso hacer alarde de su paternal Omnipotencia, porque desde que se echaron los cimientos hasta su inauguración fué un continuo milagro y un repetido desvelo de la Providencia.

Véase como describe una de las religiosas contemporáneas de la Venerable el principio de las obras.

«Pagada la misa (dice) hizo derribar unas casillas viejas para disponer el sitio de la iglesia, y la llamaron al torno en este tiempo y halló un hombre que le dió 200 reales de limosna, que fueron los primogénitos caudales de su fábrica».

Un socorro oportuno

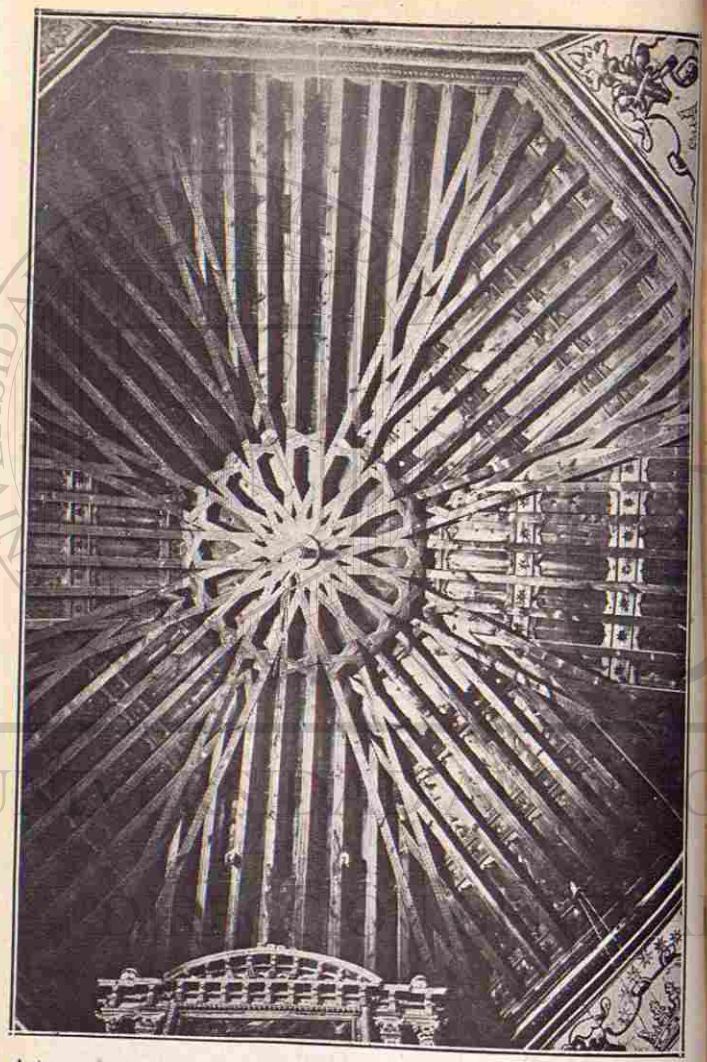
Estaba en otra ocasión muy necesitada de dinero para la fábrica, y llegó en tal coyuntura y aprieto D. Pedro de Médicis, caballero muy principal y hermano del Duque de Florencia. Venía de la Corte con rumbo a Valencia, muy desconsolado por un grave testimonio que le habían levantado con peligro de vida y honor. Por el camino había oído una voz interior diciéndole que entrase en Villanueva y preguntase por la Madre Ana, de quien todavía no tenía noticia alguna, que le diese alguna limosna, porque estaba necesitada, y ella le sacaría de aquel trabajo. Hízolo así el buen caballero. Descubrióse la causa de su desconsuelo, y por medio de la fervorosa oración de la Venerable, alcanzó de Dios el favor deseado. En justo reconocimiento donóle de limosna dos mil ducados.

Con estos milagrosos socorros y otros cien que sería prolijo enumerar iba adelantando la obra, pudiéndose afirmar que cada paso del templo era un nuevo milagro.

Triste venganza

Mucho sentían los demonios el adelanto y la fábrica de esta obra, y así descargaban su rabia sobre la valerosa virgen y la tenían en un continuo martirio amenazándola de arrasar por el suelo el edificio. Con este miedo y cuidado, dice la Venerable que solía pasar las noches sin apartarse de la obra, rociándola con agua bendita. Mas a pesar de todo el infierno, la obra continuó adelante y se acabó, y el

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Artesonado de la cúpula de la Iglesia de Villanueva, construido según las indicaciones de la V. Madre. En la cornisa aun se conserva la inscripción que en honor de Santa Ana, hizo pintar en letras de oro

demonio quedó confuso y como siempre, burlado (1).

En busca de una Lauda

Concluida la parte arquitectónica de la iglesia, y cuando sólo faltaban los trabajos de ornamentación, andaba cuidadosa la Sierva de Dios de dar digno remate a la obra. Agradecida a los favores que de su gloriosa Patrona Sta. Ana, a quien la iglesia debía estar dedicada, había recibido, principalmente durante la construcción del edificio, deseaba grabar alrededor de la cornisa de la capilla mayor un letrero en alabanza de la misma Santa, y no acertaba cuál sería de su agrado. Con estos deseos estaba una noche después de maitines en oración y como divinamente inspirada se le ofreció a la imaginación la siguiente antífona: «O Beata Anna, quae semper regnas cum angelis. Illic nostri sic memor esto, ut tuo mereamur sociari collegio. Ora pro nobis Beata Mater Anna». Que en nuestra prosa quiere decir: ¡Oh Bienaventurada Ana, que siempre reinas con los ángeles, ten de nosotros tal memoria, que merezcamos gozar de tu compañía. Ruega por nosotros...» Y así al día siguiente dispuso que alrededor de la cornisa se pintasen con letras grandes de oro estas palabras, que aún hoy se conservan, según la Venerable Madre lo dispuso.

---

(1) Ignórase a punto fijo cuánto tiempo duró la construcción de la iglesia, pero hubieron de ser bastante menos de cuatro años, que fueron los que estuvo la Venerable Ana de Priora, antes de su ida a Valera, o sea de 1596 a principios de 1600.

Una iglesia modelo

Finalmente, con la continua ayuda de la Providencia, se acabó tan en breve cuanto felizmente la iglesia. Es de una sola nave y techumbre de madera. Empero aunque de limitadas proporciones y humilde de aspecto, flota en su ambiente un no sé qué de sobrenaturalidad, que conforta y consuela al alma e insensiblemente la eleva y causa devoción.

Solicitud de Marta

Habiendo tenido un éxito tan glorioso en la construcción del santo edificio sólo faltaba para coronamiento de la obra trasladar allí el Santísimo Sacramento.

Con este motivo iba hecha un Argos por casa a fin de disponer cuanto fuese necesario para celebrar la fiesta con el lucimiento que las circunstancias pedían.

No le era impedimiento la clausura. Su celo traspasaba los muros del convento y prendiendo fuego en los devotos de la Villa, admiradores de la virtud de la Venerable, los disponía a todos para que la ayudaran con lo que pudiesen. Trajo de diversas partes ornamentos para los altares e iglesia, y para las calles por donde había de pasar la procesión muy ricas colgaduras.

Un cáliz de iglesia catedral

Entre otras cosas que previno fué un cáliz que le trajeron de Cuenca, grande y de muy buena hechura, y que en expresión de la Venerable «podía ser de iglesia catedral» pero estaba sin dorar y muy deteriorado. Propúsole su deseo a la Santa, y con más sencillez que retórica díjole estas palabras: «Ay Madre de mi alma, y quién tuviera para dorar este cáliz para que estuviera en vuestra fiesta hecho un ascua de oro». No se hizo de esperar el socorro porque a poco le dieron unos doblones de oro, con que al punto mandó dorar el cáliz a su satisfacción.

Traslacion del Santisimo Sacramento

Dispuesto ya todo por las diligencias del fervoroso cuidado de la Venerable Madre Ana se determinó el día de la traslación, la cual se hizo con extraordinario aparato y esplendor. Nada anduvo escaso. Por la mañana aderezóse una muy lucida procesión con el Santísimo desde la iglesia vieja a la nueva, a la que asistió el Provincial, que lo era el P. Fr. Francisco de la Ascensión, con todos los religiosos, las autoridades y demás religiones de la Villa y numeroso concurso de gente. La iglesia estaba primorosamente adornada. Los altares que por las calles se hicieron no desmerecían de la más populosa ciudad. Previnose la mejor música que había por aquel contorno; el predicador, de fama; las colgaduras de las calles por donde había de pasar la procesión, riquísimas; en fin hasta la pólvora estuvo abundante, pues decía la Venerable Madre que quería que hubiese mucha pólvora en la fiesta, que es claro indicio de un alma de recio temple.

Las dulzuras que el corazón de la Sierva de Dios experimentó en este día fueron inefables, y con la traslación del Santísimo su alma sintióse inundada de gracias y favores sin cuento. Acabóse aquel día la fiesta, pero no el patrocinio de Santa Ana a su hija, que aumentó de punto desde aquel memorable día.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VIII

LA FUNDADORA DE VALERA
(1600-1616)

Elocuencia de los hechos

Corría el año de 1600 y cuarto del priorato de nuestra Venerable Ana. No habían salido fallidas las esperanzas, ni defraudado el elevado concepto que de la Venerable Madre formaron los superiores al confiarle el oficio de priora de una casa tan pobre cual era la de Villanueva; antes una vez más dejaba patentizadas las relevantes dotes de gobierno y sentido práctico que la adornaban, como evidentemente nos lo demuestra la elocuencia de los hechos, que no mienten, y la experiencia de tantos aciertos. Acababa de levantar la iglesia, con la ayuda que dejamos dicho; en el convento había realizado muchas mejoras, que les permitían vivir con más holgura; la casa estaba material y moralmente bien acomodada; y con tan acertado gobierno y discreta dirección traía a todas contentas y deseosas, con su ejemplo, de nuevos y admirables acrecentamientos en la perfecta vía del espíritu.

Una breve tregua

Por fin podía descansar, fuera ya de los cuidados que una obra de tal índole trae consigo, y gozar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de esa paz que la regular y callada observancia del claustro ofrece a las almas religiosas, abstraídas de los mundanales ruidos, ansiosas de vivir abnegadas a sí propias y vivir tan sólo para Dios.

Pero con el fin de que no echemos en olvido que este mundo es tan sólo lugar de tránsito, no de descanso, pues nuestra patria es el cielo, Dios se complace en entremezclar los gustos con pesares y sinsabores.

No quiso, pues, este prudentísimo Señor que nuestra Venerable Priora gustase por mucho tiempo de esta alegría y gozase en esta vida del galardón, que en sí mismo para la otra le tenía reservado.

Una eleccion de compromiso

Para ello dispuso que los superiores determinasen fundar un nuevo convento de religiosas en la villa de Valera de Abajo (Cuenca), distante como ocho leguas de Villanueva. Por las circunstancias especiales en que se realizaba esta fundación, exigía por fundadora y priora una religiosa del temple de Sta. Teresa. Todas las miradas se fijaron en nuestra Venerable Ana. Sus virtudes, su fama de especial favorecida del cielo, las personales cualidades que para el mando había demostrado en Villanueva, eran ya notorios a toda la Religión, y persuadieron a los superiores para elegirla por fundadora de Valera.

Gravosa obediencia

Notificada la humilde Virgen de esta resolución, sintióse desfallecer bajo el peso de tan gravosa obediencia.

Cuando estaba deseosa de que la exonerasen de la prelacía que al presente, con tanta violencia suya, regía, ve que, lejos de aliviársela, la agravan con el no menos comprometido cargo de Fundadora.

No le fué fácil a la Venerable asentir, sin reparos, a tal resolución. Su falta de salud, a la par que su encogimiento y humildad, el amor de sus hijas y hermanas que se oponían a la separación, todo luchaba en pro de su causa, y ¿por qué no decirlo? también eran rémora los favores que del cielo había en aquella casa recibido; porque el corazón del hombre, por grande que parezca, por elevado que se le suponga sobre las exigencias de la carne, siente sus predilecciones y apego por los lugares y cosas que más gratos recuerdos ofrezcan a su memoria, y éstos suben de punto cuando son de orden sobrenatural. Así le sucedió a Ana, como ella misma confiesa con ingenuidad.

Empero revistiendo su corazón con la fortaleza aceptó con intrepidez y resignación el sacrificio, dominando los naturales afectos del corazón, acallando en su pecho el natural sentimiento, que las lágrimas de sus hijas, al despedirse, le causaban; aunque haciendo grandes violencias al quebrantado natural, y venciendo, en fin, con el amor del espíritu, el de la carne, salió a cumplir su obediencia, con otras dos religiosas que se le señalaron, Ines Bautista y Quiteria de S. Angelo, hijas de esta casa, bajo la vigilancia y compañía del R. P. Juan de Jesús Roca, tercer Definidor General.

Rabias diabolicas

Muy grandes debían ser, sin duda, los males que de esta fundación los demonios presagiaban se le ha-

bían de ocasionar, cuando tan vivamente lo sintieron y significaron. En efecto; desde este día redoblaron sus violencias. Aparécensele rabiosos, persíguenla, amenázanla, que la han de causar mucho daño e inquietar a ambas casas de Villanueva y Valera, como lo cumplieron con extraordinario rigor.

Llegado el momento de la partida, despidióse de todas abrazando a cada una con singular cariño, y al salir por la puerta reglar vió la V. Madre como la esperaba una infernal caterva de demonios, que amenazaban rabiosos, e inquietaban las almas de las que quedaban no menos que a cuantos la acompañaban, causando en el natural de la bendita Madre tal turbación que necesitó bien de toda su virtud y de la ayuda del Altísimo para no desfallecer.

El cumplimiento de una promesa

No todo fueron peligros y persecuciones del demonio lo que en este camino le sucedió. Referiré también un favor de particular nota.

Pasaban nuestros viajeros por las cercanías de un lugar llamado Cañabate, famoso por poseer un ermitorio en donde se veneraba una imagen de Ntra. Sra. del mismo nombre, célebre en aquellas tierras por sus muchos milagros.

Deseó la V. Madre visitarla porque le profesaba singular devoción y se creía obligada a ello por un beneficio que algunos años antes había recibido.

Resistencia vencida

Propúsole la V. Madre al P. Fr. Juan de Jesús, que, (puesto que se desviaba poco el camino) la llevase a ver a nuestra Señora. El religioso Padre, o

por ejercitar su virtud, o por demasiado escrúpulo, no lo quiso hacer. Sintiólo mucho la bendita Madre, aunque en lo exterior nada demostró. Pero con amorosa queja díjole a la Santísima Virgen «que cómo permitía que, pasando por su santa casa, no la pagase la visita que le debía». E interiormente oyó que le decía: «No tengas pena». Y al mismo punto mudóle Dios el corazón al P. Juan y ordenó volver riendas al coche hacia la ermita.

En la ermita de Cañabate

Lo que aquí le sucedió nadie lo podría decir mejor que la propia Madre. Oigámosla: «Comulgué allí y estuve mucho rato en oración, que me la dió nuestro Señor de gran consuelo gozándome en su amor, y en el de su Madre Santísima. Después de esto despidiéndome la supliqué entre otras cosas que fuese en mi favor y ayuda para que yo cumpliese con lo que mandaba la obediencia y a lo que me enviaba, y que fuese mi Madre y amparo, cuyo favor he visto claro en muchas ocasiones que se me han ofrecido».

Con este seguro y el consuelo con que la Santísima Imagen a todos pagó la visita, prosiguieron nuestros viajeros su camino a Valera, donde la multitud de favores que de la bondad divina recibió la Venerable Ana acreditaron en los efectos haber escuchado en los efectos, haber escuchado la Santísima Virgen su fervorosa súplica.

Llegada de las fundadoras

El día tres de Mayo de este año de 1600 llegaron nuestros viajeros a Valera. Los Señores de la villa y patronos de la nueva fundación, D. Fernando de

Alarcón, hermano de la Fundadora, y doña Catalin Guitán de Ayala, tenían prevenido un solemne re cibimiento a la Venerable Madre y a sus monjas. To do aquel humilde lugarejo asocióse a la fiesta con e agasajo y demostraciones de gozo que la cortedad humilde estilo de sus habitantes permitía. Lleváron la en procesión a una casa que los fundadores habían cedido mientras se edificaba en otra parte el conven to. Tomóse la posesión y a la mañana del día siguien te dijeron la misa en la pequeña iglesia que provi sionalmente habíase preparado.

Las primeras novicias

Dos días después profesó en manos de nuestra Venerable Prelada, Antonia de Jesús sobrina de la Fundadora, que, siendo novicia en el convento de Madrid, esperó esta fundación para profesar en ella. Y viniendo ocho días después, de la de Huete, Inés de la Cruz e Inés de Jesús, recibió el hábito de lega Ana de San Francisco, a quienes siguieron la Fun dadora, que lo era doña Luisa Carrillo y Alarcón (1) y otras jóvenes de porte, con cuyas dotes y con la santidad de la Venerable Priora quedó la casa aco

(1) Tomó el hábito esta ilustre señora a los 60 años de edad, con el nombre de Luisa de Jesús, y después de los 18 años de bien aprovechada religión murió a 4 de Abril de 1619, dos casi después que la casa de Valera se trasladó a San Clemente.

La gratitud nos obliga también a recordar a dos miembros interesantes de esta familia, arriba mencionados. Una era doña Catalina Gaitán de Ayala, que, muerto su esposo, tomó el hábito en este convento con el nombre de Catalina del Espíritu Sto. a los 51 años de edad, profesó el de 1615, murió en San Clemente a

modada en lo material, y en lo espiritual fervorosísima.

Traslacion a San Clemente

Diez y siete años más tarde, descompuesto todo por el tiempo que nada perdona, y disminuída la renta que estaba en juros, a más de otras justas razones que no hay por qué aquí transcribir, obligaron a los superiores, con laudable acierto y asentimiento de los interesados, a trasladar esta fundación a San Clemente, villa noble y populosa de aquella provincia de Cuenca, donde aun al presente subsiste con ejemplo de todos y bien acreditada fama de perfección religiosa. Hízose esta traslación a 2 de junio de 1617.

Acertado y prudente gobierno

Tomada, pues, la posesión de la casa de Valera, que dedicó a sus gloriosos y devotos S. José y Santa Ana, dispuso la vigilante prelada todas las cosas relacionadas con su gobierno y dirección con el acierto de siempre. No es mi intento detenerme un punto

los 29 de Abril de 1642, a los 79 de edad, donde fué algunos años Priora.

La otra es Antonia de Jesús, sobrina de la Fundadora. Fué muy apreciada de la Venerable Ana, cuyos hechos le mandaron los prelados escribir. Después de desempeñar por varios años el oficio de Priora, murió en San Clemente a los 4 de Abril de 1661. Siendo de notar que todas tres murieron en el mismo mes, y aun ésta coincidió también en el día con su tía Luisa de Jesús.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

a enaltecer la observancia y perfección que implantó en este convento, ni el prudente trato que observó con sus súbditas. Con lo dicho al tratar de su priorato de Villanueva, puede el entendido lector formarse de ello cabal idea, cuidando de añadir a aquellas, la natural experiencia que en el antecedente cargo, sin duda alguna, adquiriría.

CAPITULO IX

LA FUNDADORA DE VALERA (CONTINUACION)

NUEVO ALBERGUE

Dejé ya dicho, cómo el lugar en el que hasta que se edificase iglesia y convento, moraban, eran unas reducidas casas de la Fundadora.

Dos años estuvieron en este reducido albergue sufriendo estrecheces e incomodidades sin cuento. Imponíase por instantes la necesidad de más holgada vivienda.

PROVIDENCIA ESPECIAL

Fiada, pues, en la Providencia y aleccionada con la construcción de la casa e iglesia de Villanueva, empezó las obras. Abriéronse las zanjas, según la dirección del tracista, pero ilustrada la bendita Madre, que se hallaba presente, sin duda con otra luz superior a la natural que gobierna la humana inteligencia de los sabios, dijo, no sin misterio, a los maestros, que convenía alargar y profundizar más las zanjas. Y fué providencial, porque a pocos golpes descubrieron bajo tierra las bóvedas de una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

a enaltecer la observancia y perfección que implantó en este convento, ni el prudente trato que observó con sus súbditas. Con lo dicho al tratar de su priorato de Villanueva, puede el entendido lector formarse de ello cabal idea, cuidando de añadir a aquellas, la natural experiencia que en el antecedente cargo, sin duda alguna, adquiriría.

CAPITULO IX

LA FUNDADORA DE VALERA (CONTINUACION)

NUEVO ALBERGUE

Dejé ya dicho, cómo el lugar en el que hasta que se edificase iglesia y convento, moraban, eran unas reducidas casas de la Fundadora.

Dos años estuvieron en este reducido albergue sufriendo estrecheces e incomodidades sin cuento. Imponíase por instantes la necesidad de más holgada vivienda.

PROVIDENCIA ESPECIAL

Fiada, pues, en la Providencia y aleccionada con la construcción de la casa e iglesia de Villanueva, empezó las obras. Abriéronse las zanjas, según la dirección del tracista, pero ilustrada la bendita Madre, que se hallaba presente, sin duda con otra luz superior a la natural que gobierna la humana inteligencia de los sabios, dijo, no sin misterio, a los maestros, que convenía alargar y profundizar más las zanjas. Y fué providencial, porque a pocos golpes descubrieron bajo tierra las bóvedas de una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pieza muy espaciosa, (1) cuya existencia era de todos ignorada, y a no haberse descubierto entonces, hubiérase corrido gran peligro en la obra cimentada sobre tan falsos fundamentos.

Finezas de esposa

Acabada la obra de la casa en menos de un año, trasladáronse a la nueva vivienda las religiosas.

Acomodadas ya éstas, quiso que también mejorase su Esposo de habitación. A este fin dispuso con gran aseo y diligencia el altar y demás cosas convenientes en lo que después de labrada la iglesia había de ser portería, supliendo la devoción por la grandeza, y por la riqueza lo aseado. Dispuesto en breve todo, se trasladó el Stmo. Sacramento de la antigua iglesia a esta provisional, día de Todos los Santos de 1603.

Nueva morada para el Amado

Empero el corazón de Ana no quedaba con esto todavía plenamente satisfecho, y hasta ver hecha la nueva y espaciosa morada que para el Amado de su alma pretendía edificar, no reposaba; mas con todo esto lo hubo de aplazar para mejores tiempos, por haber sobrevenido este año de 1603 la voraz hambre de que ya hablamos. En el entretanto iba

(1) Se hallaron en estas cuevas algunos idolillos y otros vestigios de la gentilidad.

recogiendo la V. Madre materiales y dineros para este objeto. La ambición del tiempo y desidia de los contemporáneos nos ha privado de toda noticia relativa a la fecha en que se comenzó y acabó esta obra. Sólo nos consta por fundadas conjeturas que el año 1610 estaba todavía en construcción, si bien muy adelantada, la iglesia. Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que en mejorando los tiempos no se descuidó la diligente prelada en poner manos a la obra. Lo que pasó cuando lo quiso ejecutar nos lo refiere así la propia Ana: «Estando deseosa de hacer en esta casa iglesia (que es el edificio que más me consuela) pedí licencia a un prelado para hacerla, y mostrando no tener gana de dármela, me entristecí de no poder hacer a nuestro Señor este servicio; y estando en oración ofreciéndole mi pobre cornadillo y deseo, le dije: *Señor mío, yo os querría hacer iglesia, más no me dan licencia*; y salí de la oración convencida de que se me había alcanzado lo que pedía. Hízolo así Su Majestad, porque otro día el mismo prelado, sin hablarle yo de ello, con mucho gusto, me mandó comenzase luego, y me alentó para ello».

Maravillosos principios

Sin más dilación llamó al día siguiente oficiales para comenzar la obra y desde luego a experimentar maravillas. Derribáronse unas casillas y limpio ya el sitio abrieron los cimientos, pero con tan adversa fortuna que por mucho que ahondasen, no hallaban los oficiales tierra firme en que asentar con seguridad el edificio. Intentar proseguir parecía tiempo perdido. Desmayaron todos, mas no la Venerable Madre, que, fiando en Dios la causa, fuése

a comulgar y propúsole a su Majestad con la confianza de esposa, su cuidado. El Señor la aseguró, y volviendo la Madre a los operarios ordenóles confiada que continuasen lo comenzado. ¡Caso admirable! a pocos golpes dieron con tierra sólida y firme como no la pudieran mejor desear.

Nuevas providencias

Para labrar la portada de la iglesia necesitábanse dos grandes piedras de sillería, y para enlucirla yeso de espejuelo. Carecía el pueblo de ambos materiales y para proveerse de ellos habíanse de hacer gastos exorbitantes. No desconfía la V. Madre. Acude a su ordinario oráculo, la oración, y en ella experimenta como siempre el remedio. Manda a los oficiales, y donde nunca lo hubo hallan admirados y suspensos tanta abundancia y de tal calidad, que mostraba bien haber sido dado de quien como Padre acude al consuelo de sus criaturas.

Así se iba adelantando la obra con repetidas maravillas, ayudando a ella como peones desde la Priora hasta la última monja.

Traslacion solemne

Por fin la iglesia se terminó, y con mucho aseo y primor la dispuso Ana para la traslación del Santísimo Sacramento, cuya fiesta previno fuése digna de tan gran Señor. Al efecto invitó al Sr. Obispo de Cuenca, D. Andrés Pacheco, quien, por la mucha devoción que a la V. Madre profesaba, se consideró obligado, y lo hizo acompañado de la música y algunos prebendados de su iglesia. Asistieron también el Provincial y buen número de religiosos de Villanueva. Los lugares del contorno despobláronse para acudir a la fiesta. Buscóse predicador de fama, y, en fin, toda la fiesta correspondió, en cuanto fué posible, a los deseos de la Sierva de Dios.

Con tan glorioso remate dió fin a la magna empresa que, en servicio de su regalado esposo, y beneficio de la religión habíase cargado sobre sus robustos hombros la V. Ana de S. Agustín.

Caridad

La santidad es rigurosa para sí tan solo, pero para los demás es atrayente y afable. Tal sucedía con nuestra Venerable biografiada, que, aunque rigurosa en exceso para consigo, apetecía, no obstante, para sus hijas los regalos que la estrechez del claustro permite; y así no sólo les acudía en lo necesario sino que su caridad se ingeniaba de mil modos para satisfacer a las religiosas en todo lo lícito. Su ardiente caridad atendía a cuanto les pudiera hacer falta, igual en vestidos que en comida; y vez hubo que, por socorrer a otra necesitada de abrigo, le dió su propia ropa, quedando ella desabrigada por aliviar a la súbdita.

La madre de las enfermas

Con las enfermas era singular su asistencia. Visitábalas muy amenudo, y servía por sí misma cuanto les pudiese dar algún alivio, y nada sentía tanto como algún descuido en este ejercicio.

Así acaeció en cierta ocasión. Estaba una novicia enferma con algunas llagas en la pierna y gastábanse muchas hilas en curarla. Fué una vez el cirujano por este motivo; pidió a la enfermera unas hi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

las, las cuales no tuvo tan a tiempo, por no hallar materia para hacerlas. Entró en tal conyuntura la V. Priora en la celda de la enferma, supo el caso, y porque no se dilatase la cura, quitóse la toca de la cabeza, y parte de ella la deshizo en hilas, reprendiendo luego a la enfermera por el descuido que había tenido; entre otras cosas le dijo las siguientes palabras, dignas de que todos las conservemos en la memoria por la grande enseñanza que entrañan: «Para todo (dijo) y para todos ha de faltar, y para las enfermas no. Y así es que siempre hase de socorrer en primer término a la parte más flaca y necesitada».

De esta manera, acudía la V. Priora al consuelo de todos como lo pudiera hacer la más cariñosa madre, trayendo a todas gustosas y alegres y deseosas de servir a Dios, que era el fin principal de todas sus diligencias.

La peste

Un grave incidente vino a ofrecer materia abundante al compasivo corazón de la V. Prelada: la peste, mortífero azote con que el justiciero brazo de Dios a tiempos se arma para purificar de sus crímenes la tierra.

No le tocó la menor parte a Valera; encendióse en ella la peste, general en aquel entonces en toda España; infeccionóse el aire, creció la epidemia, y en breve tiempo quedó casi totalmente desierto el lugar. Morían muchos, y no pocos, (en especial los señores) temerosos del contagio, huían, con lo que creció la necesidad y el desconsuelo en el pueblo, viendo que no tenían remedio, ni había en Valera a quien pedirlo.

No podía sufrir el compasivo corazón de la bendita Madre Ana, tanta desolación y lástima. Aunque no menos alcanzado el convento, como libraba sus desempeños en la Divina Providencia, a todos socorría como si de todo estuviese muy sobrada. Enviábales ropa, regalos y medicinas, y quitándose a sí y a sus hijas, era como provisora general de los hospitales y enfermos.

Caridad heroica

A los que llegaban al torno y con la obra no podía remediar, acudía con palabras y consejos de madre, que les suavizaba su trabajo.

Como su caridad había desterrado de su pecho al temor del contagio, de lo que menos cuidaba era de su mismo peligro, y en un rasgo de heroica caridad, díjole a Dios: «Señor, si alguna de estas religiosas que me habéis encomendado ha de morir en el contagio de esta peste, yo sacrifico mi vida por ella. Muera yo sola, y ninguna de mis hijas no». Cuán aceptas fueron estas palabras a su Divina Majestad, lo declaró el efecto, porque a ninguna de las religiosas se atrevió la peste: y en cambio sólo Ana cayó víctima de la misma. Procuró en un principio ocultarlo, para no sobresaltar el convento; pero rendido al fin el natural a los estragos de la enfermedad se vió obligada a guardar cama y revelar la causa.

Víctima de propiciación

Aquí fueron las lágrimas y oraciones de las tristes hijas para que sanase; porque temían, y con razón, que en faltándoles la que era de todos común

madre, habíales de faltar el sostén y quedar abis
madas y reducidas a la miseria. Viéndose Ana e
tan apretado lance se ofreció enteramente al Seño
y le suplicó se cumpliera su santísima voluntad, d
ciendo con S. Martín en semejante aprieto: «Señor
si soy de provecho para el bien de tu pueblo n
rehuso del trabajo: Hágase tu voluntad», que Dio
mostró ser la suya el que recobrase la salud instan
táneamente, por intercesión de Sta. Ana.

Conjuracion de la peste

Agradecióle humilde el beneficio, y no queriend
que fuese para ella sola le suplicó que a toda s
casa y pueblo le librase de aquel mal. Accedió be
névolamente la Santa, según confirmó el feliz resul
tado. Ninguna religiosa cayó herida de la peste, y
que ésta, obediente al celestial conjuro, batióse en
retirada desde este día, y el pueblo se vió libre d
sus terribles estragos.

Nueva prueba y mas caridad

Desterrada la peste, vinieron la miseria y el
hambre a acabar con lo que había aquélla dejado li
bre. Acordándose los pobres cuán a manos llenas les
había socorrido la Venerable en la pasada necesi
dad, a ella acudieron igualmente en este aprieto en
demanda de auxilio; y, en hecho de verdad, nadie
la buscó necesitado que se volviese menesteroso.

A todos se extendía su maternal beneficencia.
Sobre la ordinaria limosna, añadió cada día me
dia fanega de pan y una olla de cocido que se
complacía en repartir a los pobres por sí misma,
sin contar la limosna pecuniaria, que hubo día que

pasó de cuatrocientos reales, cantidad no pequeña
para aquellos tiempos y circunstancias. Ordenó a
la tornera y oficiales que no despidiesen a ningún
pobre, sin el socorro del pan que necesitasen; pues
quería que, mientras en el convento hubiese trigo,
gozasen todos del beneficio, para correr luego la
común suerte y fortuna cuando éste faltase. No sa
tisfecha con todo esto su inmensa caridad, procura
ba averiguar las familias y personas que se hallaban
en necesidad, y por medio de una persona confiden
te las socorría con pan y dinero, de suerte que sólo
por medio de esta persona distribuyó, durante el
transcurso de este año de hambre, más de trescien
tos ducados en metálico. Así satisfacía su caridad.

Muy enfadado y rabioso andaba el demonio vien
do la caridad tan asombrosa de Ana. Una mañana
en que iba cargada de pan para dar a los pobres, la
arrojó por una escalera dejándola sin sentido. Acu
dió, al estruendo que con la caída hizo, una religio
sa (la M. Antonia de Jesús, que era tornera). Re
puesta del golpe recogió los panes que estaban des
parramados en el suelo y se fué al torno a proseguir
su gloriosa acción; mas luego de satisfacer su cari
dad retiróse a su celda, donde estuvo por algunos
días guardando cama, muy lastimada del golpe.
Así desfogaba el demonio la ojeriza que contra la
V. Madre tenía. Mas Dios, con diferentes manifesta
ciones, algunas de ellas a todas luces milagrosas,
la esforzaba y premiaba su caridad.

Quien son los ministros de Dios

Un día, víspera de la octava del Corpus, llegó
al torno un sacerdote y pidióla, por caridad, una
limosna; pues venía de camino muy necesitado y

fatigado. Menos motivo bastaba para excitar la p
dad de la caritativa Priora, y así no sólo se ofre
a socorrerle de buen grado, sino que quiso ella mi
ma aderezarle la comida, según era el respeto, q
a los sacerdotes tenía.

Hízolo así, y proveyéndole luego para el camin
de dos panes y dinero, despidióse el buen sacerd
te muy agradecido y regalado, dejándola en cambi
a ella Dios el corazón de celestiales dulzuras hench
do y juntamente con nuevos deseos de servir y r
verenciar a los sacerdotes que, por representar mi
vivamente a Cristo, cuanto a éstos se hace es a su
ojos más afecto.

Reelección

Así iba transcurriendo entre pesares y goz
tribulaciones y favores, la prolongada prelacía d
la Sierva de Dios, puesto que desde el principio d
fundación la venía ejerciendo con harta mortifica
ción de sus deseos de quietud pero sacrificando e
propio gusto a la común utilidad.

Mas cansada, al fin, del oficio, y llevada ya a fe
liz término la fábrica de la iglesia, pidió al Provin
cial, entrando el año de 1613, (1) que eligiese suce

(1) Hasta el presente todos los historiadores de la Venerable, sin duda copiándose unos a otros, han dado por cierta esta fecha. No comprendo las razones en que se apoyan. Como resultado de mis investigaciones opino, que fué más probablemente en 1610. No obstante como no lo puedo afirmar con la evidencia que estas cuestiones exigen, lejos de aferrarme a mi particular opinión, y echar por tierra la ajena, he optado, por prudencia, seguir también la corriente.

sora. Llegando a votar las religiosas la volvieron a reelegir, de lo cual quedó muy pesarosa.

Egoismo santo

Presumo que en esta reelección intervino también Santa Teresa para que celebrase su beatificación siendo Ana Priora, y la solemnizase con la generosidad que no pudiera, de no estar en el oficio. Ya se insinuó la liberalidad con que acudió al llamamiento que, pocos años había, hiciera el General a todos los conventos de la Orden, para subvenir a los gastos forzosos e inevitables de la beatificación de la común Madre. El 24 de Abril de 1614 coronaba Gregorio XV con la aureola de los bienaventurados a la gran Reformadora, llenando con ello a las Españas y en particular al Carmelo de la más legítima y apacible alegría, que exteriorizó con extraordinarios festejos y regocijos. De ningún otro convento anduvo a la zaga el de Valera. Parece que la misma Santa lo tomó por su cuenta, venciendo cuantas dificultades se ofrecieron y asistiendo invisiblemente a su Venerable hija, cuyo amor, fecundo en invenciones, se ingenió de suerte que la fiesta estuvo a la altura de la festejada, asistiendo también el Sr. Obispo de Cuenca, Sr. D. Andrés Pacheco, Inquisidor General, como lo hiciera cuando la dedicación de la iglesia.

Fin de la prelacia de Valera

Pasó este año y el de 15 ejercitando en sí misma y en sus hijas todo el cuidado de la observancia que

dejamos dicho, y recibiendo cada día, del Señor nuevos beneficios y favores. Pudiendo muy bien afirmar que su vida vase deslizando no tanto con el trato de las criaturas terrenas, cuanto de las del cielo, para cuyo trato nada la estorbaba el trajín de los negocios de su oficio.

CAPITULO X

EL ULTIMO PRIORATO
(1616 - 1619)

Amor de hijas

Diez y seis años de ausencia no bastaron a borrar de la memoria de aquellas fieles hijas de Villanueva el recuerdo de la V. Madre; antes bien, llameaba aún muy vivamente en el corazón de todas el afecto y veneración de que se había hecho acreedora por sus admirables ejemplos de santidad y prudencia cuando entre ellas moraba. Experimentadas de sus aciertos en las prelacías, la apetecían de nuevo para Priora, de suerte que, cuantas veces se les ofreció hacer elección de este cargo, tantas salió por unanimidad elegida la V. Ana, y aunque jamás se pudo recabar de los prelados la correspondiente confirmación de tal nombramiento, por la falta que la Venerable hacía en la casa de Valera, nunca las de La Jara se dieron por vencidas, pues interesaba volviera a su hogar la joya que tan costosamente habían perdido.

Eleccion apetecida

Finalmente, de nuevo elegida por unánime voto a 20 de Febrero de 1616 mereció la competente con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dejamos dicho, y recibiendo cada día, del Señor nuevos beneficios y favores. Pudiendo muy bien afirmar que su vida vase deslizando no tanto con el trato de las criaturas terrenas, cuanto de las del cielo, para cuyo trato nada la estorbaba el trajín de los negocios de su oficio.

CAPITULO X

EL ULTIMO PRIORATO
(1616 - 1619)

Amor de hijas

Diez y seis años de ausencia no bastaron a borrar de la memoria de aquellas fieles hijas de Villanueva el recuerdo de la V. Madre; antes bien, llameaba aún muy vivamente en el corazón de todas el afecto y veneración de que se había hecho acreedora por sus admirables ejemplos de santidad y prudencia cuando entre ellas moraba. Experimentadas de sus aciertos en las prelacías, la apetecían de nuevo para Priora, de suerte que, cuantas veces se les ofreció hacer elección de este cargo, tantas salió por unanimidad elegida la V. Ana, y aunque jamás se pudo recabar de los prelados la correspondiente confirmación de tal nombramiento, por la falta que la Venerable hacía en la casa de Valera, nunca las de La Jara se dieron por vencidas, pues interesaba volviera a su hogar la joya que tan costosamente habían perdido.

Eleccion apetecida

Finalmente, de nuevo elegida por unánime voto a 20 de Febrero de 1616 mereció la competente con-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

firmación del Provincial, puesto que concluída
casa e iglesia, y con toda perfección implantada
observancia en la nueva comunidad, y en ella hij
de aventajada virtud y capacidad para continuarl
parecía haber dado feliz remate a la obra que l
superiores le confirieran en Valera.

Contrastes

Imposible describir la alegría que inundó a l
de Villanueva por su adquisición, como la triste
que a las de Valera anegó por tan sentida pérdid
Pero ambos afectos fueron para la humilde An
igualmente penosos. ¿Cómo sobrellevar sin hond
pesar la separación de aquellas hijas de Valera q
había a sus pechos criado, y alejarse de aquel co
vento e iglesia en donde tantos favores celestial
recibiera? Verdad es que en cambio tendría la s
tisfacción de abrazar de nuevo a sus antiguas he
manas de Villanueva, cuyo convento ofrecíale
menos consoladores recuerdos. No había compar
ción en el trueque; pues en la fundación de Vill
nueva había sido parte, en la de Valera el todo; all
encontraría hermanas, aquí perdía a las hijas y h
das, en ella, una madre.

Pero lo que más todavía la apenaba y sacrifica
ba el alma, era la nueva prelacía, que, cual pesad
cruz, iba a cargar sobre sus hombros. Bien hicier
diligencias para renunciar; mas conociendo que s
rían inútiles sus excusas, resignóse a ello.

El ultimo adios

Convínose el día de la salida, y llegado que hu
bo, tras ternísima despedida de aquellas descons

ladas religiosas, salió de Valera a mediados de mar-
zo, acompañada de dos virtuosas mujeres y de los
Padres Angel de J. M., cuarto Def. Gral., Alonso de
J. M., Provincial, y otros dos religiosos venidos pa-
ra este intento. Aunque se procuró ocultar la parti-
da, no lo fué tanto que no se entendiese en Valera.
Aquí fueron los aprietos. Conmovido todo el lugar
por tal mudanza acudió en tropel al convento para
impedir de grado o por fuerza la salida de la que
miraban como a común madre, protectora y media-
nera entre Dios y aquella tierra.

Disuadidos al fin y engañados con la esperanza
de volverla a poseer, cumplidos los tres años del
priorato de Villanueva, cejaron en sus intentos de
violencia, contentándose con derramar por los ojos
sus apenados corazones.

Era de admirar ver niños, viejos, hombres, mu-
jeres, y de todos estados cortejar el coche de la hu-
milde religiosa, significando cada uno por su dis-
tinto estilo, un mismo sentimiento. Y de verdad lo
pudieran formar grande, pues se les iba quien tan
universalmente a todos beneficiaba.

Ya distanciados de la villa, a ruegos del pueblo
que a voces lo pedía y por mandato del Provincial,
hincada de rodillas, hubo de echarles la bendición
dejando para siempre a Valera poseída de inmensa
pena por pérdida tan irreparable.

Caminos gloriosos

Este viaje de Valera a Villanueva recuérdanos,
por lo glorioso y triunfal, el que treinta y seis años
antes caminó en compañía de Santa Teresa desde
Malagón a La Jara, a diferencia, que, en aquél la
principal protagonista era la Sta. Madre, en éste

la V. Hija. Y si aquel primer viaje dijimos que fué el más glorioso de cuantos anduvo la Santa Andariega, hemos de confesar, sin miedo a ser desmentidos, que todavía le superó este segundo.

Homenaje a la santidad

Sin preceder otro cuidado ni aviso, fué cosa maravillosa, dicen las relaciones, y aún sobrenatural la conmoción que en la gente había hecho su fama. «Dejaban los labradores sus alquerías, los vecinos sus casas por salir a los caminos. Aquellos hallándose indignos de merecerla, se contentaban con que a sus tierra y ganados echase su bendición; estos, deseosos de hospedarla, volvían la devoción en porfía, por detenerla más tiempo; y en dos pueblos salió la clerecía en procesión con su cruz alta a recibirla, como persona pública y de insigne santidad, porque como a tal la veneraban» (1).

Unas horas de felicidad

Venía la V. Madre con deseos de visitar de nuevo a N. Sra. de Cañabate, como en la ida había hecho; y llegando cerca de este pueblo, salióla a recibir ingente multitud de vecinos, los cuales deseosos de que la ilustre viajera entrase en el lugar, la pretendieron engañar, diciéndola que la imagen de Ntra. Señora no estaba en la ermita, sino en la parroquia, a donde la habían traído con motivo de unas solemnes rogativas. No les sirvió la estratagema; porque ni la bendita Madre lo creyó, ni la Virgen permitió que fuese engañada, con que pudo visitar felizmente la casa de la Virgen. Llegó a ella, Domingo de Ramos, 19 de marzo, a las siete de la mañana. Aquí derramó ante su tierna Madre todo el corazón, vertiendo por los ojos dulces lágrimas de puro gozo. Confesó, oyó la misa del P. Angel y comulgó.

(1) Crónicas de la Ref. del Carmen. Tomo 4.° L. 16, cap. 44.

Por una ilustre huespeda

Cuando salió la V. Madre de la ermita era ya tanta la gente que había concurrido, como rara vez se viera en aquel sitio. Todos la aclamaban por santa y pedían de rodillas su bendición. Llegaron aquel mismo día a Tébar y todo lo más principal competía por tener el honor de hospedar a la Venerable huéspeda. Cúpole en suerte al alcalde de Hijosdalgo esta gracia. ¿Pero qué no hará el espíritu religioso de un pueblo enardecido? Aquella misma noche escondió la multitud los arreos del coche para que no pudiese salir a la mañana, y gozar por más tiempo de tan santa compañía; mas poniéndolo en razón algunos caballeros principales, continuaron nuestros ilustres viajeros al día siguiente su camino de Villanueva.

Un atraco religioso

Su entrada en la villa fué un desbordamiento de los jareños para con su antigua hienhechora, rayano en frenesí. En vano nuestros viajeros, previendo el suceso, buscaron los caminos más excusados y la hora más intempestiva del medio día para sorprender a los del pueblo. La devoción pudo más que su discurso, porque todos estaban en vela y los caminos prevenidos de espías para avisar a los demás.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Buen trecho antes de llegar a poblado, vióse el coche cercado de inmensa multitud de personas que deseosas de ver al ídolo de su devoción, recibir su bendición y hacerse con alguna reliquia suya, llevadas de su gran fervor y sin poderlo remediar los religiosos, caballeros y autoridades que la acompañaban, arremetieron al coche, detuvieron las mulas, corrieron las cortinas y todo lo atropellaron por llegar a su presencia. Imposibilitado el tránsito, hubieron de sacar a la Madre del vehículo, y defendida de los religiosos y justicia, caminaron hacia el convento; pero vano intento, sin aprovechar su resistencia le cortaron tanto la capa, velos y toca, que se los quitaron todos, y fué menester que un religioso echase su escapulario en la cabeza, el cual como presumieron que era de la V. Madre, corrió la misma fortuna que las demás prendas, saliendo hasta el dicho religioso, con un dedo herido de un tijeretazo.

En fin, llegados a duras penas al convento de Santa Ana, entróse la V. Madre en la clausura, confusa y avergonzada viéndose entre tanta aclamación, y diciendo con el Profeta: A solo Dios sea la honra y gloria, a mí la confusión de mi rostro (Bar. cap. I. v. 15).

Primer ensayo de la abogada de Villanueva

Como en la primera entrada quiso también el cielo asociarse al común regocijo con un notable beneficio. Habiendo en esta ocasión tanta falta de agua, que perecían los campos, hacíanse rogativas para enternecer el cielo, pero nada fué poderoso a ablandar su ceño; porque libraba Dios el remedio en la eficacia de las oraciones de la V. Madre. Entiéndelo así el pueblo y acude al convento para que la Sierva de Dios interponga su valimiento. Ofrécelo la caritativa Madre y puesta en oración delante de un cuadro de Cristo con la Cruz a cuestas, que en el coro tenían, pídele con lágrimas y con la confianza de esposa que se apiade del mísero pueblo. Y llegando más allá su confianza suplícale que les dé la benéfica lluvia, pero con mucho ruido de truenos, para que más se alentase la gente. El imperio de esta oración fué tan rápido y eficaz que antes de que abandonase el coro ya vió satisfecho su ruego. Anublóse rápidamente el cielo y fueron tantos los truenos, y tan copioso el aguacero, que toda la tierra se remedió, quedando todos con gran consuelo.

Lo que vale un buen gobierno

Por fin, volvían aquellas religiosas de Villanueva a gozar, después de diez y seis años de ausencia, de la grata presencia y tan apetecida posesión de la V. Madre. El recibimiento que le depararon fué, como puede presumirse de hijas tan fieles, efusivo y tierno. Tomó al día siguiente la posesión del oficio, y desde luego comenzó a informarse del estado material y espiritual del convento.

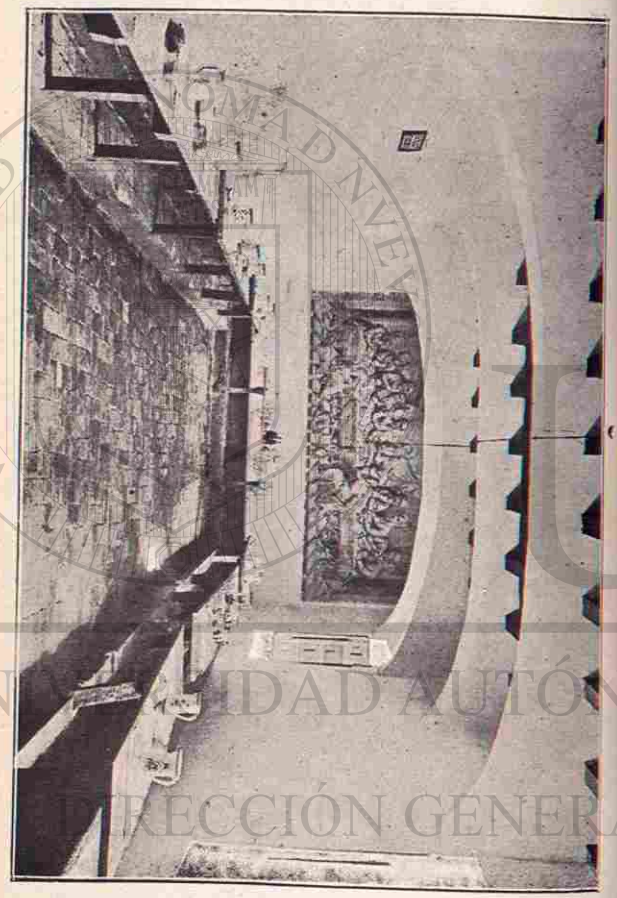
Hallólo en lo religioso muy aventajado, mas en lo temporal tan perdido por la premura de los años y diferencia de gobiernos, que le lastimó el corazón el ver lo que sus hijas habían padecido y padecían. Visitó las oficinas y todas las halló con gran menoscabo. Sin alhajas la sacristía, sin vestuario la ropería, la enfermería sin regalos, y sin previsión la despensa. A todas proveyó con liberal mano; y hasta en la pobre comida (que, siendo ya de sí de tan mala calidad, habíales hecho cercenar la nece-

sidad) manda se dé doblada ración. Por ahorrar el gasto pagando a personas seglares, habían las prioras antecedentes cargado sobre las pobres súbditas con perjuicio del espíritu, el trabajo de cultivar la huerta y amasar en el convento. Moderó tanto trabajo y díjoles con este motivo: «Miren, mis hijas, lo primero y principal ha de ser acudir a Dios y a las obligaciones del estado, que si esto hacemos, yo les doy palabra de parte de su Majestad, que no nos falte nada, y lo que les parece que ganan y ahorran, es gran pérdida: y siendo el Señor tan fiel, por donde menos pensaremos nos lo enviará doblado, pues dejamos todo por su amor y por atender mejor a su servicio». Aliviado con estas determinaciones el convento, y alentadas las religiosas con el ejemplo y doctrina de su V. Priora, puso ésta el cuidado en acabar algunas piezas de comunidad y cavar un aljibe para el agua, de la que había mucha necesidad en el pueblo. Y tanto en esta obra, como en cuantas emprendió, experimentó el favor del cielo de su antiguo Provisor y amado Niño Jesús. Con asistencia tan continua y tan visible protección de lo alto, huelga decir que salió siempre airosa en la delicada tarea de gobernar a tantas religiosas y dirigir sus almas por el camino de la virtud, sin dejar de encaminar la propia con fervor siempre creciente a más perfección.

Fin de sus priorATOS

Llegó con esto el año de 1619, y con él, el fin de sus gobiernos, no obstante brindarle una vez más con sus votos todas las religiosas; pues la V. Madre cargada ya de años (tenía 64) y cansada de tanto trajinar, había alcanzado del Señor la dejase ya

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Refectorio del convento de Villanueva, construído por la V. Madre

descansar de los oficios, para vacar a solo Dios. Así sucedió, no sin antes haberlo profetizado a cierta religiosa que le preguntó por qué su Reverencia no quería ser elegida, pues todas le daban voto. «Yo no he de ser (le contestó) ya más Priora; esto ha convenido así, y en acabando este trienio lo será V. C. y Dios le dará fuerzas para cuidar de esta casa». Esto era casi imposible, así por faltarle la salud a la dicha religiosa, como porque, estando dividida la comunidad ninguna de las partes se le inclinaba; pero el Señor, de manera las unió, que sin pensar, la eligieron en cumplimiento de lo que había dicho su Sierva. Tuvo lugar esta elección el día 11 de diciembre del dicho año.

Descanso apetecido

Con esto quedó la Sierva de Dios contentísima por hallarse en estado de simple monja, y disponer de más tiempo para cuidar y disponer su alma para el último trance, cuyo afortunado desenlace es ciertamente la única ciencia digna de toda nuestra atención.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XI

EL OCASO DE LA VIDA
(1619 - 1623)

Dos años de tregua

Los dos primeros años que se siguieron a la dimisión del oficio, fueron para la V. Ana por demás dichosos y gloriosísimos. Libre de las ocupaciones, que, si no divertían la voluntad, hurtábanle el tiempo, gustaba retirarse a lugares ocultos para vacar con más sosiego a la oración, en donde recibía tantas luces y mercedes, que excedían toda ponderación.

La robadora de corazones

Creía la humilde Virgen, que podría sin el oficio, huir por completo del trabajo de las criaturas. Mucho la engañaban sus deseos, porque ni las religiosas sabían apartarse de su celda por el amor que le profesaban, ni del torno los enfermos y necesitados, por la estimación que en la villa le habían granjeado sus frecuentes milagros, ahora tan numerosos, que excedían al número de los días los que en estos últimos años obró dentro de la Religión.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ansias de padecer

Mucho sentía la V. Virgen semejantes aclamaciones y verse con ellas más apartada de el camino de la tribulación por donde suele Dios llevar a sus amigos. Considerándose ya en los últimos años, y como humilde, que le faltaban muchos esmaltes que engarzar en su corona, lejos de contentarse con pedir a su Divina Majestad que trocase en penas sus favores rogó a tres religiosas muy familiares suyas, que por espacio de treinta días rezasen una oración a S. Agustín poniéndole por intercesor para que el Señor la tratase como suya. Concedióselo su Divina Majestad llenándola de dolencias corporales y de escrúpulo el alma.

Flor entre espinas

Mas en medio de tales tribulaciones, persecuciones de criaturas, desamparos de su interior y otras penalidades que luego se dirán, con que Dios acrisolaba a su esposa muy regalada, complacíase en entremezclarle a intervalos en la oración algunas dulzuras que le hiciesen olvidar por breves momentos los pasados tormentos del crisol en que la ejercitaba.

Nuevas pruebas

Empero no fué ésta la mayor de las pruebas. Nuevos golpes amenazaron el corazón de la V. Madre, nuevos ejercicios se aparejaron a su obediencia y humildad. Quizá el mayor se lo ocasionó, sin pretenderlo, su Provincial Fr. Angel de Jesús María, a quien mucho amaba.

No reparando este buen Padre en que la santidad, como las violetas, tanto brilla cuanto más se la oculta bajo el humilde sombraje de la soledad, intentó sacarla de su retiro de Villanueva, en donde tan bien vista era, para que luciese sus primores y talento en el priorato de Madrid.

Esto, como se ve, no pudo menos de producir en el corazón de la humilde Ana una impresión tanto más dolorosa, cuanto enemiga era de las dignidades y bien avenida con el sosiego de una vida oculta, con la que habíase ilusionado. Como obediente no se excusó. Acudió al cielo y, para que lo estorbase, con dolorido llanto, capaz de estremecer a las piedras, formuló ante su Dios sentida y razonada queja, a la que no pudo mostrarse indiferente este piadoso Señor.

Por contradecir la voluntad de Dios

Lo estorbó en efecto, y por cierto muy rigurosamente. Hallábase a esta sazón el Provincial en Loeches celebrando la visita en las monjas, y de súbito fué atacado de fuerte aplopegía que le derribó en cama. Ana lo supo y al instante acudió a la oración rogando fervorosamente por su salud, y ofreciendo hasta su propia vida por librarle de la muerte. Todo fué inútil y a 18 de diciembre de 1622, dió aquel religioso el alma a su Criador, dejando a todos admirados del modo extraordinario como Dios impidió la realización de su celoso intento.

Estragos de la emulacion

Sucedióle en el cargo el R. P. Alonso de los Angeles, quen, viniendo al poco tiempo a hacer la vi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sita a Villanueva, hubo con esta ocasión de engarzar otra nueva preciosa margarita en la corona de Ana, aunque por distinto camino que el anterior prelado.

No hay herida que más cauterice y abata el alma, como la causada por la emulación y maledicencia de los propios hermanos o de los hombres de virtud. Por desgracia se hallan aún en el claustro, algunos de esos espíritus quisquillosos que, si bien no siempre intencionadamente, sirven de instrumento a la Providencia para labrar con sus frecuentes rozamientos el alma de cuantos les rodean. No quiso el Señor que dentro de su casa le faltase a la V. Ana este ejercicio. Así, pues, movió a dos religiosas mal avenidas con su gobierno y virtud, que, con buena intención a su parecer, acusasen a la Sierva de Dios en la visita de algunas naderías. que a sus ojos escabroseaba la pasión. Quiso Dios para ejercicio de su esposa, que formase el Provincial dictamen opuesto a ella, y así en el capítulo de la visita la mortificó harto y dijo palabras de mucha aspereza, sobrellevándolo ella con indescriptible alegría y paciencia por Cristo.

Purgacion del espiritu

Mas todas estas contradicciones de las criaturas eran pura nada en comparación de las aflicciones de espíritu y desamparo de Dios con que a tiempos era angustiada, retirándose el Señor y dejándola en tal obscuridad, que juntamente sentía el alma rodeada de tinieblas, las potencias de confusión, dormidas las virtudes, las misericordias antiguas olvidadas y sólo presentes sus imperfecciones.

Afligíase y lloraba, buscando por todas partes al Amado de su alma; mas Este, dejándola padecer a solas, hacíase el olvidadizo. Ni en la oración, ni en los sacramentos hallaba como otras veces luz y consuelo. Y juntándose a este desamparo, el que hallaba en las criaturas y las baterías que los demonios añadían, que hicieran sucumbir a cualquiera de virtud menos probada, andaba desconcertada.

Heroico comportamiento

Empero, ¿cómo pensáis se había en tal aprieto? ¿Buscaría el solaz en las criaturas?

No por cierto: «Como me había visto (nos dice la propia Madre) asida a la Cruz de Cristo Ntro. Señor, no osaba buscar consuelo en las criaturas, pareciéndome le buscaba en el padecer; y así procuraba llevarlo con el mayor silencio y paciencia que podía». Los frutos que su alma adquirió con esta purgación fueron opimos, sus virtudes se acrecentaron, su corona brilló con nuevas margaritas, su gloria con nuevos resplandores, su alma con la eterna posesión del amado. «Entiendo me ha hecho nuestro Señor merced (continúa) de dármela (la paciencia), no saliendo con pérdida de la ocasión, sino conforme con su voluntad santísima, aunque el padecer durara para toda la vida». Y sí duró, ciertamente, aunque no la dejaba el buen Dios padecer sin consuelo, pues de cuando en cuando corría el negro crespón que le celaba a sus ojos descubriéndose amoroso y apacible a su esposa, y devolviéndole la luz a su entenebrecida inteligencia, y a su corazón la alegría.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Un parentesis

Finalmente, aunque por la conexión de las materias y acciones que en el decurso de esta historia se han tocado, han ido entretegidas todas las virtudes heroicas de nuestra biografiada, confieso que de intento no me he detenido en ponderarlas, con el fin de tratarlas más en particular en su lugar oportuno. Así que después de haber recorrido con harta rapidez el largo período de la vida de Ana de S. Agustín, después de haber mirado sus heroicas prendas de santidad, mercedes y maravillosas acciones, juzgo preciso tratar más en particular y por separado las virtudes, sobremanera excelentes que adornaron su alma e hiciéronla merecedora de tantas mercedes como de Dios recibía. Suspendo, pues, el hilo de la cronología con el paréntesis de algunos capítulos, que serán un breve compendio de las virtudes más sobresalientes de la V. Madre.

CAPITULO XII

FE HEROICA, ESPERANZA INQUEBRANTABLE Y CARIDAD SUBLIME DE LA VENERABLE

La fe fundamento de la vida cristiana

La fe es, en expresión del Apóstol, como substancia y raíz de la vida cristiana y fundamento del edificio espiritual. Cual sea de viva y fecundante la raíz, medrará el árbol, crecerán en él los ramos, retoñarán hermosas las flores, sazonarán los dorados frutos. Así en la vida del espíritu, languidecen todas las demostraciones, si no estriban en la fe y se alimentan de su savia sobrenatural.

Su fe cuando niña

En la V. Ana brilló tan intensamente esta virtud, que, creciendo en su intensidad desde que madrugó en ella el uso de la razón, llegó al día claro de visión beatífica, que hoy felicísimamente goza. Desde pequeñita aprendió con extraordinaria precocidad la doctrina, y era de ver la profundidad con que en tan tierna edad hablaba de los misterios de nuestra santa fe, e instruía a los demás, en particular a los pobres que a su casa iban, dándoles, an-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Un parentesis

Finalmente, aunque por la conexión de las materias y acciones que en el decurso de esta historia se han tocado, han ido entretegidas todas las virtudes heroicas de nuestra biografiada, confieso que de intento no me he detenido en ponderarlas, con el fin de tratarlas más en particular en su lugar oportuno. Así que después de haber recorrido con harta rapidez el largo período de la vida de Ana de S. Agustín, después de haber mirado sus heroicas prendas de santidad, mercedes y maravillosas acciones, juzgo preciso tratar más en particular y por separado las virtudes, sobremanera excelentes que adornaron su alma e hiciéronla merecedora de tantas mercedes como de Dios recibía. Suspendo, pues, el hilo de la cronología con el paréntesis de algunos capítulos, que serán un breve compendio de las virtudes más sobresalientes de la V. Madre.

CAPITULO XII

FE HEROICA, ESPERANZA INQUEBRANTABLE Y CARIDAD SUBLIME DE LA VENERABLE

La fe fundamento de la vida cristiana

La fe es, en expresión del Apóstol, como substancia y raíz de la vida cristiana y fundamento del edificio espiritual. Cual sea de viva y fecundante la raíz, medrará el árbol, crecerán en él los ramos, retoñarán hermosas las flores, sazonarán los dorados frutos. Así en la vida del espíritu, languidecen todas las demostraciones, si no estriban en la fe y se alimentan de su savia sobrenatural.

Su fe cuando niña

En la V. Ana brilló tan intensamente esta virtud, que, creciendo en su intensidad desde que madrugó en ella el uso de la razón, llegó al día claro de visión beatífica, que hoy felicísimamente goza. Desde pequeñita aprendió con extraordinaria precocidad la doctrina, y era de ver la profundidad con que en tan tierna edad hablaba de los misterios de nuestra santa fe, e instruía a los demás, en particular a los pobres que a su casa iban, dándoles, an-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tes de la limosna material, el pan de la palabra de Dios.

La fe de prelada

Ya después de religiosa, durante los años que fué Maestra de novicias y prelada, era su principal cuidado implantar en el corazón de sus hijas esta virtud teologal. Su eficacia en desvanecer las tentaciones que los demás padecían contra la fe, fué tal, que a una religiosa gravemente atacada de escrúpulos y tentaciones con esta virtud, bastóle para librarse de ellos, hacer propósitos de acudir a la Venerable Madre.

Exquisiteces de una fe ardorosa

Por esta razón profesaba respeto sumo a las cosas sagradas, procurando, ya siendo sacristana, ya prelada, estuviesen limpios, aseados y olorosos los ornamentos sagrados, no sufriendo el más ligero desorden en las cosas pertenecientes al culto de Dios. En el coro especialmente singularizaba este cuidado y atención; no permitía, por respeto a la Majestad que lo habita, se quitasen en él los mantos sus religiosas, que hiciesen ruido, ni escupiesen en él. La mayor parte del tiempo que estaba en el coro lo pasaba de rodillas, aunque estuviese enferma y achacosa, «porque el cuerpo (decía) también está obligado a prestar obediencia y respeto a su Dios, porque él lo ha criado y conserva».

En el oficio divino

Además, su atención en el oficio divino era, cual ella misma lo declara por estas palabras: «Aunque no esté buena y esté cansada, procuro ir siempre

(al oficio) y no me es de trabajo sino de mucho gusto, que le tengo bien grande, desde que soy monja, en asistir al oficio divino, y muy en particular a maitines, que nos dura más el estar alabando a nuestro Señor, y me ha hecho su Majestad merced de quitarme tanto el pensamiento y de darme tanta atención, que, si estando rezando se me ofrecen algunos pensamientos, no puedo decir que no puedo, ni acierto a estar rezando y pensando en otra cosa».

Un testimonio en favor de la confesión

Otra natural consecuencia de su excelente fe, era el respeto y veneración que profesaba a los sacerdotes, confesores y superiores, en todos los cuales reverenciaba al mismo Dios. Particularmente cuenta la propia Madre de cierta ocasión en que al ir a confesarse, «le dió el Señor a entender interiormente, que en su lugar estaban los sacerdotes, a los cuales había dado potestad para absolver en su nombre, y que era como si su Majestad propio lo hiciera. Desde esta vez se aumentó la fe y estimación de este sacramento y del poder de los confesores, y siempre que voy a confesar me parece claramente voy a los pies de Cristo, y hago actos muy vehementes de fe, que su Majestad me pone fija en el alma; la cual en este sacramento se siente muy favorecida de su Redentor, haciéndome muchas mercedes, lavando y refrigerando mi alma en su propia sangre».

Santificar las fiestas

Con igual viveza y fervor procuraba celebrar las

festividades que nuestra Madre la Iglesia solemniza en el decurso del año.

En el misterio del Nacimiento del Niño Dios era ternísima su devoción. Siempre que llegaba el adviento preparábase cuidadosamente con ejercicios, oraciones y penitencias, a fin de disponerse para mejor recibirlo. Era tan grato al cielo este empleo, que todos los años en este día complacíase el Señor en concederle alguna gracia especial.

Alma eucarística

Pero donde más lució la fe y devoción de esta regalada esposa del Señor fué en el misterio inefable de los altares. ¿Y puede darse, por ventura, una sola alma de adelantada virtud que no sea amante de este misterio de la presencia real de Jesucristo? Nuestra Ana fué un alma esencialmente eucarística. Las principales mercedes que recibió del cielo le fueron comunicadas mediante este Señor Sacramentado, en cuya presencia pasábase, sin sentir, gran parte de las noches, y todos los ratos que podía hurtar a sus ocupaciones.

«Hame hecho merced nuestro Señor (nos confiesa la propia Madre) de darme siempre gran devoción con el Santísimo Sacramento, poniéndome en el alma una fe muy viva, y aumentándomela su Majestad con muchas maravillas».

Esta devoción crecía de punto en las festividades del Santísimo, en las cuales andaba como fuera de sí, loca de amor, y traspirando por sus sentidos el inmenso júbilo que embargaba su alma. Solía decir que cuando comulgaba recibía tanta gracia, que en nada envidiaba a los ángeles del cielo, sino es en la estabilidad de aquéllos, parangonada con la

caducidad de los que vivimos acá. Este era su manjar cotidiano, con el que sustentaba no sólo el alma, si que también el cuerpo, de suerte que el día de comunión no comía otra cosa, ni la había menester con aquel sustento divino.

Spes credentium

Muy hija de la fe y como su legítima y necesaria consecuencia es la esperanza *spes credentium*. Doctrina es esta del Angélico, que llama a la fe engendradora de la esperanza. Campeando, pues, aquella tan vivamente en nuestra V. Ana, difícil nos será ponderar en su debido grado lo firme de esta otra virtud.

Un buen Padre

Bien podía ser combatida de penas interiores, sequedades, tribulaciones, desamparos de Dios y persecución de demonios, su firmísima esperanza jamás desfallecía. «En tales aflicciones (nos dice) sólo me esforzaba pensar que nuestro Señor era Padre de misericordia, y que no dejaría de ampararme, pues era criatura suya».

Esperanzas prácticas

Y así solía decir con plena convicción, «que aunque se viera toda metida en el infierno, y un solo dedo fuera de él, tendría firme esperanza en la misericordia divina». No se tome esto como pura especulación. Una mirada retrospectiva hacia los principios de las fundaciones de Villanueva y Valera, el desamparo y pobreza suma en que se fun-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

daron, el comportamiento de la V. Madre en tales aprietos, serán suficiente a demostrarnos cuán admirablemente lució en la práctica de la hermosa virtud de la esperanza.

La abogada de desesperados

Asimismo fué notable el dominio que le concedió el Señor sobre su contraria, la desesperación. Recuérdese el singular lance que se le ofreció cuando, todavía seglar, libró a un pariente de las garras del demonio que lo tenía puesto en el último aprieto. Siendo ya religiosa fué singular la gracia que poseyó para libertar a propios y extraños de tan temible tentación. A un vecino de Villanueva, a quien traía el demonio desesperado y con intento de ahorcarse, trató la V. Madre, y no sólo le libró de aquella tentación, sino que hubo de sufrir en sí misma los tormentos que le dieron los demonios por haberles arrebatado aquella presa.

La esperanza ablanda la dureza de corazon

A otro hombre a quien traían a ajusticiar por falsificador de moneda, desesperado e impenitente rechazaba todo auxilio espiritual, sin que bastasen las celosas amonestaciones de nuestros religiosos que le asistían. Noticiosa nuestra Venerable Madre del triste suceso tomó muy a pechos salvar aquella alma. Eligió de entre toda la comunidad a tres de las más fervorosas religiosas, y con ellas propuso pasar toda la noche en oración, con ánimo de no levantarse de la presencia de Dios hasta conseguir la deseada gracia. ¿Qué no alcanzará una tan fervorosa y desinteresada súplica? El resultado de ésta

fué satisfactorio, el Señor condescendió, el demonio quedó vencido, y aquel corazón empedernido, anegado en doloroso llanto y rendido a la gracia. A la mañana siguiente pidió confesión, y, purificada su alma, aceptó resignado la muerte y dió su espíritu a Dios, con prendas seguras de su eterna predestinación.

No mas desesperados

Finalmente, para declinar la obligación de particularizar más casos citaré las siguientes palabras de la V. Ana: «Otras muchas personas vinieron a mí, que las tenía el demonio muy apretadas con una tentación de desesperarse. Diciéndome la causa de su trabajo, lo puse en manos de nuestro Señor, suplicándole por su piedad y clemencia se doliese del peligro de aquellas almas que le tenían de perderse».

Tuvo ocasión de practicar repetidas veces esta virtud con motivo de una como epidemia de desesperación que hubo en Villanueva; pues así era de frecuente este vicio en las gentes de aquella tierra. Tanto es así que, al morir la V. Madre, atrevióse a pedirle una hija suya esta gracia: «Madre, ya que os vais al cielo a recibir el premio de vuestra ferviente esperanza, alcanzad para esta tierra que nadie desespere». Prometiólo la Sierva de Dios, y fué así, que en muchos años después no se registró otro caso.

Caridad con Dios

Ahora, levantando la pluma de esta consoladora virtud, ocupémosla en la tercera de las teologales, que tan rico campo de exploración nos ofrece.

Tan ardorosa fué la caridad de la V. Ana para con su Dios, que no encuentro palabras suficientemente expresivas para declararlo; porque desde su más tierna infancia hasta que en manos de su Amado despidió su alma, consumida en el divino fuego, fué su corazón un volcán de amor, su alma un perpetuo altar de holocaustos, cuyo fuego avivaba el divino Esposo con la leña de tantos beneficios y favores como en toda su vida le hizo. «Con estos regalos y favores (nos dice) me aficionaba la voluntad y afervorizaba el alma de manera en su amor y deseo de agradecerle y padecer por El, que me fuera gran consuelo ser hecha pedazos por su amor».

Enferma de amor

Prueba de la nobleza de estos sentimientos era la compasión y dolor extremado que sentía en la meditación de la pasión de Cristo. Sus ojos no tenían bastantes lágrimas, ni su corazón bastante ternura para compadecer a su Amado, especialmente en Semana Santa; y así era necesario, para que se desfogase el ardor que consumía y devoraba su pecho, que el Señor, condescendiendo con los deseos de su esposa, le diese a beber del cáliz de su amargura, y la asociase a su Pasión haciéndola sentir sus agonías, sus afrentas, sus azotes, sus espinas y el dolor de sus heridas... Sólo así podía aquella enamorada alma templar y apaciguar los amorosos ímpetus que hacían peligrar su vida. Pero, ¿quién mejor que la propia Madre que experimentó su dulzura, podrá describir los afectos de este divino amor? Dejémosla, pues, que nos lo declare con sus propias

palabras, que, aunque algo larga la cita, dirá ella más en pocas líneas que lo pudiera hacer la pluma en numerosas páginas: «Desde la edad de once años (dice), poco más o menos, he sentido en mi alma unos ímpetus grandes de amor de Dios, los cuales me vienen muchas veces, cuando más descuidada estoy, y algunas con tanta fuerza, que me hacen extremecer, dándome como un dolor muy suave con muchas ansias de Dios, que quisiera deshacerme toda por El. Paréceme, que cuando se quemó Valladolid de aquel fuego tan grande, saltaban algunas centellas que quemaban algunas casas que estaban distantes: así de este fuego inmenso de mi Dios parece que saltan muchas veces unas centellas a lo más íntimo de mi alma, que se siente abrasar con ellas, con un dolor tan suave, que quisiera, si pudiera, abrasarme del todo. Otras veces me crecen estas ansias cuando en la oración me pongo a meditar en el amor inmenso con que Dios ama en sí a sus criaturas, me une tanto consigo con un afecto de amor tan grande, que entre Dios y mi alma no parece hay medio alguno, estando toda absorta en El: de suerte que, si no es morir, no me falta otra cosa, sintiendo en mí, como si estuviera en lo último de la vida, y tengo por imposible el no perderla, si a este punto el mismo Dios no me fortaleciera; y no hay oración que más me gaste el natural, que ésta, por los grandes ímpetus de amor de Dios con que queda. Ofréceme muchas veces la memoria, cuando estoy con estos ímpetus, aquellas palabras de la esposa: *Amore langueo*, estoy enferma de amor. Y las del salmista: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum*, etc. Se me dió una vez a entender la significación de ellas, que es: de la manera que desea el ciervo las fuentes de las

aguas, así desea mi alma a tí, mi Dios. Y me parece que siento en mí esta misma ansiosa sed de mi Dios, y de verme con él, causada de esta centella, o saeta, que la siento en lo más íntimo de mi alma, que quisiera (si fuera El servido) se acabara entonces mi vida, que es lo que me parece que me impide esta junta perfecta, que desea mi alma tener con Dios».

CARIDAD PARA CON LOS PROJIMOS

Todas estas son palabras de esta seráfica Virgen, con las cuales nos revela el amor grande, sublime, inefable que ardía en su pecho para con Dios. Pero si de este pasáramos al que tenía con los prójimos, ¡qué inmensos mares no profundizaríamos!... ¡Qué admirables horizontes no descubriríamos!... El amor no puede estar inactivo, porque su perfección es la caridad, y la caridad es eminentemente comunicativa. El de la V. Madre, reñido cual ningún otro con la inercia, desbordóse en esplendorosas manifestaciones, que tenían por término a los prójimos, imágenes de aquél a quien amaba su alma. Como tanto he dicho hasta aquí de esta virtud, porque su vida fué un continuado ejercicio de estas heroicas acciones, y para no repetirme, abreviaré cuanto me sea posible esta materia. ¿Quién recuerda, sin admiración, aquellas obras de caridad que ya se expusieron, en los primeros años de la V. Ana y de los principios de la fundación de Valera? ¡Cuánto amor! ¡qué caridad tan ardiente para con sus semejantes! Por cada uno de ellos estaba dispuesta a dar la vida, si preciso fuera. A todos atendía; nadie acudía a ella que no saliese socorrido; a los que con obras no podía, acudía con saludables consejos, y cuando no le era posible

por estos dos medios, recurría a negociar en la oración las conveniencias de todos, mereciendo ser siempre atendida.

CELO SANTO

Pero si los daños a remediar eran espirituales, ¡oh!, no tenía medida su amor. Sentía en extremo las ofensas hechas a Dios, y por cuantos medios a su disposición hallaba procurábalos atajar: ¡tanto era su celo por el bien de las almas y el honor de su Esposo!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XIII

OBEDIENCIA CASTIDAD Y POBREZA

Los tres votos religiosos

Tras las virtudes teologales, de las que hemos hablado en las páginas anteriores, y dijimos ser como el fundamento y sostén de la vida cristiana, ocupan lugar preeminente los tres votos, que asimismo son el fundamento de la vida religiosa, y como tres preciadas margaritas engarzadas en la corona de la religión, fulguran con resplandores de gloria, cual abrillantados soles entre las estrellas de las demás virtudes. En todas tres lució sus primores la V. Ana, como vamos a ver brevemente.

La obediencia

Sea en primer término, la que lo es en nobleza, la obediencia en cuyo ejercicio de tal suerte se aventajó, que fué desde su más tierna edad, la regla con que niveló todas sus acciones. La ejercitaba en el siglo con sus padres y confesores, y en la religión con los prelados y hasta con la última religiosa; pero tan rendida y ciega, que desconocía epiqueyas, excusas, distingos y réplicas, caminando a la luz de aquel su repetido axioma: *nunca sucede*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cosa mal, al que obedece. La verdad de lo dicho la veremos comprobada en repetidos casos.

Obediencia ciega

Estando un día en recreo con la comunidad, díjole la M. Priora María de los Mártires, más bien para experimentar su conocida obediencia y humildad que con ánimo de ser obedecida: *Hermana, qué bien que parecería allí dentro*, señalando un gran charco que con la lluvia se había formado en el patio.

Apenas lo oyó cuando, sin dar tiempo a que prelada y religiosas la detuvieran, arrojóse al agua, dejando a todas admiradas de tanta virtud. Más heroica todavía fué otra prueba que, en calidad de tal, le hizo su confesor el P. Gabriel de la Asunción. Pedíale con insistencia la humilde Madre hacer con él una confesión general. Como le era notoria al buen Padre la santidad de su penitente, púsola por condición el que la hiciese primero con la Madre Constanza de la Cruz que había sido Maestra de novicias.

Obedeció tan sin réplica la humilde Virgen, que antes de que nueva orden lo estorbase, lo comenzó a ejecutar sin rebozo ni titubeos, con harta admiración de confesor y maestra, pasmados no menos de la puntual obediencia que de la pureza de aquella alma.

Obediencia remunerada

Gustaba tanto nuestro Señor del rendimiento de su Sierva, que solía premiar con algún favor particular cuando hacía algún acto heroico

de esta virtud. Referiré sólo lo que le acaeció con el mismo P. Gabriel de la Asunción, Prior de la Roda y confesor suyo. En una enfermedad que tuvo la V. Ana, antes de ir a Valera, estaba tan al cabo que todos pensaban que se moría. Entró el dicho Padre a confesarla, y, movido de superior impulso, díjole con animosa fe: «Madre ¿con qué licencia se quiere morir? Yo le mando en obediencia que esté buena y se levante». Fueron tan eficaces estas palabras, que al solo nombre de la obediencia, cobró alientos la enferma, se incorporó y vistiéndose bajó con todos al locutorio, con tan buena disposición, como si nunca hubiera estado enferma. Inverosímiles parecerán estos casos a no pocos espíritus superficiales, pero nada de extraño ofrece para los que con la V. Madre conocemos *los grandes tesoros que tiene Dios encerrados en la virtud de la obediencia, que tanto ama y favorece; lo cual nos muestra con maravillosas misericordias que obra siempre en ella*.

Castidad

Si de la obediencia pasamos a la castidad, ¡gran Dios!, qué de maravillas no admiraremos! ¡Qué de fragancias celestiales no percibiremos! ¡qué de bellezas no contemplaremos!... y, en verdad que causa admiración el que un alma lastrada con las pesadas cadenas de este mísero cuerpo pase con ellas la escena de la vida, no diré sin que le abrume el peso, sino lo que más de admirar es, sin que tan siquiera la inquiete el ruido de los hierros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Feliz ignorancia

Pues nuestra V. Ana pudo gloriarse de este singular privilegio, porque con ser de claro y agudo entendimiento, vivió en esta parte en tan dichosa ignorancia, que ni tentación experimentó contra ella ni sintió en su carne rebelión, por más que procuró el infierno darle a entender, siquiera la existencia de los deleites de la sensualidad. Tal vez en su niñez contribuiría para conservar intacta su inocencia e íntegro su candor, la buena educación de sus cristianos padres, que, como dice la misma Venerable: «me criaban con gran recato y recogimiento que estaba como en clausura».

El voto de virginidad

Ya vimos como de diez a once años, sin duda inspirada por el divino amador de las vírgenes, ofrecióle en perpetuo voto la azucena pura de su virginidad. Por eso, cuando a los trece años intentaron sus padres casarla con un noble caballero, rehusó la oferta, defendiéndose con el voto que tenía hecho.

Eficacia contra la impureza

En medio de tanta pureza, ofrécenos motivo de admiración el sumo recato, la modestia en el porte, en los ojos y en el hablar, que causaba iguales efectos a quienes la trataban. Esta gracia vinculó también Dios a los objetos de su pertenencia, que tenían la virtud de sanar a los que estaban trabajados y tentados del vicio de impureza. En las relaciones leemos innumerables testimonios de personas, así seglares como religiosos, quienes grandemente tentados,

con sólo ponerse algún objeto de la V. Madre, como la correa, el escapulario de dormir, una carta u otra pieza que hubiese estado a su uso, quedaban al instante libres de la tentación. Recordaré sólo para concluir, el caso de aquella mujer moza, enredada en peligrosas relaciones a la cual hablóle la bendita Madre y vistiéndose a sus ruegos un escapulario pequeño que le dió, al punto que se lo puso se extinguió el fuego de la sensualidad en que ardía, y fué en adelante ejemplo de honestidad.

No fué menos admirable lo que experimentó el hermano de María de Cristo, el cual, como mozo y soldado, lejos de sus padres y con pesar de ellos, estaba perdido por los vicios de esta calaña. Mandóle su hermana religiosa un jubón de la V. Madre para que se lo pusiese, y tan pronto como lo hubo realizado, no sólo se le quitó de raíz el arraigado vicio que le tenía dominado, sino que en muchas ocasiones le defendió la vida, cual impenetrable malla contra el acero y las balas enemigas.

Un testigo de mayor cuantía

Finalmente, la incorrupción de su cuerpo después de tres siglos de muerta, luchando contra todos los órdenes de la naturaleza, ¿qué otra cosa es sino un don vinculado por Dios a la materia, para que, burlando sus propias leyes de descomposición, pregone a voces la integridad de su pureza?

La pobreza evangelica

Sólo falta que digamos algo acerca de la tercera virtud monástica, la evangélica pobreza, en cuya

práctica no se hubo menos alentada que en las dos anteriores.

Puesta en imitar en todo al divino modelo, y en no admitir otro amor que el suyo, vivió desasida de todo lo creado y en aquella perfecta desnudez de espíritu, que la introdujo al trato con Dios. Así pudo decir con verdad a una religiosa de su confianza: «Mi hija, a ella bien se le puede decir, y sea para gloria de mi Señor, el cual me hizo tantas mercedes desde niña, dándome que gustase de sólo amarle; siempre me he conocido así con este desasimiento y no querer más que a Dios; y si fuera de esto tengo alguna cosa, me cansa mucho y me embaraza».

Desprendimiento

Con el fin de entregarse con más generosidad al amor de su Dios renunció a todas las riquezas y esperanzas que el mundo le ofrecía, diciendo como aquel filósofo pagano, Crates de Tebas, que vendiendo sus bienes arrojó su precio al mar: «Fuera, deseos insensatos, os lanzo al abismo, temeroso de que no me lancéis vosotros».

Comprobaciones

Ya en religión se abrazó tan estrechamente con la santa pobreza, que con ser muy limpia de suyo y aseada no admitía a su uso objetos curiosos de algún valor, aun en las cosas de piedad, porque con título de devoción no se le pegase el afecto a ellas.

Nunca quería vestirse hábito o capa nueva, y si acertaba a ver un hábito más roto y remendado que el suyo, procuraba enseguida cambiarlo, va-

liéndose para ello de su autoridad de prelada, puesto que lo fué tantos años.

Si por estar enferma, algunas personas devotas suyas le mandaban alguna cosa de regalo, o no lo admitía, o lo daba a otras religiosas más necesitadas, *porque no decían bien* (pensaba) *en una pobre aquellos regalos*. Sólo admitió para sí la limosna de un panecillo diario que por algún tiempo le estuvo mandando la hermana del cura de la villa, doña Agustina de Hervias. Estando en la enfermedad de que murió, sintió con notable extremo le hubiesen comprado una gallina para dársela. «Es cosa indigna (decía) que se haga conmigo ningún gasto particular». ¡Digna sentencia de una discípula aventajada del Místico Cantor de las *nadas*, San Juan de la Cruz!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XIV

ORACION, PROFECIA Y DISCRECION DE ESPIRITUS

Poder de la oración

Es la oración como la respiración del alma, según se ha dicho en frase gráfica.

En consecuencia, cual sea de frecuente y subido este medio ambiente en que toda alma espiritual vive sumergida, así será de robusta y enriquecida con el preciado tesoro de las virtudes. Pues bien; ¿cuál no sería la oración de nuestra V. Ana, si, como acabamos de ver con harta brevedad, eran tales las virtudes que adornaban su privilegiada alma? Yo no encuentro palabras suficientemente expresivas para ponderar los sublimes ascensos de aquel espíritu, más celeste que humano, porque vivía continuamente anegada en el piélago de las bondades divinas. En este fanal divino, en este remanso de aguas vivas, aprovisionaba su cuerpo de fortaleza, de calor su corazón, de luz su inteligencia. Este era el troquel donde modelaba sus virtudes, la fragua donde templaba las pasiones. Allí era confirmada la fe, robustecida la esperanza, la caridad abrasada en nuevos ardores, la obediencia confortada, coronada de lauros la pobreza, la cas-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tidad enjoyada con nuevos brillos, la humildad exaltada y, en fin, premiada la penitencia.

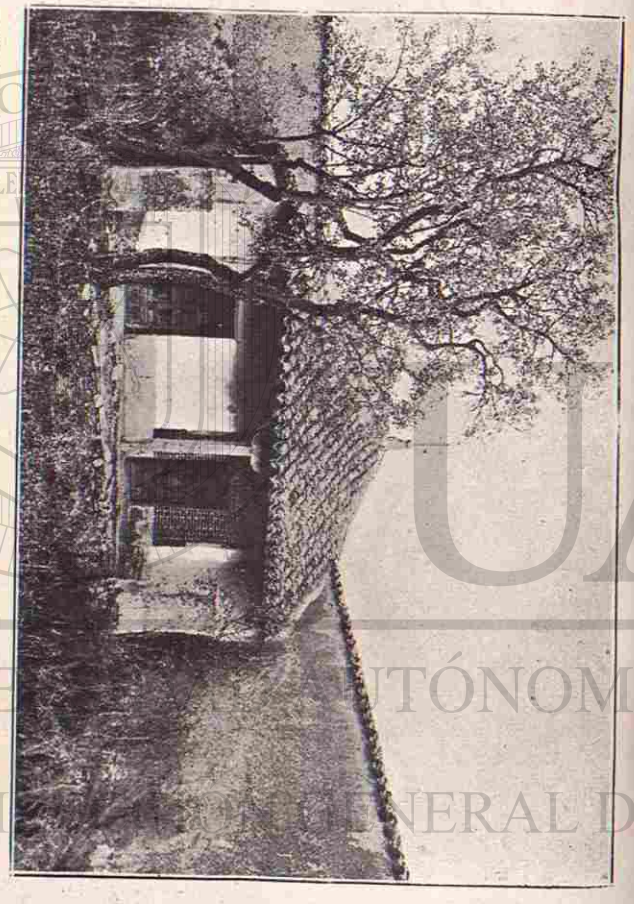
Primeros ensayos

Tales son los efectos inmediatos de este continuado y fervoroso lazo de unión entre Ana y su Dios. ¿Cuáles fueron sus comienzos? Temo arriesgarme en señalar sus límites en intensidad y tiempo, porque su vida puede decirse, fué una continuada oración, y oración la más subida. Ya dejamos escrito cómo de edad de seis a siete años, comenzó a ejercitarla, teniendo por Maestro de espíritu al mismo Señor. Pero mejor será oírselo de nuevo a la bendita Madre, repitiendo las palabras que ya cité en el capítulo primero. «Desde este tiempo (dice) que sería de seis a siete años, poco más o menos, tuvo por bien este Señor tan misericordioso, de alumbrarme, poniendo en mi alma grandes deseos de servirle.

Gustaba mucho de recogerme a tener oración en los lugares más secretos, donde no fuese vista, (que siempre he tenido pena de que me vean, o entiendan que hay en mí alguna virtud, como de verdad no la hay; y, si hay algo, todo es de Dios) y a esa causa me aprovechaba más en particular de las noches, y gastaba en este ejercicio gran parte de ellas, y muchas noches se me pasaban todas en oración, siendo este Señor mío mi Maestro que me enseñaba.

Unas veces consideraba a Cristo nuestro Señor en su niñez, otras en algún paso de su pasión, otras, saliéndome a un terrado en las casas donde vivían mis padres, me ponía a mirar el cielo, y sentía mi alma muchas ansias de Dios y deseos de servirle,

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Devota ermita de Santa Ana, construída por la V. Madre, situada en un ángulo de la huerta, en donde se conserva la imagen de Santa Ana *la vieja*, y a donde se retiraba la Venerable a tomar disciplina y hacer oración

quedando absorta y como fuera de mí en estas consideraciones; que aunque siempre he sido ruin y he respondido tan mal a las mercedes que este Señor tan misericordioso me ha hecho, con todo eso, siempre ha sido servido de darme estos deseos y ansias, las cuales, como después diré, me han ido creciendo hasta ahora».

La unión

Desde tan tierna edad plugo al Señor iniciarla en todos los arcanos y grados de la oración, incluso en el más subido, cual es la *unión*; cosa por cierto admirable sobre toda ponderación, y que, a no contar con el veraz testimonio de la misma privilegiada Madre, nos resistiríamos a darle crédito. «Paréceme (continúa) que desde este tiempo fué este Señor servido de darme oración de *unión*, quedando mi alma y sus potencias todas suspensas, sin pensar en otra cosa; y esta suspensión me suele durar aun fuera de la oración, por mucho tiempo, cuando ha sido Dios servido de que se me haya hecho en ella alguna merced particular, causando en mi alma grande pena de tratar de cosas de por acá; y esta oración de *unión*, ha sido este Señor servido de que vaya en aumento. Aunque entonces (confiesa humilde la Sierva de Dios) no sabía yo qué oración era la que tenía, sino aquel gran amor que sentía en el alma con grande alegría y paz, con la cual estaba siempre comunicándole y tratándole como un gran amigo».

Fervores de novicia

Bien dice que le iba esta oración siempre en au-

mento, aún estando en el mundo; pero en tomando el hábito creció de punto y en toda su intensidad; y libre de los quehaceres y distraciones forzosas del siglo, «traíame su Majestad (dice) absorta en oración, y tan ganosa de estar mucho en ella, que no me satisfacía con los días, y así gozaba de las noches estando muchas enteras en el coro y otras en un corredor».

Este es mi descanso

Este mismo estilo guardó aún en medio de las mayores enfermedades, pues todavía le era la oración de alivio, y como único medio apropiado a su naturaleza.

Así respondió, en cierta ocasión en que estaba muy enferma a su confesor, quien, por medio de la M. Juana Bta. secretaria de la Venerable Madre, le mandó a decir si en medio de los dolores y accidentes de la enfermedad había aflojado algo en la oración, o todavía la continuaba como antes estándose hasta las tres de la mañana, cuando no toda la noche. A lo cual respondió que, por lo mismo, la ejercitaba como si estuviera sana, porque en el tiempo de la enfermedad es más necesario este ejercicio, para que suavice el trabajo y dé fuerzas al alma para tolerarlo.

No hay paz sin guerra

Pero muy equivocados andarían quienes imaginasen que en la vida de Ana todo fueron regalos y mercedes celestiales. La paz no se adquiere sino por los trabajos de la guerra. Nos lo dice el conocido aforismo: *Si vis pacem, para bellum.*

También Ana hubo de sufrir sequedades en la oración, arideces de espíritu, desamparos de Dios, persecución de criaturas, maltratamientos de demonios y, en fin, todo género de purgaciones. Mas siempre firme y leal, como esposa verdadera y fiel, nada era capaz de separarla del amor de Cristo.

Poder para con Dios de su oración

Tan estrecha unión con Dios, junto a una intensa caridad y viva fe, no podía estar inactiva. Las almas grandes desconocen egoísmos. Y así aprovechábase la bendita Madre del valimiento de su oración para favorecer al prójimo necesitado. Ni la enfermedad, ni la muerte tenían jurisdicción en quienes la Venerable tomaba bajo su protección. A las Madres Elvira de S. Angelo, Lucía de Sta. Ana, Antonia de Jesús y otras muchas que estaban ya batallando con la muerte, alcanzó del Señor con fervorosas súplicas, revocase la sentencia que tenía dada.

Profecía

Uno de los dones más sobresalientes de que estuvo adornada fué el de profecía y discreción de espíritus, cuya luz sobrenatural recibía en la oración, y ella utilizaba en beneficio de religiosas y seglares, en cuyos pensamientos más ocultos e inclinaciones menos patentes penetraba, como también los acontecimientos futuros, de solo Dios conocidos y de aquellos a quienes tiene a bien comunicar tan singular prerrogativa. Referiré sólo, abreviando, dos casos, para no alargar en demasía este capítulo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dos casos

Apretada una religiosa novicia, de unos escrúpulos quiso comunicarlos con la V. Prelada. Por tres veces fué a su celda con este intento y otras tantas se volvió sin decir nada de ello, detenida de empacho. Conociólo la Sierva de Dios y díjole al fin: «Tres veces la he visto entrar en nuestra celda y por su encogimiento y empacho no me ha querido revelar lo que la trae afligida; pues sepa que esto y esto (diciéndole puntualmente todas sus penas); y para su remedio haga tal cosa, que con ella se hallará muy libre de su trabajo».

Había una ilusa que fingía revelaciones y visiones con tan disimulado enredo que traía engañados a sus confesores y a no pocos doctos que la habían tratado. Mandáronle a la Venerable examinase aquel espíritu, y así lo hizo, desenmascarando la ficción y descalificándolo.

Y no anduvo errada en su dictamen, pues a poco tiempo hallaron ser todo *enredo y locura*.

Nuevos aspectos del don de profecía

Otra de las manifestaciones del don de profecía, y todavía más propia que la discreción de espíritus, es el claro conocimiento de las cosas pasadas, presentes o futuras, que exceden al conocimiento humano. De todas hallamos abundante materia en la Venerable Ana. A muchas personas predijo el día de su muerte, a otras el feliz o adverso resultado de sus intereses.

Andaban las religiosas de Villanueva deseosas de hacer priora a María de Cristo. Consultaroñ a la bendita Madre y ella les contestó: «Mis hijas, no se cansen, que María de Cristo no será priora». Y así sucedió, porque a poco murió sin serlo, aunque muchas veces lo habían intentado. Sobre otra religiosa que lo era, mas con harto descontentamiento de todas, les dijo: «Estén ciertas, que no será más de este trienio prelada». Y no lo fué más, porque a poco tiempo la trasladaron a otro convento.

Andaba una novicia lega muy tentada en su vocación, y porque la echasen del convento nada hacía a derechas. Quisieron despedirla las religiosas, mas la Venerable Madre las apaciguó, diciéndoles: «Déjenla ahora, que lo que tiene es tentación; ella se le quitará y la novicia será de provecho». Sucedió así, porque con sólo hablarle la caritativa Madre se le quitó la tentación, y perseverando fervorosa en la Orden fué en lo sucesivo de grande utilidad para el convento.

Aventuras de un cautivo

Concluyamos este capítulo con un caso no menos admirable.

Embarcándose Francisco de Sepúlveda, hijo de unos nobles caballeros de Villanueva, con rumbo a Flandes, cautiváronlo los moros. Llegó nueva a sus padres de que era muerto, mas la Venerable Madre los consoló diciéndoles: «No es muerto, sino en Argel está. Procuren rescatarle con brevedad». No sin misterio les aconsejó el pronto rescate, porque a poco yendo al remo en una galera de Argel, agitada por un recio temporal naufragó, y con ella él y los demás perecieron. Vino el aviso a sus padres; y la bendita Madre, consolándoles, dijo ser verdad lo que les habían dicho; pero que estuviesen ciertos de que su hijo ya gozaba de Dios,

porque le había cogido la muerte en buen estado con que adoctrinados con la experiencia del primer vaticinio, tuvieron éste por infalible.

CAPITULO XV

EN BUSCA DE OTRAS VIRTUDES

Recopilando virtudes

Hablar en particular de todas las virtudes que adornaron el hermoso cielo del alma de la Sierva de Dios, no es posible. Las principales hemos tocado ya en los capítulos antecedentes. En el presente englobaremos, para concluir, algunas otras virtudes más sobresalientes. No queremos con esto decir que las demás no lo sean o que no fueran ejercitadas en grado heroico por la Venerable Ana, pues, en verdad, no hallamos en cuál se distinguió más porque cada una de por sí parece excedió sobre las otras. Examinaremos algunas.

Penitencia

El amor, que es la base de la santidad, no pudiendo estar ocioso, tiende a unirnos con la cosa amada, aun aniquilando el cuerpo, si necesario fuera, ya que éste nos impide muchas veces realizar los altos ideales del alma. Por eso siempre ha sido la penitencia compañera inseparable de la santidad.

En la Venerable Madre la admiramos desde su niñez, pues en ella lució tan presto el amor de Dios.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Todavía niña gustaba de subir de rodillas las escaleras, diciendo en cada una de ellas: «Hago esto por amor del Niño Dios». Por las noches retirábase a un apartado diván de su casa, en donde las pasaba en su mayor parte de rodillas, después de haber tomado sangrientas disciplinas. Vestía ásperos cilicios, dábase crueles pellizcos en los brazos, en invierno vertía por el cuello jarros de agua fría, con otros géneros de penitencias que el amor, fecundo en invenciones, le sugería. Siendo religiosa, y sobre todo cuando era Maestra de novicias y prelada, como no tenía quien limitase sus fervores, eran tan grandes las penitencias que hacía, que causaban espanto a todas. Disciplinas de acerados alfileres, azotes con pesadas cadenas, recios cordeles y punzantes ortigas, cilicios de cerdas, esparto o penetrantes puntas, abstinencias rigurosas y continuadas, de todo usó sin tasa. Retirábase a una ermita de la huerta para tomar aquellas sangrientas disciplinas que regaban el suelo, y jaspeaban las paredes con la inocente sangre de sus venas. Otras veces valíase de su autoridad de prelada para que otra religiosa la azotase sin compasión. A raíz de la carne llevaba un jubón de cerdas y esparto; en las espaldas y pecho un cilicio de agudas puntas; alrededor de la cintura una cadena de esquinados hierros, tan prieta que los eslabones estaban muy metidos en la carne llagada ya y llena de materias.

Todos estos padecimientos sufría tan calladamente que sólo llegaron a saberse, cuando en una enfermedad hubo necesidad de la asistencia de su enfermera, Juana de San Agustín.

Una de tantas veces fué la dicha enfermera a mullirle el pobre colchoncito, y lo halló lleno de piedras, que la bendita Madre había puesto para

su mortificación. Quitóselas muy a disgusto de la enferma, la cual, no pudiendo hallar descanso sino en la penitencia, volvió a poner otras. En la comida encontraba no menos motivos de mortificación, porque, a más de guardar muchos días, en particular los de comunión, absoluta abstinencia, lo poco que comía condimentaba con ceniza, ajenjo y otras amargas hierbas.

Paciencia

Mas si de todas estas acciones servíase para la mortificación de su cuerpo, no menos admirables fueron los ejemplos de paciencia y sufrimiento en los trabajos corporales y espirituales, bien viniesen de Dios, bien de las criaturas. Las enfermedades, la ingratitud y mortificación de las mismas religiosas, la persecución rabiosa de los demonios y las sequedades de espíritu que particularmente en el último tercio de su vida grandemente la afligieron, todo contribuyó a labrar aquella alma encumbrada siempre sobre los tumultuosos oleajes de la tribulación, y viviendo anegada en la serena paz de aquellas regiones a donde no llegan ni siquiera las espumas de las deshechas tempestades de las pasiones.

Humildad

Pero, sobre todas, campea una virtud sublime: la humildad, piedra angular de la perfección cristiana, hermoso ropaje con que se engalanan las esposas del Cordero. ¡Qué frutos tan sabrosos, qué flores tan delicadas produjo! ¡Cuán hermosamente desplegó sus ramajes, cuán hondas profundó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las raíces este árbol en el abonado corazón de la V. Madre!

Aprendióla de Cristo, a quien tuvo por Maestro desde niña, y así salió de aprovechada, que en su concepto, palabras y obras, cualquier criatura valía a los ojos de Dios más que ella. Así lo creía, y nada la confundía tanto como las alabanzas, ni nada le causaba tanto horror como los cargos y superioridades; por eso fué preciso que el Señor la consolase y animase siempre que fué colocada en algún oficio. No era otro el fruto que de éstos sacaba; pues, aun siendo prelada, no dejaba de bajar a la cocina a guisar la comida de la comunidad y a fregar o limpiar cuando ocurría, como cualquier simple monja. En todos los oficios de mayor humildad hallábase la primera, adelantándose aún a las mismas oficiales. El siguiente caso nos dirá hasta dónde llegaba su humildad y el deseo, jamás saciado, de humillaciones.

Cuando algunas religiosas poco afectas a la Venerable Madre, como antes hemos visto, informaron al Provincial siniestramente en una visita, instábanla otras para que se defendiese, como era razón; a las cuales contestó la humilde virgen: «No quiera Dios que de mis hermanas yo juzgue ni piense que han hecho cosas malas. Su Majestad se lo habrá mandado para bien de mi alma; y no han dicho tanto como hay en mí que castigar y reprender; y yo les agradezco el bien que me quieren, pues tan de veras tratan de purificar mi alma, para que lo esté delante de Dios y de las criaturas». Así con las que de algún modo la mortificaban eran exquisitas sus atenciones y agradecimientos.

Sentía en extremo oír algo que redundase en su honor. En cierta ocasión cortándole una religiosa el cabello, quiso guardar parte de él por reliquia; alcanzólo a ver la V. Madre, y díjole enojada: «Mi hermana, ¿para qué quiere eso? Ande acá». Y tomándola de la mano la llevó a un muladar y le mandó que lo arrojase. Otra vez porque una monja le dijo que esperaba en Dios había de ser una santa y como tal después de su muerte la habían de venerar, respondió: «Bien parece, hija, que no sabe quién yo soy, que si me conociera no dijera eso; y muy bien viene con lo que yo le suplico a nuestro Señor, de que, cuando yo muera, mi cuerpo luego se vuelva polvo y ceniza, para que las criaturas que no me conocen se desengañen».

Mas humildad

Finalmente pongo fin a este capítulo con otro testimonio de la propia Sierva de Dios.

Habían mandado los superiores a las religiosas de Valera, que escribiesen cuanto de bueno supieran de la V. Madre. Casualmente vino a conocimiento de la Sierva de Dios, y usando de su autoridad de prelada, les mandó que trajesen cuanto tenían trabajado, y echándolo en el fuego les dijo: «Mis hermanas, si quieren escribir mis faltas y defectos, yo les doy licencia, y a las que no supiesen mis pecados yo se los diré, para que los manifiesten a todo el mundo y me conozca.

Lo demás, crean, no lo aciertan, y viven engañadas; y crean que si yo fuera buena, hubiera alcanzado de nuestro Señor que les abriera los ojos para que conociesen esta verdad, y espero en su bondad que algún día lo ha de hacer».

CAPITULO XVI

LA MUERTE DE UNA SANTA

(1623 - 1624)

EL ULTIMO TOQUE A LA PURGACION

La obligación de referir algunos de los dones y principales virtudes que campearon en la V. Ana nos ha distraído algún tanto de la cronología de los años, y así es forzoso volvamos a reanudar el interrumpido hilo de esta portentosa vida. La dejamos en el año 1623, envuelta su alma en las lobregueces de la más rigurosa purgación del espíritu, y su cuerpo abatido por avieso tropel de tormentos, ocasionados principalmente por extraña enfermedad, tan recia como prolija, y que sólo su bien templada paciencia los pudo soportar. Clamaban sus desconsoladas hijas al cielo, para que aflojase los cordeles de su rigor y les conservase vida tan preciosa; mas la Sierva de Dios decíales: «no, mis hijas; si me quieren hacer algún bien, pídanle a nuestro Señor que me dé mucha paciencia y conformidad con su santísima voluntad, y fortaleza para padecer, y que Su Majestad, en lo poco que me queda, envíe lo que fuere servido». Continuaban no obstante en su empeño las tristes religiosas y también una virtuosa mujer de la villa, Ana Parda, gran amiga, devota y admiradora de la V. Madre, la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cual, como rogase a Sta. Teresa por la salud de su V. hija, la Santa le respondió: «Eso no puede ser, pues Dios va disponiendo aprisa a mi hija Ana de S. Agustín, porque la desean tener en su compañía los cortesanos del cielo».

Primeros sintomas

Así iba disponiéndose para el último y más apretado trance la V. Madre, hasta que el día 8 de diciembre, que era domingo y festividad de la Concepción de nuestra Señora, de quien era muy devota y en cuyo día solía recibir algunos favores, dióle un dolor muy agudo en el costado izquierdo, y reconociendo que era el primer indicio de su muerte, díjole gozosa a su enfermera, Juana de S. Agustín: «Hija, en este lado me ha dado un dolor, y con éste se me acaban todos». A la mañana siguiente, lunes, hizo llamar a su confesor el P. Juan de S. José, quien confesóla generalmente con harta admiración de ver tanta pureza e inocencia.

El viatico de una santa

Luego, contra el sentir de los médicos que afirmaban no ser de peligro aquel mal, pidió con humildad el viático, que hubieron de dárselo por complacerla. ¿Quién será capaz de ponderar la ternura y amor con que recibió por última vez a su Dios Sacramentado, de cuya posesión esperaba gozar en breve por una eternidad? Deshacíase en ardientes actos de amor, con tal humildad, con tantas lágrimas que las sacaba a todas. Enternecía la vista de aquel espectáculo de tanta edificación. Pasó en hacimientos de gracias y ardorosos afectos hasta las doce de la noche, en cuya hora, fijando los ojos en la imagen de un Cristo con la Cruz a cuestas, estuvo 18 horas en una dulce suspensión, aunque cuando era necesario hacerle algún remedio, se recobraba, y luego volvía a quedarse suspensa. Los médicos que vinieron durante la suspensión, no pudieron menos que caer de rodillas, venerando aquel prodigio de santidad. Las grandezas que aquí contempló y los favores que durante este tiempo recibió sólo Su Majestad y ella que los recibió pudieron comprender, aunque algo se pudo rastrear por la alegría que mostró en sus palabras y rostro al despertar. Volvió en sí, martes a las seis de la tarde. Estuvo largo rato platicando con sus hijas, instruyéndolas con prudentes consejos, provechosas advertencias para el empleo del ejercicio de todas las virtudes y conceptos tan divinamente inspirados, que no osaban las religiosas separarse de su cama.

La extremauncion

Habiéndole sobrevenido a eso de las once de la noche un grave accidente, hubo de interrumpir estos actos para recibir el sacramento de la extremaunción, lo cual hizo muy en su acuerdo y con harta devoción que a todos la infundía, contestando con la comunidad a todas las preces de esta tierna ceremonia. Enterado el confesor de la larga suspensión que había tenido, y no dudando que se le habrían comunicado grandes cosas, llegóse a ella, y le suplicó las revelase para servicio de Dios y común edificación. Mas la humilde Madre, con encogimiento y alegre rostro, respondió: «ya no es tiempo de nada de eso, sino de disponerme para la jornada, que me espera y llama a las puertas el Espo-

so», y despidiéndose de todas las religiosas con amor y ternura inefable, entró su alma en las agonías y ansiedades de la muerte.

DIOS MIO ¿POR QUE ME HAS DESAMPARADO?

Habíale pedido en vida repetidas veces a su Majestad la colmase de penas en la hora de la muerte, para más asemejarse a su divino Maestro. Y Dios se lo concedió, porque crecieron tanto los dolores, que, a pesar de su tolerancia, no pudo excusar entendiesen los circunstantes la agonía y la aflicción en que se hallaba: el alma, como rehusando la salida, batallaba con la muerte, y el cuerpo, testigo y partícipe de la lid, trasudaba hasta mojar toda la ropa de la cama. A los dolores generales juntábanse otros no menos vehementes en los pies y manos, como si se los pasaran con gruesos clavos y estuviera crucificada a imitación de Cristo en su muerte, y a la vez en lo interior tanto desamparo de Dios, que pudo con toda exactitud clamar como el Hombre-Dios desde la cruz: *Dios mío ¿por qué me has desamparado?*... Mas no era así, que a su cabecera le asistía el Angel de su guarda, quien, como a Jesús en el Huerto, la confortaba para resistir tan angustioso embate y apurar hasta las heces el cáliz de la tribulación.

ASISTENCIA REGIA

Duróle esta agonía hasta las cuatro de la madrugada del miércoles, en cuya feliz hora vieron algunas religiosas que le asistían, cómo la venían a acompañar Cristo nuestro Bien, su Madre Santísima, S. José, Sta. Teresa y una infinidad de ángeles y bienaventurados (1), con cuya dichosa compañía sosegó su espíritu y disipáronse los dolores, de tal suerte que no pudiendo resistir el corazón de Ana tanto gozo, desplegáronse sus labios en voces de júbilo, y dirigiéndose al P. Confesor y al compañero que (según mandan nuestras Constituciones) entró con él para darle los sacramentos y ayudarla a bien morir, como llamándolos para que viesen aquel anticipado cielo que ya empezaba a gozar, díjoles por tres veces: ¡Padres... Padres... Padres...! Tales fueron sus últimas palabras.

ECLIPSE DEL ALBA HERMOSA DEL CARMELO

Con esto quedó en silencio, recogióse interiormente, encomendó su espíritu dichoso en las manos de su Criador, « y dando el alba del cielo los buenos días al mundo, el Alba hermosa del Carmelo, la fiel Esposa de Jesús, la triunfadora de los demonios, la poderosa en obras y milagros, amaneció a los horizontes de la eternidad, acompañada de su Esposo y de su Corte, y entró en la posesión de su tálamo, anegada en resplandores de gloria».

Fué su dichoso tránsito a 11 de diciembre del año 1624, a las cinco de la mañana, el mismo día y hora en que cumplía cabalmente los 69 de edad, de los cuales gastó en el siglo 21, 4 meses y 22 días, y en la religión los 47, 7 meses y 9 días restantes.

Quedóle el rostro hermoso, los ojos abiertos y

(1) También estuvieron presentes en espíritu y asistieron a su muerte, una religiosa del convento de San Clemente, y así mismo aquella gran amiga de la Venerable Madre, Ana Parda.

vivos, la cabeza derecha y el cuerpo tan tratable que, sentándola y poniéndola en pie, se tenía sin necesitar de otros apoyos.

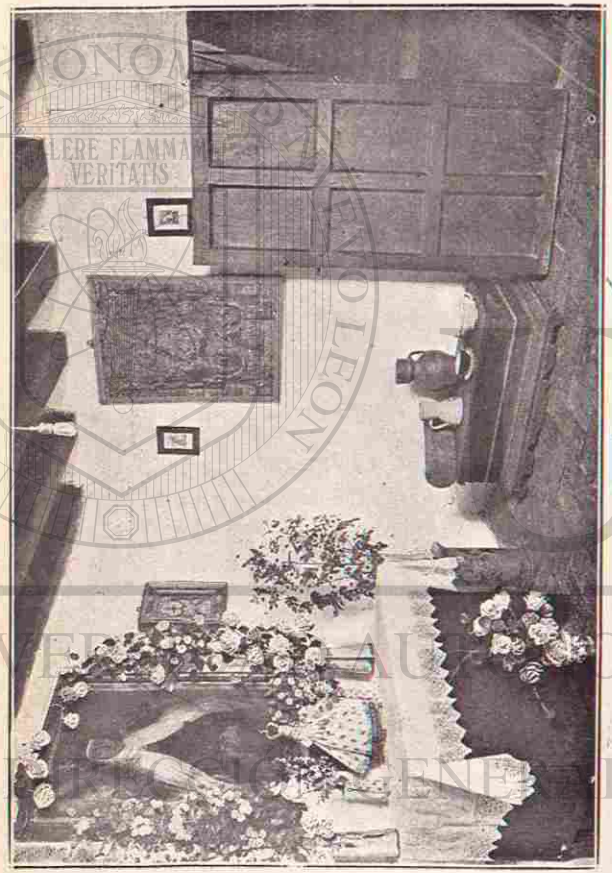
La fisonomía de la V. Madre

«Fué la V. Madre, aunque de espíritu generoso y grande, de cuerpo pequeño, pero ágil y bien proporcionado; el rostro delgado y no desapacible, la nariz en proporción, la boca pequeña, y sobre el labio tenía su punta de bozo; los ojos negros y vivos; las cejas tiradas, la frente algo espaciosa, el color algo trigueño, hasta que se lo pusieron pálido sus asperezas y rigores. Mostraba tal gravedad en el semblante, que acusaba no miedo, sino veneración, y en su trato tanta dulzura, que era blanco del cariño, con que fué de todos querida igualmente y venerada» (1).

---

(1) José de Sta. Teresa. Crónicas de los Carmelitas Descalzos. Tomo. 4, lib. XVI, cap. XLVIII.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Celda donde vivió y murió la Venerable. Sobre el altar su retrato y el Niño Fundador; sobre el arca el madero que le servía de almohada y algunos objetos de su pertenencia; al fondo la escalera del noviciado

CAPITULO XVII

HONRAS Y GLORIAS POSTUMAS
(1624)

Vox populi vox dei

Luego que la V. Madre expiró, y desfogaron su dolor en ardorosas lágrimas, procedieron sus hijas a amortajarla. Bajáronla al coro, y al primer golpe de campana del convento, correspondieron (sin estar avisados) todas las de la parroquia y conventos de la villa. Esparcida con brevedad la noticia por todo el pueblo y los comarcanos, fué general el sentimiento; y en prueba del amor y elevado concepto que de su santidad todos tenían, acudieron todos, grandes y chicos, eclesiásticos y seglares, a verla y venerarla. Todos solicitaban les diesen alguna reliquia de la V. Madre, y era tan innumerable el concurso, que no bastaban tres religiosas a tocar al santo cuerpo los rosarios, cruces, y otros objetos que ofrecían con este fin.

Funerales

Las honras que se le tributaron fueron solemnísimas. Apenas llegó a conocimiento del Ayuntamiento de la villa la muerte de la Sierva de Dios,

mandaron una comisión de alcaldes y regidores para suplicar a los superiores no dieran luego sepultura al cuerpo, pues querían hacerle sus honras. Asimismo ofreciéronse a pagar toda la cera que se gastase, y en efecto llevaron tanta, así del común como de todas las personas particulares, que no cabía en el coro, y para no agraviar a los interesados distribuyeron toda la restante por la iglesia. Aquella misma mañana vino a hacerle las honras, con toda la clerecía, el anciano cura de la villa, D. Pedro de Hervias, aquel devoto y fiel amigo de la Venerable Ana, que tanto la favoreció en vida, y que tanto trabajó por vencer la repugnancia que tenía Sta. Teresa en venir a esta fundación.

Hízolas con tanto aparato de cera, música, túmulo y todo lo demás que pudo solemnizar esta acción, que dejó acreditada su piedad y agradecida a la Venerable y a toda la religión.

El día siguiente, que era jueves, las continuó con no menor solemnidad el Cabildo de S. Pedro, oficiando en la misa de ambos días con harta devoción y lágrimas el referido Dr. Hervias.

Este día, después de los oficios, envió el Ayuntamiento a un pintor para que sacase un retrato de la V. Madre.

Colocáronla para esto sentada sobre la caja, y manteníase tan recta y natural que a todos causaba admiración el verla *como si estuviera viva.*

Incredulidad quebrantada

Estuvieron el tercer día los funerales a cargo de la comunidad de Religiosos Carmelitas de la villa, en los cuales pronunció elocuente oración funebre el docto P. Fr. Pedro de S. José, y celebró la misa

el R. P. Prior, Fr. Jerónimo de Cristo. Estaba aún este buen Padre algo incrédulo de la santidad de la Sierva de Dios, por lo cual parecíanle demasías las demostraciones de fe y devoción que veía en la multitud. Durante la misa entró en escrúpulos de su notoria incredulidad, y así pidió al Señor que sacramentado tenía en sus manos, que si la santidad de la V. Madre era verdadera, según todos la mostraban, se lo diese a entender y sentir mediante algún particular dolor y contrición de sus pecados. Y al punto que hubo concluído esta oración, fué tan vehemente el dolor que de ellos Dios le infundió, que sus ojos anegáronse en copioso llanto, de suerte que con dificultad pudo dar fin al Santo Sacrificio, habiéndolo comenzado con sequedad y poca devoción. En adelante fué el mayor defensor y glorificador de la santidad de nuestra V. Ana. Después de la misa procedióse al sepelio del venerable cuerpo, el cual conservábase todavía tan caliente, oloroso e incorrupto, que comunicaba este calor a las ropas, cosa bien peregrina en un muerto de tres días y en pleno mes de diciembre.

Entraron para esta ceremonia todos los religiosos de la Orden que se hallaban presentes; y con general llanto y aclamación de la multitud, depositaron provisionalmente aquel sagrado depósito, en un hoyo abierto exprofeso en medio del coro.

Mas honras funebres

Poco antes del entierro llegaron delegados del Ayuntamiento de Iniesta suplicando lo difiriesen, pues deseaban venir también para hacerle sus honras; mas no lo lograron por ser ya tarde, y pare-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cerle al P. Prior suficiente tres días a satisfacer la devoción de los fieles.

No obstante, las honras prosiguieron durante toda la octava. Al día siguiente, que fué sábado, se las hicieron muy solemnes las mismas religiosas. El domingo por la tarde las empezó el Ayuntamiento, continuándolas el lunes. El sermón estuvo a cargo del mismo P. Pedro de S. José, e igualmente cantó la misa el incansable Dr. Hervías.

Finalmente, el martes, 17 de diciembre y último de la octava de la muerte de la V. Carmelita, tomó a su cargo el hacérselas solemnísimas el Regidor D. Gaspar Prieto, trayendo para el oficio la Comunidad de Padres Franciscanos de la villa, quienes de suerte se esmeraron en su cometido, que patentizaron elocuentemente su devoción a la venerable difunta.

Durante los tres días que estuvo expuesto el cadáver de la Sierva de Dios obró el Señor por su mediación algunos milagros, con que se fomentó más la devoción y acreditó de nuevo la santidad de la V. Madre. Empero por no interrumpir la narración, haremos mención de algunos en el capítulo siguiente que dedicaremos todo a este intento

En la gloria

Si así permitía Dios fuesen honrados en la tierra aquellos inanimados restos, por haber encerrado durante 69 años, cual tosca concha, riquísima madreperla, ¿cuáles serían los honores que dispensaría en la eternidad a aquella alma tan favorecida de su amor, a aquella su regaladísima esposa, con quien se complacía conversar durante

su estancia en este mundo? Gloriosísimos fueron, en efecto, y Dios dispuso que fuesen conocidos, permitiendo fuese la misma V. Ana la reveladora de su dicha.

Apariciones

Así pues, apenas expiró se apareció a varias personas sus devotas y amigas. La primera que mereció este favor fué una religiosa de San Clemente a quien había vestido el hábito la V. Madre en Valera. Ya se dijo de esta religiosa, cómo había asistido en espíritu a su muerte. Estando, pues, en esta hora rogando por la salud de la Sierva de Dios, súbitamente se le apareció muy hermosa y resplandeciente, subiendo gloriosa en medio de nuestros Padres S. José y Sta. Teresa, y otros muchos ángeles y santos. La segunda favorecida fué la también ya mencionada Ana Parda, la cual a la misma hora la vió vestida de gloria, asegurándole que la amistad *que habían tenido en vida, después de su muerte había de ser mayor*. Y lo fué en efecto, porque siete meses que sobrevivió a la Venerable, mereció su visita once veces (según consta de su información).

Asiste en la hora de la muerte

Otras muchas apariciones hizo la gloriosa Madre a diferentes personas, en especial asistiéndoles en la muerte.

Tres religiosas de esta casa pidiéronle antes de morir que las llevase pronto consigo y que las asistiese en la hora de la muerte. Ofreciólo la bendita Madre, si Dios le diese permiso. Una de estas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

religiosas era María de Cristo, religiosa ejemplar muy querida de la Venerable difunta, quien le vistió el hábito de edad de doce años. Tres meses después dióle un fuerte garrotillo de que murió a los cinco días, durante los cuales mereció ser visitada y consolada en tres distintas ocasiones, de la Venerable Ana, acompañada algunas de las veces de Nuestra Señora, Santa Teresa y el Angel de su guarda. Murió el sábado de pasión de 1625. Otra de las dichas religiosas fué Inés Bautista, la cual mereció igual suerte feliz, porque siendo atacada del mismo mal el martes siguiente, murió a los cinco días, Sábado Santo. La tercera, que lo fué Juana de San Agustín, su enfermera, cayó enferma de idéntico mal el mismo día que la anterior; mas pesándole morir tan moza, fuése al coro e hincada sobre el sepulcro de la Venerable le rogó que no cumpliese con tanta exactitud su petición, y le alcanzase del Señor algunos años más de vida, para hacer penitencia de sus culpas. Aparecióseles gloriosa, la consoló, y haciendo la señal de la cruz sobre la garganta dejóla totalmente curada.

Otras apariciones

A esta misma y a otra religiosa de esta casa, que se hallaban desconsoladas y tentadas con su prelada, se les apareció igualmente en distinta ocasión, dejándolas consoladas y libres de la repugnancia que contra la prelada tenían.

Hallábase desconsolada la Madre Josefa de la Encarnación, por la carencia de vocaciones que tenía el convento. Pidióle confiada a la V. Ana lo remediase proveyéndolas de cuatro plazas a la sazón

vacantes. Apareciéronsele dos globos de luz y en ellos Sta. Teresa y la V. Ana, quienes consolándola, le prometieron lo que pedía y se lo cumplieron al poco tiempo.

Mas no sólo sus hijas gozaron de este privilegio. También mereció las visitas de la V. Ana una doncella de singular virtud, a quien la Sierva de Dios comunicó en un lugar del camino que trajo desde Valera .

Celo impertinente

Ultimamente pondré fin a esta serie de apariciones con otra que por lo extraordinaria no es bien callar.

Acaeció a la M. María de Sta. Teresa, religiosa de esta casa. Como enterraron a la Venerable Madre Ana en medio del coro bajo, usaban las religiosas, cuando salían a iniciar los salmos o decir los versículos en las horas canónicas, quedarse un poco más apartadas a los lados de lo que antes solían, por no poner los pies sobre la losa del sepulcro.

Sentía mucho esta religiosa que por dicha atención se faltase en lo más mínimo al ceremonial, y así le daba en rostro siempre que veía salir a las religiosas y tener esta atención. Quiso la bondad divina corregir tan desmesurado celo y volver por el honor de su Sierva. Una tarde que en la oración de comunidad estaba inquieta con estos discursos impertinentes , le mostró su Majestad a la V. Madre dentro de su sepultura y caja, circundada de hermosa claridad, y que por el pecho, que tenía abierto, le salían del corazón una azucena y un clavel muy colorado, cuyo interior era de finísimo oro.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dióla el Señor a entender que la azucena simbolizaba la pureza, y el clavel el amor a Dios en que la V. Madre le había más agradado; y los rayos y resplandores de oro, la gloria que ya gozaba su alma, por cuyo respeto se le debía veneración a su venerable cuerpo y sepulcro. Con cuya vista quedó aleccionada y confusa, y en lo sucesivo hizo lo que las demás y trató aquel lugar con el decoro debido.

CAPITULO XVIII

LA TAUMATURGA DEL CARMELO (1624-1927)

La mejor garantía de la santidad es el milagro. Nuestro mismo Divino Redentor lo adujo como convincente prueba para evidenciar a sus amigos la superioridad de su naturaleza: «Mis obras (dijo) dan testimonio de mí». La razón es obvia, aun para quienes no hayan saludado los umbrales de la filosofía. ¿Acaso no lo vemos elocuentemente demostrado en la armónica correspondencia existente entre el principio y sus consecuencias, la causa y sus efectos, el agente y su obra, el motor y la fuerza desarrollada? El milagro es un hecho que excede a la naturaleza. Mal, pues, podía aquél provenir de un principio puramente natural, si éste no fuera roborado por la gracia, que es la expresión típica de lo sobrenatural, como lo es de ésta la santidad del hombre.

La fama de nuestra Venerable Ana no se extinguió en el sepulcro; antes bien siguióla acreditando con los portentosos y con inuados milagros que por su mediación Dios obró después de muerta. Innumerables son los que se hallan judicialmente comprobados en las informaciones, alcanzados mediante las reliquias de su cuerpo o sepul-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cro, y también por medio de pedacitos de lienzo, de la correa, cabellos y otros objetos que le habían pertenecido.

No permite la índole de este trabajo enumerarlos todos uno por uno. Abreviaré, no obstante, algunos escogidos al azar, para fomentar en el lector la devoción a la Venerable Madre.

El primero fué en utilidad de Magdalena Delicado (o como en las crónicas se lee, Ana Delicata) mujer de Alonso Gallardo. Seis meses hacía que estaba en cama, impedida de un agudo dolor en una pierna, tan intenso que ni de día ni de noche la dejaba sosegar, por lo que vino a perder el juicio. Cuantos remedios se le aplicaron resultaron ineficaces. El día que murió la Sierva de Dios fué a visitar a la enferma una vecina, la cual le aconsejó que, pues la ciencia era impotente a curarla, se encomendase a la Venerable Ana, de quien se contaban tantas maravillas. Plúgole el consejo, y enviando a tocar al venerable cadáver una toca, se la aplicó a la pierna. ¡Cosa admirable! En el acto cesaron los dolores, y a poco se pudo levantar de la cama enteramente curada.

Durante estos mismos días encontrábase en Villanueva, D. Diego del Castillo, Canónigo de Cuenca. Admirado de cuanto de la Venerable Madre se decía acudió también al convento a ver el venerable cuerpo; pero no lo pudo ver por ser excesivamente corto de vista. Lleno de fe pide a la Venerable le mejore la vista, y aplicándose a los ojos un pedazo de velo que le dieron, se halló instantáneamente curado.

Algunos otros recobraron mediante sus reliquias

la vista, totalmente perdida; entre los cuales mencionaré a una hija de Matías Ortega y Juana de la Haz, vecinos de Villanueva, la cual nació ciega, y después de dos años en este estado, aplicáronle con fe un pedazo de lienzo usado por la Venerable Madre, y alcanzó instantáneamente la vista.

Francisco de Maguera hacía más de un año que, a efectos de una grave enfermedad, estaba rematadamente sordo. Diéronle un pedazo de velo de la Venerable Madre y, hecho hilas, se lo puso en los oídos, llevándolo así por espacio de tres días. Al cabo de ellos, quitándose las hilas, notó que estaba curado como si nunca hubiera padecido tal achaque.

Don Andrés de los Herreros, vecino de San Clemente, estaba agonizando de un fuerte garrotillo del que habían muerto cinco hermanas suyas. Pusiéronle sobre la garganta un Santísimo Cristo que había traído al pecho la Venerable Madre, y al mismo instante que se lo aplicó y pidió la salud por medio de la Sierva de Dios, se le desinflamó la garganta, y recobró la completa salud.

A otra mujer llamada Lucía Martínez, viuda de Alonso Beamud, mandaron los médicos la sacramentaran, tan acabada la tenía un continuo, copioso y abundante flujo de sangre que le duró más de siete semanas. Avisadas las religiosas lleváronle la correa de la Sierva de Dios, y como a otra mujer cananea, en el instante que se la hubo ceñido al cuerpo atajóse de repente el derrame. Y para acreditar más el milagro, sucedió que, quitándose la correa, a los dos días le volvió el achaque, mas al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

punto que se la volvió a poner, cesó segunda vez, por lo cual la trajo algunos días, con que cesó del todo. Diez o doce casos semejantes al anterior tengo a la vista, mas con el referido basta.

Siendo cocinera Isabel de Santo Domingo se le derramó una sartén llena de aceite hirviendo sobre un pie, que se le abrasó y quedó lastimosamente llagado. Experimentada de la santidad de la bendita Madre, no quiso aplicarse otra medicina que una carta y cabellos de la Venerable. Fuése a dormir, y, en despertando por la mañana, descubrió el pie completamente sano.

También los elementos respetaron sus reliquias. Pegándose fuego a una casa de Alfonso García de las Chozas y Ana López de Celada, vecinos de Villanueva, resolvióse toda en ceniza, sin poder salvar alhaja alguna. Había entre otras una arca de vestidos, y en la manga de uno de ellos unas reliquias de la Venerable Ana; pues bien, con común admiración, habiéndolos quemado todos, solamente dejó intacta esa ropa en que se hallaban las santas reliquias.

A todos los casos referidos excede el siguiente. Ana Caxa, religiosa profesa en el convento de San Benito de la ciudad de Cuenca, apretada de una fuerte parálisis, quedó totalmente muda. Dióle una monja parienta suya unos cabellos de la Sierva de Dios, y al punto que se los hubo puesto en la boca comenzó a hablar. Continuóse el favor por algunos meses, en los cuales podía hablar todo lo necesario cuando los ponía en la boca. Un día, enojada con su parienta, usando de los cabellos le dijo cuanto su ira le sugirió. Escandalizada la parienta le respondió: *¿pues cómo, infeliz, usas mal de las misericordias que Dios te hace por medio de estas santas reliquias?*

Dámelas acá; y arrebatándole el bolsillo en que las tenía, al instante quedó muda. En adelante por más que intentó ponérselas en la boca, ya no volvió a recibir el beneficio, sino es para confesar, para lo cual llegando los cabellos a la boca podía hablar todo lo que pertenecía al sacramento de la penitencia, volviendo a enmudecer al punto que acababa. Este nuevo milagro se le prolongó por toda la vida que duró todavía más de 25 años, con admiración de cuantos la trataron que fué lo más principal de Cuenca.

Mas, afortunadamente, no se ha agotado tan rico filón. La memoria de nuestra V. Madre, por mucho tiempo olvidada, ha vuelto a revivir en nuestros días con extraordinaria pujanza, y con ella hanse renovado las misericordias de Dios obradas por su Sierva, tan admirables hoy como el día de su feliz tránsito.

Entresacaré algunos hechos recientes, que por su actualidad serán leídos con más interés.

Empecemos por el acaecido a una religiosa del convento de Carmelitas, de Jesús de Tortosa, hace treinta y cinco años aproximadamente. Usaré de las mismas palabras de la agraciada, apellidada también Ana de S. Agustín, en carta dirigida a la Madre Carmen Pía, de Villanueva, fechada a trece de diciembre de 1922. Dice: «Hacía cinco años que sufría fuertes dolores de vientre con cólicos nefríticos; el Sr. Médico no acertaba con la enfermedad; los dolores se me iban aumentando y tan insufribles, que no podía estar ni acostada, ni sentada, ni en-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

contraba alivio en ninguna parte. Hacía ya ocho días que eran tan insufribles, que no lo puedo explicar. Cuando una noche tuve la feliz inspiración de encomendarme e invocar a nuestra V. M. Ana de S. Agustín, para que me favoreciera, y, como pude, le hice una súplica, no con palabras, porque no podía, pero sí de corazón, y me puse debajo de un cuadrito de su imagen, que en la celda tenía colgado. Y ¡oh prodigio! inmediatamente sentí el alivio, y en la mañana evacué una piedra y desde entonces quedé tranquila, y nunca más he padecido tan dolorosa enfermedad. Por lo que estoy sumamente agradecida a mi amada Patrona y Madre querida la V. M. Ana de S. Agustín» (1).

Por lo heroico y significativo no negaré a la publicidad el ejemplo de Adoración Turégano, vecina de La Roda (Albacete). Estando muy afligida por tener a dos de sus hijitos enfermos, llena de fe y confianza acudió a la V. Ana, ofreciéndole que, si sanaban, iría descalza por el pueblo pidiendo limosna para su beatificación. Y habiendo alcanzado lo que pedía, cumplió su ofrecimiento, recaudando ocho pesetas, que mandó a Villanueva para la Venerable (2).

La gratitud me fuerza también a recordar a la Sra. doña Isabel Sáiz de Tello, vecina de Villanueva, quien al ir a bajar una escalera, cayó de cabeza y fué dando vueltas hasta su terminación. Invocó el nombre de su devota Ana de S. Agustín y con general asombro, a pesar de sus 52 años y de su

(1) Se halla publicado en la revista «El Carmelo». Año 1.°, núm. 7, pág. 183, mes de junio de 1923.
(2) Id. núm. 49, pág. 304, diciembre de 1926.

obesidad, levantóse ligera sin sufrir daño alguno. En agradecimiento subvencionó, con anuencia de su esposo D. Antonio Tello, la hermosa caja de caoba, que actualmente guarda los restos venerandos de Ana de S. Agustín (1).

D. F. T., Presbítero, de Castellón de la Plana, venía padeciendo más de 20 años una enteritis que le hacía vivir muy mortificado y sin fuerzas. Cuantos remedios probó resultaron ineficaces. Convencido al fin de la impotencia de la ciencia acudió a la V. Ana de S. Agustín, de quien tantas maravillas se decían. Con este intento empezó en octubre de 1922 junto con sus familiares, una novena ante una estampita de la Venerable. El cuarto día, por la noche, terminado el ejercicio de la novena y apagadas todas las luces, experimentaron favores extraordinarios, que se repitieron por dos noches consecutivas. Una luz misteriosa y de una potencia extraordinaria inundó la habitación, por breve tiempo, de la cual gozaron con gran consuelo y satisfacción las tres personas que practicaban la novena. A los pocos días de terminada, el sacerdote enfermo experimentó una mejoría notable, siguiendo de bien a mejor, y poco después hallábase completamente curado (2).

D. Urbano López de Haro y Moya, señor de distinguida posición social y política de S. Clemente (Cuenca) enfermó el día 13 de Abril de 1922, de mortal bronconeumonía, de suerte que el séptimo día de su curso, cuatro médicos en con-

(1) Id. núm. 37, pág. 277, diciembre de 1925.
(2) Id. núm. 26, pág. 19, enero de 1925.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

sulta lo declararon en estado préagónico y sin esperanza.

Apenada la familia del enfermo, empezó una novena a la Venerable Ana, por indicación del Reverendo Padre Angelo del N. J. superior de los Carmelitas de la villa.

Desde el primer día se acentuó la mejoría que gradualmente fué creciendo.

Pocos días después gozaba ya de perfecta salud, contra el fatal augurio de los médicos (1).

Igual suerte cupo a doña Dolores Buj Mallén, de 64 años, vecina de Valencia. Venía padeciendo durante todo el invierno de 1922 al 1923 molesto mal de corazón. Ocho días antes de Pentecostés arreció la enfermedad, de suerte que el 21 de mayo, y segundo de Pascua, los médicos y el mismo hijo de la enferma, de profesión practicante, la desahuciaron, dándole sólo cuatro horas de vida. Vino a visitarla una señora amiga, por nombre Antonia Climent Castillo, Terciaria Carmelita, la cual, animándola, le dió una estampita de la Venerable Ana de San Agustín diciéndole: «Toma, Dolores, esta estampa, y ten confianza que la Venerable te ha de curar».

Aceptóla la enferma, y con gran fe y confianza se la puso en el pecho; le rezó un Padrenuestro, y prosiguió encomendándose a ella unos momentos.

No habían transcurrido cinco minutos, cuando sintió la enferma una fuerte convulsión en la parte del pecho y costado de donde procedía el mal,

(1) Id. núm. 9, pág. 210, agosto de 1923.

sufriendo tal cambio de naturaleza, que obligó a la enferma a exclamar: ¡Antonieta, ya no me muero! Y en efecto, desde aquel momento desapareció el peligro, y a los pocos días estaba sana, con admiración de los médicos y de su mismo hijo que le dijo: Madre, esta santita le ha hecho un prodigio muy grande (1).

Hito, de la provincia de Cuenca, es quizá uno de los pueblos más devotos de nuestra Venerable Ana, debido al celo de su digno Párroco, don Eusebio Esteban. Entre las muchas gracias que en dicho pueblo hallo, merece particular mención la obrada con Lázaro López, de 32 años, mozo de mulas en una casa principal de la misma villa. Hacía dos meses que se hallaba en cama completamente paralítico. Aconsejóles a él y a su desconsolada esposa, una vecina llamada Victoriana Serrano, que se encomendaran a la Venerable. Así lo hicieron, y la Venerable oyó sus ruegos: al poco tiempo el paralítico se hallaba completamente curado (2).

Adoración Sánchez, de 24 años de edad, vecina de Salamanca, padecía ataques cardíacos muy graves más de seis años; acudió a la Venerable, y en la primera novena se le curaron radicalmente (3).

Casos como los relatados pudiera aducir muchísimos, pero sólo añadiré otros tres de excep-

(1) Id. núm. 10, pág. 244, septiembre de 1923.
(2) Id. núm. 12, pág. 287, noviembre de 1923.
(3) Id. núm. 45, pág. 197, agosto de 1926.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cional importancia, que por lo mismo conceptúo de superior orden.

El primero lo debemos a la bien cortada pluma de nuestro amigo D. Basilio García, Coadjutor de Villanueva de la Jara. Quisiera transcribirlo con sus mismas palabras, pero la índole de este trabajo nos obliga a abreviar la narración.

Hacia el año 1924 Esperanza Bonilla Fernández, de 20 años, cayó enferma con una infección tífica, que, siguiendo su curso, puso en peligro su vida. Contra todos los desesperados esfuerzos de la ciencia, luego apareció, por efecto de una embolia, una manifestación gangrenosa en la región sacro-ilíaca, gangrena que, al levantarse la gran escara dejó al descubierto los huesos ilíaco y sacro y se extendió por la parte exterior de los dos muslos de ambos lados. La podredumbre arrancaba a pedazos sus carnes destrozadas y pútridas con hedor insoportable, pues el hacer las curas y limpieza inficionaba no sólo la pequeña habitación y casa, sino que trascendía a la calle. La enfermita daba ayes tan lastimosos que quebrantaban el corazón de los que le visitaban y oían. Sentía como si agentes extraños la fueran quitando las carnes a mordiscos, y tuvo muchos momentos de verdadera locura.

En este estado una buena amiga suya, Lucila Palomares, le indicó acudiera con fe a la V. Ana, y con una pequeña reliquia empezaron una devota novena. Los tres primeros días fueron de verdadera agonía; pero a partir del cuarto se notó en la enferma un cambio extraordinario y radical. La acerbidad de sus dolores cesa, el estado angustioso y desesperante desaparece, el hedor insufrible de descomposición deja de percibirse, los bordes de

aquellas hervorosas planchas ulceradas se llenan de carne viva, y al retorno de pocos días la joven, en lenta, pero franca mejoría, recobra su perdida salud, con admiración de todos, incluso del mismo médico de cabecera, D. Antonio Zuloaga, que no pudo menos de conceptuarlo de hecho maravilloso y extraordinario (1).

El segundo caso sucedió en Caravaca, (Murcia) año 1925. En febrero de dicho año ingresó en el Hospital un pobre con una infección en una mano a consecuencia de una caída. El enfermo a pesar de todos los cuidados, seguía empeorando, hasta el punto que determinaron cortarle el brazo; pero el día antes de la operación, le dió un ataque, de cuyas resultas quedó ciego totalmente. Diéronle los últimos sacramentos, pues los médicos pronosticaron moría aquella noche.

Compadecida una piadosa señora llamada María Sánchez, llevó a las Hermanitas una reliquia de la V. Ana de S. Agustín para que se la pusiera, y en el mismo momento de ponérsela recobró la vista. Dos meses después salía del Hospital, completamente sano (2).

Finalmente a todos excede, a mi modo de ver, el siguiente acaecido no ha mucho.

Petra Correa Collado, de 62 años de edad, natural y vecina de Navas de Jorquera (Albacete) venía padeciendo durante veintisiete meses, panoftalmía purulenta de ambos ojos, que habían formado en ambos globos oculares pannus tan extensos, que

(1) Id. núm. 45, pág. 175, agosto de 1926.
(2) Id. núm. 43, pág. 141, junio de 1926.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ocultando todo el campo pupilar le impedían en absoluto la visión. Estaba, pues, absolutamente ciega, y tenía por completo perdida la esperanza de ver en lo sucesivo, ya que, según testifica el Sr. Médico que la visitaba, D. Angel López, no quiso jamás medicación alguna para su ceguera. En este tiempo (Mayo 1926) anunciaba «El Debate» las fiestas que iban a celebrarse en Villanueva de la Jara, con motivo de la exhumación del cuerpo de la Venerable M. Ana de S. Agustín. Puesta en conocimiento la enferma por su celosísimo Párroco, don Juan J. Tobarra, puso toda su esperanza en la Venerable Carmelita, hasta el punto que dijo a un hijo suyo de 18 años al partir para la siega, según costumbre, a otra comarca lejana: «Hijo, cuando regreses de segar, llégate al convento de la Venerable y da 20 reales de limosna aunque no ganes otro; porque creo me va a curar la V. M. Ana de S. Agustín. Y el buen hijo, cumplió lo que su madre le dijo. No se contentó la anciana con esto, sino que, para más obligar a la V. Madre, hízose llevar en un jumentillo a visitar su venerable sepulcro. De regreso dieron principio, por el 20 de septiembre, a un novenario familiar. ¡Cosa admirable! El último día de novena notó que veía, y aunque quiso ocultarlo, en un principio, a la familia, no pudo contener la alegría ante la evidencia, y manifestó el milagro. En efecto, la que durante veintisiete meses estuvo sin poderse valer aún dentro de su casa, ayer acompañada, hoy anda sola por todo el pueblo, con admiración de todos los vecinos, que a voces publican el milagro (1).

(1) Id. núm. 51, pág. 45, febrero de 1927.

CONCLUSION

El 11 de diciembre de 1924, celebrábamos el tricentenario de la muerte de la V. M. Ana de San Agustín. Todavía se recrean nuestras almas paladeando a su sabor las dulzuras y gratísima memoria que en ellas dejaron los festejos que, con ocasión de tan gloriosa fecha, tributó la Orden Carmelitana en Villanueva de la Jara, en unión con aquellos entusiastas jareños y pueblos comarcanos, a la insigne Carmelita.

Ello nos patentiza una vez más, lo arraigada que perdura en los corazones de toda aquella gente, la memoria de nuestra Venerable. En el mencionado día el pueblo en masa acudió a la iglesia de las Carmelitas Descalzas a conmemorar el glorioso tránsito, a besar su humilde sepultura y acompañar a las religiosas que, por turno formal, permanecieron día y noche en oración ante la losa que cubre los venerables restos, gozando, a su placer, como fieles hijas, la fragancia celestial de las heroicas virtudes de su ilustre fundadora, cuya exaltación a los altares era el primordial fin de todas sus plegarias.

Mas no precipitemos los hechos, tomémoslos por partes desde sus principios.

Ya se dijo cómo el lugar donde se depositó provisionalmente el virginal cuerpo de la V. Madre fué una humilde hoya, cavada en medio del coro bajo de las religiosas. Duró en aquel sitio cuatro

ocultando todo el campo pupilar le impedían en absoluto la visión. Estaba, pues, absolutamente ciega, y tenía por completo perdida la esperanza de ver en lo sucesivo, ya que, según testifica el Sr. Médico que la visitaba, D. Angel López, no quiso jamás medicación alguna para su ceguera. En este tiempo (Mayo 1926) anunciaba «El Debate» las fiestas que iban a celebrarse en Villanueva de la Jara, con motivo de la exhumación del cuerpo de la Venerable M. Ana de S. Agustín. Puesta en conocimiento la enferma por su celosísimo Párroco, don Juan J. Tobarra, puso toda su esperanza en la Venerable Carmelita, hasta el punto que dijo a un hijo suyo de 18 años al partir para la siega, según costumbre, a otra comarca lejana: «Hijo, cuando regreses de segar, llégate al convento de la Venerable y da 20 reales de limosna aunque no ganes otro; porque creo me va a curar la V. M. Ana de S. Agustín. Y el buen hijo, cumplió lo que su madre le dijo. No se contentó la anciana con esto, sino que, para más obligar a la V. Madre, hízose llevar en un jumentillo a visitar su venerable sepulcro. De regreso dieron principio, por el 20 de septiembre, a un novenario familiar. ¡Cosa admirable! El último día de novena notó que veía, y aunque quiso ocultarlo, en un principio, a la familia, no pudo contener la alegría ante la evidencia, y manifestó el milagro. En efecto, la que durante veintisiete meses estuvo sin poderse valer aún dentro de su casa, ayer acompañada, hoy anda sola por todo el pueblo, con admiración de todos los vecinos, que a voces publican el milagro (1).

(1) Id. núm. 51, pág. 45, febrero de 1927.

CONCLUSION

El 11 de diciembre de 1924, celebrábamos el tricentenario de la muerte de la V. M. Ana de San Agustín. Todavía se recrean nuestras almas paladeando a su sabor las dulzuras y gratísima memoria que en ellas dejaron los festejos que, con ocasión de tan gloriosa fecha, tributó la Orden Carmelitana en Villanueva de la Jara, en unión con aquellos entusiastas jareños y pueblos comarcanos, a la insigne Carmelita.

Ello nos patentiza una vez más, lo arraigada que perdura en los corazones de toda aquella gente, la memoria de nuestra Venerable. En el mencionado día el pueblo en masa acudió a la iglesia de las Carmelitas Descalzas a conmemorar el glorioso tránsito, a besar su humilde sepultura y acompañar a las religiosas que, por turno formal, permanecieron día y noche en oración ante la losa que cubre los venerables restos, gozando, a su placer, como fieles hijas, la fragancia celestial de las heroicas virtudes de su ilustre fundadora, cuya exaltación a los altares era el primordial fin de todas sus plegarias.

Mas no precipitemos los hechos, tomémoslos por partes desde sus principios.

Ya se dijo cómo el lugar donde se depositó provisionalmente el virginal cuerpo de la V. Madre fué una humilde hoya, cavada en medio del coro bajo de las religiosas. Duró en aquel sitio cuatro

años, hasta que el de 1628, movidas sus hijas de los muchos milagros que sus reliquias obraban, trataron de descubrirlo y lo hallaron incorrupto, oloroso y tratable, aunque por haberle puesto el velo negro inmediatamente sobre el rostro, salió algo afeado, con la tinta y humedad de la tierra. Comprobado todo por teólogos, médicos y cirujanos, se publicó por milagrosa la incorrupción. Hicieron mil piadosos hurtos en él, para dar a los devotos que pedían sus reliquias, y colocado en una caja nueva, lo depositaron entre las dos rejas del mismo coro, en una modesta tumba, elevada como medio metro de tierra, y en una lauda sobre la losa del sepulcro esta breve inscripción:

AQUI YACE EL CUERPO DE LA B. M. ANA DE / S. AGUSTIN COMPAÑERA DE S. THERESA. FUE DE / RARA VIRTUD. A OBRADO N. S. POR ELLA EN / VIDA Y MUERTE MUCHOS MILAGROS. MURIO / AÑO DE 1624 A 11 DE DICIEMBRE DE EDAD DE 77 AS (1).

Ciento nueve años perduró en este otro lugar, hasta que, empezadas las informaciones jurídicas llevadas a cabo por el Sr. Obispo de Cuenca, se procedió al registro judicial del cuerpo y sepulcro de la Sierva de Dios, en 1737. Empezóse la exhumación el miércoles, 12 de Junio, a las nueve de la mañana, para lo cual entraron en el convento los tres señores jueces, delegado, y adjuntos, el promotor fiscal, y el notario actual de la causa, el P. Procurador de ella y el P. Provincial y otros seis testigos; también entraron tres maestros albañiles, para

(1) Acerca de la edad de la V. M. véase lo que se dijo en la nota del cap. I.

quitar la losa del sepulcro y demás necesario, dos médicos, dos cirujanos, y tres señoras matronas para el registro interior. Después de todas las formalidades se descubrió el santo cuerpo y lo hallaron tan incorrupto como la primera vez. Los lugares se despoblaron por venir y venerar al santo cuerpo durante los seis días que estuvo expuesto a la veneración de los fieles; y fué tanto el concurso y devoción, que, como dice una relación manuscrita que se guarda en el archivo de las Madres Carmelitas de Villanueva, «si el Papa se hubiera hallado presente, no esperara más diligencias para mandar poner a la V. Madre en los altares, y la canonización sólo le hace falta a esta santa para llevarla en las procesiones, y decirle misa, porque la devoción privada, aunque estuviera canonizada, no puede ser mayor». Ya que la canonización no se logró entonces, no andaban descaminadas las gestiones, porque en 15 de septiembre de 1776 la Santidad de Pío VI reconoció y aclamó como tales sus heróicas virtudes; y ciertamente, ahora la veneraríamos como Beata o como Santa si su proceso, que tan ligeros pasos seguía, no quedara paralizado a causa de los transtornos político-religiosos que en las dos últimas centurias afligieron a la triste España.

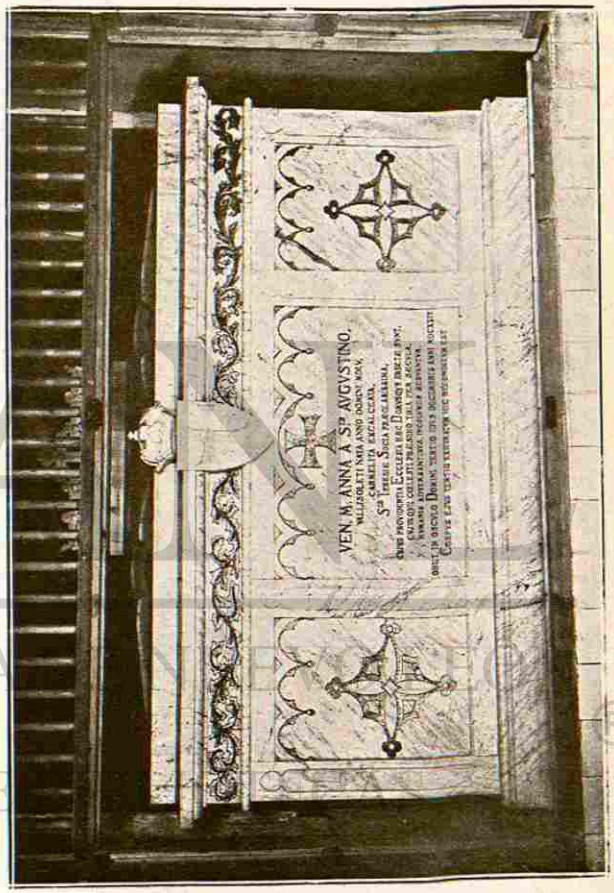
Mas afortunadamente, la memoria y devoción a la V. Madre, antes tan pujante, y lado acá de la funesta exclaustración, próxima a extinguirse, ha vuelto a resurgir en estos últimos años, con nuevos y consoladores acrecentamientos debido, aparte de la voluntad divina que rige todos los acontecimientos, a la activa propaganda de sus hijas de Villanueva y sus hermanos los Carmelitas de Aragón y Valencia. Merced a estas diligencias, su memoria ya

no es particular de Villanueva de la Jara; en todas partes se encomiendan a su poderosa intercesión, consiguen por ella grandes beneficios, como lo manifiestan los relatados en el último capítulo, y las cartas de gratitud que diariamente llegan al convento de Villanueva.

Tantas maravillas y tan acrecentada devoción hizo también célebre, y de día en día más visitado el sepulcro de la Venerable Madre en Villanueva. Empero la humildad y pobreza de aquel sepulcro no correspondía a la admiración de los innumerables devotos de la Sierva de Dios, y se imponía la necesidad de construir otro, donde con más decencia se guardase tan gran tesoro.

Echada al azar la feliz idea, obtuvo en todos calurosa acogida. Formulóse el expediente para la Sagrada Congregación de Ritos, que encabezó el Ilmo. Sr. Obispo de Cuenca, Dr. Cruz Laplana y firmaron las autoridades y pueblo de Villanueva, pidiendo el traslado. Concedido este tras largo plazo de seis meses, determinóse el día de la traslación, para el 22 de junio de 1926. Llegado que hubo, a las siete de la mañana, se abrió la clausura en la cual entraron el Sr. Obispo y demás personas autorizadas por el rescripto de Roma. Llenadas todas las formalidades prescritas por la Sagrada Congregación, rompiéronse aquellas enmohecidas cerraduras selladas dos siglos hacía, y derrumbóse el viejo sepulcro, apareciendo la caja todavía en muy buen estado, si bien el forro, que es de raso verde con galones plateados, estaba ya algo deteriorado.

Después de levantadas las actas prescritas, metieron este féretro en otro de caoba ricamente labrado, costeado por doña Isabel Sáiz de Tello.



Hermoso sepulcro de mármol blanco, construido en 1926, en donde descansan los restos de la Venerable Madre

Cerrada y lacrada la caja cuyas llaves, que son tres repartiéronse entre el Sr. Obispo, el Rvdo. Padre Provincial y la Madre Priora del Convento, encerróse en el nuevo sepulcro construído en el mismo sitio que el anterior.

Algún tiempo después colocábase en memoria de este acto, junto al sepulcro de la Venerable Ana de S. Agustín, una hermosa lápida, blanca como su virginidad y brillante como su alma, mudo pero elocuente testimonio del amor que hacia la Venerable sienten los Carmelitas Descalzos de la Provincia de Aragón y Valencia. Está cincelada con letras de oro, que dicen así:

LA VENERABLE MADRE ANA DE S. AGUSTIN, C. D. INSIGNE COMPAÑERA DE SANTA TERESA, CON CUYOS DESVELOS SE CONSTRUYERON ESTA IGLESIA Y CONVENTO Y CON CUYA PROTECCION CELESTIAL SE CONSERVAN INCOLUMES POR ESPACIO DE TRES SIGLOS A PESAR DE LAS CONTRADICCIONES HUMANAS. MURIO EN EL OSCULO DEL SEÑOR EL DIA 12 DE DICIEMBRE DEL AÑO 1624, EN MEMORIA DE LA TERCERA EXHUMACION Y TRASLADO DE SU CUERPO INCORRUPTO A ESTE NUEVO SEPULCRO EN 22 DE JUNIO DE 1926, LOS CARMELITAS DESCALZOS DE ARAGON Y VALENCIA LE DEDICAN ESTA LAPIDA

Ella hablará a las generaciones venideras del respeto y veneración que sentimos hacia la Venerable Ana; ella, como eterno monumento, evocará el recuerdo de aquel día memorable, en el cual tuvimos la dicha inmensa de ver abrir su sepulcro que, cerrado cerca de dos siglos, nos impedía contemplar de cerca la incorrupción tricentenaria de un cuerpo santo; ella, en fin, será la más elocuente ratificación de las fervientes súplicas que nuestras almas elevan continuamente al Señor para que se digne colocar muy pronto en los altares a esta hija

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

preclarísima de España y del Carmelo, ya que «ella sola es bastante (como escribe nuestro primer cronista) para dar honor eterno... a toda una religión y a toda la nación Española».

FIN

L. D. V. Q. M.

INDICE

	Páginas
Al lector	5
Protesta de fe	8
CAPITULO PRIMERO.—Infancia (1555 - 1568).—Patria, nacimiento y padres de Ana.—Augurios felices.—En Dueñas.—Progresos en la vida interior.—Ansias de esposa.—Decisión heroica.	9
CAPITULO II.—Adolescencia. (1568 - 1576).—Crisis espiritual.—Todos me dejáis.—Caridad ardiente.—Una conquista.—Padece Ana persecuciones.—Retorno a la ciudad natal.—En palacio.—Ana pedagoga.	15
CAPITULO III.—La Carmelita de Malagon. (1576 1580).—Un palomarcito en Valladolid.—Hacia el Carmelo.—La hermana Ana de S. Agustín. —Haec requies mea.—Pequeñeces.—La cocinera.—Caro autem infirma.—El cerco diabólico.—La noche obscura del espíritu.—María, aurora feliz.—La profesión de Ana.—Santa Teresa en Malagón.—Confidencias.—«Las lagartijas que salen al sol».	21
CAPITULO IV.—Una fundacion. (1580).—Elección de fundadora.—Separación sensible.—Un viaje como pocos.—Las predilectas.—Armonías celestiales.—En el Socorro.—Recepción honrosa.—Remate feliz.	29

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO V.—Una fundacion (Continuación) (1580 - 1593).—Las recogidas de Sta. Ana.—Negativa razonada.—Resistencia vencida.—Constitución de una Comunidad.—Las tebaidas del Carmelo.—El noviciado de las tebaidas.—Necesidad socorrida.—Un peral prodigioso.—Los manzanos envidiosos.—Virtud a prueba.—De monjas a peones.—El adiós de una Madre.—El Niño Fundador.—Resolución sentida. Trueque acertado.—Añoranzas de esposa. ... 35

CAPITULO VI.—La Superiora de Villanueva. (1593 1600).—Ana, Maestra de Novicias.—De Maestra de Novicias a Priora.—Espejo de observancia.—Sangre fructífera.—La mejor procura.—Dos ayudas de costa.—La amiga de Sta. Teresa.—Rasgos de Madre.—Nobleza obliga.—Glorificación de una Madre. 45

CAPITULO VII.—La Superiora de Villanueva. (Continuación) (1593 - 1600).—Devoción favorita.—Sin arte.—Deseos satisfechos.—Patrona de valía.—«Ana, ¿y mi Iglesia?».—Un socorro oportuno.—Triste venganza.—En busca de una Lauda.—Una iglesia modelo.—Solicitud de Marta.—Un cáliz de Iglesia Catedral.—Traslación del Santísimo Sacramento. 53

CAPITULO VIII.—La fundadora de Valera. (1600 1616).—Elocuencia de los hechos.—Una breve tregua.—Una elección de compromiso.—Gravosa obediencia.—Rabias diabólicas.—El cumplimiento de una promesa.—Resistencia vencida.—En la ermita de Cañabate.—Llegada de las fundadoras.—Las primeras novicias.—Traslación a San Clemente.—Acertado y prudente gobierno. 61

CAPITULO IX.—La fundadora de Valera (Continuación).—Nuevo albergue.—Providencia especial.—Finezas de esposa.—Nueva morada para el Amado.—Maravillosos principios.—Nuevas providencias.—Traslación solemne.—Caridad.—La madre de las enfermas.—La peste.—Caridad heroica.—Víctima de propiciación.—Conjuración de la peste.—Nueva prueba y más caridad.—Quiénes son los ministros de Dios.—Reelección.—Egoísmo santo.—Fin de la prelacía de Valera. 69

CAPITULO X.—El ultimo priorato. (1616 - 1619).—Amor de hijas.—Elección apetecida.—Contrastes.—El último adiós.—Caminos gloriosos.—Homenaje a la santidad.—Unas horas de felicidad.—Por una ilustre huéspeda.—Un atraco religioso.—Primer ensayo de la abogada de Villanueva.—Lo que vale un buen gobierno.—Fin de sus prioratos.—Descanso apetecido. 81

CAPITULO XI.—En el ocaso de la vida. (1619 1623).—Dos años de tregua.—La robadora de corazones.—Ansias de padecer.—Flor entre espinas.—Nuevas pruebas.—Por contradecir la voluntad de Dios.—Estragos de la emulación.—Purgación del espíritu.—Heroico comportamiento.—Un paréntesis. 97

CAPITULO XII.—Fe heroica, Esperanza inquebrantable y Caridad sublime de la Venerable. La fe, fundamento de la vida cristiana.—La fe cuando niña.—La fe de Prelada.—Exquisiteces de una fe ardorosa.—En el oficio divino.—Un testimonio en favor de la confesión.—Santificar las fiestas.—Alma eucarística.—*Spes credentium.*—Un buen padre.—Esperanzas prácticas.—La abogada de desesperados.—La esperanza ablanda la dureza de corazón.—No más desesperados.—Caridad con Dios.—Enferma de amor.—Caridad para con los prójimos.—Celo santo. 97

CAPITULO XIII.—Obediencia, castidad, pobreza. Los tres votos religiosos.—La obediencia.—Obediencia ciega.—Obediencia remunerada.—Castidad.—Feliz ignorancia.—El voto de virginidad.—Eficacia contra la impureza.—Un

jubón maravilloso.—Un testigo de mayor cuantía.—La pobreza evangélica.—Desprendimiento.—Comprobaciones. 109

CAPITULO XIV.—Oración, profecía y discreción de espíritus.—Poder de la oración.—Primeros ensayos.—La Unión.—Fervores de novicia.—Este es mi descanso.—No hay paz sin guerra.—Poder para con Dios de su oración.—Profecía.—Dos casos.—Nuevos aspectos del Don de Profecía.—Aventuras de un cautivo. 117

CAPITULO XV.—En busca de otras virtudes.—Recopilando virtudes.—Penitencia.—Paciencia.—Humildad.—Más humildad. 125

CAPITULO XVI.—La muerte de una santa. (1623 1624).—El último toque de la purgación.—.—Primeros síntomas.—El viático de una Santa.—La extremaunción.—«¿Dios mío, por qué me has abandonado?».—Asistencia regia. Eclipse del Alba hermosa del Carmelo.—La fisonomía de la V. Madre. 131

CAPITULO XVII.—Honras y glorias postumas. (1624).—*Vox pópuli vox Dei*.—Funerales.—Incredulidad quebrantada.—En la Gloria.—Apariciones.—Asiste en la hora de la muerte.—Otras apariciones.—Celo impertinente. 137

CAPITULO XVIII.—La Taumaturga del Carmelo. (1624 - 1927). 145
Conclusión 157

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

COMPENDIO de la VIDA

DEL

M. Rdo. P. Fr. Francisco Coll y Guitart

Fundador de la Congregación

DE

H. H. DOMINICAS TERCIARIAS DE LA ANUNCIATA



Por una religiosa de la misma CONGREGACIÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

COMPENDIO DE LA VIDA

DEL

M. Rdo. P. Fr. Francisco Coll y Guitart

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



M. RDO. P. FRA. FRANCISCO COLL Y GUITART, O. P.

✠ 1875 - 1925

COMPENDIO de la VIDA

DEL

M. Rdo. P. Fr. Francisco Coll y Guitart

Fundador de la Congregación

DE

H. H. DOMINICAS TERCIARIAS DE LA ANUNCIATA

◆ ◆ ◆

VICH: Imprenta de Luciano Anglada - 1925.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NIHIL OBSTAT

JACOBUS GASSÓ, Pbter.

Vici, die 27 Augusti 1925.

IMPRIMATUR

FRANCISCUS EPISCOPUS VICENSIS

De Exmi. ac Rmi. Domini mei decreto
RAYMUNDUS CASADEVALL
Pbter.-Scrius.

JHS.

DEDICATORIA

a la Reverendísima Madre Mercedes Miralpeix

PRIORA GENERAL de la Congregación de
Hermanas Dominicas de la ANUNCIATA

Bien sé, reverendísima Madre, que en el contenido de las presentes y breves páginas, que la menor de vuestras hijas en Nuestro Padre Santo Domingo, os dedica, no encontraréis sino repetición de hechos admirables y de actos edificantes de las innumerables virtudes practicadas por nuestro esclarecido Fundador, P. Fr. Francisco Coll Guitart, que tan magistralmente expuso en la extensa vida que de él escribió el M. Rdo. P. Fr. Lesmes Alcalde; la cual por no estar impresa en tamaño manual y ser muy extensa, no se presta a satisfacer los deseos de muchos admiradores del bendito P. Fundador, que anhelan aspirar el suave aroma de las virtudes y de los bellos ejemplos que nos ha legado. Deseando, pues, que tan loables ansias sean de algún modo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

satisfechas, especialmente entre nuestras alumnas, las cuales profesan verdadero cariño, confianza y devoción a nuestro ejemplar P. Coll, y, cediendo por otra parte a un acendrado amor y gratitud a nuestro buen Fundador, al conmemorar el quincuagésimo aniversario de su santa muerte (1875-1925) y el cincuentenario de mi Profesión religiosa (26 Noviembre-1875-1925) me congratulo en dedicarle este pequeño trabajo que, aunque pobre y desaliñado, va ofrecido con la mejor voluntad, lamentando que las insignes virtudes de tan esclarecido Varón, como fué el bendito P. Francisco Coll, hayan quedado tan relegadas al olvido y no haya quien le ofrende un obsequio digno de él.

Podemos piadosamente creer que no necesita, el bendito Padre, de nuestras alabanzas ni recuerdo; pero nosotras si del suyo. Para mí ruego me ayuden a pedirle me alcance el espíritu que supo infundir en el corazón de sus primitivas hijas espirituales, nuestras queridas Hermanas, para que con la práctica de las virtudes de verdadera hija del P. Santo Domingo y de nuestro admirado buen P. Francisco Coll, logre formar la corona de ambos en la gloria eterna... eterna...eterna.

HNA. I. PUJOLS DCA.

Buenos Aires, 2 abril de 1925.

CAPÍTULO I

Nacimiento

Ser cuna de un ciudadano ilustre, es el blasón más preciado de los pueblos y, al mismo tiempo el título más honroso de que se pueden valer para inmortalizar su nombre en la historia. Si esto es exacto, como realmente lo es, bien puede gloriarse el pequeño pueblo de Gombreny por haberle cabido la suerte incomparable de ser cuna del héroe de la tierra catalana, el nunca bastante recordado Padre Fr. Francisco Coll Guitart, Fundador de la Congregación de Hermanas Dominicas de la Anunciata.

En dicha población, Gombreny, diócesis de ~~Gerona~~ Vich—España—vino a la luz del mundo, el 18 de Mayo de 1812, al cual había de edificar andando los años, con sus virtudes, predicación y ejemplos.

Fué bautizado al día siguiente en la igle-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sia de santa Magdalena, parroquia de San Pedro de Montgrony, y recibió en el bautismo los nombres de Francisco, José y Miguel. Sus padres, Pedro Coll y Magdalena Guitart, eran de costumbres muy cristianas y de vida ejemplarísima: vivían de su trabajo, pues ejercían el humilde oficio de cardadores de lanas. Por consiguiente, la educación que el niño Francisco dieron desde su infancia fué enteramente cristiana, como lo era al principio del siglo diez y nueve en las poblaciones rurales la educación española, que, dicho sea de paso, formaba caracteres, infundía tal elevación de pensamientos, que en vano se buscaría hoy por haberse debilitado los cimientos sagrados de la sociedad doméstica.

Hay ciertas familias que se transmiten, a manera de herencia paterna, virtudes y prendas dignas de encomio, como hay otras que transmiten a sus descendientes inclinaciones y cualidades degradantes, merecedoras de vituperio. La familia de nuestro parvulito Francisco puede gloriarse de pertenecer a las primeras; pues la cristiandad de sus antepasados se transmitió integra a sus descendientes, entre los cuales se contaban al mismo tiempo, sin contar a nuestro Héroe

precursor, un Sacerdote, tres Religiosas Dominicas, una Carmelita y dos hermanas seglares piadosísimas, sin encogimientos ni hipocresías.

CAPÍTULO II

Primeros años o Augurios felices

Francisco dibujó la semblanza de su futuro, dado que desde su niñez comenzó a manifestar en sus juegos, trato y comportamiento bellas cualidades físicas y morales.

Que fué prevenido abundantemente con las bendiciones de dulzura, reservadas por el Altísimo para sus siervos predilectos, lo muestran bien a las claras su afición a las cosas sagradas, la asistencia a las ceremonias del culto, frecuencia de Sacramentos y todo aquello que impulsa al alma a ensancharse por el camino de las virtudes que acercan a Dios. Francisco bebió en el seno del hogar las sublimes enseñanzas de las verdades eternas, inculcadas y practicadas a diario con la palabra y el ejemplo por sus cristianos y queridos padres, los cuales ellos mismos quisieron ser los primeros maestros de su hijito, no sólo con los consejos si que también con el ejemplo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Contaba el tierno niño como unos ocho años y ya daba a conocer lo que había de ser más adelante, pues a menudo se subía a un banco, o con sillas formaba como un púlpito y desde allí arengaba a los otros niños a manera de predicador siendo escuchado con admiración, no sólo por los niños si que también por las pesonas mayores.

Centellas eran del volcán que empezaba a arder en aquel tierno corazón, presagios de sus futuros destinos y testimonios de las gracias que ya el cielo había derramado sobre aquella alma privilegiada.

No se crea, sin embargo, que su carácter fuese, en dicha edad, tranquilo y apocado, no; toda su vida fué de carácter emprendedor, activo, como activo debe ser el celo de un Apóstol, y este mismo carácter tenía ya desde su infancia. Gustaba de los inocentes juegos, que compartía con otros niños de su edad. Su buena madre, molestada a veces por el movimiento contínuo, propio de la edad en que hierve la sangre y el temparamento abre los senderos de la vida, lo reprendía y quería se quedase quieto. Obedecía el niño Francisco con sumisión y prontitud; pero, como lo que es violento no puede durar mucho tiempo, pronto se olvidaba el vivaracho Francisco, los deseos y las amonestaciones de su piadosa madre, la cual convencida del carácter vivo de su hijo, exclamaba alguna vez: «Hijo, ojalá revientes de amor de Dios».

La gracia no destruye la naturaleza, la perfecciona. Querer que la gracia aniquile las condiciones naturales es, ni más ni menos que, pedir un milagro y pretender enmendar lo que Dios ha hecho en número, peso y medida; puesto que ha querido que en el jardín de su Iglesia haya toda clase de plantas y flores. Asi lo había comprendido felizmente la piadosa madre del niño Francisco, por lo cual no se cansaba de infundir en el corazón bondadoso y tierno de su hijito las verdades eternas, enseñándole la doctrina cristiana, que todo hombre debe saber y entender al llegar al uso de su razón.

Es beneficio singular de Dios haber tenido una madre buena y prudentemente cristiana; ella es la que forma la conciencia y los sentimientos de los hijos, porque el hombre será, toda su vida, lo que fué en el regazo de su madre.

En confirmación de lo dicho, o veremos al niño Francisco, con el crecer de los años, conservar su inocencia, piadoso, escalar los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

grados escabrosos de la santidad y conservarse firme e inflexible en las luchas espirituales que pondrán a prueba su acrisolada virtud.

CAPÍTULO III

Francisco empieza sus estudios

Los padres de Francisco celosos de la buena educación e instrucción de su hijo, apenas llegado a la edad de seis años, lo mandaron a la escuela, haciendo por su parte cuanto podian para que adquiriese instrucción verdaderamente cristiana y religiosa.

Francisco no desperdiciaba el tiempo y desde luego se distinguió por sus virtudes y aplicación, entre los demás niños. Instruído, pues, el niño en las asignaturas que abarcaba entonces la primera enseñanza, su madre le expresaba el deseo que ella tenía de que estudiase el latín, a lo cual él nada contestaba, hasta que en cierta ocasión en que su madre nuevamente le hacía igual exhortación, el niño Francisco se limitó en contestarle: «Para ser estudiante de latín necesito otros pantalones». Accedió su madre a sus deseos, muy gustosa y él empezó sus estudios, a pesar de que sólo contaba diez años.

Como toda su vida debía ser de privaciones, bien pronto quiso Dios que se acostumbrase a la vida de sacrificio. A pesar de las muchas diligencias y recomendaciones hechas por los padres de Francisco, para proporcionarle a su querido hijo las comodidades y lo demás necesario para su bienestar, no fué posible conseguirlo; por lo cual él tuvo que agenciarse la comida y los estudios, pasando para esto no pequeña necesidad y muchos sinsabores.

Para salir airoso en lo que había empezado, se contrató en una casa distante como una legua de Vich, llamada Puigsasllosas de Folgarolas, para enseñar la doctrina y las primeras letras a los niños de los colonos. Según costumbre de algunos estudiantes, pasaba Francisco el día en Vich asistiendo a las clases y estudiando, yéndose al terminar la clase de la tarde a la mencionada casa. En dicha morada se conserva la tradicción de que siendo estudiante, vivió cinco años en la casa nueva, donde dormía, cenaba y se desayunaba; lo cual debía ser en recompensa de la enseñanza que daba a los niños, supliendo a un maestro.

Salía temprano por la mañana, de la casa de Puigsasllosas llegando a Vich, por lo re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gular una hora antes de la hora de clase, al Seminario, y se dirigía a algún convento, cuyo silencio y recogimiento le transportaban al cielo.

Prevenido, Francisco, con las bendiciones del cielo, humanamente hablando, superiores a sus años, era la admiración y encanto de cuantos lo trataban, por su singular modestia, devoción y recogimiento.

No menos grandes eran ya en tan tierna edad sus pensamienos, ya entonces concibió el proyecto de fundar una Congregación religiosa dedicada, por su profesión, a la educación e instrucción de las niñas, lo cual hizo después, como veremos más adelante.

Dios recompensaba sus sacrificios de varias maneras y con notables consuelos espirituales, los que aprovechaba, Francisco, para crecer cada día en el camino de la virtud que el cielo le tenía trazado.

CAPÍTULO IV

Vocación al estado religioso

El joven Francisco no se dejó deslumbrar por los bienes de la tierra. Dios, que le había elegido para cosas grandes, no permitió que su corazón furea ocupado por cosas vanas

y perecederas. Así, pues, al llegar a la edad en que suele decidirse el porvenir del hombre, el estudiante Francisco, confirmó los augurios que sus virtudes, fervor y ejemplar vida le hacian digno, ingresando en la Orden de Predicadores; puesto que su carácter, como cortado para Dominico, sus inclinaciones adecuadas al ministerio de dicha Orden, su modo de pensar tan en armonía con el espíritu de Santo Domingo de Guzmán, todo era prueba que el Altísimo lo llamaba a la Orden de predicadores. Su entrada en ella tuvo algo de maravilloso; pues como él mismo contaba con su innato candor, no era Dominico por iniciativa propia, sino por un suceso providencial, ya que antes que le ocurriera jamás había pensado en ser relioso Dominico. Refería el indicado suceso como sigue. «Tenía apenas quince años cuando »yendo cierto día por la calle de Santa Te»resa, en Vich, se me presentó un hombre, a »quien no conocia, y me dijo: Tú, Coll, de»bes hacerte Dominico. Desapareció el hom»bre y no lo volví a ver más, sin embargo »de tener que pasar todos los dias por la re»ferida Calle».

Misteriosa coincidencia! En la calle de aquella que en Segovia (Sta. Teresa de Jesús)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fué alentada a la reforma Carmelitana por Santo Domingo, empezando su fervorosa vida por iniciativa de Dominicos, recibió el Padre Coll el primer aviso e inspiración para entrar en la Orden de Santo Domingo. Quién era el hombre que se atrevió a decir al joven Francisco: Tú, Coll debes hacerte Dominico? —Fué el Patriarca San José, apasionado director y protector de Santa Teresa, ó el mismo Patriarca Santo Domingo de Guzmán? —Punto es éste que ha quedado reservado en los designios de Dios, pues el agraciado al referirlo nada más decía. Solamente añadía que le había causado tal impresión que desde aquel momento no podía pensar más que en hacerse Dominico, y que el resumen de todas sus deliberaciones era: Tú, Coll, debes hacerte Dominico!

Atendido el curso de la divina Providencia, nada de particular tendría que se valiera Dios de aquel hombre para llamar al virtuoso Francisco, como se valió de Santo Domingo para hacer religiosos a San Jacinto y al Beato Ceslao.

No tardó nuestro joven estudiante en poner en práctica el inesperado aviso, persuadido de que en el mundo nada hay casual y de que el consejo, con tal de que sea bueno, puede ponerse por obra aunque fuese dado por el mismo demonio, que sólo en el claustro podría hallar satisfacción su alma, y que si bien, en el santuario no debe entrarse por voluntad propia, sino por llamamiento divino, la voz interior que constantemente le repetía: Tú, Coll, debes hacerte Dominico! sólo podía venir del cielo. Cerrando sus ojos a cuanto podía diferir la ejecución de sus designios, prescindiendo de todas las razones que la prudencia de la carne le ofrecía por doquier y rompiendo de una vez los vínculos de la sangre, que como a hijo único le reclamaba, solicitó el hábito de Dominico en el convento de la ciudad de Vich. Al efecto se dirigió a dicho convento en donde los Padres lo atendieron e hicieron varias preguntas, a las cuales contestaba el joven con suma sencillez, como lo recordaba él muchas veces, más adelante. Entre otras cosas le preguntaron si tenía para los gastos del noviciado y con qué contaba para poder ser admitido, a lo que contestó cándidamente: «Tengo unos pantalones nuevos». Entre los Padres que habían asistido al interrogatorio de Francisco, hubo uno que se mostraba muy cariñoso y amable con él, lo cual no pasó desapercibido por nuestro pretendiente. Como

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los Padres, después de haberle oído le dijeran que volviera otro día, lo que realizó sin demora, al verle de nuevo le dijeron: «No sabias que los niños pobres como tú no pueden ser Dominicos?» Con cuya respuesta se entristeció, y afligió sumamente, sin embargo no se acobardó ni dióse por vencido. Al salir lloroso del convento encontró, al paso un montón de paja sobre el cual se recostó, como para descansar y reponerse del contratiempo recibido. Acertó a pasar por allá un Señor que habia escuchado el interrogatorio hecho por los Pades en el convento al jovencito Francisco, así como la manera con que lo despidieron. Dicho Señor debia ser amigo o conocido de los Padres Dominicos del covento de Gerona, de los cuales habló al afligido Francisco, diciéndole, además, que en aquel convento residia uno de los Padres que presenciaron el primer examen que le hicieron en el convento de Vich, cuyo Padre era el que se le habia mostrado tan amable y simpático a la vez.

Después de luchar con no pequeñas dificultades abandonó a Vich y se puso en camino para Gerona, que dista de dicha ciudad doce leguas, sin recursos, caminando a pié y pidiendo limosna para comer. De noche descansaba, del cansancio de su camino, sobre un montón de paja. Llegado a Gerona se dirigió al convento en donde encontró al mencionado Padre, al cual expuso sus deseos, y después de haberle oído dijo el Padre: «Recoje lo que puedas y yo haré lo demás». Recordando el pretendiente que aquel señor que le habia dirigido a Gerona habíase mostrado tan compasivo con él, resolvió ir en busca suya y comunicarle el resultado de la entrevista habida con los Padres. Enterado de ella, el buen Señor, le facilitó algunos recursos para la realización de su ingreso al convento, por lo cual pudo vestir el santo hábito dominicano el dia 6 de Octubre de 1828.

No se arrepintieron los Religiosos de su admisón, pues muy pronto notaron en él albores de santidad.

CAPÍTULO V

Fray Francisco Coll en el claustro

Fray Francisco tenia un alma tan cándida que no solamente nunca cometia pecado alguno con advertencia, sino que le parecía imposible que un religioso pudiese pecar; y era tal su inocencia, que, vestido el santo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los Padres, después de haberle oído le dijeran que volviera otro día, lo que realizó sin demora, al verle de nuevo le dijeron: «No sabias que los niños pobres como tú no pueden ser Dominicos?» Con cuya respuesta se entristeció, y afligió sumamente, sin embargo no se acobardó ni dióse por vencido. Al salir lloroso del convento encontró, al paso un montón de paja sobre el cual se recostó, como para descansar y reponerse del contratiempo recibido. Acertó a pasar por allá un Señor que habia escuchado el interrogatorio hecho por los Pades en el convento al jovencito Francisco, así como la manera con que lo despidieron. Dicho Señor debia ser amigo o conocido de los Padres Dominicos del covento de Gerona, de los cuales habló al afligido Francisco, diciéndole, además, que en aquel convento residia uno de los Padres que presenciaron el primer examen que le hicieron en el convento de Vich, cuyo Padre era el que se le habia mostrado tan amable y simpático a la vez.

Después de luchar con no pequeñas dificultades abandonó a Vich y se puso en camino para Gerona, que dista de dicha ciudad doce leguas, sin recursos, caminando a pié y pidiendo limosna para comer. De noche descansaba, del cansancio de su camino, sobre un montón de paja. Llegado a Gerona se dirigió al convento en donde encontró al mencionado Padre, al cual expuso sus deseos, y después de haberle oído dijo el Padre: «Recoje lo que puedas y yo haré lo demás». Recordando el pretendiente que aquel señor que le habia dirigido a Gerona habíase mostrado tan compasivo con él, resolvió ir en busca suya y comunicarle el resultado de la entrevista habida con los Padres. Enterado de ella, el buen Señor, le facilitó algunos recursos para la realización de su ingreso al convento, por lo cual pudo vestir el santo hábito dominicano el dia 6 de Octubre de 1828.

No se arrepintieron los Religiosos de su admisón, pues muy pronto notaron en él albores de santidad.

CAPÍTULO V

Fray Francisco Coll en el claustro

Fray Francisco tenia un alma tan cándida que no solamente nunca cometia pecado alguno con advertencia, sino que le parecía imposible que un religioso pudiese pecar; y era tal su inocencia, que, vestido el santo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hábito, se creía que ya estaba en el cielo, olvidándose hasta de santiguarse y encomendarse a Dios al levantarse y acostarse, pensando que como era Dominico, ya no podía perderse; mas oyendo las advertencias e instrucciones del Maestro de novicios, después comprendió que no estaba tan seguro como él había creído.

De conciencia tan angelical se puede inferir cuales serían las virtudes que constantemente practicaría, como lo atestigua el P. Domingo Comas, connovicio del P. Coll, el cual dice: «En los cuatro años que con él estuve en el Noviciado de Gerona, jamás le ví faltar al silencio; sin que esta escrupulosidad o delicadeza en tal observancia le hiciese ridículo o singular; pues su exterior siempre era humilde y risueño. Jamás nesecitó corrección. Su espíritu de pobreza era grande, no mostraba apego a cosa alguna, recibía con agrado lo que le daban manifestando agradecimiento por todo. El mismo se lavaba los hábitos, poniendo sumo cuidado en llevarlo siempre limpio, por el respeto y aprecio que al mismo tenía. Era obedientísimo y muy cauto en materias delicadas referentes a la santa pureza. Llevaba siempre la vista baja: era muy puntual y exacto a

los actos de comunidad, tanto que los Superiores lo ponían por modelo. En las recreaciones era elegre y expansivo. En los estudios aplicadísimo y muy aficionado a la predicación, por lo cual ya pronosticaban los Padres que sería gran predicador, empezando a ejercitarlo ya entonces, en los Domingos de adviento y cuaresma, cuando le tocaba. Su devoción a la Virgen Santísima era grande: casi siempre llevaba el rosario en la mano y lo rezaba con gran devoción y fervor, y como el cielo lo había dotado de clara, dulce y sonora voz, ello contribuía a que los demás connovicios trataran de igualarle en el rezo del santo Rosario, formando un armonioso coro. Si tenía algún rato libre lo dedicaba la oración, a la cual fué muy aficionado. Todos los connovicios lo teníamos por un santito». Así se expresaba su connovicio citado, P. Comas.

Admitido nuestro ejemplar novicio a la Profesión religiosa, con gran complacencia de todos los Padres, empezó formalmente y de lleno los estudios, combinándolos de tal modo con la observancia que servía de confirmación a la máxima incalculada por el P. Maestro al empezar los estudios: «Estudiar como si no hubiere coro, asistir

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

a coro como si no hubiere que estudiar».

Su vida desde este acto de consagración perpetua a Dios, fué algo más que ejemplar, fué modelo. Su inocencia, obediencia y humildad daban el compás a las demás virtudes cristianas y religiosas. Su espíritu de observancia no sólo se extendía al cumplimiento de los votos, si que también a Constituciones de la Orden, tal como están escritas, sin faltar a ninguna de ellas; ensayo que ya hizo durante su noviciado. Su amor al estudio corría parejas con su afición a las cosas espirituales, tomándole como medio y no como fin. Se conducía en la cátedra y en los actos literarios con moderoción tal que nunca se le veía enojado ni aferrado a su paracer, ni siquiera contrariado. Esta conducta le hacía ser, a todos, sumamente simpático y querido.

Se conducía de tal manera que, sin hacer nada extraordinario, atraía las miradas de todos, trascendiendo hasta a los Superiores, quienes prendados de su prudencia y observancia frecuentaban su trato y le nombraron vigilante y pedagogo interino en las ausencias del efectivo.

Fué nombrado cantor mayor, cuyo cargo le produjo exceso de cansancio y fatiga,

pues, además de los trabajos encomendados tenía que enseñar los cantos. Al poco tiempo sintióse mal del pecho, y segun él mismo refirió, creía que había arrojado sangre; por lo cual consultó el caso con su confesor si debía renunciar el cargo. Aquel le preguntó, quién le ha puesto a cantor?...«La obediencia» contestó.—Pues la obediencia, replicó el confesor, le conservará la salud». Desde entonces se le quitó el dolor que sentía y a pesar del mucho predicar y cantar, jamás pensó en dejar el cargo. Qué cosa es la obediencia!, solía decir él a las Hermanas al referirles este suceso.

Era muy caritativo con los pobres y siempre dejaba alguna parte de su ración (comida) para ellos. Por su buen comportamiento se le dispensó la edad para recibir las órdenes sagradas, de lo cual no pudo aprovecharse por los azares de la guerra.

CAPÍTULO VI

Exclaustración

El 10 de agosto de 1835 el Jefe político de Gerona, intimó a los Padres Dominicos de aquella ciudad la orden de abandonar el convento en el término de 24 horas. Estaba

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pues cumplido el profético anuncio del corista Fray Francisco Coll, al condiscípulo que le preguntó en cierta ocasión, si perseverarían los frailes, a lo que contestó: «No, porque no hay observancia». La falta de observancia y la tibieza en el servicio de Dios, basta para armar el brazo del Altísimo y provocar su justa indignación.

Comunicada la orden, el P. Superior dió a cada uno de los Religiosos una pequeña cantidad de dinero (8 duros) para que se comprasen traje de seglar, pues la premura del tiempo no permitía más. Así, afligidísimos se despidieron con la esperanza de que pronto se volverían a reunir.

Grandes y terribles fueron las contrariedades y trabajos que tuvo que sufrir por causa de la exclaustración, puesto que se encontraba lejos de su pueblo y familia, sin recursos de subsistencia, sin conocer a nadie, ni saber a que personas dirigirse para pedir auxilio, con el natural encogimiento del caso no se atrevía a hablar a nadie por temor de ser descubierto. Para colmo de desgracias, tenía que dirigirse, para ir a su pueblo, al sitio donde era el hervidero o foco de pasiones político-religiosas, a la plana de Vich, y a la falda de los Montes Pirineos. En el camino encontró a los revolucionarios, los cuales al verlo a veces decían: «Este se parece a los frailes, matémosle» y le obligaron a que los siguiese. Al pasar cerca de una casa de campo salió una mujer y al ver que llevaban al incauto e indefenso joven les dijo: Por que lleváis preso a este inocente joven? Dejadlo; venía a decirme si yo quería ir a su casa para hacer morcillas». Con esto lo soltaron y la mujer se quedó con él hasta que estuvo en salvo, desapareciendo luego dicha mujer sin que supiera quien era.

Cuando el P. Coll refería este suceso añadía: «La Virgen se valió de aquella buena mujer para que no me matasen, pues, si me hubieran registrado habrían encontrado los papeles de fraile y sin duda me hubieran fusilado».

Apenas llegó a su pueblo tuvo que luchar con dos poderosos enemigos, la escasez de recursos y la persecución contra los frailes. En el pueblo era conocido y sabido que nuestro joven había sido echado del convento, siendo para sus adversarios contraseña de odiosidad.

A fin de normalizar su situación tan aflictiva, se juntó con otro Religioso Agustino, y vestido de seglar vivían en una al-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dea, o casa de campo, en donde esperó ocasión propicia para trasladarse a Vich, continuar sus costosos estudios y completar la carrera eclesiástica, puesto que no la tenía terminada al salir del convento, sin embargo tenía consigo los papeles autorizados para recibir el Presbiterado, según consta en el libro-registro de Provincia, con fecha de Enero de 1836.

Calmada algún tanto la revolución o persecución determinó reanudar con ahinco sus estudios y poner en juego el pensamiento que, desde su salida del convento, ocultaba en su imaginación, y era el de volver a casa Puigsasllosas, en Folgarolas, donde fué recibido con cariño y sumo aprecio. En la mencionada casa, Puigsasllosas, estuvo cuatro años, conciliando la enseñanza de la familia de la casa con el estudio de la Teología en el Seminario de Vich; reanudando sus antiguas y diarias peregrinaciones de Puig sasllosas a Vich y de Vich a Puigsasllosas, según se dijo en el capítulo segundo.

No olvidaba, sin embargo, el hermoso hábito Dominicnao, el cual vestía siempre que se presentaba ocasión propicia para ello, especialmente en actos del culto católico.

CAPÍTULO VII

Clérigo

Vencidas las dificultades de los tiempos el P. Coll pudo ser ordenado de Sacerdote el 19 de Diciembre de 1839, según consta en los libros de la secretaría del Obispado de Vich, celebrando su primera Misa en la capilla de San Jorge, perteneciente a la familia de Puigsasllosas.

Desde que fué ordenado de Sacerdote, Presbítero, no es fácil referir su vida, puesto que se compenetró de la altísima dignidad de que había sido investido, a la cual no llegó por miras humanas sino convencidísimo de las obligaciones que ella impone y los sublimes poderes que confiere.

Celebraba con suma devoción, todos los días la santa Misa, exhortaba a la servidumbre de la casa a la frecuencia de Sacramentos y edificaba a los moradores de aquel afortunado hogar y al pueblo entero. Predicaba todos los Domingos el Evangelio en aquella Capilla, se sentaba en el confesonario, visitaba y consolaba a los enfermos, ejercitando, por lo tanto las obras de misericordia espirituales y corporales, como si realmente tuviese cura de almas. Llamaba la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

atención por la unción de sus palabras y exclamaciones al cielo, por sus comparaciones y aplicaciones, las que causaban no pequeña impresión y presagiaban al Misionero.

A pesar de lo mucho que trabajaba en bien de las almas, su celo no quedada satisfecho, ni su conciencia tranquila, por parecerle que no correspondía a la gracia que Dios le había concedido. Luchaba dentro de sí sobre la resolución que debía tomar. Por una parte creía que cometería una ingratitud si abandonaba la familia de Puigsasllosas, de los que tantos favores había recibido, y por otra creía que otras almas pedían su auxilio. En medio de dichas perplegidades, y habiéndolo encomendado mucho a Dios, se presentó al Sr. Vicario Capitular y le expuso, con la sinceridad de un niño, en él característica, el caso que él creía de conciencia.

Después que el Vicario Capitular lo hubo oído le dió a escoger el cargo aclesiástico que más le pluguiera; pero él contestó: «Para mí el mejor es la obediencia». Insistió el Sr. Vicario Capitular en que el mismo optase. Replicó el P. Coll que él optaba por la obediencia». Al fin vencido por las instancias del Vicario Capitular, le comunicó su

proyecto. Este consistía en que dicho Sr. Vicario le escribiese una carta, llamándole la atención sobre la vida cómoda que llevaba en Puigsasllosas la esterilidad de la gracia recibida en el Presbiterado. El plan fué aceptado y a los pocos días el P. Coll recibió una carta del Sr. Vicario Capitular lamentando su retraimiento en circunstancias tan necesarias de Ministros del Señor, para procurar la salvación de las almas, y que lo pensase delante de Dios. Apenas recibida la carta la mostró a los Señores de Puigsasllosas, los cuales, aunque con profundo sentimiento, le aconsejaron que se pusiere enteramente a la disposición del mencionado Vicario Capitular o (Sr. Obispo). De este modo, sin lastimar a sus buenos bienhechores, pudo dar rienda suelta a su celo, que reclamaba más amplios horizontes, habiendo permanecido en aquella casa, de maestro y capellán, cerca de cinco años, desplegando su celo en bien de las almas y dando ejemplos de extraordinarias virtudes, como queda referido.

A los pocos días fué nombrado Vicario del pueblo de Artés, cuyo cargo desempeñó por algunos meses, con celo y prudencia indescriptibles, con notable provecho espiri-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tual de los habitantes del mencionado pueblo y de los de sus cercanías, que acudían a la fama de las virtudes del joven Vicario. Dios, sin embargo, lo tenía destinado para mayores cosas y su campo de acción fué la villa de Moyá, a donde fué provisoriamente trasladado en desempeño de su Sagrado ministerio, en cuya Villa no había ningún Sacerdote, por haber tenido que salir todos a causa de la gran catástrofe que había sucedido por efectos de la guerra civil, habiendo sido presa del pillage, de la devastación y sobre todo, se hallaba desolada y enconadísima por los odios fratricidas, habiendo sido degolladas gran parte de las personas de ambos sexos, prisioneros de guerra la mayoría de los hombres y estaban sumidos en la mayor desesperación por haber quedado sin hogar, sin vestidos ni alimentos a causa de haber sido incendiada la población. El Padre Coll se presentó a un Concejal del Ayuntamiento y le ofreció sus servicios desinteresadamente, cuya proposición fué aceptada, y más adelante fué nombrado Coadjutor de dicha Villa. Intachable en su conducta, se trazó un método de vida que, por su extensión y exacto cumplimiento, le hizo acreedor a la fama de modelo de clérigos. A Dios

consegraba todas sus primicias: se levantaba muy temprano teniendo que esperar muchas veces que abriesen la iglesia, a donde iba para hacer su oración, celebrar la santa Misa, lo que hacía con edificante fervor, y administraba los santos Sacramentos a los que se presentaban. Auxiliaba espiritual y corporalmente a todos. Organizó horas de catecismo para niños y niñas, instituyó el mes de María, que practicaba en el altar de la Virgen del Rosario, reorganizó las cofradías de la Minerva, del Santo Rosario, de la Virgen de los Dolores, etc., etc., predicando gratis, en las iglesias en días festivos, dos o tres en el mismo día. En el confesonario era tan asiduo y constante que a veces ni tiempo tenía para atender a sus necesidades más apremiantes. La población en general lo apreciaba y hablaba de él con elogio. Era muy pobre, porque todo lo repartía entre los necesitados y hasta algunas veces se quedaba sin comer por dar su comida a los pobres que acudían a su casa. Los mendrugos de pan secos, los llevaba a veces en el bolsillo y los comía al ir de un pueblo a otro, remojados en agua; lo que hacía para practicar la virtud de la santa pobreza, que había profesado y que observó toda su vida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al llegar a los pueblos lo primero que hacía después de visitar a Jesús Sacramentado en la iglesia parroquial, era enterarse si había algún enfermo y de en donde vivía, e iba a visitarles. Puede decirse que era el padre de los pobres y el consuelo de los afligidos; el bálsamo eficaz de almas y cuerpos! Cuantos acudían a su humilde casa, que eran muchos, recibían con la limosna corporal la espiritual; el consuelo y el recuerdo del cielo. Recomendaba a todos, con singular confianza y ternura, la devoción a la Santísima Virgen por medio de la simpática oración del santísimo Rosario y rezo de las cinco salutaciones y Ave Marías en honor del nombre de María. Con los niños era cariñosísimo y siempre lo estaban esperando grupos de ellos por donde sabían que tenía que pasar, lo mismo en su casa que en la puerta de la iglesia. A todos atendía y contestaba a sus preguntas y les decía: Has rezado a la Madre de Dios? Queréis ir al Cielo? Les repartía estampitas y los invitaba a ir a la doctrina, lo que hacía que cada día aumentase el número y concurrencia de ellos, con lo cual tenía más oportunidad para enseñarles el camino del cielo. Tenía el recuerdo del cielo tan presente que a todos lo recordaba.

Cuando saludaba a la gente, lo mismo que cuando los niños le besaban la mano, solía decirles: «Quieren ir al cielo?» Cuando daba limosna y el favorecido le decía: «Dios se lo pague» contestaba él: «Hermano, al cielo, al cielo, ¿queréis ir al cielo? Lo que demuestra cuan fija tenía aquella máxima de San Pablo: «No tenemos en este mundo mansión permanente». El P. Jaime Clotet, Misionero de los hijos del Inmaculado Corazón de María, que fué compañero del P. Coll en la predicación de muchas misiones, decía que: El trato del Padre Coll era el de ser un hombre muy espiritual y favorecido de Dios, y como de la abundancia del corazón habla la boca yo juzgo que aun viviendo en la tierra, su inocente alma estaba más en Dios que en asuntos, sin dejar por eso de tratarlos con el recto fin que se debe suponer en tan buen Religioso. Nunca vi que el Padre Coll se quejase ni del rigor de la estación ni del cansancio: sus conversaciones eran de cosas espirituales, dichas con grande naturalidad y unción».

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VIII

Misionero

Aun cuando nuestro buen P. Coll hacia mucho bien a las almas, no estaba, sin embargo, satisfecho su ardiente y magnánimo corazón, porque Dios le daba a conocer que su misión en bien de las almas, no estaba limitada a la vida parroquial, sino que debia trabajar en el ministerio apostólico: no abandonó, por consiguiente, el servicio de parroquia para descansar sino para más trabajar.

Dicho queda que durante aquella época cultivó todas las virtudes, sobre todo la Religión con Dios, las obras de misericordia con el prójimo y la mortificación consigo mismo. A Dios consagraba las primicias; al prójimo se daba por entero; para sí reservaba el trabajo y castigo. El amor de Dios agitaba al joven Misionero, y no le dejaba descansar, como que su alma había nacido para el apostolado. Expansiva como la verdad, henchida al mismo tiempo de entusiasmo y de amor, difundía en torno suyo los sentimientos en que rebosaba.

Ya queda dicho que siendo aun muy niño, a imitación de Fr. Luis de Granada y de San Vicente Ferrer, arengaba desde los

bancos y sillas a sus compañeros de juegos de infancia; los cuales obedecian a ese pensamiento infantil de su futura grandeza, pues sabido es que en el alma de los grandes hombres que gustan todavía los encantos de la vida, ocurren a veces, ciertas como apariciones de sus destinos.

Difícil es compendiar cuantas noticias hay referentes a la Predicación del P. Coll e imposible contar las poblaciones que fueron adoctrinadas con sus santas y saludables enseñanzas, y más difícil aun contar las conversiones obradas con su palabra de fuego las cuales no se sabrán hasta el día del juicio final.

El modo de misionar del P. Coll era de privaciones; pero muy provechosas y a propósito para ganar almas. Su morada no era la Rectoría o casa del Párroco sino un piso o casa particular que proporcionaban el Párroco o el Ayuntamiento. Vivía solo, excepto cuando iba acompañado de algún otro Misionero que, entonces acostumbraba llevar consigo a un criado. Las gentes de la población les suministraban los alimentos, y si algo les sobraba al fin de la Misión, lo repartían a los pobres.

Entraba a los pueblos con un estandarte

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la Virgen del Rosario y rezando tan santa oración (el Rosario) se dirigía a la iglesia, subía al púlpito, anunciaba la hora de la procesión por la noche y el orden de las funciones de la Misión.

El fervor con que predicaba, las palabras atinadísimas con que expresaba los más abstrusos conceptos, las acciones exteriores con que acompañaba sus palabas y aquellos giros desusados que, contra todas las reglas de la retórica daba frecuentemente a sus sermones, efecto eran del grande amor al prójimo que del mucho amor que a Dios tenía le resultaban. Consecuencia también de este amor fué la grandísima compasión que, especialmente con los pecadores tenía. En verdad, que el bendito Padre, podía decir con San Ambrosio: «No es menor el amor espiritual que tengo a los hijos que engendré con la palabra del Evangelio, que si corporalmente los engendrara». Por esto lejos de imitar a ciertos predicadores que, con el terror ahuyentan las almas y las desesperan, hablando siempre del rigor de la Divina Justicia, o a otros que jamás usan otro lenguaje que del amor, templaba él el rigor de la Justicia con la suavidad de la misericordia, terminando siempre sus sermones con

aquel: «¡¡Al cielo! ¡al cielo!! que ganaba y movía los más endurecidos corazones.

Auxiliar de esta compasión era su grandísima mansedumbre y humildad, haciéndose, como el Apóstol, todo a todos para ayudarlos a todos, consolando a los tristes, esforzando a los flacos, animando a los fuertes, socorriendo a los tentados, enseñando a los ignorantes, despertando a los perezosos y levantando a los caídos; no con ira, sino con mansedumbre. Efecto y auxiliar de este amor eran, a la vez, también las grandísimas mortificaciones con que, a imitación de Nuestro Padre Santo Domingo, castigaba su inocente cuerpo, mereciendo con ellas especial asistencia de Dios, y quitando los obstáculos que ante las gentes, suelen oponer la vida regalada del predicador.

El Rdo. P. Ignacio Perramón, compañero de predicación del P. Coll, dijo de él: «La fé del P. Coll era viva y constante, como lo prueba la manera de predicar las verdades eternas. Casi en todos los sermones decía que habíamos sido criados para el cielo, y como dicho queda, con iguales palabras terminaba sus sermones, las cuales pronunciadas con la unción que él solo tenía, enternecían los corazones de los oyentes, hasta derramar lágri-

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas. A las exclamaciones de «Al cielo, al cielo, solía añadir: «A la vida eter...na!, eter...na, eter...na. A la gloria eter...na, a la bienaventuranza eter...na, eter...na, eter...na! Añadía inmediatamente el acto de contrición con aquella palabra sentimental, que brotaba del amor, y dábase grandísimos golpes de pecho, que parecía tenía que hundírselo con ellos, y con esto, las lágrimas que antes habían asomado a los ojos de los oyentes, corrían en abundancia.

La salvación la hacía fácil, mediante los santos Sacramentos y la intercesión de la Santísima Virgen. Predicaba a lo apóstol, como acostumbran a decir algunos, cuando se predica con sencillez: en general predicaba para el pueblo y éste correspondía.»

Según el P. Comas, compañero de nuestro P. Coll, los sermones y misiones del buen Misionero Francisco, eran acompañados de mucho fruto; usaba de muchas expresiones, oportunas comparaciones y ejemplos. Pasaba la mayor parte del día en el confesonario. Terminado el sermón volvía a ponerse para atender a los penitentes y acostumbraba señalar días para los hombres, tanto para la predicación como para las confesiones. Para animar a la perseverancia en la práctica

del bien, excitaba a la devoción del rezo del santo Rosario, consiguiendo que se alistasen millares en el Rosario perpetuo».

Como ya indicado queda, la elocuencia del P. Coll era naturalmente evangélica. Para esto evitaba los extremos viciosos, que hacen empalagoso el sermón, ridículo al predicador y despreciable la divina palabra. Detestaba la hojarasca de voces huecas que nada dicen y huía de cierto laconismo que, a fuerza de breve, hace inútil cuanto dicen.

En una palabra practicaba al pié de la letra aquella conocida regla de San Agustín: «El que enseña debe excusar las palabras que no enseñan». Puede compendiarse la predicación del P. Coll, en esta norma: «Eran sus delicias las obras de piedad y el »uso de manjares que crían para la eterni»dad. Alegrábase de poder dar de comer a »los pobres y deleitábase en vestir a la des»nudez ajena con la ropa necesaria. Sen»tían su ayuda la humanidad de los enfer»mos, y la flaqueza de los dolientes y los »trabajos de los desterrados y la orfandad de »los pobres «cuya norma trazaba San León Pa»pa». Como hombre todo de Dios y siguiendo a Jesucristo en sus sermones, cuando el espíritu divino y celo lo agitaban, rompía brus-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

camente el hilo del sermón y se engolfaba de lleno en sublimes arengas a la virtud y diatribas contra el vicio, o en amorosos coloquios con la Virgen Santísima; y aun en estas mismas digresiones se mostraba tan oportuno, que parecía un profeta o un pescador que, después de haber tendido la red para coger los peces de una cascada, ve en el remanso uno muy grande y dejando como olvidada la red, tira el anzuelo para pescarle. Ninguno que lea sus pláticas tildará de seperficiales, ni de desordenadas sus conferencias. El P. Coll trataba la palabra divina como un Sacramento; pero como un Sacramento en que el Sacerdote tiene más eficacia personal que en los demás, y, que exige mayor trabajo con igual respeto.

La Sabiduría divina le inspiraba cual debía ser su conducta, por lo mismo tuvo mesura en todos sus actos; mesura en los estudios, en el confesonario, en el púlpito, en el trato con el mundo y en el régimen de la Congregación que fundó. Lejos de abismarse en el estudio, como si fuera el fin del ministerio sacerdotal, lo consideró solamente como medio que conduce al fin, y que debe ser sacrificado, siempre que a la consecución del fin no concurra, pues sabía muy bien que

la caridad sin ciencia en un ministro del Evangelio, es un cuchillo en las manos de un niño, un veneno a disposición de un loco, o madre de los mayores errores. Se dedicaba, como se insinuó, con ahinco, sin interrupción al confesonario, piscina en donde se lavan las inmundicias todas, escuela donde a cada uno se le enseña en particular; tribunal el más grande después del tribunal del cielo; pero con método, después de haber tenido su oración, haber celebrado, haber rezado su oficio divino, haber ilustrado su entendimiento con el repaso de la moral y haber pernoctado con Dios. Para que su modestia brillase en todo no conocía la aceptación de personas, ni distinguía de estados ni clases: si alguna preferencia hacía era en favor de los pobres, enfermos y niños como era público y notorio. Ni fué menos modesto en la predicación como lo atestiguaron muchas personas que oyeron sus sermones (incluso la que esto escribe) que tuvo la dicha de oirle, confesarse con él y consolarle algunas veces cuando estaba enfermo. Y como si esta modestia fuese insuficiente aun cuando predicaba oportuna e inoportunamente, escogía las circunstancias más favorables y los días más oportunos, para anunciar la palabra de Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Su modestia en la acción, pronunciación y comportamiento, prestaba los encantos del ejemplo. Citaba hechos y virtudes de los Santos y muchas personas, especialmente niños, decían: «Cuantos amigos santos tiene el Padre Coll».

Sería una temeridad pretender enumerar las virtudes apostólicas con que llevó a cabo el santo ministerio; pero es indispensable referir algunas de las muchísimas que poseía. Empezando por su presencia física. Era de estatura más bien alta que baja, voz sonora y armoniosa, acción libre y desembarazada, porte exterior sencillo y atractivo, sensibilidad exquisita. Estaba dotado de imaginación abundante en comparaciones, memoria retentiva, entendimiento naturalmente práctico, voluntad enérgica e inflexible.

A estas dotes naturales añadía Dios, ciertos prodigios que denunciaban su sobrenatural intervención, cooperando así con palpables prodigios. El pueblo lo tenía por un santo: algunos le decían «el buen Dios» por motivo de que con mucha frecuencia exclamaba «Buen Dios».

Refiere un testigo de vista, Marcos Heras, que acompañó al P. Coll, como criado que

»yendo a predicar una Misión a Borredá, un »poco antes de llegar al indicado pueblo »se apartó del camino y se detuvo. Yo »dice, cuando estuve un poco distante de él, »me senté y miré que hacía, y ví que esta»ba en el mismo sitio, accionando a manera »de defenderse, como si tuviera alguna lu»cha con alguien, durando la pelea como un »cuarto de hora, proximamente. Cuando lle»gó donde yo le esperaba me dijo, si me ha»bía asustado, y añadió: A veces me pasan »cosas que uno no sabe como salir de ellas, »diciéndome, al propio tiempo, que no habla»ra a nadie, yo, de ello. Predicó por espa»cio de diez y ocho días, asistiendo a los »sermones mucha gente de los pueblos veci»nos, hasta de cuatro leguas de distancia. »En uno de sus sermones dijo que nunca le »había sucedido lo que al antrar en Borredá. »Predicó con tanto fervor que se convirtie»ron muchos. Durante el sermón, algunos »días decía: Por la dureza del corazón de los »borredaneses, Jesús mío, acepta esta bofe»tada, y se la daba tan fuerte que hacía »estremecer». Hasta aquí el citado Marcos Heras.

Una Señora digna de crédito dijo: «Que »predicando el P. Coll en Villanueva y Gel-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»trú, el sermón del Ecce Homo, se quedó al»gunos monentos parado, y admirados los »oyentes, vieron que se había quedado en »forma de un crucifijo».

Predicando un novenario en la villa de Gironella y lamentándose de haber fallecido un hombre sin haber querido confesarse, el demonio por boca de una mujer endemoniada que se hallaba entre el auditorio, levantó un grito diciendo: «Es mío, es mío» lo cual oyeron cuantas personas estaban en la iglesia.

Predicaba el P. Coll un sermón en el pueblo de la Gleva, después de haber predicado un septenario en San Hipólito. El sermón fué sobre los malos libros, extendidos en aquella época por todas aquellas poblaciones. Entusiasmado el P. Coll, entre tantas cosas buenas como aconsejaba, era decir que, quería que le trajesen todos aquellos libros malos que tenían, que él ya tenía muchos en su poder; pero que aún le faltaban algunos y no quería que quedase ninguno, puesto que por ellos tantos se habían corrompido. En esto se oyó una voz fuerte salida de una mujer que estaba en frente del púlpito que dijo: «No lo conseguirás». El P. Coll paró un momento y viendo que aquella

mujer continuaba gritando y echando maldiciones, causando espanto a los oyentes; le habló en latín, contestándole ella en el mismo lenguaje. Después de haber así hablado un rato, el P. Coll mandó que la sacasen de la iglesia. Al acercarse a ella el Sr. Cura Vicario, la mujer le gritó que no le tocase, pues no saldría. El Vicario le echó la estola al cuello y a la fuerza la hizo salir. El Padre continuó su sermón con su natural energía y fervor, haciendo notar a los fieles la rabia del demonio por ver que se desprendían de aquellos malos libros, porque se les escapaban de sus garras. Hizo gran fruto.

Predicando en el pueblo Pirineos de Francia diócesis de Urgel, dijo en un sermón que «los demonios en el infierno tenían atados con cadenas a los infelices condenados». Al pronunciar estas palabras cuatro mujeres, hermanas todas, que eran energúmenes, colocadas en cuatro sitios distintos, todas a una vozgritaron: «Calla, charlatán». Un murmullo de susto y de terror se apoderó de todo el editorio; pero el Padre sosegó a todos diciendo: «Nadie tenga miedo a eso, es el demonio». El día siguiente sucedió lo mismo; pero el predicador dijo: «Enmudece» y se calló y no se volvió a oir ningun otro día.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Saliendo de predicar el P. Coll del pueblo de Esterri, se dirigió al pueblo Xil. Le salió al encuentro una de aquellas mujeres que habían interrumpido sus sermones y desde un monte, por el que había de pasar el P. Coll, echándole piedras le decía: «Me las hurtarás todas, como en Esterri; pero en marchando tú los recobraré». Al regresar gritó de nuevo la energúmena: «Todos me los has llevado menos uno; más yo con la usura los recobraré», y echaba terribles maldiciones.

El demonio hizo bravísima guerra al P. Coll, debido sin duda a la rabia que le tenía por las almas que le quitaba. Voy a referir algun caso en confirmación de lo dicho, lo que haré con las mismas palabras de los testigos respectivos.

En cierta ocasión, en el pueblo de Artés, se hallaba el P. Coll, revestido para decir Misa y a punto de celebrar, cuando se le presentó un hombre pidiendo le confesase, pues, según él, tenía la conciencia muy enredada y le faltaban pocas horas para irse al infierno. El Padre le confesó antes de decir Misa y una vez sentado en el confesonario éste, confesor y penitente fueron arrestrados por toda la iglesia, oyendo como el

demonio, a voces reclamaba su presa, diciendo que aquella alma era suya: de lo cual resultó la conversión del penitente y después se hizo religioso.

Contó el mismo Padre que confesando una vez a una mujer ésta le dijo: «Mire, Padre, que me llevan». El Padre le dijo: «Tome la estola y no tema». Rodearon, como en el caso anterior, toda la iglesia. El Confesor le decía «No tema, que fuera de la iglesia no saldremos». Así sucedió, pues después de haber dado toda la vuelta por la iglesia los dejó.

No es menos extraño el caso siguiente que él contó y es que en cierta ocasión se sentó a confesar a las cuatro de la mañana y hasta las doce, no pudo saber si el que se acercó como penitente, era hombre o demonio».

Dando Misión en la villa de Manlleu, los dueños de las fábricas las cerraron una mañana, a fin de que los operarios pudiesen confesarse sin perder el jornal. Dos de éstos habíanse convenido para ir juntos a la iglesia para confesarse con los Padres Misioneros, en aquella mañana. Llegada la hora convenida, se presentó uno de ellos. En el pórtitico de la iglesia encontró a su dicho

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

compañero, a quien invitó a que entrase con él a la iglesia. Resistióse dicho compañero pretextando dificultades, acabando por decir que de ninguna manera se confesaría aquella mañana. Pues yo, dijo el otro no quiero volver sin confesarme; y sin más palabras se dirigió a la iglesia. Al llegar a la puerta sintió en su cuerpo una convulsión tan extraordinaria que no lo dejaba pasar adelante. Apercibiéronse las personas que fuera y dentro estaban, y le decían que dejase el paso libre; pero él contestaba que no podía. El sacristán de la iglesia fué a ver cual era la causa del desorden que había y enterado de ello fué a comunicar al P. Coll lo que ocurría, el cual salió del confesionario, se acercó al joven, y le exhortó a que entrase a la iglesia y se confesase. Cosa extraña!! Apenas el P. Coll lo tomó de la mano, el joven lo siguió como si nada hubiese pasado, causando todo ello no poca admiración y compunción a la vez a cuantos presenciaron lo sucedido. Al día siguiente encontrándose el joven ya confesado, con el otro compañero, le preguntó por qué el día antes estando ya en el pórtico de la iglesia se había marchado sin confesarse?—Yo, le contestó, estaba en el pórtico? si no me moví en toda la mañana de mi casa. ¡Insistía el confesado afirmando; replicaba el otro negando; formalizóse la conversación y resultó, en efecto, que el citado compañero no había salido de su casa. Sorprendido entonces el confesado se presentó al P. Coll y le expuso lo sucedido el cual le dijo: «Que »cuando quería entrar para confesarse, el »Angel de la Guarda le tiraba para adelan»te para que entrase, y el demonio para »atrás dejándole casi inmovil». Cayó entonces en la cuenta el confesado, que aquel su supuesto amigo, del pórtico, era el demonio, que trataba de disuadirle de la confesión, y, cuando más no pudo, impedía su entrada en la iglesia, a fin de que no se confesase.

Sucedió, al P. Coll, un caso muy parecido al que se cuenta del Beato Agustín de Buguela a un niño muerto en Soncino, sin bautismo. He aquí como él mismo lo había referido. «En cierta ocasión se presentó, al Padre, una joven y le declaró que había tenido un niño y que, a fin de que no se supiese, lo había enterrado en un hoyo del sótano. El Padre le dijo que fuese por él y que se lo trajese. A lo que contestó ella que ya habían pasado cuatro años; a lo que replicó el Padre, que no importaba, que hiciese lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que le mandaba. Va ella, quita la piedra y se encuentra una serpiente. Se asusta la joven, va de de nuevo al Padre y le explica lo que le ha pasado. De nuevo la manda que se lo traiga, y le dice que se la ponga en el delantal, pues que sin tocarla se le pondría en él. Lo hizo así, llevándosela al Padre, según éste le había mandado, y se la mostró. Entonces él le dió su bendición y se convirtió en un niño, como de cuatro años, y el mismo Padre lo bautizó». La joven, madre del niño, autorizó al Padre para que publicara el hecho.

Debían ser muy frecuentes los tropiezos que el P. Coll tenía con los demonios, pues escribe una Hermana (Hna. Miró) que él mismo le contó que: «Subiendo una vez la montaña de Santaliña, oyó una horrible voz que le decía: «Ladrón de almas, ladrón de almas», a lo que él contestó: «Y las que te robaré». Luego se le puso por adelante un gran perro, que hacia ademán de morderlo, y no lo dejaba caminar, al cual no consiguió ahuyentar sinó con el Rosario.

La misma Hna. Miró escribió que: «Sa»liendo el Padre Coll de predicar (no dice »de donde) tres o cuatro hombres le suplica»ron que los oyese en confesión, pero que no

»querían ser vistos, y al efecto se dirigieron »fuera de la población; dentro de un bosque »no lejano de ella. Cuando lo tuvieron allí »le dijeron que no querían confesarse, que, »lo que querían hacer era matarle. El Padre »les dijo que: «bien; pero que le dejasen re»zar el acto de contrición», a lo que accedieron; pero antes de terminarlo le dieron tres puñaladas las que recibió el Santo Cristo que llevaba debajo de la sotana! Entonces el Padre sacó dicho Crucifijo, del que manaba sangre, y mostrándolo a los criminales les dijo: «Mirad desgraciados, a quien habeis herido con las puñaladas!!! Entonces se conmovieron, se convirtieron y se confesaron con él.» (El mencionado Crucifijo se guarda en la casa Matriz de la Congregación de la Anunciata. (España.)

Predicando en Artés el P. Coll, siendo ya media noche, le llamaron unos hombres para confesar a un enfermo, de gravedad. Deferente el buen Padre con la súplica, dió orden que le abriesen la puerta para ir inmediatamente a donde estaba el enfermo en compañía de los que le llamaban. En cuanto estuvieron un poco alejados del pueblo le dijeron resueltamente sus intentos de quitarle la vida. Al oir esta inesperada propuesta sin

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vacilar les contestó: «Cuando querais:» Mas al ver ellos tanta serenidad, se miraron el uno al otro, se convirtieron y pidieron confesarse, movidos por las exhortaciones que el mismo Padre les hizo.

Tantos sucesos propalados entre las gentes acrecentaban el prestigio del buen Padre y le hacían aparecer grande en obras y en palabras, sirviéndose Dios de ellos para confirmar su misión. A él acudían enfermos de cuerpo y de alma pidiendo remedio en sus necesidades y podemos decir que fué honrado por Dios, aun en vida, con la gracia de protejer la vida de los que confiaban en sus oraciones. También declaró en forma profética algunos hechos!

Vivía en San Andrés de Palomar una familia llamada Campanyá, la cual declaró que la madre política de la Señora, se puso enferma de gravedad, de manera que se le administraron todos los últimos Sacramentos, en la creencia que iba muy pronto a morir, según dictámen facultativo. Afligida dicha familia, con el temor de perder a su madre, lo comunicaron al P. Coll: él les escribió animándoles y diciéndoles que no moriría de aquella enfermedad y que otra sería la que la llevaría a la otra vida. Así

se verificó: la enferma sanó, vivió unos años y murió de otra enfermedad, según el Padre había predicho.

Cuatro años antes de que él falleciese predijo las penas que él había de pasar y dijo también que moriría en el Hospital, como se verificó, a pesar de que no había entonces motivo alguno que indicase lo que había de suceder, antes, humanamente, todo lo contrario.

Cuando era aun niño, como de doce años, estando un día algo triste y lloroso le preguntaron por la causa, a lo que contestó que, porque tenía el presentimiento de haberse muerto su madre, a la que tanto quería. Al día siguiente llegó la confirmación o noticia del previsto fallecimiento.

Viniendo del pueblo de Olot el P. Coll, se encontró con un arriero, el cual al ver al buen Padre, con tono de insulto y gestos fáciles de suponer, le dijo si quería confesar a sus machos que guiaba. El Padre, lejos de inmutarse ni mostrar disgusto por el sacrílego insulto, tomó pretexto de la sarcástica bufonada para hablarle de la confesión y le dijo: mejor que te confesases tú, que hace ya veinte años que no lo has hecho.» El arriero se confesó con él y fué en lo su-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cesivo un entusiasta del P. Coll. El mismo refirió el hecho y decía: «En cualquier parte que yo supuiese que predicaba el P. Coll iría al sermón y, por oirle dejaría los machos en el camino, si en el mismo camino supiese en donde predicaba.»

Una Hermana, contemporánea del P. Coll, dijo que le habían asegurado que el virtuoso Padre tenía el don de penetración. Yo, dice, puedo asegurar de mí que, sin explicarme, adivinaba mi interior, tanto que, sin hablar salía del confesonario animada y consolada; hasta me daba consejos para el porvenir y como debía conducirme en lo futuro y después de su muerte. (Hna. Miró).

Otra cuenta que, cuando apenas tenía nueve años, fué a confesarse con el buen Padre Coll, con intención de pedirle si la quería admitir para Hermana, lo cual no se atrevió a verificar cuando estuvo en el confesonario, limitándose a confesarse solamente y nada dijo de su idea, que a nadie había confiado. Al terminar la confesión, el Padre le dijo: ¿Quieres algo? ¿No me querías pedir alguna cosa? Con lo cual quedó tan avergonzada que no osó hablarle más. Continuando, sin embargo, en su vocación de ser Dominica, tuvo la dicha de ingresar en la Con-

gregación por él fundada, cuando aún él vivía, y, del que obtuvo la inolvidable promesa de guardarle, en el cielo, una perla de su corona.

Predicando en cierta ocasión, en la iglesia de Manlleu, sobre el poder del Santo Rosario, el P. Coll, refirió el caso siguiente, a él sucedido.

Yendo una vez de camino encontró a dos contrabandistas que, huyendo de la justicia por lo que llevaban, no sabían donde esconder el fraude. El Padre, con su gran fé, les dijo que se lo diesen a él, y entre tanto rezarían el Santo Rosario todos juntos. Llegaron allí los perseguidores y preguntaron al Padre que era lo que llevaba; les contestó él, que, tal vez, serían alubias, porotos, y al querer ellos inspeccionarlo, encontraron efectivamente ser como les había dicho.

Si hubiera que referir cuantos hechos admirables ocurrieron al bendito Padre con motivo de sus predicaciones, misiones y novenarios, sería necesario acompañarle por todos los sitios y poblaciones en las que ejercitó su sagrado Ministerio, las cuales admiraron su celo y su apostolado, aprovechándose de sus santas instrucciones.

Cuantos tuvieron la dicha de conocerle y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

oirle no extrañaban que el Venerable P. Claret, amigo del P. Coll, dijese sin jactanciosa humildad: «Donde yo misiono, aún puede espigar el P. Coll; pero donde él misiona a »a mí no me queda que espigar». Preguntado por el citado V. P. Claret de donde sacaba los sermones, le contestó, con la candidez de niño, mostrándole un díptico, que tenía las imágenes de la Santísima Trinidad y de la Virgen de los Dolores: «De aquí.»

El Ilmo. Obispo de Urgel, Sr. Guardiola, hacía merecedísimos elogios de la virtud del celoso P. Coll y decía: «Dios nos dé muchos hombres Apostólicos como el P. Coll y Dios nos volverá la paz, que tanto necesitamos.

«El Rdo. P. Nofre, compañero de misiones en ciertas épocas de nuestro héroe, delante del referido Sr. Obispo, dijo: «El padre Coll es un santo muy grande, y dudo que nuestro siglo haya producido un varon tan lleno de amor de Dios y de amor a las almas» En otra ocasión decía hablando del mismo bendito Padre: «Yo nunca he visto predicador tan fervoroso, tan humilde y tan simpático y al mismo tiempo tan prudente, que arrastraba a todos cuantos le oían y les ganaba para Dios.»

Modulaba la voz como quería, la que tenía clara, y penetrante, que conmovía el auditorio de un modo admirable». Por todo lo cual no es de extrañar, según afirmó el citado Sr. Obispo de Urgel, que hasta de diez leguas de distancia, acudiesen las gentes a oir sus sermones, los que predicaba teniendo siempre el Rosario en la mano y el Crucifijo en el pecho, que escondía bajo de la sotana, casi siempre, al bajar del púlpito o al salir de la Iglesia.

CAPÍTULO IX

Fundación de la Congregación de las Hermanas de la Anunciata

En la práctica se aprende la doctrina práctica, y, como dice el refrán: el que navega en el mar, cuenta sus peligros. En los diez y ocho años de apostolado que llevaba el P. Coll, había aprendido no solo las enfermedades más ordinarias de las almas, sino las enfermedades crónicas de la sociedad y, lo que es más, las medicinas más eficaces para extirpar esas dolencias que, al parecer se habían apoderado del centro de la vida. La fé extinguida por muchos, vaci-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

oirle no extrañaban que el Venerable P. Claret, amigo del P. Coll, dijese sin jactanciosa humildad: «Donde yo misiono, aún puede espigar el P. Coll; pero donde él misiona a »a mí no me queda que espigar». Preguntado por el citado V. P. Claret de donde sacaba los sermones, le contestó, con la candidez de niño, mostrándole un díptico, que tenía las imágenes de la Santísima Trinidad y de la Virgen de los Dolores: «De aquí.»

El Ilmo. Obispo de Urgel, Sr. Guardiola, hacía merecedísimos elogios de la virtud del celoso P. Coll y decía: «Dios nos dé muchos hombres Apostólicos como el P. Coll y Dios nos volverá la paz, que tanto necesitamos.

«El Rdo. P. Nofre, compañero de misiones en ciertas épocas de nuestro héroe, delante del referido Sr. Obispo, dijo: «El padre Coll es un santo muy grande, y dudo que nuestro siglo haya producido un varon tan lleno de amor de Dios y de amor a las almas» En otra ocasión decía hablando del mismo bendito Padre: «Yo nunca he visto predicador tan fervoroso, tan humilde y tan simpático y al mismo tiempo tan prudente, que arrastraba a todos cuantos le oían y les ganaba para Dios.»

Modulaba la voz como quería, la que tenía clara, y penetrante, que conmovía el auditorio de un modo admirable». Por todo lo cual no es de extrañar, según afirmó el citado Sr. Obispo de Urgel, que hasta de diez leguas de distancia, acudiesen las gentes a oir sus sermones, los que predicaba teniendo siempre el Rosario en la mano y el Crucifijo en el pecho, que escondía bajo de la sotana, casi siempre, al bajar del púlpito o al salir de la Iglesia.

CAPÍTULO IX

Fundación de la Congregación de las Hermanas de la Anunciata

En la práctica se aprende la doctrina práctica, y, como dice el refrán: el que navega en el mar, cuenta sus peligros. En los diez y ocho años de apostolado que llevaba el P. Coll, había aprendido no solo las enfermedades más ordinarias de las almas, sino las enfermedades crónicas de la sociedad y, lo que es más, las medicinas más eficaces para extirpar esas dolencias que, al parecer se habían apoderado del centro de la vida. La fé extinguida por muchos, vaci-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lante en no pocos y muerta en la inmensa mayoría de los pueblos, anunciaba la ruina de las almas. La situación era desesperante. Que hacer para salvar del naufragio, a tantas almas que corren el inminente peligro de perderse? El P. Coll, se propuso salvar la situación fomentando el estado religioso; a este fin refrescó el antiguo pensamiento que había concebido ya, cuando era estudiante, de fundar una Congregación docente con distintos fines, que los miembros de ella observasen las reglas de la Tercera Orden de Santo Domingo, para educar a las niñas; y fomentar las vocaciones religiosas sobre todo entre aquellas jóvenes que teniendo aptitudes para la enseñanza, y vocación al estado religioso, no tenían campo ni medios para ejecutarlo.

En el año 1850 empezó a germinar en él dicho pensamiento y, para desarrollarle, obtuvo del Vicario Provincial de Aragón, Fray Domingo Romá, el 26 de Noviembre del indicado año, 1850, el nombramiento de director de la Tercera Orden en Cataluña, cuyo nombramiento le desligó, por completo, de residir en un sitio determinado, y fué considerado por él como gracia especial del cielo, que debía cultivar.

Desde entonces dos pensamientos cruzan sin cesar por su mente, dos deseos embargan su corazón, dos polos le atraen: predicar y fundar: fundar y predicar; porque consideraba la predicación como auxiliar de la fundación, y la fundación como complemento de la predicación. El proyecto, hablando humanamente, era sobrehumano, hablando religiosamente, era divino y como tal no debía carecer de los sellos que llevan las obras de Dios; la contradicción, como más adelante se dirá.

El objetivo del P. Coll, aun antes de instalar la primera casa Matriz, era cultivar las vocaciones religiosas y prepararlas para cuando la Divina Providencia dispusiera la oportunidad de dar comienzo al gran proyecto.

Llegó la hora y el buen Fundador alquiló una pequeña casa en la ciudad de Vich, en la calle Call Nou, y reunió las seis primeras postulantes, el dia 15 o 16 de Agosto de 1856, siendo Obispo el Sr. Ilmo. Antonio Palau, el que había autorizado verbalmente al P. Coll para hacer la fundación.

Apenas se dió este primer paso, el infierno puso en pié de guerra toda su artillería para destruir aquel santo hogar. Las pasio-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nes todas se desataron contra él y su santo Fundador, apelando al insulte, a la calumnia y hasta al público sarcasmo. Aun los íntimos del P. Coll se retiraron y lo dejaron solo.

Poco le hubiere importado aquella espantosa soledad, si no hubiera tenido que sostener verdaderas luchas hasta con las mismas personas afectas a su pensamiento; pero adversarias decididas y públicas de su oportunidad. En efecto, el Sr. Obispo admirador constante de su celo, después de haberle dado el permiso para realizar la fundación, cuando acaso creia imposible que se verificase, no se contentó con reprobar su pensamiento, sinó que hizo cuanto humanamente pudo para destruir lo edificado pretextando que su licencia había sido verbal y que había en la ciudad suficiente número de religiosas de enseñanza y le prohibió que las Hermanas llevasen el santo hábito. No contento con esto le llamó a su presencia y le dijo que desistiese y dispersase a las postulantes. El P. Coll con la majestad que la virtud, la bondad y oportunidad de la causa ofrecía, le contestó: «Ilustrísimo Señor, y sus almas? que haremos de sus almas?» Al fin después de súplicas y ruegos accedió el

Sr. Obispo a que continuasen reunidas y vistiesen hábito; pero sin toca. Para no contrariar dicha disposición en vez de toca llevaban un pañuelo blanco cuadrado que cubría la frente y colgaba para atrás a modo de velo, y una esclavina sobre los hombros. Así estuvieron las primeras Hermanas en los once meses que vivieron en la casa de la calle Call Nou.

El P. Coll en medio de aquella desecha borrasca no desfalleció; antes al contrario, alienta a las recién llegadas, reune nuevas vocaciones en sus misiones y novenarios, funda la primera casa filial en Roda y, al empezar el mes de Enero de 1857 se agregan a la reciente Congregación siete casas, con su personal, de religiosas Servitas. Sin embargo, seguian las pruebas, más el P. Coll continuaba impávido, reclutando vocaciones y conciliando voluntades, como general seguro de su triunfo. Poco le importaban los juicios humanos; las contradicciones estimulaban su celo y cada dia llegaban nuevas postulantes a engrosar las filas de la naciente Congregación.

El P. Coll seguía misionando y a su regreso a Vich, siempre iba acompañado de postulantes. No le era difícil cautivar los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ánimos: como si saliese de él aquella virtud que, en expresión del Evangelio dice de Jesucristo, sanaba a todos. En cierta ocasión nueve jóvenes se comprometieron en Lérida a irse con el buen fundador hasta a Vich, para formar parte de una Congregación que no conocían, y de la que ni siquiera habían oído hablar. La palabra del P. Coll, que hablaba de convento y de jóvenes que se preparaban en él para consagrarse a Dios en el estado religioso y al bien del prójimo por medio de la enseñanza, fué toda la garantía recibida al dejar padres, parientes, patria y trasladarse en coche a más de treinta leguas de distancia. Durante el trayecto el P. Coll, según refería una de aquellas postulantes, tuvo siempre el Rosario en las manos, las que llevaba cruzadas y casi siempre los ojos bajos, o cerrados. Antes de llegar a Vich rezamos todos los que en el coche estábamos el santo Rosario, que el Padre dirigía en voz alta.

Si grandes fueron las tribulaciones, grandes fueron también los consuelos. No solo el Señor dió plena seguridad de que aquel arbolito, como él llamaba a la Congregación se convertiría, con el tiempo, en árbol corpulento y que desafiaría las iras de los más

tremendos huracanes y albergaría entre sus ramas a los pájaros del cielo; no solo le infundió indescriptible paz para sobrellevar hasta con alegría, tan horrible y prolongada persecución; sino que recabó del cielo señales evidentes de que la Providencia divina y la Virgen Santísima se habían encargado del cultivo del tierno y combatido arbolito; por esto, el Padre animaba a las Hermanas y las decía, con tono persuasivo: «No teman, »ni se apuren por nada: cuanta más perse»cución mejor, porque como es todo obra de »Dios todo se soportará. Sí, sí, decía él, »prosperará; sí, prosperará mucho, a pesar »de los obstáculos que se pongan».

Los que más adelante vieron el desarrollo de la Congregación no acertaban a explicar el santo tesón e ilimitada confianza y absoluta seguridad del humilde Fundador, y se vieron precisados a confesar que algo más que humano intervino en la fundación, y aun los que no fueron testigos de aquellas primeras dificultades, no acertaban a explicar como pudo salir adelante, como con gracia lo expresaba un Sacerdote diciendo: «Nuestro buen P. Coll con cuatro centavos y cuatro Chiquillas ha fundado un gran Instituto».

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO X

VIRTUDES DEL PADRE COLL

Virtud de la Fé

En los hombres la santidad no ha nacido ni es producto de las fuerzas naturales; sino que se adquiere, crece y desarrolla bajo la acción de la gracia, principio sobrenatural que penetra el ser humano, le transforma y confiere virtud para elevarse hasta la consecución del mismo Dios, no súbita sino trabajosa y lentamente.

Los santos son los artistas del orden moral y no trabajan sobre materia frágil, sinó sobre un alma incorruptible e inmortal; el santo no es más que la copia de un modelo, Jesucristo, que se impone a todos sus hábitos y a todas sus acciones. A la imitación de Jesucristo debemos esa admirable variedad de fisonomías espirituales tan bien definídas, con que se honra el mundo cristiano.

Nuestro P. Coll, como hábil artista moral, copió en su alma las virtudes de los Santos y parece puso especial cuidado en acumular las que forman especiales fisonomías, tales como: El apostolado en su ardiente amor a la verdad, su celo, su misericordia, su paciencia, sus energías, su desinterés, su inmolación; el magisterio con su respeto a las enseñanzas recibidas y su sed por trasmitirlas en su nativa pureza, el martirio lento con sus saltos de alegría y sus pasos firmes y seguros, la enfermedad, ofreciéndose como víctima expiatoria etc., etc.

El P. Coll con su predicación y conducta confesaba la llamada necedad del Evangelio: no solo hacia frecuentes actos de fé y los recomendaba también a las Hermanas, sinó que al predicar infundia tal claridad a los oyentes, que desaparecían todas sus dudas, como se dijo en otro lugar.

Aquella fé tan grande que infundía en el confesonario, en las correcciones y coloquios privados no iba acompañada del temor servil, que huye del pecado para evitar el juicio divino y los males de esta o de la otra vida; iba seguida más bien de un amor filial, que teme separarse de Dios como de bien infinito, inmenso y altísimo, cuya separación o cuya pérdida es el peor de los males. Así también, aquella pureza de corazón que tan simpática la hacía al auditorio y tan indiferente a cuanto no condujese al reino de Dios y su justicia, solo podía ser efecto de aquella fé que, como decía el Prín-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cipe de los Apóstoles: «Purifica los corazones».

El P. Coll tenía odio a los vicios opuestos a la fé y perseguía sin tregua ni cuartel a la incredulidad, que se opone a la fé interior, a la blasfemia que se opone a la fé exterior, y a la ignorancia y estupidez que se oponen a los dones de entendimiento y de ciencia. Sacrificó los mejores años de su vida y el porvenir risueño que las dignidades eclesiásticas le prometian y la tranquilidad reposada de la vida privada, por defender los fueros de la fé, villanamente desconocidos y hollados por tantos infieles, herejes y apóstatas de su siglo.

A combatir dichos adversarios mortales del depósito de fé ordenó cuanto pensó, cuanto hizo y cuanto dejó de hacer. Por eso predica, catequiza, misiona, confiesa, funda la Congregación de Hermanas Dominicas, que más adelante él mismo bautiza con el nombre de «La Anunciata» en recuerdo del primer misterio del Santísimo Rosario. (Sin embargo, la Congregación, especialmente en Cataluña, es muy conocida por el nombre de Hermanas del P. Coll).

Por la fé vive el justo, por la fé se sustenta la esperanza y se engendra la caridad: por la fé empezaba sus sermones el P. Coll

y a formar y reforzar a la fé los ordenaba.

CAPÍTULO XI

Virtud de la Paciencia

Según queda dicho al tratar del principio de la Fundación de la Congregación, fueron incontables y grandes las tribulaciones que el siervo de Dios P. Coll experimentó, puesto que desde el Sr. Obispo de Vich hasta los Canónigos y simples clérigos; desde las gentes despreocupadas hasta los más íntimos del Padre, se conjuraron contra su obra y le acusaban de temerario: decían que aquello no tenía fundamento por ser obra de un pobre Capellán, y no faltó quien le dijese al mismo Padre, que aquello era una tentación del demonio. Esta persecución, capaz por sí sola de perturbar otro ánimo que él suyo, se acrecentó a medida que se aumentaba el personal, por la escasez de recursos. Recuérdese que tuvo que soportar él solo toda aquella barahunda de obstáculos, dichos y atenciones, y esto no por algunas semanas, sino meses y puede decirse, años, cosa que después él ponderaba diciendo: «Al principio »me dejaron solo, ahora todos quieren mandar;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»pero ahora es precisamente cuando quiero »estar solo».

Por lo referido se puede ponderar que cúmulo de paciencia necesitaba para acallar aquella maledicencia y hacer frente a tantos como se empeñaban en echar por tierra la naciente Institución. Pues bien, en aquella deshecha borrasca llevó él solo a puerto seguro la pequeña embarcación, sin haber exhalado siquiera un suspiro, sin dar una muestra de impaciencia, sin el menor desaliento.

Al recordarle después, lo que había sufrido decía; «que con mirar al cielo, todo lo encontraba fácil.»

Al poco tiempo de haber fundado la Congregación fué atacado de una grave enfermedad, la que puso en peligro su existencia. Al conocer la gravedad en que se encontraba recurrió a María Santísima y les suplicó que se dignase tomar bajo su protección maternal a sus buenas Hermanas. Desde entonces ya no pensó en otra cosa más, sino que se cumpliese en él la voluntad de Dios.

En casi todas las fundaciones que hacía tenía que ejercitar la paciencia grandemente, sobre todo en aquellas que resultaron después más útiles a la salvación de las

almas. Nunca se apuraba por si no asistían crecido número de niñas a los colegios de las Hermanas, y, si alguna vez éstas se lamentaban por ello las decía: «No se quejen de eso, quéjense de que no pueden enseñar a amar a Dios, ¡¡Pobres niñas!!!

La gran paciencia que tenía le daba energía para sobrellevar las contradicciones que, a diario se le ofrecían y no cedía en la ejecución de cuanto entendía ser de mayor gloria de Dios y provecho de las almas. Por esto, como el Apóstol, ejercía su apostolado en trabajo y miseria, en muchas vigilias, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y desnudez, con peligros en los caminos, y en los ríos, peligros de ladrones, de parientes, de extraños; en la soledad, en los poblados y peligros por falsos hermanos, sin embargo, no desmaya; vuela en alas de caridad donde mayor es la necesidad, y, como si a otros se perteneciese y no a él, es el primero en levantarse y el último en acostarse, el primero en el trabajo y el último en el descanso, el primero en las funciones religiosas, en el confesonario, en avanzar con el estandarte enarbolado entre las turbas, dispuestas al insulto, que quieren impedir la predicación de la Misión; el primero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en hacer lo que aconseja y predica y el primero en contestar, como el Apóstol, a los que le aconsejan que no haga el sermón que le fuere encomendado, por el peligro que ofrecía. «Yo estoy dispuesto, no solo a ser aprisionado, sino a morir por Dios y por las almas». Y sube al púlpito, da una mirada al auditorio, y empieza el sermón con estas angustiosas palabras. «Pobres madres !¡¡pobres hijos!!! pobres esposas!!! La conmoción se apoderó del auditorio y apenas quiere continuar, el llanto apaga el eco de su vibrante voz. (Se trataba de una oración fúnebre y funeral por los muchos que habían muerto en la refriega entre distintos bandos.) El sermón produjo inesperados efectos los ánimos antes tan encarnizados, se amansaron, cesaron los odios y la paz sentó de nuevo sus reales entre los habitantes de aquella desgraciada Villa.

CAPÍTULO XII

Sobre la virtud de la pobreza.

Antes de lanzarse al sagrado ministerio atesoró el P. Coll, las expensas exigidas a todo Apóstol por nuestro Señor Jesucristo

cuando dijo: «Si alguno no renunciare todas las cosas que posee no puede ser mi discípulo: no lleveis nada para el camino, ni báculo, ni maleta, ni pan, ni dinero, ni dos túnicas». Ambas cosas cumplió el P. Coll a ejemplo de nuestro Padre Santo Domingo; pues todo el tiempo que vivió ni tuvo nada, ni le faltó nada, ni quiso nada; mas antes siendo pobre, remedió a muchos pobres. El mismo explicaba como siempre había sido pobre. Cuando empezó la predicación había reunido algún dinero; viniéndole un día ganas de contarlo, le asaltó, mientras lo miraba, este pensamiento: Tú no vas bien; y desde aquel día predicó siempre de balde, hasta que fundó la Congregación, pues entonces cobraba lo que le daban, para que las Hermanas tuviesen algo para comer.

Cuando se retiró a Vich tuvo en su casa, como pensionistas, a algunos estudiantes pobres. Formaba el equipo del hogar; la cama, librería, dos sillas, una mesa, un Crucifijo, una imágen de San Francisco de Paula, cuyo nombre él llevaba, y un díptico, que conservó, con las imágenes de la Santísima Trinidad y la Virgen de los Dolores. Vestía limpio y aseado, pero pobre. No tenía más que una sotana, la cual era de estame-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ña, un manteo remendado de tanto uso, y unos zapatos viejos y remendados. Su sobrina, que era la que lo cuidaba, le lavaba la sotana por la tarde, al anochecer, a fin de tenerla lista por la mañana del día siguiente.

El aspecto de su casa queda indicado, el de la primera Casa-Matriz de las Hermanas, situada, como es sabido, en la calle Call Nou, predicaba más que pobreza; pues, en el año 1857, solo había tres camas viejas: en el comedor, un banco y una tabla giratoria hacia arriba, que servía de mesa, en medio un Crucifijo y detrás del comedor una pieza con dos camas. En el otro piso estaba el desván, que se utilizaba para sala de labor, sin ningún cuadro ni adorno. Cada una de las postulantes se servía de la ropa que había traido. Era tan amante de todo cuanto olía a pobreza que, hasta reprobaba los cuadros bordados, aún cuando se hiciesen para aprender, porque, decía, temía que por ahí empezase el purgatorio.

La segunda Casa-Madre, calle de Capuchinos, era tan humilde pobre y oscura que al llegar algunas postulantes se asustaban; pero el Padre las animaba recordándoles la pobreza de la casita de Nazaret y contaba como todos los Apóstoles y nuestro

P. Santo Domingo habían sido pobres.

Quería que las Hermanas estuviesen desprendidas del dinero. Para cumplir él mismo cuanto enseñaba, entregaba cuanto recibía de su trabajo, y pedía lo que necesitaba: no se reservaba absolutamente nada para sí, de tal suerte que cuando estaba en la Casa-Matriz, dependía enteramente de lo que la Madre Priora le daba, y en las casas filiales se contentaba en pedir para sí, un poco de chocolate y un poco de pan. En obsequio de la santa pobreza no se desdeñaba de recoger si veía alguna cosa en el suelo que pudiese ser útil, como agujas, alfileres, cerillas, etc. En sus cartas ordinarias no solía gastar más que media hoja de papel y éste sencillo.

En la Casa-Matriz comía siempre con cuchara de madera y de lo mismo que comían las Hermanas y, si alguna vez, haciéndole mucha violencia admitía algo diferente lo repartía entre las mismas Hermanas, prefiriendo a las enfermas o delicadas. En todo se fijaba para enseñar la práctica de la santa pobreza, decía una Hermana contemporánea suya. «Cuando la luz del »candil estaba muy alta nos la hacía bajar »un poco y añadía. «Cuidado con la santa »pobreza». Para economizar fósforos hacía

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que fuésemos a prender la luz con otra que hubiera.

Cuando instalaba alguna casa filial encargaba siempre la práctica de la santa pobreza, lo mismo hacia cuando las visitaba y preguntaba si faltaba algo a las Hermanas. No quería que se confundiese la virtud de la pobreza con el vicio de la tacañería, que es muy diferente una cosa de la otra. Nunca faltó lo necesario a las Hermanas, según predijo el buen Fundador asegurando que: «Antes faltaría para él que para las Hermanas». Decía que al morir no quería dejar deudas; pero tampoco cosas superfluas. Fué de hecho y de voluntad pobre, puesto que nada tenía, y cuando murió en el Asilo-Hospital de Sacerdotes, tenía que servirse de lo que le llevaban las Hermanas, así como de los cuidados de aquella santa casa.

CAPÍTULO XIII

Virtud de la Castidad

Estando para morir nuestro Padre Santo Domingo hizo llamar a todos sus religiosos que componían la numerosa y edificante Comunidad de Bolonia. Después de exhortarlos

al amor de Dios y a la exacta observancia de las Constituciones, terminada la recomendación del alma, les dijo estas palabras: «Hermanos carísimos, por gracia especial de »Dios he conservado hasta este momento in»tacta la virginidad: si vosotros la cultivais »santamente, con la pureza de vida y con »olor de buena fama, sereis promovidos de »un modo admirable en los pueblos». Esta bella confesión y esta fervorosa recomendación del Padre Santo Domingo se han trasmitido como por herencia a sus hijos, llegando a ser la castidad uno de los distintivos de la Orden de Predicadores.

El P. Coll, como fervorosísimo hijo del P. Santo Domingo y padre espiritual de tantas vírgines no descuidó aquella recomendación, antes bien toda su vida manifestó que tenía un amor y cuidado especialísimo a la virtud angelical de la castidad, llamada por San Pablo *Santidad*, por Jesucristo *Celestial y Angélica*. Desde niño fué tan recatado que no sufría nada que remotamente pudiera mancillarla; de corista reprendía si oía alguna expresión que de algún modo a ella aludía; y en los años de su sagrado ministerio, nadie pudo advertir en él, el menor desliz exterior, antes bien sus palabras eran

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que fuésemos a prender la luz con otra que hubiera.

Cuando instalaba alguna casa filial encargaba siempre la práctica de la santa pobreza, lo mismo hacia cuando las visitaba y preguntaba si faltaba algo a las Hermanas. No quería que se confundiese la virtud de la pobreza con el vicio de la tacañería, que es muy diferente una cosa de la otra. Nunca faltó lo necesario a las Hermanas, según predijo el buen Fundador asegurando que: «Antes faltaría para él que para las Hermanas». Decía que al morir no quería dejar deudas; pero tampoco cosas superfluas. Fué de hecho y de voluntad pobre, puesto que nada tenía, y cuando murió en el Asilo-Hospital de Sacerdotes, tenía que servirse de lo que le llevaban las Hermanas, así como de los cuidados de aquella santa casa.

CAPÍTULO XIII

Virtud de la Castidad

Estando para morir nuestro Padre Santo Domingo hizo llamar a todos sus religiosos que componían la numerosa y edificante Comunidad de Bolonia. Después de exhortarlos

al amor de Dios y a la exacta observancia de las Constituciones, terminada la recomendación del alma, les dijo estas palabras: «Hermanos carísimos, por gracia especial de »Dios he conservado hasta este momento in»tacta la virginidad: si vosotros la cultivais »santamente, con la pureza de vida y con »olor de buena fama, sereis promovidos de »un modo admirable en los pueblos». Esta bella confesión y esta fervorosa recomendación del Padre Santo Domingo se han trasmitido como por herencia a sus hijos, llegando a ser la castidad uno de los distintivos de la Orden de Predicadores.

El P. Coll, como fervorosísimo hijo del P. Santo Domingo y padre espiritual de tantas vírgines no descuidó aquella recomendación, antes bien toda su vida manifestó que tenía un amor y cuidado especialísimo a la virtud angelical de la castidad, llamada por San Pablo *Santidad*, por Jesucristo *Celestial y Angélica*. Desde niño fué tan recatado que no sufría nada que remotamente pudiera mancillarla; de corista reprendía si oía alguna expresión que de algún modo a ella aludía; y en los años de su sagrado ministerio, nadie pudo advertir en él, el menor desliz exterior, antes bien sus palabras eran

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tenidas por santas; su trato por el de un de un hombre todo de Dios; su conducta del todo intachable y su porte angelical.

Su vida en general, predicaba castidad, sin que jamás se observase en su exterior cosa que desdijese de esa virtud que, como flor delicada, se marchita con el contacto del mundo, si no se la trata con grandes precauciones.

Ya queda dicho que para su servicio, en su casa, nunca quiso más que a sus dos hermanas y sobrinas carnales, y cuando iba a las misiones se servía de un hombre para preparar la comida y aderezo de la casa. Es más: queriendo evitar hasta las más insignificantes e injustificadas apreciaciones aun después de fundada la Congregación, esquivaba, en lo posible, el trato con las Hermanas, si bien las atendía en lo espiritual y temporal en cuanto podía. Cuando hablaba con ellas siempre tenía los ojos bajos, juntas las manos, con el manteo recogido y el Rosario entre los dedos. Por las calles iba siempre con los ojos bajos. Había dicho que cuando salía de su casa echaba un vistazo a toda la calle, para ver si había carros o caballerías, y que después ya no miraba más. Como por efecto de este recato

no veía a las personas conocidas que a veces pasaban junto a él y no las saludaba, éstas creían que estaba disgustado con ellas y así se lo decían. No se crea que dicha actitud fuese ridícula y le hiciese esquivo; era como natural en él. Su expresión favorita era: «Corazón limpio y cabeza derecha».

Su recato en el vestir era grande: su hermana decía que, después que vistió la sotana, no lo había visto nunca sin ella, la que llevaba no según la moda, sinó según el uso de los eclesiásticos más reputados. Sin embargo, a pesar de no tener más que una sotana, en honor de la santa pobreza, evitaba con exquisita diligencia, deshonrar la dignidad sacerdotal, con trajes sucios e indecentes.

CAPÍTULO XIV

Virtud de la Obediencia

Para que la obediencia sea perfecta debe haber obra, voluntad y entendimiento: si falta alguna de dichas condiciones carece de verdadera perfección: si falta el entendimiento es soberbia; si la voluntad, rebelde; si la obra, ni siquiera es obediencia. El

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

P. Coll fué siempre obediente: lo vemos que si se sujeta, cuando niño, a estudiar lo hace por obedecer a su madre; si entra en la Orden de Predicadores es por haberle dicho aquel desconocido: «Tu, Coll, debes hacerte Dominico». Cuando novicio no sólo obedecía cuando expresamente los Superiores ordenaban alguna cosa; sinó que siempre seguía sus indicaciones, y corregía si alguno se tomaba la libertad de juzgar las disposiciones de éstos y jamás recibió penitencia alguna por acudir tarde a los actos de Comunidad.

No es posible referir los hechos que sobre la prontitud de la obediencia del P. Coll, sus connovicios relataron todos de grande edificación.

Sin embargo deben recordarse algunos para ejemplo de los que esto leyesen.

Viéndose imposibilitado, por efecto de la exclaustración, de obedecer en todo a sus Superiores regulares, consultaba frecuentemente con ellos su modo de proceder, y les rogaba que, con toda libertad le mandasen y corrigesen. Poco satisfecho con esta obediencia, se lamentaba de no poder hacer siempre la voluntad ajena; y, para no perder el mérito de la obediencia, consultaba todos sus actos con su director espiritual. Es más, cuando

ni siquiera esto podía, obedecía a cuantos le mandaban, aun que fuesen niños y se tratase de cosas indiferentes. A veces decía: «Amo tanto la obediencia y desearía tanto »obedecer, que, cuando voy por los pueblos »y rectorías, aprovecho la ocasión para obe»decer a los sacerdotes y a los niños, y, »cuando voy a predicar, como no tengo allí »mi director; procuro preguntar a otro para »no guiarme por mi mismo». Por esto, sin duda, consideraba a las Hermanas como si fuesen Superioras, obedeciéndolas en todo, hasta en cosas que parecían niñerías.

Como él lo hacía, así aconsejaba que las Hermanas lo hiciesen. En una ocasión corrigió a una Hermana porque recién llegada a una casa y como le ofreciesen una silla para sentarse, ella la rehusó, e inmediatamente le dijo el Padre: «Hermana, eso no se hace; ahora debía obedecer y aceptar». Tenía tal horror a hacer su voluntad y diferir los consejos ajenos, que no podía disimularlo exteriormente. Procuraba conformar su voluntad a la de los demás como queda dicho, y decía muy amenudo a las Hermanas: «Hemos de estar »siempre dispuestos y prontos en cumplir lo »que se nos mandare, aunque sean cosas, a »nuestro parecer muy difíciles y, según

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»nuestra sensualidad, muy repugnantes, y »cuanto más contrarias a nuestro amor pro»pio debemos acudir con mayor gusto y más »prontitud». Esta obediencia manifestó bien claramente tenerla el P. Coll en sus obras y palabras.

Como era natural, cuando iba a las casas filiales las Hermanas, se alborozaban sobremanera y se deshacían en agasajos. Lejos de corresponder a su filial alborozo, cuidaba mucho de aceptar los obsequios por obediencia, de tal manera que si le decían o preguntaban si quería esto o aquello, generalmete no contestaba y hacía como si no hubiese oído la pregunta. Por el contrario, si le decían: «Padre, haga el favor...o tome esto...» en seguida obedecía, aunque no fuese de su gusto.

Siendo ya Director de la Congregación parecía que todavía estaba en su convento de novicio adelantándose él a hacer lo que las Hermanas no se atrevían a acudir a la Priora, para que aprendiesen a hacerlo. Se había dejado enteramente a disposición de sus Superiores regulares, en cuanto a la observancia religiosa pertenecía, y de sus Superiores Eclesiásticos en cuanto se ordenaba a los sagrados ministerios.

Bien lo demostró cuando, incapacitado ya por sus ataques apopléticos de dirigir la Congregación, por él tan querida, el Reverendísimo P. General, Sanvito, le ordenó desde Roma, que nombrase un substituto. Lejos de contrariarle esta resolución, le alegró sobre manera, presentando inmediatamente al P. Fr. Francisco Enrich, y considerando a este como Superior. Se desprendió hasta de la dirección mediata, con la que se hubiere podido quedar; pero lo sacrificó todo y se consideró en adelante, como substituto y supdito del Padre Enrich.

CAPÍTULO XV

Sobre la virtud de la Esperanza

El Padre Coll, amigo ardiente de todo cuanto podía llevar almas al cielo, tuvo especial predilección a la virtud santa de la Esperanza, áncora segurísima que sujeta el alma a Dios nuestro Señor, a pesar de las contradicciones suscitadas por los enemigos. La esperanza no se funda principalmente en la gracia recibida, sino en la omnipotencia divina y en la misericordia, que promete nueva gracia al que actualmente no tiene.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Todo el que tiene Fé, tan cierto está que puede obtener el reino de los cielos, como cierto está de que puede contar con la omnipotencia y misericordia divina.

El P. Coll parece que tenía fijos cada uno de sus ojos en estos dos objetos de la esperanza; pues, como constante despreciador de las cosas del mundo, solo a Dios aspiraba, y en solo El descansaban las tendencias de su corazón ardoroso. Embargado por la gloria de Dios y escudado con su protección, solo él veía posible la fundación de la Congregación, cuando todos lo abandonaron. No veía dificultades tratándose de cuanto redundaba en gloria del Altísimo; ni le acobardaban en las misiones las persecuciones; en las fundaciones de las casas de las Hermanas la escasez; en los escrúpulos los temores y en la enfermedad los ataques. Con solo mirar al cielo, decia, me doy por satisfecho. Y satisfecho quedaba después de hechas las diligencias, siendo para él lóriga de esperanza el Santísimo Rosario.

En los primeros años de Sacerdocio fué probado por Dios con grandes temores sobre su propia salvación. Encontrándose cierto día abrumadísimo por tales temores, predicando exhortaba a los oyentes a tener grande devoción y confianza en el auxilio y protección de la Virgen Santísima nuestra cariñosa Madre, asegurando que ninguno de sus fieles devotos se perderia. Aquí fué cuando el cielo descorrió la cortina y los rayos de luz divina alumbraron aquella mente por algun tiempo obscurecida, se dijo para sí: «Si tan seguro estás que no prevelecerá el infierno contra un verdadero devoto de María, ¿de qué temes tú, teniendo en ella el remedio de todos tus males?» Y desde entonces cesaron los dichos temores. Esta tranquilidad le continuó después en las dificilísimas funciones del ministerio y en las grandes contradicciones que en tantos casos y ocasiones tuvo que soportar.

Acostumbraba decir: «Cuando se encuentren tristes o agobiadas, levanten los ojos al cielo, y recuerden que aquella es su hermosa patria.

CAPÍTULO XVI

Temor de Dios

No importa que nuestra esperanza sea cierta; Dios no solo es infinitamente misericordioso, que carga con la oveja descarria-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

da, recibe con música y banquete al hijo pródigo, pide por los mismos que lo habían crucificado; es también justo que castiga los delitos; contesta con un rotundo: «No os conozco» a las vírgines que se habían dormido sin preparar la lámpara y declara desierta Jerusalén por no haber aprovechado el tiempo de su visita.

Cualquiera, pues, que se ponga a considerar seriamente en esta justicia, no podrá menos de sentirse apoderado de aquel temor y temblor con que el Apóstol quiere que vivamos. Nadie, por consiguiente, extreñará que el P. Coll sentiese consumidos sus huesos con este temor filial, que ponía a los santos en grandes zozobras y sobresaltos; y nadie extrañará, al mismo tiempo, observar en él la grande esperanza y el contínuo temor en que vivía. A pesar de que el cielo y la Virgen daban grande aliento a su esperanza, sobre todo desde que, como se ha dicho, predicando de la devoción a la Virgen, quedó enteramente tranquilo, ese temor a los juicios de Dios, se manifestaba en todo su proceder.

Se creía el más grande pecador, desconfiaba de sí, y, a imitación de Jesús en el huerto, que pidió auxilio a los Apóstoles,

pedía oraciones y auxilios a las Hermanas y a las personas devotas.

Cuando se veía combatido de temores, exclamaba muchas veces: Señor, tened misericordia y se daba fuertes golpes en el pecho. Otras veces decía: Señor, Señor, tened misericordia, que soy gran pecador. Y pedía a las Hermanas que rogasen por él.

CAPÍTULO XVII

Virtud de la Caridad

Condición indispensable para tener verdaderas virtudes, debe ser en todos los hombres poseer la de la caridad. Si no hay verdadera caridad, no hay verdadera virtud sino una máscara de ella, como dice Santo Tomás.

Qué concepto mereció al P. Coll la virtud de la caridad? Cuanto hasta aquí se ha referido nos lo ha demostrado en general; veamos ahora lo que sobre ella en particular decía y, podemos añadir, practicaba.

En la Regla que para las Hermanas escribió dice: «Todas las virtudes os recomiendo: pero de un modo especial: la caridad, la caridad, la caridad».

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Le desagradaba todo cuanto no llevaba el sello de la caridad, aborrecía esas virtudes de oropel y esas llamadas obras de beneficencia, anunciadas con bombo y platillos, como suele decirse, y miraba con prevención las mismas obras buenas cuando no exigían, como condición indispensable, la caridad. Por esto, aunque amantísimo del recogimiento, abandonaba las delicias de la soledad que ofrece la vida contemplativa, para lanzarse a las inquietudes y peligros de la activa, deseando, como el Apóstol, ser anatema para que se salven las almas.

La caridad en el P. Coll fué el norte de todos sus pasos, por los cuales ordenaba los actos de todas las demás virtudes. Si hablaba, hablaba por caridad, si predicaba, predicaba por caridad; si se trasladaba de un pueblo a otro era por caridad; si distribuía las Hermanas en los pueblos era por caridad; si imponía penitencias era por caridad; si se exponía a peligros era por caridad; si castigaba su inocente cuerpo con trabajo, penitencias y ayunos, todo lo ordenaba a la caridad y todo recibía el ser de la caridad, cumpliendo al pié de la letra aquellas palabras del Apóstol: «Hacedlo todo para mayor gloria de Dios». Esto era lo que le hacía

olvidar y dejar solas a las Hermanas, aún en aquellos tiempos primeros de la fundación, en que su presencia parecía ser, y era en realidad, tan necesaria, y esto, en fin, era lo que le traía como al retortero, del púlpito al confesonario y a las consultas particulares.

En tratándose de obras de Caridad era agitado por el espíritu de Dios y hasta cambiaba de carácter. Cuantos le conocían no acertaban a explicar su continuo movimiento y sus proyectos altamente sociales, puesto que era de carácter retraído y de aficiones pacíficas por naturaleza. Sin duda sería que la caridad del dichoso Padre, participaría de una de las cualidades que debe tener para ser verdadera; ser infundida por Dios, sin atender a la capacidad de la persona.

En cierta ocasión, en el pueblo de Taradell, una Hermana fué acusada en el Ayuntamiento, de tener descuidada la enseñanza de las niñas y de no asistir a dar las clases. Persuadido, el bondadoso Padre, de la falsedad de la acusación, se presentó a la casa del Ayuntamiento mientras celebraba sesión y preguntó ¿qué había sobre la consabida denuncia? y quién la había hecho? Como le contestasen que una niña de cuatro años, con aquellas gracias, ocurrentes en él habi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tuales, dijo: «¡¡Vaya!! retiro la apelación, ante la incapacidad del denunciante». Palabras que, recibidas con risas, arrancaron la absolución de la Hermana y llenaron de confusión a los calumniadores, enemigos de las Religiosas.

Las enfermedades espirituales, lo mismo que las corporales tenían el don de atraer su corazón y siempre las procuraba remediar. A pesar de haber sido siempre pobre, de lo que tanto él se gloriaba, mantuvo en su casa a dos hermanas suyas, ayudó en la carrera eclesiástica a un sobrino suyo y allegó el dote para cuatro sobrinas; y todo esto con tal desinterés que una de sus hermanas tuvo que terminar sus días recogida en la primera Casa-Matriz.

Las necesidades espirituales las lamentaba amargamente, hasta el extremo de sacrificar su reputación, para sacar a una desgraciada mujer del pecado: Lo que le ocasionó grandes disgustos, terribles y humillantes calumnias. Solo para sí tenía corazón de juez, el que para con Dios lo tenía de hijo y para con el prójimo de cariñosa y bondadosa madre.

Con las Hermanas enfermas era tan compasivo como puede serlo la más cariñosa

madre, y tenía encargado a la Madre Priora que nunca faltase nada a las enfermas y que al haber alguna, inmediatamente se lo dijese.

Entusiasta propagandista de aquella frase de San Gregorio: «En el camino de Dios el no ir adelante es volver atrás», no se contentaba con actos y ejercicios de caridad que solo disponían al aumento de ella; se aplicaba con todo ahinco de un amante corazón a los actos y ejercicios que actualmente producen grandes aumentos, y como la caridad tiene la virtud de crecer indefinidamente, aumentando la misma capacidad natural y dilatando el corazón, no es aventurado decir del P. Coll que, avanzaba pasos de gigante, corriendo para llegar al término apetecido, y sirviéndose del mismo convencimiento de no haber llegado a ser perfecto, pues confesaba convencidísimo de ello, que era gran pecador y de ningún provecho, mayormente cuando estaba enfermo.

Exhortando a las Hermanas a la práctica de la caridad parecía un serafín, decía: «Amad a vuestro Dios, amadle, amadle mucho... Es tanto el amor que tengo a mi Dios, que si me fuese posible hacer píldoras de amor de Dios las haría, para que todo el mundo participase de ellas».

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Estaba tan entregado a la voluntad de Dios que cuando estaba ciego, decía a veces: «Estoy tan conforme y resignado a la voluntad de Dios que si me dijesen que poniéndome el dedo en el ojo recobraría la vista, pero al mismo tiempo supiese que no era voluntad de Dios, de ningún modo lo haría.

En las cartas que el P. Coll escribía, lo mismo que en sus conversaciones, repetía muchas veces: «Todo sea para gloria de Dios: Sea todo para Dios nuestro Señor.» Hasta de las cosas lícitas se privaba, para dar más gusto a Dios. Todo quería que fuese movido por el amor y temor de Dios. Su gran caridad parece que repugnaba a esos amores inferiores, serviles e interesados que se mueven al amor de Dios por temor a la pena o amor a la recompensa; y, aun cuando los aprobaba, como él amaba a Dios por ser quien es, daba siempre la preferencia a ese amor desinteresado. Tanto era así que, entre los muchos consejos que daba a las Hermanas, para la acertada educación de las niñas, uno de ellos era que nunca dijesen: «Esto es pecado: que no reprobasen con exageración las diversiones profanas, que las infundiesen el santo temor y amor de Dios: éste, añadía, por una parte

las hará concebir un amor verdadero, y por otra no las abrirá los ojos, ni sus padres tomarán pretexto para retirarlas del colegio, porque no sean *beatas*, como ellos dicen, lo que sería un perjuicio para sus almas: háblenlas con frecuencia de las verdades eternas. Que aunque se portasen mal, nunca diesen a entender que se hallaban disgustadas por su mal comportamiento, sino porque desagradaban a Dios, a la Virgen, a nuestro Padre Santo Domingo, etc. Era tanto el interés que para la enseñanza tenía que él mismo vigilaba las clases, para ver como se portaban niñas y Hermanas.

Para la educación e instrucción de las Hermanas mostraba una solicitud e interés especial. Al efecto dotó la Casa-Madre de excelentes Profesores y a las Hermanas que tenían más facilidades para instruirse, las mandaba a Lérida y a Barcelona, a fin de que, dedicadas totalmente al estudio y asistiendo a la Escuela Normal, adquiriesen los conocimientos necesarios, para conseguir el diploma de maestras y ganar las escuelas en oposiciones formales. Cuando las primeras Hermanas vivían en la calle Call Nou el mismo padre las instruía en lo relativo espiritual y material, en cuanto el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tiempo y circustancias lo permitía.

No gustaba de Hermanas escrupulosas, y aconsejaba en las pláticas, que no lo fuesen y avisaba en particular a las propensas a ese defecto, (por que al fin defecto es): era sin embargo muy compasivo con ellas. Cuando iba a las casas filiales les daba ocasión para que todas le hablasen en particular, lo cual al paso que consolaba mucho a las Hermanas, le servía de norma para el buen gobierno. Siempre hablaba de Dios y era muy jovial cuando hablaba con sacerdotes y personas virtuosas: se amoldaba a hablar y tratar con todas.

Cuando se trataba de corregir faltas públicas, no obstante su habitual mansedumbre, se ponía tan serio que no parecía el mismo que cuando corregía en privado.

La juventud desvalida tenía para él cierta preferencia, sobre todo cuando prometían en el servicio de Dios y salvación de las almas. Por esto, cuando se le presentaba alguna joven solicitando el ingreso a la Congregación, jamás la despedía ni desanimaba por falta de dote, recibiendo a muchas casi sin nada.

La relación de la predicación del P. Coll dispensa de presentar nuevos comprobantes

para justificar de que él tuvo grandísima caridad y que la practicaba continuamente espiritual y corporalmente. Tenía el corazón abrasado del celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas: por lo tanto, era incansable en la asistencia a los enfermos y al confesonario, como dicho queda.

Las necesidades del prójimo conmovían hondamente su corazón y le hacían pródigo de socorros privándose él del descanso que tanto necesitaba, para visitar a los enfermos y necesitados. A los moribundos los asistía hasta el último suspiro y no los dejaba hasta que tenía plena seguridad del fallecimiento.

CAPÍTULO XVIII

Virtud de la Mortificación

Toda clase de personas tiene necesidad de practicar la virtud de la mortificación, puesto que ella es necesaria para alcanzar la perfección; tanto que nadie, sin ella, podrá entrar en el reino de los cielos; pues a todos aludía San Pablo al escribir: «Los que son de Cristo crucifican su carne con sus concupicencias». Verdad es que la perfec-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tiempo y circustancias lo permitía.

No gustaba de Hermanas escrupulosas, y aconsejaba en las pláticas, que no lo fuesen y avisaba en particular a las propensas a ese defecto, (por que al fin defecto es): era sin embargo muy compasivo con ellas. Cuando iba a las casas filiales les daba ocasión para que todas le hablasen en particular, lo cual al paso que consolaba mucho a las Hermanas, le servía de norma para el buen gobierno. Siempre hablaba de Dios y era muy jovial cuando hablaba con sacerdotes y personas virtuosas: se amoldaba a hablar y tratar con todas.

Cuando se trataba de corregir faltas públicas, no obstante su habitual mansedumbre, se ponía tan serio que no parecía el mismo que cuando corregía en privado.

La juventud desvalida tenía para él cierta preferencia, sobre todo cuando prometían en el servicio de Dios y salvación de las almas. Por esto, cuando se le presentaba alguna joven solicitando el ingreso a la Congregación, jamás la despedía ni desanimaba por falta de dote, recibiendo a muchas casi sin nada.

La relación de la predicación del P. Coll dispensa de presentar nuevos comprobantes

para justificar de que él tuvo grandísima caridad y que la practicaba continuamente espiritual y corporalmente. Tenía el corazón abrasado del celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas: por lo tanto, era incansable en la asistencia a los enfermos y al confesonario, como dicho queda.

Las necesidades del prójimo conmovían hondamente su corazón y le hacían pródigo de socorros privándose él del descanso que tanto necesitaba, para visitar a los enfermos y necesitados. A los moribundos los asistía hasta el último suspiro y no los dejaba hasta que tenía plena seguridad del fallecimiento.

CAPÍTULO XVIII

Virtud de la Mortificación

Toda clase de personas tiene necesidad de practicar la virtud de la mortificación, puesto que ella es necesaria para alcanzar la perfección; tanto que nadie, sin ella, podrá entrar en el reino de los cielos; pues a todos aludía San Pablo al escribir: «Los que son de Cristo crucifican su carne con sus concupicencias». Verdad es que la perfec-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ción no es la mortificación, y la santidad es la caridad; pero también lo es, que sin mortificación no hay perfección, y sin contradicción interior y exterior no hay caridad.

Para practicar la virtud, en general, se necesita tener amor a ella; pero para la virtud de la mortificación que, puede decirse, que su ejercicio es repugnante a la naturaleza, se precisa más deseo y más amor. El P. Coll, que ya desde niño y simple religioso, fué amante entusiasta de la mortificación; de Misionero y Fundador fué su ardiente panegirista. Nada se encuentra en sus escritos, pláticas, nada en su devocionario, compuesto por él titulado «La Hermosa Rosa»; nada en la Regla que para las Hermanas escribió que favorezca cierto sentimentalismo dulzarrón y cómodo que promete el cielo sin violencia, la corona sin lucha y el premio sin mérito: y como de la abundancia del corazón habla la lengua, fuerza es confesar que el corazón del P. Coll estaba completamente enamorado de la virtud de la mortificación y que la amaba, por consiguiente, con el amor que todos los santos. Testigos son de todo lo dicho las penitencias que solía imponer en el tribunal de la penitencia las cuales llevaban, no solo una medicina para no recaer, sino un estimulo para satisfacer, consiguiendo que los penitentes formasen verdadero dolor y propósito y tomasen por la penitencia impuesta, idea de la gravedad del pecado cometido. No quiere decir esto que fuese rígido en extremo ni menos que, como los fariseos, impusiese a los demás cargas insoportables, no aplicando él ni siquiera un dedo; al contrario, imitaba la conducta del Buen Jesús templando el rigor con la dulzura. Severo y rígido consigo mismo era sumamente condescendiente con los demás. A las Hermanas, excepto en casos extraordinarios, no permitia otras mortificaciones o penitencias que las mandadas en su Santa Regla; no queria que se privasen de la comida que se servía a la Comunidad, con el fin, decía, de conservar las fuerzas para poder trabajar para la gloria de Dios y salvación de las almas. En cambio aconsejaba mucho la mortificación interior, cuya práctica es el alma de la exterior, por la cual éstas sin aquella es como un cuerpo sin alma. Hasta que grado llegaría la práctica de la mortificación interior del P. Coll, no es posible averiguarlo; pero a juzgar por su exterior es de suponer no eran interrumpidos los actos de ella, como lo demuestra

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aquella contínua presencia de Dios, que hasta en los viajes tenía; aquella oración que, según declaración propia, hacía cuando iba hasta por las calles de Barcelona, y aquella devoción que hasta en los actos más indiferentes demostraba.

Tenía sumo cuidado en conservar libre su entendimiento de pensamientos inútiles y su corazón de afectos desordenados. A pesar de intervenir en tantos asuntos y negocios temporales, como necesariamente reclama la fundación de una Congregación y de cincuenta casas, siempre rehusó el entrometerse en asuntos de edificación, mueblaje, distribuciones, etc., etc. Estas cosas las miraba con indiferencia, y solo las examinaba para ver si estaban conforme con el espíritu religioso, sobre todo de la santa pobreza de la cual era celosísimo, como se dijo. En las casas se contentaba con inspeccionar si había observancia, y si las Hermanas necesitaban algo, máxime en lo referente a lo espiritual.

En la mortificación exterior era notable: como amaba sinceramente esta virtud no distinguía tiempos ni lugares para practicarla; solo así se concibe, que, cuando iba de viaje, en coche fuese con los ojos cerrados

y tan ensimismado que parecía dormido, según refieren Hermanas que fueron compañeras de viaje, y que jamás se solazase con la vista de paisajes desconocidos o de poblaciones nunca vistas. De ordinario llevaba siempre la vista baja, lo mismo en su casa que en la calle, según queda ya referido, al hablar de su modestia.

No fué menos cuidadoso nuestro buen P. Coll en el ejercicio de la mortificación de los oídos que lo fué en el de la vista. Siempre fué enemigo de las conversaciones inútiles y nunca quiso mezclarse en asuntos políticos. Desatendía disimuladamente aquellas conversaciones que no iban enderezadas a la gloria de Dios o provecho de las almas.

Pero donde se mostró verdaderamente mortificado fué en la lengua. Los Santos todos consideraron la mortificación de la lengua como la más difícil de todas. El P. Coll era naturalmente gracioso, tenía cierta agudeza de expresiones; pero jamás sus gracias y agudezas desdecían de un Santo varón. A imitación de nuestro Padre Santo Domingo, no hablaba sino con Dios o de Dios y apenas salían de sus labios otras palabras. Es más, así como el Gran Patriarca Domingo, yendo de viaje con sus herma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nos les dejaba de cuando en cuando para cantar el «Ave Maris stella» y otras preces religiosas, asi, el P. Coll, taciturno y como soñoliento siempre en los trenes y coches, cuando iba con alguna Hermana por los caminos rurales, procuraba cortar por los atajos y quedarse solo, para conversar más libremente con Dios. Si iba acompañado rezaba el Rosario y hablaba sobre asuntos propiamente espirituales de modo que su conversación era un sermón. Para ello tomaba pié de cualquier circunstancia propicia: si hacía calor hablaba sobre el fuego del amor divino, del purgatorio o infierno. Si en medio del calor hacia un poco de aire decía: «Ahora el buen Dios nos manda este vientecito para refrigerarnos un poco; démosle gracias», y otras palabras por el estilo. Cuenta una Hermana que yendo por un camino vieron a un hombre que estaba tendido en el suelo, durmiendo: al darse cuenta el Padre dijo a la acompañante: «Se atreverá V. a quejarse jamás de que tenga cama dura?» Lo que confirma lo antes dicho sobre su presencia de Dios, espíritu de recogimiento y mortificación.

De todo tomaba ocasión para hablar de Dios. Cuando iba por los caminos a cuantos

encontraba saludaba, y los que trabajaban en los campos les decía: «¿Hacéis eso por Dios? y aconsejaba lo hiciesen todo para su gloria: que no trabajasen en los días de fiesta, para que Dios no se viese obligado a retirarles el beneficio de la lluvia y mandar otros castigos que les destruyesen las cosechas.

Aunque sea hereditaria la llaneza y sencillez en los verdaderos hijos del Padre Santo Domingo de Guzmán, el P. Coll se distinguió entre estos llanos y sencillos: nada de afectación; sus palabras verdaderamente sencillas; como decía Jesucristo: sí, o nó. Cuantos tuvieron la dicha de tratarle admiraban su sencillez y naturalidad; con la particularidad de que todos quedaban, al oirle, persuadidos y prendados de su conversación, tanto sacerdotes como seglares, así ancianos como jóvenes, tanto las clases altas como las bajas. Cuando predicaba tenía el auditorio pendiente de sus labios, y se oían y recibían sus palabras como dichas por un Santo. Como era sumamente oportuno era como un imán que atraía hacia sí los corazones, aun de aquellas personas que por sus aspiraciones rehuyen el trato con las sencillas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El P. Coll, como verdadero hijo del Patriarca Santo Domingo, trató de parecérsele en todo; para lo cual no perdonó sufrimientos ni sacrificios, como lo atestiguan los multiplicados actos de semejanza que en la vida de ambos se encuentran.

Sabemos que el Gran Patriarca, para mortificarse, usaba cilicios y disciplinas; cama dura y escaso descanso. El P. Coll se portó como imitador fiel de su Santo Padre, pues, según contaba una hermana suya, llamada Manuela, tenía tres cilicios, todos grandes y a cual más recios: otra cuenta que, siendo todavía niña, con otra amiga, habiendo salido el Padre de su habitación, entraron por curiosidad y vieron allí cilicios y disciplinas: éstas estaban rojas de sangre. Otras veces habían visto el suelo muy manchado de sangre, que había derramado a fuerza de los golpes de disciplina que se daba, los que se oían a gran distancia, o sea desde el otro piso, que él ocupaba. Su nombrada hermana Manuela, afligida, a veces decía: «Mi hermano se va a matar a penitencias», pues encontraba en las ropas interiores los señales de ellas, por las grandes manchas de sangre que los golpes de disciplinas le ocasionaban.

En cuanto el uso del cilicio el tiempo se encargará de señalar en la forma y manera que lo usaba.

El que tanto se mortificaba no había de buscar para su cuerpo cama blanda y regalada. Así fué en efecto. Temeroso de que la blandura del lecho le robase el tiempo para darse a la oración, a veces ni siquiera se acostaba, y si lo hacía permanecía en la cama muy poco tiempo y nunca quería en ella colchón. Las más de las noches, por no decir siempre, se acostaba después de las doce y se levantaba a las cuatro o cuatro media, según manifestación hecha por sus sobrinas, y como se pudo observar después de fundar la Congregación.

La práctica de trasnochar y madrugar la observó desde que empezó su vida de evangelizador en Moyá, pues, según se dijo, madrugaba tanto que a veces encontraba cerrada la iglesia y tenía que esperar un largo rato a que la abriesen, lo que hacían muy de madrugada.

Por no alargar más esta relación diré solamente dos palabras sobre un género de mortificación, que practicaba nuestro buen P. Coll, al parecer despreciable o de ninguna importancia; pero en el fondo acaso

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el que más revela su grande espíritu de penitencia, y porque es como una recopilación de todas las demás: *el deseo*. Dicho queda que cuando sentía un poquito de aire al ir de viaje estando acalorado decía: «Demos gracias a Dios por el refrigerio que nos manda», lo que es mucho; pero no es más que acatar las disposiciones de Dios y ser agradecido. Lo verdaderamente grande es buscar ocasiones de padecer, y servirse hasta de los animalitos que el Todopoderoso ha criado. Pues esto hacía el P. Coll, pareciéndole sin duda, que pasaba la vida con mucho regalo. Por eso jamás se acercaba a la estufa o brasero en lo más crudo del invierno; no obstante el intenso frío que se siente en aquella región, y, lo que es más, dejaba a las moscas, mosquitos, pulgas y otros insectos que le molestasen. E igual consejo daba a sus dirigidos, muchas veces, al pedirle les ordenase alguna mortificación corporal.

Tanto podría referirse de los actos de mortificación practicados por el buen P. Coll que sería nunca acabar, puesto que toda su vida fué un tejido de ellos. Si aprovechar el tiempo es indicio de mortificación, nuestro héroe, nunca perdía un momento: si lo és el viajar a pié largas jornadas, lo vemos ya

desde niño ir y venir todos los días desde la casa Puigsasllosas, (Folgarolas) a Vich, distante más de una hora: si más adelante le observamos lo veremos ejercer su ministerio apostólico sin intermisión, a pesar de la enfermedad y fatigas; procurando conformar su vida con el Apóstol, a imitación de nuestro Padre Santo Domingo.

CAPÍTULO XIX

Sobre la virtud de la Humildad

Temor de Dios y memoria de sus preceptos: he aquí la raíz de la verdadera humildad. Muy honda debía tenerla el P. Coll: pues ese temor y esa memoria predominaban en todo su ser. Ya desde sus primeros años de religioso descolló en ese grado de humildad, y, a medida que fué creciendo en edad e interviniendo en los negocios, fué dando mayores muestras de él. Como el árbol sacudido por fuertes vientos echa más profundas raíces; así el buen P. Coll, con las contradicciones crecía en santo temor de Dios y en las prosperidades más recordaba los preceptos divinos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

Al llegar a los linderos de la muerte, con aquellos ataques que ponian en peligro su vida, no podia contenerse sin exteriorizar sus temores y solia decir, cuando se trataba de animarlo: «Bien sé yo que todo lo he hecho por Dios, de no ser así, para mí no habría ahora consuelo».

Los juicios de Dios lo aterraban de manera que solo en el confesor encontraba alivio y en el sacramento de la confesión consuelo.

Era tan dócil que sujetaba su parecer al de los demás. En cierta ocasión se le presentó un temor antes de decir la santa Misa: explicó a la Hermana sacristana su temor y con solo decirle que no temiese, celebró tranquilo, sujetando su juicio al de la Hermana.

Decía con frecuencia a las Hermanas. «Yo soy nada: no se fíen de nadie, ni de mí tampoco, porque soy ladrón grande delante de Dios». Cuando le alababan, respondía expontáneamente de manera que revelaba convicción: «Soy nada, todo sea para gloria de Dios». Cuando se veía despreciado, decía con suspirante satisfacción: «Estas son florecitas del jardín de la tierra, en el cielo no padeceremos. Animo, Hermanas, cuando se vean despreciadas ofrézcanlo todo a Dios en

satisfacción de los pecados; esto merecen ellos, ésta es la paga adelantada con que Dios nos prepara para el cielo, de este mundo no esperen otra».

Como si todo fuese demasiado para él, buscaba el trabajo humilde y obscuro, que ninguna gloria le podía proporcionar, y siempre se inclinaba a lo que le rebajaba al concepto de los demás. Para él todo lo bueno era demasiado; todo lo malo era poco: solo estaba satisfecho cuando se veía abandonado, criticado, despreciado y tratado de ignorante, como lo manifestó bien al fundar la Congregación y cuanto se lleva referido, puesto que en todos sus actos resalta el deseo de ser humillado y tenido en nada.

Nuestro ejemplar P. Coll tenía formado un bajisimo concepto de si mismo; por lo cual nunca se fiaba de su parecer, no solo en los asuntos de verdadera importancia, sino en los actos más ordinarios. De ahí la frecuencia con que acudía a los directores espirituales. Tan encariñado estaba con el parecer ajeno, que, exhortando a las Hermanas las decía: «Hermanas, aunque sepan »ciertas cosas deben, sin embargo, consultar »y pedir consejo, sujetándose, para mayor »mérito al parecer ajeno».

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuando escribía la Regla para las primeras Hermanas, no solo no se fiaba de si mismo, ni se contentaba con hacer mucha oración y penitencia, para el mejor acierto, sino que llevaba los diferentes puntos por las casas filiales, se los leía y consultaba a las Hermanas, porque le parecía que ellas tendrían más acierto.

Estos pensamientos en él eran muy añejos y parece fueron el móvil de su vocación providencial. Precisamente, al concebir desde muy joven la idea de fundar una Congregación religiosa, dedicada especialmente a la educación de niñas de clase humilde, se fundaba, en parte, en el bajo concepto que tenía formado y concebido de si mismo. Ni le abandonó nunca ese concepto de su poco valer, antes fué como el norte que dirigió todos sus pasos. En los mejores días de su vida, cuando el aura popular hacía volar su nombre por toda Cataluña, se tenía y llamaba gran pecador y pedía a las Hermanas que rogasen mucho por él. De ahí aquel pensamiento que durante algún tiempo le asaltaba al subir al púlpito: «Tú vas a »predicar a los demás y tal vez te perderás».

El trato del P. Coll era sumamente familiar, su porte ordinario, su traje pobre, tan

humilde de corazón que se hacía sumamente simpático a los conocidos a quienes hablaba con gracia y efusión.

Esta humildad de obra inculcaba con frecuencia a las Hermanas.

El que así se conducía no había de incurrir en la odiosa costumbre de hablar con jactancia: hablaba siempre cosas humildes, y, para animar a las Hermanas, no se desdeñaba de contar sus propias faltas, entre ellas el haberse dejado engañar, siendo joven, del espíritu de falsa mortificación, estando varios días sin comer, quedando inhábil para el santo ministerio, hasta que le dijeron que aquello no era mortificación, sino tentación. Contaba, también que, siendo novicio se le escapó la risa, de tal forma que tuvieron que encerrarle en la celda, con otros tres novicios. Claro está que andaría muy lejos de buscar gloria humana, el que tan bajamente hablaba de sí. Era tan humilde que, decía un Padre que había sido compañero suyo de misiones, (el P. Nofre), «Todo, en el P. Coll, respiraba humildad: nunca he visto hombre tan humilde, pues todo en él predicaba humildad». Y podemos añadir: no solo predicaba humildad, sino que la practicaba y recomendaba en todo; y como él no gusta-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ba de ciertas exterioridades, consideradas por algunos como actos de humildad, sin que lo sean, su máxima constante era: «Corazón limpio y cabeza derecha!» No le gustaban las cabezas bajas ni torcidas, puesto que no consiste en ello la virtud ni la humildad. Huía de toda singularidad y no gustaba que en cosa alguna le distinguiesen, por su gran fondo de virtud. Deseando las Hermanas poseer su retrato, no pudieron lograrlo nunca, estando sano. Para satisfacer tan justos deseos se valieron de la oportunidad del paso de una procesión, cuando ya estaba ciego, diciéndole a él que debía estar presente para dar más importancia al acto y adherirse en lo posible a la manifestación religiosa, para lucrar las indulgencias. Como era tan dócil y sumiso hizo cuanto le dijeron, con lo cual pudo verificarse lo que tanto anhelaban sus hijas espirituales: tener el retrato de su Padre.

No es posible detallar los distintos actos de humildad de que tantos ejemplos nos legó, pues andan mezclados con todos los actos de su vida, como se habrá observado en lo poco de ella, que referido queda.

CAPÍTULO XX

Devoción a la Santísima Virgen

Cuan grande fuera la devoción que el P. Coll profesaba a la Santísima Virgen, no es fácil adivinarlo. Puede decirse que durante toda su vida, la Virgen María fué el alma de sus amores (perdónese la expresión). Fué la devoción a esta celestial Señora, una especie de delirio en el Misionero y Apóstol del Santísimo Rosario. Podía decir con San Bernardo: «Árido es para mí todo alimento, »si no está condimentado con el aceite del »nombre de Jesús... Jesús es miel en la boca, »melodía en el oído, alegría en el corazón». El P. Coll sentía lo mismo, si no tropezaba a cada paso con la Virgen Santísima. Verdad és que en esto había tenido ilustres predecesores y grandes Santos en la Orden a que pertenecía, especialmente a nuestro Padre Santo Domingo. Tenía en María puestas todas sus esperanzas, después de Dios.

Habiendo caído enfermo de gravedad a raíz de la fundación de la Congregación, como en otra parte queda dicho, todos sus conocidos se alarmaron. No tardó la Santísima Virgen en calmar la justísima alarma

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ba de ciertas exterioridades, consideradas por algunos como actos de humildad, sin que lo sean, su máxima constante era: «Corazón limpio y cabeza derecha!» No le gustaban las cabezas bajas ni torcidas, puesto que no consiste en ello la virtud ni la humildad. Huía de toda singularidad y no gustaba que en cosa alguna le distinguiesen, por su gran fondo de virtud. Deseando las Hermanas poseer su retrato, no pudieron lograrlo nunca, estando sano. Para satisfacer tan justos deseos se valieron de la oportunidad del paso de una procesión, cuando ya estaba ciego, diciéndole a él que debía estar presente para dar más importancia al acto y adherirse en lo posible a la manifestación religiosa, para lucrar las indulgencias. Como era tan dócil y sumiso hizo cuanto le dijeron, con lo cual pudo verificarse lo que tanto anhelaban sus hijas espirituales: tener el retrato de su Padre.

No es posible detallar los distintos actos de humildad de que tantos ejemplos nos legó, pues andan mezclados con todos los actos de su vida, como se habrá observado en lo poco de ella, que referido queda.

CAPÍTULO XX

Devoción a la Santísima Virgen

Cuan grande fuera la devoción que el P. Coll profesaba a la Santísima Virgen, no es fácil adivinarlo. Puede decirse que durante toda su vida, la Virgen María fué el alma de sus amores (perdónese la expresión). Fué la devoción a esta celestial Señora, una especie de delirio en el Misionero y Apóstol del Santísimo Rosario. Podía decir con San Bernardo: «Árido es para mí todo alimento, »si no está condimentado con el aceite del »nombre de Jesús... Jesús es miel en la boca, »melodía en el oído, alegría en el corazón». El P. Coll sentía lo mismo, si no tropezaba a cada paso con la Virgen Santísima. Verdad és que en esto había tenido ilustres predecesores y grandes Santos en la Orden a que pertenecía, especialmente a nuestro Padre Santo Domingo. Tenía en María puestas todas sus esperanzas, después de Dios.

Habiendo caído enfermo de gravedad a raíz de la fundación de la Congregación, como en otra parte queda dicho, todos sus conocidos se alarmaron. No tardó la Santísima Virgen en calmar la justísima alarma

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del paciente y de cuantos se interesaban por la Congregación. Dirigiéndose a la Virgen con el cariño y ternura de hijo a su cariñosa Madre, alzando hacia ella los brazos, la pregunta y dice: «Qué hacéis ahora, Madre de Dios?» Queda desvanecida la enfermedad, y entra en franca convalecencia.

El P. Coll no se cansaba de recomendar el rezo del santo Rosario, lo que hacía con tanto fervor que conseguía no quedase familia sin que honrase a la Virgen con el rezo de tan santa oración.

Cuando iba de camino y veía alguna cruz o imagen de la Virgen se descubría y rezaba un Padre nuestro o Ave María. Lo mismo hacía cuando el reloj daba la hora; saludaba a la Virgen con el rezo del Ave María, y, si se trabajaba decía que se suspendiese el trabajo al tiempo de rezar. Cuando predicaba siempre inculcaba la devoción y confianza hacia la Virgen, con lo que conseguía mover los corazones más pervertidos y obstinados, valiéndose Dios de él para su conversión.

Nadie extrañará el fruto de sus sermones, pues predicaba más con el ejemplo que con la palabra. Antes de empezar la función, ya estaba él en la iglesia esperando empezase

el Rosario, rezándolo con tal fervor y en voz tan sonora, que parecía resonaba en todo el templo. Así mismo lo rezaba cuando estaba enfermo, encargando y queriendo que de igual forma lo hiciesen las Hermanas, mostrando gran contento cuando veía que así se hacía.

A pesar de que parecía estaba siempre recogido, antes de empezar el rezo del santo Rosario, se recogía invocando la gracia de Dios, deteniéndose en esto un poco de tiempo; pues sin duda tenía presente aquella advertencia del Espíritu Santo: «Hijo, antes »de la oración prepara tu alma, y no seas »como aquel que tienta a Dios!» Este método observaba, a pesar de ser el santo Rosario, una contínua invocación; y por eso lejos de empezarlo de sopetón, como suele decirse, y con las decenas acostumbradas; le hacía preceder de una devotísima invocación, cuyo objeto principal era acercarse a Dios antes de pedirlo. Así lo enseñó a las Hermanas, y así lo recomendaba al pueblo, escribiendo para él el nunca bastante ponderado libro, devocionario. «La Hermosa Rosa», en él que, en oposición a la detestable costumbre de rezar o anunciar los misterios sin casi exponerlos, o hacerlo con brevísimas pala-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bras, siendo ésta la causa de que el rezo del Rosario produzca escaso fruto, o ninguno, en los que lo rezan; antes de rezar la correspondiente decena, pone la meditación e invocación que le pertenece logrando así que, después de ilustrado el entendimiento y enamorada la voluntad, prorrumpa la lengua en el rezo del Padre nuestro y diez Ave Marías; como podrá observar todo aquel que tome en sus manos «La Hermosa Rosa». De este modo el fervoroso P. Coll enseñaba al pueblo a orar, no como hacen algunos, por desgracia, sin orden ni concierto y a manera de fonógrafo, sino con las cuatro partes que el Apóstol quería, esto es: Acercarse a Dios, pedirle, exponerle los motivos de la petición y darle gracias.

Cuando enfermo iba siempre con el rosario en la mano, y en las diferentes oficinas de la casa que visitaba, rezaba en cada una de ellas varias jaculatorias y, por lo regular, las tres partes del rosario. En este punto parece que en sus últimos días había degenerado en costumbre; pues no solo se tranquilizaba rezando el rosario, sino que a veces, las Hermanas para distraerlo empezaban el rosario y hasta hacían con él apuestas sobre quien rezaría más: apuestas que él aceptaba inmediatamente, rezando maquinalmente, hasta que fatigado, le decían que él había ganado la apuesta, con lo que quedaba muy contento.

Al hablar de la Virgen y de nuestro Padre Santo Domingo hasta la faz del rostro cambiaba. ¿Qué recuerdos se le presentarían? En el cielo lo sabremos.

El Rdo. P. Pablo Comas, religioso de mucha virtud y tenido en mucha fama de santidad, contó a la Rdma. Madre General, que él había visto a nuestro P. Coll rezando el santo Rosario delante de un cuadro de la Santísima Virgen, y que, arrodillado como estaba, se levantó del suelo hasta llegar frente al cuadro de la Virgen, y así en alto, hincado como estaba, permaneció hasta haber terminado el rosario: besó la mano de la Virgen y bajó a la posición natural. El mencionado P. Pablo observó el caso desde la habitación o celda que él habitaba, que estaba en frente de la del P. Coll, en Barcelona (España).

Sería una ingratitud si a lo que se lleva dicho, de la devoción que a la Madre de Dios tenía el buen P. Coll, se omitiese lo que al escribir las Reglas para las primeras Hermanas, las decía en ellas al exhortarlas al rezo y devoción del santísimo Rosario.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Vosotras, o benditas Hermanas, las decia, teneis un memorial hecho por Jesucristo, por el Arcángel San Gabriel y por la Iglesia nuestra Madre. Este perfectísimo memorial lo entregó la Virgen María a nuestro Padre Santo Domingo, para que por medio de él fuese alabado Dios nuestro Señor y se lograse la conversión de los pecadores. Este memorial es el santísimo Rosario de María, y ella lo presenta y pone en manos de nuestro Padre Celestial. Y, decidme, amadas Hermanas, que será lo que no alcanzaréis? Habrá gracia alguna que no logréis, ya para vosotras, ya para los prójimos si presentáis como se debe, este perfectísimo memorial, el santísimo Rosario? Estoy cierto y seguro que no, si lo rezáis como corresponde, pues la misma Virgen lo ha asegurado. Rezadlo, rezadlo, con viva fé, con toda humildad, con todo fervor y atención posibles!» Más adelante añadía: «Lo que os encargo de un modo particular, oh benditas Hermanas, es que profeséis una cordial devoción a María Santísima. Sí, sí, amad a María, porque ella ama a los que la aman, y los que son solícitos en buscarla la hallarán. Tiene en su poder las riquezas, la gloria y la abundancia para enriquecer a los que le entregan su

corazón; esto es, a los que acuden a ella con una verdadera devoción y confianza». Rezadle el santo Rosario con devoción y hacedlo rezar a las niñas de igual manera; así vosotras y ellas iréis al cielo por toda la eternidad».

No eran estos encargos, simples consejos en el P. Coll, sino hechos que él diaria y constantemente practicaba, como es sabido, pues todas las Hermanas que lo conocían deponen que hacía cuanto aconsejaba y escribía.

CAPÍTULO XXI

Enfermedad del P. Coll

Dios, que prevé todo el porvenir de la criatura, ordena diversamente las penalidades para remedio y salvación del que padece, esto es, para que con ellas se aparte del pecado o no se ensoberbezca de las virtudes, y sobre todo, para que por la paciencia sea coronado.

El que había dotado al celoso Padre Coll de una robustez corporal a toda prueba, sin duda por no privar al mundo de sus útiles y santos servicios, no quiso exceptuarlo de las

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

caricias con que suele festejar a sus leales hijos, pues, como es sabido, el bendito P. Coll, hijo legítimo de Dios, había celado durante toda su vida la gloria de su Eterno Padre y el culto de su Santísima Madre María; juzgándose, sin embargo, siervo enteramente inútil, a pesar de haber dado toda su vida, gallardas muestras y ejemplos de todas las virtudes religiosas, sacerdotales y apostólicas, respectivamente.

Nuevo Tobías de la ley de gracia, vivía absorto en las prácticas más sublimes de misericordia espirituales y corporales, cuando se vió privado de la vista, desde cuya época, puede decirse, que empezó la corona, con que debía aparacer coronado con las virtudes anejas a un martirio lento. Así sucedió en efecto.

Predicando el novenario de ánimas, el 2 de Diciembre de 1869, en la industrial villa de Sallent, patria de su íntimo amigo, el venerable P. Claret; habiéndose acostado sano y bueno, se encontró al levantarse completamente ciego, dándose cuenta de ello al ser llamado por el Sr. Cura, que extrañaba que, contra su costumbre, tardase tanto en levantarse. El ataque apoplético, causa de la ceguera, debió atacarle al estar dormido, por lo que el Padre no se dió cuenta; solo si extrañaba que tardara tanto en amanecer.

Parece natural que esta tribulación le había de ocasionar una gran sensación, tristeza y apocamiento, parecido al del anciano Tobías; sin embargo, júzguese del temple del alma del bendito P. Coll: quedó enteramente ciego y, ciego siguió predicando hasta el último día del Novenario, con admirable ejemplo de resignación y conformidad a la voluntad de Dios, a pesar de ser la ceguera una de las enfermedades que más afligen y que más tristeza dá.

Con los remedios que la ciencia aconseja para tales casos y las fervientes oraciones que en toda la Congregación se hicieron, se consiguió que el buen Fundador recobrara algún tanto la vista, hasta poder celebrar la Misa de la Virgen.

Otro ataque sintió el 17 de Enero de 1871 que le dejó más mal parado, siendo cada vez mayor el sacrificio. Pudo, sin embargo, volver a celebrar. El 6 de Febrero de 1872, más recio el ataque que se le presentó, le privó completamente de la vista e imposibilitó para celebrar. !Qué sacrificio para su alma! En 20 de Enero de 1873, fué el cuarto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ataque y le afectó, a ciertos intervalos, sus facultades mentales, con lo cual crecía el sacrificio. En Agosto de 1874 sintió otro ataque o recargo, y en Febrero de 1875 el último, en que se perdió toda esperanza de mejoría, que el tiempo confirmó.

Durante los tres años y cuarenta y nueve días primeros de su enfermedad, conservó, nuestro ilustre enfermo, perfectamente el uso de sus facultades intelectuales y gran parte de sus fuerzas físicas. Esto, por una parte, le servía de gran consuelo y por otra, le proporcionaba grandísimas angustias; no porque no estuviese enteramente conforme con la voluntad de Dios; sino porque le privaba de ejercitar su celo. Puede decirse que el P. Coll, quedó como un volcán, cuyo cráter se cierra de repente, ruge en las entrañas de la tierra, como lamentando su prisión; a pesar de que el ardor divino supera sin proporción todos los ardores humanos. Por eso el bendito Padre al verse sin libertad para comunicar ese ardor, sufría más violencia, que el volcán en las entrañas de la tierra. Por lo que el volcán de amor y celo que ardía en su pecho, no podía estar mucho tiempo sin dar ciertas erupciones y explosiones, que mostraban que no estaba

apagado y que, aun, con la compresión se habían aumentado sus energías.

Estando en tan triste estado, ciego, no se contentaba, nuestro héroe, con dar saludables exhortaciones a las Hermanas, sino que visitaba las diferentes casas de la Congregación, hacía nuevas fundaciones, daba ejercicios espirituales, confesaba, predicaba novenarios, y sermones en diferentes iglesias y poblaciones, a los que asistía numerosa concurrencia al saber que predicaba el P. Coll; lo que hacía con tal energía, celo y unción que parecía encontrarse en sus mejores tiempos.

En la segunda época de su enfermedad o sea, desde el 20 de Enero de 1873 hasta su muerte, la vida del P. Coll fué enteramente contemplativa. Empezó a perder las energías físicas y se vió precisado a dar por completo de mano a todo el ministerio público. Como aquellas hogueras grandes, que después de apagado el fuego revientan en llamaradas, inflamado el combustible por el latente rescoldo; el P. Coll, daba de cuando en cuando, algunas llamaradas que le denunciaban Apóstol, Religioso y Fundador. Nada pudo observarse en él, que de cerca ni de lejos, tuviese aspecto de pecado; lo único que se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

notaba, y por cierto con grande frecuencia, eran suspiros, lágrimas y llanto, producidos alternativamente, por sus meditaciones y por su estado apoplético. Los producidos por éste, eran completamente involuntarios y lo manifestaba él diciendo: «Aunque me vean »llorar, no se escandelicen ni hagan caso: »estoy tan conformado que, si Dios me dijera si quería otra cosa le diría: No».

Los producidos por aquellas, eran efecto de su amor a Dios, y de sus temores espirituales. Se confesaba todas las semanas, a veces más de una vez y comulgaba todos los los días.

Dios nuestro Señor, que lo había trocado en un niño, cuando de cosas materiales se trataba, le conservó todo el descernimiento espiritual, tanto que muchas Hermanas le consultaban y hasta se confesaban con él, siendo en el confesonario muy distinto que a fuera. Siempre se mostraba contento cuando le decían si podía confesar a alguna Hermana. A veces decía: «Para las Hermanas hasta la vida daría».

Lo que constituía su contento y embeleso constante, era el Rosario, que, como ya se dijo, lo tenía siempre en la mano, y decía a veces: «Este Rosario son mis libros y mi

todo». Durante la noche, prorrumpía en grandes suspiros dándose, a la vez, fuertes golpes de pecho y pidiendo al Señor misericordia.

En esta situación se encontraba nuestro ejemplar P. Coll, cuando sonó la hora anunciada y predicha por él, en pleno estado de salud, de que debía ir al Hospital-Asilo de Sacerdotes, para morir en él. Dios quiso someterlo a la última prueba.

Los azares de la guerra, el ruído producido por las continuas descargas y la intranquilidad grande que por aquella parte de la ciudad reinaba, afectaban al paciente, de manera que, a causa de su estado apoplético le causaban mucho miedo y tristeza. Poco alivio encontró en el cambio, puesto que, casi puede decirse, llevaba la causa consigo.

La translación fué bien sensible y dolorosa para los Superiores de la Congregación y, en general, para todos los miembros de ella, sobre todo al oir el llanto en que prorrumpió al darse cuenta que salía de la Casa-Matriz, mezclado con él de la Rdma. Madre General, Rosa Santaeugenia, a la cual llamaba él con el nombre de María, por habérsele olvidado el nombre a causa de la enfermedad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No se vaya a suponer que la Congregación fuese ingrata con su ilustre y querido Fundador: no hubo tal. Esta hizo todo cuanto humanamente pudo, no solo para aliviar su situación, sino para mejorarla durante el curso de su enfermedad: nada perdonó ni omitió de cuanto a ello conducía. Internado en dicha casa se le proporcionaba de la Casa-Madre todo cuanto necesitaba e iban todos los días a visitarle y a hacerle compañía algunas Hermanas, en especial la Rdma. Madre General, lo cual servía al pobre enfermo de mucho consuelo y satisfacción: de modo que no pasó día sin que fuese servido, visitado y agasajado por los moradores de la Casa-Matriz, incluso por el Capellán de la misma, el inolvidable Presbítero D. Joaquín Soler, el que podría ser honrado con el calificativo de cofundador de la Congregación, por lo mucho que en bien de ella y sus miembros trabajó. Se ve, por lo dicho, que la translación del Padre a la Casa-Asilo, fué obra de la Divina Providencia, que quiso servirse de los temores de unos y de malas inteligencias de otros, para acrisolar la virtud de su siervo, confirmar ciertos augurios y asemejarle a Jesús.

CAPÍTULO XXII

Su muerte

Sonó la hora marcada en los decretos eternos, para que el cuerpo del insigne P. Francisco Coll volviera al polvo, de donde había salido, y su alma, desatada de las ligaduras de la carne, voláse, como piadosamente se cree, al cielo, donde se saciará del amor divino y de contemplar a la Santísima Virgen María, que había sido siempre su encanto y delirio. Murió, pues, en la paz del Señor, el 2 de Abril del año 1875, fiesta de San Francisco de Paula, cuyo nombre él llevaba, primer viernes de mes, dedicado al Sagrado Corazón de Jesús e infraoctava de Pascua, rodeado de varios Sacerdotes, a la edad de 63 años, lleno de méritos y virtudes, llorado de cuantos le conocían, especialmente de sus hijas espirituales, que, a pesar de haber tenido el consuelo de asistirle con filial cariño y solicitud asídua, durante su larga enfermedad, no pudieron menos de lamentar la irreparable pérdida, como lo demostró el llanto general de las que moraban en la Casa-Matriz y Noviciado, en los dos días que estuvo expuesto el cadáver de su Padre Fundador en su propia Capilla.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Allí era de ver el cariño respetuoso y santo que le profesaban, no solo las desconsoladas Hermanas, si que también el inmenso concurso, que continuamente rodeaba el lecho mortuorio: unos besándole las manos, otros la frente, quien haciéndole tocar los rosarios por sus manos y no faltó quien, a hurtadillas, cortase pedacitos de hábito y cabellos de su cabeza. Tanta era la fama de su santidad!!

La circunstancia de ser octava de Pascua hizo que sus funerales se celebrasen con color blanco como recordando el blanco hábito que tan dignamente había vestido, y al que tanto cariño profesaba, como hijo verdadero de nuestro Padre Santo Domingo.

Se dió sepultura a su cadáver en un nicho de la ciudad en el que descansaron los restos mortales hasta que, inaugurada la nueva iglesia de la Casa-Matriz, la piedad y cariño de sus agredecidas hijas espirituales quisieron tenerlos cabe a sí.

La traslación se hizo (el 21 de Diciembre del año 1888), en cuyo acto se puso nuevamente de manifiesto, la profunda veneración que se conservaba al recuerdo del P. Coll, por su santidad y favores recibidos.

En la iglesia de la Casa-Matriz al lado derecho, junto al altar del Beato Pedro Almató, esperan la resurrección general, los restos del Padre Francisco Coll, siendo visitados por las Hermanas que, con frecuencia acuden a postrarse cabe a ellos, en demanda de gracias, luces y favores; formándose, por lo tanto, toda la descendencia espiritual del ínclito y admirado fundador Padre Francisco Coll, junto a sus venerandas reliquias.

CAPÍTULO XXIII

Favores recibidos

Con la relación de la muerte y entierro del bendito P. Coll, parece que debía terminar la breve y desaliñada reseña que antecede; pero he de confesar que no llenaría el fin principal que me propuse al dar comienzo a ellas si omitiese relatar algunos de los muchos favores que por su mediación se han obtenido y me quedaría algún remordimiento si no añadía un pequeño bosquejo de los mismos. Al efecto me limitaré a mencionar algunos referidos por las mismas personas que los obtuvieron, quedando por ello agradecidas y obligadas al buen P. Coll.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Allí era de ver el cariño respetuoso y santo que le profesaban, no solo las desconsoladas Hermanas, si que también el inmenso concurso, que continuamente rodeaba el lecho mortuorio: unos besándole las manos, otros la frente, quien haciéndole tocar los rosarios por sus manos y no faltó quien, a hurtadillas, cortase pedacitos de hábito y cabellos de su cabeza. Tanta era la fama de su santidad!!

La circunstancia de ser octava de Pascua hizo que sus funerales se celebrasen con color blanco como recordando el blanco hábito que tan dignamente había vestido, y al que tanto cariño profesaba, como hijo verdadero de nuestro Padre Santo Domingo.

Se dió sepultura a su cadáver en un nicho de la ciudad en el que descansaron los restos mortales hasta que, inaugurada la nueva iglesia de la Casa-Matriz, la piedad y cariño de sus agredecidas hijas espirituales quisieron tenerlos cabe a sí.

La traslación se hizo (el 21 de Diciembre del año 1888), en cuyo acto se puso nuevamente de manifiesto, la profunda veneración que se conservaba al recuerdo del P. Coll, por su santidad y favores recibidos.

En la iglesia de la Casa-Matriz al lado derecho, junto al altar del Beato Pedro Almató, esperan la resurrección general, los restos del Padre Francisco Coll, siendo visitados por las Hermanas que, con frecuencia acuden a postrarse cabe a ellos, en demanda de gracias, luces y favores; formándose, por lo tanto, toda la descendencia espiritual del ínclito y admirado fundador Padre Francisco Coll, junto a sus venerandas reliquias.

CAPÍTULO XXIII

Favores recibidos

Con la relación de la muerte y entierro del bendito P. Coll, parece que debía terminar la breve y desaliñada reseña que antecede; pero he de confesar que no llenaría el fin principal que me propuse al dar comienzo a ellas si omitiese relatar algunos de los muchos favores que por su mediación se han obtenido y me quedaría algún remordimiento si no añadía un pequeño bosquejo de los mismos. Al efecto me limitaré a mencionar algunos referidos por las mismas personas que los obtuvieron, quedando por ello agradecidas y obligadas al buen P. Coll.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Desde luego, un Padre que tanto había trabajado y sacrificado por el bien de sus hijas espirituales durante su laboriosa y santa vida, no podía dejar de interceder en el cielo por ellas y por la prosperidad de una Congregación tan querida por él, como que era fruto de sus desvelos, oraciones, privaciones y penitencias. A quién se debe, en gran parte, sino a su intercesión, el prodigioso aumento que ha experimentado la Congregación por él fundada, tanto en el número de vocaciones, como en las muchas e importantes fundaciones que después de su partida de este mundo se han efectuado, lo mismo en España que en América, sino en el cumplimiento de la promesa que él hizo en vida, cuando dijo: «Más útil seré a la Congregación muerto que vivo».

Además de estos favores generales hay otros recibidos particulares, no siendo de los menores la notable curación de la Hermana Rafaela Antonell, la cual durante tres años consecutivos, sufrió frecuentes accidentes que la dejaban sin sentido, tanto que en ciertas ocasiones se temía por su vida, llegando a administrársele los últimos Sacramentos, por disposición facultativa, lo que había hecho el mismo Padre Coll. Cuando

desaparecían los ataques se ocupaba en algún trabajo liviano. Estando ya ciego el bendito Padre Coll, la referida Hermana fué una de las destinadas para cuidarlo, siendo así que a veces tenía que atenderle él a ella, por conocer que le iba a dar el ataque. Cierto día, al volver en sí, después del accidente, la dijo el Padre: «Cuando vea a Dios, le »pediré que la cure de esos ataques». Pues bien, en el mismo día que murió el P. Coll, por la mañana, le dió el acostumbrado ataque o accidente, y desde entonces no le volvió a dar más; lo que se atribuyó al cumplimiento de la promesa que el compasivo Padre le había hecho; lo que probaría que su alma habría volado al cielo en seguida de partir de este mundo, pues solo así se cumpliría la promesa de que: «Cuando vea a Dios le pediré que la libre de esos ataques». Para mejor inteligencia de este favor, es necesario advertir que en la misma hora en que murió el P. Coll estaba la Hermana en el accidente, pasado aquel no le volvió a dar más, como queda dicho, a pesar de haber vivido aún muchos años.

Otra Hermana llamada Francisca Roura, padecía un vehemente dolor de costado: no encontrando alivio con ninguno de los reme-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dios que se le aplicaban. Movida otra Hermana de la confianza que tenía en la caridad y santidad del P. Coll, le aplicó en el mismo sitio del dolor, un pedazo de una de las prendas de vestido que había usado el buen P. Coll, en vida, y en seguida experimentó un notable alivio, siguiendo luego la completa desaparición de dicho dolor, que no la molestó más.

Muchas encontraron alivio y curación en sus dolencias, que no refiero por no hacerme interminable, aplicándose algún pedazo de ropa de las prendas que él había usado.

Una Señorita, llamada Filomena Griera, pensionista del Colegio de la Casa-Matriz, de resultas de haber tenido la viruela negra, le había quedado un humor en la nariz, que, por sulpurarle casi siempre y por la causa que era motivado, era bastante repugnante y no se conseguía que se le cicatrizase por más medicamentos que ensayase. Como ella tenía en gran concepto de santidad al caritativo P. Coll estando velando su cadáver en la capilla de la referida Casa-Matriz, pidió al Señor, por los méritos del P. Coll, le cicatrizase y curase aquella dolencia que tanto la apenaba, y llena de confianza, como ella misma refirió, acercó la mano del Padre

a la pertinaz herida y consiguió lo que pedía, la curación.

En la Villa de Manlleu, partido de Vich, Provincia de Barcelona, en el año 1900 vivía doña Filomena Bracóns, de sesenta años de edad, la cual sufría desde mucho tiempo una gastro-enteritis folicular, que le producía diarrea contínua, y con mucha frecuencia intensas hemorragias, que, en más de una ocasión habían puesto en evidente peligro su vida, y contra cuya enfermedad habían fracasado todos los medios curativos hasta entonces (25 de Abril 1900) empleados, por lo que, según atestiguaron los Doctores que la atendían, ya trataban su enfermedad como incurable, esperando verla morir dentro de muy breve plazo.

Tenía dicha Señora, dos hijas Religiosas en la Congregación que fundara el P. Coll «LA ANUNCIATA» y era tan devota del Bendito Fundador, que hablaba de sus virtudes y santidad siempre que podía. Viéndose tan acabada y sin fuerzas y sin conseguir mejora alguna en los tantísimos remedios propinados por la ciencia humana, determinó prescindir de todos ellos y acudir al poder que confiaba tenía el P. Coll. Al efecto: para obtener su curación tan deseada no hizo más

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que invocar al P. Coll y se colgó al cuello un pedacito del hábito que le había servido de mortaja desde que murió hasta que fueron sus restos trasladados a la iglesia de la Casa-Matriz. Sin tratamiento alguno curó completamente, logrando recuperar sus fuerzas por mucho tiempo (siete años) sin que quedara señal alguna de la anterior dolencia, lo que no tiene explicación científica, según certificaron los dos Doctores testigos del suceso.

NOTA.—Al ser trasladados los restos del P. Coll se le vistió con hábito nuevo y el que llevaba fué cortado en pedacitos pequeños que fueron repartidos entre la muchedumbre que los solicitaba como relíquia y recuerdo.

La Rdma. Madre General, Rosa Santaeugenia, participó también, según ella refirió, de la intercesión benéfica de su devotísimo P. Coll. Estando enferma de algún cuidado, le aplicaron el solideo que él había usado, quedando en seguida tan sana que al día siguiente salió de la Casa-Madre para ir a fundar la casa filial de Cabrils.

Encontrándose una Hermana enferma de una dolencia que le hacía sufrir mucho sentía el tener que manifestarla al Doctor, por delicadeza, resolvió primero acudir al P. Coll, lo que hizo postrándose delante de su retrato, pidiéndole con el fervor posible que, si era voluntad de Dios, le alcanzase la gracia de que se sanase, sin necesidad de tener que acudir al Doctor. A los pocos días estuvo del todo sana sin haberse aplicado remedio alguno. (Año 1924).

Una Religiosa Dominica encontrándose enferma de la boca que hacía mucho tiempo le impedía el comer cosas sólidas por el dolor que le ocasionaba, habiendo llegado al extremo de que solamente podía alimentarse de líquidos y eso con dificultad por los dolores que el contacto le producían, en el día en que se conmemoraba el quincuagésimo aniversario de la muerte del recordado P. Coll acudió a él pidiéndole que la socorriese y le alcanzase la curación, si le convenía. Hizo la súplica por la mañana, al medio día ya pudo comer con más facilidad alguna cosita, se le calmó el dolor, por la tarde estaba casi bien y pudo seguir alimentándose como la Comunidad, habiéndole desaparecido la referida dolencia, que tanto tiempo la mortificaba y que la ciencia no alcanzaba curar.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Son muchos y diversos los favores y gracias obtenidas por mediación del caritativo y compasivo P. Coll. Varios de ellos son testigos únicamente los que con ellos han sido agraciados, conservando con tal motivo agradecimiento y amor al ínclito Fundador P. Coll.

Cincuenta años han transcurrido desde que bajara a la tumba (2 Abril 1875—2 Abril 1925) rodeado del aprecio, respeto y veneración del pueblo español, en especial de Cataluña, y vive y se perpetúa su recuerdo entre las gentes, honrándose los hogares cristianos de referir en ellos hechos admirables y edificantes ejecutados por el celoso misionero P. Coll, que han pasado a las generaciones por haber sido presenciados por muchas personas que habían tenido la dicha de ser participantes de semejantes portentos, así como de las penitencias que practicara, de los santos ejemplos que difundiera y del perfume de las virtudes que exhalara a través de la vida apostólica y sacrificada que llevaba.

Sus amantes y agradecidas hijas espirituales de la Congregación de la Anunciata, por él fundada, no olvidemos jamás los favores y gracias que de nuestro ínclito Padre

y Fundador hemos recibido; e inspirémonos siempre en los ejemplos y en las enseñanzas que él nos diera, recordando y practicando los avisos e instrucciones contenidos en el libro por él escrito, de la primitiva Regla, cuya lectura debiera ser preferida a cualquier otra por haberlo escrito estando solo con Dios, ser fruto de mucha oración, penitencia y vigilias de nuestro venerable Padre, el que al tenerlas escritas las firmó sobre el altar estando abierto el sagrario, el día de Pentecostés.

Sea esto recordado para mostrar la estima y aprecio que se merece lo que al bendito Padre Coll tanto costó e hizo para la santificación de las Hermanas, conforme el Señor le inspiró.

L. D. A.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

	Págs.
Censura y aprobación	4
Dedicatoria.—A la Reverendísima Madre Mercedes Miralpeix, Priora General, de la Congregación de Hermanas Domicas de la Anunciata	5
Capítulo I.—Nacimiento	7
Cap. II.—Primeros años o augurios felices.	9
Cap. III.—Francisco empieza sus estudios.	12
Cap. IV.—Vocación al estado religioso . .	14
Cap. V.—Fray Francisco Coll en el claustro.	19
Cap. VI.—Exclaustración	23
Cap. VII.—Clérigo	27
Cap. VIII.—Misionero	34
Cap. IX.—Fundación de la Congregación de las Hermanas de la Anunciata . . .	57
Cap. X.—Virtudes del Padre Coll.—Virtud de la fe.	64
Cap. XI.—Virtud de la Paciencia . . .	67
Cap. XII.—Sobre la virtud de la pobreza.	70
Cap. XIII.—Virtud de la Castidad . . .	74
Cap. XIV.—Virtud de la Obediencia . .	77
Cap. XV.—Sobre la virtud de la Esperanza.	81
Cap. XVI.—Temor de Dios.	83
Cap. XVII.—Virtud de la Caridad . . .	85
Cap. XVIII.—Virtud de la Mortificación.	93
Cap. XIX.—Sobre la virtud de la Humildad.	103
Cap. XX.—Devoción a la Santísima Virgen.	109
Cap. XXI.—Enfermedad del P. Coll. . .	115
Cap. XXII.—Su muerte.	123
Cap. XXIII.—Favores recibidos . . .	125

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

La Sierva de Dios

Madre María de San Ignacio

(Claudina THÉVENET)

FUNDADORA

DE LA

CONGREGACION DE RELIGIOSAS

DE

JESÚS - MARÍA

J.M.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

1927

Editorial "DIARIO DE VALENCIA"
Trinquete de Caballeros, 14

La Sierva de Dios

MADRE MARÍA DE SAN IGNACIO

(Claudina THÉVENET)

FUNDADORA

DE LA

CONGREGACION DE RELIGIOSAS

DE

JESÚS - MARÍA

1927

Editorial "DIARIO DE VALENCIA,,
Trinquete de Caballeros, 14

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NIHIL OBSTAT:

Emilio Picornell.

Censor.

PUEDE IMPRIMIRSE:

Por mandato de S. E. Rvdma.

Joaquín Belda.

Can. Secretario.

DECLARACIÓN

Conforme al decreto del Sumo Pontifice Urbano VIII, declaramos que en las expresiones de *milagro* y de *santa* que se encontrarán en este opúsculo, no queremos en nada prevenir el juicio de la Iglesia, a la cual en todo nos sujetamos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO I

NACIMIENTO.—JUVENTUD.—AÑOS DE PREPARACION

En la antiquísima ciudad de Lyon, santificada por el apostolado de San Potino y tronco de nobleza cristiana, nació María Claudina Thévenet, el día 30 de Marzo de 1774, y el 31 del mismo mes fué bautizada en la parroquia de San Nazario.

Su padre, Filiberto Thévenet, y su madre, Antonieta Guyot de Pravieux, pertenecían a dignas familias lionensas, que formaban como el núcleo vital de la ciudad, contribuyendo con el comercio de la seda al bienestar de sus habitantes. Cristianos de pura cepa, hacían gala de sus creencias y sembraban en el corazón de sus hijos el conocimiento y la práctica del bien, considerando, sobre todo, que el

ejemplo es el deber esencial que avalora toda enseñanza.

Y sólo así se comprende cómo, a pesar de las grandes pérdidas que sufrieron en la aciaga época de la Revolución, y de las múltiples consecuencias de ella, la caridad de esta familia modelo permaneciera siempre inmutable, siempre derramando a manos llenas incomparables tesoros. Ante los observadores ojos de Claudina resplandecían, a cada paso, los destellos de esta sagrada virtud, piedra angular de la vida cristiana, y por ella vió, desde entonces, marcados los derroteros de su porvenir. La infancia de Claudina parece envuelta en las sombras de una vida apacible, como la corriente mansa de los arroyos que fecundizan la tierra con la caricia de su paso. «CRECIA EN GRACIA Y EN EDAD.» La elocuentísima concisión del Evangelio viene en nuestra ayuda, a falta de noticias que la historia nos niega; y las pocas que pudimos arrancar al secreto del tiempo nos presentan la figura de Claudina sencilla, humilde y afable, atrayendo el cariño de cuantos la rodeaban con la verdadera bondad, que excluye todo egoísmo, para buscar semejanza con Aquel que dijo: «APRENDED DE MI, QUE SOY MANSO Y HUMILDE DE CORAZON.» En familia llamábase a Claudina «la humilde violeta», por su parecido a la pequeña y escondida florecilla que se descubre por su suave perfume: perfume que significaba en ella una virtud tan arraigada que, sin darse cuenta, le dió cierto ascendiente amable y persuasivo sobre sus hermanos.

La educación de la joven se empezó en el convento de Benedictinas llamado Abadía de San Pedro. La religiosa encargada de instruirla no perdonó medio alguno para dar cumplidamente a su discípula cultura y formación conformes a su clase: literatura, historia, costura, bordado, etc.; pero, sobre todo, supo infundir en la niña las bases de una instrucción sólida y práctica y mucho amor al orden en todas las cosas, cualidades que, más tarde, imprimirán el carácter a la magna obra que Dios le reservara.

Contaba apenas 19 años cuando la Revolución descargó sus furias sobre la desgraciada Francia. Luis y Francisco Thévenet, hermanos ambos de Claudina, indignados ante las injusticias y atropellos del terror, se alistaron voluntariamente en el ejército del general Precy, que luchaba en defensa de la Re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ligión y de la Patria, contra 60.000 jacobinos capitaneados por el sanguinario Dubois de Crancé. Ausente se hallaba el padre de los valientes jóvenes cuando éstos fueron hechos prisioneros por los enemigos. Temeraria empresa era para él la entrada en Lyon, en pleno sitio, y más difícil aún conseguir la libertad de sus hijos. ¿Qué hacer? Claudina, niña todavía, demostró en esta ocasión su admirable confianza en Dios, su prudencia y su increíble valor, que rayaba en heroismo.

Obtuvo permiso para entrar en la cárcel, y como ángel consolador, infundió ánimo y resignación en el alma de sus hermanos, vendidos por un miserable traidor y condenados a muerte por el único crimen de haber defendido los derechos de su patria contra una horda de foragidos. La intrépida heroína, haciendo frente a los groseros insultos de la soldadesca, llevaba hasta el infecto calabozo aliento y abrigo para sus hermanos, que ellos, cariñosos, compartían con un sacerdote enfermizo y prisionero como ellos, el cual fué el que recibió luego su última confesión. Por aquel tiempo ya no eran desconocidas a Claudina tan arriesgadas andanzas, pues, antes de estar prisioneros sus hermanos penetraba frecuentemente en las cárceles como mensajera de paz y portadora de consuelos. Y, copiando la imponderable entereza de la que al pie de la Cruz sufriera el más intenso martirio del corazón, la santa joven subió al calvario de su dolor acompañando a los héroes y recibiendo su último adiós en una carta conmovedora, digno testamento de mártires cristianos. «Claudina, perdona como nosotros perdonamos...» Estas fueron las últimas palabras que recogió del ensangrentado campo en donde presenciara el fusilamiento de Luis y Francisco, y en aquellos momentos de angustia suprema engendró el alma de nuestra joven un íntimo, un vigoroso deseo de sembrar el bien en el árido y estéril yermo que había de adquirir fecundidad al absorber la sangre de tantos y tan gloriosos mártires. Frecuentes destellos de vocación religiosa alumbraron, a intervalos, el alma de Claudina, y en su incertidumbre sobre el medio particular con que había de servir a Dios, sólo encontraba firmeza el pensamiento constante de la santidad y el deseo de consagrar su vida a la cristiana educación de la infancia, atajando así el mal en sus comienzos; pensmiento y deseo que, extendido en alas de la fe, podía dar a Francia un porvenir

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

digno de la Hija primogénita de la Iglesia.

Claudina Thévenet recibió como legado singular un consejo de perdón, que cumplió fielmente, y esta fué la venganza que tomó de los infames que delataron a sus hermanos: se entregó de lleno a la vida de sacrificio, siendo el consuelo y la alegría de sus padres, y dando sus fuerzas, su tiempo y sus bienes a las obras de celo, que fueron como el preludio y como el acicate con que Dios la estimaba y atraía para su obra definitiva y verdadera vocación.

Y sobre aquel germinar lento y laborioso que el Señor alimentaba con riquísimas virtudes, resbalaron silenciosa y mansamente sus veinte primeros años.

CAPITULO II

LA ASOCIACION DE LOS SAGRADOS CORAZONES DE JESUS Y DE MARIA

Después de largo aprendizaje en los caminos de la caridad, inspiró el Señor a Claudina la idea de asociarse con varias amigas para acrecentar el ejercicio de tan hermosa virtud con la fuerza de la unión y del buen ejemplo mutuo. Dios esbozaba ya la senda que, más tarde, había de ser espléndido camino para llegar a la santidad.

También la obsesión constante de la señorita Thévenet iba en aumento a medida que palpablemente conocía las miserias hereditarias de la Revolución, y Aquel que, sobre la complicada urdimbre de los tiempos va tramando sus eternos designios, puso frente a frente dos almas sedientas del mismo ideal, cuyo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

contacto fué crispa delatora de un fuego divino que ardía allá adentro en los corazones del uno como de la otra.

Era el Padre Andrés Coindre celoso misionero de Lyon y Vicario de la parroquia de San Bruno: Activo, emprendedor, incansable, fulguraba en su rostro a primera vista la expresión de un carácter franco, y aquella expresión nobilísima de un alma endiosada, de un hombre que, sin declives de postración ni encumbramientos de soberbia, copiaba exactamente el magnífico programa evangélico: «PASÓ POR LA TIERRA HACIENDO BIEN.»

Una desapacible tarde de invierno, el Padre Coindre encontró a dos pobres niñas de tres a cuatro años que, harapientas y abandonadas, buscaban refugio bajo los pórticos de la iglesia de San Nazario. Compadecido ante tal miseria pensó conducirlas a su casa; pero, ¿cómo iba él solo a cuidar de dos pobres criaturas que apenas sabían darse a entender? Una idea luminosa le sacó del conflicto: Acordóse de Claudina Thévenet, de quien había oído hablar como de un ángel de caridad y de dulzura, y sin vacilar más, cogiendo el buen Padre su frágil carga se dirigió hacia la colina de los Cartujos, a la casa de

Claudina. Conmovióse la joven recordando la pobreza del Niño Dios, hecho mendigo por nuestro amor, y ofreció a las huérfanas un corazón de verdadera madre.

De este encuentro del Padre Coindre con Claudina Thévenet nació la primera obra de la Asociación, que fué gérmen del futuro Instituto de Jesús-María (1).

¿Quién concibió la idea? ¿A quién debemos dar la supremacía en esta admirable fundación? Sólo Dios lo sabe. Los acontecimientos prosperaban sin demora, y el 31 de Julio de 1816, después de tres días de retiro y oración, en los que el Padre Coindre formó el plan y reglamento, fueron recibidas las ocho primeras asociadas en la capilla de San Bruno. Por unanimidad eligieron presidenta a Claudina, secretaria a la señorita Duperieux, y tesorera a la señorita Genoud. La Asociación tomó el nombre de los Sagrados Corazones (2).

El Padre Coindre, al comunicar el reglamento a estas almas escogidas, «No quiero—les dijo—imponeros un yugo pesado y monótono, sino ayudaros eficazmente a progresar en la virtud y a procurar la gloria de Dios,

(1) Anales de la «Providencia de San Bruno».
(2) Registro de las Asambleas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

porque el orden, necesario en todo, es esencial en una sociedad de gran porvenir, y quien vive con orden vive según Dios.» Y añadió: «Nuestra Congregación, consagrada a la Santísima Virgen a quien ha tomado por Madre y protectora, se propone fomentar la devoción a tan dulce Reina y honrar especialmente el Corazón de su Hijo, a la vez que conservarse siempre adicta a la Iglesia Romana y morir antes que quebrantar su fe.» He aquí el ideal que la Asociación se propone conseguir:

1.° La santificación recíproca de sus miembros mediante la práctica de las virtudes cristianas y los consejos evangélicos.

2.° El ejercicio de obras de caridad para con el prójimo (1).

El segundo título del Reglamento: «Espíritu de la Congregación», lleva un sello personal de Claudina, sello con el cual ella marcará profundamente el carácter de la futura Congregación de Jesús-María. Helo aquí:

1.° Cada asociada procurará ejecutar todas sus acciones sólo con el fin de agradar a Dios, y por motivos de fe: la alegría íntima del corazón, la libertad de espíritu, la confianza

(1) Reglamento de la Asociación ds los SS. Corazones: título 1.° artículo 3 °

y la generosidad, son rasgos que caracterizan a las verdaderas siervas de Dios.

2.° La caridad, que unirá entre sí a todas las asociadas, ha de inducirlas a ayudarse mutuamente con buenos consejos, a corregirse de sus defectos, a mantener en la Asociación de los Sagrados Corazones aquel espíritu de unión que reinaba entre los primeros cristianos.

3.° Respecto a los deberes para con el prójimo, observarán las reglas de la prudencia y discreción, procurando, a la vez, edificar con su modestia y humildad a cuantos las rodean.

No nos proponemos en este pequeño resumen hacer un análisis completo del Reglamento de la Asociación; únicamente, a grandes rasgos, queremos mostrar el espíritu con que fué concebido y redactado.

Dividíase la Asociación en cuatro secciones:

1.ª Sección de «Instrucción».—Catecismos para niños que hubieran de prepararse a comulgar por primera vez y para los adultos que por ignorancia o por error desconocían las verdades fundamentales del Cristianismo. Compra y propagación de libros buenos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

2.ª Sección de «Edificación».—Obras de perseverancia y asídua frecuencia de los Sacramentos; orientaciones de almas piadosas hacia la Congregación.

3.ª Sección de «Consuelos».—Visitas a los pobres y enfermos, considerándolos como miembros pacientes de Jesucristo. Auxilios espirituales a los moribundos.

4.ª Sección de «Limosnas».—Sostenimiento de los niños en las escuelas cristianas. Asilos para los desvalidos. Alivios materiales para los pobres enfermos. Apertura de talleres, colocación de obreros y criados.

Y como divisa que abarca todo este admirable código de caridad, eligieron las asociadas aquella frase del Divino Maestro ya anteriormente mencionada: «Aprended de mi, que soy manso y humilde de Corazón.» A la cual añadió el Padre Coindre aquella otra sentencia de la Imitación de Cristo: «ALEGRAOS DE SER DESCONOCIDAS Y TENIDAS EN NADA.»

Caridad y humildad fueron las bases de tan sublime Reglamento. Caridad y humildad fué toda la vida de Claudina.

CAPITULO III

«LA PROVIDENCIA»

Un año después de su fundación, 21 Junio 1817, la Sociedad de los Sagrados Corazones se enriqueció con dos nuevas asociadas: las señoritas Coindre y Paulina Jaricot fueron propuestas a la junta y recibidas por unanimidad. El relato fiel y exacto de la presidenta, Claudina Thévenet, nos indica los hechos más interesantes en la vida y santificación de la Sociedad. Así, en el acta del 31 de Julio de 1818 (1) encontramos el origen de «La Providencia», obra en la cual puso la señorita Thévenet todo su corazón y su vida entera. Dice así: «Sección de «Edificación». Deseando encaminar hacia el deber a muchas jóvenes alejadas de Dios, procurarles traba-

(1) Registro de las Asambleas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jo que asegure su porvenir y las ponga al abrigo de los peligros que llevan consigo la ociosidad y la miseria, mas encontrando dificultad para socorrer a cada una en particular y siendo también dificilísima la vigilancia de su conducta, como nosotras la desearíamos. nuestra Sociedad alquiló en 1.° de Agosto de 1817 una «celda» (1) en los claustros de los Cartujos, y allí reunimos a las dichas jóvenes. El primer mes sólo se utilizó el local para dormir; pero habiendo encontrado medios para procurarles trabajo, la Sociedad resolvió buscar a alguno que las vigilara y que las instruyera en la Religión para acostumbrar sus almas a la práctica de la virtud y destruir las malas inclinaciones que, en muchas de las jóvenes, eran el patrimonio que habían heredado de padres viciosos; alguno, en fin, que pudiera dirigirlas y perfeccionarlas en el trabajo y que poseyera, a la vez, el orden y la economía necesarios para sostener un hogar. No sin razón pensó la Sociedad que tales cualidades no podrían hallarse reunidas sino en personas que se entregaran a esta obra con el único intento de trabajar por Dios; y conside-

(1) Las celdas de los Cartujos eran unas casitas compuestas de varias pequeñas piezas.

rando ser imposible por entonces designar para este cargo a persona alguna de la Sociedad, se decidió unánimemente (reunión del 9 Septiembre de 1817), confiarlo a dos Hermanas de San José, por cuya elección habemos de felicitarnos. Entraron las religiosas en la casa el día 13 de Septiembre de 1817, día en que nosotras inauguramos el taller. En los comienzos no tuvimos más de siete a ocho niñas; pero poco a poco fué aumentando el número, y ahora llegan ya a treinta. Los recursos eran poquísimos, y cuando llamamos en nuestra ayuda a las Hermanas de San José, teníamos tan sólo quince francos en caja; pero sostenidas y animadas por los consejos de aquel que nos dirige (el Padre Coindre), hemos puesto nuestra confianza en manos de la Divina Providencia, y todo lo esperamos del Señor que no abandona nunca las obras que por El se emprenden. Hemos recibido ya abundantes limosnas, y una persona caritativa nos dió 600 francos. El fin de la Sociedad al fundar el establecimiento que lleva por nombre «La Providencia del Sagrado Corazón», fué, como antes hemos dicho, proteger a las jóvenes contra las asechanzas del vicio, hacia el cual pudiera arrastrarlas el mal ejemplo. Tenemos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el consuelo de ver en muchas, correspondencia a lo que por ellas se hace y una creciente y verdadera piedad. Ocho jóvenes han hecho este año su primera Comunión, y es digna de notarse su actitud, en todo edificante» (1).

Vemos, pues, de este modo que aun habiendo confiado «La Providencia» a las Hermanas de San José, la señorita Thévenet y las asociadas de los Sagrados Corazones no se desentendieron del todo de la obra: visitaban con frecuencia el taller para animarlas al trabajo y tomar parte en él; pero su presencia no fué tan necesaria como en sus comienzos.

Más datos sobre «La Providencia»

1.° La señorita Thévenet fué Superiora y Directora de «La Providencia» durante ocho años, y hubiera continuado dirigiéndola puesto que esta obra fué la primera que ella creó; pero los caminos trazados por Dios abrieron nuevos horizontes al celo de la señorita Thévenet; no obstante, continuó protegiendo con gran interés esta obra hasta su muerte.

(1) Extracto del Registro de la Asociación.
1.º Anales de las Hermanas de San José.

2.° «La Superiora de la Comunidad (era la señorita Thévenet), no pudiendo dejar sus ocupaciones (1) para dedicarse a la Administración, será sustituída por una presidenta que en su ausencia asistirá y presidirá las Asambleas.» (Se decidió esto el 31 de Mayo de 1821.) (2).

«3.° El 31 de Julio, fecha de las elecciones, después de haberse elegido por escrutinio secreto los distintos cargos, la señorita Thévenet fué nuevamente nombrada presidenta general de la Sociedad y de todas las Secciones.»

«Creáronse dos nuevos cargos: de secretaria general y de tesorera general que, con la presidenta de la Sección y dos asistentas, formaron el Consejo de Administración de «La Providencia».

«4.° Cuatro años más tarde (1825), a causa de algunas dificultades que sobrevinieron se decidió abandonar todos los derechos que la Asociación de los Sagrados Corazones te

2.° Registro de las Asambleas,
(1) La Comunidad hacía ya seis meses que estaba en Fourvière.
(2) En esta ocasión se adoptó, como signo distintivo de la Asociación, una cruz de plata.
3.° y 4.° Registro de las Asambleas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nía sobre la casa y sobre la obra, para ponerlos enteramente en manos del Párroco de San Bruno y de las Hermanas de San José. La entrega fué hecha el 4 de Enero de 1825, y consta de un acta firmada por las socias que formaban el Consejo Administrativo, por la Superiora de las Hermanas de San José y por el Párroco de San Bruno.»

«De esta fecha, la Asociación de los Sagrados Corazones llevó su celo hacia otras obras de caridad», bajo la dirección de su presidenta Claudina Thévenet, que se llamó en religión Madre San Ignacio.

5.° La obra de «La Providencia», primera creación de Claudina Thévenet, su hija primogénita, subsiste aún después de un siglo de existencia en la parroquia de San Bruno, calle de Maisat, número 10, con el nombre de «Providencia de San Bruno», nombre que Claudina le impuso al llamar a su segunda «Providencia del Sagrado Corazón, la cual también vive dirigida por las Hermanas de San José.

«6.° El acta de inauguración de la «Providencia de San Bruno», en 1819, está firmada por la señorita Thévenet.»

5.° Anales de las Hermanas ds San José y Registro de las Asambleas.
6.° Regisiro de la Providencia de San Bruno.

7.° De esta obra tan sabiamente fundada y dirigida por la señorita Thévenet durante ocho años, han brotado otras muchas casas, dirigidas por las mismas Hermanas de San José, en diferentes distritos de la ciudad de Lyon.

7.° Relato de las Hermanas de San José

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO IV

LA CONGREGACION (1818)

La humilde Asociación lionesa de los Sagrados Corazones contaba sólo dos años de vida, y ya había realizado admirables progresos de santidad entre las almas escogidas que formaban parte de ella, al mismo tiempo que su celo por practicar el bien se extendía rapidamente por doquiera. Este ensayo de dos años mostró al Padre Coindre que varias de las asociadas tenían aptitudes y condiciones para la vida religiosa, en la que podrían trabajar más eficazmente por la gloria de Dios y salvación de las almas.

El santo sacerdote vió con claridad que la perfección exigida por su Reglamento era muy difícil de conseguir entre los peligros y contingencias del mundo, estando expuestas,

como estaban, a mil intermitencias e inconstancias. Ya algunas de las asociadas habían tomado el camino del claustro, y Paulina Jaricot, sin separarse por completo de la Sociedad, estaba destinada a ser instrumento divino para la fundación de una obra lionesa que se había de dilatar por todo el mundo: la obra de la propagación de la fe.

Vió en todo esto el buen Padre una clarísima indicación de la Providencia, y creyó llegado el tiempo de transformar la pequeña Asociación en una verdadera Comunidad religiosa. Un día, pues, el santo director reunió a las que parecían llamadas por vocación divina, y decididamente, con autoridad y energía, que demostraba bien a las claras la inspiración del cielo, declaróles los designios de Dios sobre ellas: «Es preciso, dijo, que sin vacilación y sin demora forméis una Comunidad.» Y allí, en el acto, trazó las primeras líneas de un Reglamento, calcado sobre la Regla de San Agustín y las Constituciones de San Ignacio, con la intención de reunir más tarde las reglas en un solo código de observancia religiosa adaptado a las necesidades y circunstancias del tiempo.

El fin fué siempre el mismo: formar almas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para el cielo por medio de una educación verdaderamente cristiana; pero desde aquel momento iba a proseguirse la obra bajo una nueva insignia y bajo una sola dirección.

La modesta Asamblea quedó sorprendida y emocionada mientras que el Padre Coindre presenta a la señorita Thévenet como designada por la divina Providencia para el cumplimiento de esta misión; Claudina cae de hinojos anonadada. «El cielo os ha escogido, dice resueltamente el Padre; responded a su llamamiento.» A estas palabras solemnes como una consagración, levantándola sus amigas, la estrechan una a una entre sus brazos, y le dan el dulce nombre de Madre como testimonio de término y de sumisión

La Comunidad quedó constituída. Todo esto pasó el día 31 de Julio de 1818. María Claudina Thévenet contaba entonces 44 años

CAPITULO V

CLAUDINA THEVENET EN «PIERRES PLANTEES» (Muchas Piedras)

La nueva Comunidad puso manos a la obra, y comenzó por instalar un taller para la fabricación de tejidos de seda, industria típica de Lyon. Modestísimos fueron los principios en «Pierres Plantées», a las puertas del céntrico barrio de la «Cruz Roja»; el taller se componía únicamente de un telar, ante el cual se sentaba una obrera hábil en el arte y una niña en calidad de aprendiza. Pobres eran los principios, pero las magnas obras de Dios se verifican frecuentemente sobre la humildad y la pobreza.

La casa, pequeña y desprovista de todo, era por entonces suficientemente capaz, pues

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la Comunidad no habitaba aún en ella y estaba ocupada por la piadosa y hábil obrera Juana Burgy.

La señorita Thévenet y sus compañeras visitaban a diario su querida casita, esperando el día feliz en que podrían habitarla. ¡Pero cuánto había de sufrir hasta entonces el alma de la Fundadora!... Su madre se quejaba amargamente de ella, creyéndose poco menos que abandonada; su familia ridiculizaba con incesantes bromas el nuevo género de vida que Claudina había abrazado, y sobre todo su propio corazón la ponía a veces en verdaderos conflictos; aquella unión tan íntima de un hogar cristiano, había de romperse muy pronto y... para siempre. Este pensamiento no la llevaba hasta la duda del llamamiento divino, pero dejábala caer muchas veces en un dolor agudísimo, demostrándole así el Señor que las obras divinas no se ejecutan nunca si no van acompañadas del sacrificio.

Al fin su inquebrantable fe la hizo triunfar de todo, y en la tarde del 5 de Octubre, víspera de la fiesta de San Bruno, dejó a su madre y demás familia. Solas, Claudina y la señora viuda de Ferrand, se dirigieron este primer día a la pequeña Providencia de «Pierres Plantées»

a reunirse con las niñas (1). Esta señora no era miembro de la Asociación ni podía pertenecer a ella por su estado de viudedad, pero siempre se mostró como verdadera y solícita amiga. Vivía junto a la casa (2) que Claudina tomó para su segunda «Providencia», en «Pierres Plantées»; a la sazón tenía una hija de once años (3). No dice nuestra historia si alguna asociada se había comprometido también a seguir los pasos de nuestra Madre en este memorable día; lo que sí sabemos muy cierto es que ninguna la acompañó en la hora del sacrificio. Puédense comprender así doblemente las angustias de esta primera noche.

¡Y qué primera noche ésta, pasada lejos del hogar materno! La señorita Thévenet hablaba de ella aun al fin de su vida, como de la noche más amarga que jamás hubiera conocido. Todos los Santos, a imitación de su Divino maestro, pasan por estos momentos de íntima desolación que, como las tristezas de Getsemaní, son el preludio de las grandes determinaciones y de las grandes hazañas. «Me pareció, decía la santa doncella, que me ha

(1) Registro de entradas, etc., página escrita por la misma Madre San Ignacio.
(2) Grande-Cote núm. 9 (Catastro de la Ciudad de Lyon).
(3) Partida de Bautismo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bía comprometido a una empresa loca y presuntuosa, sin probabilidades de éxito y sin más resultado que el descrédito y la nada.»

Como recuerdo de este día 6 de Octubre en que la Iglesia celebra la fiesta del Fundador de la Cartuja, se dió el nombre de María de San Bruno a la señorita Jubeau, una de las primeras compañeras que se unieron a la señorita Thévenet.

Además de los reproches cariñosos y de las inocentes cuchufletas de su familia, la señorita Thévenet tuvo que soportar las burlas menos inocentes y no pocas veces más violentas de los que no comprendían su manera de proceder, lo cual, como decía monseñor Coindre, «eran una buena señal del futuro éxito».

Y así era, en efecto; pues la obra prosperaba, el número de las huerfanitas aumentó rápidamente, los encargos de trabajo aseguraban el porvenir, tanto, que el local era ya pequeño, y por esto la señorita Thévenet tuvo que buscar otro más vasto y adaptado a las circunstancias, aunque procuró quedarse en aquel barrio que comenzaba ya a conocer todo el bien de la obra y donde la caridad se practicaba sin alharacas ni ruídos.

Vióse con evidencia en este caso que los planes de Dios eran distintos de los que ella había formado, y así, por más que recorrió casas y talleres, no pudo encontrar nada que le satisfaciera para el caso. Al ver, pues, fracasar sus intentos recurrió a su ordinario e infalible recurso: la oración. Interesó en su causa a la Santísima Virgen y a San Luis Gonzaga, Patrón de la juventud, e inmediatamente se resolvieron todas las dificultades.

Pablo Jaricot, hermano de Paulina, puso en venta su hermosa finca «La Angélica», situada en la plaza de Fourviére, frente al célebre santuario de María. Fué un caso providencial: Paulina tramitó el asunto y la Asociación de los Sagrados Corazones pudo adquirir el vasto edificio. El contrato de venta se firmó el día 18 de Noviembre de 1820 (1).

No sin alguna pena, la naciente Congregación dejó «Pierres Plantées», humilde cuna de la obra; más el gozo de vivir a las plantas de la Santísima Virgen, bastó para disipar toda congoja, y por eso, el primer cuidado de sus piadosas hijas fué el de presentarse a Nuestra Señora de Fourviére en su modesta capilla

(1) Actas de propiedad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para recibir la sagrada Comunión y renovar su consagración y su sacrificio a los pies de aquella Señora tan amada de los lionenses.

En la época de trasladarse de «Pierres Plantées» a Fourviére, la Comunidad se componía de siete miembros, que según el orden de ingreso, son los siguientes: (1).

Srta. Claudina Thévenet, 5 Octubre 1818
Sra. Viuda de Ferrand, 5 Octubre 1818.
Srta. Chipier, 20 Octubre 1818.
» Planu, 20 Octubre 1818.
» Jubeau, 22 Diciembre 1818.
» Victoria Ramié, 10 Marzo 1819.
» Chardon, 27 Julio 1820.

Durante el año 1822 entraron la señorita Agueda Daval, el 1.º de Junio; Clotilde Revel, el 19 de Julio, y la señora viuda de Dioque, el 22 de Septiembre; de todas las citadas sólo las señoritas Ramié y Revel habían pertenecido a la Asociación de los Sagrados Corazones.

(1) Registro de entradas.

CAPITULO VI

FOURVIERE.—FUNDACION DEL PENSIONADO

Instaladas estaban ya las Madres en su nueva casa; hermoso era el lugar y vasto el jardín, pero el edificio era poco espacioso y, sobre todo, poco acondicionado para su nuevo destino (1).

Arreglóse por de pronto para capilla la sala más amplia; eligiéronse otras habitaciones para los talleres y dormitorios de niñas; la Comunidad aceptó, alegremente, las habitaciones más pequeñas y peor dispuestas que quecaban, pensando con razón que menos comodidades tuvo Jesús en Belén, y que las pobres huérfanas no carecían de nada.

(1) Treinta y siete personas se trasladaron de «Pierres Plantées» a Fourvière. (Catastro de la Ciudad de Lyon).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuando todo estuvo a punto, Claudina dedicóse a organizar el nuevo plan de vida: las primeras asociadas estaban divididas en dos categorías: Religiosas de coro y Hermanas auxiliares (1); las Religiosas de coro estaban dedicadas a la enseñanza de las niñas y al gobierno de la casa. Las Hermanas obreras vigilaban los talleres y el trabajo de las niñas, y las Hermanas conversas se dedicaban a los quehaceres domésticos de la casa.

Las niñas tenían muy bien distribuído su horario: clases, Catecismos, instrucciones piadosas, labores, comida y recreo; todo estaba previsto y ordenado; pero, como decíamos, la casa resultaba sumamente pequeña. La señorita Thévenet hizo construir un nuevo cuerpo de edificio y unir otro anejo que destinó a capilla provisional, en tanto que se realizaba el acariciado proyecto de edificar una capilla grande y espaciosa y menos indigna del Señor.

Estos ensanches permitieron a Claudina poner en ejecución un plan por largo tiempo meditado: la apertura de un pensionado en donde las niñas de buenas familias pudieran ad-

(1) Divididas éstas entre sí, en hermanas obreras y hermanas conversas.

quirir la educación e instrucción que exigía su clase y posición social; el nuevo establecimiento se inauguró, en efecto, en 1821, y el número, cada vez más creciente, de alumnas hizo necesaria muy pronto una completa separación de las dos clases de educandas, cuya posición distinta reclamaba también distinto trato. Para las obreras se construyó un edificio junto a la capilla, al cual se le dió el nombre de «La Providencia», y se terminó en 1882. Se empezó la obra hacia el fin de 1821; pero, ¡ay!, el préstamo que se hizo a las asociadas no fué suficiente, porque la señorita Laporte, obligada por su familia, tuvo que retirarse de la Sociedad, reclamando buena parte de su dote. Llena de santa confianza en Dios, Claudina decidióse a suplicar otro segundo empréstito para cubrir el imprevisto déficit, y de tal manera comunicó esta divina confianza a su maestro de obras que éste, como encontrase algunas vacilaciones y dudas en los acreedores, díjoles con íntima convicción: «Señores, no tengan ustedes miedo pues en obras como ésta, Dios sale fiador.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VII

LAS PRIMERAS MADRES

Todo se fué normalizando. Terminada la obra material, era indispensable dar a la casa y a la Asociación un aspecto nuevo y completamente religioso. Claudina había solicitado permiso de la Autoridad Diocesana para poder llevar ella y sus compañeras un hábito religioso que las caracterizara más; como se pusieran treguas a su deseo, dióseles en compensación el privilegio de que en la casa donde habitaba se pudiera celebrar Misa y tener el Reservado. Entre tanto, y para sellar su completa ruptura con el mundo, Claudina Thévenet indicó a sus compañeras la idea de trocar su nombre por el de un Santo, que desde entonces fuera para cada una su especial protector. Eligióse para ella el de San

Ignacio de Loyola, y fué llamada Madre San Ignacio; sus compañeras se llamaron M. San Francisco Javier, M. San Estanislao, M. San Bruno, M. San Andrés, y M. Gonzaga; las tres últimas que se unieron tomaron los nombres de M. San Simón, M. San Ambrosio y M. San Pedro.

El Padre Coindre visitaba con frecuencia su querida Congregación, dándose cuenta de su desarrollo y de sus progresos en el camino de la santidad. En una de estas visitas habló a las novicias con tanto entusiasmo, que al bendecirlas dejóse llevar de su fervor, diciéndoles: «Creced y multiplicaos, que de vosotras se formarán verdaderas hijas del Corazón de Cristo.»

Además, y para proveer ampliamente a la formación y perfección del noviciado, sobre el cual fundaba tan grandes esperanzas para el porvenir del Instituto, quiso darle una maestra de novicias que estuviera a la altura de su cargo y eligió a la señorita Victoria Ramié (Madre San Andrés), y la envió a Valence (Francia), a una casa de las Hermanas de la Natividad, donde era Superiora una Hermana de la Madre Fundadora. Allí adquirió experiencia y práctica en la vida religiosa, de ma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nera que, al cabo de seis meses, volvió a Fourviére y tomó inmediatamente la dirección de las novicias. Madre San Andrés, aunque no había hecho aún los votos, desplegó en su nuevo cargo todos los recursos de su celo, justificando así la elección que de ella habían hecho el Padre Coindre y la Madre San Ignacio.

CAPITULO VIII

FUNDACION DE LAS CASAS DE BELLEVILLE Y MONISTROL

A los pies de la Santísima Virgen, la pequeña Comunidad crecía a ojos vistas. Madre San Ignacio no admitía en su nueva familia más que almas ardientes y llenas de fortaleza, generosas y constantes, que no desfallecieran ante el trabajo ni retrocedieran ante el deber. Su profunda experiencia y perfectísimo tacto sirviéronla a maravilla en la admisión de aspirantes; su fina mirada parecía escudriñar el alma entera y sintetizar con rara penetración las grandes líneas y aun los mínimos detalles que revelan el carácter. Pero el árbol plantado en Lyon, lleno de vida, tendía ya a desarrollarse y a extenderse en nuevas ramas. Algunos meses después de la aper-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tura del Pensionado de Lyon, se inauguró otro en Belleville (1822), al cual se juntó una clase para las niñas pobres; sin embargo, nuestras Religiosas no se quedaron definitivamente en este Pensionado, porque en 1829 se estableció allí otra Comunidad y cedieron el sitio a las recién llegadas, ya que otras fundaciones reclamaban a las asociadas de Fourviére.

El Padre Coindre, nombrado Superior de los misioneros de Velay, había fundado un colegio en Monistrol, en la diocesis de Puy en 1823, y llamó allí, con el permiso de la autoridad diocesana, a sus queridas hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y María. Un primer proceso verbal que data del 10 de Octubre de 1823, extraído de los Registros del Seminario de Monistrol, relata la institución canónica de las Damas y Hermanas de los Sagrados Corazones de Jesús y María, aprobada como Congregación por el Obispo de Saint-Flour, administrador de la diócesis de Puy. Las Madres San Bruno, San Pedro y San Simón se habían posesionado del establecimiento el día 6 de Enero de 1823. Un mes después, el 4 de Febrero, el Obispo de Saint-Flour autorizó al Padre Coindre para recibir los votos simples de las que se presentaran.

Doce días más tarde, y en virtud de una carta del Padre Coindre, Madre San Ignacio y sus compañeras de Lyon pasaron a Monistrol, donde se unieron a las de Belleville, que ya habían antes llegado. El 25 de Febrero de 1823, en la colegiata, cinco de ellas pronunciaron las solemnes promesas y vistieron el hábito religioso que la Congregación de Jesús-María lleva actualmente. Fueron éstas con la Madre San Ignacio, Madre San Francisco de Borja, Madre San Francisco Javier, Madre San Bruno y Madre San Pedro.

Al siguiente día se procedió a las elecciones, en las cuales, por unanimidad de sufragios, fué nombrada Superiora general la reverenda Madre San Ignacio; al mismo tiempo se dió el cargo por escrutinio a tres Asistentas, y últimamente la Superiora general designó por sí misma a las Superioras de las casas de Monistrol y de Belleville; en este mismo día tres nuevas novicias tomaron el hábito.

Con razón fué nombrada Superiora general Madre San Ignacio, puesto que ya era una verdadera Madre para las hijas que había conducido a la vida religiosa a costa de tantos trabajos y sacrificios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Un mes después, el 16 de Marzo, en Monistrol, pronunciaron los santos votos Madre San Andrés, Madre Estanislao, Madre Gonzaga, y antes de finalizar el año, el 8 de Septiembre, Madre San Ambrosio. Madre San Simón no los hizo hasta dos años más tarde, el 1.º de Noviembre de 1825 (1).

(1) Registro de profesiones,

CAPITULO IX

EL TALLER DE FOURVIERE

Vuelta a Lyon la Madre Fundadora, hizo instalar a las jóvenes obreras en el nuevo y espacioso local de «La Providencia». Pudo entonces dar ancho cauce a su caridad manifestando en todos sus actos los tesoros que poseía de esta preciosa virtud. Experimentaba una grande alegría relatando la prosperidad creciente de los tres pensionados, repletos de alegre y bulliciosa juventud; pero su visible predilección era para las niñas débiles y desamparadas, para las pobres niñas que con frecuencia se le presentaban en un estado de miseria y de abandono capaz de enternecer al corazón más empedernido. Las más pobres eran las mejor acogidas y tenemos varios testimonios del afecto que profesaba a

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Un mes después, el 16 de Marzo, en Monistrol, pronunciaron los santos votos Madre San Andrés, Madre Estanislao, Madre Gonzaga, y antes de finalizar el año, el 8 de Septiembre, Madre San Ambrosio. Madre San Simón no los hizo hasta dos años más tarde, el 1.º de Noviembre de 1825 (1).

(1) Registro de profesiones,

CAPITULO IX

EL TALLER DE FOURVIERE

Vuelta a Lyon la Madre Fundadora, hizo instalar a las jóvenes obreras en el nuevo y espacioso local de «La Providencia». Pudo entonces dar ancho cauce a su caridad manifestando en todos sus actos los tesoros que poseía de esta preciosa virtud. Experimentaba una grande alegría relatando la prosperidad creciente de los tres pensionados, repletos de alegre y bulliciosa juventud; pero su visible predilección era para las niñas débiles y desamparadas, para las pobres niñas que con frecuencia se le presentaban en un estado de miseria y de abandono capaz de enternecer al corazón más empedernido. Las más pobres eran las mejor acogidas y tenemos varios testimonios del afecto que profesaba a

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus huerfanitas y del interés y solicitud con que las sirvió toda su vida. A nadie cedía el cargo de recibir a estas niñas y de transformar totalmente a estos seres infortunados, parecía que en los oídos de la Madre Fundadora resonaban siempre las palabras del Divino Maestro: «Todo lo que hiciéreis por el menor de estos pequeñuelos lo consideraré como hecho a mí mismo.»

Las horas pasadas en «La Providencia» eran para la Madre Fundadora las más llenas de consuelos. Allí olvidaba todos sus pesares y todas sus preocupaciones, hasta el punto que volvía de allí casi transfigurada; distribuía entre las niñas tantos mimos y recompensas, y esto con tanta bondad, que las huerfanitas se veían como obligadas a demostrar aplicación y buen comportamiento. Querían a la reverenda Madre como a su madre verdadera, y el mayor castigo con que las podían amenazar en sus infantiles travesuras era decirles que todo lo sabría la reverenda Madre. Y es que Madre San Ignacio comprendió y organizó a maravilla la vida de sus pequeñas: buena cama, vestidos limpios, alimentos sanos, y lo que es casi tan necesario: hermosas fiestas, asuetos, veladas recreativas; en fin, todo

el amplio programa de una verdadera educadora.

Jamás quiso Madre San Ignacio que en caso de grave enfermedad fuesen llevadas las niñas al hospital, y así, las cuidaba en casa como si fueran sus verdaderas hijas. Para sostener todo esto, bastábale una inquebrantable confianza en la Divina Providencia que siempre la ayudó muchos veces, hasta de manera milagrosa.

Veamos lo que cuenta una Hermana que ingresó en la Congregación el año 1864 y que acaba de morir: «Cuando yo estaba de postulante en la Casa-Madre, todos los domingos solía acompañar a la Madre Estanislao cuando paseaba por el jardín; era entonces muy viejecita y fué una de las primeras compañeras de nuestra Madre Fundadora. Casi siempre me hablaba de esta venerada Madre y de sus virtudes, sobre todo de su Fe y confianza en Dios. Madre Estanislao me contaba muchas cosas que ya se me han olvidado después de tantos años, pero recuerdo un episodio que por lo extraordinario, jamás se borrará de mi memoria; aún me parece que se lo estoy oyendo contar.

»Un día la Hermana encargada de la des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pensa se dió cuenta de que no quedaba ya más harina en la casa y que había sólo un pan para toda la Comunidad y para las huérfanas. Dió cuenta del conflicto a la reverenda Madre, e inmediatamente ésta se dirigió a la capilla con todas las religiosas y rezaron las letanías de la Providencia, rogando con mucha fe y confianza. Distribuyóse el único pan, y sin saber cómo, se multiplicó de tal manera, que duró nada menos que tres días, con gran asombro de las religiosas. Pero ya no quedaba harina ni medios de procurarla. En un arranque de fervor y de confianza, la reverenda Madre corrió de nuevo hacia el Sagrario, rogó con doble fervor...

A la mañana siguiente llamaron a la portería, era un hombre con un carro cargado de sacos de harina, y como nadie le había avisado no hay que decir cuán grande fué el asombro y aun el pasmo de todos. Advertida del caso, la reverenda Madre bajó conmovida hasta la puerta de entrada, preguntando al carretero: «¿Quién nos envía esta harina?» A lo que el hombre contestó: «No se preocupe usted, Señora; todo está ya pagado».

Puedo asegurar la verdad del hecho, decía la Hermana San Fermín, y he oído contar

estos dos casos maravillosos a Madre San Estanislao y a las Hermanas San Bernardo y San Antonio, y aún a otras muchas que vivían en tiempo de nuestra Madre Fundadora y puedo asegurarlo porque lo oí contar bajo fe de juramento. (1)

Jamás rechazó Madre San Ignacio a las huerfanitas que se presentaban, aunque totalmente faltasen recursos para su manutención. «Dios proveerá», decía, y efectivamente, Dios respondía a su confianza. Y con cuánta mayor solicitud procuraba la formación religiosa y moral de sus queridas niñas! ¡Cómo leía en el fondo de estas almitas!

Y es de advertir que todo esto iba dirigido con tan buen criterio, que le hacía decir: «Hagamos de estas niñas mujeres de provecho que puedan sacar partido de todo en una casa y que sean la bendición del hogar que han de formar con el tiempo.»

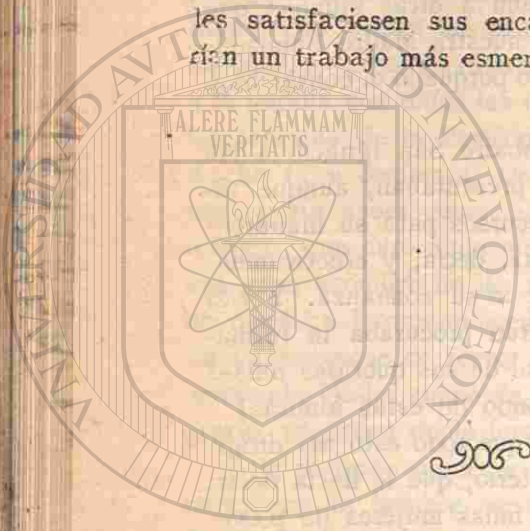
Muy largo sería recordar las piadosas exhortaciones y las palabras de aliento que prodigaba a sus hijas espirituales para mantenerlas a la altura del sublime cargo de educadoras.

---

1) Firmado "Hermana San Fermín,.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El admirable orden de la casa y el esmero del taller fueron tales que los patronos lionenses pedían con frecuencia a Fourviére que les satisfaciesen sus encargos cuando querían un trabajo más esmerado y perfecto.



CAPITULO X

FUNDACION DE LA CASA DE PUY.— MUERTE DEL PADRE COINDRE

En 1823 Monseñor de Bonald fué nombrado Obispo de Puy. Esta diócesis estaba sin pastor desde el año 1793, y ya se debaja entender que tenía necesidad absoluta de levantarse de su ruinoso estado. El nuevo obispo, para hacerse cargo de la situación y de las reformas que había de hacer, quiso visitar todos los pueblos de su obispado, y en uno de sus viajes fué a Monistrol, donde una modestísima colonia de la casa de Fourviére se consagraba a la educación de las niñas del Velay. Recibido como un Padre por la Comunidad, Monseñor examinó detenidamente el género de educación que se daba a sus diocesanos, y no pudo menos de quedar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del todo satisfecho, tanto que apenas instalado en la ciudad episcopal (1824), propuso a las religiosas de Monistrol que algunas se trasladaran a Puy cerca de otro santuario de la Santísima Virgen. Consultada Madre San Ignacio, aceptó el proyecto que había de redundar en gloria de Dios y provecho del Instituto, y la Virgen de Puy acogió bajo su manto una parte de aquella Comunidad nacida a la sombra de la Virgen de Fourviére.

Fundóse la casa en 1825 (1) y desde los primeros meses de la inauguración acudieron numerosas alumnas que las familias de la ciudad y del departamento confiaron con alegría a las damas de los Sagrados Corazones.

Una prueba muy amarga esperaba a la Comunidad en el pleno desarrollo del Instituto: el Padre Coindre, debilitado y consumido por los apostólicos trabajos que él mismo, llevado de su celo, se imponía, iba a sucumbir muy en breve. Encargado de las dos «Providencias» en Lión y habiendo además emprendido la formación de una falange sacerdotal destinada a la predicación, fué llamado por el obispo de Blois, que le nombró

(1) Registro de las tomas de hábito.

Rector del Seminario mayor y a la vez Vicario General de la diócesis.

Para el santo sacerdote representaba esto un inmenso sacrificio que le ponía en una dolorosa alternativa, porque si respondía al llamamiento de Monseñor, se alejaba de sus queridos misioneros y de las religiosas que tanto necesitaban de sus consejos, y si quería atender a éstos y éstas, parecía contrariar a la voluntad de su Prelado; pero viendo en el mandato del señor Obispo la voluntad de Dios, no vaciló más y se entregó al cumplimiento de su nuevo cargo en febrero de 1826.

No olvidó desde allí a sus queridas hijas y las pudo, a pesar de sus muchas ocupaciones, redactar y enviar a las Madres los estatutos de su Orden; pero su salud arruinada no resistió la carga de sus nuevas ocupaciones, y una triste noticia consternó un día a la ciudad de Lión: el Padre Coindre estaba gravemente enfermo de una congestión cerebral.

La Comunidad de Fourviére rogó fervorosamente al Señor por tan preciosa salud; Madre San Ignacio sentía un dolor agudísimo al pensar que iba a faltarle el sostén y apoyo de su naciente Instituto. Todas las religiosas notaron su pena y su justificado temor:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Presiento, dijo, una prueba muy grande.»

Ella hizo redoblar las oraciones; pero sus presentimientos no la habían engañado, y el 2 de junio una carta de Blois anunciaba la muerte del Padre Coindre, que descansó en el Señor el martes 30 de mayo de 1826, contando sólo 39 años. Monseñor de Bonald tuvo la delicadeza de participar él mismo a Madre San Ignacio la tremenda pérdida que afligía al Instituto: «Madre, cuente usted más que nunca conmigo; a la familia huérfana le hace falta un padre y un protector; yo seré desde ahora lo uno y lo otro»; y en verdad que cumplió su palabra.

Mucho más que todas Madre San Ignacio sintió la grandeza de esta prueba; quedábase sola para acometer la grande empresa inspirada por el Padre Coindre y para infundirle el carácter y el espíritu que el santo sacerdote quería darle y que él conocía más que nadie, pero aceptó resignada la carga y hasta el fin de su vida luchó con heroica constancia, firme y dulce a la vez, para conservar este espíritu y este carácter.

Que Madre San Ignacio hubiera conquistado la estimación y confianza de un hombre como el Padre Coindre y que fuese escogida

por él como colaboradora en una obra tan de su predilección, no es la menor prueba de las cualidades, y sobre todo, de las virtudes de la Sierra de Dios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XI

NUEVAS DEFUNCIONES. — LA REVOLUCION EN 1830

A la muerte del Padre Coindre siguieron dos años de relativa calma; una de esas treguas misericordiosas que la Providencia concede como preparación a nuevos sacrificios.

La casa de Fourviére aumentaba rápidamente; todos los miembros del Instituto trabajaban en perfecta unión para perfeccionarse de día en día, identificándose como María con Jesús para dar nueva vida a las almas. Pero en 1828 dos nuevas heridas apenaron a la Comunidad: Madre San Francisco Javier y Madre San Carlos Borromeo fueron llamadas por Dios para recibir la recompensa de sus trabajos.

Madre San Ignacio perdió con ello dos de sus mejores colaboradoras; Madre San Carlos Borromeo era una admirable profesora; su carácter amable formaba la alegría en los recreos, pero sobre todo hay que decir que era una fervorosa religiosa. Madre San Francisco Javier era como el brazo derecho de Madre San Ignacio; había sido nombrada Asistenta General el 26 de Febrero de 1823, y Electora el 6 de Enero de 1824 (1).

Ante tantas desapariciones sucesivas, la Madre Fundadora temió por la solidez del edificio moral que iba levantando, ¿qué sería de su querida Congregación? Rehízose, sin embargo, muy pronto de su falta de confianza, comprendiendo que Dios quería probarle que sólo El era necesario a su obra; además, la vida de esta santa religiosa estaba colmada de méritos. Mucho sintió el corazón de Madre San Ignacio el no haber podido cerrar los ojos a su querida hija Madre San Francisco Javier.

A todo esto estalló la Revolución de 1830, y aunque en Lión no tuvo carácter sanguinario ni claramente impío, todo se podía te-

(1) Hizo los votos con Madre San Ignacio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mer de aquellos calamitosos tiempos. Madre San Ignacio disimulaba sus temores, rogando y poniendo su confianza en Dios, alentando a las demás religiosas y procurando que nada faltase a las niñas.

No estaba restablecida aún la completa calma, cuando nuevas inquietudes de distinto género asaltaron el corazón de Madre San Ignacio. El cólera hizo su aparición en Europa. París estaba asolado por la peste y el azote amenazaba a las puertas de Lión: oraciones fervorosísimas subieron hasta el trono de la Virgen de Fourviére y la Madre de Dios socorrió una vez más a su ciudad privilegiada. Corría el año 1832.

CAPITULO XII

CONSTRUCCION DE LA CAPILLA.—REVUELTAS DE 1834

El mismo año de 1832 Madre San Ignacio empezó a realizar un proyecto que desde hacía tiempo abrigaba en su corazón: la construcción de una capilla menos indigna del Señor y más en armonía con el número cada vez creciente de religiosas y alumnas. Con mucha solemnidad se celebró el acto de colocar la primera piedra, y animados todos con el impulso de Madre San Ignacio, adelantaron en su trabajo rápidamente. Ya estaba empezada la bóveda, cuando llegó el año 1834, y una nueva conmoción civil detuvo la obra. Los sediciosos se apoderaron de Fourviére, el cual durante varios días fué bombardeado desde Bellecour por las tropas regulares.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Madre San Ignacio, que había presenciado los horrores de la Revolución y que aún temblaba recordando aquellas horribles escenas de destrucción y muerte, procuró disimular sus temores y aquietar los espíritus temerosos con su serenidad y confianza en Dios. El Señor bendijo sus oraciones y a pesar del prolongado bombardeo y de la multitud de proyectiles lanzados desde Bellecour, la Casa-Madre y las dependencias de la Comunidad quedaron intactas.

Restablecido el orden, la Madre Fundadora y las niñas rindieron a Dios y a la Santísima Virgen las más ardientes gracias por su visible protección.

Cartas hermosísimas de Madre San Ignacio recuerdan estos tristes acontecimientos y dan a conocer los sobresaltos de su corazón, por nadie adivinados entonces, pero que demuestran a la vez su inquebrantable confianza en Dios y en Nuestra Señora de Fourviére.

Aún fué más visible la protección del cielo y el fervor de Madre San Ignacio en el siguiente caso: Proponíase el Gobierno establecer una ciudadela en Fourviére y expropiar el convento para convertirlo en cuartel.

Mucho se rogó también entonces, hasta que por fin, el 11 de Septiembre de 1834, Madre San Ignacio pudo escribir a una sobrina: «Estamos tranquilas en estos momentos. El nuevo Ministerio de Guerra ha revocado el proyecto de las fortificaciones. Damos gracias a la Santísima que no ha querido se hiciera de su montaña querida una fortaleza.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XIII

EL INSTITUTO AMENAZADO.—MUERTE DE LA MADRE SAN BORJA

El año 1834 fué amarguísimo para la Madre Fundadora. Al mismo tiempo que en Fourviére tuvo que soportar el bombardeo y los sangrientos choques de la guerra civil, le llegó de Puy una triste noticia que la hirió vivamente por ser un ataque directo contra su querido Instituto.

La casa de Puy estaba en plena prosperidad bajo la dirección de Madre Borja, cuando, impulsadas por cierta desconocida inspiración, algunas personas, que en la casa desempeñaban cargos de la mayor confianza, propusieron a la Superiora la idea de fundir su Comunidad con la de las Religiosas del Sagrado Corazón. Proponíasele, nada menos,

que la completa destrucción de su Instituto, edificado a costa de tantos desvelos y fatigas. Madre San Ignacio, no menos prevenida que sorprendida, reunió su Consejo. Consultaron el asunto con personas de talento e imparciales, rogaron muchísimo al Señor y decidieron quedarse como estaban, es a saber: en una Congregación separada y distinta, con el fin especial que esta tuvo al ser fundada y proseguiendo el sostenimiento y desarrollo de sus obras.

Comunicóse la decisión, pero dos jóvenes, excelentes maestras, a las cuales se había propuesto el cambio, abandonaron a Madre San Ignacio para guarecerse bajo otra bandera. Afligióse mucho la Fundadora por esta especie de deserción, pero haciéndose superior a los acontecimientos, con la energía que le era peculiar, y cierta, como estaba, de que Dios protege a los que se abandonan en sus manos, confióle de nuevo su familia, puesta a prueba, y redobló su solicitud y abnegación para con sus hijas y sus queridas huerfanitas.

De Puy le llegó este mismo año otra dolorosa nueva: habían adquirido las religiosas una extensa propiedad para trasladar allí el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

colegio, cada día más numeroso, cuando su Superiora, Madre Borja, cayó enferma, y las oraciones de sus hijas detuvieron por algún tiempo el progreso de la enfermedad; pero Dios quería a toda costa el sacrificio. Un día que convaleciente aún rezaba el oficio en el jardín, la pared junto a la cual se paseaba se derrumbó instantáneamente, enterrando a Madre Borja entre sus escombros. A pesar de los rápidos auxilios organizados, no sacaron de allí más que un cadáver horriblemente mutilado.

Madre San Ignacio perdió una compañera que había compartido con ella los trabajos y penalidades de veinte años en «Pierres Plantées», en Fourviére y en Puy. La señora de Rerrand, Madre Borja, había hecho los votos el mismo día que Madre San Ignacio, y fué un verdadero elemento en la fundación del orfanatrofio y del pensionado, antes de ser Superiora de Belleville y de Puy. Dejó a la Congregación su hija, que fué Madre San Pablo y una sobrinita que se llamó en religión Madre San Bruno.

Unióse a esta pérdida otra muy sensible, acaecida en el siguiente año: el Padre Rey, capellán de las religiosas durante siete años,

tuvo que dejarlas para ser fundador de la Institución de la Penitenciaría de Qullins (Rhone).

Madre San Ignacio perdió por segunda vez el director de su alma, duro golpe, en verdad, para un corazón obediente y filial como era el suyo, pero ya preparado y fortalecido para las luchas venideras.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XIV

MUERTE DE MADRE SAN IGNACIO

Diez y nueve años habían transcurrido desde que Madre San Ignacio se entregó completamente a su amada familia. Las amargas pruebas de todo género que soportó, sin que disminuyeran su energía ni su fe, arruinaron su salud ya quebrantada desde las dolorosas escenas de la revolución. En 1818 cayó enferma, pero sobre todo después del bombardeo de 1834 resintióse constantemente de violentos dolores de cabeza, que fueron aumentando sin dejarla un momento de reposo.

A los sufrimientos físicos uníanse los sufrimientos morales, que no fueron los menores. Ya la habemos visto luchar contra las ten-

tativas que se hicieron para unir el Instituto a otras congregaciones más antiguas y renombradas; en este caso puso a salvo su obra con sus ruegos y su confianza en Dios, y luego con solicitar la protección de Monseñor de Pins, administrador de la diócesis lionesa, mientras esperaba que la aprobación de Roma pusiera de una vez para siempre a su querido Instituto en terreno seguro, reconociendo su existencia.

Preciso fué que Madre San Ignacio luchara también contra ciertas desavenencias íntimas, que no poco acrisolaron su virtud: disgustos y pretensiones que había de disipar con toda su prudencia y caridad, dificultades procedentes de algunos directores, que autorizaban actos contrarios a la Regla, y a los usos establecidos, rozamientos con ciertas personas que tenían la creencia de que su generosidad les daba amplios derechos en el gobierno de la casa. ¡Cuántas amarguras costó al sensible corazón de la Madre Fundadora la defensa de su autoridad en circunstancias tan delicadas! Pero sin transigir ni un ápice con su conciencia, supo obrar tan prudentemente que, a excepción de algún caso en que tuvo que valerse de su cargo para man-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tener las cosas a raya, ordinariamente vencía a sus contrarios con persuasiva dulzura.

Dos capellanes habían sucedido al Padre Coindre: El Padre Rey, ya citado, y el Padre Pousset. En tiempo del Padre Pousset transcurrió el último año de la vida de Madre San Ignacio. Dios, que envía las cruces según las gracias dadas a sus escogidos, quiso demostrar por las pruebas que proporcionó a su fiel sierva en este último período de su existencia el alto grado de virtud que había alcanzado. La diferente manera de ver entre el capellán y la Superiora se manifestaron con sobrada frecuencia, a pesar de la prudencia de ésta, y la que en otras circunstancias combatió valientemente para salvar la vida de su Congregación, tuvo que sostener nuevas luchas para conservar el primitivo espíritu y la debida independencia. No obstante, jamás dejó vislumbrar sus disgustos y sufrimientos que unía a los del Divino Maestro, disgustos y sufrimientos que no se conocieron hasta más tarde.

El alma de Madre San Ignacio, fuerte y dulcemente adherida al recuerdo del Padre Coindre, adivinaba sus pensamientos como por un instinto seguro y fundado en la experiencia de los años; por eso resolvió poner todo su empeño para no cambiar en nada lo que el Padre había hecho o aconsejado, mas para obrar conforme a este propósito, ¡cuántas veces trituró su corazón sensible y ansioso de paz!...

Pero el fin se aproximaba; el mes de Octubre de 1836 recrudecieron las penas y los dolores de cabeza eran más intensos y continuos; ocupóse entonces en revisar sus papeles y arreglar sus cuentas; púsolo todo en perfecto orden y se entregó a la voluntad de su Dios. Dos penas le acompañaron hasta el sepulcro: la de no haber podido ver terminada la capilla y la de no poder dar la última mano a las Reglas y Constituciones que tanto deseaba ver aprobadas por la Santa Sede; mas también de estos dos pesares legítimos hizo generoso sacrificio al Señor.

El Padre Pousset fué para ella ocasión del último acto de humildad que coronó todos los de su vida.

Con palabras, tal vez un poco duras, creyó un deber suyo infundir en la moribunda temor a los juicios de Dios, y ante toda la Comunidad que rodeaba el lecho, le dijo: «Habéis recibido gracias para convertir un reino

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

entero. ¿Cómo las aprovechásteis? ¿Sois, acaso, un obstáculo al progreso de vuestra Congregación? ¿Qué responderéis ante Dios, que os pedirá cuenta de todo?»

Madre San Ignacio recibió este reproche con admirable serenidad, convencida de que realmente era indigna de tantas gracias recibidas del cielo, pero confesó luego que tuvo que hacer grandes esfuerzos para ahogar los sollozos que, con estas palabras, se levantaban en su pecho.

Recibió con edificante fervor el Santo Viático y la Extremaunción, y en su última plegaria pidió a Dios que su familia religiosa fuera como una humilde violeta en el jardín de la Iglesia.

El domingo, 29 de Enero, entró en agonía; el miércoles recobró el conocimiento por algunos instantes, articulando distintamente estas palabras: «¡Cuán bueno es Dios!», y el viernes siguiente, 3 de Febrero de 1837, día después de la Purificación, entregó su espíritu al Señor a las 3 de la tarde. Ultimo rasgo de semejanza con el Divino Salvador, a quien había tomado por modelo durante toda su vida religiosa.

El ataúd donde reposaba el cuerpo de la

venerada Madre y piadosa Fundadora fué depositado en la capilla que ella había hecho erigir y que tanto anheló ver inaugurada antes de su partida, pero los funerales no pudieron celebrarse allí porque el edificio estaba sin terminar.

Acompañaron el fúnebre cortejo muchísimos parientes y amigos de la difunta, que unían sus lágrimas y sollozos a los de las niñas y huérfanas, manifestando así el dolor que sentían por la muerte de la que amaron como verdadera madre y veneraban ya como santa. Dirigióse el fúnebre cortejo a Loyasse, donde la Comunidad había adquirido un terreno en propiedad. Más adelante construyeron una cripta donde con ella fueron inhumados los restos de once Madres y Hermanas fallecidas antes de Madre San Ignacio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XV

DESPUES DE LA MUERTE

La venerada Madre Fundadora de la Congregación de Jesús-María dejó de existir, pero su obra no ha muerto; esta obra para cuyo establecimiento había sido elegida por Dios, y a la cual había consagrado todas las energías de su vida, florece hoy y fructifica en el jardín de la Iglesia. A la muerte de su Fundadora, se abrió para la Congregación una nueva era de prosperidad y de bendiciones. Sus hijas habían, ciertamente, perdido una Madre en la tierra, pero en cambio habían adquirido en el cielo una poderosa protectora que continuaba con más eficacia que hubiera podido hacerlo en este mundo, ejerciendo la noble misión de velar sobre ellas y rogar por ellas.

El primer testimonio de esta maternal protección fué la aprobación de la Congregación y de las Constituciones por la Santa Sede.

A menudo, durante su vida, la venerada Madre Fundadora había manifestado este deseo, pero Dios, en sus designios, no le dejó ver la realización de sus proyectos.

En el año 1841, la reverenda Madre San Andrés, que sucedió como Superiora General a la reverenda Madre Fundadora, y la Madre Santa Teresa, su Asistenta, se decidieron a realizar el proyecto tanto tiempo acariciado, y recurrieron a Roma.

Siguiendo el consejo del Cardenal de Bonald y para evitar confusiones, el nombre de la Congregación fué ligeramente modificado, y en lugar de Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y María, se decidió que en adelante se llamara Congregación de Jesús-María. (1)

Bajo este título fué aprobada por la Santidad de Pío IX, el 21 de Diciembre de 1847, con el Decreto firmado por el Cardenal Orioli, entonces Prefecto de la Congregación de Obispos y Regulares.

(1) Ordenación de S. E. el Cardenal de Bonald, el 4 de Febrero de 1842.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

APROBACION PONTIFICIA

Decreto

«Nuestro Santísimo, el Papa Pío IX, oído el dictamen de los Eminentísimos y Reverendísimos Cardenales de la santa Iglesia Romana de esta Sagrada Congregación, encargada de las consultas de los Obispos y Regulares, por su autoridad y sin que nada valga en contrario, aprueba y confirma el sobredicho Instituto con votos simples, y salva la jurisdicción de los Ordinarios, como asimismo aprueba y confirma las sobreinsertas Constituciones, tales como en el presente ejemplar están contenidas.

Dado en Roma, por la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, el 21 de Diciembre de 1847.»

J. M. Orioli
Cardenal Prefecto.

Este Decreto fué acompañado de una carta de tanto elogio para la Congregación de Jesús-María, que no podemos menos de transcribirla. Es la carta de Monseñor Iscard, Auditor de la Rota y dirigida a la reverenda Madre General, y es del tenor siguiente:

«Reverenda Madre: Felicito a usted con mucho gusto por haber visto despachada cumplidamente su petición, contra la costumbre de la Santa Sede, que de ordinario no concede a la primera súplica sino un breve laudatorio. Al alterar la Sagrada Congregación sus Reglas ordinarias ha querido con ello reconocer la extensión notable que ha alcanzado ya su Instituto, los frutos que ha producido y los que está llamado a producir en la viña del gran Padre de familia.

Animo, pues; hoy recibe usted ya en esta vida la recompensa de su celo, pero mayor es aún la que le aguarda en nuestra patria celestial.»

Otro elocuente testimonio de las bendiciones de Dios y de la protección maternal de la santa Fundadora fué y es el desarrollo siempre creciente que el Instituto fundado por ella tomó después de su muerte, así como el bien espiritual que obró y continúa cada día obrando, no sólo entre los pueblos cristianos, sino también entre los infieles.

Deberíamos extendernos demasiado si

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quisiéramos relatar todas las fundaciones que se han hecho después de la muerte de la Madre San Ignacio, así, pues, remitimos al benévolo lector a los siguientes cuadros estadísticos, que expondremos después de bosquejar el cuadro de las virtudes de nuestra Madre y que con la precisa elocuencia de las cifras y de los nombres, manifestarán el magnífico y rápido desarrollo de la humilde fundación en Fourviére en 1820.

Claudina Thévenet fué verdaderamente el instrumento del cual quiso Dios servirse para enriquecer a la Iglesia con una nueva familia consagrada a la gloria de Dios y a la salvación de las almas.

VIRTUDES DE LA MADRE SAN IGNACIO

«Muertas estáis, y vuestra vida está escondida con Jesucristo en Dios.» Estas palabras del Apóstol, que el Venerable Padre Fundador repitió cinco veces en una epístola a sus queridas hijas, fueron cimiento y base de la vida religiosa de Madre San Ignacio. Olvidóse completamente de sí misma desde que se entregó a la Sociedad que adoptara como lema las palabras del Maestro Divino: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de Corazón», y practicó la mansedumbre, de un modo tan heroico y constante, que jamás se vió en ella un movimiento de presunción ni de altivez. Nunca hablaba de sí misma, ni en bien ni en mal; olvidóse de todo lo suyo y practicó fielmente aquellas palabras de la imitación de Cristo, insertas en el Reglamento: «Alegraos de ser despreciadas y tenidas en nada.» Por esta razón no nos habemos de sorprender de que tan pocos documentos hayamos encontrado en la vida de nuestra Venerable Madre: Ni apuntes espirituales que nos revelen sus propósitos, ni una confidencia que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nos dé la clave de su interior, ni siquiera algunas de las cartas que debió escribir a las casas de Belleville, Monistrol y Puy. Seguramente, Madre San Ignacio, llevada de su propio menosprecio, pidió que se destruyeran todos sus escritos, que consideraba desprovistos de valor, y si no pidió esto hay que decir que había inculcado tan profundamente en sus hijas el espíritu de humildad, que ellas mismas destruyeron tan preciosos tesoros.

Empero la tradición constante del Instituto nos dice que Nuestra Madre fué una gran santa y que poseía todas las virtudes en grado heroico; las cartas dirigidas a su familia, conservadas con profunda veneración; sus Memorias anuales a la piadosa Sociedad, y más que todo esto los hechos de su vida nos dan a conocer la generosidad de un corazón sacrificado constantemente en aras del amor de Dios y del bien de las almas.

Intentaremos dar una ligerísima idea de las virtudes practicadas por Nuestra Madre, para que su constancia y heroismo nos anime a imitarla, a seguirla muy de cerca en el camino de nuestra vocación y hacernos de este modo menos indignas de pertenecer a nuestro amado Instituto de Jesús-María.

1

VIRTUDES TEOLOGALES: FE, ESPERANZA, CARIDAD

Fe de Madre San Ignacio

La vida de Madre San Ignacio estuvo intensamente impregnada de fe, desde su infancia. Nacida de padres creyentes y virtuosos, fué educada, Claudina, en un hogar donde los mandamientos divinos se cumplían con la mayor exactitud. Su inteligencia penetró la verdad revelada y se rindió a los misterios de nuestra santa Religión. Aquel sublime rasgo de heroísmo que la indujo al perdón de los asesinos de sus hermanos y al olvido de un ultraje sangriento, no fué más que una chispa del divino incendio que consumía su alma, incendio que estaba continuamente atizado por una viva fe y una caridad sin límites.

De este modo, y viendo en su prójimo la imagen de Dios, consagró toda su vida a las obras de caridad y de celo.

También el mismo espíritu de fe le hizo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ver en el Padre Coindre, director de su alma. un representante del Señor. Obedecíale en todo, y con su ejemplo predicaba esta misma obediencia entre sus compañeras. Siempre siguió las indicaciones del prudente Padre en lo tocante al régimen de la Sociedad y como venido de mano de Dios aceptó el sacrificio de ser nombrada superiora del futuro Instituto. La fe ayudó a nuestra Madre Fundadora en los momentos de angustia suprema, que precedieron al completo desasimiento de la familia, y esta misma fe alentó su corazón durante las tristezas de la primera noche pasada fuera de la casa paterna.

Impulsada por la fe pronunció nuestra Fundadora los Sagrados Votos, que la unieron a Cristo; con ellos pudo llegar, como llegó, a un grado de tan admirable perfección, y ellos fueron su único tesoro hasta la muerte. ¿Y cuán grande sería su deseo de agradar al Señor, ligada ya por las sagradas promesas, si cuando sólo era una simple asociada cumplía tan perfectamente el Reglamento, practicaba sus deberes de piedad con tan escrupulosa exactitud, siempre vigilante para impedir todo abuso y conservándose siempre tan unida a su Dios? La fe animaba su oración.

En una «Memoria» de la Sociedad (1818), recomienda nuestra Madre que las meditaciones sean prácticas y que acaben siempre con el propósito de corregir el defecto dominante; este propósito está seguido de una oración para pedir a Dios la virtud más necesaria. Como ferviente religiosa empezaba siempre el día con la oración. Durante la última enfermedad del Padre Coindre pasaba horas y horas ante el Sagrario. Todas sus penas las desahogaba en llanto y oraciones a los pies de aquel Crucifijo que las huerfanitas hicieron levantar en el jardín de Fourviére. Las cartas que de nuestra Madre hemos encontrado, están saturadas de una fe vivísima, y en todas ellas se encomienda a las oraciones de su familia, particularmente de su sobrina. «El Señor, dice, os da el mejor consuelo que pueden tener los esposos cristianos, al hacer que vuestro hijito haya recibido el bautismo». (6 Julio 1833). «Quiera el Señor escuchar mis oraciones, conservándote a tu hijo. Procura educarlo para Dios; enséñale a conocerlo y a amarlo, que es la única y verdadera felicidad que podemos tener en esta triste vida llena de cruces y aflicciones.» (7 Enero de 1835.) «Dios me envía muchas cruces este año, y me

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

prueba con muchos sacrificios; dichosa seré si me aprovecho de todo esto para expiar mis pecados y para santificarme.» (11 Septiembre 1828.) «Termino, mi querida amiga, encomendándome a tus oraciones y a las de tu marido; nosotros no os olvidamos en las nuestras.» (11 Marzo de 1835.) «Vayan ustedes a ofrecer su hijo a la Santísima Virgen, pónganle bajo su protección, de una manera especial.» (2 Abril 1835.) Madre San Ignacio rebosaba de gratitud hacia el Dios que la había hecho nacer en el seno de la Iglesia; así nos lo demuestra en una carta del 3 de Julio de 1834, y correspondiendo a este beneficio, rogaba constantemente por la conversión de los herejes e incrédulos, y su única ambición en la vida religiosa no fué otra que la de salvar las almas de los niños pobres y abandonados; por eso en el Reglamento de sus huerfanitas puso como artículo primordial importantísimo la instrucción religiosa y las clases de catecismo.

Su fe hacía que todo lo aceptara como venido de mano de Dios; sometíase amorosamente a todos los sufrimientos de la vida, sólo por agradar a su único Dueño; nutríase sin cesar con esta idea, que fué para ella como

dulcísimo maná, según lo vemos en el cuidado con que redactaba por sí misma las instrucciones para las juntas de la Asociación, y con que preparaba los comentarios que habían de hacerse sobre determinadas materias espirituales. Durante las amargas horas de inacción y dolor que le ocasionaba su última enfermedad, gozábase en recordar las delicadezas que Dios había tenido para con ella. Mostró también su fe en la profunda veneración que tuvo siempre hacia sus directores espirituales, sobre todo hacia el Padre Coindre, del cual solía decir: «Este es el que Dios nos ha dado para que nos guíe.»

Más aún: Su fe se manifestaba en el cuidado que tuvo siempre en todo lo referente al culto divino. Hubiera querido que cuanto servía para el Santo Sacrificio fuese precioso y digno del Señor, y a falta de ello, exigía en todos los ornamentos extremada pulcritud. Su devoción por la Santa Misa fué tan grande que, a pesar de los achaques y fatigas de sus últimos años, asistía diariamente al Santo Sacrificio, comulgando con toda la frecuencia que era costumbre en aquel tiempo, y eso siempre con edificante fervor; asimismo, manifestaba su aprecio a este Sagrado Miste-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rio cuando pedía a su sobrina un memento diario en el altar.

El amor de nuestra Fundadora a la Santísima Virgen es no menos una prueba incontrastable de su fe: Trabajó siempre por la gloria de María como fidelísima hija, y comunicaba por doquiera su entusiasmo y su celo.

En medio de las borrascas del año 1834, temió menos la probable pérdida de los bienes materiales que el peligro de que disminuyera el culto de la Madre de Dios con la destrucción de su basílica, si los cuarteles se hubieran establecido en Fourviére. Quiso que su sobrino y ahijado fuera consagrado a la Santísima Virgen, y recomendó se hiciera lo mismo con los hijos de su sobrina. Por su confianza y oraciones, obtuvo un milagro de la Virgen de Fourviére, en favor de una huerfanita que desde algunos años atrás estaba postrada en el lecho. La amistad íntima y siempre afectuosa de nuestra Fundadora con Paulina María Jaricot se estrechó más aún cuando ambas a dos procuraron extender por todas partes la devoción del Santo Rosario; en fin, el cariño que profesaba Madre San Ignacio a una estatuíta de la Santísima Virgen, que siempre llevó consigo, y la filial confianza con

que la puso sobre su cabeza durante la última enfermedad, nos demuestra bien a las claras su devoción y ternura hacia la Reina del cielo.

Esperanza

Además de la Fe, es la Esperanza virtud sumamente necesaria en una fundadora que ha de empezar y llevar a cabo la obra inspirada por Dios. El deseo vehemente de un más allá, la certeza de que el Señor nos ha puesto en el mundo para merecer la eterna gloria y de que El nos ha de dar los medios para alcanzarlo, este conjunto de anhelos dulcísimos que llamamos esperanza fué la característica de Madre San Ignacio. Desde su juventud despreció los bienes del mundo, usándolos únicamente para hacer obras de Caridad, y de este modo alcanzar los tesoros eternos. Encontramos varias de sus cartas impregnadas de cierta nostalgia celestial que les da un sabor peculiar; parecen los suspiros de un alma desterrada que desea romper sus cadenas y volar a la patria. «En este mundo tan triste, jamás podemos saciarnos con pla-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cer durade10; esto sólo está reservado para el cielo, donde todos nos reuniremos para ya no volvernos a separar.» (11 Septiembre 1824.) Era su confianza en Dios semejante a la del niño que duerme tranquilo en brazos de su madre, sabiendo que allí está seguro, y Claudina, en su profundísima humildad, tanto desconfiaba de sí misma cuanto se apoyaba en Dios. Esta virtud resalta en la vida de nuestra Madre en múltiples circunstancias y con los más variados matices: al aceptar el cargo de Fundadora, cuando el Padre Coindre le indicó la voluntad de Dios, al separarse de su familia para comprometerse a una empresa «loca y presuntuosa», en todos los pasos que dio para la compra de la casa de Fourviére y para reformarla, en no rechazar a ninguna huérfana que se le presentara, aún cuando los recursos faltaran absolutamente; asimismo la confianza en Dios sostuvo a Madre San Ignacio en todas las contrariedades de la vida, en la muerte de Madre Javier, de madre Borja, y sobre todo, en la del Padre Coindre; cuando quisieron unir su comunidad a otras congregaciones religiosas o cambiar las Reglas y costumbres; en fin, en el doloroso conflicto que amargó el último año de

su vida. Todo lo que nuestra Madre deseaba, todo cuanto buscó fué hacer siempre la voluntad de Dios, en todo caso y en todas ocasiones, y esta rectitud y sencillez de intención fué para ella fuente de inalterable confianza y de inagotables merecimientos.

Cuantos trabajos emprendía eran exclusivamente para gloria de Dios y sólo de El se prometía el éxito. En medio de las angustias de la revolución y de los estragos del cólera, Madre San Ignacio conservóse animosa y confiada, sosteniendo a las demás con sus palabras y con su ejemplo.

Su esperanza ayudábala no menos a soportar todos los males de la vida, la enfermedad, las dificultades y las penas, y esto, no sólo con paciencia, sino con alegría. Alegrarse de las contradicciones era uno de los lemas principales de la piadosa Asociación y Madre San Ignacio lo practicaba constantemente.

Plugo a Dios más de una vez recompensar aun en esta vida esta su tan grande confianza. Socorros inesperados que recibía muchas veces cuando había recogido buen número de huérfanas y faltaban los recursos; la milagrosa curación de una niña de la «Pro-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

videncia»; la paz y estabilidad de la casa en medio de las revueltas populares, etc.

Pero donde más que nunca brilló su esperanza fué en los últimos instantes de su preciosa vida. Madre San Ignacio no temía la muerte y esperaba el cielo adquirido por los méritos de Jesucristo; en manos del buen Pastor puso su querida grey, y con humildad admirable escuchó los reproches del Padre Pousset, pidió perdón al Señor y se abandonó enteramente en brazos de su misericordia.

Caridad

No cabe duda que el mayor incentivo en la vida de Madre San Ignacio fué su intenso amor a Dios. En los años de su juventud, este amor sublime la llevó a la observancia perfecta de los Mandamientos y a la práctica de la piedad y caridad para con el prójimo. El amor la inducía constantemente a caminar en la presencia de Dios y a obrar sólo por complacerle, evitando con cuidado las menores faltas. Por amor de Dios aceptó con resignación todos los azares de la vida, por penosos que fuesen, porque Dios sólo era el principio

y fin de todos sus actos. Sirvióse de la grande influencia que ejercía sobre religiosas y niñas para conducirlas al Señor por el Camino del deber, porque para ella era el deber algo sagrado, como la voluntad de Dios manifestada a cada momento: «Hijas mías, decía siempre, sed amantes de vuestro deber, minuciosas en la virtud de la santa pobreza; que vuestra obediencia sea ciega y la caridad como la pupila de vuestros ojos. Así, unidas, seréis siempre fuertes», y es de advertir que nuestra Madre ponía muy en práctica lo que enseñaba, mostrando siempre mucho celo por la salvación de las almas y una unión constante con Dios. (Relato de la Hermana San Bernardo).

Ardientemente deseaba la perfección de sus hijas y ayudábalas a seguir con generosidad los caminos del Señor, teniendo especial cuidado en evitar las faltas más pequeñas, cumpliendo y haciendo cumplir exactamente las Reglas y solicitando para todo el permiso de su director y del superior eclesiástico. Jamás fué cobarde ante su obligación y el sacrificio; su poderosa voluntad, su energía varonil, y sobre todo, su abandono en manos de Dios, la impulsaban a obrar siempre por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

amor, hasta el punto de que los sufrimientos y contradicciones eran como el combustible que acrecentaba este divino fuego. Bien nos lo dicen sus últimas palabras: «¡Cuán bueno es el Señor!»

A su ardiente amor hacia Dios unió, como hemos visto, un filial entusiasmo por la Santísima Virgen. Fué miembro de una Asociación cuyo ideal era inspirar la devoción a María y honrar al Sagrado Corazón de su Divino Hijo; consagró su Instituto a Jesús y a María cuando buscaba casa para trasladar su «Providencia» de «Pierres Plantées»; comprendió que la Santísima Virgen no quería que nada se hiciera sin Ella, y desde entonces la tomó por consejera en todos sus asuntos. Antes de dejar la casa de «Pierres Plantées» fué a postrarse ante la Virgen de Fourviére y lo mismo hizo cuando emprendió su viaje a Monistrol, donde pronunció sus Votos. Tuvo también mucha devoción a San Ignacio, su Patrono, y a San Luis Gonzaga.

Como la caridad para con el prójimo siempre se da a conocer por la dulzura, nuestra Madre fué dechado de afabilidad y de cortesanía y jamás supo lo que era egoísmo. En el locutorio, entre sus hijas y con las niñas se

la vió siempre dulce y afable, llena de un celestial atractivo, que inducía al bien a cuantos la conocieron y trataron.

La caridad era habitualmente el tema de todas sus exhortaciones; siempre encontraba alguna palabrita delicada y oportuna para disculpar al prójimo y parecía que en sus oídos resonaban siempre las palabras del divino Salvador: «No hagáis a otros lo que no quisierais que a vosotros se os hiciera.»

Pero el punto culminante de su caridad sin límites fué sin duda el trato con sus religiosas, la paciencia para con quienes no aceptaban sus consejos y la mansedumbre para con quienes la contrariaban. Hacia los pobres sentía un amor sobrenatural: visitábalos con frecuencia, consolábalos en sus aflicciones y socorrialos en sus necesidades. Cuando llegó la alternativa de tener que cerrar por algún tiempo un pensionado o un orfanatrofio, no dudó un momento en poner a salvo la dicha de sus huerfanitas, aunque la carencia de recursos la pusiera en un grave conflicto.

La caridad en Madre San Ignacio le ganaba las almas de los que sufrían, que son siempre los más; bien lo supieron sus hijas, que llamaban a la puerta de su madre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

querida, seguras de hallar consuelo en las horas de amargura; y aun al dejarlas en este valle de lágrimas prometióles un recuerdo constante en la gloria. «Una Superiora será siempre una madre en el cielo».

Extendióse también su virtud predilecta a las almas del purgatorio, y así escribía en una carta de pésame a su sobrina: «Encomiendo el alma de tu cuñada a las oraciones de toda mi comunidad, y yo particularmente la recuerdo ante el Señor y rezo por ella diariamente el «De profundis». (8 Enero de 1833).

II

VIRTUDES CARDINALES: PRUDENCIA, JUSTICIA, TEMPLANZA, FORTALEZA.

Prudencia

Si necesaria es a todo cristiano esta preciosa virtud, aún más lo es a los que fueron designados por Dios para gobernar y dirigir a otros. Así, Madre San Ignacio, a la vez que practicaba las virtudes teologales,

tuvo también en sumo aprecio las cardinales, y en especial se distinguió por su exquisita prudencia, con la cual supo escoger los medios más adecuados para la práctica del bien y la prosperidad de sus obras, a mayor gloria de Dios. Ordenó siempre sus palabras y acciones según las luces de la razón, los ejemplos de los santos y los mandatos de sus directores, y si, en los aciagos tiempos del terror, fué la mujer fuerte que con inquebrantable entereza supo arrostrar peligros y amarguras, no menos apareció como la mujer discreta y juiciosa, confiada en Dios y unida en todo a su voluntad.

Madre San Ignacio ejercitóse continuamente en la prudencia, puesto que al ser nombrada presidenta de la piadosa Asociación de las doncellas tuvo que comprometerse al cumplimiento de múltiples y graves deberes, dirigiendo a sus compañeras en el camino de la virtud, haciendo observar el Reglamento, sin herir a nadie y estimulando a todas, pero sin abusar de su bondad. En su vida de familia huyó siempre de la pereza, y repartía el tiempo entre la oración, el trabajo y los quehaceres domésticos. En su vida de Fundadora resalta su prudencia, por el acierto que tuvo en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

querida, seguras de hallar consuelo en las horas de amargura; y aun al dejarlas en este valle de lágrimas prometióles un recuerdo constante en la gloria. «Una Superiora será siempre una madre en el cielo».

Extendióse también su virtud predilecta a las almas del purgatorio, y así escribía en una carta de pésame a su sobrina: «Encomiendo el alma de tu cuñada a las oraciones de toda mi comunidad, y yo particularmente la recuerdo ante el Señor y rezo por ella diariamente el «De profundis». (8 Enero de 1833).

II

VIRTUDES CARDINALES: PRUDENCIA, JUSTICIA, TEMPLANZA, FORTALEZA.

Prudencia

Si necesaria es a todo cristiano esta preciosa virtud, aún más lo es a los que fueron designados por Dios para gobernar y dirigir a otros. Así, Madre San Ignacio, a la vez que practicaba las virtudes teologales,

tuvo también en sumo aprecio las cardinales, y en especial se distinguió por su exquisita prudencia, con la cual supo escoger los medios más adecuados para la práctica del bien y la prosperidad de sus obras, a mayor gloria de Dios. Ordenó siempre sus palabras y acciones según las luces de la razón, los ejemplos de los santos y los mandatos de sus directores, y si, en los aciagos tiempos del terror, fué la mujer fuerte que con inquebrantable entereza supo arrostrar peligros y amarguras, no menos apareció como la mujer discreta y juiciosa, confiada en Dios y unida en todo a su voluntad.

Madre San Ignacio ejercitóse continuamente en la prudencia, puesto que al ser nombrada presidenta de la piadosa Asociación de las doncellas tuvo que comprometerse al cumplimiento de múltiples y graves deberes, dirigiendo a sus compañeras en el camino de la virtud, haciendo observar el Reglamento, sin herir a nadie y estimulando a todas, pero sin abusar de su bondad. En su vida de familia huyó siempre de la pereza, y repartía el tiempo entre la oración, el trabajo y los quehaceres domésticos. En su vida de Fundadora resalta su prudencia, por el acierto que tuvo en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la elección de sus ayudantes. La virtuosa joven que escogió Madre San Ignacio para dirigir el taller de «Pierres Plantées», fué más tarde religiosa con el nombre de Hermana Espíritu Santo, edificó, hasta su muerte a la Congregación y atrajo a muchas otras Hermanas obreras. Durante los ocho primeros años de la fundación Madre San Ignacio aceptó únicamente como una tercera parte de las personas que se presentaron para alistarse en sus filas y rara vez se equivocó en sus elecciones.

Y ¿qué diremos de la prudencia que necesitó nuestra Madre para dirigir un Instituto naciente, para combinar la distribución del tiempo, de las religiosas, colegialas y huérfanas, para preocuparse de los más imperceptibles pormenores, sin desatender por eso los negocios más importantes?

Muchas de las empresas que acometió nuestra Madre no pudieron menos de parecer imprudentes a los ojos del mundo. La compra de «La Angélica», las innovaciones que en ella hizo y otros mil asuntos inspirados por Dios y llevados a cabo por el maravilloso tacto de la Fundadora fueron cosas por muchos criticadas; pero ella, despreciando

los errados juicios del mundo, iba siempre adelante, sin amedrentarse por nada, consultando el parecer de personas experimentadas y discretas, cuando el caso lo requería como antes de terminar la capilla de Fourvière, que las revueltas populares amenazaban echar por tierra, y al suscitarse la descabellada idea de unir su comunidad a otra Congregación religiosa. En resumen, si el éxito coronaba todas las empresas de Madre San Ignacio fué porque a su prudencia unió una admirable sencillez en intenciones y palabras, sin esconderse nunca bajo la capa del disimulo y ejecutando rectamente el deber sin preocuparse de humanos respetos.

Verdadera prudencia fué en Madre San Ignacio el haber sabido conservar entre sus hijas el espíritu del Padre Coindre a quien Dios revelaba su voluntad en lo tocante a su amado Instituto; prudencia tuvo al hacer consistir la mortificación general de las religiosas en la perfecta observancia de las Reglas y en la abnegación para con las niñas; prudencia en ir siempre delante ella misma con el ejemplo de todas estas virtudes. No sin dificultad el Padre Rey obtuvo de nuestra Madre permiso para que las Her-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

manas pudieran hablar entre sí cuando trabajaban en la construcción de la capilla. El padre de una santa Hermana solicitó la visita de sus dos hijas religiosas para verlas antes de morir; Madre San Ignacio no se creyó con derecho para autorizar un viaje contrario a la Regla, pero supo hacer tan dulce la negativa que el buen hombre quedó contento y satisfecho de ofrecer este sacrificio a Dios.

Nunca se infringió el menor punto de la Regla, sin que nuestra Madre reprochara la falta y exigiera una reparación, tanto más si se repetía a menudo y podía influir en otras personas: de este modo evitó el relajamiento y las causas que a él conducen hasta el punto de excluir de la Congregación a quien despreció sus amonestaciones.

La prudente sagacidad de Madre San Ignacio le enseñó a prever las dificultades y a tomar los medios necesarios para vencerlas.

El Padre Coindre apreció mucho en ella esta cualidad, la consideraba como un tesoro para el Instituto y marchaba tranquilo a sus trabajos apostólicos, con la certeza de que durante sus ausencias frecuentes y prolongadas, Claudina gobernaría la comunidad

con perfecta discreción. «Sentía plena seguridad y convencimiento de que Dios mismo le había querido dar tal Madre para sus hijas y tal corazón para su obra».

Para Madre San Ignacio era sospechosa toda tendencia que tuviera visos de extraordinaria y jamás la favorecía, sino que por el contrario, deseaba para sus religiosas la sencilla práctica de los deberes habituales hechos con la mayor perfección y únicamente por agradar a Dios.

Desde los comienzos de la fundación alejó el peligro de las falsas visionarias o inspiradas y quiso para su Instituto almas activas, enérgicas, equilibradas, hambrientas de abnegación y que se dieran de lleno a sus empleos y a cooperar al bien general.

Mucha prudencia brilló en la conducta de Madre San Ignacio, como Superiora de las religiosas de los Sagrados Corazones; parecía inconmovible en su paz habitual; miraba tranquilamente las dificultades y no cedía jamás ante un primer movimiento de ira. Ni la más ligera pequeñez se escapó a su mirada escrutadora, pero su corazón de verdadera madre también se hacía cargo de las flaquezas humanas procurando así juntar la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dulzura y la firmeza en palabras tan suaves para reprender, como para consolar, y para levantar el ánimo, de manera que todos quedaban satisfechos de su trato, porque además poseyó el don de saber hablar a cada uno según su carácter y temperamento y sobre todo, con perfecta imparcialidad. Su discreción fué siempre bendecida por Dios, pues reinaba en la casa perfecta observancia, rendida obediencia y dulce caridad fraterna. Supo formar a las niñas de un modo admirable; les hacía adquirir el hábito de la virtud, de aquella virtud que las había de proteger después contra las seducciones del mundo, y ni siquiera las perdía de vista cuando más tarde dejaban la casa; asegurábase de su buena colocación y velaba por ellas. Aconsejábales que aprendieran todo lo que podría serles útil en el hogar y en el taller, exhortándolas a permanecer neutrales ante las agitaciones que se pudieran suscitar para obtener mayor salario.

La vida de Madre San Ignacio fué un modelo de orden: no perdía ni un minuto, y aun en su última enfermedad se ocupó de los asuntos de la Congregación dando consejos a sus religiosas. Cuán admirable prudencia

mostró en sus dificultades con el Padre Pousset, sin decir nada a sus hijas, ocultando sus penas y apuros y procurándose ocasiones de merecer para el cielo. Mantúvose siempre digna, reservada, discreta, circunspecta y unida a sus religiosas en la vida cotidiana, mientras que se lo permitieron sus fuerzas.

Justicia y Templanza

La prudencia y la justicia fueron a la par en la vida de nuestra Madre Fundadora. Tuvo la justicia para con Dios dándole el honor y culto que se le deben y consagrando toda su vida al amor divino; fué justa consigo misma porque buscó con grande cuidado y fervor la meta de la santidad, y fué justa con el prójimo cumpliendo los deberes de su cargo y haciéndose toda para todos, a fin de ganarlos a todos para Cristo: respetuosa y obediente para con sus directores y superiores, amable para todo el mundo, jamás supo herir a nadie ni ocasionar la menor pena Mostrábase siempre agradecida a los favores que le hacían porque nunca se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

consideró acreedora de las atenciones de los demás. Su justicia estaba nivelada por la caridad; en lo exterior vémosla ejercer esta virtud por el cuidado que tuvo en cumplir su deber, por su liberalidad en pagar el suplemento del trabajo a las huerfanitas y por su empeño en formar a las que habían de ser luego educadoras.

Una Hermanita de Belleville fué acusada de haber robado un reloj y se la quería por ello despedir, pero Madre San Ignacio se opuso resueltamente a la expulsión en vista de que no se encontraban pruebas evidentes de culpabilidad; los acontecimientos demostraron más tarde la prudencia y justicia de nuestra Madre, pues la verdadera culpable fué dos años después a confesar su falta, y la Hermana dijo ingenuamente que no había querido protestar de su inocencia, para así practicar la humildad.

Claudina fué un modelo de templanza y de mortificación, virtudes necesarias a toda alma religiosa, y practicadas por ella desde su infancia

Fortaleza

En nuestra peregrinación sobre la tierra, harta necesidad tenemos de la virtud de la fortaleza; pero si las cruces son el patrimonio de toda alma verdaderamente cristiana, ¿cuánto más lo serán de aquellas a quienes Dios escoge para establecer en la Iglesia una nueva familia religiosa?

Muy joven aún, Claudina, conoció el sufrimiento; durante el sitio de Lión, ante las angustias de su madre, devorada ella misma por la ansiedad, olvidóse de sus terribles dolores para ser el consuelo de los suyos, y si la muerte de los dos héreos, sus hermanos, quebrantó su robusta constitución y trituró su alma, no por eso logró abatir la energía de su espíritu.

En los albores de la fundación, vémosla soportar generosamente, en silencio, todas las impertinencias de que fué objeto su nuevo género de vida y de este modo avanzó con paso firme por la senda del sacrificio. Madre San Ignacio tuvo que luchar toda su vida contra las dificultades pecuniarias y preciso fuera pasar por todos estos apuros para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

comprender cuánto amargan el corazón y aún merman las fuerzas físicas. Tuvo también que afrontar cierta constante indiferencia por parte de algunas personas. Su Congregación no tuvo jamás, como otras, protectores poderosos. Dios sólo fué su ayudador, pero ni la pobreza, ni las decepciones, ni la muerte de sus colaboradoras, ni las luchas diarias para conservar la unidad y el espíritu de la Congregación, ni la enfermedad, ni el quebranto, nada pudo alterar la paz y la serenidad de su alma fuerte en su confianza en Dios y enteramente sumisa a su voluntad.

III

VIRTUDES RELIGIOSAS: POBREZA, CASTIDAD, OBEDIENCIA

Pobreza

«La virtud de la pobreza, dice nuestra Regla, es una disposición habitual del alma que la desprende de los bienes de este mundo y la hace usar de ellos cristianamente y por Dios». Esta disposición se notó en Claudina desde la infancia. Apreciaba tan poco los bienes de la tierra, que no vacilaba en distribuirlos a los pobres, dando, en favor del prójimo, sus fuerzas, su patrimonio y su tiempo y encontrando en los desgraciados un poderoso motivo para desprenderse de las riquezas y prodigar el bien.

Más tarde hizo Claudina voto de pobreza, al que fué fidelísima toda su vida. La fundación de su obra se cimentó en la «pobreza y en la nada»; un sobrinito de nuestra Madre no podía comprender cómo su venerable tía, que de tanto bienestar disfrutaba en el hogar materno, pudiera vivir en el miserable cuartucho de «Pierres Plantées»; es que tampoco entendía aún el pobre niño la ciencia admirable de los santos, que lleva a la imitación de Cristo, hecho pobre por nuestro amor.

¡Cuán grande fué la pobreza de la reducida comunidad en este humilde obrador y aun en «La Angélica»! Dábase todo lo mejor a las niñas y las religiosas aceptaban alegremente las sobras. Por espíritu de pobreza, Madre San Ignacio quiso siempre mucha frugalidad y economía en la casa, aunque velaba con maternal solicitud para que nada

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de lo necesario faltase a las religiosas y a las niñas; examinaba las provisiones y nada encontraba que fuera a su parecer insignificante en cuanto a los detalles de la economía doméstica. «Era muy severa para consigo misma, decía la ropera; practicaba cuidadosamente la pobreza, pero para las demás era todo caridad y dulzura».

En Fourviére todo respiraba pobreza religiosa, aunque con el conveniente decoro; la comida era frugal, mas cuando la salud de las religiosas exigía un régimen más desahogado, por el mismo espíritu de pobreza y de caridad, Madre San Ignacio prescribía todo lo necesario, sin dejar en olvido el primitivo sello de mortificación.

En lo espiritual, también Madre San Ignacio amó, en cierto sentido, la santa pobreza, no dejando perder ninguna de las gracias que Dios le daba y aprovechándolas todas para la vida eterna, para lo cual suplicaba y pedía a sus parientes y amigos le dieran la limosna de sus oraciones.

Castidad

Madre San Ignacio guardó su corazón

como un sagrario que sólo Dios podía habitar y por eso, desde su niñez, huyó del hálito infernal que pudiera empañar su virginal pureza. Formando parte primero de una reunión de vírgenes y más tarde siendo religiosa, consagró su virginidad al Señor por medio del voto y mortificó sus sentidos, sus gustos, sus deseos, sin permitir que ningún afecto humano se interpusiera entre Dios y ella. Su mirada límpida y penetrante reflejaba los sentimientos de un alma pura y enamorada de la virtud angélica. Su devoción a la Reina Inmaculada y a San Luis Gonzaga nos demuestra el ideal de un algo sublime por encima de la tierra y en pos de él constituyóse Madre San Ignacio educadora de la infancia y ángel custodio de las huérfanas.

Obediencia

Madre San Ignacio se distinguió por su obediencia. He aquí lo que sentía acerca de esta virtud: «La obediencia es una virtud tan esencial como la humildad y para nosotras absolutamente necesaria, indispensable. Esta obediencia debe ser sin límites hacia aquel que Dios, en su misericordia y bondad infi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nita, nos ha dado como director y guía de la pequeña sociedad y para que nos muestre el camino que conduce a la posesión de todas las virtudes, lo cual sólo alcanzaremos por medio de la obediencia». «La obediencia es la única que puede asegurar la duración de una sociedad, darle indisolubles lazos, mantener la paz y la unión entre todos sus miembros, reuniéndolos en una sola voluntad, que es la del superior que la gobierna, viendo en él un fiel intérprete e instrumento de la voluntad de Dios». (Memoria de la Presidenta, 31 Julio de 1817.)

Tales eran los sentimientos de Madre San Ignacio sobre la obediencia, aun antes de darse a la vida religiosa y que practicó hasta el fin de su vida. Como testimonio de ello veamos ahora las palabras de su sobrino: «Pude notar que Madre San Ignacio, fuera de la vida ordinaria, no hacía nada sin permiso especial del director diocesano de la casa (Sr. Cattet, V. G.). Aún me parece oír estas palabras: «Con el permiso del señor Cattet»...

Llamada Claudina a fundar una Congregación y a gobernarla hasta su muerte, no quiso vivir nunca fuera de la obediencia. Co-

mo niña y adolescente había practicado esta virtud, observando las leyes de Dios y de la Iglesia y obedeciendo a sus padres; pero después de su entrada en la Asociación que fundó el Padre Coindre, la obediencia y la humildad fueron sus virtudes predilectas. Las menores indicaciones del buen director eran para ella mandatos, y después de la muerte del Padre Coindre, no quiso hacer ni permitir nada distinto de lo que entendía que él había dispuesto.

La obediencia y la sencillez fueron las dos virtudes que Madre San Ignacio legó a su Congregación. Las primeras Madres y Hermanas, formadas por ella, de tal modo estaban percatadas de los bienes que trae consigo la obediencia, que bastaba sólo la frase: Nuestra Madre lo ha dicho (hablando de cualquiera superiora), para hacerlas obedecer como a una orden del cielo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV

REPUTACION DE SANTIDAD

El duelo causado por la muerte de Madre San Ignacio se trocó muy pronto en inmensa confianza. La perfección de su vida, la santidad de su muerte, fué como la prenda cierta de que desde el cielo continuaría velando sobre su obra. Sus hijas la consideraron como santa y comenzaron a invocarla, esperando su especial protección.

Preciosos testimonios tenemos que demuestran la veneración que a Madre San Ignacio profesaron las religiosas de su tiempo. He aquí lo que escribe Madre San Francisco de Regis, religiosa del Canadá: «Madre San Clemente, mi Maestra de novicias, en 1873-1874, trabajaba con verdadero fervor para inculcarnos el espíritu de nuestra Madre Fundadora, espíritu de humildad, de caridad heroica. Gozaba contándonos los episodios de aquella vida rebosante de celo y de abnegación por el bien de las almas. Nuestra Madre Fundadora, nos decía ella, quiso para la

Congregación almas humildes y caritativas. ¡Cómo resplandecieron estas virtudes en su vida! ¡Cuánto amaba a Jesús y le servía en los pobres! Las niñas más abandonadas fueron sus preferidas». Y como Madre San Clemente quería formarnos según este ideal y modelo, repetíanos siempre avisos análogos a éste: «Queridas hermanitas mías, vosotras sois un grano de arena para el magnífico edificio de nuestros santos fundadores, pero si sabéis ser humildes y amar a Dios, el granito insignificante se unirá a los cimientos de grandes virtudes y tendréis la dicha de contribuir a mantener firme y próspera la Congregación, que os recibió en su seno y ha de ser siempre vuestra amada familia».

¡Cuántos inolvidables recreos pasábamos agrupadas en torno de Madre San Clemente, llenas de santo entusiasmo por los relatos que nos hacía de Nuestra Madre Fundadora, de sus arranques de celo y humildad admirable! Alguna vez nos habló de las penas y fatigas anejas a los primeros días de la fundación, y todo esto acrecentaba nuestra confianza en nuestra querida Madre Fundadora.

De la misma religiosa son también los dos párrafos siguientes:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Madre Santa Julita, mi Superiora en «Trois Pistoles» (1876), nos comentaba también las heroicas virtudes de Madre San Ignacio, afirmando que el recuerdo de todo lo que aprendió en este verdadero código de santidad viviente, la enfervorizaba en los sacrificios. Exhortábanos a adquirir el celo que inflamó a Madre San Ignacio por medio de la práctica constante de las Reglas, de la humildad y de la abnegación por las almas.»

«En San Gervasio (Canadá), 1880, recibí una carta de nuestra llorada Madre San Potino; decía así neustra buena reverenda Madre: «Que en la casita de San Gervasio vuestra familia religiosa sea muy fiel en la práctica de las santas Reglas; que recuerde las virtudes heroicas de nuestra Madre Fundadora, sobre todo su grande humildad y sublime caridad hacia Dios y hacia las almas. Estad muy unidas; que el espíritu religioso domine en vosotras, pues de esta manera corresponderéis a los deseos de aquella Madre, que nos ha dejado el recuerdo permanente de todas las virtudes religiosas.»

Madre María de Santa Dorotea y Madre San Jerónimo, envían desde Sillery (Canadá)

este nuevo testimonio: «Declaramos haber siempre oído decir a la comunidad que Madre San Ignacio, nuestra Fundadora, se distinguió por su humildad, su caridad y su dulzura para con los pobrecitos y para con las huérfanas. Ingresamos en la Congregación en Levis en tiempo de Madre San Cipriano y sus primeras compañeras francesas.»

También España atestigua la veneranda tradición de la santidad de nuestra Madre. Sirva de confirmación la siguiente carta:

«Casa de Barcelona, calle de Caspe, 52. 18 de Febrero de 1923.

»Mi reverenda Madre: Nuestra Madre me ha leído la carta que V. le escribió y con verdadero placer vengo hoy a contarle cuanto sobre la virtud de nuestra venerable Madre Fundadora oí decir varias veces a la Madre San Bernardo.

»No fuí yo quien cuidé a esta Hermana en su última enfermedad, pues estuve en Montreux hasta después de su muerte. Solamente la veía cuando ella iba a la portería de la pensión o estaba de portera, porque solía pasar por donde yo estaba. Con frecuencia la oí repetir: «Nuestra Reverenda Madre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Fundadora nos decía: Hijas mías, cumplid vuestro deber, observad escrupulosamente la pobreza, que vuestra obediencia sea ciega y la caridad como la pupila de vuestros ojos; así, unidas en todo lo que yo os recomiendo, seréis siempre fuertes.»

»Esta Hermana San Bernardo vivía de tal modo llena del amor de su deber, que a los setenta años, a pesar del rigor del invierno, iba diariamente a la portería y allí se quedaba hasta la hora de comer o hasta cuando se la reemplazaba, sin manifestar impaciencia, al contrario, siempre parecía contenta.

»También oí decir a Madre Santa Clotilde, que era la encargada de la ropería en Lión, que nuestra Madre Fundadora fué para consigo austerísima, pero que tenía para las demás un corazón de verdadera Madre.

»He aquí lo que puedo decir a usted, mi reverenda Madre, pues hechos particulares no me han contado.

»Muy grande será nuestro gozo el día en que podamos ver en los altares a nuestra muy amada Madre Fundadora; por esta intención, ruego de un modo particular en estos días preparatorios de nuestra renovación de Votos.

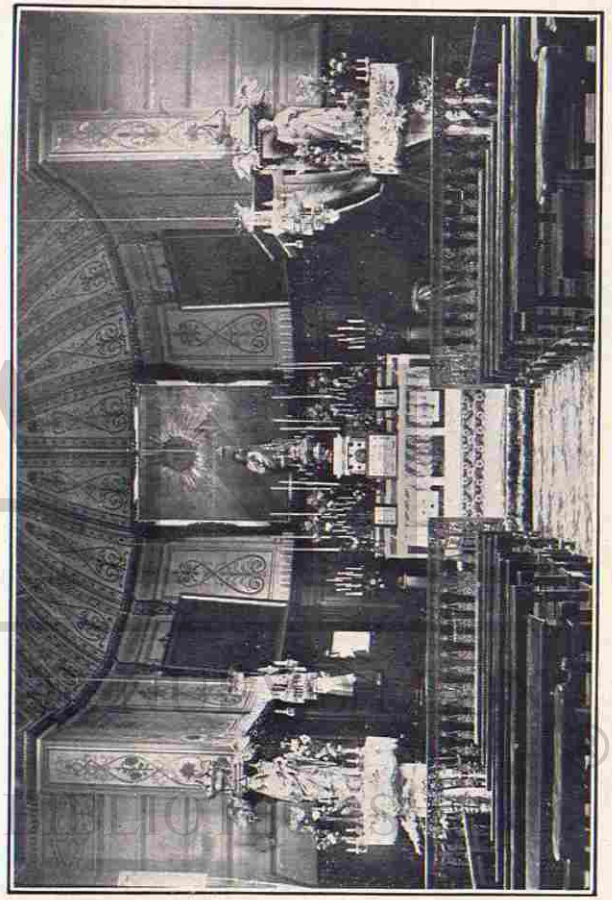
»No cesaré de pedir al Señor derrame sobre usted, mi reverenda Madre, las gracias que le sean necesarias.

»Siempre su hija, respetuosa y agradecida,

Hermana Santa Ana.
R. J. M.»

La fama de esta santidad se extendió rápidamente al mismo tiempo que se multiplicaba la Congregación que Madre San Ignacio protegía desde el cielo.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La Obra de Claudina Thévenet en Lión

1816 - 1837

Francia

1.er Periodo	Croix Rousse. . .	En Chartreux: Primera obra de "La Providencia".	1816-1825
		Pierres Plantées. 2.ª Providencia.	1818-1820
2.º Periodo	Fourviére. . . .	*Dos establecimientos:* Providencia, Pensionado. Noviciado. *Casa madre.*	1820-1837
	Fundaciones nacidas de Fourviére.	Belleville, Monistrol, Puy. Pensionados, Externados, Clases de niñas pobres.	

Desenvolvimiento de la Obra

Francia

Fundaciones nacidas de Fourviére.

1. *Cinco establecimientos:*
   Pensionados, Externados, Pensión para señoras.
   Noviciado.
   Casa Madre en "Fourviére„.
   1837-1901

Indias Orientales (1842)

2. *Trece establecimientos:*
   Orfanatrofios, Dispensarios, Visitas a los pobres indígenas en los pueblos, Instrucción religiosa para indígenas y protestantes, etc. Orfanatrofios para europeas, orientales e indias. Escuelas industriales. Cursos para institutrices.—Escuela Normal.—Pensionados.—Medio pensionados.—Externados.—Catecismos y Asociaciones. (3.478 alumnas.)
   Noviciado europeo.
   Noviciado indígena para las Hermanas afiliadas.
   Casa Provincial, en "Simla„.

España (1850)

3. *Trece establecimientos:*
   dos de ellos en México, y uno en Cuba. (690 alumnas.)
   Pensionados, Medio-pensionados, Externados, Escuelas gratuitas, Escuelas nocturnas para obreras, Obras sociales, Obras misionales, Obras Eucarísticas. Asociaciones de antiguas alumnas, señoritas y señoras. etc. (2.828 alumnas.)
   Noviciado mexicano en "El Paso„, frontera de los Estados Unidos.
   Noviciado en la *Casa Provincial,* de "San Gervasio„, Barcelona.

República Argentina (1912)

FUNDACIONES NACIDAS EN ESPAÑA

Cuatro establecimientos:
Instituto profesional de Economía Doméstica, Curso Comercial, Centro de Obras Sociales, Cocina para los obreros. Pensión y talleres para las jóvenes. Medio-pensionado, Externado. (800 alumnas.)
Noviciado *Casa Provincial* en Buenos Aires.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Canadá (1855)

4. *Diez establecimientos:*
Pensionados, Medio-pensionados, Externados, Escuelas Parroquiales, Cursos para Institutrices, Escuelas de Ciencias domésticas, Escuela Normal, Pensión para señoras, Asociación de antiguas alumnas, señoras y señoritas, Casas de Ejercicios. (2.515 alumnas.)

Noviciado y *Casa Provincial* en "Sillery„, Québec.

Estados Unidos (1877)

FUNDACIONES SALIDAS DEL CANADÁ

Diez establecimientos:
Pensionados, Medio-pensionados, Externados, Escuelas parroquiales muy numerosas, Pensión para señoras y señoritas, Asociaciones. (4.800 alumnas.)

Noviciado en "Highland Mills„. N. Y.

Inglaterra (1860)

5. *Seis establecimientos:*
Colegio, Pensionados, Mediopensionados, Externados, Obras parroquiales, Instrucción religiosa para los protestantes. (2.070 alumnas.)

Noviciado *Casa Provincial* en "Thornton„.

Irlanda (1912)

FUNDACIONES SALIDAS DE INGLATERRA

Dos establecimientos:
Pensionado, Mediopensionado, Escuelas Parroquiales, Casa de estudios. (170 alumnas.)

Noviciado en "Crossmolina„.

Suiza (1892)

6. *Un establecimiento:*
Pensionado para señoritas.
Pensión para señoras.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Alemania (1922)

FUNDACIONES SALIDAS DE LA CASA-MADRE DE ROMA

Do establecimientos:

Pensionado, Externado, Orfanatrofio, Pensión para señoritas estudiantes. (3[illegible]0 alumnas.)

Noviciado en "Dresde„.

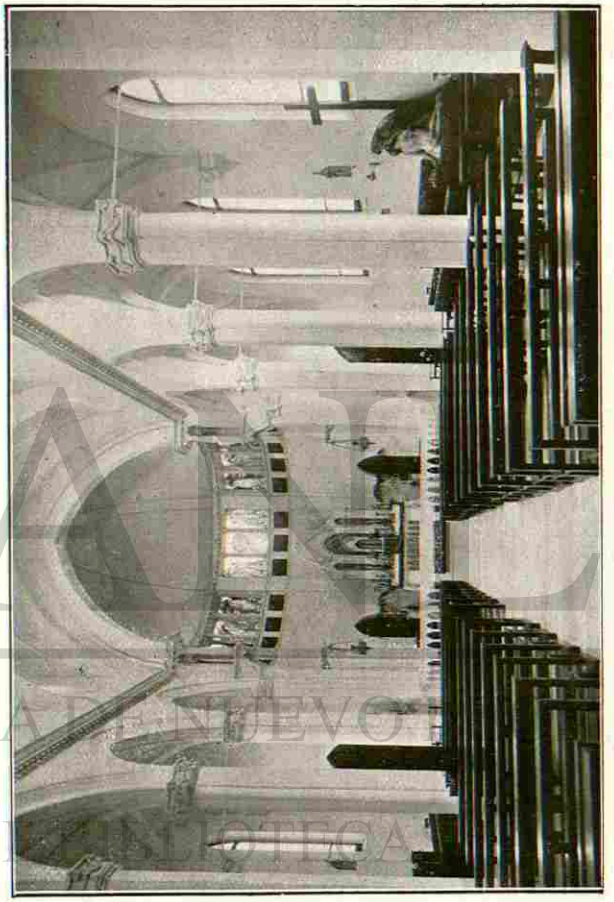
Italia, Roma (1896)

7.

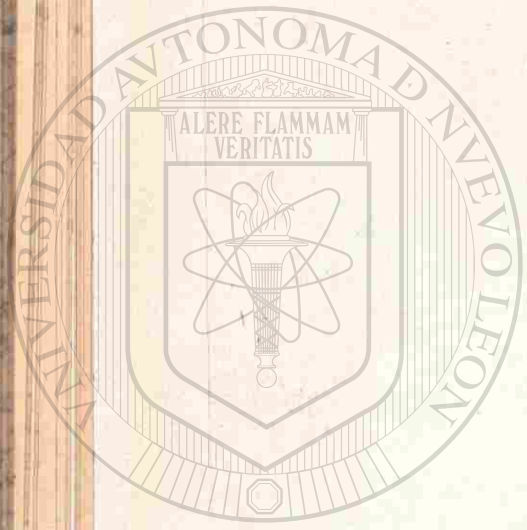
Dos establecimientos:

Colegio internacional, Escuela elemental, Jardín de la infancia, Catecismos y preparación para la Primera Comunión, Asociaciones, Dispensario (300 alumnas.)

Noviciado y CASA MADRE desde 1902.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FAVORES OBTENIDOS

POR

INTERCESION DE LA SIERVA DE DIOS

MADRE SAN IGNACIO

Fundadora de la Congregación de Jesús-María

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al exponer estos favores declaramos que no tenemos intención de ver un carácter milagroso en todos estos hechos, sino mostrar la confianza que muchas personas han tenido en la intercesión de Madre San Ignacio.

FAVORES OBTENIDOS POR INTERCESION DE NUESTRA VENERABLE MADRE FUNDADORA

Mérida (Yucatán)

Durante los últimos días de curso fuí atacada de fiebre tifoidea y conmigo cayeron tres religiosas más, una de las cuales murió al poco tiempo; mientras que aún estábamos gravemente enfermas, iban cayendo nuevas víctimas. Era una verdadera desolación...

El señor Arzobispo estaba ausente, y el señor Deán mandó se hicieran rogativas con Exposición del Santísimo Sacramento. A una de las tres primeras enfermas se le administró el Viático. Las otras dos estaban mejor y las que cayeron últimamente proseguían el curso de la enfermedad sin presentar síntomas alarmantes. Al cabo de pocos días, el estado de una de ellas se complicó con una congestión pulmonar doble; los médicos daban pocas esperanzas, pero yo, confiando en la intercesión de Nuestra Venerable Madre Fundadora, preparé una fotografía en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al exponer estos favores declaramos que no tenemos intención de ver un carácter milagroso en todos estos hechos, sino mostrar la confianza que muchas personas han tenido en la intercesión de Madre San Ignacio.

FAVORES OBTENIDOS POR INTERCESION DE NUESTRA VENERABLE MADRE FUNDADORA

Mérida (Yucatán)

Durante los últimos días de curso fuí atacada de fiebre tifoidea y conmigo cayeron tres religiosas más, una de las cuales murió al poco tiempo; mientras que aún estábamos gravemente enfermas, iban cayendo nuevas víctimas. Era una verdadera desolación...

El señor Arzobispo estaba ausente, y el señor Deán mandó se hicieran rogativas con Exposición del Santísimo Sacramento. A una de las tres primeras enfermas se le administró el Viático. Las otras dos estaban mejor y las que cayeron últimamente proseguían el curso de la enfermedad sin presentar síntomas alarmantes. Al cabo de pocos días, el estado de una de ellas se complicó con una congestión pulmonar doble; los médicos daban pocas esperanzas, pero yo, confiando en la intercesión de Nuestra Venerable Madre Fundadora, preparé una fotografía en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

forma de escapulario y recomendé a la enferma la aplicase sobre ambos pulmones, especialmente en los momentos de crisis, de asfixia o de tos. La Comunidad unió sus plegarias a las de la enferma y Nuestra venerada Madre quiso escucharnos. La paciente entró muy pronto en plena convalecencia; al cabo de algunas semanas pudo volver a reanudar sus trabajos y a ejercer sus empleos en Mejorada, y después de catorce años goza de muy buena salud en Murcia (España), Agosto de 1925.

En fe de lo cual

(Sellado) María de Santa Eufemia
Religiosa de Jesús-María, Superiora de Mérida.

La asistenta, Madre Borja, puede también dar testimonio y firmar.

1913-1914

En los peligros que corrimos durante la «decena trágica», huyendo a pie, diseminadas, en grupos y atravesando la línea de fuego, invocamos la protección de nuestra venerable Madre Fundadora y fuimos escuchadas por ella, cumpliendo lo que en su lecho de muerte dijo como demostración de afecto a su amado Instituto: «¿No ha de

guardar el Pastor su rebaño?», y aquellas otras palabras: «Una superiora será siempre una Madre desde el cielo». Y en su maternal previsión no dijo ésto solamente para las hijas que rodeaban su lecho en el momento del último adiós, sino que también pronunció estas palabras para aquellas que en el porvenir tendrían necesidad de un pastor, de un guía y de una madre.

En Agosto de 1914, cuando por la revolución fuimos obligadas a salir de X dentro de 24 horas, camino de Veracruz y a nuestra llegada a la Habana, donde no teníamos casa ni conocíamos a nadie, tuvimos que pedir hospedaje de convento en convento, y la protección de nuestra venerable Madre nos acompañó en todas nuestras penas. También en los comienzos, harto difíciles, de nuestro establecimiento en la capital de las Antillas fué preciso luchar contra innumerables dificultades para salir adelante, y ella nos ayudó siempre, dándonos fuerza y alimento para vencer todos los obstáculos de la fundación, cuyo éxito tanto se le encomendaba.

Ahora (1925) el colegio está en plena prosperidad y se diría que la venerada Madre tiene sus complacencias en derramar a

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

manos llenas sobre él su bienhechora y maternal protección.

María de Santa Eufemia
Religiosa de Jesús-María.

Habana 1918

Una de nuestras antiguas alumnas, Catalina Xiqués, herida de muerte a consecuencia de una operación de apendicitis, fué curada aplicándole con mucha fe una fotografía de nuestra venerable Madre Fundadora, acompañada de las oraciones de toda la Comunidad y de la desolada familia.

La niña asistió a las clases por la mañana y estuvo presente a las notas semanales que se acostumbran a leer el sábado. A mediodía nos dieron noticia de su imprevista enfermedad y de que iban a trasladarla al hospital para hacerle una operación, y a las 9 de la noche la niña estaba moribunda. Renovamos nuestras súplicas, invocando confiadamente a nuestra venerable Madre Fundadora, y al siguiente día, los médicos, admirados, declaraban que la enferma estaba fuera de peligro. Restablecióse en breve y salió del hospital, pero antes de volver a su casa, entró en nuestra capilla para agra-

decer al Señor y a Madre San Ignacio la gracia de su curación.

La mirábamos con devoción, como si hubiera resucitado, y aún vive. (Mayo de 1925.)

(Sellado) María de Santa Eufemia
Religiosa de Jesús-María y Superiora de la Habana.

Curación de un tumor agudo y supurante; gracia obtenida por intercesión de la reverenda Madre San Ignacio, Fundadora de las Religiosas de Jesús-María

Diciembre de 1919 y Enero de 1920
San Gervasio.—Barcelona.

A mi vuelta de las elecciones efectuadas en Roma por Diciembre de 1919, una molestia que desde mucho tiempo atrás me atormentaba se acentuó notablemente, y el 18 de Diciembre caí enferma en San Gervasio (nuestra casa provincialicia), aunque ya en Valencia tuve que guardar cama algunos días antes.

Parecía que cuatro o cinco enfermedades a la vez se complicaban mutuamente y añadióse a ellas un tumor agudo y supurante muy doloroso. Los médicos, de acuerdo, declararon la necesidad de una operación difí-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cil y peligrosa en el estado en que tantas enfermedades me habían puesto (1), y siendo dudosa la probabilidad del éxito, me dijeron: «No queremos ocultar a usted la gravedad del caso».

Debía yo embarcarme para la Habana el día 25 de Diciembre, pero me fué imposible. El 13 de Enero empecé una novena a nuestra venerada Madre Fundadora, con aprobación de Madre Provincial, que invitó a la Comunidad para unirse a mis oraciones. El octavo día cesó la supuración, secóse el tumor y no sentí más dolores. El médico, que me había hecho ir a la clínica, vióme al día siguiente, y admirado, me dijo: «Pero Madre... ¿A qué santo se ha encomendado usted?» Intentó, como otras veces, lavarme el oído, pero al examinarlo volvió a decir: «No tiene usted nada; no hay necesidad de tocarlo.» Volví por segunda vez a casa del Doctor, y cada vez más asombrado del caso, díjome: Lo que sobre todo me sorprende es que no haya quedado usted completamente sorda, pues tenía el tímpano perforado; la curación es completa; repito a usted, Madre, que no hubiera yo previsto cosa semejante... no comprendo cómo ha sucedido; no vuelva usted más a la clínica.» Yo sí que lo comprendí todo: Nuestra venerable Madre quería verme de nuevo en las misiones de América.

(1) Una de las enfermedades era la diabetes.

La reverenda Madre Provincial y la Superiora de San Gervasio que vieron mi mal y mi curación pueden dar testimonio de todo lo sucedido, como también la prefecta de salud Madre María del Carmen, que me cuidaba y acompañaba a casa del médico. El Doctor Avelino Martín murió, pero yo afirmo la verdad de cuanto he relatado, pues día por día tomé nota de lo que él decía.

(Sellado) María de Santa Eufemia
Religiosa de Jesús-María.

La Superiora Provincial,
María de San Ignacio
Relig. de Jesús-María.

La Superiora Local,
María de Jesús
Relig. de Jesús-María.

La Prefecta de Salud,
María del Carmen
Religiosa de Jesús-María.

Barcelona, 16 de Julio de 1925

Cayetano Casanova, Doctor en Medicina.

Certifico que:

El 30 de Diciembre de 1919 el Doctor Avelino Martín fué llamado al Colegio de Religiosas de Jesús-María de San Gervasio

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para visitar a Madre María de Santa Eufemia, que estaba enferma, y no pudiendo él ir a causa de una enfermedad, delegó a su ayudante para visitar a dicha Madre enferma, encontrándola éste atormentada por un doloroso tumor agudo y supurante que ya se había transformado en mastoiditis. El Doctor Avelino Martín continuó las visitas, viendo cada vez más grave el estado de la enferma y declaró que era necesaria y urgente una operación; pero el 20 de Enero, con gran sorpresa, encontró a la Madre completamente curada.

El Doctor Avelino Martín ya murió, pero yo tengo sumo gusto en certificar y atestiguar este favor.

(Sellado) Dr. Casanova.

Febrero de 1920

Una de nuestras colegialas de la Habana escribe desde Nueva Orleáns (Estados Unidos), participándonos la curación de un hermanito suyo, debida á nuestra venerable Madre Fundadora. Dice así:

Mi padre tuvo precisión de marchar a la Habana y durante su ausencia quedé yo en casa con mis dos hermanas y mis dos hermanitos. Una noche, el mayor de los niños (de 8 años), cayó enfermo; sufría agudísimos dolores y el médico ordenó que sin demora se le operase. A medianoche vinieron de la clínica para llevarse al niño; no quisieron que yo le acompañase, pero le dí una fotografía de la venerada Madre Fundadora, recomendándole no la abandonara y pidiera la salud con mucha fe.

Durante la operación y aún adormecido por el cloroformo, el niño apretaba entre sus manos la imagen de la venerable Madre San Ignacio. Yo me quedé en casa pidiendo a la Santísima Virgen que no desoyera mis súplicas, y recordándole la milagrosa curación que en caso semejante concedió en la Habana a una de mis condiscípulas (1). Por fin me participaron el felix éxito de la operación. ¡Cómo se desbordó mi alegría y mi gratitud! Pero el niño pasó muy mal la noche siguiente y se le congestionaron los pulmones, siendo la fiebre muy alta. Los médicos declararon la gravedad del caso y mi hermanito se moría sin remedio. Multipliqué mis oraciones para conseguir la intercesión de Madre San Ignacio. Desde las tres de la ma-

(1) Año 1918.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ñana no cesé de rogar, pidiendo que si el niño había de morir, recibiera los Santos Sacramentos, pero que si era voluntad del Señor, que recobrara la salud, pues para mi pobre padre hubiera sido un golpe terrible la pérdida de su hijo. Mis oraciones fueron escuchadas y el niño se salvó, sin que pueda atribuir su curación a otro medio que a la intercesión de Madre San Ignacio.

Al cabo de pocos días mi hermanito y yo nos acercamos a la Sagrada Comunión llenos de gratitud hacia el Señor y hacia nuestra amable Protectora. Ayúdenme ustedes, mis queridas Madres, a demostrar por doquiera mi reconocimiento a la Santa Fundadora. Yo seré siempre su hijita.

(Sellado) CAROLINA PARDO.

Curación de Madre Santa Celina, Religiosa de Jesús-María en Sillery, gracia obtenida por la intercesión de Madre San Ignacio, la venerable Fundadora

Sillery (Quebec), 5 de Mayo de 1920.

Desde los comienzos de Enero de 1920 estaba yo enferma con una angina de pecho y me recomendaron la más completa inmo-

vilidad a fin de evitar nuevos ataques. El 25 de Febrero, en vista de mi estado cada vez más decaído, creyeron prudente administrarme los Santos Sacramentos. Desde entonces mejoré gradualmente hasta el punto que el médico me permitió tomar algún alimento y levantarme algunas horas cada día; pero bien pronto caí de nuevo, y en cuatro o cinco días volví a mi primitivo estado de gravedad. Me administraron otra vez la Extremaunción, el día 25, pues los ataques eran tan frecuentes que a veces parecía que se iba a extinguir mi vida, y cuantos remedios me aplicaban sólo producían un efecto pasajero e incierto.

El día 30 de Abril, a las 6 de la tarde, el Padre Capellán me leyó las oraciones de los agonizantes, pues se creía que yo iba a espirar de un momento a otro; pero antes de que el sacerdote marchara, la Madre Provincial le comunicó la idea de pedir mi salud por intercesión de Madre San Ignacio. Para mí fué esto casi una contrariedad, porque deseaba con vehemencia ir pronto al cielo para ya nunca más ofender a Dios y amarle siempre perfectísimamente, y me costaba tanto este sacrificio, que imposible me fué

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dar consentimiento antes de haberme desahogado con el Señor; rogué, pues, a Madre Provincial volviera después de la Bendición del Santísimo para recibir mi respuesta.

La sumisión a la voluntad de Dios, la obediencia a mis superiores y la gloria de nuestra venerada Madre Fundadora me hicieron aceptar la propuesta y pedir el milagro de mi salud; pero mis oraciones no pudieron ser tan fervorosas como las de la Comunidad, porque yo sentía miedo del porvenir y sólo hallé conformidad abandonándome enteramente al querer divino.

Los cuatro primeros días que se siguieron, no daban indicio de mejoría; el 5 de Mayo por la mañana tuve aún un fuerte ataque, pero después la mejoría se manifestó tan visiblemente que pude levantarme a mediodía y pasear, apoyada en el brazo de la enfermera. El 7 de Mayo, primer viernes de mes, pasé todo el día en pie y pude hacer una visita al Santísimo. A las 8, Madre Provincial y Madre Asistenta llegaron de Lauzon y vinieron a verme; no podían creer lo que sus ojos contemplaban: Me vieron levantada, vestida, sana y contenta, deseosa de reanudar mis trabajos en la vida de Co-

munidad. Desde entonces me siento rejuvenecida, sigo a las religiosas desde la mañana hasta la noche y vuelvo a la vida con la firme esperanza de que mi curación será para gloria de Dios y de nuestra Madre Fundadora.

Que los Corazones de Jesús y de María bendigan a todas aquellas personas que tanto se han desvivido por mi y que mi vida sea un continuo acto de reconocimiento.

(Sellado) María de Santa Celina
Religiosa de Jesús-María.

El Capellán de Sillery a la reverenda Madre Santa Teresa, Superiora Provincial de las Religiosas de Jesús-María en el Canadá

Sillery (Canadá), 12 de Marzo de 1921.

Reverenda Madre: Con mucho gusto cumplo el deseo de usted escribiendo algo sobre la enfermedad y curación de Madre Santa Celina, puesto que he sido testigo de este milagroso hecho.

Hace 22 años que soy sacerdote y 3 que ejerzo el cargo de capellán de Sillery. El 20 y 25 de Abril de 1920 administré el Viático a Madre Santa Celina, que estaba gravemente enferma y pensé que no tardaría muchos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

días en morir. Recé por ella las oraciones de los agonizantes, y al salir de la estancia díjome la reverenda Madre Provincial: «Señor Capellán, usted ha preparado a la enferma para la muerte y yo voy a trabajar por su vida. Quiero que pida la salud por intercesión de nuestra Madre Fundadora y la Comunidad va a empezar una novena de preces».

Al día siguiente, Madre Celina, contra lo que yo pensé, no había muerto. El lunes y martes siguió en su mismo estado. El jueves y viernes pudo levantarse, el sábado oyó Misa y el mismo día, a las 11 de la mañana, Madre Celina, a quien hacía dos meses confesaba yo postrada en su lecho de dolor, se presentó en el confesonario de la enfermería. Después de la confesión me atreví a hablarle y adrede la dejé en pie dos o tres minutos; luego le rogué que andara en mi presencia por el corredor y pude convencerme de lo que veía; la moribunda estaba perfectamente sana.

Desde entonces Madre Santa Celina tomó de nuevo el cargo de sacristana en esta capilla.

Sirva mi testimonio para acrecentar la

Gloria de Dios y apoyar la causa de Beatificación de Madre María de San Ignacio.

Reciba usted, Madre, el homenaje de mi respeto y es siempre humilde y seguro servidor,

F. Blanchet, Pbro.

Certificado del Doctor Turcot, médico de Madre María de Santa Celina en Sillery (Canadá)

Quebec 13 de Marzo de 1921.

En el mes de Enero de 1920 visité a la enferma Madre Santa Celina, religiosa de Jesús-María, en el convento de Sillery, y comprobé que dicha Madre tenía una peligrosa angina de pecho.

Desde Enero a Mayo sufrió muchas e intensas crisis; pensé que la muerte podía venirle súbitamente e indiqué la necesidad de administrarle los Santos Sacramentos.

Seguro e indudable era mi diagnóstico; la obligué a guardar cama y completo reposo, pero a pesar de ésto, las crisis se repetían. En el mes de Marzo, después de una novena que se hizo para obtener su curación por medio de Madre San Ignacio, Fundadora del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Instituto de Jesús-María, Madre Santa Celina curó instantánea y completamente, y tal prodigio ha sido asegurado con muchas pruebas a las cuales fué sometida la enferma. Declaro, pues, que este caso, desde el punto de vista natural es imposible de explicar, por lo tanto es un verdadero milagro.

Hace diez meses de lo sucedido y la favorecida está completamente bien; su salud es excelente y ejerce sus cargos con grande satisfacción de la reverenda Madre Provincial y de la Comunidad.

(Sellado) Edwin Turcot, Doctor en Medicina
Catedrático de la Universidad de Laval.

Barcelona (España)

El 31 de Mayo de 1920 una de nuestras Hermanas auxiliares cayó enferma de meningitis, con la imposibilidad de recibir los Santos Sacramentos. Rogábamos todas con fervor para obtener la gracia de su curación y yo puse sobre la cabeza de la paciente una fotografía de nuestra Madre Fundadora, a la vez que llamaba a la enferma con su propio nombre. Cesó al punto el delirio y me respondió naturalmente, como si nada sufriese; tomó en sus manos la fotografía de nuestra

Madre Fundadora, la besó y quiso tenerla ante su vista. Avisamos al confesor, que vino inmediatamente, y al salir nos dijo que la enferma se había confesado con entero conocimiento; pero al poco rato empezó a delirar de nuevo y fué imposible administrarle el Santo Viático.

Otra vez recurrimos a nuestra Madre Fundadora, poniendo su imagen sobre la cabeza de la enferma, que pronto recobró el conocimiento y pudo recibir al Señor y renovar sus Votos con mucha devoción. Después descansó plácidamente dejándonos un dulcísimo consuelo y la seguridad de que nuestra venerada Madre nos había escuchado.

Cuanto acabo de relatar puedo afirmarlo con fe de juramento.

(Sellado) María del Sagrado Corazón
Religiosa de Jesús-María. Superiora.

Simla (Indias), 1921.

Cuando nuestra Superiora general, Madre María de Santa Clara, estuvo en Simla durante la primavera de 1921, hubo numerosos casos de «influenza» en el pensionado.

Una niña de 15 años, señorita Tarleton, sobrina de la Madre Provincial Madre Santa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Doroea (q. e. p. d.), fué atacada de una pulmonía, consecuencia de la general enfermedad, y el médico la encontró tan grave que inmediatamente dispuso su traslado al hospital e hizo avisar a los padres de la enferma.

Como el caso era tan peligroso, Madre Provincial rogó al Capelián de la casa fuera al hospital el mismo día para administrar los Santos Sacramentos a la enferma, y así se hizo.

La Comunidad empezó una novena a la Madre Fundadora, cuya imagen se llevó a la enferma, y antes de terminarse, la señorita Tarleston volvió al colegio en plena convalecencia.

Yo estaba entonces en Simla, acompañando a la reverenda Madre General en su visita y tengo muy presente tan singular favor.

(Sellado)

María de San Cuthbert
Religiosa de Jesús-María

Mayo-Julio.—1921

Hemos sido favorecidas con dos gracias extraordinarias desde que nos instalamos de nuevo en X... Muchas y graves dificultades surgían por parte de uno de nuestros acreedores. Nuestras propiedades estaban sumamente abandonadas y dos veces nos vimos a pique de perderlo todo, sin probabilidades humanas de evitar un desastre total.

Las oraciones que dirigimos a nuestra venerada Madre Fundadora dieron como fruto una consoladora sorpresa: Se nos ofreció y aún se nos rogó aceptáramos, antes del plazo fijado, cierta suma que se nos debía, con la cual pudimos pagar al acreedor que nos amenazaba con un proceso eclesiástico en Roma, a donde él había recurrido sin decirnos nada.

También desapareció el otro peligro gracias a la venerable Madre, que nos procuró un amigo inesperado que tomó sobre sí toda la responsabilidad y salvó nuestras propiedades de una bancarrota.

Siempre agradeceremos estos favores a nuestra Madre Fundadora.

María de Santa Eufemia
Religiosa de Jesús-María Superiora.

Marzo de 1924.

Una de nuestras religiosas de la Comunidad de X estuvo enferma de una erisipela que se le extendió por la cabeza. El médico

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

me dijo que si el mal crecía, sería preciso administrar el Santo Viático a la enferma, con mucho peligro de no llegar a tiempo.

Puse la fotografía de nuestra venerada Madre Fundadora sobre la cabeza de la paciente, y la enfermedad desapareció en pocos días sin dejar señal.

(Sellado) María de Santa Eufemia
Superiora.

Carta de acción de gracias que he recibido de una de nuestras vice-maestras, curada por intercesión de nuestra Madre Fundadora

Con el corazón rebosante de agradecimiento envío a usted la relación siguiente, como testimonio de gratitud a la venerada Madre San Ignacio. El 22 de Diciembre último (1924), por la noche, me sentí presa de una violenta fiebre y de fuertes dolores de cabeza. Mi enfermedad era una erisipela gravísima que durante algunos días amenazó mi vida. El peligro pasó después de mes y medio de enfermedad, pero sobrevinieron otras dificultades y molestias, sobre todo unos agudos y fuertes dolores en las piernas, tan insoportables que casi no podía resistirlos.

He sabido después que el médico dijo a mi hermana que en uno de estos ataques, tan frecuentes, me podía venir la muerte; también yo lo presentía y por eso quise recibir los Sacramentos. Las Madres del Colegio me enviaron una fotografía de la venerable Madre Fundadora y empecé una novena; conmigo se unieron las religiosas y en estas oraciones sentí mucha fe y confianza. Creía firmemente que Madre San Ignacio me curaría. Al día siguiente me sentí mucho mejor, y... no fué un sueño, no; yo estaba curada. El día tercero lo pasé ya en mis clases del Colegio de Jesús-María, donde desde hace cuatro años comparto con las religiosas los trabajos y las alegrías.

Como antes he dicho, con el corazón lleno de agradecimiento, cumplo el deber de publicar esta gracia, obtenida por medio de Madre María de San Ignacio, a mayor gloria de Dios y para consuelo y esperanza de cuantos recurren a ella.

X... 21 de Febrero de 1925.

(Sellado) Josefina Córdoba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Algunas gracias obtenidas por intercesión de Madre María de San Ignacio

Alicante (España)

En el mes de Agosto de 1924, una de mis hermanas estuvo gravemente enferma, en peligro de muerte, a consecuencia de dos operaciones. La Comunidad empezó una novena a nuestra Madre Fundadora, rogándole con mucha fe y confianza que el primer sábado de mes, comprendido en aquella semana, pudiéramos recibir buenas noticias, y este mismo día la enferma se viera libre de fiebre.

Nada habíamos dicho a la familia y así puédese comprender nuestra alegría y asombro cuando el primer sábado de mes nos participaron por teléfono que la enferma ya tomaba algún alimento y que la fiebre había desaparecido. Al cabo de pocos días estaba completamente restablecida.

—

El padre de una de nuestras fámulas sufría mucho de una úlcera en el estómago, y sin esperanza de curación, porque el mal era crónico y el enfermo de edad avanzada. Le enviamos una fotografía de nuestra Madre Fundadora y a la vez encomendamos en

nuestras oraciones la salud del pobre enfermo.

Al cabo de pocos días le vimos completamente restablecido reanudar los trabajos de su vida ordinaria, con intenso gozo de toda la familia, que publica su reconocimiento hacia la Madre San Ignacio, protectora del enfermo.

—

Un pobre labrador se rompió la pierna; sufría mucho y no podía trabajar. Le enviamos una fotografía de nuestra Madre Fundadora, recomendándole pidiera su curación, y pocos días después el enfermo fué encontrándose mejor, lleno de reconocimiento a la «Santa Religiosa», que le había curado.

—

El hijo de un amigo de la casa estaba muy enfermo; su padre, con gran confianza, puso una fotografía de nuestra Madre Fundadora debajo de la almohada del niño, pidiendo su curación. En el mismo momento el enfermo se sintió mejorado y pocos días después estaba restablecido. El reconocido padre contestaba a cuantos le preguntaban por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su hijo: «Me lo ha curado la Madre Fundadora de las Religiosas de Jesús-María.»

Valencia (España). Julio 1925.

Quiero demostrar mi gratitud a nuestra Madre Fundadora publicando las gracias que nos alcanzó del Señor en la epidemia que sufrió esta Comunidad pocos días antes de terminarse las vacaciones de 1924.

El 15 de Septiembre una religiosa joven cayó enferma del tifus; el 18 y el 20, otras dos religiosas y dos fámulas fueron atacadas del mismo mal. La enfermedad seguía su curso y las niñas iban a entrar el primero de Octubre. Empezamos dos novenas a la Virgen del Socorro, Patrona Titular de la casa; lámparas y cirios ardían sin cesar ante la Imagen milagrosa, pero el mal no cedía, por el contrario, el 19 de Octubre, otra religiosa cayó enferma.

Tuve entonces la inspiración de acudir a nuestra Madre Fundadora, persuadida de que la Reina de la casa quería socorrernos esta vez por medio de Madre San Ignacio; tomé el retrato que tenemos en la sala de Comunidad y lo fuí paseando por todas las

camas de las enfermas, haciendo la novena. Muy poco tiempo después, durante la segunda novena, entraron las pacientes en plena mejoría y convalecencia, siendo así que dos de ellas no daban esperanzas de curación.

El Señor Arzobispo, los RR. Padres Jesuítas y muchas personas competentes que conocían nuestra tribulación aseguraron ser una gracia especialísima que ninguna de las seis enfermas hubiera sucumbido al terrible mal y que ni las colegialas ni cuantos intervenían en la casa hubieran adivinado nuestra pena.

Atribuímos esta doble gracia a nuestra Madre Fundadora y suplicamos nos ayuden a publicar el agradecimiento y la confianza que por ella sentimos.

(Sellado) María Javiera

Superiora de la casa de Valencia.

Valencia (España). Agosto de 1925.

Desde la primavera de 1923 una religiosa de esta Comunidad sufría dolores intensísimos, sin que de ellos se explicara la causa, y tuvo que guardar cama, con frecuentes hemorragias que la debilitaban mucho.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Todas rogábamos y hacíamos novenas a la Virgen del Socorro, mas viendo que el mal crecía, instamos a la enferma para que pidiera su curación a Sor Teresita del Niño Jesús, resistióse algún tanto, pues sentíase inspirada a rogar a nuestra Madre Fundadora, y si consintió en dirigirse a la Santita del Carmelo, fué para pedirle que suplicara a Madre San Ignacio le diera la salud, ya que deseaba ardientemente verla glorificada.

El 3 de Febrero de 1925, aniversario de la muerte de nuestra Fundadora, la enferma estuvo rezando todo el día; el Doctor la encontró muy mal y descubrió en ella un tumor canceroso que exigía una urgente operación. Así transcurrieron algunos días, y el 17 de Mayo, mientras la Comunidad y colegialas se preparaban a festejar la canonización de Santa Teresita, decía la enferma a cuantos la visitaban: «La Santita del Carmelo no tiene necesidd de ningún milagro para su glorificación; pedidle que me encomiende a nuestra Madre Fundadora, pues nadie como una Madre sabe lo que debe hacer con su hija.»

El 16 de Mayo se agravó el mal de tal modo, que creímos llegada la hora del des-

enlace. El día 20 se hizo la operación; la enferma puso sobre su pecho el retrato de nuestra Madre, invocándola con amor y confianza, y el resultado fué de tanto éxito que al cabo de cinco días pudo levantarse la paciente sin haber tenido fiebre y su convalecencia fué rapidísima. El 31 de Mayo pudo seguir la vida de Comunidad y reanudar sus ordinarias ocupaciones.

Tanto la enferma como todas nosotras reconocemos la intercesión de nuestra Madre Fundadora en este milagroso hecho y lo agradecemos aumentando nuestra confianza en ella.

(Sellado) María Javiera, Relig. de Jesús-María
Superiora de la casa de Valencia.

Barcelona, 16 de Agosto de 1925.

Creo que es un deber y a la vez una satisfacción publicar los favores obtenidos en mi familia por la intercesión de Madre San Ignacio, nuestra querida Fundadora. Quiera el Señor concedernos la gracia de verla muy pronto en los altares.

1. En el mes de Febrero de 1923, centenario de los Votos de nuestras primeras Ma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dres, uno de mis sobrinos de 3 años cayó enfermo de fiebres malignas. Hacía ya siete días que la temperatura no bajaba de 40° con hemorragias nasales que dejaban sin conocimiento al niño. El día aniversario de los votos se había ya perdido toda esperanza de salvar al niño. Envié a mi hermano una fotografía de nuestra Madre Fundadora para que la pusiera sobre el enfermo y yo rogué, persuadida de que mis oraciones serían escuchadas. A mediodía la temperatura descendió a 36°, el niño recobró el conocimiento, cesaron las hemorragias y pocos días después mi sobrino estaba perfectamente sano.

2. Durante el invierno de 1924, una de mis primas cayó enferma de intensos dolores en una pierna, con calentura tan alta e hinchazón tan considerable que le era imposible moverse. Le envié la imagen de Madre San Ignacio y rezamos las oraciones de la novena a la Santísima Trinidad para obtener la beatificación de nuestra Fundadora, pidiendo la salud de la enferma por su medio.

En breve se inició la franca mejoría y mi prima pudo volver a sus ocupaciones sana y salva.

Una Religiosa de Jesús-María.

Mérida de Yucatan, 10 Octubre 1925.

Nidia Rosado, antigua alumna de nuestro colegio, fué curada del tifus el último día de la novena que la Comunidad hizo a su intención, pidiendo este favor por medio de Madre María de San Ignacio, nuestra Fundadora.

(Sellado) María de las Victorias
Religiosa de Jesús-María y Superiora de Mérida.

Para gloria de nuestra Madre Fundadora. Curación de una tuberculosis de los huesos

---

Gravelbourg (Canadá)
22 Septiembre 1925.

Una joven de la parroquia de Gravelbourg, Serafina Deaus, de 19 años, sufría una tuberculosis en los huesos (1919).

En el hospital de Regina, el Doctor Paradís juzgó necesario hacerle una operación que desgraciadamente no dió resultado. Después de estar tres meses en el establecimiento, volvió a Gravelbourg en estado deplorable y siguió, durante un año, el tratamiento del Doctor Soucy.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Durante los dos años que vivió en esta parroquia, a su vuelta de Regina, aunque no estaba siempre en la cama, sufría muchísimo, tendida en una butaca.

Viendo que el terrible mal aumentaba de día en día, sus padres la llevaron al hospital de Moose Jaw y allí estuvo cuatro meses. Una vez por semana el médico le extraía gran cantidad de pus, que envenenaba la sangre de la enferma, y los sufrimientos eran atroces.

Viendo lo desesperado del caso, la señora Deaaust fué a nuestro colegio de Gravelbourg, cuando la Provincial, Madre Santa Teresa, hacía la visita de la casa. La afligida madre desahogó en la superiora las tristezas de su corazón y Madre Provincial prometió enviarle desde Sillery una novena de nuestra Madre Fundadora. La Superiora escribió inmediatamente a la enferma, incluyendo en su carta una imagen de Madre San Ignacio, para que la invocara con mucha confianza.

Dos días después, con grande admiración del Doctor Trudelle, del Doctor Ouellet y de la enfermera, los tumores se abrieron sin dolor y el pus salió abundantemente; ésta era la respuesta de Madre San Ignacio.

La curación fué cosa de poco tiempo, comparada con lo que había sido la enfermedad, pues al cabo de un año la enferma se encontraba perfectamente sana.

(Sellado)

Las Religiosas de Jesús-María de Gravelbourg,
por Madre Santa Emiliana.
Superiora.

Certificado.—Doctor J-B. Trudelle M. B.

Moose-Jaw, Sask, 22 Septiembre 1925.

En 1921 visité en el hospital de Moose-Jaw a la señorita Serafina Deaust, sumamente anémica y con una tuberculosis en los huesos desde hacía tres años.

Diagnóstico: Sacro-coxalgia grave, supurante, abierta ya tres años; infecciones tuberculosas. Declaro que la curación ha sido extraordinariamente rápida, sorprendente e inesperada.

J. B. Trudelle M. B.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Buenos Aires, Octubre de 1925.

Con indecible entusiasmo y agradecimiento a Madre María de San Ignacio, nuestra Fundadora, quiero publicar mi curación y la de una señorita, ambas obtenidas por su medio en el hospital de Rivadavia de Buenos Aires.

En 1923 sufrí una dolorosa operación y pensé que ya estaba curada, cuando el 4 de Septiembre de 1924 los dolores se recrudecieron con toda intensidad, y el día 13, el Doctor que me había operado el año anterior, después de haber examinado mi mal, declaró que era necesaria otra operación. Los dolores se habían fijado en la herida de la primera cura y ésta se había de abrir de nuevo para extraer el pus. La víspera del día fijado para el tratamiento preparatorio, el mal se abrió instantáneamente y me encontré en disposiciones de ser operada.

Para más seguridad, el médico hizo sacar la radiografía de la parte enferma y señaló el día 7 de Octubre para operarme.

Empezáronse los preparativos, y la víspera, 6 de Octubre, aniversario de la Fundación de nuestro Instituto, rogué fervorosamente a la Santísima Virgen por intercesión

de nuestra Madre Fundadora. El Doctor quiso examinarme de nuevo, minuciosamente, y júzguese de mi sorpresa cuando le oí decir: «Madre, esta usted mucho mejor; no hay necesidad de operarla; puede usted volver al colegio, pues ya está curada.»

Mi asombro y alegría llegaron al colmo; la enfermera, arrodillada a mi lado, me ayudó a dar gracias a nuestra Fundadora, que me había alcanzado del Señor tan inesperada curación.

Inmediatamente avisaron por teléfono a la Madre Superiora, que, contentísima y admirada vino a buscarme. La noticia de mi curación se extendió por todo el Sanatorio.

Durante mi enfermedad, trabé conocimiento con una señorita a quien iban a operar por tercera vez, y al despedirme de ella, antes de marchar al colegio, le dí una fotografía de la Madre San Ignacio, con la oración que yo rezaba cada día La enferma prometió encomendrse a ella y ocho días después me participó que había salido del Sanatorio sin haber sido operada.

La carta siguiente da pormenores sobre esta curación y deseamos que estas gracias se publiquen para gloria de Dios y para acre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

centar la causa de Beatificación de su fiel Sierva.

María de San Juan Bautista
Religiosa de Jesús-María.

Certifico que es exacto cuanto aquí se dice.

(Sellado) María de la Esperanza
Religiosa de Jesús-María, Superiora Provincial.

Curación de un quiste en el hígado obtenida en el Hospital de Rivadavia, Buenos Aires, en Octubre de 1924

Fragmentos de las cartas de la señorita Juanita Lilliol a Madre San Juan Bautista, religiosa de Jesús-María. 23 de Diciembre de 1924.

Querida Madre: Sin duda recuerda usted la alegría que me proporció al darme el retrato y la oración de su Madre Fundadora, recomendándome acudiera a ella con fe y confianza. Tanto aliento sentí en mi corazón desde entonces que muchas veces al día re-

petía lo que usted me indicó con un Padrenuestro, Avemaría y Gloria, pidiendo a la venerada Madre me concediera el favor que a usted quiso otorgar, y así, esperaba tranquilamente el día fijado para mi nueva operación.

Llegado éste por fin, subí llena de confianza a la sala de operaciones, donde ya estaban los médicos, y al momento de tenderme en la mesa, un intenso temblor se apoderó de mí. Entonces más que nunca pedí a Madre San Ignacio que no me abandonara y me sentí tan cerca de ella que la tranquilidad volvió a mi alma. De esta manera, me quedé adormecida; recuerdo perfectamente que los médicos empezaron un minucioso examen para encontrar la raíz del mal, pero asombrados declararon que la causa de la operación había desaparecido. Entonces el Doctor Bengolea me dijo: «Levántate y vete, Juanita, pues no necesitas operación; tu mal ha desaparecido y hoy mismo puedes volver a tu casa».

La confianza me había dado la convicción de que yo no sería operada, pero la rea-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lidad me dejó atónita y no supe cómo agradecer tal favor a Madre San Ignacio. Bajé a mi cuarto, donde mis hermanos me esperaban, llenos de inquietud, pero quedaron asombrados viéndome entrar sin ayuda de nadie. Pensaron que era todo ilusión mía y fué preciso que el Doctor Bengolea les asegurase el prodigio.

Por indicación de los médicos me presenté de nuevo el mes de Abril de 1925 para que otra vez me reconocieran. Mis oraciones a Madre San Ignacio no cesaban ni un sólo día y los doctores afirmaron por segunda vez que el quiste había desaparecido.

Hace un año que sucedió todo esto y no me resiento de ningún dolor; mi salud es envidiable.

Deseo que esta gracia se dé a conocer por todas partes, como también mi reconocimiento a Madre San Ignacio, que palpitará en todos los actos tristes o alegres de mi vida.

Considero como un deber propagar la confianza en tan buena Madre; ya he dado la oración milagrosa a muchas personas, entre ellas a un joven que está en camino de convertirse; la repite cada día con mucha fe y espero que por ella volverá a Dios.

(Sellado) JUANITA DE LILLIOL

23 de Agosto 1925.

Certifico que todo lo que aquí se dice es exacto.

(Sellado) MARIA DE LA ESPERANZA

Religiosa de Jesús-María y Superiora Provincial.

A. M. D. G.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

Págs.

Declaración.. 5
CAPÍTULO I.—Nacimiento. Juventud. Años de preparación. 7
CAP. II.—La Asociación de los Sagrados Corazones de Jesús y de María. 13
CAP. III.—"La Providencia„. 19
CAP. IV.—La Congregación (1818). 26
AP. V.—Claudina Thévenet en "Pierres Plantées„ (Muchas Piedras).. 29
CAP. VI.—Fourviére. — Fundación del Pensionado. 35
CAP. VII.—Las primeras Madres. 38
CAP. VIII.—Fundación de las Casas de Belleville y Monistrol. 41
CAP. IX.—El taller de Fourviére. 45
CAP. X.—Fundación de la Casa de Puy.—Muerte del Padre Coindre. 51
CAP. XI.—Nuevas defunciones.—La revolución de 1830. 56
CAP. XII.—Construcción de la Capilla.—Revueltas de 1834. 59
CAP. XIII.—El Instituto amenazado.—Muerte de a Madre San Borja.. 62
CAP. XIV.—Muerte de Madre San Ignacio. . . 66
CAP. XV.—Después de la muerte. 72

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

	Págs.
Aprobación Pontificia.	74
Virtudes de la Madre San Ignacio.	77
Virtudes teologales:	
Fe.	79
Esperanza.	85
Caridad.	88
Virtudes cardinales:	
Prudencia.	92
Justicia y Templanza.	99
Fortaleza.	101
Virtudes religiosas:	
Pobreza.	102
Castidad..	104
Obediencia..	105
Reputación de santidad.	108
La Obra de Claudina Thévenet en Lión (1816-1837).	115
Favores obtenidos por intercesión de nuestra venerable Madre Fundadora.	123

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA
AZUCENA DE QUITO
Ó
LA BEATA MARIANA DE JESÚS PAREDES Y FLORES.

VIDA PUBLICADA POR EL REV. PADRE

AUGUSTO BRUCHEZ
REDENTORISTA.

CON EL PERMISO DE LOS SUPERIORES DE LA CONGREGACIÓN Y LA APROBACIÓN DEL EXMO. É ILMO. SEÑOR ARZOBISPO DE FRIBURGO.

ADORNADA DE UN RETRATO DE LA BIENAVENTURADA.

FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA).
B. HERDER
LIBRERO-EDITOR PONTIFICIO.
BERLÍN, ESTRASBURGO, KARLSRUHE, MUNICH, VIENA Y SAN LUIS (AMÉR. SEPT.).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

B. HERDER, LIBRERO-EDITOR PONTIFICIO,
FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA).

Acaba de salir á luz:

LA AZUCENA DE QUITO

ó

LA BEATA MARIANA DE JESÚS PAREDES Y FLORES.

VIDA PUBLICADA POR EL REV. PADRE

AUGUSTO BRUCHEZ

REDENTORISTA.

CON EL PERMISO DE LOS SUPERIORES DE LA CONGREGACIÓN Y LA APROBACIÓN DEL EXMO. É ILMO. SEÑOR ARZOBISPO DE FRIBURGO.

ADORNADA DE UN RETRATO DE LA BIENAVENTURADA.

En 8º (XII y 320 págs.)
En rústica Fr. 2.65; encuad. en tela Fr. 3.50.

En la *Introducción* nos muestra el autor cómo el Divino Fundador de la Iglesia, para adorno y perfume de ella y modelo de las almas que le quieren seguir de cerca en las sendas de la perfección, sea en el claustro, sea en el seno de la sociedad mundana, hace brotar en cada país y en todos los siglos flores celestiales, verdaderas *azucenas*. — Después, en cinco libros, escritos con estilo sobrio y correcto, el celoso misionero nos da una biografía, excelente desde todo punto de vista, de esta *Azucena* plantada por Cristo nuestro Señor en una parte privilegiada de su Jardín, en el Ecuador, «la República del Sagrado Corazón».

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En la *Vida,* asistimos primero á lo que podemos llamar los *«preparativos del Espíritu Santo en el alma de la Bta Mariana de Jesús»:* su nacimiento en un país eminentemente católico, gracias á los ardientes misioneros que implantaron la fe en América, y en el seno de una familia profundamente religiosa; su bautismo, conferido en circunstancias especiales; su primera comunión, que fué el primer llamamiento del Divino Esposo de su alma. — Pronto Dios le intimó su voluntad de que fuera toda de Él, no en el claustro sino en el mundo; viviendo en el mundo, cual si hubiera muerto á él, á sus vanidades y exigencias, como otra Rosa de Lima, su contemporánea y vecina. Mariana abrazó, pues, una vida *solitaria* y *penitente,* no viviendo sino para amar únicamente á su Jesús, hecha el blanco de las contradicciones del mundo y de los asaltos del demonio.—Pero, como las almas consagradas al Señor no son nada egoístas, la Beata Mariana no descuida sus deberes para con el prójimo. *Ángel de caridad* en el seno de su familia, *providencia de los pobres, enfermos y desconsolados, víctima voluntaria por el bien de su patria:* tal se nos presenta en esta biografía. Dios oye las súplicas y acepta el sacrificio de su sierva, que muere tras larga y penosa enfermedad por su amada patria. — El R. P. Bruchez nos revela el secreto de tanta perfección: la profunda *humildad* de la *Azucena de Quito,* que atrajo sobre ella, en raudales fecundos, las gracias del Señor, y el ardiente *amor de Dios,* que fué el principio, el sostén y el coronamiento de tantas y tan admirables virtudes.

Concluye el autor con una breve explicación de estos tres pensamientos: Mariana *de Jesús, Azucena de Quito, sellada en el pecho con el emblema de Jesús,* que se pueden resumir en una sola palabra: **la Santa,** último florón de gloria que todos esperan verle otorgado por la Iglesia.

LA AZUCENA DE QUITO
ó
LA BEATA MARIANA DE JESÚS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BEATA MARIANA DE JESÚS,
Azucena de Quito.

Beatificada por S. S. Pío IX el 20 de Nov. de 1853.

LA AZUCENA DE QUITO

O

LA BEATA MARIANA DE JESÚS PAREDES Y FLORES.

VIDA PUBLICADA POR EL REV. PADRE

AUGUSTO BRUCHEZ
REDENTORISTA.

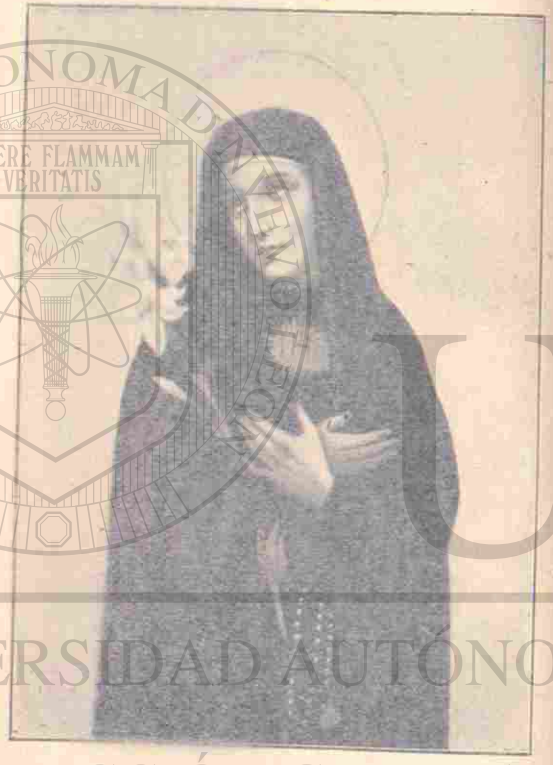
Sicut lilium inter spinas.
Como azucena entre espinas.
Cant. II, 2.

CON EL PERMISO DE LOS SUPERIORES DE LA CONGREGACIÓN
Y LA APROBACIÓN DEL EXMO. É ILMO. SEÑOR ARZOBISPO
DE FRIBURGO.

ADORNADA DE UN RETRATO DE LA BEATA Y [illegible]

FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA).
B. HERDER
LIBRERO-EDITOR PONTIFICIO.
SAINT-LOUIS, TERGESTINO, KARLSRUHE, MUNICH, VIENNE
Y SAN LUIS (AMÉR. SEPT.).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA BEATA MARIANA DE JESÚS
Azucena de Quito.

Beatificada por S. S. Pío IX el 20 de Nov. de 1853.

LA
AZUCENA DE QUITO
Ó
LA BEATA MARIANA DE JESÚS PAREDES Y FLORES.

VIDA PUBLICADA POR EL REV. PADRE

AUGUSTO BRUCHEZ
REDENTORISTA.

Sicut lilium inter spinas.
Como azucena entre espinas.
Cant. II, 2.

CON EL PERMISO DE LOS SUPERIORES DE LA CONGREGACIÓN Y LA APROBACIÓN DEL EXMO. É ILMO. SEÑOR ARZOBISPO DE FRIBURGO.

ADORNADA DE UN RETRATO DE LA BIENAVENTURADA.

FRIBURGO DE BRISGOVIA (ALEMANIA).
B. HERDER
LIBRERO-EDITOR PONTIFICIO.
BERLÍN, ESTRASBURGO, KARLSRUHE, MUNICH, VIENA Y SAN LUIS (AMÉR. SEPT.).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imprimatur.

Friburgi Brisgoviae, die 21 Aprilis 1908.

✠ **Thomas**, Archiepps.

Es propiedad.

Tipografía de B. Herder en Friburgo de Brisgovia. 1908.

APROBACIÓN.

En uso de las facultades que nos han sido delegadas por el Reverendísimo Padre General, y visto el informe favorable de dos teólogos de nuestra Congregación sobre la obra titulada *La Azucena de Quito ó Vida de la Beata Mariana de Jesús*, por el Padre Augusto Bruchez, Redentorista, concédese la licencia necesaria para su impresión.

Mouscron, 1º de mayo de 1905.

D. Castelain, C. SS. R.
Sup. Prov.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PROTESTA DEL AUTOR.

CONFORMÁNDONOS con los Decretos de Urbano VIII, declaramos que á las gracias, milagros y revelaciones de que se hace mención en este libro, que no hayan logrado la aprobación de la Iglesia, no pretendemos se dé más fe que la que merecen los testigos y documentos aquí aducidos. Otro tanto decimos de los nombres de Santo ó Bienaventurado que demos á personajes no declarados como tales por la Iglesia.

DEDICATORIA.

¡Inmaculada y siempre virgen María! ¡Oh llena de gracia!

Bendita entre todos los hijos de Adán. ¡Oh Paloma! ¡Oh Tortolilla! ¡Oh Predilecta de Dios!

Prez y Gloria del género humano.

Delicia de la Santísima Trinidad, Santuario de amor, Dechado de humildad.

Espejo de todas las virtudes, Madre del amor hermoso, Madre de la santa esperanza, Madre de misericordia.

Abogada de los pecadores, Sostén de los débiles.

Luz de los ciegos, Remedio de los enfermos, Ancora segura de salvación, Ciudad de refugio, Puerta del Paraíso.

Arca de vida, Iris de paz, Puerto de seguridad.

Estrella del mar y Piélago de dulzura, Mediadora de los pecadores, Esperanza de los desesperados, Socorro de los desamparados.

Consuelo de los afligidos, Fortaleza de los moribundos, Alegría del mundo.

Con estas palabras San Alfonso, el cantor de vuestras glorias, os dedicó una de sus obras espirituales.

Como hijo de Alfonso y siervo vuestro, hago mía su Dedicatoria.

EL AUTOR.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE.

Págs.

INTRODUCCIÓN 1
Fuentes históricas 5

LIBRO PRIMERO.

Los doce primeros años de Mariana de Jesús.

CAPÍTULO I. Patria de la Beata Mariana de Jesús . . 7
CAPÍTULO II. Nacimiento de la Beata Mariana . . . 16
CAPÍTULO III. La hija adoptiva de Dios 21
CAPÍTULO IV. La huérfana 26
CAPÍTULO V. La joven penitente 30
CAPÍTULO VI. La joven solitaria 34
CAPÍTULO VII. La favorecida de Dios y de la Santísima Virgen 39
CAPÍTULO VIII. La convidada al banquete eucarístico . 45
CAPÍTULO IX. Mariana, apóstol de Jesucristo y esclava de María 48
CAPÍTULO X. La elegida de Dios 60

LIBRO SEGUNDO.

Mariana solitaria y penitente.

CAPÍTULO XI. Entrada en la soledad 68
CAPÍTULO XII. Mariana de Jesús, mártir de la mortificación corporal 73
CAPÍTULO XIII. Mariana de Jesús, mártir de la mortificación corporal. (Continuación.) 80

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Págs.

CAPÍTULO XIV. Mariana crucificada en su cuerpo por las enfermedades 87

CAPÍTULO XV. Las agonías del alma 96

CAPÍTULO XVI. Mariana hecha blanco de la contradicción 104

CAPÍTULO XVII. Mariana de Jesús asaltada por el demonio 110

CAPÍTULO XVIII. Mariana de Jesús tiene sed de padecer 121

CAPÍTULO XIX. La muerte, primer estímulo de Mariana para perseverar en la cruz 127

CAPÍTULO XX. La esperanza del cielo, segundo estímulo de Mariana para la perseverancia en la cruz . . 134

CAPÍTULO XXI. La pasión de Jesucristo, tercer estímulo de Mariana para perseverar en la cruz 140

CAPÍTULO XXII. La salvación de las almas, cuarto estímulo de Mariana para perseverar en la cruz . . . 147

CAPÍTULO XXIII. Las vidas de los Santos, quinto estímulo de Mariana para perseverar en la cruz . . 154

CAPÍTULO XXIV. Medios que Mariana emplea para perseverar en la cruz 160

CAPÍTULO XXV. Medios de perseverar en la cruz. (Continuación.) 171

CAPÍTULO XXVI. Medios de perseverancia en la cruz. (Continuación.) 178

LIBRO TERCERO.

La Beata Mariana y el mundo.

CAPÍTULO XXVII. Mariana de Jesús, ángel de su familia 187

CAPÍTULO XXVIII. Mariana de Jesús, providencia de los pobres y enfermos 200

CAPÍTULO XXIX. Mariana, consuelo en las tribulaciones y trances angustiosos 211

CAPÍTULO XXX. Mariana y la vocación á diversos estados de vida 220

Págs.

CAPÍTULO XXXI. Frutos de salvación debidos al celo de Mariana de Jesús 231

CAPÍTULO XXXII. Mariana de Jesús se ofrece á morir por su patria, y aceptado por Dios su sacrificio, cae enferma 240

CAPÍTULO XXXIII. Muerte de Mariana de Jesús, víctima de amor por su patria 250

CAPÍTULO XXXIV. Manifestaciones de Mariana de Jesús 261

CAPÍTULO XXXV. Mariana de Jesús en el cielo sigue prodigando beneficios á sus hermanos y devotos de la tierra 267

CAPÍTULO XXXVI. Mariana de Jesús en el cielo sigue prodigando beneficios á sus hermanos y devotos de la tierra. (Continuación.) 275

LIBRO CUARTO.

Secreto de la perfección de Mariana.

CAPÍTULO XXXVII. La humildad, secreto de Mariana para atraer las gracias de Dios 290

CAPÍTULO XXXVIII. La humildad, secreto de Mariana para atraer las gracias de Dios. (Continuación.) . 294

CAPÍTULO XXXIX. El amor de Dios, secreto del heroísmo con que Mariana cooperó á la gracia 300

CAPÍTULO XL. El amor, secreto de Mariana para simplificar la práctica de las virtudes 305

CAPÍTULO XLI. Conclusión 311

APÉNDICE.

Letras apostólicas 314

Himno en honor de Mariana de Jesús 317

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INTRODUCCIÓN.

I.

EL Hijo de Dios al venir al mundo se ha creado una familia nueva. En el cielo era adorado y servido por ángeles; quiso también tener en la tierra ángeles entre sus adoradores y servidores. Ángeles del Hombre-Dios son de un modo especial las vírgenes del Señor.

El Espíritu Santo ha escogido siempre entre las mujeres cristianas, almas que vivieran puras como ángeles, mortificadas como anacoretas, que fueran celosas como apóstoles y abnegadas como Hermanas de la Caridad. Y el mismo Espíritu vivificante ha suscitado en todo tiempo apóstoles de la virginidad; y entre éstos descuella San Alfonso, quien en el siglo XVIII secundó poderosamente los designios de Dios á este respecto. Como escritor, publica páginas inmortales sobre la castidad perfecta; como misionero, congrega no sólo á las jóvenes de las ciudades, sino también á las de los campos, para inculcarles, mediante pláticas adecuadas, el amor á la bella virtud; y como santo, enseña esta misma virtud con la voz de sus ejemplos, cual otro angélico Luis de Gonzaga.

Á vuelta de un siglo, el Ilustrísimo Señor Claret, á quien en día no lejano esperamos ver sobre los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

altares, reproducía en un opúsculo las enseñanzas del santo Doctor, y para ponerlas en práctica fundó la Cofradía de las vírgenes que se santifican en el mundo.

Transcurren como treinta años: he aquí que una ilustre francesa, la Señorita Doña María Luisa Chavent, enarbola por su parte el estandarte de la virginidad, en medio de una sociedad escéptica y sensual, para formar una cruzada de esposas de Jesucristo. En un libro dado á la imprenta con el título de *La Virgen cristiana en el mundo*, muestra á las doncellas la misión que les incumbe, las glorias de la virginidad, las virtudes que la acompañan, los peligros que la rodean y los medios para precaverlos ó superarlos. ¡Dígnese el Dios de toda pureza bendecir esas azucenas que embellecen el jardín de la Iglesia!

Al propio tiempo que hacemos estos votos, nos proponemos dar á conocer otra azucena, que floreció al pie del Pichincha, en la República del Ecuador. Su nombre es MARIANA DE JESÚS, esclarecida paisana de García Moreno, el *Presidente mártir*, casi contemporánea de Santa Rosa de Lima, digna de figurar al lado de Santa Catalina de Sena y de otras que se han santificado en medio de la corrupción del siglo.

II.

Y ¿á quién ofrecemos el presente libro? ¿tan sólo á la virgen cristiana? Á la verdad, ella más que ningún otro encontrará en estas páginas virtudes que imitar, ejemplos que seguir, y preciosos estímulos para el bien. Mas la presente Vida será útil

á todos los fieles, cualesquiera que fueren su edad y condición. ¿Por qué motivos? Apuntaremos los dos principales.

1º En los Santos debemos ver y estudiar ante todo á Jesucristo, Jefe de los predestinados y Cabeza de su cuerpo místico. Así como el sarmiento unido á la vid recibe de ésta la savia que lo vivifica y fecunda, así los justos unidos á Jesucristo reciben de Él vida y fecundidad sobrenaturales. De consiguiente, todo justo puede decir con San Pablo: «Yo vivo, más bien, no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí.»[1] Cristo vive en mí por la gracia santificante, la cual es una participación de la naturaleza divina; vive en mi espíritu por las luces de la fe con que lo ilustra; en mi corazón por la caridad que en él derrama; en todas mis acciones, cuyo principio y fin es Él mismo misericordiosamente. — Por eso hemos de contemplarlo predicando el evangelio en los apóstoles y en los sacerdotes, sucesores de éstos; muriendo por la verdad en los mártires; crucificándose en las vírgenes; llorando el pecado en los penitentes; en una palabra, en todos los justos, rogando, amando y sirviendo á Dios, Padre suyo y nuestro.

2º Las vidas de los Santos son útiles á todos los fieles: ¿por qué más? Porque los ejemplos arrastran. Aparte de esto, ¿no son ellos una luz práctica y un gran motivo de humildad para nosotros? Oigamos sobre este particular el abonado testimonio de San

[1] Galat. II, 20.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Alfonso [1]: «En los libros que nos instruyen acerca de las virtudes, leemos lo que debemos hacer; pero en las vidas de los Santos vemos lo que han hecho ya tantos hombres, tantas mujeres, que eran de carne como nosotros. ¡Ah! Sus ejemplos, aun cuando no nos acarreasen otra utilidad, nos obligan á humillarnos, á esconder el rostro bajo tierra. Comparando lo mucho que han hecho los Santos con lo poco ó nada que hemos hecho y hacemos nosotros por Dios, nos llenaremos ciertamente de vergüenza y confusión. 'Traía á la memoria los ejemplos de vuestros siervos y amigos, ¡oh Dios mío!' exclama San Agustín, 'y bastaba esto para vencer mi tibieza y encender en mi corazón la llama de vuestro santo amor'.»

III.

En conclusión, leamos las vidas de los Santos, pero leámoslas bien, quiero decir, de una manera provechosa. Al efecto es muy del caso imitar á la incansable no menos que industriosa abeja. Ésta no se contenta con posar en una sola planta: vésela ir de flor en flor y extraer de cada una el jugo más puro. Del mismo modo nos conviene recorrer los diversos ejemplos de los Santos; y tomando de cada cual lo que tiene de más excelente, por ejemplo, la pureza del uno, la obediencia del otro, la mortificación de aquél, confeccionaremos una esencia preciosa que nutrirá nuestras almas y las deleitará inefablemente. El consejo es del Padre Nouet.

[1] La Monja Santa, cap. «Lectura espiritual».

En la vida de los Santos hallaremos unas cosas que nos contentaremos con admirar, como son los milagros, las visiones y otros dones de este género; otras que debemos imitar con todas nuestras fuerzas, como son las virtudes; otras que debemos evitar con no menos cuidado, como son los defectos en que, por la humana fragilidad, han incurrido. «David, por ejemplo, con sus virtudes me enseña á no caer cuando estoy en pie», escribe San Jerónimo; «con su penitencia me enseña á levantarme, cuando he caído.»

IV.

Con la confianza de que la vida de la Beata Mariana de Jesús te será de algún provecho, benévolo lector, te la presentamos humildemente, pidiendo al Señor bendiga nuestros deseos y tu devoción en leerla. Por lo menos habremos hecho algo para dar á conocer la *Azucena de Quito*, alma verdaderamente heroica, muy poco conocida, y, sin embargo, tan digna de serlo.

V.

FUENTES HISTÓRICAS.—El Rdo. Padre Morán de Butrón, jesuita, nos ha proporcionado la mayor parte, si no todos los datos necesarios para escribir esta Vida. Habiendo escrito la historia de nuestra Santa poco tiempo después de su muerte, en el lugar mismo donde ella viviera, y teniendo á la vista las Actas del *Proceso diocesano para la beatificación*, el Padre Butrón aventaja, según el Ilustrísimo González Suárez, á todos los demás biógrafos de la *Azucena de Quito*. Seme-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jantes á un pintor que, habiendo hallado un cuadro antiguo y valioso, lo retoca y le pone un marco nuevo para darle relieve, hemos procurado dar una forma nueva á la obra del Padre Butrón. Como en la edición que tenemos á la vista, reimpresa en Quito el año de 1856, no están reservados derechos de ninguna clase, hemos adoptado á veces las reflexiones del Padre Butrón y hasta sus expresiones. En este último caso constan las citas con las comillas de costumbre. En la obra del Padre Butrón, sea dicha la verdad, el orden cronológico deja que desear, y sentimos no haberlo podido restablecer completamente. Por lo demás, nos hemos propuesto edificar á nuestros lectores, poniéndoles ante los ojos hermosísimos ejemplos de virtud. ¿Habremos conseguido este fin?

En caso de necesidad y para mayor abundamiento de datos hemos consultado la *Historia del Ecuador* por el Ilustrísimo Sr. González Suárez, arzobispo de Quito.

Encontrarás en este libro, querido lector, citas añejas, palabras anticuadas, modismos de antaño. No lo extrañes: en vez de *modernizar* los personajes que figuran en esta obra, hemos preferido remontarnos con el espíritu á doscientos cincuenta años atrás, para escuchar á nuestra heroína y á los testigos de su vida. De ahí procederá sin duda que esta historia de la *Beata Mariana de Jesús* tenga un sabor antiguo y local. ¿Será esto un defecto?

LIBRO PRIMERO.

LOS DOCE PRIMEROS AÑOS DE MARIANA DE JESÚS.

CAPÍTULO I.

PATRIA DE LA BEATA MARIANA DE JESÚS.

SUMARIO. El Ecuador. — Quito, su capital. — Algunas celebridades eclesiásticas.

LA ciudad de Quito, hoy capital de la República del Ecuador, fué la patria de la Santa cuya vida escribimos. ¿Qué es el Ecuador y qué su metrópoli, Quito? Á estas preguntas contestaremos transcribiendo una página luminosa de la vida de García Moreno por el Rdo. Padre Berthe; á continuación pondremos algunos extractos de la *Historia del Ecuador* por el Ilustrísimo Sr. González Suárez.

«El viajero que atraviesa el Atlántico, cruza el istmo de Panamá, y surca en el Océano Pacífico un nuevo espacio de doscientas cincuenta leguas al mediodía, llega al fin á Guayaquil, puerto principal de la República del Ecuador. Si entonces vuelve los ojos al oriente, tendrá delante de sí, entre la República de Colombia, que cae al norte, y el Perú, que se prolonga al sur, la patria de García Moreno.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jantes á un pintor que, habiendo hallado un cuadro antiguo y valioso, lo retoca y le pone un marco nuevo para darle relieve, hemos procurado dar una forma nueva á la obra del Padre Butrón. Como en la edición que tenemos á la vista, reimpresa en Quito el año de 1856, no están reservados derechos de ninguna clase, hemos adoptado á veces las reflexiones del Padre Butrón y hasta sus expresiones. En este último caso constan las citas con las comillas de costumbre. En la obra del Padre Butrón, sea dicha la verdad, el orden cronológico deja que desear, y sentimos no haberlo podido restablecer completamente. Por lo demás, nos hemos propuesto edificar á nuestros lectores, poniéndoles ante los ojos hermosísimos ejemplos de virtud. ¿Habremos conseguido este fin?

En caso de necesidad y para mayor abundamiento de datos hemos consultado la *Historia del Ecuador* por el Ilustrísimo Sr. González Suárez, arzobispo de Quito.

Encontrarás en este libro, querido lector, citas añejas, palabras anticuadas, modismos de antaño. No lo extrañes: en vez de *modernizar* los personajes que figuran en esta obra, hemos preferido remontarnos con el espíritu á doscientos cincuenta años atrás, para escuchar á nuestra heroína y á los testigos de su vida. De ahí procederá sin duda que esta historia de la *Beata Mariana de Jesús* tenga un sabor antiguo y local. ¿Será esto un defecto?

LIBRO PRIMERO.

LOS DOCE PRIMEROS AÑOS DE MARIANA DE JESÚS.

CAPÍTULO I.

PATRIA DE LA BEATA MARIANA DE JESÚS.

SUMARIO. El Ecuador. — Quito, su capital. — Algunas celebridades eclesiásticas.

LA ciudad de Quito, hoy capital de la República del Ecuador, fué la patria de la Santa cuya vida escribimos. ¿Qué es el Ecuador y qué su metrópoli, Quito? Á estas preguntas contestaremos transcribiendo una página luminosa de la vida de García Moreno por el Rdo. Padre Berthe; á continuación pondremos algunos extractos de la *Historia del Ecuador* por el Ilustrísimo Sr. González Suárez.

«El viajero que atraviesa el Atlántico, cruza el istmo de Panamá, y surca en el Océano Pacífico un nuevo espacio de doscientas cincuenta leguas al mediodía, llega al fin á Guayaquil, puerto principal de la República del Ecuador. Si entonces vuelve los ojos al oriente, tendrá delante de sí, entre la República de Colombia, que cae al norte, y el Perú, que se prolonga al sur, la patria de García Moreno.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«La República del Ecuador está bañada por el Pacífico en una extensión de doscientas leguas. De los extremos de esta frontera occidental parten al oriente dos líneas, que, juntándose á trescientas leguas de la costa, forman un inmenso triángulo de ochocientos cincuenta mil kilómetros cuadrados, extensión casi tan vasta como el actual territorio de Francia, y sin embargo es uno de los Estados más pequeños de la América del Sur: es un palmo de tierra si se le compara con el vecino imperio del Brasil.

«Atravesada en toda su longitud por la doble cordillera de los Andes, la República del Ecuador presenta al asombrado viajero tres regiones absolutamente diversas: los llanos de la costa, la meseta de soberbias montañas y la zona salvaje del oriente, sobre las cuales hay que detener un momento siquiera la mirada para formar idea de tan rica como grandiosa naturaleza.

«En la magnífica campiña de quince á veinte leguas que se extiende desde la costa á la cordillera, lanza el sol á torrentes sus rayos abrasadores, que, cayendo sobre un terreno pingüe, bañado por los ríos y copiosísimos raudales que descienden de empinadas cumbres, y empapado durante muchos meses de lluvias cotidianas, produce exuberante vegetación. Por todas partes selvas inmensas, que no han sentido aún el hacha del leñador; árboles gigantescos, al lado de los cuales nuestras encinas de Europa parecerían enanos miserables; por doquiera ricos y variados perfumes, el amarilla, el nopal, la caoba, el

cedro, el pimentero, la higuera chumba, el naranjo y palmeras colosales. La tierra sin trabajo apenas, produce multitud de plantas, cuya exportación constituye la principal riqueza del país: el algodón, la caña de azúcar, el café, el cacao; sin contar mil y mil otros frutos delicados y sabrosos. Enajenada la vista, gózase en la inmensa variedad de flores del más brillante colorido, mientras innumerables bandadas de pájaros de resplandeciente plumaje mezclan sus armoniosos trinos con el rugido de las fieras que vagan por el bosque.

«Después de haber recorrido llanura tan encantadora, llegamos al pie de los Andes. Los Alpes y los Pirineos desaparecerían como insignificantes al lado de aquellas montañas enormes, que sólo al Himalaya ceden en altura en nuestro globo. Los habitantes de Guayaquil, abrasados por el sol ecuatorial, perciben á distancia de treinta leguas el Chimborazo, cubierto de nieves eternas: á seis mil metros se eleva su cima sobre los buques que flotan en el puerto.

«Para ascender á las cordilleras es preciso andar errando por las selvas días y días, cruzando bravísimas gargantas, torrentes impetuosos, barrancos y precipicios, donde el hombre perecería sin remedio, si no tuviese á su servicio el mulo, de casco firme y de maravilloso instinto, que la Providencia ha puesto á su alcance en el camino[1].

[1] Una rectificación se ha hecho aquí necesaria. Estas líneas, exactas en el tiempo en que el Rdo. Padre Berthe las trazaba, han dejado de serlo hoy en gran parte. El ferrocarril,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Pero ¡qué magnífico espectáculo se ofrece al extenuado viajero cuando, después de tan larga fatiga, llega á la meseta de los Andes! Mirando al océano, se ostenta á sus pies la campiña que acaba de abandonar, verdadero Edén esmaltado de bosques, de ríos, de verdes praderas, y aldeas tendidas en las faldas ó profundos valles, y en el fondo de este cuadro el piélago sin límites.

«Al oriente, y á cosa de veinte ó treinta leguas, aparece la segunda cordillera de picos majestuosos, que se destacan en el firmamento con su manto de nieves perpetuas y su inmensa batería de volcanes: el Cayambe, el Cotopaxi y el Sangay, cuyos cráteres se abren á cinco ó seis mil metros de profundidad, vomitando unas veces humo y otras ardiente lava, nubes de ceniza ó diluvios de agua en torno de las comarcas que los circundan.

«Ante escena semejante, que sobrepuja en solemne grandeza á todo cuanto la fantasía puede soñar, el hombre anonadado cae de hinojos y repite instintivamente el canto del Rey-Profeta: 'Ríos y mares, valles y montañas y tú, sol resplandeciente, bendecid al Señor.'

«La meseta comprendida entre las dos cadenas paralelas de los Andes se extiende en una llanura de ciento cincuenta leguas de largo y de diez á quince de ancho: espléndido oasis puesto por la

construído por una Compañía norteamericana, con atrevimiento á veces sorprendente, llega ya á Quito, y tal vez en no lejano día pitará en Ibarra. Con todo, la descripción no disuena de la verdad tocante á las demás vías de comunicación.

mano del Creador á tres mil metros sobre el nivel del mar; y en este pensil suspendido de las montañas y favorecido con una eterna primavera, bajo la misma línea equinoccial, se encuentra concentrada la mayor parte de la población ecuatoriana. Allí descuella *Quito,* capital de la República, y se alzan también las importantes ciudades de Cuenca, Ríobamba, Ambato, Ibarra y Loja, rodeadas de numerosas aldeas y caseríos. En estos parajes se extienden las grandes fincas llamadas *haciendas,* vastas á veces como una de nuestras provincias ó distritos municipales, y que apacientan rebaños de tres ó cuatro mil toros y quince ó veinte mil carneros.

«Al descender por la vertiente oriental de los Andes, después de cinco ó seis días de camino por espantosos desfiladeros, en medio de peñascos y precipicios, se llega á la inmensa llanura que se pierde en las fronteras del Brasil. Allí se presenta la naturaleza en toda su primitiva majestad: soledades sin término, selvas vírgenes, erizadas de árboles gigantescos, sostenidos á veces en el aire por amapolas entrelazadas, aun cuando sus raíces muertas no alcancen el suelo; ríos anchos como mares que cruzan en todos sentidos aquella tierra fecundísima, antes de perderse en el Amazonas, el Mediterráneo del Continente Austral: tal es el aspecto de tan rica y hermosísima región, que pudiera sustentar á millones de hombres y en la que apenas vagan doscientos mil salvajes.

«Éstos, errantes en los bosques, viven de la caza, de la pesca, y de la fruta que un sol benéfico ma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dura para ellos en todas las estaciones del año. — Llámase esta región la Provincia Oriental y también *Napo*, del nombre de uno de esos caudalosos ríos que la cruzan de parte á parte, antes de lanzarse al Amazonas.»

Hasta aquí el Padre Berthe [1].

Lo dicho basta para darnos una idea general del Ecuador. Pero ¿qué es su capital Quito? Para contestar á esta pregunta compendiaremos algunos capítulos de la *Historia del Ecuador*. La ciudad de Quito, cuya población gira alrededor de 80.000 almas, está á la altura de 2.908 metros sobre el nivel del mar. Domínala, cual monstruo que inspira miedo, el Pichincha, cuya áspera cima es volcánica, y cubierta á veces de nieve. En la época de la conquista Quito era, merced á dos quebradas que entonces la rodeaban, un punto estratégico muy importante: una fortaleza natural é inexpugnable. Desde otros puntos de vista, sea dicho en obsequio de la verdad, hubiérase podido escoger mejor sitio y algún lugar más ventajoso y sobre todo más hermoso para edificar una ciudad. Pero es indispensable preferir lo útil á lo agradable, lo seguro á lo bello y pintoresco; y esto es lo que forzosamente hicieron los fundadores de Quito, para estar siempre en estado de resistir á las frecuentes acometidas de los indios.

Los anales de Quito registran larga serie de personajes célebres, así en ciencias y artes como en

1 «García Moreno, Presidente de la República del Ecuador, vengador y mártir del derecho cristiano», por el Padre Berthe.

virtudes cívicas y religiosas. Por convenir más á nuestro asunto, exclusivamente religioso, nos contentaremos con mencionar únicamente aquí los nombres de uno que otro que florecieron antes de *Mariana* y se han distinguido por sus prendas apostólicas, religiosas y pastorales.

El Ilustrísimo Señor García Díaz Arias, pariente de Pizarro y primer obispo de Quito, se hizo recomendable por más de un título. Vigilante del culto divino, procuró realzarlo con el esplendor de las ceremonias religiosas; celoso de la conversión de los indios á la fe, los reunía una vez en la semana para instruirlos en la doctrina cristiana. Contribuía en gran manera á hacer germinar la semilla de la palabra divina el ascendiente de sus virtudes, máxime su conocido desprendimiento y desinterés. Tuvo por sucesor inmediato al Ilustrísimo Señor Peña, hijo preclaro de Santo Domingo, quien hermanó el saber con las virtudes evangélicas. Elevado á la dignidad episcopal, ilustró, como el que más, la silla de Quito. En él encontraron los enemigos del bien un opositor inquebrantable cual muro de bronce, y los infelices indios, derramados por todas partes, un padre que los buscó con amor y congregó en pueblos para proporcionarles el bienestar espiritual y corporal. En una palabra, fué un pastor según el corazón del divino Redentor. ¿Qué diremos del Ilustrísimo Señor Solís, agustino? Fué, por su penitencia y oración, otro San Nicolás de Tolentino; por su caridad inagotable, otro Santo Tomás de Villanueva; y un segundo Santo Toribio por su celo pastoral; fué, para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

decirlo de una vez, un hijo digno del grande obispo de Hipona, San Agustín.

Si penetramos en los claustros, hallamos numerosos religiosos y apóstoles, beneméritos de la Iglesia y de la sociedad. No siendo posible ni siquiera enumerarlos todos, nos limitaremos á apuntar aquí tan sólo algunos nombres, tomados como al acaso de la historia.

Entre los franciscanos, que fueron los primeros religiosos establecidos en Quito, descuella el Rdo. Padre Marcos de Niza: su mayor timbre de gloria, á mi ver, es haber sido en el Ecuador lo que el famoso Las Casas era en otras partes: el protector de los indígenas oprimidos.

Entre los agustinos merece mención especialísima el Padre Coruña, obispo de Popayán. Perseguido por la justicia y desterrado á Quito, hospedóse en el convento de su orden. Eran tales y tan austeras sus costumbres, escribe el Ilustrísimo Señor González Suárez [1], que más que obispo parecía penitente anacoreta; su cama era una tarima de carrizos; un madero le servía de almohada, y para abrigo no tenía sino dos cobertores de lana. Era tan compasivo con los pobres y caritativo, que todas las noches, antes de acostarse, examinaba primero si en su poder tenía alguna moneda para darla inmediatamente á algún pobre, pues no quería nunca que la noche le sorprendiese propietario ni de un maravedí.

Los mercedarios se glorían con razón de su hermano en religión el Padre Urraca. Un rasgo entre

[1] Historia del Ecuador t. III.

otros nos lo da á conocer. Enviado por sus superiores á las provincias de Imbabura y del Carchi á colectar limosnas para su convento y para la redención de cautivos, hizo este viaje andando á pie y muchos días descalzo; su posada era de ordinario la iglesia del pueblo adonde llegaba; cuando ya el cansancio y la fatiga le rendían, se reclinaba en las gradas del altar, para descansar unas pocas horas. Los procesos ordinario y apostólico para la beatificación y canonización del venerable Urraca fueron declarados válidos por la sagrada Congregación de Ritos el 18 de agosto de 1731 [1].

El año de 1600, cuando venía para Quito el Padre Urraca, pasaba de ésta á mejor vida el Padre Cristóbal Pardave, uno de los más observantes religiosos que tuvo en sus principios el convento de Santo Domingo. Huyendo siempre de toda preeminencia, llegó á la más avanzada vejez, sin querer nunca aflojar en el rigor de la vida mortificada que había abrazado [2].

Dió no poco lustre á la Compañía de Jesús en Quito el Padre Álvarez de Paz, doctor del ascetismo y gran maestro de la vida espiritual.

Séanos permitido, al concluir este capítulo, mentar un personaje de fecha reciente. Su nombre es *García Moreno*, aborrecido de unos, querido de otros, temido de todos. Demos que haya tenido alguno de esos defectos que sus adversarios políticos le imputan, y que nosotros llamaríamos defectos de sus cualidades,

[1] Obra cit. IV, 213. [2] Ib. p. 214—215.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿no tuvieron compensación con sus relevantes prendas, ni con el bien que hizo, ni con la muerte que padeció? Su muerte, decretada en los antros de Satanás, en odio de la religión y de la moralidad, inferida por manos cobardes ó vendidas, ¿no lo coloca entre las víctimas del deber y los héroes cristianos?

¡Quito! Tal es, pues, descrito brevemente, el jardín, que entre otras flores de ciencia, santidad y celo, produjo una *azucena* de blancura arrebatadora, todavía fresca y fragante: la angelical *Mariana de Jesús*, muerta por su patria, á la edad de veintiséis años, sobre el altar de la caridad y de la reparación.

❦

CAPÍTULO II.

NACIMIENTO DE LA BEATA MARIANA.

SUMARIO. Fecha del nacimiento de Mariana. — Su familia. — El demonio en forma de perro. — Estrellas misteriosas. — La madre cría á su propia hija. — Ayuno prodigioso.

LA Beata Mariana de Jesús vino al mundo el sábado 31 de octubre de 1618. Su nacimiento coincidía, pues, con la vigilia de la fiesta de Todos los Santos, cuyas virtudes y ejemplos había de emular; y con un día consagrado á la Virgen Santísima, de quien fué siempre una hija amante y predilecta.

Fueron sus padres el Capitán Don Jerónimo Flórez Zenel de Paredes y Doña Mariana Granobles Jaramillo, natural aquél de Toledo, y nacida ésta en Quito, de padres españoles. Cristianos á la antigua,

dignos de sus antepasados, ambos esposos trabajaban de consuno para vivir de la fe, en toda la acepción de la palabra. Tanto era así, que el público entero, testigo irrecusable y juez imparcial, les prodigaba merecidas alabanzas por su acendrada piedad y obras de misericordia. Según voz pública, su casa era casa de oración y su no escasa fortuna el patrimonio obligado de los pobres de Jesucristo.

Concedióles el Señor una bella corona de ocho hijos, á quienes criaron con el esmero que se puede suponer en el amor y temor de Dios. ¡Dichosas esas familias patriarcales en donde, como en la del Capitán Paredes, la fe con sus obras se trasmite de padres á hijos como una herencia de gracia y salvación!

Nuestra Santa es el último vástago de Don Jerónimo y el más hermoso florón de su corona.

En cuanto á sus hermanos, poco ó nada sabemos. El Padre Butrón, primer historiador de Mariana, menciona solamente á tres de ellos: Doña Jerónima, cuyo principal mérito consistió en haber secundado los designios de Dios respecto de su angelical hermana; Don Jerónimo, religioso franciscano y sacerdote; otro, cuyo nombre calla, y estaba en el Cuzco cuando esta ciudad fué arruinada por un terremoto. Los demás hermanos de Mariana, no mencionados por el Padre Butrón, nos son completamente desconocidos.

La Beata Mariana no había nacido aún y ya el infierno la aborrecía de muerte, según fundadas conjeturas. Fué el caso, escribe el Padre Butrón, que, preocupada altamente la madre con una tristísima idea, le parecía á todas horas que llevaba en su seno

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un verdugo de su vida, un monstruo. Desvanecida estaba á fuerza de reflexión tan funesta y tan tenaz imaginación; mas el demonio, que se la había inspirado, varió de estrategia para volver á la carga. ¿Cómo así? Lo vamos á narrar.

«Cierta noche Don Jerónimo dormía tranquilo, cuando de repente fué despertado por el ruido sordo de extraños pasos. Mira, y ¡oh Dios! ¿qué es lo que ve? Un animal feroz, un perro enorme, aterrador, y en ademán de abalanzarse sobre Doña Mariana, que de un momento á otro dará á luz á nuestra Santa. Ver esto y coger cuantos objetos le vienen á las manos, hasta zapatos, y espantar con ellos al terrible mastín, todo fué uno. Al propio tiempo notó que se las tenía, no con un cuerpo real sino fantástico, con una mera sombra que desapareció en el acto. Sin embargo, era urgente borrar la impresión que esto pudiera ocasionar á su señora y precaver así una desgracia. Al efecto, Don Jerónimo llamó apresuradamente á los criados y les mandó buscar por toda la casa al maldito perro; resultando inútiles todas las pesquisas, esposo y sirvientes se persuadieron de que ésta era una estratagema de Satanás para procurar un aborto.»

El infierno, por lo visto, se llenaba de rabia y furor al acercarse el nacimiento de la futura *Azucena de Quito*; al revés, el cielo se alegraba, saludando con inefable sonrisa, quiero decir, con un prodigio en el firmamento, su entrada en este valle de lágrimas. Una de las personas que asistían á la señora, al ir y venir por el patio de la casa en el desempeño de su oficio, levantó los ojos al cielo para implorar la divina protección. ¡Cuál no fué su asombro al ver sobre el techo del cuarto en donde nacía la bendita niña, una estrella brillantísima y de primera magnitud, y sobre esta estrella muchas otras pequeñitas, agrupadas con cierto orden y figurando una magnífica palma! ¿No quería el cielo con este símbolo anunciar y celebrar de antemano las victorias de la virgen de Quito? Este suceso, declarado con juramento, consta en el *Proceso de beatificación*. Tan sorprendente fenómeno, visto con detención por varias personas, fué contemplado con sumo placer por Don Jerónimo. Éste, no pudiendo creer á sus ojos, miraba y volvía á mirar al cielo, hasta que corriendo al aposento de su consorte, le comunicó, entre mil acciones de gracias al Señor, tan fausta noticia.

Y al oírla de boca de su esposo, ¿qué diría la dichosa madre? ¡Ah! sin duda repetiría aquellas palabras que siglos antes habían resonado en torno de la cuna privilegiada del Bautista, el precursor del Mesías: *Quis putas puer iste erit?*[1]—¿quién pensáis será este niño? ¿quién será esta niñita que ya en la aurora de la vida provoca las iras de Satanás, y atrae hacia sí las miradas complacidas de Dios? ¿cuál será su vocación y cuáles sus futuros destinos? Y luego aquella madre tan profundamente cristiana se desharía en hacimientos de gracias al Autor de todo bien.

Empero, esa su criaturita, á quien quiere entrañablemente, porque, sobre ser hija suya, es el objeto

[1] Luc. I, 16.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de visible predilección de parte del cielo, ¿la confiará á manos extrañas para su crianza? Á buen seguro, que, como al presente, y tal vez más que hoy en día, había nodrizas virtuosas y de piedad sólida. Con todo, ¡cuántas carecían de los requisitos necesarios para desempeñar funciones de suyo delicadas y casi siempre decisivas!

Por estas razones Doña Mariana, no obstante su avanzada edad y quebrantadas fuerzas, criará á su angelito. Medida tanto más acertada cuanto que la leche materna es para la niña alimento preparado por la Providencia, sabia á la par que amorosa.

Por lo demás, la madre, tan abnegada como amante, no tuvo por qué arrepentirse de su determinación. Recompensa valiosísima, indecible consuelo fué para ella un prodigio que contempló con sus mismos ojos cada día durante varios meses, prodigio harto raro, aun en la vida de los Santos más celebrados.

La niña Mariana, preludiando ya su vida austera y penitente, no tomaba el pecho más que una vez al día los lunes, miércoles y viernes de cada semana; y solamente dos veces los demás días, hacia las doce del día y de la noche. Y empezó este ayuno tan extraordinario el día mismo de su nacimiento, y lo continuará, si bien en otras formas, hasta el día de su dichosa muerte.

¡Qué motivo de rubor para ciertos cristianos cobardes y poco escrupulosos, que nunca ó pocas veces guardan las abstinencias ó ayunos de la Iglesia!

CAPÍTULO III.

LA HIJA ADOPTIVA DE DIOS.

SUMARIO. El bautismo. — Virtudes precoces. — Caridad precoz recompensada. — Imitadora de su piadosa madre en la oración. — Salvada de las aguas de un río.

LA hija de Don Jerónimo Paredes, saludada á su entrada en el mundo por el cielo con inefable sonrisa, es ahora adoptada por Dios como hija muy amada, mediante el bautismo. Recibiólo el día de la gloriosa Santa Cecilia, cuya fuerza, energía y fervor había de emular con tesón y heroísmo. Á imitación de la virgen romana, la de Quito cantará en el santuario de su corazón las alabanzas del Señor en unión con los espíritus celestiales.

Mas ¿qué nombre de pila se le dará? ¿Se le dará algún nombre gentílico, mundano ó pueril, como estilan hoy día aquellos cristianos cuyos sentimientos religiosos han menguado? Nada de eso: la recién nacida se llamará como su madre, MARIANA. Más tarde, añadirá ella misma á su nombre el de *Jesús*, y será MARIANA DE JESÚS, como la virgen de Ávila es *Teresa de Jesús*.

La niñita Mariana creció en edad, sabiduría y virtud delante de Dios y delante de los hombres. Para ella la práctica de la modestia y de la pureza se anticipó á los años ordinarios. De la misma manera que la aurora precede al sol, las virtudes angélicas previenen en Marianita el día claro de la razón. Confirmación de este aserto es lo que refieren á este respecto las Actas de beatificación.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No bien ha visto ella la luz del día, cuando ya no quiere aparecer en público sino cubierta con un velo. ¿Le descubren el rostro? llora y forcejea sin consuelo. ¿Le reponen el velo? se aquieta y calla.

Dirigida ya de un modo muy particular, como todas las almas castas, por el Espíritu Santo, rehusó con no menos eficacia que fuerzas las caricias, por otra parte muy inocentes, de un amigo de casa; y esto en la calle pública, cuando apenas tenía tres años de edad.

Bien pudiera esta niña privilegiada hacer suyas estas palabras del santo varón Job: «La misericordia ha nacido conmigo y conmigo crece.»[1] Apenas deja los pañales, apenas balbucea algunas palabras cuando ya la domina dulcemente la inclinación á socorrer á los indigentes y mendigos. Dios es quien había depositado en aquella alma virginal la compasión, á manera de semilla; y esta semilla produjo tan presto sazonados frutos de liberalidad, porque se desarrolló y fructificó al calor del buen ejemplo de sus compasivos padres.

Cierto día ve la niñita á las puertas de su casa á numerosos pobres que en tropel piden limosna. No es menester tanto para que se mueva á compasión. Mas ¡ay! la despensa está vacía. ¡Dichosa despensa que ha sido vaciada por la caridad! Sólo ve allí una torta que se guarda como un regalo para su anciano padre: verla y pedirla, todo es uno. Se la niega su madre, alegando que no es todavía hora

[1] Job XXXI, 18.

de traer el pan para el abasto de la familia. «Dios sabrá dar pan para mi papá», replica la niña, y lágrimas arrasan sus tiernos ojos y surcan sus rosadas mejillas. ¡Benditas lágrimas que brotan de un corazón afligido por no poder socorrer al prójimo! Ante tan conmovedor espectáculo, su madre le da la torta para que la reparta entre los pobres. Recíbela la niñita con más satisfacción que un avariento un puñado de oro; y con sus ágiles manecitas la parte y distribuye hasta donde alcanza. Vanse los pobres, repitiendo cada uno el acostumbrado «Dios se lo pague». Mas he aquí que entran un niño y una india desconocidos, escribe el Padre Butrón, con dos canastillas de pan muy exquisito, que regalaba á la señora una persona que nombraron, pero igualmente desconocida. Mientras todos quedan atónitos al ver el suceso, la caritativa Mariana corre á decir á su madre: ¿Ves, mamá, cómo Dios nos ha enviado tanto pan, porque dimos á los pobres la torta?» De lo ocurrido saquemos esta enseñanza: Demos y recibiremos; demos á los menesterosos y recibiremos de Dios, si no gracias temporales, ciertamente otras mejores y espirituales.

El niño es cera blanda, sobre la cual deben procurar los padres cristianos imprimir la imagen de Jesucristo, empleando cuantos medios están á su alcance: la oración, que impetra la intervención del cielo; la instrucción religiosa, que forma el espíritu y el corazón; la corrección, que reprime las demasías; y, para corroborar todo esto, el buen ejemplo, muchas veces decisivo, mayormente en los primeros años.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Doña Mariana, dechado de madres cristianas, no podía faltar á deber tan sagrado; lejos de ello, con cada uno de sus actos trazaba en el alma dócil de su hija un rasgo más de semejanza con el Divino Modelo.

El hecho que vamos á relatar nos descubre á un tiempo los sublimes ejemplos de la una, y la fidelidad de la otra en seguirlos con prontitud y denuedo.

Una noche despierta Marianita y ve en medio del aposento á su madre postrada en tierra y haciendo oración con los brazos extendidos en forma de cruz. Esto solo basta para que se levante al instante, y arrodillándose al lado de la que tanto la edifica, presenta ella también sus manos puras á la divina clemencia. Instada cariñosamente á que se acueste de nuevo, opone dificultades para obedecer. Insiste la madre, diciendo, entre otras cosas, que ella ora por ambas. Todo es en vano, la hija rebate las razones alegadas por la madre con otras tan convincentes, que obtiene licencia para seguir orando, en esa actitud tan humilde como fervorosa.

Padres é hijos de familia que leéis estas líneas, el Señor no os pide que interrumpáis el sueño para orar, pero ¿sería mucho reuniros para rezar juntos el santo Rosario ó á lo menos las oraciones de la noche?

Con virtudes tan precoces Marianita es de parte de Jesucristo el objeto de bendiciones y complacencias no comunes. ¿Qué mucho, pues, que vele por ella con tanto poder como amor? ¿Qué mucho que en un caso dado derogara en su favor las leyes que rigen el universo, como nos lo muestra el hecho siguiente?

Contaba la niña de tres á cuatro años, según el Padre Butrón, cuando perdió á su padre, por lo que su madre tuvo que ocuparse en la administración de las haciendas. Con este objeto emprendió un día la marcha para Cayambe, distante de Quito como doce leguas. Cabalgaba la noble viuda sosteniendo con una mano á su hijita sobre las rodillas y con la otra las riendas de su mula. Llegaron á un caudaloso río, que era preciso vadear. Al ver aquellas aguas impetuosas, al escuchar su ruido monótono y ensordecedor, al contemplar aquellas olas espumantes que se entrechocaban, la señora se asusta, se sobrecoge de espanto, se acobarda, rehusa pasar adelante: se diría que presiente alguna desgracia.

Alentada por el mayordomo, se decide por fin, y encomendándose á Dios y á María Santísima, como acostumbran los verdaderos cristianos en cualquier peligro, entra resueltamente en el río. Al principio todo va bien, tanto que la señora se cree ya fuera del peligro. Pero á la mitad de la travesía, tropieza la mula en una piedra y dobla ambas rodillas. Instintivamente la señora hace un esfuerzo para sostener la rienda é impedir la caída, mas ¡ay! al mismo tiempo, sin darse cuenta de ello, suelta de su mano á la querida niña, que cae sobre las aguas. ¡Pobre criaturita, arrastrada como una pluma! ¿cuál será tu suerte? Mas no: una mano más poderosa que la de una madre y no menos amorosa la sostiene inmóvil en medio del río y sobre las agitadas olas, hasta que llega el mayordomo que acude en su socorro. Salvada de las aguas, como Moisés, en quien

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el Señor había puesto la mira para grandes cosas, su madre, llorando á la vez de pena y alegría, no cesa de estrecharla contra su pecho. Doña Mariana recupera con este ángel la vida, la respiración, la fisonomía ordinaria.

Ya no cabe duda: su Marianita es una vez más hija del milagro: dulce persuasión que se corrobora aún al ver que las aguas habían respetado el calzado y los vestidos, sin poder descubrirse en ellos, observa el Padre Butrón, la más mínima señal de haberse humedecido. Las expresiones de agradecimiento de parte de Doña Mariana, por tan marcados beneficios, no son para referirlas aquí.

¡Cuántas veces, cristiano, has sido librado, sin saberlo, cuando no de la muerte temporal, sí de la espiritual, y tal vez de la eterna!

Por ser el beneficio invisible é interesar á tu alma, ¿merecerá menos gratitud?

❦

CAPÍTULO IV.

LA HUÉRFANA.

SUMARIO. Mariana pierde á su madre. — Su nueva familia. — Sus sobrinas. — Su influjo sobre ellas. — La educación. — Programa de enseñanza. — Mariana canta en unión con los bienaventurados y las aves del cielo.

LA angelical Mariana no disfrutó por mucho tiempo de los santos ejemplos de su madre. Madura ésta para el cielo, fué á recibir la recompensa muy grande, prometida á las madres prácticamente cristianas.

Su muerte, cuya fecha y demás circunstancias no podemos precisar, fué para la niña, ya huérfana de padre, una duplicada aflicción. Lloró, como es natural, mas lo hizo con la calma y la resignación de una persona ya veterana en la práctica de las virtudes sólidas. La divina Providencia no desampara á quien prueba con adversidades y contratiempos. Si nos hiere con una mano, con la otra nos socorre y estrecha contra su corazón amantísimo. Como una madre prodiga cariños á su hijo muy querido, á la vez que le cura llagas dolorosísimas, así la Providencia nos acaricia aun cuando nos hace sufrir. Mariana huérfana experimentó esta verdad, amarga sí, pero también dulce y consoladora.

Si bien la pérdida de su madre querida era de suyo irreparable, sin embargo volvió á encontrarla de nuevo, por decirlo así, en su hermana mayor Doña Jerónima y en su cuñado el Capitán Don Cosme de Caso. En ellos revivió por completo la autoridad, la ternura, la piedad cristiana de la difunta. En una palabra, al lado de ellos estaba como en su propia casa.

Casados algunos años antes, Don Cosme y Doña Jerónima tenían á la sazón tres hijas. La primera era María, quien llorará algún día amargamente por no haber seguido siempre, en materia de vocación, los inspirados consejos de su joven y virtuosa tía, Mariana de Jesús; Juana, quien, como veremos más abajo, reproducirá en el estado de matrimonio las virtudes y ejemplos de Santa Brígida; Sebastiana, la cual floreció, cual hermosa azucena de pureza, á la sombra de Mariana, entre las espinas de la mortificación

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el Señor había puesto la mira para grandes cosas, su madre, llorando á la vez de pena y alegría, no cesa de estrecharla contra su pecho. Doña Mariana recupera con este ángel la vida, la respiración, la fisonomía ordinaria.

Ya no cabe duda: su Marianita es una vez más hija del milagro: dulce persuasión que se corrobora aún al ver que las aguas habían respetado el calzado y los vestidos, sin poder descubrirse en ellos, observa el Padre Butrón, la más mínima señal de haberse humedecido. Las expresiones de agradecimiento de parte de Doña Mariana, por tan marcados beneficios, no son para referirlas aquí.

¡Cuántas veces, cristiano, has sido librado, sin saberlo, cuando no de la muerte temporal, sí de la espiritual, y tal vez de la eterna!

Por ser el beneficio invisible é interesar á tu alma, ¿merecerá menos gratitud?

❦

CAPÍTULO IV.

LA HUÉRFANA.

SUMARIO. Mariana pierde á su madre. — Su nueva familia. — Sus sobrinas. — Su influjo sobre ellas. — La educación. — Programa de enseñanza. — Mariana canta en unión con los bienaventurados y las aves del cielo.

LA angelical Mariana no disfrutó por mucho tiempo de los santos ejemplos de su madre. Madura ésta para el cielo, fué á recibir la recompensa muy grande, prometida á las madres prácticamente cristianas.

Su muerte, cuya fecha y demás circunstancias no podemos precisar, fué para la niña, ya huérfana de padre, una duplicada aflicción. Lloró, como es natural, mas lo hizo con la calma y la resignación de una persona ya veterana en la práctica de las virtudes sólidas. La divina Providencia no desampara á quien prueba con adversidades y contratiempos. Si nos hiere con una mano, con la otra nos socorre y estrecha contra su corazón amantísimo. Como una madre prodiga cariños á su hijo muy querido, á la vez que le cura llagas dolorosísimas, así la Providencia nos acaricia aun cuando nos hace sufrir. Mariana huérfana experimentó esta verdad, amarga sí, pero también dulce y consoladora.

Si bien la pérdida de su madre querida era de suyo irreparable, sin embargo volvió á encontrarla de nuevo, por decirlo así, en su hermana mayor Doña Jerónima y en su cuñado el Capitán Don Cosme de Caso. En ellos revivió por completo la autoridad, la ternura, la piedad cristiana de la difunta. En una palabra, al lado de ellos estaba como en su propia casa.

Casados algunos años antes, Don Cosme y Doña Jerónima tenían á la sazón tres hijas. La primera era María, quien llorará algún día amargamente por no haber seguido siempre, en materia de vocación, los inspirados consejos de su joven y virtuosa tía, Mariana de Jesús; Juana, quien, como veremos más abajo, reproducirá en el estado de matrimonio las virtudes y ejemplos de Santa Brígida; Sebastiana, la cual floreció, cual hermosa azucena de pureza, á la sombra de Mariana, entre las espinas de la mortificación

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

voluntaria. Segada en temprana edad por la mano de la muerte y de una manera providencial, esta azucena fué llevada por los ángeles al cielo y colocada sobre el altar de la Santísima Trinidad.

Mariana las llamaba, no sobrinas, sino hermanas; tratamiento que justifican la edad, que con corta diferencia era la misma, la uniformidad de aspiraciones, la comunidad de vida y los cuidados que recibían todas indistintamente en igual proporción. Fuera de esto, con este título de hermanas Mariana se apodera de sus tiernos corazones para darlos á Jesucristo. Merced á este ascendiente, el más irresistible, porque es el del amor, ella será en realidad de verdad su consejera efectiva, su directora práctica, el alma de sus progresos; en resumen, otro ángel custodio.

Mariana contaba sólo seis años de edad; pero á todos causaba admiración el desarrollo de su inteligencia; convenía, por lo tanto, atender sin tardanza á su educación. Muy adelantada estaba la formación religiosa de su espíritu y del corazón. Hija predilecta de Jesucristo, objeto de sus bendiciones escogidas, Marianita había sido instruída sobre todas las verdades del Catecismo en el regazo de su madre. «Allí es en donde se forman los niños»: tal es la nunca bien ponderada sentencia del conde José de Maistre.

Inicióse su instrucción bajo la dirección de preceptores privados y virtuosos, á la vez que competentes. En esta escuela doméstica Mariana se adelantó muy pronto á sus sobrinas en la carrera de los conocimientos. Lo cual no es de extrañar: por una parte, sus talentos no eran nada comunes, ¿qué

digo? la agudeza de su espíritu era muy notable: por otra, *haciendo bien todas las cosas,* consagraba escrupulosamente á las respectivas asignaturas todo el tiempo prescrito y ponía todo su conato en aprenderlas. Empero, Marianita, con ser la primera y ocupar el puesto de honor, no era altanera ni vanidosa. Hubiérase dicho que ella ignoraba sus méritos visibles y sus rápidos progresos. De ese candor, de esa modestia procedía un encanto, un atractivo que embellecía y realzaba sus demás dotes naturales.

Fueron para nuestras jóvenes escolares materias de enseñanza: lectura, escritura, música vocal é instrumental, costura, bordado y demás labores femeniles. Modesto es este programa, ¿quién lo niega? Así y todo, Mariana y sus sobrinas fueron mujeres cumplidas, cuanto lo exigía su condición elevada, no sólo en la familia sino en sus relaciones sociales.

El baile, disfrazado, á las veces, con el nombre especioso de lecciones de elegancia y buenas maneras, no figura en el referido programa.

En cambio Mariana aprende con rara perfección la música instrumental y vocal. La música, de suyo indiferente, no se torna mala ó peligrosa sino por el abuso que de ella se hace. ¿Qué hacen los bienaventurados en el paraíso, en el seno de la Iglesia triunfante? Cantan sin interrupción y cantarán eternamente. Y ¿qué hace sobre la tierra la Iglesia militante, que es el noviciado del cielo? Incansable, prolonga sus canciones y armonías. Aquí abajo, así como allá arriba, el canto religioso es alabanza, hacimiento de gracias y súplica.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mariana, á imitación de los elegidos, consagra su bellísima voz, no menos que su mano de artista, únicamente á Jesucristo, esposo de las vírgenes. Toma en sus manos un instrumento de música, y con preferencia una guitarra, que toca divinamente: arranca de su instrumento acordes tan arrebatadores y al mismo tiempo canta con tanta melodía, que los mismos ángeles y vírgenes bajan á veces de la gloria para concertar sus acentos con los de este ángel de la tierra. Canta aun durante el trabajo de mano, y entonces las aves del cielo, esos cantores incansables de la creación, acuden numerosas y como á porfía á la ventana de Mariana, para acompañar su canto con mil gorjeos y trinos armoniosos.

Estos hechos, atestiguados bajo juramento, figuran en las Actas de beatificación.

Queridísimo lector: esperemos nosotros también cantar un día en la mansión de toda felicidad las misericordias del Señor. Mientras tanto, cantémoslas con viva fe aquí abajo, en la iglesia, cuando se celebren los oficios religiosos. Ésta era la práctica del Profeta-Rey: hagámosla nuestra.

CAPÍTULO V.

LA JOVEN PENITENTE.

SUMARIO. Vocación de Mariana á la penitencia y oración. — Procesiones de penitencia. — Adoración de la Cruz. — Disciplinas. — Cinco piedras por cama.

HA de vivir Mariana de Jesús, cual otro Moisés, sobre el Sinaí de la oración; pero, como fiel compañera del divino Crucificado, tiene igualmente

un puesto muy principal en el Calvario. Orar y padecer: estas dos palabras compendian su naciente vocación y su futuro apostolado. Vémosla trepar, desde los albores de su vida, la montaña escarpada de la penitencia. En esa ascensión trabajosa más de uno ha desmayado y suspendido la marcha. Muy al contrario Mariana, no obstante su natural delicadeza y sus pocos años, está animada de un ardor sin igual, constante y que crece en medio de las dificultades que encuentra.

Con frecuencia la ferviente niña organizaba con sus sobrinas y otras amiguitas procesiones de penitencia, al estilo de las que practicaban nuestros antepasados, en los tiempos de fe. Para nuestras penitentes consistían esas procesiones en cargar cada cual una cruz y recorrer los corredores de la casa, donde había fijas de trecho en trecho varias crucecitas. Son de notar dos circunstancias que manifiestan los ardores de la santa niña por la mortificación: su cruz más pesada que las demás y superior á sus fuerzas, y los garbanzos que se ponía en el calzado. Las dos penitencias la hacían vacilar y caer en tierra, con el dolor que se puede imaginar; pero con gran consuelo, recordando las caídas mucho más dolorosas de su amado Jesús en el camino del Calvario.

Otras veces, con una cruz más pesada que la ordinaria se arrastraba sobre sus rodillas desnudas, recorriendo el mismo trayecto, que dejaba bañado con su inocente sangre. De este ejercicio resultábanle heridas dolorosas, que no se cerraban sino al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cabo de muchos días, para abrirse nuevamente al repetir la penitencia.

La adoración de la Cruz, ejercicio tan de su devoción y de la de sus sobrinas, le proporcionaba ocasión de nuevas mortificaciones. He aquí el rito que se observaba en esta ceremonia. Colocábase sobre una almohadita la cruz que se había de venerar y en su derredor manojos de espinas, en tal número y forma que habían de herir seguramente á quien los tocase. Para besar la cruz era preciso arrodillarse primero y en seguida inclinarse profundamente, casi hasta el suelo. Mariana, según el Padre Butrón, tenía concertado con las otras niñas que cuando le llegase su turno, haría la adoración con las manos cruzadas sobre la espalda, y que cuando la vieran próxima á acercar sus labios al santo leño, todas, una tras otra, le irían empujando con violencia la cabeza. Las compañeras, niñas en todo sentido, cada cual se esforzaba en darle el más fuerte empellón; y Mariana, víctima de su propio fervor, daba de cabeza contra las espinas, que se le prendían y clavaban como alfileres, causándole intensísimos dolores. Reíanse de esto las sobrinas; reíase igualmente Mariana, pero por motivo muy distinto. Donde aquéllas no veían más que un juego, un divertimiento, ésta hallaba su regalo, el cumplimiento de sus deseos, el sufrimiento, el Calvario.

Esta suerte de ejercicios le fué severamente prohibida: sometióse muy de grado la virtuosa y ya ilustrada niña, para quien la obediencia era el mejor de los holocaustos. La obediencia, empero, no obsta

para que busque cómo resarcirse de esta disminución de penas, con otro ejercicio aflictivo: la disciplina. Habiendo provisto á sus parientas y amigas de instrumentos adecuados para el caso, y todos de su invención y fábrica, las conducía á un lugar apartado, y cerradas puertas y ventanas, empezaban todas á menudear golpes sobre sus delicados cuerpos; distinguiéndose mucho Mariana por el vigor de su brazo.

Penetremos ahora en el cuarto de la santa niña, donde encontraremos otros instrumentos de suplicio. Dejemos hablar al Padre Butrón, cuyas palabras abreviamos: «Buscó cinco piedras grandes y lisas, y llevándolas á su cuarto, bajo cierto pretexto, las engastó en el suelo en forma de cruz, de suerte que apareciese fuera de tierra la parte más áspera y más ruda de cada una. Es más: temiendo ella que la suma incomodidad y el dolor de la postura hubiesen de desviar su cuerpo de dichas piedras, extendía en derredor de aquella cama de tormento una capa de ortigas. Cuando, fatigada ó vencida del dolor, llegaba á ladearse, se revolcaba en ellas y frotaba con tanta fuerza sus delicadas carnes, que no pocas veces hubieron de cogerla en brazos sus compañeras y sacarla de aquel indecible martirio de toda la noche.»

Á ese lecho de dolor iba todos los viernes á crucificarse, convirtiendo el sueño en tormento. Para esta alma escogida mortificarse era una necesidad, una pasión irresistible, insaciable. ¡Oh poder de la gracia!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La dureza con que trata su inocente cuerpo, y esa como innata preocupación de mortificarse, no disminuyen su angelical afabilidad, ni su inalterable jovialidad, ni sus demás encantos y gracias naturales, como más adelante lo explicaremos. Su sola presencia es para cuantos la miran como un perpetuo rayo de sol que los alegra con su calor y con su luz. Ángel en la familia por su pureza y piedad, Mariana lo es igualmente por su nunca desmentida amabilidad. Es que la mortificación cristiana, lejos de agriarnos ó de hacernos melancólicos, nos llena el corazón de esa paz divina que sobrepuja á todo sentido, y derramándose por fuera ameniza todos nuestros actos exteriores.

❦

CAPÍTULO VI.

LA JOVEN SOLITARIA.

SUMARIO. El bosque de Saguanche. — Cintura de espinas. — Jaculatorias. — Devociones á los Santos. — Escondite en el fondo del jardín. — El amor lo puede todo.

ESCUCHABA Mariana frecuentemente en su corazón la voz del Espíritu Santo; dócil á ella como el santo niño Samuel, buscaba anhelante la soledad como el paraíso en la tierra. No tardó en encontrarla en el bosque de *Saguanche*. Doña Jerónima, al ir en cierta ocasión á la hacienda de este nombre, llevó consigo á su hermana, extenuada por las austeridades, junto con sus tres hijas. Mientras las personas mayores se ocupan en sus quehaceres, las

pequeñuelas van y vienen, registrándolo todo, por la casa, por los patios y hasta por los alrededores. Mariana desaparece sigilosamente, como una sombra fugaz. Su falta fué notada muy pronto, con la sorpresa y sobresalto que se pueden imaginar. Varias personas enviadas en busca suya corren en todas direcciones. Mas ¡ay! todas las diligencias resultan infructuosas. Finalmente uno de los mayordomos, como por último recurso, entra en el bosque vecino. «Ahí está», exclama al verla arrodillada al pie de un árbol, hiriéndose, lacerándose las desnudas espaldas con manojos de ortigas y abrojos. El mayordomo, como sobrecogido de respeto al contemplar esa víctima inocente, no se atreve á pasar adelante, sino que vuela á dar parte á Doña Jerónima. Ésta á su vez corre, seguida de los suyos, al lugar indicado y con emoción profunda cerciórase por sus propios ojos de lo que casi no creía. Por su parte, la intrépida niña advierte que ha sido descubierta, y experimenta gran pena por haber sido sorprendida mientras practicaba aquel acto de penitencia. Lo cual no obstará para que vuelva á ese mismo punto con idéntico fin siempre que pudiere.

Cabe preguntar aquí: ¿Qué atractivo le ofrecerá á Mariana el bosque de Saguanche? ¿Qué habrá ocurrido allí entre Dios y su hija predilecta? ¿No habrá sido favorecida con una visión de Nuestro Señor, como la virgen de Ávila, Santa Teresa? ¿No habrá conversado ese ángel de la tierra con la Reina de los ángeles, como San Ignacio en Manresa, San Alfonso en la gruta de Escala? Nada sabemos;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

porque la santa niña, ya fiel guardadora de los secretos celestiales, nada dice. Ello es que el bosque de Saguanche no se borrará nunca de su memoria. Frecuentemente hablará de él; con más frecuencia pensará en él, y siempre al recordarlo suaves emociones le embargarán el espíritu, y dulces lágrimas le bañarán los ojos.

Una tarde, hacia la hora del *Ángelus*, regresaba la joven solitaria, como de costumbre, de su querida selva. Rendida, no sé si de cansancio ó de dolor, dejóse caer, dormida, como desmayada, en los brazos, de su hermana mayor. Como ésta juzgara necesario acostarla en la cama para que descansase mejor, empezó con precaución á despojarla de sus vestiduras. Mas ¡oh sorpresa! en la ropa interior aparecen manchas de sangre fresca. ¡Manchas de sangre! y ¿de dónde provendrán? De una cintura de espinas que, según parece, lleva hace algunos días á raíz de la carne, á manera de cilicio. Doña Jerónima se impresiona, se conmueve, y dando rienda suelta á dulcísimo llanto, prorrumpe en exclamaciones como éstas: «Si así se martirizan los que no han pecado, ¿cuál no deberá ser la penitencia de los que hemos ofendido á Dios? ¡Mi hermana tiene por vestido, cilicio; por recreo, azotes; por alivio, la oración y la soledad! Esta niña lleva buen camino; luego la engañada soy yo. Á mí, á mí es á quien se deben estos rigores.»

Como no pudiese retirarse á su bosque tan á menudo como deseaba, nuestra joven solitaria convirtió su habitación en desierto. Encerrada en su cuarto, pasaba dos ó tres días seguidos en el silencio y

recogimiento, á solas con Dios, con los Ángeles y Santos. Practicaba este retiro sin faltar en un ápice á sus obligaciones domésticas ni á las leyes de la caridad fraterna.

La piadosa niña, por su corta edad, no podía entregarse habitualmente á largas meditaciones propiamente dichas. Suplía á ellas con fervientes y frecuentes oraciones jaculatorias, y con preces vocales, dirigidas especialmente á San José, á San Miguel, á San Ignacio y á San Francisco Javier. Claro está que muy por encima de todos los Santos de su devoción campeaba la Reina de todos los Santos, la cual ocupaba, después de Dios, el primer puesto en su mente y en su corazón y en todas sus relaciones con el cielo.

Volvamos ahora con el pensamiento á Saguanche, donde hemos dejado á la novicia de la penitencia y de la soledad, tendida sobre un lecho de dolor y ceñida con un cilicio de espinosa zarza.

Pasado algún tiempo, tornó á Quito; pero el corazón, que está donde se halla nuestro tesoro, se le quedó entre las espesuras del bosque de Saguanche. Tales y tantas fueron las delicias que allí había disfrutado, que no acertaba á olvidarlas. Empero, á Dios gracias, en medio de la bulliciosa Quito, junto á su habitación, encontrará, si no un desierto, al menos un lugar apartado, donde gustará de retirarse para orar y atormentarse sin piedad.

Las tres hijas de Doña Jerónima, terminadas las faenas del día, bajaban á una huerta contigua á la casa, para esparcir el ánimo y tomar algún solaz necesario y bien merecido, bajo la vigilancia de su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

joven y virtuosa tía, igualmente necesitada de descanso que ellas. Ahora bien, mientras las sobrinas, semejantes á abejas, volaban alegres en todas direcciones por la huerta, yendo de flor en flor, Mariana corría calladita y con sigilo á un escondite, como paloma que anida en los agujeros de la peña [1].

El grandioso espectáculo de la naturaleza era un libro abierto ante sus ojos, en el cual leía y contemplaba las divinas perfecciones. Los árboles, las plantas, la fragancia de las flores, las avecillas, en cuyas alas está escrito, según un poeta, con letras de oro el nombre del Creador: todo le hablaba al espíritu, todo le inflamaba el corazón y todo reclamaba su amor, que desahogaba entonces, no sólo con abrasados suspiros, sino aún por medio de maceraciones. Sus sobrinas y demás amiguitas, si bien jugaban y se divertían con ardor, sin embargo no dejaban de echar de vez en cuando miradas de curiosidad hacia el escondite de Mariana. Más de una vez la vieron hacer un manojo de espinas y azotarse con fuerza el pecho descubierto, repitiendo al mismo tiempo estas encendidas palabras: «¡Oh costado derecho de mi amante Esposo! ¡Oh costado herido de mi Jesús crucificado!»

¿De dónde sacaba esa niña, que contaba apenas siete ú ocho años, aquel valor propio de santos, aquel heroísmo de mártir? Ella misma nos lo va á decir. Habiendo muerto en olor de santidad una religiosa concepcionista, no sólo se le hizo un entierro espléndido, sino que se le dedicó un elogio

[1] Cant. cap. II.

fúnebre. Al escucharlo una de las compañeras de Mariana exclamó diciendo: «¡Oh quién pudiera imitar á esta sierva de Dios!» Á lo cual contestó inmediatamente Mariana con estas palabras: «¿y qué cosa más sencilla? Todo, todo, mediante Dios, lo puede el amor.» ¿No es esto el eco de aquel divino oráculo: «El amor es fuerte como la muerte»? ¿Y no palpamos cada día la verdad de esta sentencia? Encended en un corazón la llama de un amor muy subido: habréis despertado deseos vehementes é insaciables, proyectos grandiosos y atrevidos, generosidad inagotable é incansable, ¿qué más? el heroísmo. El amor divino formó los mártires de la fe; ese mismo amor suscita é inspira á los mártires de la perfección. El amor profano y sensual cuenta también sus mártires, ó mejor dicho, sus víctimas, las más de las veces culpables y siempre desgraciadas.

Amemos mucho, muchísimo á Jesucristo, y seremos capaces de emprender grandes cosas: seremos soldados esforzados é invencibles de la Cruz.

❦❦❦

CAPÍTULO VII.

LA FAVORECIDA DE DIOS Y DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

SUMARIO. Dos rasgos de protección contra Satanás. — Tres estrellas simbólicas. — La Niña de la estrella. — La hija regalada de María. — Dos milagros. — Una pregunta.

SEMEJANTE á una flor que absorbe constantemente el rocío de la mañana, Mariana, azucena plantada en el jardín de la Iglesia, favorecida con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el rocío de la gracia, abría desde los primeros albores de la vida su espíritu á la sabiduría y su corazón á todos los sentimientos propios de la santidad.

Sus virtudes, especialmente la oración y su compañera inseparable la penitencia, fueron muy grandes desde un principio, ¿y qué mucho? Dios y Mariana alternaban á porfía: Dios prodigándole dones, y Mariana haciéndolos fructificar fiel y generosamente. Y en esta mutua y recíproca generosidad de parte del Creador y de parte de la criatura cífrase todo el secreto de la salvación y de la más alta perfección.

De estos favores divinos, unos, la mayor parte, son conocidos solamente de quien los otorgó y de quien los recibió; otros han llegado á nuestro conocimiento, ora por sus efectos visibles, ora por revelación de la misma Santa.

Entre los favores descuellan dos rasgos de especial protección que salvan por tercera vez la vida á la sierva de Dios.

Don Cosme, para mayor desahogo, agrandaba su casa, añadiéndole un segundo piso. Las paredes alcanzaban ya la altura conveniente; sobre una de las cuales se hallaba Mariana, cuando fué precipitada cabeza abajo por una fuerza invisible, la cual, según el Padre Butrón, no era otra que el mismo demonio. Caída sobre un montón de piedras y cascote, naturalmente hablando, debía de quedar de contado muerta ó moribunda. Mas ¡oh prodigio! como si hubiese sido recibida en brazos de algún ángel, no bien tocó el suelo, cuando se levantó llena de vida, sin lesión ninguna.

Con la sonrisa en los labios, la alegría en los ojos, la gratitud en el corazón, Mariana corrió al encuentro de su cuñado, que al oir los gritos y lamentos de los que habían presenciado la caída, acudía inquieto y presuroso al lugar del siniestro. Todos vieron en este acontecimiento el dedo de Dios; pero sobre todo lo vió mejor que nadie la misma Mariana, quien no cesaba de darle las más rendidas gracias como á Padre y Protector.

Satanás, lejos de darse por vencido, esgrimía nuevas armas, pero para sufrir otra derrota más completa y más vergonzosa. Retiradas la santa niña y sus amigas á un patio interior de la casa, ocupábanse en hacer cruces para después organizar una procesión de penitencia por el estilo de las referidas anteriormente. De repente Mariana huye corriendo de aquel sitio, intimando á sus compañeras huyeran igualmente, y como éstas hicieran poco caso de aquella intimación, ó no se dieran cuenta de ella: «¡pronto! ¡pronto!» les tornó á decir á voz en grito; fué obedecida al punto, y ¡felizmente! no bien llegaron á la mitad del patio, cuando se desplomó una pared alta, que las hubiera ciertamente dejado muertas y sepultadas bajo un montón de escombros. Mariana gozaba fama de santidad; en adelante se la tendrá por favorecida con el don de profecía, lo cual duplicará el aprecio y el afecto que ya se le profesaba.

Pasemos á referir otro beneficio de Dios, de un orden inmensamente superior, concedido á la tierna Azucena de Quito.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mariana había pasado todo un día haciendo los preparativos de cierta fiesta. Llegada la noche, echóse rendida de cansancio, no sin haber antes rezado, sobre su humilde y nada mullido lecho.

El sueño no se hizo esperar. Pero ese sueño, apacible, como el del justo, cuya conciencia está en paz, fué interrumpido súbitamente por una visión sublime y misteriosa; la cual refiere el Padre Butrón con estas palabras más ó menos textuales: «Á horas avanzadas de la noche, oyéronla gritar las compañeras y decir como entre desasosegada y sorprendida: '¿Qué hacéis, amigas mías? ¿Qué hacéis? Despertad prontamente, porque no es justo que durmáis mientras Jesucristo, el Dios de mi corazón, está en vela: venid y ved el exceso de sus finezas.' Acudieron á estas voces y fijaron la vista en cierto punto que les señalaba Mariana, sobre su propia cabeza, en que decía ver tres estrellas luminosísimas; y no viendo ellas cosa alguna, lo atribuían al sueño que abrumaba sus párpados: frotaban los ojos y aguzaban las pupilas; mas todo era en vano. Mariana persiste en sostener la verdad de aquella visión, añadiendo que esas estrellas en número de tres figuraban á las tres Personas de la Santísima Trinidad; la cual daba á conocer, mediante aquella aparición, que la elegía para su templo y morada.»

Refería Mariana esta visión más tarde repetidas veces á sus confesores, pero siempre en los mismos términos y con las mismas explicaciones. Desde entonces, amigas y parientes de Mariana se complacían en llamarla con el nombre de «Niña de la estrella»: nombre que, lejos de despertar en ella el amor propio, le hería el corazón, cual dardo encendido.

Siendo la angelical Mariana la favorecida de Dios, ¿qué mucho que reciba de él poder para imperar sobre los mismos elementos y hacerse obedecer de ellos? Recordará el lector las procesiones que la santa niña hacía con otras personas de confianza, por las galerías interiores de la casa. Durante una de aquellas piadosas ceremonias, escribe el Padre Butrón, fundado en los procesos de beatificación, «de improviso se ladeó una vela, cayendo sobre un precioso dosel de seda que cubría una imagen; en menos que se dice, prendió fuego materia tan bien dispuesta y fué toda una sola llama. Figúrese cada cual el pavor, el apuro de los circunstantes, que no saben qué hacerse: todo es grito y exclamación. Mientras tanto, Mariana, serena como siempre, acercándose al altar con presteza, tira del velo ardiendo, y lo separa de la efigie como si quisiese colocarlo mejor. ¡Oh prodigio! la llama se apaga como por encanto, dejando en la mano de aquella angelical niña la pieza de seda intacta y sin lesión alguna, y, si cabe, más bonita que antes.»

La Madre de Dios, que á juicio de San Alfonso, el autor de las *Glorias de María,* remunera magníficamente nuestros más pequeños obsequios, ¿escatimará á la virgen de Quito las muestras de su amor y protección? Antes bien, ¿no recompensará generosísimamente las mil manifestaciones de piedad filial que recibe de su querida hija á cada hora, á cada instante del día y de la noche?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sirvan de contestación á estas preguntas dos hechos tomados del proceso de beatificación. Mariana tenía en un dedo de la mano no sé si un absceso ó una llaga: es lo cierto que la gangrena estaba á punto de declararse. Advirtióselo una amiga suya, aconsejándole que sin pérdida de tiempo aplicase el oportuno remedio. «No tengas pena», contestó la doliente con ingenua sonrisa; «no he menester tanto: ahora verás cómo yo me curo.» Acto continuo cae de rodillas delante de una imagen de Nuestra Señora de los Ángeles, y con la fe del Centurión pide la curación del mal. Lo mismo fué hacer esta súplica que levantarse por completo curada y sin huella ni cicatriz de mal alguno.

Brotó el agradecimiento de su corazón y de sus labios hacia su celestial Madre y Bienhechora; no fué menor su humildad, pues exigió á su amiga el mayor secreto acerca del prodigio que se acababa de obrar. Jesucristo, el gran Maestro de la humildad, dijo un día á sus apóstoles: «Lo que habéis visto, á nadie lo digáis.»

En otra ocasión habíale sobrevenido á los ojos y á los párpados una fluxión tan abundante y tenaz, que hacía temer por la vista. Con sólo aplicar á la parte enferma la imagen de Nuestra Señora, el mal desapareció instantáneamente.

Estas gracias exteriores nos dan una idea de las interiores con que el divino Salvador enriqueciera á Mariana, para hacerla adelantar cada vez más en virtud y santidad. Pues, por una parte, cuando el Señor halla un alma según su corazón, le prodiga

beneficios de toda clase, sin tasa ni medida; por otra, Mariana, semejante á una tierra fértil, produce el ciento por uno.

Y nosotros, lector muy amado, ¿qué uso hacemos de las divinas mercedes? Pensemos que el Creador no otorga sus dones sino para exigirlos de nuevo, de la misma manera que el labrador, al depositar la semilla en el seno de la tierra, se promete percibirla otra vez juntamente con el fruto de su trabajo.

❦

CAPÍTULO VIII.

LA CONVIDADA AL BANQUETE EUCARÍSTICO.

SUMARIO. Examen sobre la discreción necesaria para comulgar. — Preparación fervorosa á la primera Comunión. — Recepción frecuente de los sacramentos. — Votos. — Cambio de nombre. — Túnica de la pureza. — Manto real de la caridad.

SENTENCIA del Espíritu Santo es que hay niños en edad que son ancianos en virtud. Á este número de privilegiados pertenece la tierna Mariana, cuya vida es irreprensible, inmaculada. Examinada previamente por un Padre jesuita acerca de la doctrina cristiana, especialmente en orden á la Eucaristía, contestó todo con precisión de teólogo y prudencia de moralista. Poseía, por tanto, en grado elevado aquel discernimiento que el santo concilio de Trento requiere de los niños, para permitirles la participación en la sagrada mesa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Sirvan de contestación á estas preguntas dos hechos tomados del proceso de beatificación. Mariana tenía en un dedo de la mano no sé si un absceso ó una llaga: es lo cierto que la gangrena estaba á punto de declararse. Advirtióselo una amiga suya, aconsejándole que sin pérdida de tiempo aplicase el oportuno remedio. «No tengas pena», contestó la doliente con ingenua sonrisa; «no he menester tanto: ahora verás cómo yo me curo.» Acto continuo cae de rodillas delante de una imagen de Nuestra Señora de los Ángeles, y con la fe del Centurión pide la curación del mal. Lo mismo fué hacer esta súplica que levantarse por completo curada y sin huella ni cicatriz de mal alguno.

Brotó el agradecimiento de su corazón y de sus labios hacia su celestial Madre y Bienhechora; no fué menor su humildad, pues exigió á su amiga el mayor secreto acerca del prodigio que se acababa de obrar. Jesucristo, el gran Maestro de la humildad, dijo un día á sus apóstoles: «Lo que habéis visto, á nadie lo digáis.»

En otra ocasión habíale sobrevenido á los ojos y á los párpados una fluxión tan abundante y tenaz, que hacía temer por la vista. Con sólo aplicar á la parte enferma la imagen de Nuestra Señora, el mal desapareció instantáneamente.

Estas gracias exteriores nos dan una idea de las interiores con que el divino Salvador enriqueciera á Mariana, para hacerla adelantar cada vez más en virtud y santidad. Pues, por una parte, cuando el Señor halla un alma según su corazón, le prodiga

beneficios de toda clase, sin tasa ni medida; por otra, Mariana, semejante á una tierra fértil, produce el ciento por uno.

Y nosotros, lector muy amado, ¿qué uso hacemos de las divinas mercedes? Pensemos que el Creador no otorga sus dones sino para exigirlos de nuevo, de la misma manera que el labrador, al depositar la semilla en el seno de la tierra, se promete percibirla otra vez juntamente con el fruto de su trabajo.

❦

CAPÍTULO VIII.

LA CONVIDADA AL BANQUETE EUCARÍSTICO.

SUMARIO. Examen sobre la discreción necesaria para comulgar. — Preparación fervorosa á la primera Comunión. — Recepción frecuente de los sacramentos. — Votos. — Cambio de nombre. — Túnica de la pureza. — Manto real de la caridad.

SENTENCIA del Espíritu Santo es que hay niños en edad que son ancianos en virtud. Á este número de privilegiados pertenece la tierna Mariana, cuya vida es irreprensible, inmaculada. Examinada previamente por un Padre jesuita acerca de la doctrina cristiana, especialmente en orden á la Eucaristía, contestó todo con precisión de teólogo y prudencia de moralista. Poseía, por tanto, en grado elevado aquel discernimiento que el santo concilio de Trento requiere de los niños, para permitirles la participación en la sagrada mesa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Señalóse pues el día para la primera comunión de Mariana [1]. Mientras tanto, contaba ésta los días y las horas; ¡tan grande era su deseo de alimentarse con el Pan de los Ángeles! Á fin de prepararse lo mejor posible para ese acto, el más sublime de la vida, el más trascendental, y no pocas veces el decisivo, redobló sus oraciones y austeridades. Con aquéllas se unía á Dios y lo llamaba á su corazón; con éstas inmolábase, moría á sí misma y asemejábase al Redentor crucificado, á quien estaba en vísperas de recibir.

Por fin despuntó el tan anhelado y bendito día: Jesucristo, el Cordero de Dios que se recrea entre las azucenas, oculto bajo los velos eucarísticos, entra en el corazón de aquel ángel de la tierra. Con su presencia sacramental, el Hombre-Dios se apodera de todo el ser de Mariana: de su alma y de su cuerpo; y consagra solemnemente ese templo vivo del Espíritu Santo.

Ésta era la idea que se formaba la seráfica niña de su primera Comunión, según se desprende del hecho siguiente: Vuelta á su casa, dichosa como quien llevaba un paraíso en su pecho, llamó á sus sobrinas y les dijo que en adelante tenían que respetarla, puesto que su alma, su lengua, todo su ser, acababa de ser santificado por la presencia sacramental del divino Cordero.

[1] En aquel tiempo, leemos en una Vida francesa de Santa Teresa, la Iglesia no solemnizaba este acto con la pompa que hoy acostumbra.... El niño se disponía para ese grande acto en el santuario de la familia. Sus padres y hermanos eran los únicos testigos de las alegrías y del fervor de ese venturoso día.

Pasado algún tiempo, la *Azucena de Quito* se acercará á la sagrada Comunión todos los días; y desde luego todos los domingos y fiestas de guardar; y viviendo, como vive, de la fe, á ejemplo del justo, llevará al banquete sagrado hambre siempre nueva, deseos cada vez más fervientes; y por lo mismo su felicidad irá siempre en aumento. Como el ciervo sediento corre á la fuente de aguas frescas, así la devota niña corre, siempre que se lo permite la obediencia, á apagar la sed de su corazón en la fuente eucarística, en el manantial de la vida.

¿Qué pasaría en ese corazón seráfico, al venir á hospedarse en él Jesús sacramentado? Si bien la historia no lo dice, nos permite conjeturarlo fundadamente. Durante la acción de gracias que sigue á la Comunión, Mariana emitió sucesivamente, y á intervalos más ó menos cortos, los tres votos de la perfección evangélica. Cierto día, después de recibir al Señor, la angelical niña se sintió impelida por una inspiración de lo alto, á consagrar á Jesucristo su cuerpo con todos los sentidos. Al instante, cuando sólo contaba unos ocho años de edad, hizo voto perpetuo de castidad. Dos años más tarde, por inspiración del mismo Jesucristo, á quien acababa de recibir en su pecho, no sólo ratifica el voto de castidad, sino que añadió el de obediencia á su confesor, y el de pobreza, por el cual renunciaba á toda suerte de independencia y aún al uso libre y arbitrario del módico producto de su trabajo.

Con esa triple inmolación Mariana moría al mundo. Hecha así esposa de Cristo, cambia el nombre, como suelen hacerlo las religiosas, llamándose, no ya

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mariana de Paredes, título de nobleza, sino MARIANA DE JESÚS.

Con el nombre mudó también de traje, cosa harto significativa, tratándose de una persona del bello sexo. Sus parientes habían mandado hacerle un vestido de seda con orden de ponérselo cuando fuera á la iglesia. Por lo pronto la santa niña obedeció, sin decir una sola palabra, si bien no era poca la violencia que para ello se hacía. En llegando á casa, lo primero que hizo fué despojarse de aquel traje, cuyo lujo la llenaba de confusión y rubor. En seguida rogó á su hermana y á su cuñado con razones tan válidas y con lágrimas tan elocuentes, que retiraran la orden dada, y fuéle concedido usar, como de costumbre, vestido de lana ordinaria.

Una niña tan rica en virtudes no ambicionaba para su cuerpo otros atavíos que la modestia y una decente pobreza; ni para su alma otras galas que la blanca túnica de la inocencia y el manto real de la caridad.

CAPÍTULO IX.

MARIANA, APÓSTOL DE JESUCRISTO Y ESCLAVA DE MARÍA.

SUMARIO. Celo de Mariana. — Origen de este celo. — Discurso apostólico. — Fuga proyectada á los países infieles. — Fuga emprendida y estorbada al Pichincha.

TODA alma consagrada al Redentor hace suyos los intereses de su Esposo crucificado. De aquí procedía el celo de Mariana por la gloria de Dios y salvación de las almas. Cuán ardiente y eficaz haya

sido, lo dan á conocer los siguientes párrafos, que transcribimos del Padre Butrón, ó, mejor dicho, de su compendiador el presbítero Señor Castro.

Nada faltaba á Mariana en la casa de sus hermanos: era dueña de cuanto poseían y hasta de su voluntad; todo sonreía en su derredor; la fortuna la halagaba y le prometía cuanto puede lisonjear á una joven de su clase; y sin embargo, cuando pensaba que hubiese uno siquiera entre los hombres que no participase de los frutos de la divina Redención, todo era desasosiego en su corazón; el sueño huía de sus ojos y su alma perdía la dulce paz. Su pena llegaba hasta el extremo de hacerla desfallecer cuando oía decir á sus parientes que en el Japón, en la India Oriental y en muchas partes del extenso Perú, se perdía la sangre de Jesucristo en un sinnúmero de almas, que, destituídas de la luz del evangelio, vivían sumidas en la más crasa ignorancia, ofreciendo al demonio incienso y adoraciones. Dijéronle también que no lejos de Quito, en la provincia de Mainas, había tribus de indios idólatras y que todos los esfuerzos apostólicos de la Compañía de Jesús no bastaban sino para recoger una pequeña porción de aquella mies tan copiosa. Oída por la tierna virgen esta relación, se enardeció en deseos de ir á convertir infieles, acusándose de frialdad, ella que protestaba tanto amor á su Esposo, si no procuraba ganarle el amor de los hombres. «Decir que le quieres y no impedir sus ofensas», se argüía á sí misma, «es amarlo con labio infiel y corazón tibio. ¿Cómo puede blasonar de firmeza quien dice que es su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esposa y sabiendo que reinos y naciones enteras le hacen la guerra, no sale á su defensa? viendo que se pierden infinitas almas, que tanto le costaron, no impide su ruina? oyendo que le persiguen y despojan de su imperio en mil partes, no da un solo paso, por no perder su sosiego? Y ¿será posible que no hayas de tener aliento para ganar ni una sola alma, bajo pretexto de que son infinitas las que se pierden y de que es imposible ganarlas todas, cuando por una sola de estas preciosas perlas hubiera dado toda su sangre el divino Maestro, como lo dió por todas? ¡Ea, pues, Mariana! ¡manos á la obra, porque el amor no vive de palabras! Ya es hora de que abandones el reposo, y tiendas, á costa de mil trabajos, mano amorosa á tantos que te la piden.»

¡Admirable lenguaje de una niña de diez años! ¡Qué elevación de pensamientos! El amor divino ilustra, exalta, ennoblece á quienquiera que de él se halle animado. Y ya sabemos que el corazón de Mariana era una fragua en que ese amor ardía con gran viveza. Inflamábase tanto que, anegada en llanto, repetía muchas veces: «¡Oh! ¡quién pudiera amar como aman los serafines! ¡Oh! ¡quién pudiera conseguir que idólatras é infieles, gentiles y bárbaros, á quienes no han llegado aún los rayos de la fe, los recibiesen por mi conducto, y que, iluminados é instruídos en ella, reconociesen y adorasen al Creador eterno de cielos y tierra! Mas, ya que tanto no me es dable obtener, muévante al menos, Esposo mío, mis lágrimas y sollozos.»

Inflamó más todavía su pecho la fiesta solemne de la beatificación de tres mártires de la Compañía de Jesús y de muchos franciscanos, que en el Japón habían sellado con su sangre la fe de Jesucristo. Oyendo los panegíricos de estos Santos, encendióse tanto en deseos de ser mártir y de llevar á cabo la empresa de convertir á los infieles, que ya no hubo reparo ni miramiento que la contuviesen. Llama á una habitación apartada á sus dos sobrinas, Juana y Sebastiana de Caso, y su fiel amiga Escolástica Sarmiento, y les participa su resolución, más ó menos en estos abrasados términos: «Sabed, hermanas mías, que es tanto lo que padece mi corazón de algunos días á esta parte, que sin especial auxilio de mi Esposo me hubiera rendido á la pena. ¡La sangre del único Bien á quien amo, se pierde! ¡Su sacratísima pasión se malogra en el Japón y entre los Mainas! El enemigo común triunfa y allega despojos. Yo puedo en parte impedirlo, ¿y aún economizo mi sangre? No, y mil veces no, hermanas mías; adiós digo á vuestro dulce trato; adiós á la patria, al bienestar, á la vida, adiós á todo humano respeto. Tiempo es ya de romper con todo. ¿Quién sabe si habiéndolo hecho antes no me hubiera ahorrado esta angustia? Pero aunque tarde, lo haré: emprenderé la fuga; acometeré generosa la difícil conquista; no temeré cruces, ni me arredrarán tormentos. Mi mayor ventura será dejar en tan justa demanda la vida. Acepte mi Jesús la ofrenda, bendiga mi resolución; y luego califíquela el mundo á su placer, como delirio. Perdonad, amadas mías, este desahogo; y creed

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que si os he descubierto mi corazón, sólo ha sido porque no era justo lo cerrase á las que, compañeras inseparables de mi niñez y acreedoras á mi cariño, tienen un derecho á saber que sólo por mi Dios, que me llama, sería yo capaz de abandonarlas.» [1]

Al leer estas palabras, lector muy amado en Jesucristo, ¿no te parece estar escuchando los patéticos acentos, las voces abrasadas de una Teresa de Jesús, de una María Magdalena de Pazzis y de tantas otras esposas del Redentor? Bajo el dulce influjo de la caridad, cuya llama es el celo cristiano, y que trajo al Hijo de Dios á la tierra y lo condujo al Calvario, Mariana tiene resuelta su partida para los países infieles, refractarios aún al evangelio. Pero no irá sola; pues quieren á todo trance acompañarla sus sobrinas y su amiga Escolástica, electrizadas por el conmovedor discurso que hemos referido. La esclarecida virgen no pensó en otra cosa que en hacer los preparativos necesarios; los que se redujeron á muy poca provisión de vestido y comida, escribe el Padre Butrón. «Lo más difícil era apoderarse de la llave de la puerta de la calle. Mariana se encargó de ello fijando la hora de la fuga para antes de amanecer del día siguiente, y mandó á las demás que se acostasen temprano, para estar listas á la hora convenida. Hiciéronlo así y también

[1] Este discurso, si bien exacto en cuanto á los pensamientos, con todo no es textual, pues dice el Padre Butrón que comenzó á participarles sus ansias *con éstas ó semejantes palabras.*

Mariana, quien les prometió llamarlas á las dos de la madrugada. Mas, como el cumplimiento de estos planes no entraba en los designios de Dios, sucedió todo al revés de lo que se proponían. Siendo así que Mariana pasaba por lo regular la mayor parte de la noche en oración fervorosa; ni su santa costumbre, ni el cuidado con que hubo de recogerse, bastaron para que no durmiese plácidamente hasta las seis de la mañana. Á esta hora empezaron á hacer ruido los criados de la casa, quienes, no encontrando la llave, sospecharon ya de alguna burla pesada y temían sus consecuencias. ¡Cuál sería el aturdimiento, la confusión y el pesar de Mariana, cuando al despertar con aquel ruido vió la luz del sol! No tuvo más remedio que entregar la llave, para evitar juicios siniestros; y para que se descubriese el fin de apoderarse de ella, bastaron las otras niñas, las cuales al punto revelaron la trama para descargar toda su responsabilidad en su inventora. La familia de Mariana se edificó justamente de una resolución tan extraordinaria como santa. Pero temiendo al mismo tiempo, y con razón, que tales impulsos del espíritu la llevasen á algún paso en que peligrase su decoro y aún su vida, dieron aviso de lo ocurrido á su confesor. Éste, con prudencia, pero también con energía, reprendió á su hija espiritual y la afeó unos designios que por otra parte veneraba como santos.

Siempre animada Mariana del mismo espíritu, y abrasada de celo, multiplicó sus oraciones y penitencias por las almas desamparadas, haciéndose de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esta suerte apóstol, sin abandonar su casa. Ejercer el apostolado sin ser misionero, lo pueden hacer todos los cristianos. Rueguen á Dios; que la oración por nuestros hermanos es siempre un gran medio de salvación. Formen parte de la *Obra de la propagación de la Fe;* que esta asociación es la más divina de todas. ¿Les ha concedido el Señor bienes de fortuna? favorezcan con socorros pecuniarios las vocaciones sacerdotales y apostólicas.

Por lo ocurrido comprendía la heroica niña que no era llamada de Dios á predicar la fe á los infieles; por esto prosiguió viviendo contenta en su patria. Se le vino entonces al espíritu el pensamiento, muy tenaz, de establecer ó fijar su residencia sobre el Pichincha, para hacer vida eremítica: vida por una parte tan de su gusto, y por otra tan compatible con el apostolado de la oración y de la inmolación.

Mas ¿qué atractivos tenía para nuestra pequeña santa el Pichincha, montaña muy alta, áspera y que recuerda bajo diversos aspectos el árido desierto adonde Jesucristo fué conducido por el Espíritu de Dios? ¿qué buscaba en esa montaña? Para contestar á esta pregunta, tomemos de más arriba el hilo de la historia.

El Pichincha es un antiguo volcán, en cuyas faldas está edificada la ciudad de Quito: este monte parece haber sido siglos atrás uno de los picos más elevados de la rama occidental de la cordillera de los Andes; hoy es sólo la extensa base de una enorme montaña.

El volcán que hoy parece apagado, estuvo en otros tiempos en actividad, é hizo de vez en cuando terribles explosiones. Las que se verificaron sucesivamente y á cortos intervalos en la segunda mitad del siglo XVI, son particularmente memorables. El Pichincha, como boca de infierno, sembraba á más de veinte leguas á la redonda la ruina y la desolación, por la lava y ceniza que arrojaba, y el pavor y la consternación, con sus ruidos subterráneos y formidables estruendos.

Después de una de esas espantosas erupciones, el ilustrísimo Cabildo, según el Padre Butrón, resolvió colocar en el punto más culminante de la montaña, y no lejos del terrible cráter, una imagen de piedra de María Santísima. Y con razón; porque para contener el azote vengador de los derechos de Dios era preciso, ante todo, aplacar su justicia, y para aplacar su justicia era necesario acudir á su misericordia, cuya dispensadora es la Virgen María, Reina y Madre de Misericordia [1].

[1] La colocación de la estatua de María Santísima en lo alto del Pichincha, no fué la única manifestación de la piedad y confianza filial de los quiteños hacia su Madre del cielo. Léanse los siguientes párrafos tomados de la Historia del Ecuador, t. III, p. 93.

«En la mañana de un día jueves, 8 de septiembre del año 1575, poco después de haber amanecido, el cielo se obscureció, cubriéndose con nubarrones negros ... pasados algunos instantes, principió á caer una lluvia de tierra menuda, en tanta abundancia, que las calles y los tejados de las casas quedaron cubiertos de ella; y la obscuridad era tan densa,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Colocada la estatua de María en las alturas del Pichincha, convirtióse éste en centro de romerías y

que hubo necesidad de valerse de luz artificial para andar en la ciudad. Las gentes iban despavoridas de una parte á otra: á las once del día era tanto el concurso que había acudido á la iglesia de la Merced, que, no cabiendo dentro del templo, estaba apiñada en los claustros y en el patio del convento, mientras se celebraba el santo sacrificio de la Misa en el altar mayor de la iglesia, donde estaba la imagen de la Virgen Santísima, expuesta á la veneración del pueblo. Después que el sacerdote hubo elevado la Hostia, principió nuevamente á aclarar poco á poco la luz del día, cesando también al mismo tiempo la lluvia de ceniza.

«El aspecto que presentó aquella mañana la ciudad fué espantoso: en medio de la negra obscuridad de la atmósfera, se veían brillar de repente los relámpagos, que el fuego del volcán formaba sobre su cráter; y de cuando en cuando, como truenos lejanos, dejaba oir también sus bramidos: los indios corrían asustados dando alaridos, lo cual aumentaba la consternación y el horror por todas partes. En tal conflicto los quiteños acudieron á la iglesia de la Merced, por la gran devoción que profesaban á la santa imagen de piedra de la Virgen Santísima.

«Cuando vieron más tarde brillar un día sereno y caer después lluvias oportunas que limpiaron de los techos y de las calles la ceniza, no dudaron de que á la santa Madre de Dios, cuyo favor habían implorado, eran deudores de semejante beneficio. Por esto, en reconocimiento y memoria perpetua, resolvieron ambos Cabildos, el eclesiástico y el secular, celebrar todos los años una fiesta solemne el día 8 de septiembre en la iglesia de la Merced, con asistencia de entrambos Cabildos. Todos los miembros del Cabildo secular nuevamente nombrados, al principiar á ejercer sus cargos,

oraciones, hasta llegar á ser, según el Padre Butrón, «uno de los lugares más venerados de la comarca». Sin embargo, aquella devoción, como todas las cosas humanas, se desvaneció, cediendo el puesto á la tibieza, á la frialdad y al olvido. La Virgen de Pichincha, solitaria como la hija de Sion, se afligió de no ver ya á sus antiguos devotos trepar la escarpada montaña para ir á depositar á sus pies virginales el tributo de la confianza, del amor y de la oración.

Tanta indiferencia, tanta ingratitud, de parte, no de algunos individuos, sino del público en general, era una pena, un tormento cruel para la angelical Mariana, cuyo corazón rebosaba de amor por María, la inmaculada Madre de Dios y de los hombres. Movida por estas piadosas consideraciones, determinó fijar su residencia sobre aquella montaña, cerca de la Madona. Podría, de este modo, á un mismo tiempo hacer la corte á la Reina de los cielos y disfrutar los tan deseados beneficios de la soledad. Sus sobrinas y su amiga Escolástica Sarmiento, impuestas por Mariana misma de aquel proyecto, lo hicieron

prestaban juramento de cumplir religiosamente por su parte con el voto que, á nombre de la ciudad, habían hecho sus predecesores.

«El obispo estaba ausente de Quito cuando sucedió la erupción del Pichincha; de vuelta á la ciudad, aprobó el acto celebrado por el Cabildo eclesiástico, ratificando en su nombre y en el de todos sus sucesores, el voto de hacer todos los años la fiesta de la Natividad de la Virgen María en la iglesia de la Merced.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

suyo con ardor y emulación, resolviéndose ellas también á realizarlo á toda costa. No pocas dificultades surgían en sus espíritus en contra de aquel proyecto; empero, Mariana, que no dudaba de nada en tratándose de agradar á Jesús y María, las iba resolviendo todas de un modo perentorio, según ella.

En cuanto á los medios de subsistencia, punto capital de la dificultad, no había por qué preocuparse. Disfrazándose, y, en caso de necesidad, desfigurándose el rostro, para lo cual tenía prontos ya los instrumentos adecuados, bajarían sin ser conocidas por turno á Quito, para mendigar de puerta en puerta algunos alimentos. Éstos, por escasos que fuesen, serían siempre más que suficientes, puesto que iban á vivir en la montaña para hacer penitencia, y no para buscar regalos. Por el mismo motivo un vestido pobre y andrajoso les bastaría. De esta suerte se llamarían y serían en hecho de verdad *las esclavas de la Santísima Virgen.*

Su traslación al Pichincha debía efectuarse con el mayor sigilo. Érales preciso, por lo tanto, aguardar alguna ocasión favorable; la cual no tardó en presentarse á medida de sus deseos.

Doña Jerónima se ausentó de casa por unos cortos momentos para hacer una visita de cumplimiento, de la cual no le era posible dispensarse. En seguida y velozmente nuestras jóvenes solitarias, presididas por Mariana, huyen disfrazadas, cada una con su hatillo. Toman las calles más cortas y menos frecuentadas, acelerando el paso á más no poder; así

es que muy pronto están fuera de la ciudad y poblado. Ya cantan victoria; cuando un toro cerril, cuyo solo aspecto feroz infunde espanto, les sale al encuentro, las embiste con furia y hace retroceder á toda carrera. Apenas les dió tiempo para arrojarse en una zanja, donde, cosidas unas con otras, pegadas contra el suelo, temblando de miedo, casi sin respirar, aguardan que el terrible cuadrúpedo desaparezca. Empero, el bruto, lejos de alejarse, permanece inmóvil, cual centinela, fijando en ellas sus formidables miradas. ¿Vélas hacer un movimiento cualquiera, por ejemplo, el ademán de levantarse para proseguir el camino? Acto continuo agita la cabeza, como quien se aprontara para acometerlas. Mariana, por si acaso es el demonio, traza sobre el feroz animal repetidas veces la señal de la cruz, pero en vano. Entonces es cuando se recoge en sí misma: consulta á Dios por medio de la oración, recibiendo al instante la divina respuesta, clara y terminante: que viva solitaria, sí, pero no en el desierto, sino en su propia casa; respuesta que se apresura á comunicar á sus compañeras con acento inspirado, en la forma siguiente: «Hermanas mías, no es voluntad de Jesucristo mi Esposo que vayamos al Pichincha; el amor, que allá nos guiaba, nos manda retroceder.» Á estas palabras el toro cesa de amenazarlas, y desaparece.

Con qué celeridad regresan á Quito nuestras bien intencionadas y esforzadas fugitivas: con qué tino procuran entrar en la casa, sin ser advertidas, no es para dicho. Tampoco son para referidas las palabras

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

severas, las fuertes reprensiones con que fueron acogidas, sobre todo Mariana, causa principal en ese segundo intento de fuga del hogar.

❦

CAPÍTULO X.

LA ELEGIDA DE DIOS.

SUMARIO. Resolución de poner á Mariana en una casa religiosa. — Diligencias practicadas al efecto. — Fracaso providencial. — Admisión á la vida religiosa. — Oposición de parte de Dios. — Mariana en el siglo con las austeridades del claustro. — Dos advertencias.

«DIOS quiere», escribe San Alfonso, «que todos los hombres lleguen á la salvación eterna, empero no por los mismos caminos. Así como en el cielo tiene establecidos diversos grados de gloria, así ha establecido sobre la tierra diversos estados de vida, como otras tantas vías distintas para llegar á la felicidad suprema.» [1] ¿Cuál será para la *Azucena de Quito* ese camino de salvación y santidad?

Su vocación, á primera vista, no parece ser un problema para nadie. Esa niña, ángel en la tierra — diráse sin titubear — es ciertamente llamada á la vida religiosa. Sus inclinaciones constantes, sus virtudes, sus tres votos de castidad, pobreza y obediencia, todo esto pudiera hacernos creer que Mariana ha nacido para el convento. No obstante estos indicios, muy diferentes son los designios del Señor; muy diversa es su voluntad soberana y siempre adorable. Lo

[1] Obras ascéticas, t. XIII, cap. II.

que vamos á referir en este capítulo mostrará una vez más que, aun, y sobre todo, cuando se trata de vocación religiosa, «el hombre propone, empero Dios dispone».

Doña Jerónima y Don Cosme, después de madura reflexión, resolvieron colocar á la joven Mariana en algún monasterio. Una vez terminada su educación á la sombra del santuario, allí mismo tomaría el velo, como todo lo hacía suponer. En todo caso era urgente ponerla en la imposibilidad material de idear y emprender nuevas fugas. Si bien una tentativa de este género había fracasado, otra podría tener buen éxito.

Para Mariana semejante determinación venía á pedir de boca; al ser enterada de ella, no tuvo sino palabras afectuosas para agradecer y aceptar gustosísima la propuesta. ¿No era por ventura su mayor deseo vivir en la casa de Dios, cerca del Huésped del tabernáculo, en la unión más íntima posible con Jesucristo sacramentado?

Estaba, pues, en vísperas de ver realizado este su ardiente deseo; en el colmo de la alegría vuela á visitar á la venerable priora del convento de Santa Catalina de Sena, la Madre Ana de San Pablo.

Entre ésta y Mariana mediaba, á pesar de la notable diferencia de edad, una amistad íntima y del todo sobrenatural, una confianza recíproca, que se traducía por la manifestación mutua de los secretos del corazón y por las oraciones que la una hacía por la otra. Eran dos almas hermanas por la gracia y animadas de un mismo espíritu, que se habían

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

severas, las fuertes reprensiones con que fueron acogidas, sobre todo Mariana, causa principal en ese segundo intento de fuga del hogar.

❦

CAPÍTULO X.

LA ELEGIDA DE DIOS.

SUMARIO. Resolución de poner á Mariana en una casa religiosa. — Diligencias practicadas al efecto. — Fracaso providencial. — Admisión á la vida religiosa. — Oposición de parte de Dios. — Mariana en el siglo con las austeridades del claustro. — Dos advertencias.

«DIOS quiere», escribe San Alfonso, «que todos los hombres lleguen á la salvación eterna, empero no por los mismos caminos. Así como en el cielo tiene establecidos diversos grados de gloria, así ha establecido sobre la tierra diversos estados de vida, como otras tantas vías distintas para llegar á la felicidad suprema.» [1] ¿Cuál será para la *Azucena de Quito* ese camino de salvación y santidad?

Su vocación, á primera vista, no parece ser un problema para nadie. Esa niña, ángel en la tierra — diráse sin titubear — es ciertamente llamada á la vida religiosa. Sus inclinaciones constantes, sus virtudes, sus tres votos de castidad, pobreza y obediencia, todo esto pudiera hacernos creer que Mariana ha nacido para el convento. No obstante estos indicios, muy diferentes son los designios del Señor; muy diversa es su voluntad soberana y siempre adorable. Lo

[1] Obras ascéticas, t. XIII, cap. II.

que vamos á referir en este capítulo mostrará una vez más que, aun, y sobre todo, cuando se trata de vocación religiosa, «el hombre propone, empero Dios dispone».

Doña Jerónima y Don Cosme, después de madura reflexión, resolvieron colocar á la joven Mariana en algún monasterio. Una vez terminada su educación á la sombra del santuario, allí mismo tomaría el velo, como todo lo hacía suponer. En todo caso era urgente ponerla en la imposibilidad material de idear y emprender nuevas fugas. Si bien una tentativa de este género había fracasado, otra podría tener buen éxito.

Para Mariana semejante determinación venía á pedir de boca; al ser enterada de ella, no tuvo sino palabras afectuosas para agradecer y aceptar gustosísima la propuesta. ¿No era por ventura su mayor deseo vivir en la casa de Dios, cerca del Huésped del tabernáculo, en la unión más íntima posible con Jesucristo sacramentado?

Estaba, pues, en vísperas de ver realizado este su ardiente deseo; en el colmo de la alegría vuela á visitar á la venerable priora del convento de Santa Catalina de Sena, la Madre Ana de San Pablo.

Entre ésta y Mariana mediaba, á pesar de la notable diferencia de edad, una amistad íntima y del todo sobrenatural, una confianza recíproca, que se traducía por la manifestación mutua de los secretos del corazón y por las oraciones que la una hacía por la otra. Eran dos almas hermanas por la gracia y animadas de un mismo espíritu, que se habían

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

conocido, comprendido y amado, desde que se vieron por vez primera. En esta visita la seráfica niña participa á esa santa amiga su dicha, al mismo tiempo que la pide ser admitida en el monasterio como educanda y pensionista. «Venga, venga pronto, venga hoy mismo»: tal es en substancia la respuesta de la superiora; ¡tanto anhela poseer lo más pronto posible aquel Tesoro de virtud y edificación, para su bien personal y el de la comunidad!

Vuela la venturosa Mariana en alas del deseo á su casa, á fin de informar á Don Cosme de su admisión y entrada en el convento para esa misma tarde.

Debía además despedirse de su cuñado, y recibir su bendición, según se acostumbraba en los siglos de fe, puesto que Don Cosme era para ella un segundo padre. Empero, ¿qué es lo que sucede? Don Cosme está ausente de casa. ¿Dónde se halla? Nadie lo sabe. Mariana, sin perder por un instante la calma que le era connatural, se pone luego á buscarlo; pero sin éxito alguno. Á su ruego, varias personas son enviadas con el mismo objeto á diversos puntos: no dejan calle por recorrer, ni plazas por cruzar, ni templos por visitar, ¿qué digo? solicitan datos de los amigos de la familia; todo es en vano. Don Cosme no se ha dejado ver en ninguna parte, y mientras tanto anochece. Vuelve por fin á casa; cuéntale Mariana lo infructuoso de todas las indagaciones. Al oir estas palabras, Don Cosme queda más que admirado, atónito; como que no era preciso ir muy lejos para encontrarle, pues no se ha

movido ni por un momento de la plaza pública ni distraído de las atenciones que reclamaban sus quehaceres.

Para todos era esto un misterio. Sólo Mariana, que ya tenía la inteligencia práctica de las cosas divinas, descubrió en ello el dedo de la Providencia. El Señor, árbitro de nuestros destinos, según parecía, acababa de hablar por la voz de los acontecimientos, dando á entender que no era de su agrado la entrada de su hija predilecta en el monasterio: conveniente era por tanto aguardar que hablara de nuevo, antes de tomar otra determinación cualquiera. Por lo cual Mariana, ya virgen prudente, sigue viviendo en su casa, como antes, entregada á sus acostumbrados ejercicios de piedad y mortificación.

Cierto día su cuñado, hombre de fe, cristiano á toda prueba, la llamó aparte para ensalzarle las excelencias y ventajas de la vida religiosa, los merecimientos y goces de tantas doncellas, nobles á la par que ricas, que habían trocado sus galas y demás prendas de oro y seda por el tosco sayal y pobreza de Santa Clara. «¿Qué dificultades podrían arredrarla en el camino de la religión? ¿El temor de las austeridades? Ya aventajaba en mortificación á las monjas más fervorosas. ¿La dote? Él la pagaba.»

No era menester gastar tanta elocuencia para obtener de ella una contestación afirmativa, que dió con lágrimas de ternura y gratitud y con cortadas palabras, sin largos discursos.

Está convenido: Mariana entrará de religiosa en algún convento; pero con el aparato acostumbrado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en aquel entonces entre las personas de su condición. Ésta es la voluntad formal de Don Cosme, para quien la etiqueta tiene fuerza de ley. De consiguiente los preparativos empiezan sin más tardar; y se continúan con la mayor actividad. Ya están fijados el día y el momento para la entrada solemne; ya están hechas las invitaciones de estilo á los parientes y amigos, que deben acompañar en procesión á la futura esposa de Jesucristo hasta la puerta del monasterio.

Entre tanto, Mariana experimenta en su corazón no sé qué de indefinido é insólito. Sin estar precisamente inquieta, ello es que no posee su calma ordinaria. Ahora bien; esa falta de sosiego, esa repentina intranquilidad del corazón, es con frecuencia un síntoma, un pronóstico que se debe tener muy en cuenta. La bienaventurada niña lo comprende; por esto consulta á Dios por medio de la oración, suplicándole que le dé á conocer su voluntad santísima. ¿Cuál será la respuesta del cielo? Clara y precisa puede formularse así: «quiero que vivas en tu propia casa, pero con las austeridades y recogimiento de las comunidades más fervorosas.»

Acata Mariana de buen grado la divina voluntad, repitiendo las palabras de la Reina de las Vírgenes: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.»

Empero, un cambio tan radical y repentino, debido á una inspiración particular de lo alto, debía encontrar muchas dificultades. No era la menor el lograr persuadir á su confesor y familia y hacerles

suspender los preparativos de su ingreso en religión. Mas lo que es imposible para el hombre, no lo es para Dios. Persuadida de esto, la *Azucena de Quito* arroja todos sus cuidados en el seno de la Providencia, sin preocuparse del asunto. Jesucristo tomó tan de su cuenta allanar las dificultades, ganar los ánimos, realizar sus altas miras respecto de su Hija y Esposa querida, que todos, confesor y allegados, desistieron del referido proyecto.

En efecto, preguntándole su padre espiritual, qué día había de verificar su entrada en el convento: «Nunca, padre mío, nunca», le contestó ella.—«¿Cómo nunca, si ya están hechos los gastos y todo está pronto?» — «No es ésta la voluntad de Jesucristo, mi Esposo divino», repuso Mariana; y dijo estas palabras con tal fuerza, precisión, acento y tono de convicción, que bien se echaba de ver que otro hablaba por su boca. El Padre Camacho se calló: director prudente y santo, examinó de nuevo la vocación de su hija espiritual, á la luz de la oración, del estudio y de la reflexión, y no tardó en persuadirse que realmente su penitente era llamada á practicar en su propia casa los ejercicios y rigores del claustro, á llevar vida religiosa fuera del convento, en el siglo mismo. No le costó trabajo persuadir de lo mismo á Doña Jerónima y á Don Cosme. Cristianos sinceros, esclavos del querer divino, antes que de la opinión pública, no tuvieron á menos dicha conservar á Mariana en su hogar, que verla tomar el velo en la casa de Dios. Teniéndola siempre en medio de ellos, á manera de Azucena que embellecía su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jardín doméstico, les era dado respirar constantemente el perfume de sus virtudes no menos heroicas que angelicales, «el buen olor de Jesucristo.»

Llegó á tanto en esta ocasión su desprendimiento y su delicadeza, que hicieron cesión y entrega á Mariana de cuanto tenían aparejado para la ceremonia de la entrada en Religión. Por su parte, la noble niña, que no cedía á nadie en generosidad, lo primero que hizo fué distribuir todos aquellos objetos entre los menesterosos, que son los amigos privilegiados de Jesucristo, el primero y más grande de los pobres.

Solitaria y penitente, muerta al mundo, viviendo recogida ante el acatamiento divino, con los ángeles se esforzará por imitar las virtudes y ejemplos de Jesucristo, divino Prisionero de nuestros sagrarios. Anonadamiento, soledad, oración, inmolación: tales son las cuatro palabras en que se cifra la vida eucarística de Nuestro Señor. Esas mismas resumirán la de Mariana, reclusa voluntaria en su propia casa. Tal será el objeto del libro siguiente.

Creemos oportuno hacer aquí dos advertencias. *Primera.* Para apreciar debida y exactamente los hechos extraordinarios de la niña Mariana, es indispensable tener en cuenta la acción del Espíritu Santo, quien *inspira donde quiere.* Olvidando este principio indiscutible, podría parecernos puerilidades y extravagancias lo que es sabiduría y madurez.

Segunda. La gracia, precisamente porque *edifica sobre la naturaleza,* al decir de los teólogos, respeta en cada uno de nosotros nuestro modo de ser,

las disposiciones ó condiciones morales provenientes del sexo, de la edad, del temperamento, de la educación, etc. Al paso que deja á los ancianos aquella gravedad que es el fruto de los años y de la experiencia y á los jóvenes ese ardor ciego, ese arrojo que no repara en dificultades; la gracia conserva en Mariana el candor de la infancia, la ingenuidad de la inocencia primera, en una palabra, una virtud al parecer infantil, pero en realidad consumada y heroica.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO SEGUNDO.

MARIANA SOLITARIA Y PENITENTE.

CAPÍTULO XI.

ENTRADA EN LA SOLEDAD.

SUMARIO. Mariana obtiene aposentos aislados para su servicio personal. — Se despide solemnemente de su familia. — Enciérrase en su soledad doméstica. — Orden del día aprobado por su director.

RECORDEMOS que la vocación de Mariana no es otra sino convertir su propia casa en claustro y soledad, y vivir en medio de los suyos entregada al recogimiento é inmolación. Con cuánto ardor, prontitud y generosidad la esclarecida virgen abrazó este género de vida, no es para referido. Más dichosa que una princesa que escala las gradas del trono, segura de la voluntad de Dios, pone todo su afán en ejecutarla del mejor modo posible. Con este fin, por el intermedio de su confesor, solicita de sus parientes un aposento aislado, en su casa, donde le sea fácil vivir sola con Dios y padecer sin testigos. Doña Jerónima y Don Cosme, que amaban á Mariana como á hija, y la estimaban como á santa, no se hicieron de rogar, y pusieron á su disposición tres piezas que comunicaban entre sí, pero independientes del resto de la casa. Antes de instalarse definitivamente en ellas, las visitó y amuebló á su gusto, ó, mejor dicho, al gusto de Dios, bajo cuyas inspiraciones se movía y conducía en todo. Con estas miras sobrenaturales hizo sacar todos los muebles, que, si bien modestos y decentes apenas, le parecían de lujo ó de mero adorno. En cambio colocó todo cuanto forma el ajuar de un anacoreta, por ejemplo: numerosos instrumentos de penitencia, varios objetos lúgubres, que recordaran la muerte; unos pocos libros y algunas imágenes ó estampitas de Jesús y María, etc. Por último, para mayor aislamiento, y á fin de no dejarse ver sino de quien quería, afianzó cada puerta por dentro con cerrojos y aldabillas. De esa prisión voluntaria saldrá tan sólo para ir á la iglesia, por el camino más corto y menos frecuentado, y esto cubierta de un gran velo, cual si fuera una religiosa claustrada.

Así las cosas, se despidió solemnemente de los suyos. Desde luego agradeció muy de corazón á su hermana mayor y á su cuñado las atenciones y cuidados que le habían prodigado; en seguida reiteró á sus sobrinas, que se deshacían en llanto, los consejos que siempre les había dado; consejos que no eran, en el fondo, más que el comentario práctico de esta sentencia de la Imitación: «Vanidad de vanidades; todo es vanidad, excepto amar á Dios y servirle á Él solo»; consejos muy apropiados para niñas que iban á hacer su entrada en la vida social; consejos que, como diremos en su lugar, produjeron en corazones prevenidos por la gracia, y tan bien dispuestos, frutos de sabiduría, virtud y santidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Después de abrazarlas con fraternal efusión, después de mezclar sus tiernas lágrimas con las de aquellos seres queridos, Mariana encaminó sus pasos hacia su nueva vivienda, y sepultóse para siempre en aquella Tebaida de nueva especie, como San Antonio en el desierto. Contaba á la sazón la santita doce años: la edad del niño Dios, cuando, para quedarse en medio de los doctores, adonde le llamaban los intereses de su Padre celestial, se separó de su santísima Madre María y de su padre nutricio San José.

El retiro de Mariana era una de tantas obras maestras del Espíritu Santo; su santificación y perseverancia en él serán igualmente frutos escogidos de ese mismo Espíritu vivificador. Ahora bien, ¿cuál será la primera palabra que la angelical doncella oirá de su Maestro divino, allá en el fondo del corazón? *Obediencia*. Sí, ella vivirá bajo el yugo de la obediencia, á ejemplo de Jesucristo, venido al mundo para obedecer, y hecho obediente hasta la muerte de cruz. La sumisión total á los representantes de Dios ha sido y será siempre el camino más seguro de salvación y perfección cristiana.

Por esto, nuestra niña, penetrada de las máximas del evangelio, solicitó siempre é invariablemente la aprobación de su director para los varios reglamentos de vida que hacía y perfeccionaba con más rigor, á medida que adelantaba en virtud y santidad.

Para saber cómo pasaba el día Mariana, prisionera por Cristo en su propia casa, bastará copiar íntegramente uno de sus reglamentos de vida, redactado por ella misma, escrito de su puño y letra, cuyas

textuales palabras nos ha conservado el Padre Butrón. Dice así: «Á las cuatro me levantaré, haré disciplina, pondréme de rodillas, daré gracias á Dios, repasaré por la memoria los puntos de la meditación de la Pasión de Cristo. En seguida, hasta las cinco y media, oración mental. De cinco y media á seis, examinarla; pondréme los cilicios, rezaré las Horas hasta Nona; haré examen general y particular; iré á la iglesia. De seis y media á siete, me confesaré. De siete á ocho, el tiempo de una Misa, prepararé el aposento de mi corazón para recibir á mi Esposo. Después que lo haya recibido, el tiempo de una Misa daré gracias á mi Padre Eterno por haberme dado á su Hijo, y se lo volveré á ofrecer, y en recompensa le pediré muchas mercedes. De ocho á nueve, sacaré ánimas del purgatorio y ganaré indulgencias por ellas. De nueve á diez, rezaré los quince misterios de la Corona de la Madre de Dios. De diez, el tiempo de una Misa me encomendaré á mis Santos devotos, y los domingos y fiestas hasta las once. Después comeré, si hubiere necesidad[1]. Á las doce rezaré Vísperas y haré examen general y particular. De dos á cinco, ejercicios de manos y levantar mi corazón á Dios; haré muchos actos de su amor. De cinco á seis, lección espiritual y rezar Completas. De seis

[1] Por estas palabras y otras se ve que la presente distribución de las horas del día ha precedido con mucho el fin de su vida; pues aquí señala horas de comer y la cantidad de pan que ha de tomar; cosa que no ha hecho en sus últimos siete años, puesto que durante todo este tiempo la Comunión fué su único alimento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á nueve, oración mental y tendré cuidado de no perder de vista á Dios. De nueve á diez, saldré de mi aposento por un jarro de agua y tomaré algún alivio moderado y decente. De diez á doce, oración mental. De doce á una, lección en algún libro de vidas de Santos y rezaré Maitines. De una á cuatro, dormiré, los viernes en mi cruz; las demás noches en mi escalera; antes de acostarme tendré disciplina. Los lunes, miércoles y viernes de los Advientos y Cuaresmas, la oración desde las diez á las doce la tendré en cruz; los viernes, garbanzos en los pies, y me pondré una corona de cardos y seis cilicios de cardos; ayunaré sin comer, toda la semana. Los domingos, comeré una onza de pan, y todos los días comenzaré con la gracia de Dios.»

Este reglamento de vida es digno del más fervoroso anacoreta, y fielmente observado conduce á la más encumbrada perfección. Aprobado como estaba por el director, tenía para Mariana fuerza de ley.

¡Para cuántos, desgraciadamente, las más hermosas resoluciones, estampadas en el papel, no pasan de meros proyectos! y esos manuscritos espirituales más de una vez enriquecen los archivos de la veleidad y la crónica de los deseos estériles. Mariana empero, hasta su dichosa muerte, se mostró y fué esclava de su reglamento, que sólo derogaba por obediencia, ó para llenar un deber de caridad, ó bien cuando, enferma en cama, se veía en la imposibilidad de seguir su plan de vida. Asimismo derogaba su orden del día cuando, siempre con los debidos permisos, añadía nuevas maceraciones á las apuntadas arriba.

Prueba de esta variación es la carta siguiente, en la cual nuestra heroína pide permiso á su director para aumentar sus penitencias:

«Padre mío: Si V. P. gusta de darme licencia para añadir á mis penitencias que ahora hago este Adviento: siquiera estaréme en cruz todas las noches, desde las seis hasta las siete, y los lunes, miércoles y viernes con garbanzos en los pies. Disciplina todas las noches á las once, á la una y á las cuatro. Cilicios, los de cardos todos los días, y tormentos en los brazos y muslos, con unas cuerdas de cerdas, y un cilicio de alambre de cuatro vueltas en la cintura, desde la víspera de Todos los Santos hasta la víspera de Pascua (de Navidad), si Dios es servido. En los ayunos, la regla que mi Padre me dejó, cuando la necesidad me obligare.»

Heroína del amor divino, fiel á su método de vida hasta el postrer aliento, Mariana avanzaba, según la palabra del Salmista, de virtud en virtud, subiendo de grado en grado, por la escala de la santidad, hasta la clara visión de Dios.

CAPÍTULO XII.

MARIANA DE JESÚS, MÁRTIR DE LA MORTIFICACIÓN CORPORAL.

SUMARIO. Arsenal de la penitencia. — Uso variado de los instrumentos de maceración. — Ayunos. — Cama.

DOS son las ocupaciones de un solitario, escribe San Alfonso: orar y hacer penitencia. La oración y la penitencia, en todas las formas, abrazan,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

penetran y llenan de tal manera la existencia de la virgen quiteña reclusa en su habitación, que bien se puede decir que no ha habido momento en que no haya estado orando ó martirizándose, ó, mejor dicho, practicando ambas cosas á la vez. Sus maceraciones, á no constar bajo la fe del juramento en el proceso de beatificación, tendríanse por fabulosas. Los hechos que vamos á relatar nos muestran á las claras que Mariana fué constantemente el implacable verdugo de su cuerpo; que en la carrera de la penitencia igualaba tal vez á muchos Santos que la Historia nos representa como prodigios de mortificación. Uno de los aposentos de la *Azucena*, inaccesible á los profanos, era todo un arsenal de penitencia, donde pendían las armas de esa valiente hija de la cruz. Para convencernos de esta verdad, tenemos la relación auténtica de un testigo ocular, relación que, según el Ilustrísimo Señor Suárez, se halla en uno de los cuadernos del proceso de beatificación[1]. Ese testigo ocular, que visitó el aposento de Mariana poco tiempo después de muerta ésta, es el presbítero Alonso de Soto. Alumno interno del seminario de San Luis en tiempo de Mariana de Jesús, y de trece á quince años de edad, conoció á la santa y habló con ella algunas veces. En una carta dirigida al Padre Butrón, con fecha 14 de octubre de 1696, dice textualmente:

«Después de la muerte de esta señora, un día que estuve en casa del capitán Cosme de Caso, habiendo

[1] Historia del Ecuador t. IV, p. 245, en nota.

ido á ver á un hijo suyo que era estudiante y mi amigo (el cual ha muchos años que murió), me llevó al aposento de esta sierva de Dios, que era en un cuarto alto, que de continuo estaba con llave; y habiéndolo abierto, me mostró todas las alhajas que allí estaban guardadas; que eran instrumentos de las penitencias que hacía: mostróme una cama de rejas de palo, del tamaño de una mesa, donde dormía algunas noches, que no era posible durmiese, así por los palos esquinados que con el filo la habían de atormentar, como por los pedazos de ladrillo y piedras esquinadas que estaban derramadas en el plan: mostróme una cruz grande, colgada en la testera, donde se crucificaba, amarrándose los cabellos en la parte superior de ella, en unas sogas que allí estaban amarradas para ese efecto, y otras en los brazos de la cruz, donde metía las manos y quedaba pendiente de ellas. Vi también en un rincón juntas y amontonadas muchas sogas gruesas y delgadas, que servían de cilicios; asimismo muchos cilicios, anchos y grandes, de cardos de hierro para la espaldà, y otros pequeños para los muslos y brazos, que se conocía por el tamaño de ellos; otros de cardas de cardar, otros de cadenillas de hierro, un azote de dos ramales de hierro, y otros azotes de disciplinas ensangrentadas, y uno con rodajas pequeñas, y todo junto y amontonado, que causaba miedo y admiración verlo; y asimismo el aposento, que era blanqueado, estaba todo él por los bajos salpicado de sangre. Otra cruz, también grande, vi arrimada, y me dijo el amigo que era con la que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

caminaba las estaciones en su cuarto, de que quedé admirado y compungido.»[1]

En suma, en aquel arsenal de penitencia había armas para hacer la guerra á todos los sentidos, á todos los órganos, excepto el rostro, que debía ser perdonado y quedar intacto y fresco, para evitar la ostentación de austeridad y maceración. No se crea que el uso continuado de esos instrumentos aflictivos haya embotado su natural sensibilidad; todo lo contrario, pues Mariana usaba ya unos ya otros, con cruel y bien combinada variedad, precisamente á fin de abrir cada vez nuevas llagas y experimentar así sensaciones nuevas de dolor. La angelical doncella se azotaba hasta derramar arroyos de sangre, una, dos, tres y hasta cinco veces al día, y habría aumentado el número á no habérselo impedido el Padre Camacho. Á lo dicho añadamos el uso simultáneo de varios instrumentos de penitencia; pues no es raro que cargue una media docena de cilicios. Á los pies, igualmente que á los demás miembros, les da tormentos; haciendo oficio de verdugo el calzado, sembrado interiormente de garbanzos, engastados y fijos en cera derretida. Así es como la generosa virgen reproducía en toda su persona la imagen de Jesucristo su Esposo crucificado, quien, según la palabra del Espíritu Santo, «no tiene parte sana desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza». Este mismo fué el heroico afán de San Pablo, el cual escribe á los Corintios: «Traemos siempre la mortificación de Jesús

[1] Historia del Ecuador l. c.

en nuestro cuerpo, para que la vida de Jesús se manifieste también en nuestra carne mortal.»[1]

Nos equivocaríamos si pensásemos que la *Azucena de Quito* era una de esas naturalezas excepcionales, exentas de dolor, que afrontan impasibles el sufrimiento. Muy al contrario, Mariana, sobre ser mujer y por consiguiente de suyo asaz impresionable, tenía una constitución delicada, cuya sensibilidad aumentaban mucho sus enfermedades crónicas y achaques.

Oigamos de boca de esa mártir de mortificación, cuán dolorosos le eran los suplicios á que se sometía. Cierto día, siendo todavía niña, encerrada en su cuarto, estaba desgarrándose los hombros con no sé qué instrumento, cuando entró una antigua criada de la familia. Al verla, se espantó y preguntó si no le dolían aquellos azotes. «¡Y cómo que sí me duelen!» respondió la víctima voluntaria, «pero yo los tomo por mis pecados; y sólo te suplico por Dios y por su amor que no se lo cuentes á mis padres y que me guardes el secreto.» Igual confesión hizo la sierva de Dios á su sobrina Juana de Caso, relativamente á su cama, donde se atormentaba, más bien que dormía y descansaba, por unas dos ó tres horas cada noche (que éste era más ó menos el tiempo de su sueño, según el Padre Camacho), y que era ya un potro, guarnecido por dentro con puntas de madera y llamado por esto escalera; ya un montón de ladrillos, fríos, rodeados y como entrelazados con robustas y picantes ortigas; ya piedras

[1] 2 Corint. IV, 10.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

toscas y puntiagudas, medio enterradas en el suelo; ya cruces de todas formas y tamaños, etc.

Una de esas cruces nos la describe el Padre Butrón en los siguientes términos: «Tenía de largo poco más de una vara; era redonda y gruesa como el brazo de un hombre y estaba claveteada toda de doscientas y siete espinas, tan agudas, que no podían tocarse con alguna violencia sin hacer sangre. En la distribución de sus ejercicios había anotado que los viernes le serviría de compañera en la cama, y lo cumplía exactamente. Echábase de lado y ponía dicha cruz á la espalda, de modo que á cualquier movimiento que hiciera, la avisasen muchas punzadas á un tiempo; y porque no pocas veces en los arrebatos de sus fervores se abrazaba fuertemente con ella, no es extraño que quedara su cuerpo todo señalado y la cruz enrojecida de su sangre, como se podía observar aun muchos años después de su muerte.»

Pues bien; según declaró candorosamente la santa á su sobrina: á vista de semejantes instrumentos de suplicio, se impresionaba tan vivamente, que «sudaba y perdía el aliento»; la consideración de que «aquel martirio no era para un día, sino para todos los de su vida, producía en su alma un terrible combate, del cual, sin embargo, con la gracia de Dios, salía vencedor su espíritu».

Este don de fortaleza, lo impetraba nuestra ínclita virgen con oraciones tan eficaces como humildes y fervorosas, pero teniendo siempre presente y poniendo en práctica aquel refrán: «Á Dios rogando y con el mazo dando.» Para ello, entre otros ejercicios,

á imitación de San Pedro de Alcántara, se apostrofaba á sí misma y decía para sí, según el historiador tantas veces mencionado: «¿Te duele, Mariana? Pues duélate enhorabuena, que más dolió á tu Esposo. ¿Lo sientes? Pues siéntelo una y mil veces, que mayor castigo mereciste. ¿Quieres regalo? Pues yo te daré tan exquisito, que no te quede qué desear.» «Tenía una colcha ó cobertor, que ella llamaba su sábana, tejida toda de cerdas y hecha á medida de su cuerpo, y cuando se sentía combatida del amor de su carne y empezaba á empeñarse la lucha entre ella y el espíritu», escribe el citado biógrafo, «se levantaba de repente, y quitando el lecho de maderos y extendiendo en el tablado el cobertor y sembrándolo de menudas y escabrosas piedras, lanzaba su cuerpo sobre él con mayor tormento que el que padecía en el potro. Estando allí ya cobijada, 'ya no tienes, decía, por qué tener congojas; si deseabas regalo, ya lo tienes; si descanso, ya te lo doy; si delicados lienzos, aquí los tienes: revuélvete en esta mullida cama y goza de lo que tanto apetecías'; con lo que se vengaba á su placer de la rebeldía de la carne. El día que murió Mariana, sacaron sus hermanos en un azafate de plata aquella sábana con sus piedras y la mostraron al pueblo, celebrando así las victorias que con tanto mérito para el cielo reportó sobre sí misma.»

Por lo que dejamos apuntado, sábese que nuestra *Azucena* era en extremo sensible al dolor; pero esta misma sensibilidad constantemente superada, es la medida de su heroísmo en la lucha contra la carne.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XIII.

MARIANA DE JESÚS MÁRTIR DE LA MORTIFICACIÓN CORPORAL (CONTINUACIÓN).

SUMARIO. Ayunos progresivos. — Al fin no se alimenta más que del Pan eucarístico. — Anécdota. — Se hace flagelar. — Declaraciones de su confesor. — Advertencia al lector.

LA Beata Mariana, llamada á la vida unitiva con Dios, debía aventajarse en la abstinencia y ayuno, como todos los grandes contemplativos. «¿De qué manera se aparejó», pregunta el Padre Scaramelli [1], «Moisés para hablar á solas y cara á cara con Dios y sobre la cumbre del Monte Sinaí? Con el ayuno de cuarenta días continuos. ¿De qué modo se dispuso Elías para ver á Dios en la gruta del Monte Horeb? Con una semejante cuarentena de ayunos. Y ¿cómo mereció Daniel aquellas recónditas revelaciones y aquellas secretas verdades que leemos en su historia, sino con el ayuno de tres semanas enteras?» Ved ahí por qué la esforzada virgen quiteña dice con San Pablo [2]: «Castigo mi carne con incesantes fatigas, con largas vigilias, y con penosos ayunos.»

No es mi ánimo referir circunstanciadamente aquellos ayunos tan prodigiosos. Esta omisión parcial no perjudica á mi intento, que es poner de manifiesto lo extraordinario de aquellas privaciones voluntarias; antes bien, lo favorece. Lo grandioso de un edificio ¿no se conoce más bien considerando su conjunto que estudiando sus detalles? Tracemos, por lo tanto,

[1] Directorio ascético t. II, cap. II.

[2] 1 Cor. IX, 27; v. 2 Cor. XI, 27.

á grandes rasgos, las diversas fases, las incesantes y estupendas creces de Mariana en la abstinencia y ayunos.

Apenas vino al mundo, se lanzó y dió saltos agigantados por la carrera del ayuno y de la abstinencia. Como hemos apuntado más arriba, tomaba el pecho de su madre solamente dos veces en cada veinticuatro horas, y una sola vez en ciertos días de la semana, como se lee de San Nicolás.

Á los cuatro años de edad se contentaba con una sola y escasa refección diaria, y esto á las doce en punto. Á los seis años supo defender y excusar sus ayunos y abstinencia con tan buenas razones, que obtuvo de los suyos permiso para seguir su tenor de vida, salvo el caso de que peligrara su salud.

Á los ocho años ayunaba á pan y agua en ciertas épocas y vigilias del año; asimismo ya por ese tiempo ayunaba al *traspaso*, esto es, no comía ni bebía nada desde el Jueves Santo al medio día hasta el Sábado Santo al tocar á Gloria.

Á los once años pasó los cuatro últimos días de la Semana Santa sin probar bocado.

Que la esforzada niña se haya abstenido constantemente de carne, de huevos, pescado, leche y otras cosas por el estilo, no creo necesario decirlo; pero sí haré notar que sabía disimular tan hábilmente su mortificación, que ésta parecía más bien repugnancia natural que virtud.

No carece de edificación un hecho que trae el Padre Butrón: «El dulce, que ordinariamente es el manjar de los niños, fué para Mariana objeto de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una severa regla de privación absoluta, y una vez que tomando por inadvertencia un bizcocho mojado en agua, reparó en el azúcar de que parecía compuesto, lo arrojó, reprendiéndose por el culpable descuido.»

Si tales eran los principios de sus fervores, ¿cuáles no habrán sido más tarde sus progresos?

Su régimen habitual era por sí solo todo un ayuno, ¿qué digo? era un ayuno más riguroso que el que suele observarse comúnmente el Viernes Santo. «El alimento ordinario de la *Azucena*», leemos en su biografía, «no era otra cosa que una rebanada de pan y alguna fruta. Si se permitía tomar cosa caliente, era un plato de coles, sin otro sainete que el agua, cocidas y hasta sin sal.» Y cuenta que lo usual era contentarse con un pedazo de pan de varias semanas, mojado en agua, y tan poco que pesaba cuatro onzas apenas, y ese mismo pedazo de pan, subdividido por onzas, le duraba cuatro días, bastándole una onza cada veinticuatro horas. Y aun este escasísimo alimento lo acompañaba frecuentemente con hiel, hierbas amargas y ceniza.

Aquí viene á propósito una anécdota, consignada con la solemnidad del juramento en las Actas de la beatificación. El Doctor Don Juan Martín recomendaba á Mariana que, siquiera mientras estaba mala, tomase alguna cosa substanciosa; para convencerla, le dijo estas palabras de Nuestro Señor: «No de solo pan vive el hombre.»[1] Mariana contestóle con tales

[1] Mat. IV, 4.

razones, que lo dejó sin réplica. ¿Contestaría con la segunda parte del citado texto, donde se dice que el hombre «vive también de toda palabra que sale de la boca de Dios», y por consiguiente de Jesucristo, Verbo de Dios? No es inverosímil. Por cierto aquellos ayunos rigurosos y continuos arruinarían sus fuerzas físicas y hasta le causarían la muerte á no estar neutralizados interiormente con aquel sustento invisible y divino de que habla el arcángel San Rafael á los dos Tobías, como lo indicó Mariana en cierta ocasión. Habiendo aconsejado á su criada que ayunase á pan y agua, ella le respondió «que lo haría con mucho gusto, si fuese tan virtuosa como su patrona». «De tu parte está», repuso la santa, «poner los medios y hacer las diligencias; Dios cuidará entonces de conservarte la vida.»

El alimento diario de nuestra angelical solitaria era una onza de pan duro, alimento que, andando el tiempo, llegó sucesivamente á ser semanal, quincenal, hasta que, por fin, fué totalmente substituído por el Pan eucarístico, como lo diremos oportunamente.

Como se ha visto, la *Azucena*, convertida en verdugo de sí misma, se atormentaba cuanto podía; es más, buscaba solícita quién le diera tormento con mano generosa y robusta.

Siempre se hacía acompañar de alguna india, mayormente cuando iba á la iglesia. Con lo que, á más de contar con un testigo presencial de todas sus acciones, ventaja muy apreciable á los ojos de la fe, se proporcionaba la ocasión, en extremo grata para un alma celosa, de enseñar á su sirvienta á amar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mucho á Jesucristo. Entre esas indias que privaban con la esclarecida virgen, más noble que una reina, puesto que era la esposa del Redentor, se distinguió Catalina, por su discreción, buenos oficios y demás virtudes. Confidente de su angelical señora, le aseaba los instrumentos de penitencia y los vestidos horriblemente ensangrentados. Á la buena Catalina es á quien debemos no pocas particularidades que figuran en el Proceso. De la misma fuente está tomado lo que pasamos á referir.

Llamóla cierto día la beata Mariana: después de un hábil preámbulo, y bien estudiado exordio, le propuso, le pidió que la azotase. Á estas palabras se sobrecogió la cariñosa india, como herida de un rayo, protestó que era, no el verdugo, sino la esclava, la amante esclava de su señora. Mariana no desistió; antes bien rogó, instó, porfió, haciendo ver los bienes que de aquella flagelación resultarían para entrambas. Al fin Catalina empuñó el azote con mano trémula y acobardada. Aprontarse para el suplicio, hincarse de rodillas, á fuer de criminal, todo fué para Mariana cosa de un instante. Hiérela con el primer golpe Catalina, con el segundo y con el tercero: aquí se detiene, cual si le faltasen las fuerzas: arroja el azote, diciendo que ella prefiere ser la víctima, y no el verdugo. La esforzada virgen, más enardecida con aquellas primeras descargas, insiste con tono más suplicante y razones no menos imperiosas, para que continúe el tormento: «No, Catalina, no», dice, «no te canses; prosigue y ármate de furor contra mí, que con esto me ayudas á subir á la gloria; y te aseguro que si

me veo en ella, y tú lo sabes, habrás de gozar no poco de haber sido instrumento de mi dicha.» Acto continuo cae sobre Mariana una lluvia de azotes: tempestad, que no lluvia, es aquella feroz flagelación que dura hasta que la penitente, bañada en su propia sangre, queda harta de padecer, y sabemos que no era fácil hartarla de dolores. Este mismo favor, pues por tal lo estima, lo obtendrá en lo sucesivo muchas veces de la muy complaciente y bienhechora Catalina. Con cuánta verdad dirá con su Esposo crucificado: «Aparejada y pronta estoy para los azotes.»[1]

Antes de concluir este capítulo conviene desvanecer una objección que probablemente se habrá ocurrido al lector. Que la sierva de Dios, al hacer mortificaciones tan extraordinarias, tenga muy buenas intenciones, nos parece fuera de duda. Empero, ¿no será el juguete de ilusiones siempre posibles? ¿no obedecerá á caprichos de mujer? De ninguna manera, contesto. ¿Acaso no tiene esta esposa de Jesucristo crucificado por regla de sus acciones y conducta, la voluntad santísima de Dios, y por órgano seguro de ésta, la palabra del representante de Dios, su confesor? Ahora bien, ¿cuál fué en materia de penitencia la dirección, sobre manera prudente, del Padre Camacho? Él mismo lo dice en una carta dirigida á Don Cosme de Caso, cuñado de la santa virgen, después de la muerte de ésta:

«Las penitencias, mientras la regí yo, fueron raras y mayores que las que naturalmente parece

[1] «Quoniam ego in flagella paratus sum» (Ps. XXXVII, 18).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pudiera tolerar un cuerpo tan débil; si bien, por estar persuadido, después de mucha atención y examen, de que eran inspiradas de Dios, se las permití.» En seguida el Padre Camacho confirma someramente cuanto llevamos dicho en orden á la mortificación de su hija espiritual: «Seis y siete cilicios juntos traía muchas veces, y algunos de ellos de cardas. Las disciplinas, hasta derramar sangre en ellas, dos y más veces las hacía cada día. Dormía muchas veces amarrada á una cruz, otras sobre una escalera. Los ayunos milagrosos, porque, dejados los de pan y agua, que frecuentemente hacía á los principios; por espacio de algunos años no se desayunaba sino de quince en quince días, y entonces con una rebanada de pan que volvía á vomitar.»

Empero los permisos dados por el Padre Camacho, con ser amplios, no eran ilimitados: en casos dados sabía el prudente director poner trabas á los ardores de aquella mártir voluntaria, cuya mortificación interior anhelaba más que la exterior. En cierta ocasión le pidió cinco de los cilicios que usaba, los examinó y encontró crueles por demás; cortándolos por la mitad á lo largo, dice el Padre Butrón, se los restituyó, quedándose con tiras de cuatro dedos de ancho.

Admiro todas estas penitencias, dirás, lector benévolo, y bendigo á Dios por haber dado á una flaca y débil criatura fuerza para practicarlas; empero, admiro, sólo lo admiro; imitar esto no puedo.

Sólo he pretendido hacer contigo, diré apropiándome un pensamiento del Padre Scaramelli, lo

que hace un mercader con los que van á comprar á su tienda: «Abre sus alacenas y estantes, les muestra sus ricos géneros... no porque pretenda que aquéllos le hayan de comprar todo lo que les pone delante de los ojos, sino sólo para aficionarlos con aquella muestra á comprar aquellas cosas de que conocen tener más necesidad.»[1] Así yo te he puesto delante de los ojos una multitud de penitencias, entre las cuales hay muchas extraordinarias y desacostumbradas, no porque tú las hayas de practicar, sino sólo para que te enciendas con los ejemplos de la santa *Azucena* en deseos de penitencia, proporcionada á tus obligaciones, fuerzas y necesidades. Esto es ofrecer á Dios nuestro cuerpo, según San Pablo, como una hostia viva, santa, agradable y racional[2].

❦

CAPÍTULO XIV.

MARIANA CRUCIFICADA EN SU CUERPO POR LAS ENFERMEDADES.

SUMARIO. Causas de las enfermedades de Mariana. — Enumeración de éstas. — Hidropesía. — Sed abrasadora. — Remedios de santos, esto es, peores que los males. — Sangrías frecuentes y prodigiosas.

MARIANA no fué menos mártir de paciencia que de mortificación voluntaria. Tales y tantas fueron sus enfermedades y achaques, que bien pudo hacer suyas estas palabras de Job, la gran figura de Jesucristo, *Varón de dolores:* «Me atormentas de un

[1] Direct. ascet. t. II, cap. VI.

[2] Rom. XII, 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pudiera tolerar un cuerpo tan débil; si bien, por estar persuadido, después de mucha atención y examen, de que eran inspiradas de Dios, se las permití.» En seguida el Padre Camacho confirma someramente cuanto llevamos dicho en orden á la mortificación de su hija espiritual: «Seis y siete cilicios juntos traía muchas veces, y algunos de ellos de cardas. Las disciplinas, hasta derramar sangre en ellas, dos y más veces las hacía cada día. Dormía muchas veces amarrada á una cruz, otras sobre una escalera. Los ayunos milagrosos, porque, dejados los de pan y agua, que frecuentemente hacía á los principios; por espacio de algunos años no se desayunaba sino de quince en quince días, y entonces con una rebanada de pan que volvía á vomitar.»

Empero los permisos dados por el Padre Camacho, con ser amplios, no eran ilimitados: en casos dados sabía el prudente director poner trabas á los ardores de aquella mártir voluntaria, cuya mortificación interior anhelaba más que la exterior. En cierta ocasión le pidió cinco de los cilicios que usaba, los examinó y encontró crueles por demás; cortándolos por la mitad á lo largo, dice el Padre Butrón, se los restituyó, quedándose con tiras de cuatro dedos de ancho.

Admiro todas estas penitencias, dirás, lector benévolo, y bendigo á Dios por haber dado á una flaca y débil criatura fuerza para practicarlas; empero, admiro, sólo lo admiro; imitar esto no puedo.

Sólo he pretendido hacer contigo, diré apropiándome un pensamiento del Padre Scaramelli, lo

que hace un mercader con los que van á comprar á su tienda: «Abre sus alacenas y estantes, les muestra sus ricos géneros... no porque pretenda que aquéllos le hayan de comprar todo lo que les pone delante de los ojos, sino sólo para aficionarlos con aquella muestra á comprar aquellas cosas de que conocen tener más necesidad.»[1] Así yo te he puesto delante de los ojos una multitud de penitencias, entre las cuales hay muchas extraordinarias y desacostumbradas, no porque tú las hayas de practicar, sino sólo para que te enciendas con los ejemplos de la santa *Azucena* en deseos de penitencia, proporcionada á tus obligaciones, fuerzas y necesidades. Esto es ofrecer á Dios nuestro cuerpo, según San Pablo, como una hostia viva, santa, agradable y racional[2].

❦

CAPÍTULO XIV.

MARIANA CRUCIFICADA EN SU CUERPO POR LAS ENFERMEDADES.

SUMARIO. Causas de las enfermedades de Mariana. — Enumeración de éstas. — Hidropesía. — Sed abrasadora. — Remedios de santos, esto es, peores que los males. — Sangrías frecuentes y prodigiosas.

MARIANA no fué menos mártir de paciencia que de mortificación voluntaria. Tales y tantas fueron sus enfermedades y achaques, que bien pudo hacer suyas estas palabras de Job, la gran figura de Jesucristo, *Varón de dolores:* «Me atormentas de un

[1] Direct. ascet. t. II, cap. VI.

[2] Rom. XII, 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

modo portentoso.»[1] — Me crucificas con los redoblados golpes de tu pesada mano, con tanta violencia, que no puedo expresarlo suficientemente.

¿Cuáles serían las causas de esas dolencias sin cuento, que la martirizaron tan desapiadadamente casi toda la vida? Los ayunos rigurosos y continuados de la Sierva de Dios, sus maceraciones, cuyo solo nombre hace estremecer, sus prolongadas vigilias, en fin, todo su género de vida, bastaba para arruinar la constitución más robusta, y con más razón la suya, que era delicadísima.

Demás de esto, ¿cuál es la vocación de la *Azucena*? Tres palabras la resumen: oración, inmolación, unión con Jesucristo crucificado: y en tal concepto se puede decir que estaba predestinada desde la eternidad para padecer y sufrir en cierta manera su «pasión y muerte», pudiendo afirmar con su Esposo enclavado en la cruz: «Es necesario que se cumpla todo cuanto de mí está escrito.»[2]

Demos ahora la larga lista de sus dolencias y achaques. Para ello, á más de consultar el Proceso, copiaremos más ó menos textualmente algunos párrafos del Padre Butrón, ó de su compendiador, el presbítero Castro.

Eran ordinarios en ella los dolores de estómago y de cabeza, los vómitos de sangre, los dolores de costado, los tabardillos, y cierto mal indefinido y misterioso, tan violento que, según confesaba ella misma, con sólo durar un cuarto de hora continuo

[1] Job x, 16. [2] Luc. xxii, 37.

le hubiera causado la muerte. Á tantos padecimientos añadiéronse en los ocho últimos años de su vida, una calentura continua y la hidropesía, con todo su cortejo de males, como molestosísimas hinchazones y la sed más ardiente y más tenaz que suponerse puede. Para apagar estos incendios que la abrasaban, éranle menester arroyos de agua; sin embargo, renunció tan por completo esta especie de alivio, que en una ocasión por espacio de tres meses no probó una sola gota.

No obstante, buscaba con avidez el agua á fin de hacer más sensible y más cruel su mortificación. ¡Cuánto no padece una fiera, acosada del hambre, al ver una presa fuera de alcance, sin poder abalanzarse sobre ella! ¡Qué suplicio el de un hambriento que se halla en presencia de una mesa copiosamente servida sin poder alargar á ella la mano! Igual tormento padecería nuestra *Azucena*, con la diferencia de que para ella el sacrificio era espontáneo y voluntario.

Consideraba detenidamente las bellezas y los beneficios del agua; trayendo para ello á la imaginación cuanto había leído sobre la materia, ó era capaz de discurrir. Dábale los calificativos más encomiásticos: «Por el agua se alegran los prados, viven los peces y demás seres irracionales, lo mismo que las plantas. Cual océano sin límites, el agua, sobre encerrar bienes inmensos, es una representación, un símbolo de Dios, que es sin principio ni fin; el agua, á manera de elemento dominador, avasalla á muchos otros elementos.» Concluía exclamando:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«¡Bendito sea el Creador que te hizo tan hermosa y tan pura! ¡Loada sea para siempre su piedad, que nos dejó en ti un bosquejo de su compasiva bondad!» ¿Empezaba á llover? Se trasladaba á una pieza cercana, de donde contemplaba la lluvia cayendo en menudas gotas desde la nube y en gruesos chorros desde los tejados; luego miraba los arroyos que se iban deslizando, para que se le abrasasen más y más las fauces; por fin, satisfecha de tormento, se retiraba. No pocas veces recogía un poco de agua en el hueco de ambas manos, y, después de devorarla con los ojos, la acercaba á sus abrasados labios y luego la retiraba, sin humedecerlos siquiera, acordándose de su amado Esposo, sediento en la cruz.

¿Que la sed la apura más que de costumbre? Vedla tomar un jarro de pico estrecho é ir á la tinaja ó á la fuente; saca el agua, y extendiendo el brazo viértela muy despacio, hasta la última gota; repite esta operación, que es todo un martirio para quien se muere de sed, por segunda, tercera y cuarta vez. Sólo cuando le parece imposible atormentarse más, echa la bendición al agua y sin probarla se vuelve á su habitación. Alábase al rey David cuando, abrasado de sed, derramó el agua en la tierra, en vez de beberla, por amor de Dios. Nuestra santa, igualmente sedienta, ¿es menos generosa? ¿Cuántas veces el monarca de Israel practicó aquella mortificación? Una sola vez, mientras que la *Azucena* la practicó la mayor parte de su vida.

Durante su última enfermedad se abstuvo del agua de una manera, si cabe, aun más heroica, como lo apuntaremos en su lugar.

No está prohibido, antes bien nos está mandado, cuidar de nuestra salud; pues no somos los dueños de nuestra vida. De aquí procede otra obligación, la de combatir, en cuanto sea buenamente posible- aquellas enfermedades que pudieran ser de conse, cuencia. Empero la virgen de Quito parece haberse dispensado de este deber, y esto por muy buenas razones. ¿Acaso no se regía según inspiraciones particulares del Espíritu Santo, bajo la conducta segura de su confesor, virtuoso igualmente que sabio? Á decir verdad, empleaba muy á menudo un remedio extraordinario, si como tal hemos de considerar las numerosísimas sangrías á que se sometía. Numerosísimas, he dicho, pues por lo pronto se hacía sangrar de vez en cuando, luego una vez cada semana y con más frecuencia aún. Por declaración de su director sabemos que aquella ilustre solitaria se hizo sangrar *ciento y setenta veces* en el espacio de un solo año.

¿Á quién atribuiremos esas sangrías tan repetidas, en aquel entonces muy en boga, y hoy día miradas como contraproducentes? ¿Las imputaremos á Mariana, ó bien á los Facultativos que las recetaban ó permitían? Digamos en obsequio de la verdad, que, salvo excepciones, Mariana misma, bajo cualquier pretexto, las obtenía de médicos muy complacientes. Mas sobre esas exageradas condescendencias no es lícito formular crítica alguna. ¿Por qué? Porque el Señor, árbitro supremo de nuestros destinos, ha autorizado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aquellas sangrías con el sello de los milagros. No lo olvidemos: trátase aquí de una persona que al principio comía tan sólo de tarde en tarde una que otra onza de pan, y después no tomaba alimento natural de ninguna clase. Ahora bien, preguntamos: ¿Es natural, regularmente hablando, que una persona que no se alimenta en absoluto, tenga siempre sangre en abundancia, y esto á pesar de las frecuentes sangrías á que se somete? No, ciertamente.

Es más: había Mariana recomendado á su fiel india Catalina, que después de cada sangría arrojase la sangre siempre en un mismo hoyo, abierto en el fondo del jardín. Obedecía Catalina exactamente, pero de tal manera que, en vez de echar tierra encima, tapaba el hoyo con una piedra. Cierto día tuvo la curiosidad de remover con una varita la sangre que suponía coagulada y corrompida; mas ¡cuál no fué su asombro al verla tan líquida y fresca como cuando había brotado de la vena! ¿Qué digo, líquida y fresca? exhalaba además una fragancia suave cual flor olorosa. Faltóle á la buena Catalina tiempo para volar hacia su señora y decirle que la sangre arrojada en aquel hoyo estaba aún purpúrea, hermosa y como recién vertida y además perfumada y olorosa: noticia que recibió Mariana con tanta humildad como hacimiento de gracias al Señor. Sólo Dios, autor de todo bien, podía, por su pura bondad, dignarse honrar con aquel prodigio á *una pobre pecadora como ella.* La fiel confidente de la angelical solitaria volvió á comprobar el mismo milagro, no una, sino muchas veces.

Crecerá la admiración del lector cuando se haya impuesto de otro portento que vamos á relatar, y consta en el Proceso con la deposición jurada de más de doce testigos. Estaba tendida Mariana en su lecho de dolor, cual víctima sobre el altar del sacrificio, cuando el Facultativo juzgó necesaria una sangría: acaecía esto un Viernes Santo, el último que ese ángel del cielo debía pasar gimiendo en este valle de lágrimas. Practicó esta operación el médico en persona: rota la vena, salió un hilo de agua limpia y cristalina, y caído que hubo toda en el recipiente, á su vez salió la sangre. Atónito el médico, cuya ciencia competía con su fe, exclamó, mirando á la Sierva de Dios: «Esto, señora, sucedió sólo en el costado de nuestro Redentor.» Á lo cual Mariana dió una respuesta tan sabia y profunda, que el Facultativo, más y más asombrado, dijo para sí: «Esta mujer ha estudiado en superior escuela.» ¿Cuál fué aquella respuesta más divina que humana? No lo sabemos; tampoco lo supo el mismo doctor, pues, por más que hiciera, no acertó á recordarla sino de una manera obscura y vaga. Consultado el caso con los hombres más distinguidos por su saber, todos lo tuvieron por naturalmente inexplicable; lo cual aumentó no poco la veneración y respeto que ya profesaban á la tan privilegiada *Azucena.*

Mas, no para aquí el prodigio. En el punto donde se había abierto la vena para la sangría creció de una manera estable hasta la muerte cierta carnosidad ó botoncillo, en forma de cabeza de clavo; experimentaba por eso Mariana tan vivos dolores, como

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

si en realidad un clavo le hubiese taladrado el brazo. ¿Queremos decir con esto que Jesucristo le imprimiese alguna de sus llagas? No por cierto; pero bien podemos creer piadosamente que el *Varón de dolores* quiso delinear en ella un rasgo más de semejanza con su persona.

Después de los hechos maravillosos que van referidos, no será difícil creer que ese mismo Esposo de las vírgenes haya mirado y reclamado como suya aquella sangre purísima, pues la víctima que la derramaba con tanta generosidad le estaba consagrada.

La señora Doña María de la Peña fué en una ocasión á visitar á Mariana de Jesús. Coincidía la visita precisamente con una sangría que le estaban practicando; movida de devoción hacia la angelical enferma, se apoderó con disimulo de la taza que contenía la sangre: sacó un pañuelo, empapólo bien en aquella sangre, lo guardó en el bolsillo y regresó á casa en seguida. Apenas llegó al umbral de su habitación, cuando llamó á los suyos para mostrarles aquella preciosa reliquia; desdobló el pañuelo, pero, ¡oh prodigio! el pañuelo recién humedecido estaba seco, blanco y sin vestigio de mancha. Relata este hecho Don José Ramírez Dávila, Canónigo Magistral de la iglesia de Quito y Juez delegado para formar el Proceso diocesano sobre la vida, virtudes y milagros de nuestra ínclita virgen.

¿Cuáles serían las miras de Jesucristo al hacer á su esposa tantas y tan visibles distinciones? Si bien no es dable escudriñar la profundidad de los secretos divinos, podemos sin embargo creer piadosamente

que el Salvador, entre otras cosas, se proponía con esos prodigios patentes, no sólo aprobar el tenor de vida de Mariana, sino aun recompensar anticipadamente su humildad y fervor. ¡Humildad y fervor! Esto es lo que resalta de las palabras que se le escaparon en una ocasión, mientras se la sangraba. Como le pareciese al sangrador excesiva la pérdida de sangre y quisiera cerrar la vena: «Dejad salir esa sangre», exclamó Mariana con acento extático, «dejadla salir, que más derramó mi Creador por mí, y no será mucho que por su amor la derrame una pecadora.» En otra circunstancia, un día de Viernes Santo, habiéndole recetado el médico una sangría, dijo Mariana de Jesús: «Gracias á Dios, gracias á Dios, que habré de verter hoy también alguna gota.»

Dejando para otro lugar más oportuno relatar nuevos prodigios que el Señor obró con la sangre virginal de Mariana, cerramos este capítulo, en el cual hemos contemplado la dolorosa y larga crucifixión de nuestra *Azucena*.

Sirvan de remate á lo dicho las palabras con que San Jerónimo elogia á Santa Paula por su paciencia en las enfermedades: «Con largo martirio se coronó; pues no sólo la efusión de la sangre, por la confesión de la fe, merece el nombre de martirio; merécelo también una inmaculada servidumbre del entendimiento, refinada en el fuego de las enfermedades, en que se perfeccionan las virtudes.» [1]

[1] Carta de S. Jerónimo á Eustoquio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Amado lector, este martirio será el tuyo, si te resignares cristianamente á la voluntad de Dios, en todos los males que te aquejen.

CAPÍTULO XV.

LAS AGONÍAS DEL ALMA.

SUMARIO. Testimonio del Padre Camacho, confesor de la Santa. — Causas múltiples de esas agonías.

CÚPOLE en suerte á Mariana experimentar crueles penas en el espíritu y en el corazón, ó, mejor dicho, en todas sus potencias interiores. El Padre Camacho, por haber sido el confesor de nuestra santa, y por esto su confidente más autorizado, ha conocido una por una sus penas más íntimas y más secretas. De una carta suya extracto lo siguiente: «Los tedios, desolaciones y agonías interiores que padecía, le hubieran mucho antes ocasionado la muerte, si Nuestro Señor no le hubiera milagrosamente, como pienso, conservado la vida para aumentar sus méritos. Y aunque tan desconsolada, no le daba tanta pena su desconsuelo cuanto el temor de ser á otros molesta y no mostrárseles amorosa en sus respuestas.»[1]

Estas palabras, con ser breves nos dirán mucho, por poco que las ponderemos. El *tedio* trueca las alegrías en fastidios, las delicias en amarguras. La *desolación* es el dolor moral en el más alto grado.

[1] Carta del Padre Camacho á Don Cosme de Caso, cuñado de Mariana.

Por último, las *agonías* son las luchas de la vida contra la muerte: los quebrantos del corazón, los gemidos de la naturaleza que sucumbe, y los esfuerzos desesperados que hace para triunfar de lo que la oprime y mata. Éstas son las penas crudelísimas que se mancomunaron para crucificar el alma, en extremo sensible, de la virgen quiteña. Y esas penas fueron profundas y largas, puesto que, según el Padre Camacho, le hubieran *ocasionado la muerte*, á no haber intervenido Jesucristo con un milagro.

Para descubrir la causa primordial, la razón de estos martirios del alma, preciso es remontarnos hasta Dios, cuya sabiduría, amor y poder ordenan con inefable concierto la vida de los justos. Por ley universal los justos serán imagen del Redentor, *Varón de dolores*. Por esto Mariana tiene sus agonías y exhala, como su Esposo divino en Getsemaní, esta sentida queja: «Mi alma padece mortales congojas.»

Empero, en la tierra no le faltaban tampoco motivos de padecimiento. El principal era el pecado. «Lloraba Mariana sin cesar», dice su historiador, «las culpas de los hombres, y muy en especial las que se cometían en Quito, su patria.» Siempre que en ello paraba mientes, avenidas de tristeza le inundaban el alma. Á sus ojos era el pecado la ofensa de Dios, á quien amaba más que á sí misma, una nueva crucifixión de Jesucristo, cuya esposa amante y predilecta era, la muerte espiritual de quien lo cometía. El maldito pecado, á no ser expiado, privaba eternamente al cielo de un cantor de las divinas misericordias y arrojaba al infierno un condenado más,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un blasfemo eterno. *Da amantem et sentit quod dico:* un corazón amante comprende el llanto de la *Azucena,* así como comprende que á San Cayetano se le hayan abreviado los días de su vida, al ver los pecados que se cometían en Nápoles.

Este pecado, que tantas lágrimas le hace derramar, lo halla hasta en su propia casa, cerca de sí misma. Semejante al divino Maestro, que lloró la perdición de su discípulo, el traidor Judas, Mariana llorará los extravíos escandalosos y tal vez irreparables de una de las indias que la acompañaban. El hecho á que aludimos está tomado del Proceso.

Cierto día visitaba á Mariana de Jesús la señora Juana de Peralta, acompañada de una hija suya, por nombre María. La conversación vino á caer sobre la india Antonia, cuyas costumbres eran, más que ligeras, libres y tal vez licenciosas. De repente, Doña Juana, como si hubiese temido, con fundamento ó sin él, tal desgracia para su amada hija, preguntó á su santa amiga: «¿Si será tan mala mi hija, con el tiempo, como tu india?» «No», respondió Mariana, «tu hija se ha de casar, y ha de temer á Dios y ser virtuosa; pero esta mi india, por su mala vida, ha de tener mala muerte»: doble profecía que se cumplió al pie de la letra. Doña María no tardó en casarse en condiciones ventajosísimas; feliz constantemente en su matrimonio, se dedicó durante los muchos años que vivió á la piedad y á la virtud, teniendo por último una muerte santa y dichosa. En cambio, la india, á ejemplo del hijo pródigo, reivindicó, para colmo de desgracias, su porción

de herencia, quiero decir, su emancipación de todo yugo, su libertad de vida. Así, dueña de sí misma y esclava del mundo, partió para la lejana tierra del crimen y del escándalo, donde perdió cuanto puede perder una mujer. Lejos de volver sobre sus pasos, como el pródigo del Evangelio, se obstinó en dar pábulo á sus pasiones, hasta que por fin, llena la medida de sus maldades, murió apuñalada por un negro. Una vez más vemos realizada la máxima: «Por donde pecas, pagas.» Á buen seguro que vida tan criminal y fin tan desastroso traspasarían, cual espada de dolor, el corazón de la *Azucena.*

No fué éste el único motivo de aflicción que le dieran algunas indias que la asistían. Fuera de Antonia, cuyo fin lamentable acabamos de referir, hubo otra que con su ingratitud y desvíos apenó sobre manera el corazón de Mariana, tanto más cuanto que le daba mejores esperanzas de ser, si no santa, á lo menos buena cristiana. De repente encendióse una chispa impura en el corazón de aquella sirvienta; fácil era apagarla luego; pero en esto fué en lo que menos pensó. La chispa se trocó muy pronto en llamas, incendios, hasta tal extremo, que la desgraciada no conservó ni el temor de Dios, ni la piedad, ni el amor á la más hermosa de las virtudes. De aquí se originó una perplejidad, de la que salió tomando el peor partido. Comprendía que le era imposible servir á la vez á un ángel de pureza y al espíritu inmundo; comprendía que no podía permanecer junto á la *Azucena* sin comulgar cada ocho días y sin llevar vida arreglada. Á todas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

estas consideraciones se le añadía otra de más peso para una pecadora como ella: sus crímenes tal vez conocidos ya sobrenaturalmente por Mariana, lo serían infaliblemente del público, por otros motivos.

Para salir del paso honrosa y cristianamente, no había más que un camino: arrojarse contrita á los pies del confesor, como Magdalena á los del divino Maestro, y valerse de los consejos y oraciones de la santa virgen. Hizo la infeliz todo lo contrario: tomó por consejera su loca pasión: optó por la fuga; la que debía emprender á favor de las tinieblas de la noche. Llega el infausto día, el momento fatal fijado para la marcha; apróntase la india; busca presto un lugar donde dejar las llaves que le estaban encargadas, y, ¡oh sorpresa! encuéntrase de manos á boca con Mariana, quien acude de improviso á socorrerla en aquel lance. Fingiendo necesitar de sus servicios, la manda encender una vela; venida que hubo con la luz al cuarto, le dice: «No te vayas»; entonces sentándose la santa, y haciéndola sentar á su lado, pídele que le apriete los pies, so pretexto de tenerlos adoloridos. Todo esto no es más que un ardid para ver modo de reconvenir á la culpable, y hacerla desistir de tan descabellado propósito. Procura ablandarla con miradas tiernas, á ejemplo del Salvador, que convirtió á Pedro con sólo mirarle, y luego, con palabras sentidas, entrecortadas por la congoja, como éstas: «Dime, hija, dime, ¿qué es esto que tienes? ¿qué es lo que turba tu reposo? ¿qué inquietud es la de tu corazón?

¿adónde te quieres ir? ¿y por qué?» Esta reconvención, aterradora como un trueno, repentina cual relámpago, deja atónita á la muchacha; empero niega descaradamente su intento de fuga. Á quien ha hollado y quiere seguir hollando la joya de la virtud, ¿le será trabajoso mentir? En la carrera del mal, así como en la del bien, el primer paso es el que cuesta. La joven insensata, lejos de volver en sí, hace ademán de retirarse, después de depositar las llaves á los pies de su ama. «¿Cómo me niegas tu partida», replica Mariana con más fuerza, «si de hecho me lo aseguras dejando las llaves? Tómalas y vuelve en ti: mira que á cuatro días de deleite siguen tormentos eternos. Mira que tú misma te labras la ruina y buscas el precipicio. Ya sabes lo que te he querido, y que sólo ansío por tu bien. Mira que tú sola buscas tu perdición. No me dejes, que á mi lado, y acaso no en otra parte, podrás hallar tu remedio.» La infeliz se deshace en un puro llanto; mas esas lágrimas son hijas de la sensibilidad mujeril, y no del arrepentimiento. Adviértelo Mariana, y por esto añade: «¿Por qué lloras, cuando te quieres ir por tu gusto? ¿De qué te afliges, cuando imaginas regocijos y procuras á todo trance vivir alegre?» Por lo demás, la misma sirvienta da á conocer lo que son sus lágrimas, saliendo despechada esa misma noche de aquella arca de salvación. Con todo, traerá siempre en boca el nombre de Mariana para publicar sus virtudes y beneficios. Esa misma desgraciada hija de Eva es quien ha referido el hecho que dejamos consignado. Según referencias de otros,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

parece que recorrió en alas de la libertad y sensualidad toda la carrera del vicio y de la deshonra; pero que también, al cabo de algunos años, volvió por la penitencia á su Dios y Padre, sin duda por las oraciones y austeridades de su angelical bienhechora.

Pero esos desvíos premeditados y criminales martirizaban el corazón de la seráfica virgen, tanto más cruelmente cuanto que esas ofensas de Dios, esos escándalos del prójimo, eran perpetrados por su propia criada y compañera, á quien amaba, diríase, como á una hija adoptiva.

Sucesos de índole diversa contribuyeron igualmente á afligir á la santa reclusa: aludimos á los reveses de fortuna y demás adversidades que sobrevinieron á su familia.

Ilusión pueril sería el creer que la virtud insensibiliza á los santos; antes por el contrario, la piedad cristiana respeta los afectos humanos; los purifica, así como el fuego acrisola el oro; los ennoblece, aguza y robustece. ¿Ha habido por ventura corazón más santo y más noble que el de Jesús, el Hombre-Dios? Y sin embargo, ¿dónde hallaremos más sensibilidad, más delicadeza que en su deífico Corazón?

Según este principio, nuestra *Azucena* sintió tanto más dolorosamente los males de los suyos, cuanto era más santa, y más unida estaba á su divino Esposo. Esto sentado, pasemos á especificar esos reveses, esos golpes de fortuna, que derribaron de su posición á la familia de Mariana. Don Cosme de Caso, su cuñado, á quien amaba como á padre, fué, sin culpa ninguna, privado de un empleo de confianza y encarcelado, como un vulgar malhechor. Fácil es imaginar los desprecios y críticas con que le regalara, pródigo, el pueblo, que juzga siempre por las apariencias. Á los ojos de éste, todo hombre encarcelado, por honrado é inocente que sea, es siempre un malvado, un facineroso. Una desgracia raras veces viene sola, y Don Cosme, amén de perder su libertad, perdió cuantos bienes poseía; doble infortunio, que hirió de un golpe, en su dignísima persona, á toda su familia.

Semejante desastre ¿quién duda que habrá afectado á la noble virgen que vivía solitaria entre los suyos y tan muerta al mundo como San Pablo ermitaño en el desierto? Puede negarlo sólo quien no sabe lo que es el corazón de una mujer, de una tierna doncella, de una santa, cual era Mariana. Por cierto, ella estaba tan perfectamente sometida al querer divino, que no exhaló queja alguna; empero, á pesar de su conformidad, ¿dejaba por ventura de ser criatura humana, sensible, mujer en fin, y cesaba de pertenecer á aquella familia tan probada?

¡Amigo lector! probable es que tu Salvador te presente á ti también ese cáliz, así como lo presenta á todos sus amigos. Bien puedes decir con él: «Si es posible, pase de mí este cáliz»; pero con él igualmente añadirás luego: «Con todo, no se haga mi voluntad, sino la tuya.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XVI.

MARIANA HECHA EL BLANCO DE LA CONTRADICCIÓN.

SUMARIO. ¿Por qué los santos son objeto de contradicción? — Contradicciones que las austeridades atrajeron á Mariana, de parte de los suyos. — Las que le ocasionó su comunión diaria, de parte de sacerdotes.

LA Beata Mariana, precisamente porque aspiraba á muy elevada santidad, hubo, según el consejo del Sabio, de preparar su alma para la tentación [1]. Muy pronto la contradicción, en diversas formas, asestó contra ella sus tiros, así como los asesta, al decir de San Pablo, contra todos aquellos que quieren vivir pía y virtuosamente, según Jesucristo [2].

Nuestra santa halla la contradicción en su propia casa, entre los suyos. Á quien me objetare que esto es inverosímil, imposible, supuesto que ella era mirada por los suyos como un ángel y querida más que una hija, le contestaré que ese mismo amor fué el que le movió pleito y suministró contra ella los mejores argumentos. Bien puede el mundo, cuanto se le antoje, examinar y censurar nuestras acciones, aún, y sobre todo, las virtuosas, no lo extrañamos; antes bien, esas críticas son á nuestros ojos una recomendación, una alabanza, nuestro timbre de gloria. En cambio, que nuestros allegados, á quienes queremos y que nos quieren entrañablemente, estigmaticen nuestras obras de piedad, sin tener otro motivo que el mucho amor que nos profesan, lo sentimos en el alma, como una espada de dos filos. Ésta fué la suerte de Mariana.

[1] Ecli. II, 1. [2] 2 Tim. III, 12.

Qué cambio se había obrado en ella en poco tiempo, no es para creído. Antes robusta, rosada y en extremo hermosa, tiene ahora, para servirnos de las expresiones de su historiador, pálido el labio, demacradas las mejillas, apagada la mirada; con decir que era un cadáver ambulante, todo está dicho. ¿De dónde ha provenido esa languidez, esa consunción precursora de una cercana muerte? De sus tan exageradas mortificaciones, decían y repetían todos sus allegados. De aquí se originó aquella guerra amorosa, aquellos asaltos frecuentes que le daban, aquellas palabras, ora severas, ora suplicantes, ora llenas de amenazas, con que la reconvenían.

Sus argumentos contra ella se reducían, más ó menos, á los siguientes: Según ellos, una cosa es macerarse y otra quitarse la vida; no somos dueños absolutos de nuestra existencia, puesto que la hemos recibido del Creador, sino tan sólo administradores responsables; no es más lícito causarnos la muerte que inferirla á nuestro prójimo; la mortificación, al tenor de las demás virtudes, debe alejarse con igual cuidado de los extremos opuestos y estarse en el justo medio; Mariana no debía verter, tan sin razón, aquella sangre, heredada de sus antepasados y que les era común á todos ellos; agrada más á Dios una penitencia moderada y constante que un fervor excesivo y pasajero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los parientes de Mariana discurrían muy bien con arreglo á los principios generales; mas erraban en su aplicación al caso presente. Olvidaban que la santa obedecía á inspiraciones particulares de Dios, que la llamaba á ese martirio de nueva especie. Por lo demás, la heroica virgen procedía en todo de acuerdo con su confesor, el prudente y santo Padre Camacho; por consiguiente no llevaba mal camino; mas en esto era en lo que menos pensaban.

Esas acometidas, una tras otra, y tanto más violentas cuanto eran inspiradas por el más sincero cariño, mortificaban cruelmente á la ferviente solitaria. ¿Cuánto tiempo duraron esas pruebas y contradicciones domésticas? No lo sabemos de fijo; sin embargo, parece que se prolongaron por bastante tiempo, ya que fué necesario un milagro para poner fin á ellas, como lo diremos más adelante.

La seráfica virgen fué hecha el blanco de la contradicción, no sólo en su casa, sino también, parece apenas creíble, en la iglesia, en la sagrada Mesa.

El Padre Camacho, por pedírselo ella con vivas instancias, le había permitido comulgar, por lo pronto, todos los domingos y fiestas de guardar; luego varias veces en la semana; y por fin todos los días.

No se crea que el confesor haya procedido inconsideradamente en un asunto de tanta trascendencia; por el contrario, discreto como el que más, había tenido en cuenta las disposiciones habituales y cada vez mejores de su dirigida, para dejarla comulgar diariamente, así como también los frutos siempre

más abundantes que de la comunión sacaba. Y, si hay almas tan adelantadas en oración y mortificación, que merezcan tomar parte todas las mañanas en el banquete sagrado, Mariana era una de ellas. Prueba de esto son las declaraciones de sus confesores. Testifican todos á una que la santa conservó tan perfectamente la inocencia bautismal, que nunca jamás, en toda su vida, cometió un solo pecado venial, plenamente deliberado [1]. Algunos añaden que por una protección especialísima de lo alto estuvo exenta aun de aquellos primeros movimientos desarreglados que nos previenen y que de suyo no son pecados. Por lo que hace á la pureza en particular, la conservó, escribe el Padre Camacho, «sin un mínimo pensamiento que la pudiese mancillar, ni átomo de imaginación que de mil leguas la pudiese deslustrar». Había, por lo visto, alcanzado aquel elevado grado de perfección que, á juicio de San Próspero, es compatible aquí abajo con la humana fragilidad. Si, pues, era, como le constaba á

[1] Esta aserción no es contraria en modo alguno á la doctrina católica. Para evitar constantemente todos los pecados veniales, aun los de mera fragilidad, requiérese una gracia del todo especial; la que fué concedida únicamente á la Virgen María. Empero, por lo que hace á los pecados veniales *deliberados*, ó plenamente voluntarios, bien podemos evitarlos todos con la ayuda de Dios, escribe San Alfonso, como realmente los evitan las almas santas que viven siempre con la firme resolución de padecer antes la muerte que caer en ellos, con plena advertencia («La Monja Santa», cap. de la tibieza).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su director, un ángel en la tierra, ¿había inconveniente para que comiera de continuo el Pan de los ángeles?

Mas no todos conocían íntimamente á nuestra Beata; de ahí que tacharan de abuso su comunión diaria, atendidas las ideas que entonces estaban en boga respecto á esta materia. Daba mucho peso á estas críticas el ser formuladas, en nombre de la piedad y ciencia cristiana, no por sujetos cualesquiera, sino principalmente por dos religiosos de nombrada virtud y competencia en la materia. Del tenor siguiente eran los argumentos que presentaban para combatir el supuesto abuso: La comunión es el alimento de los grandes, y no de los pequeños, cual es Mariana. Es preferible alejarse de la sagrada Mesa por respeto, que acercarse á ella con demasiada familiaridad. Por lo demás, la recepción de la Eucaristía, si es muy frecuente, engendra la rutina, y ésta el desprecio. Y, luego, ¿quién sabe si la ambición secreta de igualarse con las personas mayores no es el único estímulo de Mariana para obtener la comunión diaria?

Este requisitorio iba dirigido más contra el confesor que contra la confesada; pues, vencido el primero, tendría la segunda que someterse á lo normal y usual. Así las cosas, el Padre Camacho hizo lo que había hecho en otras ocasiones semejantes y lo que hacen todos los varones de Dios: reflexionó, consultó libros adecuados, y sobre todo, hizo oración. Una vez más se convenció de que, atentas las circunstancias, su hija espiritual podía y debía continuar comulgando todas las mañanas. Arreció la oposición, y el discreto juez fué motejado de imprudente y, quizás, de obstinado. El virtuoso hijo de San Ignacio era de índole suave y acomodadiza; así que, sin sacrificar un solo punto de sus principios, ni cambiar su manera de ver, en lo tocante á Mariana, empezaba ya, no á inclinarse ante sus contendedores, sino á no pelear con ellos; prudente hasta el exceso, para acallarlos estaba á punto de reducirle á la *Azucena* el número de comuniones. Si no lo hizo, si recobró toda su firmeza, fué por las exhortaciones de su misma dirigida, á quien se perseguía en la persona de su padre espiritual. Apelóse por último, á una feliz transacción; y opositores y confesor salieron de la contienda con los honores del combate. Mariana seguirá comulgando cada mañana; empero, á fin de no llamar sobre sí la atención del público, no lo hará en las misas de mayor concurso, sino en la de las siete, de ordinario poco concurrida.

Esta prueba duró mientras el Padre Camacho formó parte de la comunidad de Quito. Según el Padre Butrón, sus contradictores, al sucederle en la dirección de la santa, hicieron justicia al confesor y á la confesada. Descubrieron con no menor satisfacción que sorpresa, que Mariana, si bien pequeña en edad, era grande en virtud; que un hambre insaciable del *Pan de vida* la arrastraba cada mañana á la sagrada Mesa y que el medro de su alma guardaba proporción con la frecuencia de sus comuniones.

Aun cuando terminara felizmente el conflicto, la angelical virgen debió de sufrir mucho, muchísimo, en este lance, seguramente más que por cualquiera otro contratiempo. Cercenarle las comuniones era

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

detener cautivo el ciervo abrasado de sed, á vista de una fuente cristalina; era privar al enfermo que se moría de hambre, del único alimento que le puede conservar las fuerzas, la vida.

¡Cristiano lector! no es imposible, en estos tiempos de impiedad, que, por guardar los ayunos eclesiásticos y frecuentar los sacramentos, tú también seas el blanco de la burla, del insulto y de la sátira. No te acobardes entonces, y ten presentes estas palabras de tu Maestro: «Á quien me confesare delante de los hombres, yo le confesaré delante de mi Padre; á quien me negare delante de los hombres, yo le negaré delante de mi Padre.» [1]

❦❦❦

CAPÍTULO XVII.

MARIANA DE JESÚS ASALTADA POR EL DEMONIO.

SUMARIO. Puntos de semejanza entre Mariana y Jesucristo tentado. — El por qué de esos asaltos del demonio. — Danza de cáscaras de huevos con una navaja. — Perro que ladra, amarrado al pie de la cama. — Mordisco. — Lengua medio arrancada y milagrosamente repuesta en su lugar. — Esqueleto sentado en una silla. — Apariciones repugnantes y seductoras. — La obra maestra de Satanás.

SATANÁS el renegado, el maldito, que había tenido la osadía de tentar á Cristo en el desierto, desahogará su rabia, esgrimirá sus débiles armas, contra la *Azucena,* solitaria en su casa, como en un yermo.

[1] Mat. x, 32.

Hemos referido más arriba los medios de que se valió para hacerla perecer cuando era aún niña. Si dejó entonces de perseguirla visiblemente, fué para volver á acometerla en tiempo, según él, más oportuno; de la misma manera que, habiendo acabado de tentar al Salvador, se retiró de Él — apunta San Lucas — para otro tiempo, esto es, para el de su pasión [1].

En esta virgen privilegiada, lo hemos dicho en el capítulo precedente, no hubo nunca imaginación desarreglada ni sombra de deseo desordenado. Es más aún, ni siquiera sintió esos primeros movimientos de la concupiscencia, que no llegan á ser pecados más que por el consentimiento que les damos. De lo cual resulta que esa angelical criatura, á semejanza del Redentor, fué perturbada por el espíritu maligno, no en su interior, sino de una manera puramente exterior. Las tentaciones del infierno no pasaron de ser meros asaltos, tiros disfrazados contra los muros de defensa, sin que penetraran en la plaza.

En gracia de los que extrañaren ver á esta humildísima virgen luchar á brazo partido con el *príncipe de las tinieblas,* transcribiremos aquí un párrafo del Catecismo Tridentino.

«Muchos hay que, por no sentir en sí en manera alguna los impulsos é ímpetus del demonio, piensan que todo esto es falso. Pero no es de extrañar que no les haga guerra el diablo, cuando ellos mismos de su voluntad se entregaron á él. ... Los que del todo se dedican á Dios, haciendo en la tierra

[1] Luc. IV, 13.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vida celestial, éstos señaladamente son el blanco de todos los tiros de Satanás; contra éstos son sus rabias y á éstos les arma asechanzas á cada momento.»[1]

Bien se comprenden los motivos que tiene para ensañarse contra los santos. Son éstos los amigos de aquel Dios justo, á par de misericordioso, que le castiga eternamente; los animosos soldados del Redentor; y por su virtud forman la vanguardia del ejército cristiano. Y siendo así, ¿que mucho que para Satanás, el jefe de los rebeldes, sean el blanco más buscado y el botín más codiciado?

Mariana de Jesús, ese ángel de la tierra, tuvo el honor de ser asaltada un sinnúmero de veces, y de distintas maneras, por el orgulloso y desvergonzado Satanás. Los hechos que referiremos á continuación están tomados, más ó menos literalmente, del Padre Butrón, salvo las reflexiones que les sirven como de relieve y adorno.

El Padre Manosalvas, jesuita como el Padre Camacho, y sucesor del mismo en la dirección de Mariana, visitaba á ésta cierto día en que se le habían agravado los ordinarios achaques. Como viera su extremada flaqueza, le mandó tomar tres yemas de huevos frescos. Obedeció luego y sin réplica la enferma, acostumbrada como estaba á ver en los preceptos de su confesor la voluntad de Dios. El Padre, mientras regresaba á su convento, se daba el parabién por haber logrado que la *Azucena* repa-

[1] Catecismo del Concilio Tridentino, 6ª petición del Padrenuestro.

rara sus fuerzas, siquiera con aquella ligera refección. Á Mariana empero le costó muy cara su obediencia, aun cuando fué sobre manera meritoria, pues á los pocos momentos sintió una lucha intestina de las más crueles y reñidas. La naturaleza pretendía arrojar de sí lo que había tomado con harta repugnancia; no se lo permitía la voluntad, sostenida por la gracia, y resuelta á no quebrantar la obediencia. Tres días duró aquel combate, siendo la principal víctima el estómago, que padecía cuanto podemos imaginar. Después de lo cual visítala de nuevo el Padre Manosalvas; naturalmente, le pregunta cómo le ha ido con los huevos: «mal, muy mal», le contesta en substancia la enferma; y al mismo tiempo le pide licencia para deshacerse de ellos, de cualquier manera que sea. Apenas obtiene el permiso, cuando el estómago devuelve, después de setenta horas, las yemas tan intactas y tan frescas como si acabase de tomarlas. Aquí es donde el demonio hace de las suyas, pero para llevarse, como se dice vulgarmente, un chasco bien merecido. La obediente Mariana, rotos los huevos con un cuchillejo, había tirado detrás de la cama las cáscaras. Ahora pues, al ser arrojadas las yemas, aparecen aquellas mismas cáscaras saltando, como si tuvieran espíritu, y acompañándolas en los acompasados movimientos el cuchillo. En esa danza no le es difícil á la sierva de Dios descubrir las maniobras de Satanás, quien pretende con esto inspirarle alguna vanagloria. Para repeler aquella tentación ridícula, la humilde virgen no tiene que hacer grandes esfuerzos: le basta una sonrisa des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

preciativa. Luego coge las cáscaras y las tira al patio por la ventana y pone el cuchillo sobre unos libros devotos que hay sobre la mesa. Así acaba el *baile del diablo*. Este hecho, referido por el Padre Manosalvas, testigo ocular, y por varias otras personas, consta en el Proceso con las solemnidades de estilo.

Semejante comedia, por cierto digna de su autor, ha sido representada por él mismo más de una vez. Estaba un día la *Azucena* meditando devotísimamente en la Pasión del Redentor, cuando he aquí una como tropa y procesión de cáscaras de huevos, que salen de debajo de su altarcito, y chocando unas con otras hacen un ruido no menos molesto que extraño. En otra ocasión, siempre durante la meditación, una gran navaja, salida no se sabe de dónde, giraba en el aire, en torno de Mariana, con gran peligro para ésta de ser herida.

En idéntica circunstancia, no ya durante la oración, sino mientras se preparaba á ella, la maldita navaja andaba amenazante por el cuarto, de una manera acompasada, como quien ejecuta una danza, con acompañamiento de un sonido como de muchas castañuelas. La *Azucena,* lejos de amilanarse en presencia del infernal farsante, lo trata con aquel desprecio é imperio que se usa con un enemigo vencido, pero que no quiere hacer acto de sumisión. Así es que en una ocasión desbarató aquellas tramoyas diabólicas, esto es, los bailes de cáscaras y navajas, con este humillante apóstrofe: «¿Por qué me tientas tanto, maligno? ¿qué fruto esperas? Te engañas si pretendes estorbar mi dulce reposo, porque

en la ayuda de mi Jesús tengo segura defensa. Soy criatura débil; pero el Señor de los ejércitos me ampara.» Dichas estas palabras, Mariana se entregó á la oración; mientras que Satanás huyó en precipitada fuga, vomitando contra ella mil insultos y maldiciones.

Si el demonio no puede tolerar las oraciones de la santa, tampoco puede tolerar las nuestras. Esto se comprende: Consiste la oración en acercarnos á Dios para recibir sus luces y pedir sus gracias; para protestarle nuestro dolor por lo que hemos pecado en lo pasado, nuestro amor en el presente y nuestra fidelidad para lo por venir. Es la oración un afectuoso coloquio con nuestro Padre celestial, coloquio que, incoado en este mundo, se eternizará en el otro. Siendo así, ¿qué mucho que el enemigo de todo bien se afane tanto por frustrar nuestras meditaciones, mayormente cuando versan sobre la Pasión del Salvador, en la cual quedó vencido para siempre?

Á veces tomaba el ángel caído la forma de cierto animalito sin pelo, comúnmente llamado perro chino, el cual rompía en ladridos y aullidos capaces de dejarla aturdida y ensordecida. Mas Mariana, según ella misma refirió á su sobrina Doña Juana y ésta declara en el Proceso, se armaba de valor, cogía al demonio, lo ataba al pie de la cama, donde, cual mansa oveja, quedaba quieto y callado, dándole así lugar á que saboreara las delicias de la contemplación. Preguntada si no le tenía miedo á aquel perro, contestó sonriéndose: «Y ¿por qué tener miedo, si no puede hacer más que molestarme ladrando?»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Empero Satanás hacía más que ladrar, pues repetidas veces vino á las manos con su casta y humildísima rival, como se puede ver por lo siguiente que refieren las Actas de la beatificación.

De vez en cuando Mariana, que solía pasar las noches en vela, haciendo compañía á Jesucristo [1], recibía de los ministros infernales una lluvia de golpes, hasta tal extremo que amanecía del todo acardenalada é incapaz de dar un paso. En uno de esos combates recibió en una pierna un mordisco tan cruel y grave, que le obligó á guardar cama por espacio de cuatro meses, quedando coja de aquel lado. En la seráfica virgen había un órgano que atizaba particularmente las iras del demonio: ese órgano era la lengua, sobre la cual, como sobre un ara consagrada, reposaba todas las mañanas Jesucristo sacramentado, «el pan de los escogidos y el vino que engendra vírgenes». Aparte de esto era aquella lengua santificada el órgano fiel con que su corazón alababa al Señor y daba avisos saludables al prójimo. Por eso es que el demonio procuraba arrancársela de raíz, y un día faltó poco para que consiguiera su intento; pues se la descuajó con tal fuerza, que la dejó fuera de la boca y pendiente como de un hilo. Pero al día siguiente, por virtud de la sagrada Comunión, que es medicina para todo, la lengua fué restituída á su debido lugar. Cierta noche notó Mariana, mientras estaba orando, que le apagaban las luces que tenía encendidas alrededor

[1] Mat. XXVI, 38.

del féretro, según acostumbraba, como lo diremos más abajo; lejos de atemorizarse, quitó de sobre el féretro el esqueleto artificial que allí había, y poniéndolo en el suelo, se acostó en su lugar. Cuando al amanecer abrió la ventana, ya que se disponía á ir á la iglesia, reparó que el esqueleto no estaba en el suelo, sino sentado en una silla con los brazos cruzados sobre el pecho; su aspecto era tal, que hubiera infundido miedo á los más esforzados. Al ver de improviso aquel espectro, Mariana se impresionó y casi se asustó; mas acto continuo cobró ánimo, pues conoció que el autor de aquella farsa no era otro que el demonio, y éste no merece otra cosa que nuestro desprecio. Serena como siempre, la *Azucena* roció el esqueleto con agua bendita, y lo colocó nuevamente en el ataúd, con su acostumbrada fórmula: «Dios te perdone, Mariana.»

«Satanás», según un célebre médico, en quien la fe y la ciencia van á la par, «observa estrategias peores aún para perder á los santos: no le basta intimidarlos con fantasmas horribles, ni maltratarlos á golpes; empéñase además en vencerlos con las armas de la seducción, esto es, con apariciones lúbricas y provocativas. Estas desvergüenzas de parte del demonio no deben sorprendernos. Él es y se llama el espíritu de impureza y fornicación: tal es el nombre que á sí mismo se dió, hablando un día con San Antonio Abad: *'Spiritus fornicationis vocor'*; de ahí que para incitar al gran ermitaño á la voluptuosidad, tomara la forma de una mujer descarada. Satanás, ó el *tentador*, es el primero de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los pornógrafos: y los que han sido por él asaltados, mayormente las esposas de Jesucristo, nos testifican que, sin quererlo presenciaron á veces espectáculos tan repugnantes como lascivos.»[1]

La *Azucena* de Quito, por permisión de la Providencia, cuyos designios son inescrutables, fué sometida á estas crudelísimas pruebas. Refieren los Procesos que muchas veces se le ponían á la vista personas de diferente sexo, ejecutando acciones y ademanes abominables. Otras veces la acometía el diablo de un modo más embozado, pero no menos peligroso.

Habiendo ido cierto día á la iglesia de la Compañía, pasaba por la capilla de San José, cuando se le acercó un joven bien apuesto, y con mil demostraciones de respeto y cortesías le ofreció sus servicios para cuanto le mandase. Mariana, para quien el tan *servicial señorito* no era otro que Satanás en persona, lo apostrofó con estas ó semejantes palabras: «Arrogante, guarda tus reverencias y tus servicios para Dios tu Criador. Si quieres alcanzar misericordia, pídele perdón de tu soberbia. En cuanto á mí, ¿qué soy sino una criatura pobrísima é indigna de la más mínima atención?» Predicar la humildad al príncipe de la soberbia, era, á buen seguro, vencerlo con tiros certeros; y efectivamente, faltóle tiempo á Satanás para desaparecer, y á Mariana para ir á contárselo á su confesor, quien, á su vez, lo refirió en el Proceso.

[1] *La Stigmatisation* etc., par le Dr. A. Imbert-Gourbeyre. Obra aprobada por el obispo de Clermont.

La angelical reclusa salía una vez de la iglesia para su casa; al llegar al atrio se le presentó un joven bien ataviado y de maneras muy elegantes, y con estudiadas palabras empezó á decirle que desde había tiempo le tenía robado el corazón; que no le era posible vivir sin ella, y que por aquella vez le permitiese siquiera acompañarla hasta su morada. Atónita Mariana, le contestó que ella no había menester sus ofertas, y creyendo más seguro huir que resistir, volvió á entrar presto en la iglesia. Habiendo llamado á su confesor, le refirió el suceso, suplicándole al mismo tiempo que saliese con ella hasta la calle. Salió el bondadoso Padre, mas no se vió ni sombra de joven ni de otra persona alguna; de lo cual concluyeron ambos que el pretendido galán era el demonio, quien no excusa bajezas con tal de perder á una esposa de Jesucristo, cual era la *Azucena*.

Por último, Luzbel deputó al serafín de Quito embajadores dignos de él. Parece haberlos retratado el Evangelio cuando dice que había un hombre poseído del espíritu inmundo, el que, rotas las cadenas con que se le tenía preso, y despojado de toda ropa, habitaba en los sepulcros y era una constante amenaza para los transeuntes. Empero esos corrumpidos y corruptores fueron rechazados por la valerosa virgen, lo mismo que el demonio cuyos emisarios eran.

«¿El demonio? ¡delirio! ¡imaginación de mujer!» exclamará quizás más de uno al leer estas líneas. Muy distinto ha sido el juicio segurísimo de la Curia romana, que, después de examinado pieza por pieza

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el Proceso, otorgó á Mariana de Jesús los honores de los altares. Á este propósito permítasenos transcribir unas palabras del Ilustrísimo Señor Germain, obispo francés: «Obra maestra de Satanás es el haber hecho negar su existencia en el siglo XIX. ¡Obra maestra! Y ¿por qué? Porque la negación del ser malo trae en pos de sí, por consecuencia lógica, la negación de Jesucristo. Si el diablo no existe, fábula es la caída de los ángeles; fábula el pecado original, y engañosa fábula el mismo Redentor. Negada la existencia de Satanás, Jesucristo ya no es Hombre-Dios; el sacrificio del Calvario no ha sido más que la muerte de un justo cualquiera y es falso que su madre haya quebrantado la cabeza de la serpiente.»[1]

No solamente nuestra Beata *resistía fuerte en la fe á Satanás*[2], cuando se le hacía visible, sino que procuraba también *no darle lugar*, según el consejo del Apóstol[3]. Con este fin huía lo más posible del trato con hombres. En cierta ocasión díjole una criada que un hombre deseaba hablar con ella. Asustóse la virgen con tal anuncio y exclamó: «¡Jesús, María! ¡Un hombre tiene que hablar conmigo! Ruégote que no me traigas hombres que me hablen; échale luego de casa, diciéndole que estoy ocupada, y si volviere otra vez, dile que no tengo licencia de mi confesor para hablar con él, y que si tiene negocio de importancia que comunicar, lo vaya á tratar con los Padres de la Compañía.»

[1] Citado por el Dr. Imbert-Gourbeyre.
[2] 1 Pedro v, 9. [3] Ef. IV, 27.

Si la prudencia de Mariana tuviese más imitadores é imitadoras, ¿tendría el demonio tanto imperio en el mundo? Bien dice un adagio: «Si el fuego está cerca de la estopa, acércase el diablo y sopla.»

❦❦❦

CAPÍTULO XVIII.

MARIANA DE JESÚS TIENE SED DE PADECER.

SUMARIO. Pasión de Mariana por el sufrimiento. — Anhela los dolores de muelas. — Pide cruces á Dios. — «¿Vd. duerme en esa cama?»

LOS martirios de todas clases que padecía nuestra *Azucena*, no serían para creídos á no fundarse en testimonios irrecusables. No obstante tan acerbos dolores, se quejaba de no sufrir bastante. Si Jesucristo le concedía dulzuras y consuelos, si la favorecía con éxtasis y visiones celestiales, le decía: «Apártate de mí, Señor, porque soy una criatura vil y pecadora y reconózcome por indigna de tus regalos. Sólo quiero penas y trabajos que me lleven en tu seguimiento al Calvario; no glorias que me conduzcan al Tabor.» ¿Serán dichas palabras el efecto de un fervor pasajero, que se apaga como una llamarada, en menos de un instante? Fácil es anhelar cruces cuando todo nos sonríe y la gracia de Dios nos lleva en brazos.

Desengañémonos: nuestra santa no es de aquellas almas que hoy arden en deseos de morir por Cristo, y mañana, al primer asomo de una dificultad cualquiera, se acobardan. Antes bien, consecuente

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el Proceso, otorgó á Mariana de Jesús los honores de los altares. Á este propósito permítasenos transcribir unas palabras del Ilustrísimo Señor Germain, obispo francés: «Obra maestra de Satanás es el haber hecho negar su existencia en el siglo XIX. ¡Obra maestra! Y ¿por qué? Porque la negación del ser malo trae en pos de sí, por consecuencia lógica, la negación de Jesucristo. Si el diablo no existe, fábula es la caída de los ángeles; fábula el pecado original, y engañosa fábula el mismo Redentor. Negada la existencia de Satanás, Jesucristo ya no es Hombre-Dios; el sacrificio del Calvario no ha sido más que la muerte de un justo cualquiera y es falso que su madre haya quebrantado la cabeza de la serpiente.»[1]

No solamente nuestra Beata *resistía fuerte en la fe á Satanás*[2], cuando se le hacía visible, sino que procuraba también *no darle lugar*, según el consejo del Apóstol[3]. Con este fin huía lo más posible del trato con hombres. En cierta ocasión díjole una criada que un hombre deseaba hablar con ella. Asustóse la virgen con tal anuncio y exclamó: «¡Jesús, María! ¡Un hombre tiene que hablar conmigo! Ruégote que no me traigas hombres que me hablen; échale luego de casa, diciéndole que estoy ocupada, y si volviere otra vez, dile que no tengo licencia de mi confesor para hablar con él, y que si tiene negocio de importancia que comunicar, lo vaya á tratar con los Padres de la Compañía.»

[1] Citado por el Dr. Imbert-Gourbeyre.
[2] 1 Pedro v, 9. [3] Ef. IV, 27.

Si la prudencia de Mariana tuviese más imitadores é imitadoras, ¿tendría el demonio tanto imperio en el mundo? Bien dice un adagio: «Si el fuego está cerca de la estopa, acércase el diablo y sopla.»

❦❦❦

CAPÍTULO XVIII.

MARIANA DE JESÚS TIENE SED DE PADECER.

SUMARIO. Pasión de Mariana por el sufrimiento. — Anhela los dolores de muelas. — Pide cruces á Dios. — «¿Vd. duerme en esa cama?»

LOS martirios de todas clases que padecía nuestra *Azucena*, no serían para creídos á no fundarse en testimonios irrecusables. No obstante tan acerbos dolores, se quejaba de no sufrir bastante. Si Jesucristo le concedía dulzuras y consuelos, si la favorecía con éxtasis y visiones celestiales, le decía: «Apártate de mí, Señor, porque soy una criatura vil y pecadora y reconózcome por indigna de tus regalos. Sólo quiero penas y trabajos que me lleven en tu seguimiento al Calvario; no glorias que me conduzcan al Tabor.» ¿Serán dichas palabras el efecto de un fervor pasajero, que se apaga como una llamarada, en menos de un instante? Fácil es anhelar cruces cuando todo nos sonríe y la gracia de Dios nos lleva en brazos.

Desengañémonos: nuestra santa no es de aquellas almas que hoy arden en deseos de morir por Cristo, y mañana, al primer asomo de una dificultad cualquiera, se acobardan. Antes bien, consecuente

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

consigo misma, suspira de continuo por nuevos padecimientos, á imitación de su amado Redentor, quien ansiaba ser bautizado con el bautismo de su sangre, la Pasión.

Sobre este particular nada es tan elocuente como la declaración juramentada del Padre Lucas de la Cueva en el Proceso, cuyo estilo anticuado no nos atrevemos á alterar. Dice así: «Conocí á esta señora: la comuniqué en mi confesonario, reconociendo siempre en ella un lleno perfectísimo de toda virtud, hambre de Dios grandísima; ésta la hacía oir la palabra de Dios con tanto gusto, que le era gloria. Buscaba yo estos ratos con ansia, y en ellos descubrí la alteza á que Dios la había llamado, y la unión que con su divina Majestad había alcanzado. Lo que principalmente la llevaba y arrebataba en esta comunicación y conservación de la palabra de Dios conmigo, eran los ejemplares que tocaban en grandes mortificaciones, penalidades y trabajos, oyéndome en una de éstas aquel lugar de Job: '¡Quién me diera que fuese otorgada mi petición y me concediese Dios lo que tanto deseo, y el que ha comenzado á herirme, acabe conmigo! Mi consuelo sería que sin perdonarme fuese afligiéndome y que yo no me opusiese á los decretos del Santo por esencia.'[1] En cuya explicación se encendía y abrasaba en deseos de padecer toda clase de dolores, mortificaciones, afrentas, y todo cuanto en este género le podía suceder: y aun llegando á las afrentas, y diciéndole lo de una penitente del Padre Baltasar Álvarez, á quien dicho Padre había sacado con gran victoria de la Inquisición, donde había estado mucho tiempo sin querer defenderse, hasta que dicho Padre, *motu proprio,* salió en su defensa, con tanto dolor de la paciente, que en lugar de agradecerle la diligencia, se quejaba llorando y decía á dicho Padre: '¡Ah! ¡Padre Baltasar! ¡ah! ¡Padre mío! ¿eran de perder doscientos azotes y por Toledo?' Refiriendo yo este ejemplo á dicha Mariana de Jesús en las razones que llevo dichas, y añadiéndole: '¿qué dice Vd. á esto? ¿En qué disposiciones se halla? ¿Pasaría á ser azotada en las calles de Quito, como lo deseaba la otra por las de Toledo?' me respondió con más presteza de la que yo le había hecho la pregunta: que sí y que muy de corazón; con tal afecto, que me dejaba admirado y sumamente edificado.»

[1] Job VI, 8 y sgs.

Las palabras con que Job pide al Señor más y más trabajos agradaban tanto á Mariana, que no contenta con aprenderlas de memoria, quiso tenerlas por escrito. «El lugar de Job», añade el citado Padre Lucas de la Cueva, «no paró ni me dejó parar hasta que se lo di en romance, como lo hice desde la villa de Riobamba, escribiéndoselo para su consuelo y su continuo ejercicio de repeticiones de grandes trabajos, mortificaciones y afrentas *de que padecía hambre.*» La plegaria del santo Job fué desde entonces el asunto inagotable de sus meditaciones, el tema de frecuentes comentarios, que hacía en forma de conversación con Dios. De este tenor es la oración siguiente que, con perdón de nuestros

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lectores, copiamos íntegra; pues si la boca habla de la abundancia del corazón, aquí cada palabra expresa una idea, revela un afecto, y patentiza la humildad y el amor á la cruz.

«Aunque indigna me reconozco, soberano Esposo mío, de tener la dicha de imitaros desamparado de vuestro Padre en el ara de la cruz; pero no es otro mi ruego que el pediros humildemente que no cesen en mí los golpes de mano tan poderosa. Ya empezasteis, Señor, á labrar mi alma con el cincel de vuestras misericordias; por tales reconozco los desconsuelos que padezco y las penas que experimenta mi corazón afligido. No suspendáis, Señor, el brazo en castigar á una criatura tan indigna como yo, tan ingrata á tantos beneficios como de vuestra generosa mano he recibido; pues en esta vida es favor vuestro castigo, y mucha gracia el penar. Aprestad más el azote de vuestra justicia contra la esclava que con tan poca lealtad os ha servido. Repetid los golpes de la tribulación contra quien, como yo, se hizo tan insensible á vuestros toques. Mis culpas y tibieza os piden el purgatorio en esta vida. Más penas, Señor, más trabajos, más aflicciones y más desamparos. Confieso servirme de un infierno para el deseo que tengo de gozaros. Pero ¿qué merezco, Dios mío? ¿De qué otras cosas pueden ser dignas mis ingratitudes y tibiezas sino de infernales ahogos y desconsuelos? Mas como miro en ellos vuestro beneplácito y agrado, sólo es mi deseo se cumpla vuestra voluntad: que siendo vuestros, los miro por regalos, por alivio y cariños. Ya empezasteis, Esposo

mío, á regalarme con penas; pues proseguid misericordioso en dar cumplimiento á mis ansias. Sólo os pido, en lugar de gozos, penas; por consuelos, tribulaciones; y por refrigerios, sequedades; y ésta será mi mayor consolación, ver que no ceséis de castigarme; ésta, mi mayor alegría, tener yo mayores dolores que padecer. ¿Cuándo merecí yo, Señor, gozar de la apacibilidad de vuestro rostro, ni disfrutar de vuestros favores, ni beber el vino suave de vuestros consuelos? Pues, huid de mí, Amado mío: vengan más tedios y sinsabores; pero miradme, aunque de lejos, con vuestra gracia y amparo.»

Entre los males físicos que aquejan á la pobre humanidad, los dolores de muelas no ocupan por cierto el último lugar. ¡Cuántos podrían decirnos por experiencia personal lo intensos y tenaces que son esos dolores! Pues precisamente por esto deseaba vivamente padecerlos nuestra heroína.

No se diga que para ella, lo mismo que para los demás hijos de Adán, una cosa es solicitar de Dios trabajos y penas, y otra recibirlos con paz y alegría. No, como esposa crucificada de Jesús crucificado, busca la cruz cual su tesoro más precioso y su mayor consuelo. Vaya en prueba de esto un hecho, de cuya autencidad no podemos dudar. Hallóse un día la generosa virgen tan adolorida y exhausta de fuerzas, que, sucumbiendo al peso de sus males, se dejó caer sobre su pobre cama, ó, mejor dicho, sobre su crudelísimo potro. Esto era salir de las llamas y caer en las brasas. «Mariana», le dijo una sobrina suya, que acudía á ofrecerle sus servicios, «Mariana, ruega á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tu Esposo, pues te concede todo lo que le pides, que te mitigue tus penas y dolores.» «¿Cómo puedo suplicarle yo tal cosa», replicó Mariana, «habiéndole pedido que me los dé, y cuando tan dadivoso se ha dignado concedérmelos? Y así, aunque es grandísimo el tormento que yo paso, lo llevo con amor, porque viene de su mano.»

Á la manera que el viajero, rendido de cansancio y sediento, encuentra sus delicias en humedecer sus labios y refrescar sus abrasadas fauces, así nuestra *Azucena* halla las suyas en las cruces que Jesucristo le depara continuamente con inusitada liberalidad. Oigamos á la buena india Catalina, cuyas declaraciones, consignadas en las Actas de beatificación, nos han edificado ya más de una vez. Catalina tuvo un día la curiosidad de acostarse en el potro ó escalera que servía de cama á su virtuosa patrona. En ese mismo instante entraba Mariana, quien, al verla, lejos de molestarse, le dijo con angelical sonrisa: «¿Qué te parece, Catalina? ¿son blandos los colchones? ¿Es cama regalada?» «Nada tiene de eso, señora», repuso la india, «y á mí ya me duele el cuerpo. Pero ¿Vd. duerme en ella? Y si duerme, ¿cómo le quedan los huesos?» «Sí que duermo, Catalina, y sábete que para mí eso es un regalo: porque, al fin, algo se ha de padecer por merecer y ganar á Dios, que en camas blandas no se halla, y supuesto que tanto padeció mi Esposo, es nada mi recompensa.»

La vida de la Beata Mariana se resume en estas palabras: pasión por sufrir, y no pasión cualquiera, sino imperiosa, irresistible. Testifican esta verdad en

gran parte las declaraciones hechas en el Proceso, por sus allegados, por sus confesores y por cuantos la habían conocido íntimamente. En conclusión, tuvo Mariana sed de padecer, porque tuvo sed de amor. Y esta doble sed se la mereció Jesucristo cuando estuvo sediento en la cruz y le dieron de beber hiel y vinagre.

¡Querido lector! ya que no nos sintamos con ánimo de pedir á Dios trabajos, humillaciones y desconsuelos, al menos llevemos por amor de Dios cuantas cruces y contrariedades Él tuviere á bien enviarnos; soportemos las penas inherentes á nuestros deberes. Sea éste nuestro más ardiente deseo, y haremos obras perfectas, según escribe Santiago Apóstol; y santa y dichosa será nuestra vida [1].

CAPÍTULO XIX.

LA MUERTE, PRIMER ESTÍMULO DE MARIANA PARA PERSEVERAR EN LA CRUZ.

SUMARIO. Preocupación por la perseverancia. — Primer estímulo de perseverancia: muerte práctica. — Catafalco permanente. — Una señora desmaya al ver el ataúd de Mariana. — Reflexiones á vista de un esqueleto artificial. — «Dios te perdone, Mariana.» — «Vamos á ver á Mariana.» — Éxtasis ante el catafalco. — «Yo aprendo á morir.» — Espejo de nueva invención.

EL reglamento y régimen de vida que hemos reproducido en capítulos anteriores, revela las gigantescas dimensiones del edificio espiritual que Mariana había resuelto levantar sobre la *piedra angular, que es*

[1] Jac 1, 4.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cristo. ¡Cuántas fatigas y sudores demandará su ejecución! ¡cuántos sacrificios y luchas impondrá su coronamiento!

Mas esa magnánima obrera de la perfección, ¿tendrá hasta su postrer aliento ese valor invencible, esa heroica fuerza de ánimo, esa paciencia inquebrantable que le son de todo punto necesarias para llevar á feliz término su colosal empresa? Ved ahí lo que la preocupa desde el día mismo que entra en la soledad; ved ahí el objeto constante de sus cuidados. Al poner sus miras en la perseverancia, esa niña de doce años muestra gran madurez de juicio, consumada sabiduría, al igual de los santos que han encanecido en la escuela del Crucificado y en la carrera de la virtud.

San Pablo había contemplado y escuchado en un celestial arrobamiento las maravillas del paraíso; y no obstante, apenas vuelto en sí, tiembla por su perseverancia, como reflexiona San Gregorio.

Con razón, pues, nuestra prudente virgen, aun cuando sea hermana de los ángeles por su pureza, y esposa de Jesucristo por su vida de inmolación, busca solícita cómo asegurar su perseverancia en la cruz, en que está enclavada juntamente con Cristo, según la palabra del mismo Apóstol[1].

El recuerdo continuo de la muerte, ó, con más exactitud, la muerte práctica y cotidiana, tal será su primer estímulo para la perseverancia. Sus resoluciones á este respecto nos fueron transmitidas por el Padre Butrón: «Juzgaré desde hoy que cada penitencia es la última de mi vida, que me restan ya pocos años; que en cada día, en cada hora, en cada instante puedo exhalar el postrer aliento. Me consideraré muerta ya y pensaré que con la muerte tuvieron fin el destrozo y la amargura de la penitencia; á lo menos me figuraré que me estoy muriendo; y ni los rigores de la penitencia me arredrarán, ni su duración será capaz de producir en mí otra cosa que nuevo ardimiento para proseguir como si estuviese al principio.»

[1] Gal. II, 19.

Este serafín de la tierra, cuya conversación está en el cielo, medita de continuo sobre la muerte de un modo conmovedor, y, podría añadir, dramático.

En la primera pieza de su habitación colocó un ataúd y dentro del ataúd abierto un madero largo, que figuraba un cuerpo muerto, amortajado con un tosco sayal franciscano. Púsole por cabeza una calavera, sobre el pecho un crucifijo y al extremo donde correspondían los pies, unos zapatos; de esta suerte aquella figura parecía por todos aspectos un verdadero cadáver. Decía Mariana que tan horroroso huésped era su retrato al vivo; y que el hábito que le tenía prestado se lo había de pedir á su tiempo para bajar á la tumba. Horroroso huésped, he dicho, porque lo era en realidad, como lo comprobó, para desgracia suya, una señora de las principales familias de Quito. Impelida más por la curiosidad que por la devoción, quería á todo trance ver el cuarto fúnebre de la santa solitaria; pero conseguir de la humilde virgen que le franqueara la entrada, era punto menos que imposible. ¿Qué hizo la señora?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Valióse del confesor de Mariana, la cual, obligada por la obediencia, tuvo que acceder á los deseos de aquella nobilísima matrona. Pero, por donde pecó, pagó; pues hallarse en presencia del catafalco y caer desmayada en tierra, todo fué uno; diríase que vió un espectro, un fantasma, que no un esqueleto artificial. En este hecho no se sabe qué admirar más, si la protección de Dios ó la humildad de su sierva: ésta le había pedido que sus maceraciones no fueran conocidas de nadie, ni visitado su arsenal de penitencia, donde colgaban tantos instrumentos aflictivos. Ya se ve: Mariana y su Esposo crucificado trabajaban de consuno; Mariana ocultando sus virtudes, Dios, encubriéndoselas maravillosamente. Lo que ponía espanto á la señora, poco familiarizada con la idea de la muerte, recreaba y encantaba á la fervorosa solitaria, que, á imitación del Apóstol, moría cada día.

Llegada la noche, colocaba el féretro en medio del aposento y á cada lado velas encendidas; luego hincada de rodillas ante el esqueleto, que muy en breve sería su propio cuerpo, según ella se imaginaba, se apostrofaba á sí misma con palabras como éstas: «En esto has de parar, Mariana, y aquí recogerás lo que en vida sembrares. ¡Desdichada de ti, si no vivieres como á la muerte quisieras haber vivido! Tu cuerpo será tu compañero en la gloria, si ahora lo tratas como enemigo. De nada pueden servirte galas, deleites y hermosura, sino de lazos para perderte. ¡Dichosos en la muerte los miembros que en la vida no tuvieron descanso! Muere,

pues, muere á ti misma, y vive toda y sólo para tu Dios.»

Después de estas consideraciones, figurábase estar ya muerta; lloraba á sollozos, y rociando el esqueleto decía: «Dios te perdone, Mariana, ¿y dónde te habrá cabido la suerte? ¡Ó vida eterna ó muerte eterna!» Ceremonia que practicaba infaliblemente al salir de su cuarto y al volver á él. Repetíala igualmente antes de acostarse, sin dispensarse por esto de ver en la cama la imagen del sepulcro y en el sueño la de la muerte.

No contenta con celebrar personalmente en vida sus exequias, hacíalas celebrar por otros. Así, cuando era visitada por su hermano el Padre Jerónimo ó por su primo el Padre Lorenzo Fernández, ambos franciscanos, les decía: «Vamos y veréis á vuestra hermana y prima Mariana de Jesús, que ya está muerta en su cuarto»; suplicábales al mismo tiempo que rociasen el catafalco con agua bendita y rezasen un responso. Deseosa de acercarse más aún á la realidad, á las veces quitaba el esqueleto del ataúd y colocábase en su lugar para dormir.

El presbítero Don Sebastián Delgado tenía que conferenciar con Mariana sobre un negocio que interesaba la gloria de Dios. Fué á llamar á su puerta, sin obtener respuesta; llamó segunda y tercera vez, y siempre sin resultado. Sin más esperar, acompañado de algunas personas de casa, entró en los departamentos de Mariana; ahí presenció con los demás un espectáculo digno del cielo. Mariana arrodillada ante el catafalco estaba inmóvil como una estatua;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus ojos extáticos y vueltos al cielo, su boca entreabierta: todo indicaba un profundo arrobamiento. Por más que hicieran ruido y alzaran la voz, no volvía en sí; al ver esto se retiraron para no distraerla de su unión tan íntima con Dios. Apenas habían salido del aposento, cuando Mariana despertó como de un dulce y celestial sueño, y enterada, sin duda por el Espíritu Santo, del objeto de aquella visita, fué en busca del sacerdote Don Sebastián: su rostro parecía ascuas, por el trato que había tenido con Dios y también por la extremada confusión que le causaba el haber sido sorprendida en aquel arrobamiento.

Del mismo modo que la sombra sigue al cuerpo, así el pensamiento de la muerte era, por gracia de Dios, inseparable de la mente de Mariana, sirviéndole á la vez de antorcha y escudo.

En cierta festividad hacía la santa oración como de costumbre en la iglesia de los jesuitas, no sin haber bajado antes el velo hasta el pecho, cuando un joven forastero, tan insolente como irreligioso, se le acercó para mortificarla cruelmente con palabras algo libres; entre otras cosas le pidió que le descubriese el rostro; pero hablaba á una estatua, pues nuestra Beata, sumida en profunda contemplación, no hacía movimiento alguno y no parecía darse cuenta de lo que pasaba en torno suyo.

Con esto creció tanto el atrevimiento del agresor, que le dijo: «Preciso es que sea ciega ó muy fea, para no mostrar el rostro.» Al oir esto, Mariana levanta el velo y prorrumpe en estas palabras: «Señor, ¿qué es lo que quiere de mí? Yo estoy aprendiendo

á morir, haga Vd. lo mismo, si quiere salvar su alma.» Dicho lo cual, dejó caer otra vez el velo hasta el pecho. La interpelación de Mariana produjo el efecto del rayo: atónito y espantado el temerario, sin saber por dónde escapar, fué á dar en la sacristía.

¡Conque la seráfica virgen dijo que aprendía á morir! ¿Podía por ventura dedicarse á un estudio más útil? Para adquirir más seguramente esta ciencia, que, á juicio de un escritor pagano, es la más necesaria, empleó otro medio, si bien original, muy eficaz, como que impresionaba los sentidos exteriores, que son las puertas del alma. Mandó pintar, según el ya tantas veces mencionado biógrafo, en un pequeño lienzo una cabeza de mujer, pero de tal forma que la mitad del rostro, de arriba abajo, era obra maestra, un portento de belleza, y la otra mitad, medio podrida y hecha el pábulo de gusanos y sabandijas.

Cuanto tiempo gastan las personas mundanas delante de su espejo, otro tanto pasaba la esposa de Jesucristo delante del suyo, que no engañaba; pero con un fin muy diverso.

Al contemplar la parte sana y hermosa, que era por donde empezaba, imaginábase que en otros tiempos recrearon los colores más agradables aquella vista; los sonidos más melodiosos aquel oído; los perfumes más suaves aquel olfato, y los manjares más exquisitos aquel paladar. Concluído este primer examen, pasaba á comparar tanto goce con la otra mitad del rostro, hecha un hervidero de gusanos. Equivalía esto á cotejar el tiempo con la eternidad,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y con el placer la muerte. Ya se echa de ver la consecuencia que sacaba: la hermosura viene á ser en breve podredumbre; los atractivos, horrores; y los ricos adornos, fango.

Si nos mirásemos frecuentemente en el espejo de Mariana, quizás acabaríamos por desengañarnos, viendo lo que somos y lo que seremos en la tumba. ¿No dice el Espíritu Santo en los Sagrados Libros, que las enseñanzas de la muerte son buenas y nada engañosas?

CAPÍTULO XX.

LA ESPERANZA DEL CIELO, SEGUNDO ESTÍMULO DE MARIANA PARA LA PERSEVERANCIA EN LA CRUZ.

SUMARIO. Áncora de salvación. — Éxtasis, guitarra en mano. — Diálogo sobre el premio de la virginidad. — Deseo de la muerte. — Confianza ilimitada. — Temor filial. — Está inscrita en el libro de la vida.

MARIANA de Jesús, cual navegante atrevido y valeroso, cruzaba generosa el mar de la contemplación y penitencia; mar tempestuoso y lleno de escollos. Mas el Señor, cuya sabiduría proporciona los medios á los fines propuestos, le había provisto de un áncora poderosa, que la mantuviera segura y firme en medio de las embravecidas olas. Que esta áncora de salvación sea la esperanza de la bienaventurada eternidad y de los medios á ella conducentes, lo enseña San Pablo [1].

[1] Hebr. VI, 19.

Siguiendo la aspiración innata de los seres racionales, la seráfica virgen buscaba con ardor y vehemencia su felicidad. ¿En qué bienes la cifraba? ¿En los de la tierra? ¡Ah no! ¡que son vanidad y aflicción de espíritu! Cifrábala en los bienes de la otra vida, bienes que, aparte de satisfacer de lleno todas nuestras aspiraciones, son eternos y duran tanto como nosotros. Advirtamos que en nuestra santa á este deseo de la eterna bienaventuranza se añadía una esperanza moralmente cierta, basada en las promesas y méritos del Redentor. De ahí que dijera con el Apóstol: «Me aguarda la corona de justicia; mi deseo, mi único deseo es ser desatada de la carne y estar con Cristo.» De ahí que declarara su confesor en el elogio fúnebre que de ella hizo: «En mi vida he visto mayor desprecio de las cosas humanas, ni mayor aprecio de las divinas.» Nuestra Beata conocía los bienes de la gloria por la fe, cuyas enseñanzas había escudriñado y saboreado en sus meditaciones; conocíalas también porque más de una vez le fué dado, como á San Pablo, ver y escuchar en subidos arrobamientos las inefables maravillas del paraíso.

Visitándola cierta tarde una amiga suya, que después fué religiosa con el nombre de Petronila de San Bruno, le pidió que cantara alguna letrilla, acompañándose con la guitarra. No se hace de rogar la santa, pues ya siente la necesidad de desahogar su alma, que rebosa en ardiente devoción. Tomar la guitarra, templarla y romper en suaves melodías, es cosa de un minuto apenas. He aquí que de re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pente enmudece, fija los ojos en el cielo y queda inmóvil, con una mano en las cuerdas y la otra en los trastes. Su alma contemplaba, sin duda, aquellas grandezas que tan divinamente celebraba con sus labios y dedos artísticos. El éxtasis dura una hora. Al volver en sí exclama: «Ah, amiga y hermana mía Petronila! ¡qué de cosas hay en el cielo!» y sigue explanándolas con dulcísimas lágrimas y con abrasadas palabras.

Allá en la gloria vió nuestra angelical solitaria entre otras inefables maravillas, la recompensa de la virginidad. De esto ella misma dió testimonio en una conversación que tuvo con su director espiritual pocos días antes de su muerte; conversación cuyos perfumes de piedad y de candor recuerdan los coloquios de San Benito con su hermana Santa Escolástica.

El Padre Alonso de Rojas es quien refirió esa conversación, en el panegírico que pronunció en honor de Mariana.

«Un día del achaque último de que murió esta señora, hablábamos ella y yo», refiere el susodicho Padre, «del amor divino, y entre otras cosas que le dije, una fué:

'Vamos al cielo, señora, á pasear en compañía del Cordero por los campos de la bienaventuranza.'

'Vamos, Padre mío', me respondió la seráfica virgen.

Yo le pregunté: '¿Por ventura ha visto alguna vez al Cordero Cristo y á las vírgenes que le acompañan? ¿Ha hablado con ellas en el cielo?'

Y ella con toda sinceridad respondió que sí....

'¡Oh, qué ilustrísimas tropas de vírgenes', le dije yo, 'serán las que acompañan al Cordero! Las vírgenes mártires vestirán de colorado.'

'Sí visten', dijo ella.

'Las vírgenes que no son mártires, vestirán de blanco', dije yo.

'También visten de colorado', respondió la enferma.

Y yo repliqué: '¿Cómo pueden vestir ese color, si no son mártires?'

'Porque la virginidad', respondió la virtuosa doncella, ya anciana en virtud, 'es martirio, y Dios la premia con la insignia de los mártires.'

Y porque yo no pensase que la enferma se agradaba, como niña, de las galas del Cordero y del olor de sus ungüentos, levantó la mano hacia un *Ecce-Homo* que tenía pintado junto al lecho, y llegó con los dedos muchas veces á señalar la corona de Cristo, como quien dice: 'No me agrado tanto de las galas del Cordero, cuanto de sus espinas; no me aficionan tanto los aromas como el alabastro quebrado.' Yo entonces enmudecí viendo tanta sabiduría y santidad en una doncella tan tierna, pareciéndome que en su comparación no sabía yo el *cristus* de la cartilla del espíritu.»

Del conocimiento que la *Azucena* tenía del premio eterno de gloria que la aguardaba le nacía un deseo vehementísimo de morir. «Hermana», dijo en una ocasión á la mencionada Petronila de San Bruno, «hermana, has de saber que se me va hinchando un pie, y no me da pena, porque es tan grande el ansi que tengo de gozar de mi Dios, que deseo ya morir.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Háseme aparecido mi Madre y querida Santa Gertrudis y me ha regalado con sus palabras y me ha dicho cómo mi Esposo me tiene guardadas siete sortijas muy preciosas.» Después de una breve pausa, prosiguió diciendo: «¡Oh, quién gozara de Dios! ¡Quién muriera por su amor! ¡Quién se abrasara en su amor! ¡Quién muriera por gozarle!»

Mariana de Jesús no sólo esperaba la bienaventuranza eterna, sino empleaba también los medios para obtenerla; esto es, la confianza en Dios y la cooperación á sus gracias. Cuán perfectamente practicaba lo que enseñaba á los demás, excusado es decirlo. Habiendo aconsejado á su sirvienta ayunos muy rigurosos, como lo hemos referido más arriba, recibió esta contestación, que el lector recordará: «Yo lo haría de buena gana, si fuese tan virtuosa como vuestra merced.» «Pues de tu parte está», dijo la santa, «poner los medios y hacer las diligencias, y Dios cuidará entonces de conservarte la vida.» Esto era hacerle presente un adagio más conocido que puesto en práctica: «Á quien madruga Dios le ayuda.»

Ya hemos contado cómo la tierna y esforzada esposa de Cristo crucificado llegó á ser objeto de amargas críticas con motivo de su comunión diaria. El Padre Camacho, acosado como estaba por formidables contradictores, ya se batía en retirada. Empero comunicóle Mariana su valor invencible y su confianza con estas palabras: «Ea, Padre mío, confiemos en Dios, que su gusto se hará, y no el de los hombres.»

Efectivamente, cumplióse el divino beneplácito, no sólo en aquella ocasión, en que le fué permitido

seguir comulgando todas las mañanas, sino también en todas las obras grandes ó pequeñas que emprendía.

Cuanto más ella se humillaba y se tenía por instrumento inútil, tanto más ponía de lo suyo Dios, autor y consumador de toda acción buena y santa. La confianza de la *Azucena*, con ser ilimitada, no era presuntuosa; antes iba siempre acompañada de un bien ordenado temor. Y «bienaventurado quien está siempre temeroso de desagradar al Señor», dice la Escritura [1].

Así es que con frecuencia se decía á sí misma: «¡Ó vida eterna, ó muerte eterna!»

Pasaba Mariana por la calle cuando un caballero se le acercó y le dió de improviso una muestra de excesiva familiaridad. Grande fué por esto el desconsuelo de la santa y abundantes sus lágrimas. Díjole una de sus sobrinas, que no era razón afligirse tanto por una acción que no era pecado, ni por parte de aquel señor, más sencillo que malicioso, ni por parte de ella, puesto que había sido sorprendida. «Todo lo comprendo», respondió la timorata virgen, «y así es como tú lo juzgas; pero ¿qué dirá mi Esposo, siendo celosísimo de su honra?» Celosísimo, ¿no es esto mismo lo que Moisés oyó de la boca de Dios? «El Señor tiene por nombre, celador, y Dios es celoso.» [2]

Con todo, su temor filial no aminoraba su confianza, antes bien la avaloraba; tanto más, cuanto que sabía por revelación, como lo hemos observado, que se hallaba inscrita en el libro de vida. De ahí

[1] Prov. XXVIII, 14. [2] Éxodo XXXIV, 14.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que hablara de su futura bienaventuranza como de cosa segura: «¡Oh! ¡cuándo será que tenga yo estas fiestas en el cielo!»

San Pedro de Alcántara, luego que expiró, se apareció á Santa Teresa, rodeado de resplandor, y le dijo estas bellísimas palabras: «¡Oh dichosas, oh dulces penitencias que me han merecido tanta gloria!»

Si la angelical Mariana nos honrase con una visión, ¿no diría otro tanto? «*Filii hominum, usquequo gravi corde*?—¡Oh hijos de los hombres! ¿hasta cuándo seréis de pesado y estúpido corazón?» pregunta el Salmista[1].

El Redentor os invita á merecer un trono de gloria inmortal. ¿Preferiréis en este mundo un trono de barro, y en el otro un trono de fuego?

CAPÍTULO XXI.

LA PASIÓN DE JESUCRISTO, TERCER ESTÍMULO DE MARIANA PARA PERSEVERAR EN LA CRUZ.

SUMARIO. La cruz, escuela de todos los santos; y con más razón de Mariana de Jesús, mártir voluntaria. — La Pasión, tema de sus conversaciones, su bálsamo en las penas. — La Pasión meditada cada mañana, imitada mayormente en las misas. — Ejercicios en honor de la Pasión, los viernes y ciertos otros días del año.

LA angelical doncella contemplando el catafalco aprendía á morir á sí misma y al mundo; al fijar sus ojos en el cielo, animábase á merecer los bienes de la otra vida; empero á los pies

[1] Salmo IV, 3.

del crucifijo amaba, se inmolaba en unión con Jesucristo.

Á los pies del crucifijo, hemos dicho; pues la virgen quiteña seguía las huellas de Francisco de Asís, de Teresa de Jesús, de Alfonso de Ligorio y de mil otros santos seráficos, estableciendo su morada en el Calvario, que San Francisco de Sales apellida la «montaña de los amantes». Ni podía ser de otra manera, porque el Calvario es la escuela donde adquieren la ciencia de los santos y el valor de los héroes los apóstoles y mártires, las vírgenes y confesores, todos, en fin, los que negándose á sí mismos, *toman cada día su cruz y siguen al divino Maestro*.

La Pasión de Cristo: éste es el tema ordinario de las conversaciones de nuestra santa, el argumento más poderoso que empleaba para persuadir á los pecadores á convertirse, y á los tibios á santificarse. Al hablar de los padecimientos del Redentor, sus lágrimas eran más abundantes y más expresivas que sus abrasadas palabras. Ponerse á considerar la pasión del Salvador, era para ella lo mismo que entrar en un horno encendido y hacerse ascuas.

¿Sobreveníale por ventura algún trabajo? Entonces se hallaba en el colmo de la dicha, pues tenía una ocasión más de asemejarse á su divino Maestro. El Crucifijo fué siempre el móvil principal de todos sus sacrificios. Invariablemente su meditación de cada mañana versaba sobre la pasión de Cristo. Para martirizarse animosamente todo el día, érale muy conveniente, apenas despertaba, considerar al Rey de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que hablara de su futura bienaventuranza como de cosa segura: «¡Oh! ¡cuándo será que tenga yo estas fiestas en el cielo!»

San Pedro de Alcántara, luego que expiró, se apareció á Santa Teresa, rodeado de resplandor, y le dijo estas bellísimas palabras: «¡Oh dichosas, oh dulces penitencias que me han merecido tanta gloria!»

Si la angelical Mariana nos honrase con una visión, ¿no diría otro tanto? «*Filii hominum, usquequo gravi corde*?—¡Oh hijos de los hombres! ¿hasta cuándo seréis de pesado y estúpido corazón?» pregunta el Salmista[1].

El Redentor os invita á merecer un trono de gloria inmortal. ¿Preferiréis en este mundo un trono de barro, y en el otro un trono de fuego?

CAPÍTULO XXI.

LA PASIÓN DE JESUCRISTO, TERCER ESTÍMULO DE MARIANA PARA PERSEVERAR EN LA CRUZ.

SUMARIO. La cruz, escuela de todos los santos; y con más razón de Mariana de Jesús, mártir voluntaria. — La Pasión, tema de sus conversaciones, su bálsamo en las penas. — La Pasión meditada cada mañana, imitada mayormente en las misas. — Ejercicios en honor de la Pasión, los viernes y ciertos otros días del año.

LA angelical doncella contemplando el catafalco aprendía á morir á sí misma y al mundo; al fijar sus ojos en el cielo, animábase á merecer los bienes de la otra vida; empero á los pies

[1] Salmo IV, 3.

del crucifijo amaba, se inmolaba en unión con Jesucristo.

Á los pies del crucifijo, hemos dicho; pues la virgen quiteña seguía las huellas de Francisco de Asís, de Teresa de Jesús, de Alfonso de Ligorio y de mil otros santos seráficos, estableciendo su morada en el Calvario, que San Francisco de Sales apellida la «montaña de los amantes». Ni podía ser de otra manera, porque el Calvario es la escuela donde adquieren la ciencia de los santos y el valor de los héroes los apóstoles y mártires, las vírgenes y confesores, todos, en fin, los que negándose á sí mismos, *toman cada día su cruz y siguen al divino Maestro*.

La Pasión de Cristo: éste es el tema ordinario de las conversaciones de nuestra santa, el argumento más poderoso que empleaba para persuadir á los pecadores á convertirse, y á los tibios á santificarse. Al hablar de los padecimientos del Redentor, sus lágrimas eran más abundantes y más expresivas que sus abrasadas palabras. Ponerse á considerar la pasión del Salvador, era para ella lo mismo que entrar en un horno encendido y hacerse ascuas.

¿Sobreveníale por ventura algún trabajo? Entonces se hallaba en el colmo de la dicha, pues tenía una ocasión más de asemejarse á su divino Maestro. El Crucifijo fué siempre el móvil principal de todos sus sacrificios. Invariablemente su meditación de cada mañana versaba sobre la pasión de Cristo. Para martirizarse animosamente todo el día, érale muy conveniente, apenas despertaba, considerar al Rey de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los mártires, Jesucristo, *Varón de dolores y Dios de todo consuelo*. Las muchas misas que oía proporcionábanle otras tantas ocasiones de imitar la muerte de su amantísimo Jesús; ya que sobre el altar reitera el Redentor, de una manera incruenta, su inmolación sangrienta del Calvario. Ahora bien, durante la consagración Mariana renovaba sus tres votos de la perfección evangélica, en unión de sacrificio con su Esposo crucificado: por el voto de pobreza, que la despojaba de todo, se hacía semejante á Cristo desnudo en la cruz; por el de obediencia moría á su propia voluntad; por el de castidad crucificaba todos sus sentidos, para vivir, en carne humana, á semejanza de los ángeles.

La devoción á la sagrada Pasión, tan del gusto de los santos, parecía haberla bebido Mariana con la leche materna. Para honrarla, ya desde muy niña, rezaba diariamente treinta veces, con los brazos en cruz, el símbolo de los apóstoles. La oración que tenía todos los viernes, declara uno de sus confesores, se reducía á pedir á Jesucristo, con suspiros y lágrimas, que la hiciera digna de padecer algo por su amor, y dar la vida por Aquel que dió la suya en la cruz. Es más: para ella esta devoción consistía en reproducir en sí la pasión del Salvador, por la práctica de las virtudes cristianas, especialmente por la abnegación y penitencia.

Consecuente con estos principios, nuestra seráfica solitaria, si bien se crucificaba cruelmente de continuo, aumentaba, centuplicaba sus tormentos en ciertas épocas y días del año; como, por ejemplo,

en el Adviento, en la Cuaresma, en algunas novenas y generalmente todos los viernes. Á las acostumbradas maceraciones, ya tan extraordinarias, que al parecer no pueden ser mayores, agregaba entonces, según el Padre Butrón, las prácticas siguientes: «De las tres grandes cruces que tenía, escogía los viernes la más tosca y pesada, y cargada con ella recorría de noche las estaciones, por los corredores altos y bajos de la casa, deteniéndose en cada una á considerar algún paso de los muchos que suele meditar la piedad cristiana en la Calle de la Amargura. Cuando quedaba sola en casa, ya fuese de día, ya fuese de noche, andaba las estaciones, ceñida siempre la cabeza con una corona de cardas. No contenta con andar todo aquel camino de rodillas, sujetaba á éstas garbanzos, por medio de vendas: al arrastrarse de esta suerte, no pocas veces daba con la cabeza en tierra, ya por el dolor que experimentaba, ya por el peso de la cruz. Cuando no ataba los garbanzos, se arrastraba sobre las rodillas desnudas, y sin desmayar un momento ni dejar la cruz, terminaba su *Via-crucis* contemplando, á su sabor, los dolores del Redentor: los ardientes suspiros, las copiosas lágrimas demostraban entonces lo excesivo de su amor y su sed de padecer por Cristo crucificado.»

Los miércoles de la Semana Santa ceñía, en vez de corona de cardas, una de espinas, que le arrancaba arroyos de sangre. Los jueves de la misma semana tomaba en cada estación una sangrienta disciplina. Ya hemos hablado en otra parte de sus maceraciones en el Adviento y en otras épocas del año.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El amor ó supone la semejanza ó la produce entre los que se aman de veras, y puesto que Jesucristo ha sido crucificado, crucificada había de ser su amantísima hija. Oigamos sobre este particular al Padre Butrón, cuya relación compendiamos: «En uno de sus aposentos había una cruz grande y fuerte, fija y asegurada en la pared, á cuyos cuatro extremos estaban sujetos unos ramales de cerda, en forma de argolla, menos en la cabeza, donde los había también, pero sueltos. En esa cruz, que se conserva todavía, se crucificaba Mariana todos los viernes del año y aun otros días más, á no impedírselo sus enfermedades. ¿De qué manera procedía para someterse á aquel martirio? Arrimaba á la cruz algún mueblecito á manera de escalón; ceñida la cabeza con una corona de puntas aceradas, y hecha la reverencia al instrumento de nuestra salvación, subía sobre la mesita, y con el ramal suelto que había en lo alto de la cruz se ataba fuertemente el pelo, que para disimular su penitencia y para esta crucifixión dejaba crecer sobre la frente. Sujeta ya la cabeza, introducía la mano izquierda hasta la muñeca y luego la derecha en sus respectivas argollas. Otro tanto hacía con los pies en las argollas inferiores, quedando en el aire suspendida de brazos, pies y cabeza. No le bastaba semejante martirio, sino que exigía á la buena india Catalina, que le asentara la corona, dando fuertes golpes con la mano en la parte que le dolía más. Y según declararon sus confesores, pasaba de este modo en la cruz varias horas. Natural era que se acordara entonces de la prolongada

agonía de su amante Salvador crucificado, y sólo este pensamiento era capaz de infundirle valor inquebrantable y sobrehumano. Mientras se estaba crucificando, sollozaba sin cesar y se anegaba en llanto. ¿Por qué? ¿Tal vez por lo mucho que padecía? No; lloraba los pecados de los hombres, que de un golpe dan muerte á quienes los cometen y al Redentor que los expía: rasgo más de semejanza con el divino Maestro, que en los días de su pasión ofreció á su Padre, según escribe San Pablo, plegarias y ruegos con grande clamor y lágrimas [1].

Durante el Adviento y la Cuaresma crucificábase de la manera referida, no sólo los viernes, sino también los lunes, miércoles y sábados. Estos últimos días en memoria de María Santísima, crucificada en su alma al pie de la cruz.

Excuso mencionar los cinco gruesos garbanzos que los viernes se ponía en los zapatos, conservándolos todo el día, aun para ir á la iglesia, los cuales le recordaban las cinco llagas del Redentor. Empero, sí haré notar la hiel y vinagre que bebía en esos mismos días, sin duda para acabar en su persona con esa última pincelada la imagen del moribundo Jesús, á quien se propinó la misma bebida. Por eso, dicho brebaje, dulce sólo al paladar de los santos, no faltaba nunca en el aposento de la heroica virgen, como consta en el Proceso, por la declaración de testigos, que no solamente vieron, sino que probaron aquella hiel y vinagre.

[1] Hebr. v, 7.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ya es la una de la mañana: hora en que los mundanos, mártires de sus vanidades y divertimientos, terminan sus tertulias. Nuestra heroína, mártir de la perfección, que ha estado atormentándose todo el día, tiene derecho á tomar algún descanso. ¿Dónde lo tomará? ¿En su potro ó escalera? No, que esta cama, con ser una tortura, es muy blanda para un día consagrado á la memoria de un Dios muerto en cruz; se acostará sobre una cruz formada con cinco piedras fijas, á medio enterrar, en el suelo á manera de estacas al pie de la cama.

Aunque no seamos llamados á hacer nuestras todas las prácticas de la santa en honor de la pasión de Cristo, ¿no podríamos, por ejemplo, con la mayor facilidad rezar como ella las estaciones del Vía Crucis?

Y ya que en nuestros tiempos el Crucifijo es, más que nunca, escándalo para los judíos triunfantes, locura para los paganos modernos, objeto de escarnios y profanaciones de parte de los sectarios y masones; debemos los cristianos con redoblada fe y devoción honrar, venerar y adorar la imagen de nuestro Dios, Amigo y Bienhechor, muerto por nosotros. ¡Que el Crucifijo proteja nuestro pecho! ¡que el Crucifijo ocupe siempre un lugar preferente en nuestra casa!

CAPÍTULO XXII.

LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS, CUARTO ESTÍMULO DE MARIANA PARA PERSEVERAR EN LA CRUZ.

SUMARIO. «Emprenderé la conquista de las almas.» — La llama del celo se trueca en incendios. — Diversos modos cómo ejerce el apostolado. — «¡Ay Quito ... Quito!» — Sobre todo ejerce el apostolado por la oración y la penitencia.

«HAY en la tierra», escribe un obispo francés, «muchos corazones duros como el bronce para con Dios; para fundir estos corazones tiene Dios altos hornos, de elevadísima temperatura.»

Puede decirse que la *Azucena* de Quito era uno de estos hornos encendidos. El lector no habrá olvidado el discurso patético de Mariana á sus sobrinas y su amiga Doña Escolástica, cuando estuvo á punto de marcharse á países de infieles. Decía en suma: «Los méritos de la sangre del Redentor se pierden; frústranse para una infinidad de almas los frutos de su sacratísima pasión. Las almas á millares son presa del león infernal, el demonio, á quien adoran y sirven; y yo, que puedo impedir tantos males, ¿me estaré mano sobre mano? ¿economizaré mi sangre, como el avaro el oro? No mil veces, no será así. Emprenderé la conquista de las almas, cueste lo que costare, aun cuando se yergan ante mis ojos mil cruces; aun cuando yo perezca en la demanda». Son estos conceptos un eco fiel, un comentario práctico de aquellas palabras del Salvador[1]: «*Misereor super turbam* — Tengo

[1] Marc. VIII, 2.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

compasión de estas muchedumbres», inmensas como el género humano, cuyos individuos corren en tropel á la perdición eterna. ¿De dónde le provenía á la niña de diez años aquel celo tan grande, aquel ardor evangélico, que inflamaba á una Teresa de Jesús y electrizaba á un Francisco Javier? En primer lugar, aquella sed de almas había sido provocada en la predilecta niña por el Espíritu Santo, á quien corresponde formar el corazón de los apóstoles, derramando en ellos la divina caridad. Mas Dios corroboraba y hacía fructificar esos sentimientos interiores con auxilios exteriores de maravillosa eficacia. En la familia, profundamente cristiana, de nuestra virgen hablábase con frecuencia de cuanto atañía á nuestra santa religión, á su propagación, á sus luchas, á sus victorias y tristezas. ¡Bendito el hogar donde la fe es continuo tema de la conversación! ¡Dichosos los padres que la fomentan, y dichosos los hijos que la escuchan!

En la iglesia, al pie del púlpito, nuestra apostólica niña había oído referir el encarnizamiento con que los japoneses perseguían á los cristianos, la constancia de éstos en confesar la fe de Cristo, y el martirio de muchos de ellos: relaciones todas que la enardecían más y más; y hubiera deseado tener alas para volar al teatro de la persecución; mas como esto no le era concedido, resolvía, por decirlo así, extremar su celo por las almas, empleando todos los medios que estuviesen á su alcance. Se le partía el corazón de dolor, se le hacía inconciliable el sueño, al pensar que una sola alma pudiera quedar privada de los

frutos de la Redención. Prorrumpía entonces en estas exclamaciones: «Señor Jesús, no me es dado trabajar directamente en la conversión de los infieles. No obstante, quiero por mi parte hacer cuanto pueda en pro de su salvación eterna. Ved, ¡oh Salvador de las almas! mis deseos; mirad mis lágrimas; escuchad mis gemidos; acelerad el momento en que no haya una sola de vuestras criaturas racionales que no se aproveche de vuestros padecimientos, para ser después en el cielo vuestra corona.»

La llama del celo apostólico que abrasa á la tierna Mariana, se trocará poco á poco, al soplo del Espíritu Santo, en incendios vastos como el mundo. El apostolado es la continuación de la obra del Redentor, por la aplicación de sus méritos á las almas. Esta aplicación de los méritos de Jesucristo á las almas era lo que nuestra evangélica virgen procuraba de muchas maneras y siempre con el mismo tesón y éxito. Atrae las bendiciones del cielo sobre los hombres de buena voluntad, con el ascendiente de sus virtudes; y aquí tiene cabida aquel dicho: «Si las palabras mueven, los ejemplos arrastran.»

Su vida entera es un perfume que derrama y esparce el buen olor de Cristo en torno suyo, entre sus allegados, amigos y jóvenes de Quito, á quienes por los padres de familia es propuesta Mariana como ejemplar de modestia, recato y piedad. Su angelical vida es luz que resplandece entre los hombres y los incita á glorificar al Padre celestial, por la práctica de las virtudes cristianas; como la de todos los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

justos, una protesta elocuente contra los desenfrenos del siglo, contra su molicie y cobardía; y los mismos pecadores miran siempre á la *Azucena* como á un serafín en carne humana. Al apostolado del buen ejemplo ella agrega el del consejo, siempre oportuno, y tanto más saludable y mejor aceptado, cuanto más desinteresado y más autorizado por su propia conducta. Siendo como es imitadora perfecta del divino Maestro, practica primero lo que después aconseja.

Fuera de esto, ejercía con no menos ahinco el apostolado de la *reparación*, llorando sin cesar los pecados de los hombres y en especial los de Quito su patria, como dejamos apuntado en capítulos anteriores.

Viene aquí á propósito un hecho que refiere circunstanciadamente el ya conocido biógrafo de Mariana.

«Un domingo de Cuaresma del año 1642 predicaba á los indios el apostólico varón Padre Gabriel de Arsola. En lo mejor del sermón exclamó de repente y con vehemencia y tono como inspirado: '¡Ay Quito... Quito! ¡cuánto temo que tus culpas te han de sumergir y destruir!' Oyó estas palabras cierto individuo demente ó imbécil que solía andar vagando por la ciudad y era la burla del pueblo. Cerrada la noche, salió nuestro loco gritando por las calles, sin que nadie fuese capaz de contenerle, que á la media noche había de quedar asolada la ciudad, porque así se lo había dicho el Espíritu Santo. Profeta de esta estofa no merecía ningún

crédito; con todo, se lo dió el pueblo, que no reflexiona, y se aturde á medida que se deja llevar de sus impresiones; y despertando los remordimientos á la voz del supuesto vaticinador, consideraron como inminentes los castigos que no ignoraban haber merecido. Añadíase á esto las terribles explosiones del vecino Pichincha y los terremotos que en tiempos no muy lejanos habían arruinado á Quito, con poco ó ningún escarmiento de sus habitantes. Unos, pues, acosados por el temor, huyeron de la ciudad; otros, no menos recelosos, pero sí más cuerdos, abandonaron sus casas antes de la hora fatal, esto es, antes de media noche; recorrían las calles pidiendo perdón y misericordia; abriéronse las iglesias y expúsose el Santísimo Sacramento. Cuántas confesiones se hicieron en presencia de su Divina Majestad, cuántas restituciones se verificaron de honra y dinero, no es para contado. La consternación general llegó á su colmo, cuando algunos dijeron que habían oído dar por dos veces las doce menos cuarto, en el reloj público; señal evidente, según ellos, de que les quedaba apenas un cuarto de hora de vida. En esto acudieron varios parientes de Mariana á su cuarto y le suplicaron alcanzase del Señor la suspensión del castigo. Recibiólos ella como siempre con palabras de consuelo y los exhortó á confiar en la divina misericordia. Habiéndolos despachado con voces de aliento, apenas quedó sola, encerróse en su último y más escondido retiro y empezó á descargar sobre su inocente y delicado cuerpo tal lluvia de rudos golpes, y á suplicar con tantos sollozos y lágrimas á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

su divino Esposo que aplacara sus iras, que desde la calle se oían sus gemidos y azotes. Decidida estaba á seguir así hasta haber, cual otro Moisés, detenido y desarmado el brazo de Dios. Mientras se despedazaba de esta suerte el cuerpo tan cruelmente, recibió una ilustración interior clara y precisa: el Señor había permitido tan extraño suceso á fin de mover á los pecadores á la conversión y penitencia. Acto continuo, Mariana hizo decir á los suyos, de parte de Jesucristo, que estuviesen sin cuidado, pues que nada acontecería. Lo que no dijo fué lo mucho que pesarían en la divina balanza sus gemidos, sollozos, súplicas y sangre derramada.»

De este, así como de otros hechos, se desprende que la infatigable virgen ejercía su apostolado principalmente por la oración é inmolación. Por la *oración,* pues pasaba la mayor parte del día y de la noche en derramar su corazón ante el altar de la divina clemencia. De esta manera pedía á Jesucristo, no una descendencia carnal, al modo de Raquel, esposa de Jacob, sino almas que fuesen hijas suyas según la gracia. Con las súplicas fervientes y continuas corría parejas la *inmolación,* de todos los días y de todos los instantes. ¡La inmolación incesante! ¿Y por qué? Podría dar por motivo el voto de castidad que nuestra *Azucena* tenía hecho desde muy niña. Al consagrar su virginidad á Jesucristo se había obligado á vivir de su vida divina; á hacerse en todo y por todo semejante á él. Y si el dulcísimo Salvador, el Esposo de las vírgenes, fué crucificado para nuestra salvación y remedio; si María Santísima, la Reina

de las vírgenes, fué la Madre de los Dolores, justo es que la virgen cristiana, y por consiguiente nuestra santa, fuera una víctima constante, un holocausto continuo é incesante. Con estos conceptos se armoniza perfectamente aquella visión celestial en la que Mariana vió que la virginidad es una especie de martirio y como tal ciñe en la gloria la corona de los confesores de la fe. Á este martirio aludía una célebre carmelita, Javierina de Maistre, cuando decía que el estado de virgen es un estado de víctima y hostia permanente sobre el altar del sacrificio.

Aunque Mariana no hubiese hecho voto de castidad, estaría sujeta á la ley de la penitencia y mortificación, toda vez que ansiaba la salvación de las almas. No olvidemos que la cruz, en sus diversas formas, es condición indispensable del apostolado católico. El grano de trigo produce frutos y se multiplica, con tal que haya sido echado en la tierra y haya en cierto modo muerto. Nuestra heroína, como anhelaba ser apóstol, hubo de ser mártir voluntaria de mortificación y paciencia.

De ahí que en uno de sus aposentos estuvieran repartidos por las paredes tantos y tan diversos instrumentos de maceración; de ahí que su cuerpo, privado de alimentos, cruelmente azotado, cargado de cilicios y cadenillas de hierro, estuviera hecho una llaga de pies á cabeza. ¿Á qué obedecían tantas austeridades, tantos rigores? Al deseo de engendrar almas para Jesucristo, quien obró la redención por la cruz.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La celosísima Mariana es, pues, un horno que Dios ha encendido al pie del Pichincha, para fundir los corazones duros como el bronce.

Muchos tienen la nobilísima ambición de ser redentores; pero ¿quieren serlo por la cruz?

CAPÍTULO XXIII.

LAS VIDAS DE LOS SANTOS, QUINTO ESTÍMULO DE MARIANA PARA PERSEVERAR EN LA CRUZ.

SUMARIO. Relaciones que existen entre las vidas de los Santos y nuestra perseverancia. — Mariana se aficiona á las vidas de Santa Teresa, de María de Vela, de Santa Catalina de Sena; á las actas de los mártires. — Martirio milagroso.

ORAR, vivir, y morir en la cruz: he ahí la vocación de Mariana de Jesús. Alentábase á perseverar en ella, no sólo con los medios que hemos visto ya, sino también con la lectura diaria de libros piadosos, y en particular de vidas de Santos.

Lectura diaria, hemos dicho; pues éste es uno de los ejercicios que figuran en su horario, con determinación de tiempo. «De media noche á la una de la mañana», dice, «leeré algún libro de vidas de Santos y rezaré Maitines.»

Se me preguntará tal vez: ¿qué relación existe entre la lectura espiritual y nuestra fidelidad en el servicio de Dios? San Agustín, convertido sobre todo por la lectura de un capítulo de San Pablo, contestará por mí: «Los libros devotos son otras tantas cartas

que Dios, nuestro dulcísimo Padre, y los bienaventurados, nuestros hermanos, nos envían desde la patria celestial. En ellos nos advierten los peligros que se encuentran en nuestra infeliz peregrinación; nos señalan los pasos en que nuestros enemigos nos esperan y las asechanzas que nos traman para quitarnos la vida del alma y despojarnos del tesoro inestimable de la divina gracia; nos enseñan las provisiones de virtud que debemos hacer para no desfallecer en el camino; nos animan á sufrir los trabajos, las incomodidades y penalidades de este miserable viaje; y nos muestran el camino recto y seguro para llegar á donde ellos llegaron.» [1]

Tal fué uno de los más dulces confortativos de Mariana en el camino de la oración é inmolación.

Cooperaba á la gracia, dice el Padre Butrón, con la lectura diaria de las vidas de los Santos, imitando á la abeja industriosa, la cual del exquisito néctar de cada flor compone un rico panal de miel para provecho suyo y ajeno. La ilustrada virgen sabía escoger, entre muchos buenos libros, los mejores, esto es, los que habían sido escritos por Santos ó referían las virtudes de los Santos. No es maravilla, pues, que se hubiese familiarizado con las obras de Santa Teresa, quien, semejante al águila real, tan presto se remonta á las altas esferas de la contemplación, como desciende á los pormenores de la vida práctica y ordinaria.

[1] In Ps. CX serm. 2.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De ese preciosísimo y abundantísimo arsenal de máximas santas y morales, según la feliz expresión del docto Lafuente, la virgen quiteña había tomado algunas para meditarlas con frecuencia, imprimirlas en su espíritu y hacer de ellas la norma de su vida.

Esas máximas familiares eran principalmente las que Nuestro Señor dijo á la virgen de Ávila: «¿Piensas, hija, que el merecer está en gozar? No está, sino en obrar, padecer y amar. No habrás oído que San Pablo estuviese gozando de los gozos celestiales más de una vez, y muchas que padeció. Ya ves mi vida toda llena de padecer, y sólo en el Monte Tabor habrás oído mi gozo. No pienses, cuando ves á mi Madre que me tiene en los brazos, que gozaba de aquellos contentos sin grave tormento; desde que le dijo Simeón aquellas palabras, le dió mi Padre clara luz para que viese lo que ya había de padecer.... Cree, hija, que á quien mi Padre más ama da mayores trabajos, y á éstos responde el amor.... Engañarse ha quien se asegurare por regalos especiales; la verdadera regularidad es el testimonio de la buena conciencia; mira estas llagas, que nunca llegarán aquí tus dolores; éste es el camino de la verdad.»

Con estos documentos bien meditados y profundizados, la virgen quiteña se abrasaba en deseos de purificar más y más su corazón y de padecer sin consuelo.

No saboreaba menos estas palabras de su amada Santa Teresa: «Yo conozco personas que van por el camino del amor, como han de ir por sólo servir

á Jesucristo crucificado; que no sólo no le piden gustos, ni los desean, sino que le suplican no se los dé en esta vida.»

Una de estas almas esforzadas resolvió ser Mariana, haciendo suya la divisa de la Reformadora del Carmen: *padecer ó morir;* divisa que formuló Mariana más con sus deseos y obras que con sus palabras. Tanta verdad es que la lectura de libros religiosos es á veces el principio de una vida santa, como sucedió á San Ignacio y muchos otros.

Discípula de Santa Teresa, Mariana lo fué igualmente, y tal vez más aún, de Santa Catalina de Sena, por la mayor conformidad de vida.

Por lo que hace á la virgen de Sena, bastará transcribir aquí la declaración del Padre Antonio Manosalvas: «Santa Catalina de Sena fué su maestra y dechado en todo; sabía toda su vida de memoria, y con ella se consolaba en sus trabajos y aflicciones.»

Fué además, según el Padre Camacho, nuestra Beata muy aficionada á Doña María de Vela, cuya vida penitente leía muy de ordinario é imitaba con ventaja.

El hecho que vamos á narrar figura en el Proceso, atestiguado bajo la religión del juramento por varios declarantes fidedignos. En una reunión de familia, á la cual asistía Mariana, en el tiempo que media de las nueve á las diez de la noche, leíase la historia de una virgen mártir, cuyo nombre se ignora. Cada palabra de esa heroína del evangelio, que confesaba intrépida la fe de Cristo y conservaba á costa de su vida la castidad, cada circunstancia de su pasión,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

era un nuevo dardo de fuego que le atravesaba á Mariana el corazón y la dejaba con ansia de padecer el martirio. Al fin, como quien ya no es capaz de dominarse, prorrumpió en estas exclamaciones: «¡Oh quién pudiera lograr la felicidad de esta Santa! ¡Dichosa por eternidades, pues supo ser fina con su Esposo! ¡Feliz, pues con su muerte dió prueba de su fineza y amor! ¡Oh si yo fuera tan dichosa que probara mi amor con el martirio! ¡Oh si tuviera ocasión de merecer que mis miembros fuesen atormentados por verdugos! ¡Sólo idearlo me alegra! ¿Qué fuera si lo gozara?» ¿No se diría que estas palabras son un eco de las de San Ignacio de Antioquía, que día y noche soñaba en su tan suspirado martirio?

Pues la reclusa de Quito tendrá la dicha de padecer de un modo tan real como inexplicable. Al retirarse á su cuarto, pidió á Jesucristo muy de corazón la gracia del martirio, y preocupada con tal idea, se acostó en su pobre cama, conciliando luego el sueño. Al poco tiempo despierta, pero con pasmosa novedad en todo su cuerpo: teniéndolo espantosamente descoyuntado y magullado, con un brazo y una pierna sin movimiento. Quiere la doliente levantarse, pero no le es posible incorporarse, ni siquiera menearse en la cama. Hállase tan dolorida, que no solamente guardó cama durante tres meses, sino que hubo menester ser asistida en todo y por todo, cual si fuese criaturita recién nacida. ¿Cómo le sucedió esto? En vez de perdernos en conjeturas, oigamos á la misma santa referir á los de casa lo ocurrido.

Por de pronto al verlos acudir inquietos á su cabecera, conténtase con decir: «De esta suerte desperté.» En seguida, para impedirles que llamen al médico, añade que su mal no es natural y que no tiene inconveniente en decirles cómo le ha sobrevenido; lo cual hace más ó menos en los siguientes términos: «Cobijada ya en mi lecho y con el corazón abrasado en deseos de ser mártir, como aquella Santa cuyo martirio se leyó anoche, á poco de cerrar los ojos me he hallado en el Japón, entre los tiranos, que, por defender yo la fe, me han sentenciado á exquisitos tormentos, despedazando mi cuerpo, miembro á miembro; luego que desperté me he hallado con los dolores, molimiento de huesos y postración en que me ven ustedes.» Idéntica declaración hace á la india Catalina, agregando que lo que está padeciendo corresponde exactamente á los tormentos que le han dado mientras dormía.

Que se trata aquí de un suceso extraordinario y raro, acaso de bilocación, si bien no único en su especie, es cosa que salta á la vista. Admitamos el hecho, perfectamente comprobado, así como lo ha admitido la santa Iglesia, sin averiguar la manera cómo se haya producido. El Creador que ha establecido las leyes de la naturaleza, ¿no podrá cuando le plazca derogarlas en un caso dado? En efecto, ¿no las ha derogado infinitas veces, como lo demuestra la Historia y lo atestiguan los mismos enemigos del cristianismo?

De lo que llevamos escrito se colige cuánto provecho sacaba nuestra virgen de las vidas de los Santos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al leerlas se le avivaba el deseo de volar al martirio por amor á Jesucristo, y del martirio al cielo, patria del amor, para consumar su unión con Dios. En los primeros siglos de la Iglesia, en la era de las persecuciones sangrientas, los fieles se animaban con la lectura de las actas de los mártires á sostener impávidos los combates de la fe. Hoy que se persigue en todas partes el catolicismo, en nombre de leyes inicuas, leamos y meditemos los ejemplos de virtud y valor que nos legaron nuestros gloriosos predecesores y hermanos en el camino de la fe y la santidad.

Mas ¡ay! ¡á cuántos y cuántas podría decir el soberano Juez lo que á San Jerónimo siendo todavía estudiante: «No eres cristiano, pues en vez de aficionarte á los libros religiosos, todas tus preferencias son por las novelas y producciones envenenadas»!

❦❦❦

CAPÍTULO XXIV.

MEDIOS QUE MARIANA EMPLEA PARA PERSEVERAR EN LA CRUZ.

SUMARIO. Oración mental. — Oración vocal. — Oraciones jaculatorias. — Devoción á María Santísima, San José y otros Santos.

ENTRE un estímulo y un medio de perseverancia va mucho. Un estímulo me incita á perseguir y tratar de lograr la perseverancia; si empleo los debidos medios, la alcanzo. ¿Cuáles serán, pues, los medios de que Mariana se servirá para perseverar en el divino servicio hasta entregar su alma bendita en manos del Creador?

El principal es la *oración* en sus múltiples formas.

Y si la preclara virgen escoge la oración como arma segurísima para triunfar cada día de la inconstancia humana, y sobre todo para alcanzar la victoria final, es porque conoce la sentencia del Rey Profeta: «Si el Señor no es el que edifica la casa, en vano se fatigan los que trabajan en ella. Si el Señor no guarda la ciudad, desvélase inútilmente el que la guarda.»

Á cuyas palabras sirve de comentario esta máxima que Mariana había sin duda leído en las obras de Santa Teresa: «Quien abandona la oración mental, no ha menester ser arrastrado por el demonio al infierno: él mismo se precipita en los abismos eternos.» En consecuencia consagraba á la oración mental tres, cuatro y hasta cinco horas por día, y lo restante del tiempo á la oración vocal, como nos consta de las declaraciones de los confesores y del reglamento de vida, que tuvimos ocasión de conocer.

Iniciada ya desde temprana edad por un jesuita en el método de San Ignacio, preparaba cada noche, punto por punto, la meditación de la mañana siguiente. Éste es el principio de una vida *escondida con Cristo en Dios*, según la bellísima expresión del Apóstol.

En orden á la oración de la seráfica santa, lo más acertado es oir el parecer de quienes la confesaron sucesivamente, y en primer lugar del Padre Camacho: «Nuestro Señor la levantó á lo supremo de la contemplación, que consiste en conocer á Dios y sus per-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al leerlas se le avivaba el deseo de volar al martirio por amor á Jesucristo, y del martirio al cielo, patria del amor, para consumar su unión con Dios. En los primeros siglos de la Iglesia, en la era de las persecuciones sangrientas, los fieles se animaban con la lectura de las actas de los mártires á sostener impávidos los combates de la fe. Hoy que se persigue en todas partes el catolicismo, en nombre de leyes inicuas, leamos y meditemos los ejemplos de virtud y valor que nos legaron nuestros gloriosos predecesores y hermanos en el camino de la fe y la santidad.

Mas ¡ay! ¡á cuántos y cuántas podría decir el soberano Juez lo que á San Jerónimo siendo todavía estudiante: «No eres cristiano, pues en vez de aficionarte á los libros religiosos, todas tus preferencias son por las novelas y producciones envenenadas»!

❦❦❦

CAPÍTULO XXIV.

MEDIOS QUE MARIANA EMPLEA PARA PERSEVERAR EN LA CRUZ.

SUMARIO. Oración mental. — Oración vocal. — Oraciones jaculatorias. — Devoción á María Santísima, San José y otros Santos.

ENTRE un estímulo y un medio de perseverancia va mucho. Un estímulo me incita á perseguir y tratar de lograr la perseverancia; si empleo los debidos medios, la alcanzo. ¿Cuáles serán, pues, los medios de que Mariana se servirá para perseverar en el divino servicio hasta entregar su alma bendita en manos del Creador?

El principal es la *oración* en sus múltiples formas.

Y si la preclara virgen escoge la oración como arma segurísima para triunfar cada día de la inconstancia humana, y sobre todo para alcanzar la victoria final, es porque conoce la sentencia del Rey Profeta: «Si el Señor no es el que edifica la casa, en vano se fatigan los que trabajan en ella. Si el Señor no guarda la ciudad, desvélase inútilmente el que la guarda.»

Á cuyas palabras sirve de comentario esta máxima que Mariana había sin duda leído en las obras de Santa Teresa: «Quien abandona la oración mental, no ha menester ser arrastrado por el demonio al infierno: él mismo se precipita en los abismos eternos.» En consecuencia consagraba á la oración mental tres, cuatro y hasta cinco horas por día, y lo restante del tiempo á la oración vocal, como nos consta de las declaraciones de los confesores y del reglamento de vida, que tuvimos ocasión de conocer.

Iniciada ya desde temprana edad por un jesuita en el método de San Ignacio, preparaba cada noche, punto por punto, la meditación de la mañana siguiente. Éste es el principio de una vida *escondida con Cristo en Dios*, según la bellísima expresión del Apóstol.

En orden á la oración de la seráfica santa, lo más acertado es oir el parecer de quienes la confesaron sucesivamente, y en primer lugar del Padre Camacho: «Nuestro Señor la levantó á lo supremo de la contemplación, que consiste en conocer á Dios y sus per-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fecciones, sin discursos, y amarle sin interrupción. Gastaba la mayor parte del día y de la noche en oración, así mental como vocal, exámenes, lección espiritual, contemplación, sin dormir apenas una hora.»

Con estas palabras concuerdan las del Padre Alonso de Rojas: «Moraba dentro de sí, en la presencia de Dios, y andaba con cuidado en no perderle de vista y estaba interiormente tan asida con la Santísima Trinidad, que decía, no se podía apartar de Dios. Con facilidad se levantaba en espíritu al cielo, y entre las vírgenes cantaba motetes á Dios. Finalmente andaba tan recogida en silencio y quietud sobrenatural, que muchas veces le sucedía andar como fuera de sí, y como una abeja se estaba cebando en el costado de Cristo, regalándose con su sangre.»

Á tenor de las precedentes es la declaración del Padre Lucas de la Cueva: «En los ratos que la comuniqué descubrí la alteza á que Dios la había llamado, y la unión que con su Divina Majestad había alcanzado; punto que me comunicó, y yo la atajé diciéndole que yo no entendía aquellas materias tan realzadas, porque no había entendido en mi vida sino lo más elemental de la vida purgativa.»

Corone tan brillantes testimonios el del Padre Manosalvas: «Después de algunos años el Señor la levantó á una contemplación y unión con su amado Esposo tan estrecha, que un solo punto no se apartaba de tenerle presente; y ya no necesitaba de libros para saber lo que había de contemplar, porque, de cualquiera suerte que leía ú oía leer, le era

ocasión para estarse días y noches enteras alabando y amando á su Eposo.»

No será inútil notar que la oración de Mariana era más bien afectiva que discursiva; teniendo más parte en ella la voluntad que el entendimiento; más los coloquios que los raciocinios, más los suspiros y lágrimas que los argumentos y consideraciones. De ahí que la *Azucena* sea una santa seráfica, como lo fueron una Teresa de Jesús, un Francisco de Asís y otros muchos que se distinguieron por los ardores de la divina caridad.

Es de creer que nuestra Beata haya conocido y practicado los tres modos de orar tan recomendados en el Libro de los Ejercicios de San Ignacio, habiendo sido todos sus directores jesuitas. Por lo que, á lo menos en cuanto á sus primeros años, es de suponer que haya orado por los mandamientos, etc., intercalando algunas preces y consideraciones, etc. Otras veces tomaría por materia de meditación alguna sentencia de Cristo nuestro Señor ó alguna oración, como el Padrenuestro, é iría rumiando cada palabra por sí y sacando el espíritu y afecto que hay en ella. Empero le agradaría más el tercer modo de orar, que es por vía de aspiraciones y afectos, que responden á las respiraciones del cuerpo, procurando que entre respiración y respiración saliese de lo íntimo de su alma algún afecto santo, alguna breve jaculatoria[1].

Del espíritu de oración nacía en nuestra esclarecida solitaria y tomaba creces la virtud de religión, que

[1] El Padre La Puente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la inclinaba á dar á Dios el culto que le es debido: culto que se resume, al decir de San Agustín, en fe, esperanza y caridad [1].

Sirva de prueba á esto la siguiente oración, que rezaba al poner el pie en la iglesia, casa de Dios é imagen del paraíso. «Yo Mariana ruego humildemente á vuestra celestial hermosura, santísimo Ángel de mi guarda, que me llevéis con el espíritu y pensamiento á la corte del cielo, y me alcancéis de los Ángeles más principales que me den audiencia. Haciendo cuenta que dejo las cosas terrenas, y levantándome sobre todas ellas, me pongo en la presencia de los cortesanos del cielo; represéntoles mis deseos, que todos son de la mayor gloria de Dios y salvación de las almas. Pido primero con toda reverencia á los Serafines ardentísima caridad; á los Querubines, sabiduría; á los Tronos, humildad; á las Dominaciones, mortificación de cuerpo y sentidos; á las Potestades, victorias en las tentaciones; á las Virtudes, aprovechamiento en todo género de virtud; á los Principados, sujeción; á los Arcángeles, pureza de alma y cuerpo; á los Ángeles, obediencia. Pido á los patriarcas, fe; á los profetas, esperanza; á los apóstoles, caridad; á los mártires, fortaleza; á los pontífices, solicitud; á los doctores, sabiduría; á los confesores, obediencia; á las vírgenes, castidad: para que toda Mariana sea agradable á los ojos de mi Dios y Señor.»

Concluída esta oración, no menos profunda que devota, se acercaba al trono de la Santísima Trinidad para decir: «Dios mío, trino y uno, tan sabio como poderoso, tan poderoso como bueno, y tan bueno como hermoso, y todo inmenso, gózome infinito de que seáis, Dios mío, quien sois, y de que tengáis en Vos todas las perfecciones y excelencias. ¡Oh amado Tesoro mío! Vos solo bastáis para hartar mi deseo y en Vos solo me contento; y yo, como si estuviera sola, no me ocuparé en otra cosa que en amaros, alabaros, glorificaros, serviros y obedeceros á Vos, que sois todo, único y sumo bien y eterno descanso.»

[1] Citado por San Alfonso.

Bien podemos, pues, afirmar que nuestra *Azucena* era un serafín en la tierra. No sólo elevaba su corazón y su espíritu á Dios y á los Santos, sino que además expresaba sus afectos y deseos con abrasadas palabras. Á la manera que la llama procede de la hoguera, así de su corazón encendido por la oración mental procedía la oración vocal. Para comprender esto, tengamos presente que en la angelical virgen, lo mismo que en todos los Santos y buenos cristianos, los labios estaban de acuerdo con el corazón, y su corazón con el de Dios, cuyo beneplácito buscaba en todo y siempre. De ahí procedía su fuerza de impetración. Sus plegarias, á más de perfectas, eran frecuentes, continuas, incesantes. Esta émula de los ángeles, por su conversación celestial, y de los anacoretas, por sus heroicas mortificaciones, se sujetaba como el ínfimo de los mortales á la ley del trabajo, impuesto al hombre en castigo de su pecado. Sin embargo, su trabajo manual no era más que una oración prolongada. «De las dos á las cinco de la tarde», leemos en su reglamento de vida, «ejercicios

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de manos y levantar mi corazón á Dios; haré muchos actos de su amor.» Como para ella proponer y cumplir todo era uno, las preces jaculatorias alternaban con los cánticos sagrados, y mientras cantaba, ya lo hemos dicho, acompañábanla con melodías á cual más suaves los ángeles del cielo, las vírgenes del Señor y las cantoras aves.

Entre sus jaculatorias había una que repetía cada vez que el reloj daba la hora y al toque del Ángelus. Hela aquí: «Bendita sea la hora en que mi Señor Jesucristo encarnó, nació, murió, resucitó y subió á los cielos é instituyó el Santísimo Sacramento del Altar. Alábente, Señor, todas las criaturas del cielo y de la tierra. Amén.»

El objeto de tantas y tan incesantes oraciones era pedir gracias de santificación, como lo indica esta otra jaculatoria: «Amantísimo Jesús, quita de mí todo lo que te desagrade; hazme toda á medida de tu Corazón.' Yo me conozco y desprecio por vil, y quiero ser vil y despreciada á mis ojos y á los de todo el mundo por tu amor.»

Pero por lo mismo que pedía estas mercedes casi sin interrupción, solicitaba la perseverancia. Por ser ésta, de parte de Dios, una cadena no interrumpida de gracias, á la cual, de parte nuestra, corresponde otra cadena igualmente no interrumpida de súplicas, se ha de pedir cada día para obtenerla cada día. Suplicar de continuo á Dios que se digne acabar la obra por él comenzada, en expresión de San Pablo [1],

[1] Phil. 1, 6.

tal es la principal ocupación de nuestra santa virgen. No ignoraba que la perseverancia, con ser un don del todo gratuito y superior á nuestros merecimientos, es el fruto de la oración humilde y perseverante. Vió Nabucodonosor una estatua, cuya cabeza era de oro, el pecho de plata, de bronce las piernas, una parte de los pies de hierro y de barro la otra. Habiéndose desprendido del monte una piedra, le rompió y desmenuzó los pies de hierro y barro; así que toda la estatua se hizo pedazos. Cabeza y corazón de oro y plata tiene el pecador recién convertido; pero si no pide, cuanto y como es debido, la perseverancia, tiene pies de barro, y al choque de una dificultad cualquiera se desmenuza, viene á tierra y recae en sus añejos pecados. El mundo y el infierno están llenos de escombros de semejantes estatuas.

Mariana, dócil á las enseñanzas del divino Maestro, rogaba asiduamente, sin desfallecer nunca jamás. Empero, dirigía sus preces y súplicas con preferencia á María, Madre de Misericordia; consideraba la devoción á la Virgen inmaculada como uno de los más insignes beneficios del cielo.

«Que Dios nos dé su gracia y conocimiento para servir á su Madre», dijo una vez á un devoto de María; «dichoso Vd. que sirve á tan gran señora. ¡Séalo por ahora y por siempre!»

Al hablar de la infancia de Mariana, hemos notado las finezas y muestras inequívocas del amor que mediaba entre la celestial Madre y su angelical hija. Ésta con los años se aventajó más y más en el ser-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vicio de la Reina de las Vírgenes. Á la hora del Oficio divino, esto es, mientras canónigos y religiosos alaban, ruegan y rinden gracias á Dios, á nombre de la Iglesia y de los fieles, la fervorosa ermitaña rezaba el *Oficio Parvo* de la Virgen. Como esto era poco para su fervor, rezaba además diariamente cuatro rosarios ó sean veinte decenas; éstas le recordaban sucesivamente los principales misterios de la vida del Salvador, así como también las virtudes de la divina Madre: misterios y virtudes que meditaba con tanto amor como fe. Casi pudiéramos decir que el rosario era su Evangelio, su Biblia, que llevaba siempre entre manos su Manual de devoción y su tesoro: su Manual de devoción, pues está compuesto de las más hermosas y más celestiales oraciones, como son el Padrenuestro y el Avemaría; su tesoro, en razón de las indulgencias que ganaba, rezándolo con el fervor que solía. Y estas plegarias á María las repetía todos los días doscientas veces con devoción cada vez más acendrada. En el corazón de Mariana el amor filial repetía incansable: «Dios te salve, María»; en el corazón de María se renovaría el gozo que experimentara en el momento de la Encarnación, al oírse saludar por vez primera por el Arcángel San Gabriel con estas palabras aprendidas en el cielo: «Dios te salve, llena de gracia.»

Entre los obsequios que son más del gusto de la Reina del cielo, sobresalen las ofrendas frecuentes, las invocaciones continuas, los suspiros del corazón, las abrasadas palabras. De tales homenajes era pródiga nuestra penitente. Á todas horas, postrada á

los pies de su celestial Protectora, ya en su oratorio privado, ya en la iglesia de los jesuitas, donde se veneraba una imagen esculpida de Nuestra Señora de Loreto, agotaba, por decirlo así, el vocabulario de su piedad filial, repitiendo una y mil veces: «Reina mía, Madre mía, Señora mía, Virgen de vírgenes, etc.»

Cada sábado enviaba á la capilla del hospital real dos cirios y varios ramilletes de flores naturales, ofrendas simbólicas, que á más de manifestar á María Inmaculada el amor de su hija, adquirían mucho valor por la humildad que las acompañaba; pues Mariana, semejante á la violeta que nos embelesa con su fragancia sin ostentársenos, enviaba por tercera mano dichos obsequios sin darse á conocer.

Á lo dicho añadamos las maceraciones á que se entregaba los sábados y otros días del año por amor á la Madre celestial. En suma, si el Avemaría fué la primera palabra que articularon sus infantiles labios, su vida entera es un homenaje tributado continuamente á la Madre de Dios. «Cada año», depone el Padre Manosalvas, «se cortaba Mariana el cabello, y hacía una cabellera ó trenza que dedicaba á alguna imagen del Niño Jesús ó de su santísima Madre.»

Si nuestra devoción á María Santísima es la medida de las gracias que recibimos, ¡cuántas no habrá recibido Mariana para crecer en el amor y más aún para perseverar sobre el altar de la inmolación! Discípula de Santa Teresa, lectora asidua de su vida, imitadora de sus virtudes, la *Azucena* hermanaba en sus afectos y devoción á los dos jefes de la Familia nazarena, la Virgen Madre y el castísimo Patriarca San José.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Con el glorioso San José», dice uno de sus confesores, «tenía familiarísima amistad: preparábase á celebrar su fiesta con siete días de particulares cilicios, ayunos y disciplinas y con más garbanzos dentro del calzado, diciendo con gracia que en honra y gloria de su San José tenía que añadir algún garbanzo más en la olla.»

He aquí, pues, por orden jerárquico los mediadores de la seráfica virgen: cerca del Eterno Padre, á quien tributó siempre especialísimo culto, Jesucristo; cerca de Jesucristo, María Santísima; y cerca de María, San José, protector de las almas castas y patrono de la vida interior.

Si bien profesaba grande amor á todos los cortesanos del cielo, como lo demuestra la oración que rezaba al entrar en la iglesia y que hemos insertado, sin embargo honraba de un modo particular á algunos santos.

Entre éstos descollaban San Ignacio y San Francisco Javier, cuya iglesia frecuentaba; San Francisco de Asís, á cuya Tercera Orden pertenecía; Santa Úrsula y sus compañeras, cuyo heroísmo emulaba, haciéndose verdugo de sí misma. Honraba también con especial devoción á Santa Rosa de Lima, con cuya invocación y reliquias obró varios milagros: á Santa Gertrudis, Santa Teresa y Santa Catalina de Sena, á quienes llamaba sus madres. Á Santa Catalina de Sena es á quien debió en parte el haber seguido comulgando diariamente, á pesar de la tenaz oposición que se le hacía. Sabemos este particular por una declaración del Padre Manosalvas, quien se expresa así:

«Suplicaba á Santa Catalina la recibiese bajo su amparo y la sacase victoriosa, como ella había salido en sus contradicciones; y así fué, porque los que le contradecían sus comuniones eran no sólo doctos sino virtuosos é influyentes; no quiso la Santa sino favorecer á su devota, quien procuraba invocarla en todo.»

Pero si nuestra Mariana tenía muchas devociones, tenía aun más *devoción*, y para ella la devoción consistía en darse al Redentor. ¿Somos de aquellos que dan á manos llenas lo que tienen, pero que no se dan á sí mismos? ¿Pertenecemos al número de los que cifran sus prácticas religiosas en rezar mucho, sin cuidarse de guardar íntegra la Ley de Dios?

CAPÍTULO XXV.

MEDIOS DE PERSEVERANCIA EN LA CRUZ. (CONTINUACIÓN.)

SUMARIO. Devoción al Santísimo Sacramento. — Asistencia á la misa. — Visitas ordinarias y extraordinarias. — Mariana, sacristana en la noche del Jueves Santo. — Niño Dios en la hostia consagrada. — Alas de ángeles por paraguas. — Comuniones bien preparadas. — Acciones de gracias extáticas. — «Me como todos los días un cordero entero.»

NUESTRA seráfica santa, según afirma uno de sus confesores, pasaba casi toda la mañana en la iglesia, delante del Santísimo Sacramento. ¿Y qué hacía allí, ante la esencia misma de Dios, que será en el cielo el regalado sustento de los escogidos?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Á imitación de la condesa de Feria, amaba, alababa, agradecía y pedía gracias. Así que, asociándose á la oración é inmolación incesantes de Jesucristo en la Eucaristía, la *Azucena* corría á pasos agigantados por la estrecha senda que Dios le había trazado.

Asistía todos los días á varias misas, lo hemos dicho ya, y cada misa era para ella lo que en el Calvario fué para la Madre Dolorosa la cruz del Redentor, esto es, el altar del sacrificio, donde se consumían en un mismo holocausto dos víctimas: Jesucristo y Mariana.

Á la manera que en ciertas épocas del año aumentan los calores, así la devoción de Mariana al Santísimo Sacramento subía de punto en la Semana Santa y en las Cuarenta Horas. Mientras permanecía Jesús oculto en el Monumento, escribe el Padre Butrón, permanecía también ella inmóvil en la divina presencia, y con tal abstracción y recogimiento, que, fuera de sí, quedaba extraña á todo cuanto en torno suyo pasaba.

Viendo el sacristán que Mariana estaba tan constante en la iglesia, y que no se movía de ahí ni por un momento, desde el Jueves Santo hasta la mañana siguiente, le suplicaba que tuviese cuidado, durante la noche, del Monumento y de todos sus accesorios. Admitía la virgen el encargo con inefable gusto y lo desempeñaba con tal perfección, que jamás sucedió desgracia alguna. Si interrumpía entonces de vez en cuando la oración mental, era para leer en un cuaderno devotísimos coloquios y encendidos afectos,

expresados brevemente; y esto en gracia de los que visitaban á su Divina Majestad.

Otro tanto hacía Mariana en los tres días de Carnaval, durante los cuales el Santísimo Sacramento, expuesto á la pública veneración, recibe de sus amigos señaladas pruebas de amor y dolor por las ofensas que le hacen sus enemigos.

No contenta con desempeñar ella sola el papel de ángel adorador y consolador, se acompañaba con cuantas amigas podía. Así desde que rompía el alba hasta las seis de la tarde, hora en que se reservaba su Divina Majestad, Mariana permanecía todo el tiempo hincada de rodillas ante el altar, cubierta con el velo, inmóvil y sin probar bocado de la tierra. ¿No saciaba su alma con el verdadero maná llovido del cielo, el Pan de vida? Cuantos la veían en aquella actitud creían que su alma, arrebatada en éxtasis, habitaba en el paraíso, entre los siete ángeles que están ante el trono de Dios; pues por más que le dirigiesen la palabra ó la tocasen, nunca, jamás obtenían contestación alguna, ni siquiera por señas. En cambio bastaba que su confesor le mandara decir que no estuviese tanto tiempo de rodillas, para que en el acto se sentara; si bien muy luego volvía á arrodillarse, hermanando así la reverencia debida al Santísimo Sacramento y la obediencia debida á su director, quien no le había fijado tiempo para el descanso.

Si pensásemos que hemos de ser los eternos compañeros de Cristo en la gloria, ¿le regatearíamos aquí ante el tabernáculo los minutos?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Si bien la *Azucena* no esperaba ser premiada en este mundo por su devoción á la Eucaristía, sino en el cielo, lugar de las supremas recompensas, con todo le fué dado más de una vez columbrar aquí abajo algunos destellos de los premios eternos; lo cual consta en el Proceso. Una de sus sobrinas, á quien Mariana, por orden de su director, había comunicado todo cuanto pasaba en su alma, le oyó decir que «varias veces había visto en la hostia consagrada á Nuestro Señor en forma de hermosísimo niño, que mostrándosele risueño le llenaba el alma de celestiales alegrías, y la dejaba tan gozosa, que no bastaba su lengua á declarar lo que sus ojos veían y el corazón sentía. Otras veces al deglutir la sagrada forma, después de la comunión, conocía sensiblemente que pasaba por su garganta el niño Jesús, quien la inundaba de gozos y favores y la abrasaba en el fuego de amor que él mismo le traía.»

Los mismos elementos, por orden del Creador ó por la intervención directa de los ángeles, respetaban á la sierva de Dios. En las Actas de la beatificación figura el hecho siguiente: Un día de Cuarenta Horas salió Mariana de la iglesia para casa, acompañada de otras señoras y de su fiel india. Llovía, y arreciaron tanto las aguas, que las otras personas hubieron de guarecerse en un zaguán. Mariana prosiguió su camino muy tranquila, como quien no se da cuenta de lo que ocurre, y llegó muy pronto á su habitación. Pasada la lluvia llegaron también sus compañeras, y ¡cuál no fué su sorpresa al ver que Mariana no había recibido una sola gota de agua, mientras que

ellas, no obstante tantas precauciones, estaban empapadas de pies á cabeza! «Vaya, bien se ve que no saben andar», dijo la santa, «y cómo yo no me he mojado.» «Porque algún ángel os habrá cubierto con sus alas», contestó una de las interlocutoras. Y á fe que decía verdad, pues Mariana no replicó sino con humilde y devota sonrisa.

La comunión, en la cual no sólo recibimos la gracia, sino también al Autor de ella: la comunión, que en nosotros infunde la vida misma de Dios, y deposita un germen de resurrección é inmortalidad, era uno de los principales medios de que el serafín de Quito se servía para hacerse semejante al divino Crucificado y asegurar su perseverancia.

Mártir de penitencia, restaurábase Mariana cada mañana con el Pan de los fuertes, que hacía invencibles á los mártires de la fe, no obstante los más crueles tormentos á que se les sometía.

Y que haya sacado de sus comuniones frutos abundantísimos, bien podemos colegirlo de las disposiciones con que las recibía y del fervor de sus acciones de gracias.

Preguntada un día por su confesor cómo se preparaba para acercarse á la sagrada Mesa, contestó: «Procuro que la unión con mi Esposo vaya cada día á más y sea más estrecha; y así cada día procuro amarle y quererle más: éstas son las diligencias que todos los días hago.»

Cuando recibía á Jesucristo en su pecho, lo ofrecía al Padre Eterno, y en retorno solicitaba mercedes sin cuento para sí y para el prójimo. Nada era capaz

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

entonces de apartarla de su divino Huésped, contestando una vez á cierto sacerdote que le quería hablar, con estas breves palabras: «Padre, he comulgado.»

Como de un horno encendido salen llamas, así el fuego del divino amor que abrasaba el corazón de Mariana se le reflejaba en el rostro; como lo vió, después de la comunión, cierto día un sacerdote, al volverse para decir el *Dominus vobiscum*. Tan encendida se ponía en ocasiones, que su mismo confesor dudaba de si era ella ó algún ángel.

En vista de esto, nadie extrañará que las acciones de gracias se le hayan convertido en prolongados éxtasis y arrobamientos. Para mostrar lo necesario y eficaz que era para Mariana el Pan bajado del cielo, bastará decir con el Padre Butrón, que, á no comulgar diariamente, perdía las fuerzas y enfermaba.

Mándale una vez su confesor, para probarla, que se abstenga de la comunión sacramental, y se contente con la espiritual. Sométese la humilde virgen sin réplica; y en seguida es acometida de una fiebre en extremo maligna, que inspira serios temores á los de casa y al mismo médico, cuyos remedios resultan ineficaces. Visítala su confesor, y adivinando sin dificultad la causa de tan repentino mal, le dice: «Mañana la aguardo en la iglesia para que comulgue.» Oir esto la enferma y empezar á mejorar todo fué uno.

Al día siguiente, muy de madrugada, estaba á las puertas de la iglesia, esperando á que el sacristán las abriera. Recibida la comunión, con duplicado

fervor, queda buena y sana como siempre; señal evidente de que para ella el Santísimo Sacramento era, no solamente cáliz de salvación, sino también cáliz de salud.

Que la Eucaristía haya sido su Pan de vida, no sólo para el alma sino además para el cuerpo, lo prueba el haber vivido siete años sin tomar otro alimento que la sagrada forma.

La misma *Azucena* dió á conocer esta milagrosa sustentación de sus fuerzas por la comunión, una vez que, preguntada por su buena Catalina, cómo podía vivir, si arrojaba todo cuanto comía, contestó: «Calla, necia, que para eso voy á la iglesia de la Compañía diariamente, donde me como un cordero con hueso y carne, vivo y entero y muy suficiente para sustentarme.»

Corroboran esta candorosa confesión de Mariana numerosas declaraciones de testigos presenciales y la del Padre Manosalvas, y tan prodigioso suceso consta en la Bula de beatificación.

Por lo demás, este milagro no es único en las vidas de los santos. El beato Nicolás de Flue sacaba tal y tanto brío de la comunión, que por el espacio de diez y siete años no sintió necesidad de alimento ni bebida terrestres.

El profeta Elías, por haber comido, á invitación de un ángel, un pan milagroso, cocido al rescoldo, cobró tales fuerzas, que caminó durante cuarenta días y cuarenta noches hasta llegar á Horeb, el monte santo de Dios.

Igualmente Mariana, alimentada con el Pan eucarístico, llegó sin desmayar á la cumbre de la perfección.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Y cuántos otros sacarían más provecho si se acercasen con más frecuencia y mejor preparación á la Mesa eucarística!

CAPÍTULO XXVI.

MEDIOS DE PERSEVERANCIA EN LA CRUZ. (CONTINUACIÓN.)

SUMARIO. Directores. — Dirección. — Dirigida.

OTRO medio de perseverancia es la *dirección*. Éste es, á no dudarlo, el medio por excelencia, puesto que encierra y pone en acción todos los demás, como primer motor y regulador.

En Moisés, conductor del pueblo de Dios, desde la salida de Egipto hasta la entrada en la Tierra de Promisión, tenemos una perfecta imagen de los directores de conciencia y confesores; pues son éstos otros tantos enviados de Dios, para sacarnos de Egipto, esto es del pecado, y conducirnos á través del desierto de esta vida á la verdadera tierra prometida, que es el cielo.

Á nuestra santa no le faltaron estos conductores celestiales, y lo que vamos á decir probará una vez más esta importante verdad: Jesucristo proporciona sus auxilios á nuestras necesidades y depara á cada cual los directores que ha menester para alcanzar el fin de su vocación.

¿Cuáles fueron los directores de Mariana? ¿qué reglas de dirección siguieron? ¿y cuál fué la conducta de la santa respecto de ellos? Tres preguntas que abarcan todo el asunto de este capítulo.

Los directores de Mariana, todos jesuitas, á la par que sabios y prudentes, fueron santos. Sabios, poseían los grandes principios de la teología mística y del ascetismo; santos, eran prácticos en los caminos de la oración y en la adquisición de las virtudes; prudentes, aplicaban con tino y maestría las reglas generales á los casos particulares.

Entre éstos descuellan tres. El primero, á quien Mariana abrió su corazón cuando tenía seis ó siete años apenas, y que más tarde le ayudó á seguir su vocación tan extraordinaria, fué el Padre Camacho, originario de España. Sabía casi de memoria las nunca bien ponderadas obras del Padre Álvarez de Paz, de las que hizo y publicó un compendio; respecto á su virtud y celo, baste decir que se había avezado á la obediencia y fué mártir de ella, sujetándose á su yugo á la vez pesado y suave, como saben hacerlo los santos. En el púlpito predicaba á Jesucristo crucificado; en el tribunal de la penitencia era buscado cual padre misericordioso y escuchado como maestro ilustrado y seguro.

Uno de los que le sucedieron en la dirección de la santa fué el Padre Severino, romano de origen. Hácenle recomendable los milagros que ya en vida obró, y el haber sido discípulo de Belarmino, de quien heredó la virtud y el saber; fué en Quito lo que San Genaro en Nápoles: un protector poderoso y á veces visible contra las erupciones de los volcanes.

Por último, el Hermano Hernando de la Cruz, secundando la acción del Espíritu Santo, dió la úl-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Y cuántos otros sacarían más provecho si se acercasen con más frecuencia y mejor preparación á la Mesa eucarística!

CAPÍTULO XXVI.

MEDIOS DE PERSEVERANCIA EN LA CRUZ. (CONTINUACIÓN.)

SUMARIO. Directores. — Dirección. — Dirigida.

OTRO medio de perseverancia es la *dirección*. Éste es, á no dudarlo, el medio por excelencia, puesto que encierra y pone en acción todos los demás, como primer motor y regulador.

En Moisés, conductor del pueblo de Dios, desde la salida de Egipto hasta la entrada en la Tierra de Promisión, tenemos una perfecta imagen de los directores de conciencia y confesores; pues son éstos otros tantos enviados de Dios, para sacarnos de Egipto, esto es del pecado, y conducirnos á través del desierto de esta vida á la verdadera tierra prometida, que es el cielo.

Á nuestra santa no le faltaron estos conductores celestiales, y lo que vamos á decir probará una vez más esta importante verdad: Jesucristo proporciona sus auxilios á nuestras necesidades y depara á cada cual los directores que ha menester para alcanzar el fin de su vocación.

¿Cuáles fueron los directores de Mariana? ¿qué reglas de dirección siguieron? ¿y cuál fué la conducta de la santa respecto de ellos? Tres preguntas que abarcan todo el asunto de este capítulo.

Los directores de Mariana, todos jesuitas, á la par que sabios y prudentes, fueron santos. Sabios, poseían los grandes principios de la teología mística y del ascetismo; santos, eran prácticos en los caminos de la oración y en la adquisición de las virtudes; prudentes, aplicaban con tino y maestría las reglas generales á los casos particulares.

Entre éstos descuellan tres. El primero, á quien Mariana abrió su corazón cuando tenía seis ó siete años apenas, y que más tarde le ayudó á seguir su vocación tan extraordinaria, fué el Padre Camacho, originario de España. Sabía casi de memoria las nunca bien ponderadas obras del Padre Álvarez de Paz, de las que hizo y publicó un compendio; respecto á su virtud y celo, baste decir que se había avezado á la obediencia y fué mártir de ella, sujetándose á su yugo á la vez pesado y suave, como saben hacerlo los santos. En el púlpito predicaba á Jesucristo crucificado; en el tribunal de la penitencia era buscado cual padre misericordioso y escuchado como maestro ilustrado y seguro.

Uno de los que le sucedieron en la dirección de la santa fué el Padre Severino, romano de origen. Hácenle recomendable los milagros que ya en vida obró, y el haber sido discípulo de Belarmino, de quien heredó la virtud y el saber; fué en Quito lo que San Genaro en Nápoles: un protector poderoso y á veces visible contra las erupciones de los volcanes.

Por último, el Hermano Hernando de la Cruz, secundando la acción del Espíritu Santo, dió la úl-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tima mano á la santificación de Mariana. ¿Quién era ese coadjutor lego de la Compañía de Jesús? Oigamos al Ilustrísimo Señor Suárez:

«El Hermano Hernando de la Cruz, conocido en el siglo con el nombre de Don Fernando de Rivera, fué americano y nació de padres muy nobles, en la ciudad de Panamá: dedicóse á la esgrima, á la pintura y á la poesía; componía versos muy aplaudidos por lo conceptuosos, y manejaba la espada con pulso, agilidad y destreza. Vino á Quito en compañía de una hermana suya, la cual abandonó su patria con el propósito de tomar el velo de monja.... Don Fernando, su hermano, se quedó todavía en Quito por algún tiempo y andaba muy ocupado en pensamientos mundanos, hasta que un suceso desgraciado lo convirtió á Dios y lo impulsó á abrazar la vida religiosa.

«El caso fué el siguiente. Un lance de honor, en que creyó manchada su reputación, lo precipitó á batirse en duelo con un caballero. La destreza en el manejo del arma lo sacó al instante victorioso, dejando al contrario gravemente herido. El crimen despertó en el pecho de Don Fernando de Rivera el pesar y los remordimientos; y formó la resolución de reparar el escándalo consagrándose á la virtud en una orden religiosa: eligió la Compañía de Jesús.» [1]

Al sacerdocio, de que era digno por sus conocimientos y virtudes, antepuso el último lugar, la con-

[1] Historia del Ecuador t. IV, cap. XIII.

dición de hermano lego; á imitación de Jesucristo que vino á la tierra para servir, y no para ser servido. Hizo más; para borrar por completo el lustre de su alcurnia, quiso apellidarse no ya Fernando de Rivera, sino Hernando de la Cruz.

Si mientras vivió en religión fué para propios y extraños un espejo de recogimiento y de observancia regular, después de muerto fué invocado como santo.

Tal fué el guía predestinado por Jesucristo para dirigir los últimos pasos de Mariana en la senda de la penitencia y contemplación.

Pero ¿y por qué misteriosos caminos llegó el humilde coadjutor á hacerse cargo de aquel ángel en carne humana? Admiremos una vez más los altos designios de la Providencia, á cuyos ojos lo que nos parece ignorancia es sabiduría.

Mariana acababa de perder sucesivamente á dos de sus directores, enviados por la obediencia á otras comunidades, precisamente cuando le eran más indispensables para ser alentada en sus trabajos y aconsejada en sus perplejidades y dudas. Afligida, pero resignada y llena de humilde confianza, se arroja á los pies de Jesús crucificado, suplicándole que de cualquier manera proveyera á su dirección. Contestóle sensiblemente una voz que decía: «Anda á la iglesia de la Compañía; y al primer religioso que saliere de la clausura á la iglesia por la puerta de San Javier, háblale y comunícale que él será tu padre espiritual y te encaminará. Ese religioso fué el poeta, el pintor, el antes duelista Don Fernando de Rivera, y ahora el convertido y penitente Hermano Hernando

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la Cruz. Hácelo llamar Mariana inmediatamente por el conducto del Hermano sacristán. Mándale decir el Hermano Hernando, que no puede acceder á su petición sin la licencia del superior; y esta contestación, digna de un religioso observante, realza no poco el mérito del coadjutor á los ojos de Mariana, esclava ella también de la obediencia. Obtenido el permiso, el Hermano Hernando habló de pie y brevemente con la santa. ¡Cosa admirable! Estas dos almas, que vivían ambas de la vida de Cristo, luego al punto se conocieron, se comprendieron y se estimaron.

Al regresar á sus quehaceres, el Hermano encontró al sacristán y le dijo: «¿Sabe, Hermano Sebastián, con quién he hablado? Pues sepa que es admirable Dios en sus santos, no es menos que una santa Catalina de Sena, un verdadero ángel en carne.»

Empero lo que Mariana había pedido á Jesucristo era un director, no un admirador. Mas, ¿era conveniente que un Hermano lego se ocupase de oficio en cosas de conciencia, mayormente tratándose de una mujer? Resuelto en sentido afirmativo el caso por una junta de teólogos, los superiores permitieron al Hermano Hernando hacerse cargo de la dirección de Mariana.

¿Cuáles fueron las reglas de esta dirección? Antes de satisfacer esta pregunta, observaremos que la pluralidad sucesiva de directores no perjudicó á la unidad de dirección. Semejantes á arquitectos juiciosos que, llamados á continuar una obra en construcción, aceptan incondicionalmente los planos de sus antecesores, sin variarlos en lo más mínimo; así los

jesuitas, al sucederse en la dirección de Mariana, sin reformar siquiera un solo punto de lo hecho por sus predecesores, no pensaron sino en hacer realizar á la sierva de Dios un plan de vida.

Ella misma en dos cartas nos da á conocer las eximias leyes con que la gobernaban sus directores: «Dios es muy piadoso consolador de los afligidos», escribe al Padre Manosalvas: «¡bendito sea Él para siempre! Padre mío, desde que trato las cosas de mi alma con el Hermano Hernando de la Cruz, llevo una vida alegre. Mucho me consuelan sus palabras. En verdad, Padre mío, que es un santo. Con el Padre Vásquez no hago más que reconciliarme. Dios lo ha ordenado así. ¿Quién le puede resistir? ¡Cúmplase su voluntad! para santa me quiere.» Palabras que nos revelan en Mariana piedad filial y dulce confianza, y en el santo Hermano celo ardiente y puro.

En otra carta dice: «Todos los deseos del Hermano son que yo sea una santa; que me ejercite mucho en la virtud de la humildad, para subir por escalones de fe, esperanza y caridad á la cumbre de la perfección.»

Estas breves frases resumen todo el ascetismo, toda la teología mística. Bajar para subir, humillarse para ser ensalzado; mirar al Creador y á las criaturas con el ojo de la fe; poner el mundo bajo nuestras plantas y apoyarnos únicamente en la divina gracia, para emprender nuestra ascensión hacia la felicidad suprema; unirnos á Dios amándole sobre todas las cosas, esto es todo el evangelio, toda la ley, toda la perfección.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al aplicar estos principios fundamentales á Mariana, sus directores respetaron su índole nativa, igualmente que las miras del Espíritu Santo; por esto fué una santa á la vez altamente seráfica y práctica. Su conducta respecto de ellos se compendia en lo siguiente: obediencia basada en la fe; confianza sin familiaridad; piedad filial sin apego.

Ligada por voto de obediencia, sometía su voluntad al dictamen de sus padres espirituales. «Todavía novel en el gobierno de las almas», dice el Padre Manosalvas, «yo le prescribía á veces cosas poco en armonía con sus necesidades; á pesar de saber ella por revelación mis yerros y desatinos, me obedecía sin réplica. Verdad es que con instinto superior me buscaba luego y con suma humildad me decía, dándome un libro: Lea, Padre mío, en su aposento.»

Penetrada del espíritu cristiano, que se cifra en la humildad y dependencia, quería ser dirigida, y no dirigir; ser aconsejada, y no aconsejar; conocer la voluntad de Dios, sin pretender imponer la suya. Sobre este particular nada más elocuente que una carta que escribe á su confesor. Después de pedirle permiso para practicar algunas mortificaciones más que de costumbre, añade estas palabras textuales: «Padre mío, véalo bien; que yo no tengo que hacer más que lo que Vuestra Paternidad me manda; comuníquelo con su Majestad, que Él se lo inspirará, si fuere su voluntad; que yo no deseo otra cosa, sino que Mariana sea toda agradable á sus ojos, y plegue á Dios que sea para mayor gloria suya. Amén.» Prohibíanle á veces sus directores, para probar su obediencia, comulgar, oir misa, visitar al Santísimo Sacramento, ir á la iglesia. «Soy hija de obediencia», contestaba en estos casos á su querida india, que extrañaba aquella novedad.

Profesaba la angelical virgen afecto de piedad filial á sus padres espirituales, sin apegarse por esto á ellos. Bien lo prueba el hecho que vamos á referir. El Padre Lucas de la Cueva se despidió un día de ella para volver á Mainas, teatro de su apostolado. Manifestóle Mariana, que sentía en el alma su separación. Replicóle el misionero que tal era el querer divino. «Pues si es así, Padre mío», repuso ella, «ya no lo siento: váyase enhorabuena, y cúmplase en todo la voluntad de mi Esposo»; y díjolo de veras, sin pensar siquiera en poner por intercesores á los Santos, para conseguir lo contrario.

Oráculo de la divina voluntad era para la *Azucena* la voz del confesor. Invitábala cierto día, con repetidas instancias, un Padre jesuita á que fuera á presenciar la triunfal entrada de Nuestra Señora de Guápulo en Quito. Mariana contestó con tono resuelto, sí, pero no menos suave: «Padre, pediré licencia á mi confesor; y si me la da, haré lo que Vd. me pide.»

Ocurríansele más de una vez dudas durante la noche, y por no poder sometérselas de viva voz tan á deshora á su confesor, lo hacía por escrito. Pues bien, por lo menos en una de estas ocasiones un ángel fué el portador de la carta y de la respuesta. Afírmalo el Padre de Alcocer y refiérelo en el Proceso un testigo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En conclusión, la esclarecida solitaria cantó innumerables victorias: victorias contra sus sentidos; victorias contra el amor propio, que de mil modos se disfraza; victorias contra la propia voluntad; victorias contra el demonio; victorias contra sus contradictores; victorias contra ilusiones, siempre temibles, sobre todo en caminos extraordinarios; victorias contra accesos siempre peligrosos; y por fin contra la inconstancia humana. ¿Y por qué tantas victorias? Porque obedeció. ¿No dice la Escritura que el obediente cantará victorias?

¡Piadoso lector! medita esta sentencia de nuestros Santos Libros: «*Vae soli!*» ¡Ay del que está solo! ¡Ay del que carece de amigo en quien desahogar su corazón: de Padre, que perdona en nombre del Salvador: de Maestro, que instruye prácticamente: de Juez, que nos condena y castiga en este mundo para que no lo seamos en el otro! ¡Ay del que está solo! *Vae soli!*

LIBRO TERCERO.

LA BEATA MARIANA Y EL MUNDO.

CAPÍTULO XXVII.

MARIANA DE JESÚS, ÁNGEL DE SU FAMILIA.

SUMARIO. Mariana de Jesús bienhechora universal. — Su celo por la formación de sus sobrinas en la piedad; — por la santificación de todos los miembros de su familia. — Cuidado de los domésticos. — Vigilancia. — Severidad inexorable. — Recreos. — Consuelos en las aflicciones. — Forma dos santas, Doña Juana y Doña Sebastiana. — Asegura la salvación de su hermano Don Jerónimo.

AY del mundo si no hubiese en la tierra almas generosas que digan con San Pablo: La caridad de Cristo me anima é impele con fuerza á acometer cualquier empresa, á hacer toda clase de sacrificios por mis hermanos![1] ¡Ay del mundo si no hubiese santos! Á no haberlos, ¿quién nos daría consejos saludables, á ejemplo del virtuoso Tobías, cautivo en Nínive? ¿Quién reflejaría á nuestros ojos las virtudes del divino Maestro, para decirnos: imitadme á mí, así como yo imito á Dios? ¿Quién se compadecería de nuestros males sin cuento, y quién rogaría por nosotros y expiaría nuestros pecados?

[1] 2 Cor. v, 14.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En conclusión, la esclarecida solitaria cantó innumerables victorias: victorias contra sus sentidos; victorias contra el amor propio, que de mil modos se disfraza; victorias contra la propia voluntad; victorias contra el demonio; victorias contra sus contradictores; victorias contra ilusiones, siempre temibles, sobre todo en caminos extraordinarios; victorias contra accesos siempre peligrosos; y por fin contra la inconstancia humana. ¿Y por qué tantas victorias? Porque obedeció. ¿No dice la Escritura que el obediente cantará victorias?

¡Piadoso lector! medita esta sentencia de nuestros Santos Libros: «*Vae soli!*» ¡Ay del que está solo! ¡Ay del que carece de amigo en quien desahogar su corazón: de Padre, que perdona en nombre del Salvador: de Maestro, que instruye prácticamente: de Juez, que nos condena y castiga en este mundo para que no lo seamos en el otro! ¡Ay del que está solo! *Vae soli!*

LIBRO TERCERO.

LA BEATA MARIANA Y EL MUNDO.

CAPÍTULO XXVII.

MARIANA DE JESÚS, ÁNGEL DE SU FAMILIA.

SUMARIO. Mariana de Jesús bienhechora universal. — Su celo por la formación de sus sobrinas en la piedad; — por la santificación de todos los miembros de su familia. — Cuidado de los domésticos. — Vigilancia. — Severidad inexorable. — Recreos. — Consuelos en las aflicciones. — Forma dos santas, Doña Juana y Doña Sebastiana. — Asegura la salvación de su hermano Don Jerónimo.

AY del mundo si no hubiese en la tierra almas generosas que digan con San Pablo: La caridad de Cristo me anima é impele con fuerza á acometer cualquier empresa, á hacer toda clase de sacrificios por mis hermanos![1] ¡Ay del mundo si no hubiese santos! Á no haberlos, ¿quién nos daría consejos saludables, á ejemplo del virtuoso Tobías, cautivo en Nínive? ¿Quién reflejaría á nuestros ojos las virtudes del divino Maestro, para decirnos: imitadme á mí, así como yo imito á Dios? ¿Quién se compadecería de nuestros males sin cuento, y quién rogaría por nosotros y expiaría nuestros pecados?

[1] 2 Cor. v, 14.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Afortunadamente Cristo nuestro Señor revive en los santos para seguir dispensándonos sus divinos beneficios. Revivió de una manera brillantísima en la *Azucena de Quito*.

Hermosísimo espectáculo nos ofrece Mariana de Jesús, haciéndose el ángel de su familia; la providencia de los pobres, como San Vicente de Paúl; el apóstol de la conversión y santidad, como sus amadas patronas Santa Catalina de Sena y Santa Teresa; el taumaturgo de su patria, para mejor servir á su prójimo; la consoladora de los afligidos; la devota de las benditas ánimas del purgatorio; y por fin, la víctima voluntaria inmolada por su patria.

Demos que nuestra ermitaña no hubiese hecho otra cosa más que rogar; con esto solo habría sido una insigne bienhechora de la humanidad. Oigamos á Víctor Hugo, nada sospechoso de fanatismo. Dice, pues, en *Los Miserables*, hablando de aquellas religiosas que pasan su vida orando: «¿Ruegan? ¿á quién? á Dios. Los espíritus irreflexivos y ligeros preguntan: ¿Qué servicios prestan esas estatuas de carne inmobles y misteriosas? ¿Para qué sirven, y qué hacen? Quizás no hay obra más sublime que la de esas almas, ni trabajo más útil que el suyo. ¡Qué bien hacen aquellos que ruegan de continuo por los que nunca jamás oran!»

Mariana de Jesús, cual inmenso foco de caridad, irradiará sus beneficios por el mundo entero; su familia, naturalmente, será la primera en recibirlos.

La familia es la primera sociedad y el primer santuario; decaída, luego regenerada por la Redención,

tiene por modelo la de Nazaret, que el Señor gobernó por el intermedio de San José, y en la cual florecieron todas las virtudes, á la sombra de Dios hecho hombre y niño. — Éste era el concepto que la virgen quiteña, instruída en la escuela del Espíritu Santo, formaba de la familia cristiana, y por lo tanto de la suya, que, según voz pública, era *casa de oración y refugio de menesterosos*. De ese santuario de piedad y virtud fué ángel nuestra santa, con sus ejemplos, celo y vigilancia. Apenas llegada al uso de la razón, por todo entretenimiento reunía á sus sobrinas y amigas para enseñarlas á rezar, á cantar devotas letrillas, y, sobre todo, la doctrina cristiana. Luego rezaban á dos coros el santo rosario, seguido del canto de las letanías. Por fin, bajo la dirección de Mariana organizábanse piadosas ceremonias y procesiones de penitencia. — Bien dice el Salvador: «De los labios de los niños sale alabanza perfecta.»

Más tarde la apostólica virgen tomó de su cuenta la educación cristiana y el cuidado espiritual de los numerosos sirvientes. Los principales misterios de nuestra santa fe; rezos; excelencia y delicadeza de la castidad; necesidad y naturaleza de la penitencia; ejemplos y virtudes de los santos: tales eran de ordinario los temas de sus instrucciones, la materia de sus exhortaciones generales y privadas.

Si todos los amos tuviesen igual cuidado de sus criados, como es su obligación, ¿veríanse en sus casas tantos vicios al lado de tanta ignorancia? Si hay domésticos virtuosos, ¿no los hay en mayor número malos, que, semejantes á lobos cubiertos con piel

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de oveja, degüellan inocentes corderitos? Mariana, á semejanza de aquel ángel que, espada en mano, defendía la entrada del paraíso terrenal, hacía día y noche la guardia de su familia; y vibrando la espada de la vigilancia y severidad, velaba por la paz y la inocencia. ¿Se deslizaba alguno? era al punto amonestado con mucha caridad. ¿Recaía? era reprendido con severidad. ¿Mostrábase incorregible? era expulsado cual oveja apestada, y cortado y arrancado sin misericordia, como una mano y un ojo que escandalizan.

Ángel de piedad y virtud para los domésticos, nuestra *Azucena* no lo era menos en favor de sus parientes. Después de rezar privadamente los quince misterios del rosario, congregaba á todos los de casa, incluso á los sirvientes, para rezar cinco decenas con ellos. Había obtenido de los suyos, pues el celo es perseverante é ingenioso, que comulgaran semanalmente, y con más frecuencia aún al ocurrir alguna festividad ó las Cuarenta Horas. No le bastaba que recibieran á menudo los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía; afanábase además porque lo hicieran con las mejores disposiciones; y á este fin les avisaba con la debida anticipación el día en que habían de confesarse y comulgar para que se preparasen con tiempo. Ella misma les ayudaba en ello prácticamente, y esto sin hallar resistencia. ¡Tan grande era el ascendiente de su santidad y la libertad que le daban los vínculos de la sangre!

De nueve á diez de la noche, según indica el horario que ya conocemos, salía la reclusa de su aposento

por un jarro de agua y para tomar un alivio moderado y decente. Daba este ligero cuanto necesario esparcimiento á su espíritu conversando con su familia, y especialmente con sus queridas sobrinas y hermana mayor Doña Jerónima. La ardiente esposa de Jesús crucificado, con ser ella también crucificada, se regocijaba con los suyos como suelen hacerlo los amigos de Dios. Y nada más natural que la alegría de los santos, pues la virtud y la verdadera dicha son inseparables. Con sus naturales prendas, ennoblecidas por la gracia, Mariana era el encanto de sus parientes, ora les hablara, con aquel tino que le era peculiar, de cosas espirituales; ora les llevara al jardín para hacerles contemplar el cielo estrellado, é invitarles con esto á merecer algún día brillar como luceros en la gloria; ora cantara, acompañándose con la guitarra, canciones del paraíso. Damos aquí algunas estrofas de una de estas letrillas:

El gran Monarca Jesús,
Del Padre Eterno heredero,
Teniendo la Cruz por cama,
Hacer quiere testamento.

Porque la corona y clavos
Le tienen ya casi muerto,
Estando enfermo de amor,
Por sanar al hombre enfermo.

Enfermedades de amor
Nos le han puesto en tal extremo,
Y es tan agudo el achaque,
Que no se le halla remedio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero nuestra heroica santa hubo de desempeñar en su familia otro oficio de caridad. Por lo mismo que esa familia cristiana era acepta á Dios, debía ser probada por las adversidades, como la de Tobías en Nínive[1].

Ya hemos dicho que esas pruebas y adversidades fueron el encarcelamiento de Don Cosme y la confiscación de sus bienes. En tan agitado mar de penas Mariana, inmóvil y firme como una roca, repetía á menudo en presencia de sus atribulados parientes estas palabras, que por sí solas dan muy alta idea de su paciencia: «Gracias á Dios que se acuerda de los suyos, y pues es Padre nuestro, él lo remediará como más convenga.» Empero, quería que ellos tuvieran los mismos sentimientos. Al efecto les ponderaba sin cesar el mérito y excelencia de la conformidad con el querer de Dios, igualmente que las ventajas de la pobreza, que nos pone en posesión del reino de Dios.

Añadía que, por más que hiciesen sus parientes, siempre quedarían pobres, sin comodidades ni descanso en esta vida — particularidades todas que declaró veinticinco años después en el Proceso Doña Ana Ruiz de Alvarado, asegurando que la profecía se había cumplido al pie de la letra. —

Obras maestras de la gracia de Dios y del celo de su sierva son las varias santas que ésta formó entre los de su parentela. Para comprender mejor lo que vamos á decir, remontémonos con el pensamiento

[1] Tob. XII, 13.

á unos catorce años atrás, y recordemos la escena que tuvo lugar cuando Mariana se despidió de su familia para ingresar en la soledad.

Dos de sus sobrinas, Juana y Sebastiana, ansiosas de acompañarla en el retiro, quisieron hacer desde luego voto de castidad. Prohibióselo Mariana á la primera, cuenta el Padre Butrón, «anunciándole que Dios la quería para casada, y describiéndole al propio tiempo las bellas dotes de quien le estaba destinado para esposo. Á Doña Sebastiana, por el contrario, la alentó para que incontinenti hiciera voto de castidad, y la animó á soportar toda clase de males, aunque fuese la pérdida de la vida, para observarlo.»

Estas palabras de nuestra *Azucena* encerraban una doble profecía. Explicar cómo estas predicciones se realizaron, y mostrar cómo llegaron las dos hermanas, bajo la dirección de su angelical tía, por caminos tan distintos, al mismo fin supremo, á la santidad y salvación, tal será el objeto de los siguientes párrafos. Esta digresión, más aparente que real, nos descubrirá más y más las virtudes y elevadas miras de la esclarecida virgen: ¿no se juzga del árbol por sus frutos?

Juana, casada en temprana edad con Don Juan Guerrero de Salazar, fué, cual otra Santa Brígida, dechado de esposas y madres. Concedióles Dios cinco hijos, que se distinguieron todos por su acendrada piedad y sólidas virtudes. Uno de ellos fué jesuita y murió en olor de santidad; otro, carmelita, y fundó el Carmen de Cuenca.

Para Doña Juana, así como para todos los que están imbuídos en los verdaderos principios, la santi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ficación se identifica con el cumplimiento del deber; siendo á la vez toda para su esposo, toda para su casa, toda para su Dios, toda para su prójimo y toda para su propia alma.

Desvivíase para que todos los de su casa, hijos y sirvientes, hermanaran la instrucción religiosa con las prácticas religiosas; y juzgando que es más fácil impedir el mal que remediarlo cuando ya existe, á la corrección añadía la vigilancia, rondando la casa de día y más especialmente de noche. Á cierto visitante, constituído en dignidad, se le habían escapado algunas palabras ofensivas al pudor; al instante Doña Juana le dijo con no menos suavidad que resolución: «ó mudar de tema ó marcharse de mi casa».

Toda para los suyos, Doña Juana lo era también para los pobres de Jesucristo: con este fin invertía, con las debidas licencias, las ricas galas que recibía de su generoso marido y cuanto ahorraba de vanidades mujeriles, contentándose con un vestido de lana ordinaria. Particular objeto de sus cuidados fueron los enfermos, para quienes era á la vez médico, boticario y asistente; y si había preferencias, éstas eran por los más deavalidos y más asquerosos. Varias veces se la vió curar de rodillas á dos indias cubiertas de repugnantes llagas. Presentóse en una ocasión á su puerta un pobre niño, huérfano y enfermizo; por orden de la señora comió durante dos años enteros con la familia, recibiendo de manos de los hijos el primer plato. Cuando moría algún pobre, ella misma tomaba de su cuenta el amortajarlo y hacerle los funerales. Que después le ayudara con

misas y sufragios á salir del purgatorio, no hay para qué decirlo.

No se crea que por atender á los demás haya por un solo momento descuidado su propia salvación. Merced á una bien combinada distribución de las horas, centuplicaba el tiempo; así que lo tenía para la meditación, la recepción de los sacramentos y para hacer devotas visitas á Jesucristo en la Eucaristía. Agreguemos á esto sus ayunos casi continuos, las disciplinas y cilicios que usaba habitualmente, y casi podremos compararla á Santa Brígida.

Aun cuando nos extendamos más de lo conveniente, no podemos menos de citar, en obsequio de las madres cristianas, una parte del discurso que al fin de su vida dirigió á una de sus hijas, llamada Catalina. «Yo me casé, hija mía, con tu padre, porque conocí muy á las claras la voluntad divina. Entre otros frutos de bendición te tuve á ti: yo te entregué á Dios desde el primer instante de tu vida. No ignoro que tus prendas serían capaces de llenar mi ambición, si aspirase al engrandecimiento de mi casa; pero todo lo renuncio con tal que, por mi consejo, logres la mayor de las dichas. ¡Ah! la vida, bien lo sabes, es breve, y no hay flor tan aplaudida ni beldad tan extraña, que no se trueque en vil polvo, apenas la toca con su mano yerta la muerte. Pero aunque el mundo no te engañase y pudiese alejar de ti la muerte, ¿merece la pena de ir en busca de sus goces, cuando es más en ellos lo amargo que lo sabroso? No sucede así en el claustro, donde todo contribuye á hacer el alma feliz y santa. No per-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mita el cielo que trate de violentarte en la elección de estado; pero sí quisiera que celebrases, en lugar mío, para suplir mis veces, tus desposorios con un amante que nunca muere.» Á lo cual contestó enternecida Catalina: «No entraré jamás, mientras viva mi madre, en religión alguna.» «Si es ésta la causa de tu firmeza», replicó la madre, «no temas, hija mía, porque Dios tiene decretada mi muerte para este parto que me espera». Así fué: Doña Juana murió al dar á luz un niñito, que apenas bautizado voló al cielo con su madre.

Ésta acabó su vida á los treinta y tres años de edad, en el mismo día y hora que los cumplía. Á los seis años de sepultado, hallóse su cuerpo entero y perfectamente conservado. Su hija Catalina se hizo carmelita.

Hemos contemplado en Doña Juana la primera obra maestra de la *Azucena*; vamos á admirar otra de no menos primor en Doña Sebastiana. Ésta y su tía eran dos víctimas sacrificadas sobre un mismo altar, con la espada de la penitencia, entre los perfumes de la castidad, y consumidas en llamas de seráfica oración. Pedida en matrimonio por uno de los jóvenes más recomendables de Quito, é instada por su padre á convenir en ello, Doña Sebastiana, alegando su voto perpetuo de castidad, se negó absolutamente. Empero el capitán Don Cosme, resuelto á triunfar de la resistencia de su hija, permitió al pretendiente hacer los preparativos del caso. Doña Sebastiana en tales apuros corrió llorosa á consultar con su virtuosa tía, la cual dió su fallo, digno de

una santa y de un teólogo. «Yo sé muy bien», dijo, «que con casarte pudieras proporcionar á tu padre algún alivio, pero antes perder la vida que faltar á la promesa que se hizo á Dios, con la escritura de un voto. No llores, ni te acongojes, aunque veas contra ti á todo el mundo; de tu parte está el Esposo que te librará del riesgo, aunque sea quitándote la vida en premio de tu constancia. No llores, que yo sé que no te has de casar. Mañana iremos á comulgar juntas á la iglesia de la Compañía y buscaremos algún medio eficaz, en el prudente dictamen de nuestro confesor. Con efecto, al día siguiente Doña Sebastiana enteró al Padre Camacho de lo que ocurría: «¿Por eso os afligís, señora?» replica el confesor. «Pedid á vuestro Esposo que, atendiendo á su honra, os quite, si no hay otro remedio, la vida, y os lleve á celebrar las bodas en la gloria.» Acércase Doña Sebastiana á recibir en su corazón al Esposo de las vírgenes; retiróse en seguida á la capilla de Nuestra Señora de Loreto, y postrada ante la Virgen Inmaculada, le dirigió esta súplica: «Tan amante sois, Madre mía, de la virtud amable de la pureza, que por conservarla hubierais renunciado el ser Madre del Altísimo. Vuestra humildad alegó por razón para dudar si podíais serlo, la guarda de la castidad; y yo, por imitaros en algo, la ofrecí á mi Jesús con voto. Conozco, Señora, que, estando firme en guardarlo, no renuncio tanto como Vos, que renunciabais la dicha sin segunda, de ser Madre divina; pero aunque renuncio tanto menos, os consagro lo más que puedo dar, que es mi vida. Venga, pues, Madre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mía, la muerte, venga en lo mejor de mis días, y sírvame de verdugo el amor de vuestro Hijo. ¡Antes olvidada en el sepulcro, teniendo á los gusanos por consortes, que admitir un esposo después de haberme consagrado á Dios para siempre!» Lo mismo fué concluir esta oración, que ser acometida de una fiebre maligna. Á los seis días, murió. Asistida en sus últimos momentos por la seráfica Mariana, le había oído decir entre otras cosas: «¡Adelante! hija mía, ¡adelante! que pocos meses me llevarás de ventaja. Por Pascua del Espíritu Santo de este año nos veremos en el cielo.» Luego le dió sus comisiones para María Santísima, á quien debía ofrecer en su nombre mil obsequios y mil actos de agradecimiento; por fin le encargó saludara á los demás protectores y amigos del cielo. Después de visitada en su agonía por Santa Úrsula y las once mil vírgenes, emprendió con ellas su vuelo á la gloria, la mansión del Cordero, de sus ángeles y amigos. Doña Sebastiana tenía á la sazón diez y nueve años de edad y era terciaria de San Francisco.

Mariana de Jesús, ante la familia reunida, pronunció en honor de la difunta el siguiente panegírico: «Querer quitar á Jesucristo su esposa Sebastiana, fué lo mismo que malograr en flor su vida. Ella consagró desde muy tierna á Dios su virginidad con voto perpetuo, y os rogó muchas veces que no le pusieseis estorbo á su observancia; porfiasteis por casarla; os avisó de que su Esposo celaba mucho su honor; pero vuestra insistencia no tenía límites, porque os

instigaba la pobreza; pues bien, ahí tenéis los resultados. Muy digno era, por cierto, el caballero que la pretendía; pero anticipóse el Rey de la gloria y poseyó, sin rival, sus amores. Su fineza para con Él no pudo mejorarse, y una excelente prueba tenéis en estos instrumentos de su martirio.» Y al decir esto, les mostró multitud de disciplinas y cilicios sangrientos. «No bastó para que cesaseis de perseguirla, el sacrificio de su cuerpo, y hubo de hacer á su Esposo el de su vida. Testigo soy de sus lágrimas, de su oración y del favorable despacho que recibió de María Santísima de Loreto. Vosotros le habéis abierto el cielo, por ventura sin pensarlo. Su belleza está asegurada para siempre, y no tenéis por qué llorarla. Sois sus padres y principales herederos: aquí tenéis estos ásperos cilicios y crueles azotes; vuestra es la sangre que los mancha, y ellos eran los únicos tesoros de vuestra hija.»

¿Puede hablar mejor una santa de otra santa? Habló con más elocuencia aún el cielo con la voz de los milagros. No es el menor el haberse hallado el cuerpo de Sebastiana, al cabo de nueve años, incorrupto y flexible como en el mismo momento de la muerte.

Doña Juana y Doña Sebastiana, después de Dios, debieron sus acrisoladas virtudes y dichosa muerte á la angelical Mariana.

Don Jerónimo de Paredes le debió su salvación. Como éste pretendiera un empleo de mucha responsabilidad, Mariana le dijo: «No quiera Dios, hermano mío, que yo te vea morir en ese puesto,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

porque si mueres en esa ocupación te has de condenar; pero yo te ofrezco alcanzar de mi Esposo la seguridad de tu salvación, haciendo que no desempeñes aquel cargo cuando mueras.» En efecto, Don Jerónimo no consiguió el deseado destino; y al poco tiempo murió.

Sirva de conclusión á este capítulo una máxima del Beato Cura de Ars: «Por donde pasa un santo, pasa Dios.»

Señor de las misericordias, dadnos santos, porque habemos menester mediadores y modelos de virtud.

❦

CAPÍTULO XXVIII.

MARIANA DE JESÚS, PROVIDENCIA DE LOS POBRES Y ENFERMOS.

SUMARIO. Compasión con los seres irracionales. — Beneficios espirituales y corporales. — Milagros de la caridad. — Distribución diaria de socorros. — Doctrina cristiana. — Aseo de los pobres. — El pan bajado del cielo. — Los pies de los pobres. — Llave de la despensa. — Mariana asiste á los enfermos cual Hermana de la Caridad. — Saliva por remedio. — «¡Qué eficaz medicina la carne de vaca!» — Tisana milagrosa etc.

SÉANOS permitido consignar aquí, por vía de introducción al presente capítulo, una anécdota que nos patentiza cuán bueno y tierno era el corazón de la virgen quiteña. Alimenta Dios, con cariñosa providencia, además del hombre, rey de la creación, la avecilla que revolotea por los aires, el león que ruge en las selvas y el pez que juega en el agua.

Asimismo Mariana, vaciada en el molde de la divina bondad, hace extensiva su eficaz conmiseración á los seres irracionales. Movida de esa su compasión, se tomó el cuidado de mantener durante un mes á un perro que por sus fechorías había sido arrojado á un profundo pozo seco, de donde lo sacó la compasiva niña del modo siguiente: Ayudada por sus sobrinas Juana y Sebastiana, toma una cuerda, ata á ella un cesto y lo baja al pozo, creyendo que el perro se metería en él como por instinto. Después de un rato, las tres á una tiran de la soga; sienten peso y resistencia, ¡buena señal! Por fin el perro asoma al brocal del pozo, con las dos patas delanteras amarradas al cordel. ¿Y la canasta? Queda en la cisterna. Mas ¿quién ató al perro? Providencia de Dios, que quiso así mostrar á Mariana lo agradable que le era su compasión.

Que esta compasión haya sido inmensamente mayor en pro de sus semejantes y hermanos en Jesucristo, excusado es decirlo; pues elocuentísimos son los hechos sobre este particular.

Corría inminente riesgo de naufragar, cual bajel sin timón ni áncora, en el tempestuoso mar de la licencia y escándalo una viuda con sus tres hijas. La pobreza, la juventud y tal vez las gracias naturales, todo las exponía á ser el juguete de embravecidas olas. Mariana, que tan poco se preocupaba del alimento corporal, tomaba todos los días, una vez levantada la mesa, su ración de comida, y la mandaba á la desvalida familia. Tan del agrado de Dios era esta caridad, que la pagó en esta vida con monedas de continuados milagros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

porque si mueres en esa ocupación te has de condenar; pero yo te ofrezco alcanzar de mi Esposo la seguridad de tu salvación, haciendo que no desempeñes aquel cargo cuando mueras.» En efecto, Don Jerónimo no consiguió el deseado destino; y al poco tiempo murió.

Sirva de conclusión á este capítulo una máxima del Beato Cura de Ars: «Por donde pasa un santo, pasa Dios.»

Señor de las misericordias, dadnos santos, porque habemos menester mediadores y modelos de virtud.

❦

CAPÍTULO XXVIII.

MARIANA DE JESÚS, PROVIDENCIA DE LOS POBRES Y ENFERMOS.

SUMARIO. Compasión con los seres irracionales. — Beneficios espirituales y corporales. — Milagros de la caridad. — Distribución diaria de socorros. — Doctrina cristiana. — Aseo de los pobres. — El pan bajado del cielo. — Los pies de los pobres. — Llave de la despensa. — Mariana asiste á los enfermos cual Hermana de la Caridad. — Saliva por remedio. — «¡Qué eficaz medicina la carne de vaca!» — Tisana milagrosa etc.

SÉANOS permitido consignar aquí, por vía de introducción al presente capítulo, una anécdota que nos patentiza cuán bueno y tierno era el corazón de la virgen quiteña. Alimenta Dios, con cariñosa providencia, además del hombre, rey de la creación, la avecilla que revolotea por los aires, el león que ruge en las selvas y el pez que juega en el agua.

Asimismo Mariana, vaciada en el molde de la divina bondad, hace extensiva su eficaz conmiseración á los seres irracionales. Movida de esa su compasión, se tomó el cuidado de mantener durante un mes á un perro que por sus fechorías había sido arrojado á un profundo pozo seco, de donde lo sacó la compasiva niña del modo siguiente: Ayudada por sus sobrinas Juana y Sebastiana, toma una cuerda, ata á ella un cesto y lo baja al pozo, creyendo que el perro se metería en él como por instinto. Después de un rato, las tres á una tiran de la soga; sienten peso y resistencia, ¡buena señal! Por fin el perro asoma al brocal del pozo, con las dos patas delanteras amarradas al cordel. ¿Y la canasta? Queda en la cisterna. Mas ¿quién ató al perro? Providencia de Dios, que quiso así mostrar á Mariana lo agradable que le era su compasión.

Que esta compasión haya sido inmensamente mayor en pro de sus semejantes y hermanos en Jesucristo, excusado es decirlo; pues elocuentísimos son los hechos sobre este particular.

Corría inminente riesgo de naufragar, cual bajel sin timón ni áncora, en el tempestuoso mar de la licencia y escándalo una viuda con sus tres hijas. La pobreza, la juventud y tal vez las gracias naturales, todo las exponía á ser el juguete de embravecidas olas. Mariana, que tan poco se preocupaba del alimento corporal, tomaba todos los días, una vez levantada la mesa, su ración de comida, y la mandaba á la desvalida familia. Tan del agrado de Dios era esta caridad, que la pagó en esta vida con monedas de continuados milagros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuando las personas de servicio hacían el pan, allá iba Mariana, quien, tratándose de aliviar al prójimo, nunca paró mientes en frío ni en calor. Preguntada á qué fin trabajaba, puesto que el pan que amasaba no era para ella, contestaba: «Y aun cuando yo no lo coma, ¿faltará algún pobre en quien se logre mejor?» Al decir esto aludía á la familia de la viuda. Toma en seguida dos onzas de masa, y mientras con sus angelicales manos la trabaja, se aumenta tanto, que de tan escasa materia forma un pan grande y hermoso: «que excede en cantidad y regalos á todos los de la hornada». —¡Que Dios, protector de los inocentes y padre de los huérfanos, multiplique en la sociedad imitadoras de la Beata quiteña, y que esas almas, sabiamente caritativas, resguarden, en las personas que peligran, la fe y la virtud, y veremos menos azucenas marchitas en jardines abiertos al público!

Doña María Rodríguez de Paredes había mandado hacer un traje nuevo. Mas faltábale el dinero para pagar la hechura, pues quien lo tenía era su tutor, á la sazón ausente de Quito. Fué la desconsolada señorita á comunicar sus apuros á Mariana, su prima. Dióle ésta varios consejos, entre otros el de confiar en Dios, que, en calidad de Padre, jamás deja de socorrernos oportunamente. Al despedirla le rogó se dignara cerrar la ventana. Pero al intentar realizarlo no acertaba en aquella operación de suyo tan sencilla. Por fin, á indicación de Mariana, miró si no había algún estorbo en el marco. ¡Eran algunas monedas, las necesarias para pagar á la costurera y

tomarle el vestido recién confeccionado. «¿Qué más queréis», díjole Mariana, «si Dios ha dado el remedio conforme á vuestra necesidad?»

Don Cosme de Caso no era de esos hombres que, después de haber socorrido con cualquiera limosna baladí á uno que otro mendigo, creen haber hecho mucho, y repelen á los demás diciendo fríamente: «Ya di, ya cumplí; váyanse á otra parte.» La palabra *basta* no era conocida en la familia del antiguo capitán español; á su puerta eran diarias las distribuciones de socorros á los menesterosos, y Mariana corría con ellas: cargo hermosísimo á los ojos de la fe. La compasiva doncella, como deben hacerlo todos los cristianos dignos de este nombre, al repartir limosnas, practicaba, no la filantropía que obedece á motivos puramente naturales, sino la caridad que mira y sirve á Cristo en los indigentes. Por lo cual les distribuía no sólo el pan que sustenta el cuerpo, sino también el pan que nutre y vivifica el alma: les enseñaba la Doctrina cristiana, y cuanto es necesario saber y practicar para salvarse; y lo hacía, según el Padre Butrón, con tanta caridad y llaneza de palabras, y con tantos ejemplos y comparaciones, que las verdades de la fe se imprimían fácilmente en inteligencias no avezadas al discurso y raciocinio; y á su tiempo daban el deseado fruto de conversión y vida cristiana. Mientras Mariana ejercitaba estas obras de misericordia corporal y espiritual, brillaba en su exterior, mayormente en su fisonomía y lenguaje, aquella bondad majestuosa, aquella sencillez llena de dignidad, aquella humildad encantadora del Salvador, cuando

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

decía: «Venid á mí los que sufrís, que yo os aliviaré.» Al ver á Mariana rodeada de pobres á cual más andrajosos y harapientos, diríase que era una madre de familia que, tan valerosa como tierna, presta á un hijo sarnoso los más repugnantes servicios. Y en verdad, la sierva de Dios y su sobrina Sebastiana escogían cada cual entre los mendigos á uno que no tenía más título para su elección que el ser más desarrapado, más fétido y más lleno de miserias; y con caridad angelical y exquisita delicadeza le aseaban desde los pies hasta la cabeza. Luego Mariana sacaba de su aposento un canastillo de panes finos y sabrosos. Estos panes, cuya procedencia fué siempre un misterio para todos, eran llamados *panes bajados del cielo*, y del cielo debían de venir, puesto que en la casa de Mariana nunca jamás se habían visto panes iguales en forma y calidad.

Ya á punto de retirarse los pobres, contentos y agradecidos, antes quiere Mariana recibir de ellos un favor, que solamente la fe nos hará estimar por tal: colocados en dos grandes filas, póstrase á los pies de cada uno y se los besa; realizando así la máxima de San Vicente de Paúl: los pobres son nuestros amos y señores, y nosotros somos sus humildes servidores.

Protegía la solitaria á los desheredados de la fortuna con los cuantiosos socorros que ella misma recibía de caridad. Á más de esas distribuciones les consagraba el sudor de su frente. En efecto ocupábase cada día tres horas en labores de manos, y el

producto de aquel trabajo, con el permiso del confesor, llegaba por vías secretas á los menesterosos, y de allí al seno de Dios.

El amor, si es verdadero, es industrioso, y para llegar á sus fines inventa trazas admirables. Nuestra caritativa santa había celebrado con sus amados pobres un convenio, en virtud del cual les bastaría, en caso de urgente necesidad, llamarle la atención tirando una piedra á su ventana ó haciendo cualquiera otra señal. Ponía se Mariana á disposición de ellos, con más prontitud que un cortesano sirve á su monarca. Si encontraba entonces en su cuarto alguna cosa con que auxiliarlos, se la echaba por la ventana. Si estaba sin nada, dejando á Dios por Dios, volaba en alas de la piedad á los suyos en demanda de socorros. Por toda contestación, su hermana Doña Jerónima, ó sus sobrinas, le entregaban la llave de la despensa. Que la sierva de Dios haya aprovechado este permiso largamente y á medida de sus deseos, sacando con ambas manos provisiones de toda clase, bien se puede colegir de lo que llevamos dicho. Lo que no hemos contado es que en la despensa nunca jamás se notaba merma. Al paso que la compasiva Mariana vaciaba las arcas, Dios las llenaba. Sus mismos parientes no acababan de entenderlo; por eso le echaban en cara su falta de confianza para con ellos y su poco amor á los necesitados. Asegurábales Mariana lo contrario; y sin darles á conocer el aumento milagroso de las provisiones, añadía que los pobres se habían ido muy satisfechos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Confirman nuestro aserto estas frases del Ilustrísimo Señor González Suárez:

«Aunque Mariana se mantenía retraída del trato y conversación mundana, abandonaba su retiro cuando la caridad fraterna reclamaba sus oficios; y entonces acudía de preferencia á los pobres y desvalidos, principalmente á los indígenas, de quienes se manifestaba siempre condolida y amiga.» [1]

La casa de Don Cosme, merced sobre todo á nuestra Beata, era como el palacio de la misericordia; á su puerta ningún menesteroso pidió socorro sin recibirlo; ninguno llamó sin ser introducido; ninguno buscó consuelo sin hallarlo abundante. Si hoy día las familias acomodadas practicasen las obras de misericordia espiritual y corporal en la misma escala, ¿no se resolverían muchos grandes problemas sociales? Mas ¡ay! ¡para cuántos la beneficencia, ya porque no se practica, ya porque se practica mal, ha dejado de ser caridad! Recordemos una máxima del divino Maestro: «Porque abundan los vicios, la caridad de muchos se resfría.»

Mariana, á más de ser la esclava y la madre de los desvalidos y pobres, era para los enfermos más que una Hermana de la Caridad. Apenas enfermaba alguno de su casa, aunque fuese el último de los indios y jornaleros, la santa se hacía toda y se multiplicaba para el paciente: haciendo de médico, agotaba el repertorio de las recetas usuales y caseras; como cocinera, preparaba personalmente las tisanas

[1] Historia del Ecuador t. IV.

y los convenientes manjares; y en calidad de enfermera, daba con sus propias manos los remedios al doliente, y asistíale en todo. No podía oir sin conmoverse los quejidos de quienes sufrían. Ingeniábase para consolarlos con palabras más dulces que la miel, para inspirarles confianza, prometiéndoles sus oraciones, y para animarles á sufrir cristianamente, refiriéndoles oportunos ejemplos. Así que cuantos fueron atendidos por ella, mejoraron; cosa que no pudo siempre prestarles la ciencia de la medicina.

La caridad cristiana, cual la practicaba nuestra santa, contribuye en gran manera al alivio físico y moral de los dolientes, bien porque es más esmerada, bien por levantar más eficazmente el ánimo decaído, bien sea por merecer las bendiciones de Dios, autor de la salud.

Entre todas las enfermedades la peor es indudablemente la locura, mayormente cuando la acompañan la penuria y el desamparo. Ésta fué la suerte por demás lamentable que le tocó á cierto cura de indios. Vivía de la caridad pública. Si Mariana tenía entrañable amor á todos los miembros dolientes de Jesucristo, á este sacerdote amaba con amor duplicado. Á sus ojos ilustrados por la fe era aquel infeliz demente un ministro del Salvador, su Esposo; un mártir, un apóstol, un pastor de almas y, añadiré, un justo, un hijo adoptivo de Dios, un heredero del cielo. Pues de advertir es que la santa sabía por revelación que el enfermo estaba en gracia de Dios. Á pesar de ser aquel sacerdote objeto de general compasión, era objeto de burla para los muchachos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Á la vista de esas mofas y escarnios que cedían en mengua del respeto debido á los clérigos, la tierna virgen se acongojaba y lloraba de pena, y le prodigaba toda suerte de auxilios. Parecía darse cuenta de esas atenciones el loco, pues no obstante sus extravagancias daba señales de cariño y agradecimiento á su angelical protectora.

Ya hemos hablado de los remedios caseros de Mariana; pero cuando eran ineficaces los de la tierra, apelaba á los del cielo; así que no pocas veces obró curaciones milagrosas.

En prueba de lo cual nos ceñiremos á mencionar los dos hechos siguientes, que refiere el Padre Butrón. Á Doña María Rodríguez de Paredes, prima de nuestra santa, se le había lastimado el dedo de un pie tan gravemente que se temía la gangrena, y la paciente cojeaba de un modo horrible. Arrastróse un día, como mejor pudo, al cuarto de Mariana, á quien encareció el triste estado del pie y los agudos dolores que sufría. Compadecida la virgen, le dijo que se descalzase; tomó con la punta del dedo un poco de saliva, friccionó con ella la parte dañada, y poniendo sobre esa misma llaga una hoja de cierta planta que se ignora, le aseguró que muy pronto estaría sana. Al cabo de doce horas, le preguntó la Beata cómo se hallaba. «El pie está bueno desde que lo han tocado tus manos», tal fué la respuesta de la enferma; quiso verlo de nuevo la Beata, so pretexto de proseguir la cura; mas al inspeccionarlo comprobó con sus propios ojos que habían desaparecido hasta las cicatrices de la herida.

Al ausentarse de Quito para visitar sus haciendas, Don Juan Guerrero de Salazar y su esposa Doña Juana de Caso encargaron á Mariana el cuidado de una niña de tres años de edad. Jugaba un día ésta en el patio de la casa, cuando llegó de la hacienda una recua de mulas. En vez de resguardarse la niñita se acerca tanto á una de las bestias de carga, que recibe en la cara una coz, que le destroza narices y mandíbula, quedando tendida en el suelo, bañada en su sangre y sin señal de vida. La india Catalina, presente á esta desgracia, sin poderla prevenir, coge en brazos á la víctima que ya tiene por muerta, y deshecha en llanto corre al cuarto de Mariana, quien le sale al encuentro, sin duda por algún aviso de lo alto. Á su vez toma ésta en sus brazos á la niña, si no muerta, ciertamente moribunda, exclamando: «¡Ay Dios mío! ¿qué dirán ahora sus padres? ¿qué descargo daré yo de este suceso?» Empero, aliéntase su confianza en el poder de Dios; manda por un pedazo de carne de vaca y la aplica al destrozado rostro de la niña. Después de encerrarse con ella en su cuarto, cual otro Eliseo antes de resucitar al hijo de la Sunamitis, la recuesta en su propia cama; arrodillada á su lado, reza durante una hora con fervor y confianza, con suspiros y lágrimas. Por último, toma de nuevo en sus brazos á la niña. ¡Oh prodigio! está buena y sana; tanto que no conserva de las heridas más que una cicatriz insignificante, en forma de hilito apenas visible. «¡Oh qué eficaz medicina ha sido la carne de vaca!» dice una y otra vez Mariana á los de casa para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

encubrir el milagro, «pues con ella ha curado Dios á mi sobrina.»

¿Trátase aquí de una resurrección ó de una curación? No es fácil decidirlo, por cuanto los testigos en el Proceso sólo declaran que la niña no daba señal de vida. De todos modos, el milagro es evidente. Añadamos que esta niña es la misma Catalina de quien hemos hecho mención al hablar de Doña Juana de Caso, su madre; y que no se mostró desagradecida á Dios, pues fué hija dignísima de Santa Teresa.

Doña María de Paredes, hermana de nuestra virgen, de resultas de una fiebre maligna estaba desahuciada de los médicos. Empero, más poderosa fué la santa que los facultativos. «No, no, de esta vez no se ha de morir; yo le enviaré una bebida con que mejorará y recobrará la salud.» Dichas estas palabras, Mariana coció en agua unas rosas secas que habían servido de adorno al difunto cuerpo de Santa Rosa de Lima. Lo mismo fué beber la enferma con fe aquella tisana, que empezar á mejorar.

Lo escrito en este capítulo demuestra la exactitud de su título: «Mariana, providencia de los pobres y enfermos.» Tanta verdad es que la piedad sirve para todo, según dice el Apóstol [1].

[1] 1 Tim. IV, 8.

CAPÍTULO XXIX.

MARIANA CONSUELO EN LAS TRIBULACIONES Y TRANCES ANGUSTIOSOS.

SUMARIO. «No vayas contra la voluntad de Dios.» — «Nuestro hermano está salvo.» — Cierta india no morirá mientras lave la ropa de Mariana. — «En el cielo nos veremos.» — «Tu hermana no ha de morir de esta enfermedad.» — Abogada de los niños. — Ensancha milagrosamente urnas de Santos. — Predice la vuelta de dos pródigos. — Anuncia pruebas á su antiguo confesor. — Consuela á las benditas ánimas.

FUERA de los males físicos, como son la pobreza y las enfermedades, hay otros que afligen directamente el espíritu y más aún el corazón. Mariana hizo suyas estas penas y las remedió según sus fuerzas, imitando al Redentor, de quien dice el Evangelista que iba sanando toda dolencia y toda enfermedad en el pueblo [1].

En una riña sangrienta un joven fué herido de muerte. Su madre, Doña Catalina de Peralta, corrió á ver á su santa amiga, en busca de consuelo. No le fué menester comunicarle el desgraciado suceso, pues la humilde virgen, cual profeta, estaba al tanto de todo lo ocurrido y por ocurrir. «La muerte del herido es inminente; por lo mismo debe sin pérdida de tiempo confesarse y recibir los últimos sacramentos; por lo que hace á ti, no queda otro remedio que abrazarse á la cruz, conformarse con la divina voluntad y hacer de necesidad virtud»: tales fueron, en resumen, los consejos de la santa, afor-

[1] Mat. IV, 23.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tunadamente seguidos al pie de la letra. El moribundo con grande edificación se reconcilió con Dios, con su enemigo y con el público, á quien pidió perdón del escándalo dado; y veinticuatro horas después expiró. Doña Catalina, como fuera de sí por las primeras impresiones del dolor, se encamina casi inconscientemente á la habitación de la *Azucena*, y por ser hora avanzada de la noche piensa llamar su atención tirando una piedra á la ventana. Asómase luego al punto la solitaria, que está en oración, y dice: «Ya sé, Catalina mía, que vienes traspasada de dolor por la muerte de tu hijo Antonio; no tengas pena, y da muchas gracias á la divina Majestad, porque está en carrera de salvación; no vayas contra la voluntad de Dios, sino dale muchas gracias.»

Un violentísimo terremoto había convertido la ciudad del Cuzco en un montón de escombros, ó, mejor dicho, en un vasto cementerio. La noticia de la catástrofe, con tener que atravesar un espacio de cuatrocientas leguas, llegó á Quito como en alas del viento. Grande fué por ello la consternación en la casa de Mariana, pues tenían en el Cuzco un miembro de la familia. ¿Y qué será de él? ¿No estará como otros muchísimos sepultado entre ruinas? Tales son las horribles incertidumbres que abruman á todos, y en particular á Doña Jerónima. Empero Mariana, que priva con el Rey de la gloria y es su confidente, desvanece todos los temores, asegurando que su común hermano está salvo.

Ningún afligido se acercó á la benéfica solitaria sin recibir positivo alivio, bien porque por su intervención la causa de la pena desaparecía, bien porque la misma pena llegara á ser amada, y por lo tanto dejaba de ser aflictiva. Numerosos fueron en Quito los que experimentaron los valiosísimos consuelos de la caritativa reclusa.

Una india, entrada en años, habiendo caído gravemente enferma, solicitó por el conducto de tercera persona las oraciones de Mariana. Contestóle la santa que con muchísimo gusto la encomendaría á Dios, y que no pasase cuidado por aquel mal, pues mientras le hiciese la caridad de lavarle la ropa ni moriría ni enfermaría. Los hechos correspondieron de todo punto á aquella predicción, pues la lavandera de nuestra Beata murió de pura vejez.

Á Doña Juana Vivas, que le recomendaba á su marido, enfermo de gravedad y desahuciado de los médicos, la consoló en gran manera nuestra *Azucena*, asegurándole que su esposo no había de pagar tan presto tributo á la muerte. En efecto, á poco tiempo levantóse de la cama el enfermo y vivió dos años más.

Doña María de Miranda guardaba cama desde cinco meses; y viendo que su amiga y maestra espiritual, Mariana, no la visitaba, la mandó llamar, siquiera para darle cuenta de sus interiores disposiciones. ¿Quién lo creyera? la sierva de Dios no se dignó ir á la cabecera de la querida enferma; pero su sola respuesta valía por mil visitas: «En el cielo nos veremos; no busque Vd. gusto ni alivio en esta vida, porque muy pronto se hallará en la gloria, y yo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la seguiré dentro de muy poco.» Tan fausta noticia iba acompañada de un ramillete de claveles; todo lo cual llegó á tiempo apenas, pues la enferma casi al instante pasó á mejor vida, siguiéndola Mariana un año después.

Muy diverso del precedente fué el consuelo que dispensó Mariana á otra amiga de mucha confianza, que se hallaba casi moribunda con un horrible tabardillo. Habiéndola visitado nuestra santa, le cogió las manos, y le dijo con tono inspirado: «No te aflijas, que no has de morir de esta enfermedad, y has de vivir muchos años; ¡qué! ¿y piensas que has de llevarme la delantera y ver á Dios antes que yo? Pues sabe que primero he de morir yo que tú.» No obstante esta profecía, la enferma iba empeorando por momentos. Súpolo Mariana algunos minutos antes de acercarse á la sagrada Mesa: después de recibida la comunión, que ofreció por la que al parecer caminaba al otro mundo, dijo terminantemente á Catalina de Peralta: «Bien puedes irte segura á casa, porque tu hermana no ha de morir de esta enfermedad»; y aseguró que así se lo había revelado María Santísima desde una imagen de Nuestra Señora del Pilar. Con esta seguridad Catalina voló llena de confianza á su casa; y la enferma estaba muy aliviada y pedía de comer: lo que hizo con visible apetito. Entre tanto llegó el médico, y su primera palabra fué: «¿Vive aún la enferma?» ¡Cuál no sería, pues, su sorpresa al verla restablecida y con pulso regular! «Señoras», exclamó, «¿por dónde ha venido esto? Esta salud es un prodigio muy grande.»

Nuestra *Azucena* fué abogada no menos poderosa que amante de los culpables que acudían á su amparo. Don Juan Guerrero de Salazar, su sobrino político, tenía un niño sumamente travieso y díscolo. Reprensiones, castigos, caricias, súplicas: todo resultaba ineficaz. Por haber una vez huído de la casa paterna, fué sentenciado á un castigo más severo que de costumbre: ¿no era acaso reincidente? Ya se lo iban á aplicar, cuando escapó y huyó hacia el aposento de Mariana, en busca de un asilo, según él, inviolable; y no se equivocaba, pues su tía abogó por él ante sus exasperados padres, asegurándoles que desde aquel momento el culpable sería un niño sumiso, aplicado al estudio, y bueno. Y desde entonces se condujo tan bien, que mereció ser admitido en la Compañía de Jesús, en la cual murió santamente, como suelen morir los buenos soldados del Redentor.

Protección más estupenda todavía dispensó igualmente á otros niños la ínclita virgen, según leemos en el Proceso. José Rodríguez de Paredes y Cosme de Caso, ambos sobrinos de la santa, habían oído misa un día de la Ascensión en la iglesia de San Francisco. El capitán Guerrero de Salazar, encargado de ellos, creyó, con fundamento ó sin él, que no habían cumplido con el precepto en tan solemne fiesta. Bastó la sola sospecha para que, sin averiguar más, les aplicase al pie de la letra el dicho de la Escritura: «Quien excusa la vara, quiere mal á su hijo.»[1]

[1] Prov. XIII, 24.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Fueron requeridos para ello dos indios, debiendo servir el uno de patíbulo y de azotador el otro. Entrado que hubieron todos, juez, verdugos y víctimas, en la habitación de Mariana, que, sin duda por divina disposición, había quedado abierta, cerróse ésta con aldaba y dióse principio á la flagelación. Á las primeras descargas llegó la *Azucena*, á quien se abrieron por sí mismas de par en par las puertas, cediendo sin duda al impulso de algún ángel. Echóles en cara la virgen lo injusto de aquel proceder, declarando que los niños realmente habían oído misa en San Francisco, como lo afirmaban.

Que el capitán haya procedido con alguna ligereza, es muy posible; mas ¿deberáse por esto desautorizar el uso de la vara? Hoy día ha sido desterrada del hogar y de las casas de educación, bajo pretexto de dejar en salvo los decantados derechos del hombre. Por eso al presente abundan más que nunca en toda la escala social los delincuentes. Nuestros antepasados, con haber manejado virilmente la vara, ¿han sido más bárbaros que nosotros?

No sólo los sobrinos, sino también las sobrinas experimentaron, si bien de diversas maneras, los beneficios de su virtuosa tía. Lo demostrará la siguiente anécdota. «Doña Juana de Caso», escribe el Padre Butrón, «tenía una imagen de María Santísima bajo la advocación de Copacabana, á la que profesan mucha devoción los peruanos y otros pueblos de América. Deseando colocarla en un altarcito con

su nicho, mandó construir la urna correspondiente; pero por haber errado las medidas el carpintero, resultó que la imagen con su corona no cabía en la urna: faltábanle cuatro pulgadas. Entró por casualidad Mariana en el cuarto y preguntó por qué no se ponía aquella imagen en su lugar. Díjole Doña Juana que por ser pequeña la urna, y agregó que no le sería difícil á ella hacerla entrar, con solo obrar un milagro. No pudo la humilde virgen oir estas palabras sin horrorizarse, y tapándose el rostro huyó á su aposento. Al día siguiente, al volver de la iglesia, observó que su sobrina estaba muy afligida, y como ya sabía el motivo de tal contrariedad, le dijo que hiciese de nuevo la prueba. La prueba había sido hecha repetidas veces, y era inútil intentar otra vez dar cabida en una urna de algo más de media vara, á una imagen que con su corona tenía tres cuartas: tal fué la contestación de la sobrina. Al oir esto Mariana tomó la imagen en sus manos, y diciendo: «Esta urna se ha hecho para esta imagen», la colocó sin dificultad alguna. Veinticinco años después, esa misma urna fué respetada del rayo, que culebreó alrededor de ella sin hacerla el menor daño.

En otra ocasión la Beata se halló en los mismos conflictos que su sobrina, respecto de un Niño Jesús, á quien el carpintero poco exacto hizo una silla demasiado pequeña; empero ella remedió su propia aflicción con un milagro, como en el caso precedente.

Nuestra preclara niña va á ser de una vez el consuelo de muchos. Una joven seducida quiso saborear los frutos del árbol de la ciencia del bien

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y del mal. Árbol de la ciencia del bien y del mal llamo aquí la libertad en todas las formas, la licencia; árbol cuyos frutos fascinan el espíritu y el corazón. En consecuencia abandonó furtivamente el hogar doméstico, desertando á la vez de la virtud y el honor. De ahí siguióse escándalo general, la consternación de los buenos y las congojas de las familias de los dos prófugos. Muchas instancias se hicieron á la seráfica virgen para que tomara á pechos la conversión de aquellos desgraciados. El confesor, las hermanas y las amigas de la santa le pidieron á una que rogara con estas mismas intenciones. Mariana, no contenta con rezar diariamente una *Salve*, como se lo tenía preceptuado el Padre Camacho, pasaba todo el tiempo en un puro clamar al cielo. Al cabo de algunos días dijo: «No se aflijan, porque les hago saber que las dos tales personas se han de reducir á buena vida y han de tener muy buen fin y dichosa muerte»; profecía que empezó á verificarse muy en breve: los dos fugitivos volvieron sobre sus pasos é hicieron ejemplar penitencia, entrando el uno de franciscano, y dedicándose á la piedad y recogimiento la otra.

«Un hombre prevenido vale por dos», dice un adagio; por eso nuestra *Azucena* preparaba con oportunos avisos á los que iban á hallarse en trabajos. Era eso imitar á Cristo nuestro Señor quien con mucha anticipación hizo presente á los apóstoles cuanto habían de sufrir.

El Padre Antonio Manosalvas, antiguo confesor de Mariana, llegó repentinamente á Quito, enviado contra

toda previsión por los regidores de Riobamba. Su primera palabra, después de agradecer á Mariana el viático remitido por ésta para aquel viaje, fué para preguntarle de qué modo había podido saberlo de antemano. «El Esposo que tengo», contestó Mariana, «lo sabe todo y también sabía esta venida, por lo cual envié á Vuestra Paternidad el viático competente.»

Terminados los asuntos que lo habían llevado á Quito, el Padre se despidió de ella para regresar al lugar de su residencia. Díjole la sierva de Jesucristo, entre otras cosas: «Padre mío, vaya con Dios y mire que tenga paciencia; porque le están esperando muchos trabajos, y todos han de ser de cosas que ha de sentir mucho, porque son tocantes á su honra y reputación.» Antes de dos años, el Padre hubo de sufrir, sin merecerlo, humillaciones graves y denigrantes.

Por fin, que nuestra solitaria haya sido el ángel consolador de las benditas ánimas, no hay para qué repetirlo aquí. Ya hemos dicho al transcribir su reglamento de vida, que «desde las ocho de la mañana hasta las nueve sacaba ánimas del purgatorio, ganando indulgencias por ellas».

¡Amado lector! sin hacer milagros, puedes consolar á tus hermanos afligidos de muchas maneras, bien sea quitando la causa de sus penas, cuando es posible, bien sea infundiéndoles valor para santificarlas cristianamente. ¿Lo has hecho? ¿Lo harás?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XXX.

MARIANA Y LA VOCACIÓN Á LOS DIVERSOS ESTADOS DE VIDA.

SUMARIO. «Esta niña no se ha de casar.» — «No te aflijas; pronto casarás con un hombre muy de bien.» — Funesto éxito de una elección desacertada en una alternativa propuesta proféticamente por Mariana. — Doña María y su hija desventuradas dos veces, por haber desoído los consejos de la santa. — Leche prodigiosa. — Dos alumbramientos milagrosos. — Las carmelitas y su convento. — «Padre, ¿y esas culpas olvidadas?»

SAMUEL, uno de los más célebres videntes del Antiguo Testamento, anunció á nombre del Altísimo, entre otras cosas, á Saúl y á David que eran elegidos para ocupar el trono de Israel. De igual manera nuestra *Azucena*, cual oráculo divino, resolvía el arduo problema de la vocación con autoridad y acierto, como si hubiese asistido á los consejos de la Sabiduría. Prueba irrefragable de que el Señor hablaba por boca de su sierva en punto á vocaciones, era la paz, la dicha de que disfrutaban todos los que recibían dóciles tan saludables avisos; y las decepciones y amarguras de quienes los desoían.

No recordaré el tono inspirado con que, conforme en otra ocasión insinuamos, al entrar en la soledad, anunció á una de sus sobrinas que Dios la quería para casada, al paso que alentó á otra á que hiciera voto de castidad perpetua.

Doña Juana, casada según predicción de su tía, tuvo entre otros hijos una niña por nombre Catalina. Ésta frisaba en los seis años, cuando al verla un día

nuestra santa dijo: «Esta niña no se ha de casar, porque Dios la tiene reservada para una gran santidad.»

Los años corrieron rápidos, como las aguas de un torrente impetuoso; la niña llegó á la adolescencia. Su padre, con el mayor sigilo, concertó el matrimonio de su hija con uno de los jóvenes más principales de Quito. Trajes de boda, alhajas, todo estaba preparado; sólo faltaba el consentimiento de la hija, el cual el padre miraba como seguro, consideradas las prendas excepcionales del pretendiente. Aproximándose el plazo señalado para el enlace, Don Juan Guerrero de Salazar dió parte á su hija de los arreglos hechos y le pidió que los ratificara con un acto positivo de aquiescencia; y á fin de hacer mella en su corazón sensible, le presentó, una tras otra, las joyas y galas de novia, desde tiempo prevenidas.

¿Resistirá Catalina á esta inocente seducción? Por una parte, ella es pobre, á causa de las adversidades sobrevenidas á su familia; por otra, quien le pide la mano es de lo mejor de Quito; además, tal es la voluntad de su padre. Por fin, la vista de aquellas galas ¿no fascinará á aquella señorita que acaba de entrar en la edad de las ilusiones?

Catalina agradeció muy de corazón á su amante padre tantas atenciones; y luego declaró sin rodeo que ya tenía escogido otro esposo infinitamente superior al que se le proponía; y para consagrarse á Jesucristo, Esposo de las vírgenes, entraría en el naciente Carmen de Quito.

Ante tan inesperada respuesta se calló el padre; pero como atribuyera aquella negativa á primeras

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

impresiones de sorpresa, valióse de terceras personas para aconsejarle que consintiera en el matrimonio, y para, en caso de nueva repulsa, probar su vocación al claustro. Mantúvose Catalina firme en su propósito, sin duda porque su bienaventurada tía, ya en el cielo, rogaba por ella. Al fin, recibida la bendición paterna, la digna sobrina de Mariana entró carmelita.

Hay quienes se figuran que los santos no piensan más que en reclutar gente para los conventos. Aun cuando esto fuese cierto, no tendríamos derecho para censurar á esos celosísimos amigos de Dios. Si bien los seglares pueden donde quiera que se hallen labrar su salvación, observando íntegros los divinos mandamientos, ¿no son los religiosos los que han escogido la mejor parte, de que jamás serán privados? Empero, los santos no fabrican las vocaciones, pues éstas tienen á Dios por autor, como tampoco los sabios fabrican la luz que nos viene del sol. Ilustrados por el Espíritu Santo, superiores á las pasiones que ciegan, los santos conocen el divino llamamiento: lo promulgan; en caso dado, amenazan para que sea obedecido, y siempre ruegan á este mismo fin. Si Mariana guiaba al claustro á los que para él estaban predestinados, dejaba en el siglo á los que eran llamados á vivir cristianamente en el mismo.

La señora Doña María de Caso, sobrina suya, había enviudado en la ciudad de Ibarra. El infortunio que la muerte de su esposo le acarreó no es para referido. Joven aún, estaba lejos de sus padres, con familia y con no pocas deudas transmitidas por su consorte. Además de esto, con ser mujer de con-

dición, le era preciso ocuparse personalmente en la administración de las haciendas. Sin saber qué hacer en medio de tantos azares, escribió una carta á su compasiva tía, en demanda de consejos y oraciones. Contestóle la santa que no se afligiese, porque no tardaría en «casar con un hombre muy de bien y muy apto para sacarla de todos sus apuros». Este hombre de bien no era otro sino el Capitán Don Alonso Sánchez, regidor perpetuo de Quito. Mas ¿por qué vías realizará su enlace con una señora desconocida, que vive á una distancia de veinticuatro leguas? Apenas despachada su carta, Mariana cayó enferma de muerte, y recibió los últimos sacramentos. Entre los numerosos quiteños que, vela en mano, acompañaban el Viático, se hallaba dicho Don Alonso. Mariana con detención fijó en él sus angelicales miradas, tanto que el Capitán, sin duda poco acostumbrado á ser así mirado de hito en hito por un ángel de la tierra, temió, como lo declaró después en el Proceso, que le escudriñase la conciencia. Murió la seráfica virgen. Mientras el Capitán trataba de regresar á la madre patria, España, le propusieron que se casara con la viuda de Ibarra, Doña María. Don Alonso, no obstante haber desechado varias otras proposiciones de esta índole, aceptó ésta á ojos cerrados, sin deliberar un momento. Tenía por móvil de esta determinación no sólo las atenciones de que había sido objeto de parte de la moribunda Mariana, sino también el deseo de entrar en una familia de santos y emparentarse con la penitente solitaria y émula de los ángeles, á quien el público

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ya canonizaba. Verificado el matrimonio, Don Alonso se mostró, sin desmentirse nunca, excelente cristiano, marido inmejorable, administrador sagaz y económico.

Otro hecho: Dos personas principales de Quito, de igual mérito, pedían á un tiempo la mano de la señorita Doña Ana Ruiz de Alvarado. No sabiendo ésta á cuál de las dos elegir, pidió luces á Mariana, en compañía de su madre. Escuchó la santa el punto de consulta, y luego con espíritu profético habló en estos términos: «Ambos sujetos son muy buenos y dignos de tu hija; pero si se casa con el primero, disfrutará largos años de la felicidad de un buen matrimonio; si con el segundo, le gozará poco tiempo, y después de perderle pasará grandes trabajos.»

Parece que la señorita, al oir estas palabras, debía sin titubear un instante, decidirse por el primero; mas todo lo contrario: semejante á otras muchas que piden consejos á todo el mundo, y están ya determinadas á seguir su propio dictamen, casó con el segundo, quien murió en breve, dejándole como principal herencia mil trabajos y contradicciones sin cuento.

Doña María de Paredes no fué más cuerda ni más dócil que la precedente señorita. Había dispuesto ella, según el Padre Butrón, que una hija suya se enlazase con cierta persona que le pareció muy conveniente. Habiendo sometido á Mariana aquel proyecto, oyó de su boca que mirase bien lo que hacía: caso de efectuarse aquel matrimonio, ella y su hija pasarían muchos trabajos y disgustos. Empero más poderoso fué el capricho de la madre, que el sabio consejo

de la santa. Celebróse dicho matrimonio; pero á poco fué declarado nulo por el obispo de Quito.

¿Escarmentaría con esto aquella madre? ¡Ay, no! Segunda vez intentó casar á su hija, y segunda vez pidió el parecer de Mariana. Éste fué que aquel segundo marido, si llegaba á serlo, les daría á las dos más trabajos que el primero. Con todo, ¿quién lo creyera? llevóse á cabo el tan desconcertado enlace; pero las penas y sinsabores que del mismo se originaron fueron tales, que mayores no pueden ser.

Empero, ¿bastará abrazar el estado de vida que el Señor nos ha prefijado? De ninguna manera; preciso es perseverar en él y llenar los deberes que el mismo nos impone. Por eso la esclarecida reclusa decía con el Apóstol: «Cada cual ha de permanecer en la vocación á que fué llamado.»[1] Á esto convergían sus consejos y oraciones. Tomamos casi literalmente del Padre Butrón los dos hechos siguientes.

Padecía disgustos sin cuento de parte de su consorte Doña Escolástica Sarmiento, con la cual se había criado nuestra *Azucena*. Llegaron á tal extremo un día sus pesadumbres, que fué á la iglesia de los jesuitas á comunicar con su confesor los medios que había ideado para librarse de ellas á toda costa. Desgraciadamente el confesor no pudo atenderla, por estar enfermo. Entonces Doña Escolástica resolvió ejecutar sin más sus desatinados proyectos. Es verdad que allí estaba su amiga Mariana, quien podía socorrerla eficazmente con sus consejos y oraciones; pero

[1] I Cor. VII, 20.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

precisamente rehuía encontrarse con ella, para no tener que desistir de sus despropósitos; ya salía como á hurtadillas de la iglesia, cuando se vió de manos á boca con la santa. Ésta la reprendió con palabras amorosas por su desacertada resolución; luego exhortóla á que esperase confiadamente y para muy en breve el consuelo divino. Tan eficaces, oportunas y consoladoras fueron aquellas palabras, que Doña Escolástica puso únicamente en el Señor su confianza; y no tuvo por qué arrepentirse de ello; pues en ese mismo momento desaparecía para siempre jamás todo motivo de discordia y descontento entre los dos consortes.

Más extraordinario que el precedente es el suceso que vamos á relatar. Juana de Sangüesa, esclava de condición, tenía por esposo á un negro de genio terrible, llamado Juan Rivera. Entró en aquel hogar el demonio del odio y de la venganza, y el brutal marido tiraba á matar á su mujer. Ésta, bien fuese para asistir á misa, bien por huir de su verdugo, se trasladó un día á la iglesia de la Compañía de Jesús. Tuvo noticia de ello el bárbaro marido, y sin reparar en lo sagrado de aquel lugar, resolvió perpetrar allí mismo su bien meditado asesinato. Coger un puñal y penetrar en la iglesia, fué cosa de un instante: ya tenía clavados los ojos en su víctima, cuando ésta corrió á refugiarse cerca de Mariana, como en un asilo seguro. Levantóse entonces la santa, y saliendo al encuentro del enfurecido Rivera, le dijo con irresistible dulzura: «Aquiétate, hijo, aquiétate. ¿Qué es lo que pretendes hacer? Repara

que vas á cometer una enorme culpa.» Con estas y otras semejantes palabras trocóse aquel tigre sediento de sangre en manso cordero. No se decidía, sin embargo, la mujer á juntarse con él, pues si bien le constaba el cambio repentino obrado en su marido, podía éste recaer en sus frenéticas iras de antes, y en este caso ¡ay de ella! Díjole nuestra seráfica virgen, que no tuviese miedo ni recelo; pues, hechas á petición de su consorte las paces, nunca jamás volvería aquél á atentar contra ella, ni siquiera ella volvería á tener el más leve disgusto. Efectivamente, Rivera hizo las paces por medio de terceros, y fué la reconciliación tan estable, que en los veinte años que duró el matrimonio no volvió á caducar la paz ni por un momento.

Á fin de facilitar la perseverancia de cada cual en su respectiva vocación, Mariana de Jesús aliviaba á todos, cuanto podía, los deberes de su estado.

Una india sirvienta en la familia de nuestra *Azucena*, no tenía suficiente alimento natural para un niño de pechos, ni recursos para procurárselo de otra manera. La inocente criaturita, acosada por el hambre, lloraba día y noche. Remediólo todo la angelical solitaria con un milagro en favor de la madre.

Doña Jerónima de Paredes padecía desde varios días crueles dolores de parto sin poder dar á luz. Las circunstancias eran tales, que sólo se esperaba la muerte de un momento á otro. La santa y agradecida hermana trató el asunto á solas con Jesucristo; y tan eficaces fueron sus ruegos, que á poco

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nació felizmente una niña, que con el tiempo fué carmelita, con el nombre de Andrea María de la Santísima Trinidad; y en 1680 fundó con otra parienta inmediata el Carmen de la ciudad de Cuenca [1].

Igual favor debió á nuestra virgen una negra, criada de la misma casa; con la diferencia de que la criatura apenas bautizada voló á la gloria. Mariana, al saber aquella prematura muerte, dijo: «Ese negrito estaba destinado para el cielo.»

Nuestra ínclita penitente y contemplativa obtuvo dél Señor, á fuerza de oraciones, una gracia extraordinaria, que había de fomentar en Quito las vocaciones religiosas. ¿Cuál será esa gracia? La de que su casa fuera algún día convertida en convento de Santa Teresa. Veinte años antes de que se estableciesen las carmelitas en Quito, escribe un biógrafo, cuya relación compendiamos, comunicó Dios á su sierva tan á las claras todos los designios de su Providencia acerca de la fábrica del convento, que rebosando de placer dijo á su confesor, el Padre Manosalvas, que el cuarto en que ella vivía había de ser habitación de las esposas de Jesucristo. Hablando en varias ocasiones con sus parientes, les declaró terminantemente que *su casa había de ser convento de religiosas carmelitas descalzas, y que serían veintiuna;* por lo cual les suplicaba que de ningún modo se deshiciesen de una casa que, como alhaja preciosa, tenía Dios reservada para relicario de sus misericordias. «¡Oh! ¡quién fuera dichosa de ser esclava

[1] Historia del Ecuador t. IV.

de vírgenes tan sagradas!» exclamaba á veces. «¡Oh! ¡si yo mereciera ser una de las escogidas para esposas del gran Rey! Si llegara á vivir, sería la primera que procuraría lograr esta dicha, que lo es y grande, el ser hija de mi amada y venerada madre Santa Teresa.»

Volviendo cierto día de comulgar, llamó á tres personas de confianza, y después de mandar cerrar las puertas de la calle, les dijo: «¡Qué á propósito es esta casa y sitio para convento de carmelitas descalzas! pues sepan que aquí se ha de fundar con el tiempo. Vengan ustedes conmigo y verán trazar las oficinas.» Y recorriendo con ellas toda la casa, les decía: «¡Qué gustosas vivirán aquí las carmelitas! En este sitio estará la portería; allá el torno; esto será refectorio, aquélla la cocina. La iglesia caerá en el lienzo de la calle, y en le cuarto donde yo vivo estará el coro.»

«Sobre el exacto y puntual cumplimiento de esta profecía», escribe el Ilustrísimo Señor González Suárez, «están unánimes todos los testigos que declaran en el Proceso de beatificación.» [1]

«El primer convento ocupado por las hijas de Santa Teresa en Quito», dice este historiador, «estaba situado al extremo septentrional de la ciudad. Viendo construir allí el convento, decían las buenas gentes de Quito: El convento de las carmelitas descalzas no ha de permanecer allí, porque Mariana de Jesús anunció que en la casa de ella había de

[1] Obra cit. t. IV, pág. 243.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ser donde se verificaría la fundación. Don Martín de Arriola, oyendo semejantes anuncios, como haciendo mofa de ellos, contestaba irónicamente: '¡Ya veremos cómo se cumple la profecía de la criollita!' y continuaba dando calor con toda su autoridad de Presidente á al construcción del convento. Ya que la obra se hallaba para concluirse, tres religiosas profesas, del monasterio de Lima, llegaron á Quito el 4 de febrero de 1653, y el convento se fundó en el punto donde el Presidente lo había mandado construir; allí estuvieron un año, pero fueron tantas las incomodidades que sufrieron á consecuencia del frío y de la humedad, que se vieron en el caso de abandonar el convento y buscar habitación más cómoda; y entonces fué cuando pasaron á establecerse en la casa del capitán Don Juan Guerrero de Salazar, casado con una sobrina de Mariana de Jesús, el cual ofreció su casa, asegurando que lo hacía por haber oído á la insigne virgen que allí era donde Dios tenía dispuesto que se fundara en Quito monasterio de carmelitas descalzas.

«Cuando los quiteños vieron la nueva fábrica, quedaron maravillados, reconociendo que la iglesia y todas las oficinas de la casa estaban en los mismos puntos señalados veinte años antes por Mariana de Jesús.»

Indudablemente Nuestro Señor quiso premiar las heroicas virtudes de la *Azucena*, perpetuando en su casa la oración y la penitencia por las dignas hijas de la virgen de Ávila.

Anhelaba nuestra santa por que los sacerdotes tuvieran aquella pureza de corazón que reclama la

santidad de sus ministerios. El Padre Manosalvas acababa cierto día de confesar á su hija espiritual, y estaba en la sacristía disponiéndose para celebrar, cuando llamóle Mariana y díjole que confesase primero tal y cual culpa de la vida pasada, de la que por olvido nunca se había acusado. Así lo reconoció el Padre, y así lo ejecutó con toda diligencia y prontitud. No contento con esto, tomó la resolución de no oir á nadie en confesión sin haberse confesado él primero; resolución que cumplió fielmente.

¡La vocación! he ahí sin duda uno de los asuntos más trascendentales; y sin embargo, es el que para muchos merece menos atención. De ahí tantos desaciertos irreparables.

CAPÍTULO XXXI.

FRUTOS DE SALVACIÓN DEBIDOS AL CELO DE MARIANA DE JESÚS.

SUMARIO. Conversiones. — «Don Bernardo, dentro de ocho días habrá Vd. dado cuenta á Nuestro Señor en la otra vida.» — Un joven loco recupera la razón en el artículo de la muerte. — Resurrección del cuerpo y del alma. — Doña María Duchisela se santifica por las oraciones y consejos de Mariana. — Celo por la perseverancia. — Hermandad del Cristo de la Buena Muerte. — Predice al Padre Enebra su muerte repentina para que esté preparado.

CUÁNTOS frutos no producen los árboles que están plantados junto á la corriente de las aguas! ¡y cuántos frutos de salvación no ha producido Mariana de Jesús, inundada como estuvo siempre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de gracias extraordinarias! Sólo en la gloria nos será dado conocer las almas que le deben, después de Dios, su felicidad eterna. Mientras tanto mencionemos algunas conversiones obradas por la intercesión de la solitaria.

Cierto caballero, por nombre Bernardo, esclavo de criminal pasión, deseaba romper las cadenas de carne con que le tenía cautivo y aherrojado el infierno. Faltábale para ello lo principal, esto es, el valor, las fuerzas, en fin, la voluntad; pues las conversiones, si bien son obras de la gracia, son también hijas de la voluntad que coopera á ella. Para dicha suya, Don Bernardo al ver cierto día á Mariana entrando en la iglesia, se le acercó para encomendarse á sus oraciones; detúvose la recatada *Azucena*, y, contra su costumbre de no hablar con hombres en aquel paraje, le preguntó por tres veces cuál era su necesidad. Manifestósela el pobre caballero con sencillez y franqueza. «Está muy bien», contestó ella, «aplicaré á su intención la comunión de esta mañana.» Y aunque no lo haya dicho, seguramente ofreció á Dios grandes maceraciones. Concluídas sus devociones, Mariana sale de la iglesia para su casa, encuéntrase con aquel pecador, y le dice como el profeta Isaías al rey Ezequías: «Señor Don Bernardo, tengo que decir á Vd. cosa que interesa á su salvación eterna, aunque siento no poco haber de decírsela. Dispóngase Vd. para morir, porque dentro de ocho días habrá dado cuenta á Nuestro Señor en la otra vida.» Agradeció Don Bernardo tan oportuno aviso; sin demora puso orden á su conciencia, y ¡felizmente!

pues á los ocho días murió penitente. Este hecho figura en el Proceso.

Un joven había recorrido todos los cenagosos caminos del vicio y escándalo; al fin, víctima de sus excesos, cayó enfermo de muerte, siendo trasladado al Hospital Real. Para colmo de desgracia, perdió la razón; hallábase por lo tanto en la imposibilidad física de convertirse y de obtener el perdón de Dios. Sabedora de este cúmulo de desventuras, Mariana hizo lo que las hermanas de Lázaro: coadyuvando á la eficacia de sus oraciones con la virtud de sus maceraciones, suplicó á Jesús viniera con su gracia omnipotente á resucitar y sacar del sepulcro de la impenitencia, á aquel pecador á quien Él amaba. El Salvador no pudo resistir á tantas plegarias y mortificaciones y concedió la misericordia que se le pedía. El joven recuperó el juicio, y recibidos con edificación los últimos sacramentos, murió dando muestras de verdadera enmienda.

La *Azucena*, tan fecunda en frutos de salvación, va, mediante sus oraciones, á obrar en una misma persona una doble resurrección, arrancando el cuerpo de manos de la muerte y el alma de las del demonio.

«Un día por la mañana», según el Ilustrísimo Señor González Suárez, «Mariana de Jesús llamó á su aposento á un cierto Roldán, mozo honrado, vecino de la casa en que vivía la sierva de Dios, y dándole pormenores y señales muy circunstanciadas, le pidió que fuera á las orillas solitarias del Machángara y trajera de allí el cadáver de una pobre india suya, á quien el marido por celo había asesinado pocas horas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

antes. El asesino había satisfecho su venganza muy á ocultas y estaba tranquilo con la seguridad de que su crimen era ignorado. Ignorado estaba en verdad de todos menos de Dios, que se lo dió á conocer á Mariana de Jesús, inspirándole al mismo tiempo lo que ella había de hacer.

«Obedeció Roldán dócilmente; fué al lugar determinado; las señales estaban manifiestas, no faltaba ni una sola; cavó la tierra recién amontonada; encontró el cadáver y lo trajo con toda precaución á la casa de Mariana. Sacó la venerable virgen unas rosas secas y las fué aplicando al cadáver en los puntos donde se veían las señales de la soga con que la infeliz india había sido estrangulada, y al contacto de tan singular medicina, la muerta volvió á la vida.

«Las rosas habían sido recogidas de sobre el cuerpo difunto de Santa Rosa de Lima y traídas de Lima por Don Cosme de Caso, quien se las obsequió á Mariana.»

Hasta aquí el citado historiador.

Preguntada la resucitada, quién la había protegido en medio de sus congojas y agonías, dijo haber visto y oído entre sueños á su señora Mariana, prometiéndole su amparo. Al obrar aquel estupendo milagro, la santa se proponía sobre todo devolver á esa alma, muerta por el pecado, la vida de la gracia santificante. Á este fin atrajo sobre ella por todos los medios posibles, auxilios sobrenaturales, y al contacto de esas gracias y rosas del Calvario, donde Cristo Señor nuestro murió por los pecadores, convirtióse muy de veras la india María y recuperó la vida de

los hijos de Dios, y esta vida divina no la volvió á perder, como todo lo hace suponer: tanto su afán por lavar la ropa de la venerable virgen y por acreditar de este modo su gratitud, cuanto su diligencia y puntualidad en guardar la Ley de Dios, su frecuencia de sacramentos, y por último, el calificativo de mujer sólida y virtuosamente piadosa que le dieron las personas de la casa.

El hecho referido ha sido declarado en el Proceso por varias personas, acordes en todos los pormenores.

No solamente la celosa penitente procuraba con afán las conversiones, sino también la santificación, el adelanto en la enmienda de los vicios y en la adquisición de las virtudes. Véase la manera cómo ganó enteramente para Jesucristo y la Virgen Santísima á Doña María Duchisela, india de noble linaje y descendiente de los Incas. Transcribiremos casi palabra por palabra lo que sobre este particular cuenta el Padre Butrón, ó, mejor dicho, el presbítero Castro.

«El año de 1644, uno antes de la muerte de Mariana, dicha señora fué á Quito á entablar un pleito; y al día siguiente, que era sábado, quiso encomendar su negocio á su celestial Madre, asistiendo á la misa que se celebraba en la capilla de Nuestra Señora de los Ángeles en el Hospital Real, que forma esquina con la casa de Mariana. Estaba oyéndola desde la calle, llena de joyas y ostentando lujo y profanidad, que es el placer favorito de las indias, y que en ésta daban realce á sus gracias naturales; cuando al pasar Mariana por allí de vuelta de la iglesia, y tocando á alzar en aquel momento, se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

arrodilló junto á la noble india. Después de la elevación del cáliz, la saludó con cariñosas palabras, sin haberla visto jamás hasta entonces. Concluída la Misa, trabó conversación con ella y le preguntó cómo se llamaba y cuál era el objeto de su viaje á Quito, etc., añadiéndole por agasajo que tenía muy lindo nombre, que fuese muy devota de la Reina de los Ángeles y que no malograse sus raras prendas. En la conversación supo Mariana que la india pensaba volverse á su pueblo de Yaruquiez á los quince días, y sobre este particular le dijo que no sería así, y que ya se lo daría á conocer la Virgen Santísima. Habló con tanta gracia y dulzura, que Doña María quedó muy prendada de ella, y preguntando después á varias personas quién podía ser aquella joven, todos le dijeron que, según las señas, era Mariana de Jesús, á quien todo Quito tenía en concepto de santa.

«Con esta noticia fué á buscarla á la iglesia de la Compañía, donde ella misma confesó que tenía repugnancia á entrar.

«Hallóla debajo del púlpito, y pidiéndole que la encomendase al Señor, respondió Mariana que desde el momento que la conoció, se impuso el cuidado de hacerlo; pero que la exhortaba á frecuentar aquella iglesia y á rendirse á las divinas inspiraciones de hacerse santa.

«Por dicho de la misma señora Doña María se sabe que aquellas palabras fueron siempre para su alma en lo sucesivo agudísimos estímulos que la impelían á darse del todo á Dios, como lo hizo, santificándose más de día en día, sin salir de Quito hasta

su muerte, y perseverando en la virtud, bajo la dirección de los Padres á quienes antes tenía tanta aversión.

«Con esta dichosa señora obró Dios muchos prodigios, por la intercesión de su sierva; y fué el primero que, siendo desde niña de natural tan iracundo, que á cualquier disgusto montaba en cólera, y á veces con tanto exceso que caía en tierra perdiendo el sentido, puso por intercesora á Mariana para alcanzar la mansedumbre, y logró por tal medio reformar su carácter por completo.»

La angelical contemplativa de Quito, además de ser apóstol de la conversión, lo era también de la perseverancia. Y con razón, pues para la consecución de nuestro fin supremo, la una no es menos indispensable que la otra. Ahora bien, entre los medios de perseverancia sobresalen por su eficacia las piadosas asociaciones ó hermandades. Esto se comprende; en una congregación — discurre San Alfonso, que tanto y con tal acierto escribió acerca de estas materias — son puestos por obra cuantos medios nos encadenan al servicio de Dios, como son: las amonestaciones de caritativos celadores, los buenos ejemplos de los hermanos, oraciones públicas y privadas, pláticas y exhortaciones particulares, recepción de sacramentos, gracias especiales anejas á tal ó cual cofradía, y por fin la divina benevolencia, etc. En suma, la congregación es un arca de salvación. Motivos todos por los cuales nuestra *Azucena* tomó á pechos siempre el establecimiento y prosperidad de las cofradías.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Oigamos á este respecto las declaraciones juradas de un testigo fidedigno, el Padre Juan Martínez Zarco, primero jesuita y director de una congregación de indios y luego ermitaño de San Agustín. Venerábase en la iglesia de la Compañía de Jesús en Quito un *Ecce-Homo* bajo la advocación de *Cristo del Consuelo*. Mariana, al ver el poco culto que se le tributaba, suplicó al Padre Martínez cantara cada viernes una misa en honor del *Cristo del Consuelo*, como hacía todos los sábados en obsequio de Nuestra Señora de Loreto. La indicación de la celosa penitente agradó á dicho Padre; mas por varias dificultades no era fácil poner en ejecución tan hermoso proyecto. De estas dificultades se hacía cargo la sagaz solitaria; pero no por ello se desanimaba, antes al contrario cobraba nuevos bríos. Así que aseguró al Padre que Dios lo tenía destinado para aquella empresa, y queriendo coadyuvar á ella más con obras que con palabras, Mariana de Jesús encabezó una lista de suscritores, comprometiéndose á dar periódicamente, con el permiso de su confesor, algo en dinero y algo en cera. Así allanadas las dificultades, cantóse una misa todos los viernes y en el altar donde estaba el *Ecce-Homo*, llamado desde entonces altar de la *Buena Muerte*, y convertido en centro de devoción, ardían en ciertos días numerosos cirios, mientras que en su derredor oraban de rodillas muchos fieles. Aquellas prácticas en honor del *Cristo del Consuelo* iban prosperando y generalizándose; por lo que más tarde la Divina Majestad estaba de manifiesto durante la misa cantada, á lo cual se

añadió después una plática mensual sobre la muerte. Navegaba aquella hermandad viento en popa, llegando sus reuniones á ser semanales; delante del Santísimo Sacramento teníase media hora de oración mental, fuera de otros ejercicios y preces. Además de esto, en ciertas épocas del año ganábase indulgencia plenaria. Esta congregación estuvo floreciente muchísimo tiempo; al cabo de unos cincuenta años, sus ejercicios, modificados en la forma y subsistentes en el fondo, seguían produciendo opimos frutos de salvación.

¡Amado lector! ¿no serás tú por ventura uno de aquellos á quienes Dios dice lo que á Noé: «Entra en mi arca»? Si estás ya felizmente en ella, no salgas por ningún motivo, pues probablemente no regresarías á ella batiendo alas como la paloma.

Veamos cuán eficazmente contribuyó la *Azucena* á asegurar una buena muerte al Padre Juan de Enebra, jesuita. Díjole un día que para morir, él no daría que hacer ni á médicos, ni á boticarios, ni á enfermeros; era esto predecirle una muerte repentina. Dió tal crédito el Padre á las palabras de la santa, que, no contento con prepararse cada día para morir, llevaba de continuo un crucifijo bendito para el artículo de la muerte. Después de haber visitado un día al Santísimo Sacramento y expresado sus abrasados afectos á su Amigo y Huésped divino, bajaba al comedor, cuando en las gradas de la escalera cayó sin conocimiento para no levantarse más; lo único que pudo recibir fué la absolución y la extremaunción bajo condición.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Qué tránsito tan feliz! ¡Ir desde el pie del altar al tribunal de Jesucristo! ¡pasar de las sombras de la fe á la clara visión de la realidad!

CAPÍTULO XXXII.

MARIANA DE JESÚS SE OFRECE Á MORIR POR SU PATRIA, Y ACEPTADO POR DIOS SU SACRIFICIO, CAE ENFERMA.

SUMARIO. Doble azote. — El Padre Alonso de Rojas ofrece su vida por Quito. — Mariana substituye la suya. — Cae enferma. — Cesan los castigos divinos. — Últimas llamaradas de una luz que se apaga. — Es visitada por el obispo de Quito. — Recibe el Viático.

NADIE tiene más grande amor, dice el divino Maestro, que el que da la vida por sus amigos[1]. Mariana, porque rebosaba de caridad, daba la suya por su patria. Quito, según todos los biógrafos de nuestra santa, había con reiterados pecados incurrido en la indignación del Señor y armado su brazo vengador; nuestra santa, ofreciéndose como víctima voluntaria por la ciudad culpable, atrajo sobre su persona los efectos de la divina venganza.

«En el mes de febrero de 1645», relata el Ilustrísimo Señor González Suárez, «se arruinó la antigua villa de Riobamba, á consecuencia de un terremoto tan violento, que echó por tierra las iglesias, los conventos y las casas de los particulares; murieron muchos aplastados por los edificios, y la población quedó reducida á escombros, en tanto extremo que

[1] Juan XV, 13.

los vecinos trataron de trasladarla á otro punto. En Quito se sintieron también algunos temblores.

«La población estaba consternada; porque al susto causado por los temblores de tierra siguió el terror difundido por el flagelo de la peste; las casas se llenaron de enfermos, acometidos de alfombrilla y de garrotillo; de noventa colegiales que había en el seminario de San Luis, solamente escaparon tres: todos los demás cayeron enfermos, y algunos murieron; en las gentes del pueblo y principalmente en los indios desaseados é indolentes, el contagio hizo estragos.»[1] Según el mismo historiador, murieron en aquella ocasión más de cinco mil personas en Quito.

Figurémonos la tristeza, el pavor y la consternación de aquellos habitantes; heríanles los oídos, casi sin interrupción, toques de agonía, toques de entierro, toques de Viático. Entre los sobrevivientes oíanse los alaridos de los muchos que sufrían, y los gritos y sollozos de los que lloraban á seres queridos, arrebatados por la muerte; los ojos apenas si veían casas sin el crespón fúnebre encima de la puerta y personas sin señales de luto; surcaban las calles y cruzaban las plazas filas de cadáveres, llevados á su última morada. Sucedía esto durante la Cuaresma; los oradores sagrados tomaban pie de esas calamidades para intimar, á nombre de Dios, la penitencia á los quiteños, como lo había hecho Jonás para los ninivitas.

Sólo convirtiéndose era cómo podían arrancar de manos del Señor el pesado azote y librarse de una

[1] Historia del Ecuador t. IV, pág. 206.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Qué tránsito tan feliz! ¡Ir desde el pie del altar al tribunal de Jesucristo! ¡pasar de las sombras de la fe á la clara visión de la realidad!

CAPÍTULO XXXII.

MARIANA DE JESÚS SE OFRECE Á MORIR POR SU PATRIA, Y ACEPTADO POR DIOS SU SACRIFICIO, CAE ENFERMA.

SUMARIO. Doble azote. — El Padre Alonso de Rojas ofrece su vida por Quito. — Mariana substituye la suya. — Cae enferma. — Cesan los castigos divinos. — Últimas llamaradas de una luz que se apaga. — Es visitada por el obispo de Quito. — Recibe el Viático.

NADIE tiene más grande amor, dice el divino Maestro, que el que da la vida por sus amigos[1]. Mariana, porque rebosaba de caridad, daba la suya por su patria. Quito, según todos los biógrafos de nuestra santa, había con reiterados pecados incurrido en la indignación del Señor y armado su brazo vengador; nuestra santa, ofreciéndose como víctima voluntaria por la ciudad culpable, atrajo sobre su persona los efectos de la divina venganza.

«En el mes de febrero de 1645», relata el Ilustrísimo Señor González Suárez, «se arruinó la antigua villa de Riobamba, á consecuencia de un terremoto tan violento, que echó por tierra las iglesias, los conventos y las casas de los particulares; murieron muchos aplastados por los edificios, y la población quedó reducida á escombros, en tanto extremo que

[1] Juan XV, 13.

los vecinos trataron de trasladarla á otro punto. En Quito se sintieron también algunos temblores.

«La población estaba consternada; porque al susto causado por los temblores de tierra siguió el terror difundido por el flagelo de la peste; las casas se llenaron de enfermos, acometidos de alfombrilla y de garrotillo; de noventa colegiales que había en el seminario de San Luis, solamente escaparon tres: todos los demás cayeron enfermos, y algunos murieron; en las gentes del pueblo y principalmente en los indios desaseados é indolentes, el contagio hizo estragos.»[1] Según el mismo historiador, murieron en aquella ocasión más de cinco mil personas en Quito.

Figurémonos la tristeza, el pavor y la consternación de aquellos habitantes; heríanles los oídos, casi sin interrupción, toques de agonía, toques de entierro, toques de Viático. Entre los sobrevivientes oíanse los alaridos de los muchos que sufrían, y los gritos y sollozos de los que lloraban á seres queridos, arrebatados por la muerte; los ojos apenas si veían casas sin el crespón fúnebre encima de la puerta y personas sin señales de luto; surcaban las calles y cruzaban las plazas filas de cadáveres, llevados á su última morada. Sucedía esto durante la Cuaresma; los oradores sagrados tomaban pie de esas calamidades para intimar, á nombre de Dios, la penitencia á los quiteños, como lo había hecho Jonás para los ninivitas.

Sólo convirtiéndose era cómo podían arrancar de manos del Señor el pesado azote y librarse de una

[1] Historia del Ecuador t. IV, pág. 206.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

próxima destrucción y ruina. Quejábase el profeta Isaías de que no hubiese quien contuviera el brazo de Dios: «Ahora estás enojado contra nosotros, porque hemos pecado; colmo de desgracia es que no tenemos medianero que desarme tu cólera.» [1] En Quito, sí, habrá quien arranque el azote de la mano de Dios, y de esta suerte aquella ciudad prevaricadora merecerá el perdón mediante una víctima propicia y mediante su propia y pública penitencia; penitencia que el célebre historiador del Ecuador refiere como sigue.

«El jueves 31 de marzo, el obispo con los canónigos, las comunidades religiosas y el ayuntamiento salieron en procesión de rogativas de la catedral á la iglesia de San Francisco, llevando la imagen de Nuestra Señora de Copacabana; en San Francisco se cantó una misa solemne y regresó la procesión á la catedral. El viernes, primer día de abril, por la noche, hubo procesiones de disciplina pública, por las calles de la ciudad.»

En Quito hubo más que penitencia pública y rogativas; hubo víctimas que á ejemplo del Salvador dijeron: «¡Henos aquí, heridnos!»

«El cuarto domingo de Cuaresma predicaba por la tarde en la iglesia de la Compañía el Padre Alonso de Rojas; lleno de fervor, el piadoso jesuita se dirigió á Dios y le pidió con santo ahinco, que perdonase á la ciudad, y que, si para alzar de sobre ella el azote de su justa indignación era necesaria

[1] Is. LXIV, 5.

una víctima se dignara su adorable Majestad aceptar la inmolación que, en cuanto estaba de su parte, él hacía voluntariamente de su vida. Mariana estaba aquella tarde en la iglesia; oyó la deprecación del predicador (que á la vez era su confesor), y movida de impulso sobrenatural se ofreció ella misma en sacrificio por sus conciudadanos.» [1]

Hecho el ofrecimiento en voz alta y brevemente, calló; pero, discurriendo para sí, alegaba al Señor las razones por qué su sacrificio debía ser preferido al del sacerdote: «Mi confesor es muy necesario para la salvación de las almas; su vida es importantísima para reducir al rebaño de mi Esposo sus ovejas; de su dirección ha menester el pueblo: de su enseñanza la juventud: de sus talentos mi Madre la Compañía. Mi vida está por demás en la ciudad. Amo al prójimo, como Cristo le amó, á mis paisanos, como á hermanos de Jesucristo. Pues si este Señor ofreció generosamente su vida para dar á las almas la vida eterna y librarlas de la eterna muerte; yo por imitarle, os ofrezco, Dios mío, querido Esposo de mi alma, desde luego y al momento, mi vida, porque cesen en Quito vuestros enojos, se templen vuestros rigores, y libréis á mis paisanos y hermanos muy queridos del azote que descargáis con la peste, y de la ruina que se teme por los temblores. Conozco que es de poco valor la oferta, pues soy criatura vil y despreciable; pero suplan mis ansias esta falta. Aceptad mis clamores y deseos, pues en cada uno

[1] Historia del Ecuador t. IV, pág. 222.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ofrezco mi corazón; ejecutad en mí vuestras iras; castigadme á mí sola, porque no padezca mi patria, ni sientan vuestra justicia sus moradores.» Dreprecación tan conmovedora, súplica tan bien motivada, llegó al conocimiento del Padre Alonso de Rojas por comunicación de Mariana, y de esta suerte consta en sus biografías, como rarísimo ejemplo de patriotismo, y como eterno mentís dado á los que miran los sentimientos religiosos como contrarios al amor á la patria.

Jesucristo aceptó, no el sacrificio de su ministro, sino el de su angelical esposa. Por una parte cesaron inmediatamente los temblores de tierra y las epidemias; por otra, Mariana luego al punto cayó enferma de muerte. Observan este hecho, entre otros, el Dr. Don Juan de Troya y el Padre Alonso de Rojas. Declárolo el primero en el Proceso, como testigo de vista, y el segundo en el elogio que pronunció de la santa. «No admitió Dios mi oferta», exclamó éste, «pero sí admitió la misma oferta que, en aquel tiempo, le estaba haciendo con ardentísimo afecto, al pie de este púlpito, Mariana de Jesús, ofreciendo su vida por la salud del pueblo. Ésta fué la causa de su muerte; pues retirándose á su casa cayó enferma aquella noche del achaque de que murió; luego fué mártir, si no á violencia de tormentos, sí por la eficacia secreta de su oración, sí por la fuerza de su caridad.» La generosa víctima recibió el 26 de marzo los primeros golpes que la derribaron sobre el altar de la reparación, donde había de expirar al cabo de dos meses de puro padecer y agonizar.

Cuál haya sido específicamente el mal que la llevó al sepulcro, no es fácil decirlo, pues los mismos médicos no acertaron á calificarlo con precisión. Ello es que Mariana era presa de varias enfermedades mancomunadas contra ella, y que sufría más de lo que imaginar se puede. De esos múltiples achaques nos da una idea su confesor, cuyas declaraciones figuran en el Proceso, y dicen así: «Sus padecimientos fueron tales, que, respirando con extraña dificultad y violencia, en cada respiración parecía que agonizaba, ó exhalaba su espíritu por la boca. La fiebre era tan ardiente que, aunque se le aplicaron muchas y diversas medicinas, con copiosas evacuaciones de sangre, en continuas sangrías que se le hicieron, ni se mitigaba el ardor ni el médico que la asistía pudo concebir esperanzas de salud. Cada día se agravaba más el achaque y recrecían los dolores, poniéndola en las puertas de la muerte, para que en todos tiempos se pareciese á Cristo crucificado. Asistiéronla sus hermanas y muchas de sus parientas, atravesadas de pena al ver padecer á Mariana sin alivio; y, aunque fué mucha y extraordinaria su solicitud en buscar remedios y discurrir medicinas para su curación, reconocían que eran vanas sus cuidados y casi ningunas sus esperanzas.»

Así como una luz encendida antes de apagarse echa llamaradas, así nuestra *Azucena* y víctima, llegada al término de su mortal existencia, da más que nunca brillantes ejemplos de modestia y mortificación. Bien podía la enferma, sin sombra de pecado, buscar alivio en tal ó cual postura; ¡mas no! á pesar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del ardor de la fiebre y violencia de los males, á pesar de su progresivo cansancio, guardaba angelical honestidad, decencia y recato en todas sus acciones y movimientos. Por lo que hace á su mortificación, leo en el Proceso la siguiente declaración de un testigo fidedigno: «Con ser mortal el achaque, no quiso ni pudo comer carne, ni tomar ninguna substancia, como se lo ordenaban los médicos; y hasta el día en que murió no se acostó en la cama, ni se desnudó; y sólo se arrimaba á ella vestida, y á veces se reclinaba sobre un colchón que habían llevado al cuarto de Mariana.»... Es más: en un acceso de fiebre exclamó: «¡Ah! ¡quién me echara en esa acequia (que pasa bajo la ventana) para mitigar tanto fuego!» Oírla una buena mujer y correr por un jarro de agua, todo fué uno. Agradeció la enferma el tan ansiado refrigerio, pero no lo probó. «No», dijo, «no he de beber ese agua; antes me recreo toda cuando pienso que tengo algo que ofrecer y en que asemejarme á mi Esposo.» ¿Obsequiábanla con frutas jugosas para que chupándolas pudiera humedecer sus abrasadas fauces? aceptábalas con placer, manoseábalas, acercábalas á sus labios; hubiérase dicho que las iba á disfrutar; pero muy al contrario: cuando no las daba á comer á alguna persona allí presente, las enviaba de regalo á su hermana mayor; y así de todos modos estimulaba y provocaba más y más la sed. Cosa parecida hizo con un racimo de uvas que le procuraron: no sin dificultad tomó tres granos, los chupó, y arrojó los demás.

Siempre ávida de padecer y nunca satisfecha, la esforzada víctima ideó otro modo de atormentarse. Hemos visto que se hacía azotar, cual vil esclava, por la muy condescendiente Catalina; ahora pues, ya casi moribunda, se hace golpear á puñetazos las espaldas por una buena mujer de la misma laya que Catalina. Visitó á Mariana cuando ya le quedaban pocos días de vida, Doña María Arias, muy amiga de casa. Hallábase la santa sumamente agitada y encendida por la fiebre: de repente inclinó la cabeza, la recostó sobre el pecho, y luego, como quien busca algún alivio, pidió á la visitante que la golpease con la mano en las espaldas y en los hombros. Doña María, por tener más corazón que juicio, más cariño que reflexión, creyó prestarle con esto positivo servicio, y descargó sobre ella fuertes manotadas. Con estos repetidos y bien sentados golpes se le hincaban á Mariana más y más en la carne las aceradas puntas de los cilicios que la cubrían; tanto que era menester curarle las heridas que manaban sangre.

¡Estimado lector! ni tú ni yo estamos obligados á imitar en esto á la denodada virgen; pero tampoco hemos de imitar á ciertos cristianos que, heridos de mortal enfermedad, se resignan á medias: se quejan de la violencia de sus males, de la impericia de los médicos y de la desatención de los enfermeros. Antes bien, aceptemos la muerte, por acerba que sea, en satisfacción de nuestros pecados, para reconocer el soberano dominio de Dios sobre nosotros, y para asemejarnos á Jesucristo crucificado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De esta suerte, según San Alfonso, sin ser mártires, tendremos el mérito del martirio.

Mariana de Jesús, como Isaac, estaba atada sobre la leña con los lazos de la enfermedad, con esta diferencia, que Isaac fué substituído por otra víctima, mientras que la *Azucena* consumó su holocausto.

Iba empeorando cada vez más. Bien lo sabían los quiteños, y por eso muchísimos estaban en espera á la puerta de la solitaria, como en la antecámara de una princesa: solicitaban todos, alegando cada cual particulares motivos de amistad, gratitud ó parentesco, ser admitidos en el cuarto de la moribunda, cuando no para hablarle, á lo menos para consolarse con su vista: favor que muy pocos alcanzaron, pues la humildad, que Mariana había puesto de centinela ante su habitación, guardó inviolable la consigna de no dejar entrar sino amigas muy dadas á la vida espiritual.

Hubo, sin embargo, una forzosa excepción: presentóse el Ilustrísimo Señor Don Pedro de Oviedo, obispo á la sazón de Quito. Anunciada esta visita, entristecióse muchísimo la humilde reclusa con aquella prueba de alta consideración; pero no la pudo eludir. Al ver, pues, entrar á su primer Pastor, Mariana, como quien no puede creer á sus ojos, exclamó: «¿Cómo, Señor, á una pobrecita como yo visita Vuestra Señoría Ilustrísima? ¡Qué demostración es ésta con quien es un desecho de la ciudad!» Después de conversar un rato con aquel ángel, que ya batía las alas para volar al cielo, el prelado le quiso dar señales de respeto y veneración; pero

Mariana, á quien la humildad daba singular agilidad, las esquivó á tiempo.

He aquí que va á recibir otra visita, ardientemente deseada, y tan honrosa, que pudiera ser objeto de envidia para los mismos serafines, si fuesen capaces de semejantes sentimientos: va á recibir el santo Viático. Empero, ¿será llevado de la catedral, que es la parroquia de la santa? No, pues en este caso penetraría en su habitación gran concurso de gente, y esto es lo que ella quiere á todo trance impedir, para que no sean vistos sus instrumentos de penitencia. Saldrá, pues, el Santísimo Sacramento de la iglesia del hospital. Con todo, á pesar de tantas precauciones, sugeridas por la humildad, había numeroso y lucido acompañamiento. «Llega por fin á presencia de Mariana», escribe el Padre Butrón, «el Soberano Huésped, centro de sus potencias, imán de su corazón y vida de su alma. Deshecha en lágrimas y sollozos, arrodillada á los pies del sacerdote, recogiendo para ello todas sus fuerzas, con más ansias que palabras, con la humildad de una esclava y el cariño de una esposa, le recibió en su pecho como prenda segura de la bienaventuranza que aguardaba muy presto.»

Tal sería la última comunión de otra seráfica virgen, Santa Teresa, quien, al ver entrar á Jesucristo en su celda, fijó en él sus miradas, y arrojando centellas de amor por sus ojos exclamó: «¡Venid, Señor! ¡venid, amado Esposo! ya por fin llegó la hora y voy á salir de este destierro. Tiempo es ya, y es muy justo, que os vea, después que este ardiente

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

deseo por tan largo tiempo me ha despedazado.» ¡Sea el Santísimo Sacramento todo nuestro consuelo en nuestros postreros momentos!

CAPÍTULO XXXIII.

MUERTE DE MARIANA DE JESÚS, VÍCTIMA DE AMOR POR SU PATRIA.

SUMARIO. Mariana pierde el habla tres días antes de morir. — Santa Catalina le anuncia el día y hora de su feliz tránsito. — Últimas misas. — Extremaunción. — Visita celestial. — Expira besando el santo Cristo. — «Se fué derecha al cielo.» — Lecho de parada. — Canonización por el pueblo. — Entierro triunfal. — El cuerpo de Mariana abre los ojos ante Nuestra Señora de Loreto. — Á los tres años polvo y ceniza. — Varios prodigios.

FIGURAOS, dice San Alfonso, ver de una parte á una princesa que muere en suntuoso palacio, rodeada de médicos y cortesanos, asistida por el príncipe, su marido, y por otros nobilísimos parientes; y de otra, una religiosa que agoniza en una estrecha y pobre celda, mortificada, lejos de sus allegados y desprendida de las cosas de la tierra.... Decidme, á vuestro juicio ¿cuál de las dos morirá más contenta? ¿la princesa, ó la esposa de Jesucristo? Hacer esta pregunta es pronunciarse por la virgen consagrada á Dios.

Tal es, según el Proceso, la suerte de Mariana de Jesús, que vivió constantemente en la mayor rigidez y recogimiento. Herida de mortal enfermedad el

26 de marzo, día en que se ofreció á la muerte por Quito, su patria, recorrió con la cruz á cuestas una dolorosísima Vía-sacra, que duró cerca de dos meses. El 23 de mayo, víspera de la Ascensión, perdió por completo el habla, si bien conservó expeditos todos los sentidos. Ya no le quedan más que tres días de padecimientos, y á éstos sucederán, en debida proporción, los gozos eternos.

Que haya enmudecido, no es de extrañar, pues ella misma se lo había pedido á su Esposo divino con anticipación. Sábese esta particularidad por unas confidenciales palabras que ella había dicho á su amiga Petronila de San Bruno: «Hermana mía, aquel tiempo no es de hablar, sino de estar con Dios; que hay mucho que entender en Él, y es mejor hablar y estar con Dios que hablar de Dios.»

Á pesar de su mutismo, nuestra *Azucena* comunicaba con los suyos y con su director, ya por escrito, ya por señas. En efecto, entregó á su director, el Hermano Hernando de la Cruz, un papel que decía así: «Mi madre Santa Catalina de Sena ha venido á visitarme y me ha mostrado una guirnalda hermosísima, para que con ella me corone el día de mi partida, y me decía que el viernes por la noche, entre las nueve y las diez, han de venir mi Esposo y mi Señora, la Reina de los cielos, de Loreto, su Madre, por mí.»

Esta misma noticia, ó sea, la proximidad de su muerte, y la aparición de Santa Catalina á Mariana súpola por revelación la Madre Ana de San Pablo, con quien, como hemos visto ya, la santa mantenía

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

relaciones de íntima amistad y confianza. «De esta vez, hermanas mías», dijo aquella venerable anciana, «se nos muere sin remedio nuestra Mariana de Jesús.» Preguntada por qué anunciaba con tanta seguridad aquella muerte, contestó: «Ha venido del cielo á visitarla Santa Catalina de Sena, para llevársela á la gloria, con una lucidísima guirnalda para su triunfo.»

Amanece el día 24 de mayo: la enferma, mostrando tres dedos de la mano, daba á comprender que sólo le quedaban tres días de vida. Al día siguiente, que era el de la Ascensión del Señor, pidió por señas papel, pluma y tintero; y con débil mano escribió unas pocas frases. Entre otras cosas, pidió que la llevasen al cuarto de su sobrina Doña Juana de Caso. ¿Por qué? Porque quería morir en aposento ajeno, por amor á la pobreza y para ocultar á los ojos de numerosos visitantes sus instrumentos de penitencia. Pidió además, de caridad, una mortaja y ser enterrada, con el permiso ya obtenido del superior general, en la iglesia de la Compañía. Pidió, por fin, que en muriendo ella, la pusiesen boca abajo, porque había de arrojar mucha sangre, como en efecto sucedió. Alborea el día 26 de mayo. Á sus instancias es llevada en brazos á una ventana, desde donde oye, solo Dios sabe con cuánta devoción, cinco misas, de rodillas, que se decían en el altar de Nuestra Señora de los Ángeles, frente á su casa. Llevada nuevamente, no á su cuarto, sino al de su sobrina, con mostrar un dedo, señala haber llegado el último día de su vida. Recibida la

bendición de Don Cosme, su cuñado y segundo padre, recibió con angelical devoción la extremaunción, confortativo grande para nuestra santa, lo mismo que para todos los verdaderos cristianos; pues de la misma manera que el santo bautismo, como dice el Catecismo del concilio tridentino, nos ha abierto la puerta de la vida cristiana, así la extremaunción nos despeja más y más el camino del cielo.

Eran las nueve de la noche: de repente la moribunda alza los ojos al cielo; ilumínasele el rostro; hace ademán de recibir visitas celestiales; pues entran en su aposento espíritus bienaventurados: síguele María Santísima, Reina de las vírgenes; viene, por fin, Jesucristo, trayendo á Mariana, su esposa crucificada, una palma y una corona, para conducirla á la gloria con las insignias de la victoria. Particularidades todas que fueron explicadas por un testigo presencial, el santo Hermano Hernando de la Cruz, para quien los gestos de la *Azucena* eran otras tantas declaraciones. Acércase por instantes el desenlace final; lo narramos copiando casi literalmente al Padre Butrón, cuya relación es sublime cuanto sencilla. «El Hermano Hernando dice á uno de los sacerdotes que cuanto antes haga la recomendación del alma. Hecha la cual con gran consuelo y ternura de la agonizante, insinúa el mismo Hermano al Padre Alonso de Rojas, que ya es tiempo de conducirla al cielo con los dulcísimos nombres de Jesús y María. Aplícale el Padre á los labios el Crucifijo; dícele que bese los pies de su Redentor y los bañe de lágrimas, agradeciéndole los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pasos que había dado por salvarla, y por haberle enseñado á vivir y morir en su imitación y seguimiento. Hácele después besar la llaga del costado, diciéndole con dulzura: 'Entre, señora, en las entrañas de la misericordia de Dios, en que nos visitó, viniendo desde lo más alto del cielo. Busque, como paloma, en el árbol de la vida, que es Cristo, su nido en la llaga de su pecho, para salir con toda felicidad de la tempestad deshecha de la muerte.' Aquí se detiene Mariana por algunos minutos, besando la llaga y bebiendo, por decirlo así, con sed ardiente las aguas de la divina gracia, que manan de aquel santísimo costado, cuando de repente y con trasporte de amor se abalanza á besar las espinas de la cabeza de Jesús: y en este ósculo, sin agonía, visiblemente arrebatada en éxtasis de amor, entrega su alma en manos de Jesucristo, su Esposo divino, á la edad de veintiséis años, seis meses y veintiséis días, el 26 de mayo de 1645.»

¡Oh dichosa virgen! Ya has comprobado la verdad de esta sentencia de Santa Teresa: «El placer de morir sin pena, vale la pena de vivir sin placer.» Haz que nosotros lo experimentemos también.

Apenas expira la santa, cae de rodillas el venerable Hermano Hernando de la Cruz, según declaran testigos de vista; permanece por espacio de una hora tan absorto y fuera de sentidos, que ni oye las palabras ni siente los empujes con que se le llama en aquel momento de apuro. Al fin, vuelto en sí, se expresa de esta manera: «No tienen de que afligirse, señoras, por la muerte de esta felicísima mujer; por-

que, sin parar en el purgatorio, se fué derecha al cielo á gozar de Dios, con tantos merecimientos, que le sobran muchos para partir con los pobres que quedamos por acá.» Luego dirigiéndose á todos los demás deudos, les dice, entre otras cosas, que no piensen en gastar luto, ni en dar muestras de sentimiento; en aquella muerte no había motivo de pena, y sí de mucho gozo para la República entera. «¿No está puesto en razón que, haciéndole fiestas á Mariana en el cielo, se festeje también aquí abajo, entre los mortales?» Concluído este breve discurso, que vale por un panegírico, el santo Hermano besa arrodillado las manos y los pies de la finada; cosa que imitan los sacerdotes y demás personas presentes.

Doña Jerónima y su hija Doña Juana proceden á amortajar el cuerpo de la virgen, y ¡cuál no es su asombro al encontrarlo cubierto de cinco cilicios de rallo, y algunos de estos introducidos en la carne, que ha crecido entre los agujerillos! Mariana baja al sepulcro con esos instrumentos de penitencia, ó, mejor dicho, con esas libreas de anacoreta — pero sí vistiendo aquel pobre hábito de franciscano que ella misma había puesto á su esqueleto artificial, como lo recordará el lector.

Si hay muertos que nos siguen hablando [1], uno de éstos es Mariana de Jesús; con estar tendida en un féretro, pregona con voz elocuente su amor á la pureza y su triunfo sobre la misma muerte.

[1] Hebr. XI, 4.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nuestra *Azucena,* lejos de marchitarse al soplo de la muerte, aumenta la lozanía de sus veintiséis primaveras con gracias nuevas y encantadoras: pálido reflejo de la hermosura de los cuerpos glorificados.

Trasladada la difunta, no á una capilla mortuoria, sino á un salón adornado como para bodas, y reposando, llena de majestad, sobre un lecho de parada, entre flores de todo género, ciñe una magnífica corona y empuña una espléndida palma, símbolo de la victoria. — ¿No es ella la imagen del justo que duerme el sueño de la muerte y espera, para despertar resplandeciente de gloria, el día de la resurrección?

La noche misma en que nuestra santa pasó á mejor vida, corrió esta noticia de casa en casa, llenándoles á todos á un mismo tiempo de pena y alegría: de pena por el ángel que perdían en la tierra; de alegría por la patrona que ya tenían en el cielo. Al día siguiente todo Quito y sus contornos repetían á una voz estas ó semejantes palabras: «Ya murió la santa.» ... «La santa se nos ha muerto.» — Aquí sí cabe el refrán: «Voz del pueblo — voz de Dios.» Esta canonización anticipada por los pueblos, que, en lenguaje eclesiástico, se llama fama de santidad, debe preceder á la canonización por la Iglesia, así como la aurora precede al sol. Avenidas de gentes afluían á la casa de Mariana, como al palacio de una reina. Venían todos á contemplar, á sus anchas, á la que durante doce años y más había constantemente huído de ellos, escurriéndose por las calles de la ciudad como un ser que no es de este mundo. Venían todos

á pagar una inmensa deuda de gratitud á la que, á costa de su vida, había sido la salvación de su patria. Otro tributo de gratitud le pagaban los pobres derramando torrentes de lágrimas, quienes lamentaban amargamente la pérdida de la que había sido para ellos más que padre y madre. ¡Feliz muerte aquella que es llorada por los desheredados de la fortuna! Seguramente es festejada en los tabernáculos eternos.

Todo aquel mundo de piadosos visitantes procuraba á porfía llevarse alguna reliquia, quiénes despedazando la mortaja, quiénes cortando el cabello, quiénes arrebatando las flores y demás cosas que servían de adorno al virginal cadáver. Así que, renovada la mortaja por segunda vez, desapareció más pronto que la primera.

Preciso fué llamar á la fuerza armada, ya para custodiar el cadáver, ya para impedir los desórdenes que suelen producirse en aglomeraciones de pueblos entusiastas.

Parece haber querido Jesucristo satisfacer la devoción de los que visitaban á Mariana. «Cubrióse el cuerpo de la difunta», escribe el Padre Butrón, «de un sudor aromático, y tan copioso, que fué menester enjugarle el rostro con lienzo y algodones, y éstos se repartían como reliquias á los que no habían tenido la dicha de arrebatarle algún trozo de mortaja. Otros idearon colocar, como pudieron, unas mesas, y puestos sobre ellas hacían tocar algodones al rostro de la difunta por medio de cañas largas.»

Ya que hemos citado al biógrafo de Mariana, copiaremos otro párrafo suyo, más ó menos textual-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mente. Entre las personas plebeyas que honraban con su visita los restos de la angelical virgen, algunas no se hicieron escrúpulo de tocarle la cara; lo mismo fué ser tocada por manos profanas que hincharse con notable deformidad. Advertida al punto aquella hinchazón y conociendo su causa, los deudos contuvieron con imperio á los circunstantes, más devotos que prudentes, poniéndoles en la alternativa ó de retirarse ó de no tocar aquel rostro. Obedecido que fué este mandato, el rostro recobró, con su colorido celestial de antes, su belleza y lozanía. Consta por la luz que arroja el Proceso, haberse repetido varias veces este hecho prodigioso. ¿No se diría que la *Azucena* de Quito, á semejanza de las azucenas del campo, quiere ser contemplada y no tocada?

Desde que la solitaria voló á la mansión gloriosa, habían transcurrido ya treinta y dos horas: tiempo era de que sus mortales despojos fuesen llevados á la última morada. Triunfo, que no entierro, fué aquella ceremonia. Además de las oleadas de pueblos que se movían en calles enteras, sin invitación alguna, acompañaban al cadáver el señor obispo con su cabildo; todas las comunidades religiosas; los párrocos comarcanos; la Real Audiencia, y todas las demás autoridades civiles; y de creer es que legiones de ángeles, como soldados de Jesucristo, rindiesen los honores del triunfo á la heroína de la cruz. — Cargaban el cuerpo de la finada numerosos sacerdotes, quienes por devoción se relevaban de trecho en trecho y aún cedían el puesto á seglares de distinción. Caminaban alrededor del féretro, cual

guardia de honor, los mismos policías que la custodiaron en casa; detrás iban los Padres de la Compañía; pues Mariana solía repetir que era toda jesuita.

Contemplemos nuevos prodigios. En fuerza de una traslación excepcional, la fiesta de Nuestra Señora de Loreto coincidía aquel año con el entierro de Mariana. Por esto la iglesia, en vez de estar enlutada, ostentaba riquísimas y vistosas colgaduras, que simbolizaban los esplendores de la gloria. En el altar mayor hallábase expuesta á la veneración pública la sagrada imagen. Introducido el cuerpo de Mariana por la puerta principal, al llegar frente á dicho altar, abrió un ojo, hermoso y resplandeciente como un lucero; en llegando al lugar donde debía verificarse la sepultura, abrió el otro, y fijó entrambos en la imagen de María Santísima, á cuyos pies había aprendido á amar á Jesucristo. Atónito el Padre Alonso de Rojas exclamó: «¡Oh! ¡qué gran prodigio!» — Figúrese cada cual el entusiasmo, los trasportes del inmenso gentío que llenaba de bote en bote el vasto templo. El Padre Rojas cerró pronto y con suma reverencia aquellos angelicales ojos, abiertos milagrosamente. Religiosos y alumnos del colegio de San Luis recibían, no sólo del pueblo, sino también de personas de categoría, infinidad de rosarios, cruces y medallas, y los pasaban á sacerdotes que los hacían tocar al rostro y á las manos de la santa. La bóveda bajo la cual, antes de cantado el último Responso, fué despositado el precioso tesoro, era la que llamaban de San José, por estar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en su capilla; ofreciendo así el Santo angélico sepulcro provisional á Mariana, por no estar terminada la bóveda de Nuestra Señora de Loreto. Al cabo de un mes, aproximadamente, celebráronse las honras con la misma solemnidad, si no mayor, que el entierro, esto es con el mismo concurso, aparato y muestras de veneración. Después de verificarse aquel acto religioso, abrieron la caja los Padres jesuitas, en presencia de las autoridades, eclesiástica y civil, y hallaron el rostro tan fresco y tan risueño, como si fuese de persona viva. Cerrada al punto por temor de algún desorden de parte de la gente, fué trasladada á la capilla de Nuestra Señora de Loreto y colocada debajo del altar. Tres años después, de aquel virginal cuerpo no quedaba más que una pasta de preciosísimo olor. Habíanse realizado los deseos de la *Azucena*, pues en vida había pedido á Jesucristo, Esposo de las vírgenes, el ser reducida después de expirar á polvo y ceniza. *Aquí yace la angelical virgen Mariana de Jesús y Paredes;* tal es su epitafio y tal es el resumen de toda su vida y virtudes.

Al cerrar este capítulo se nos ocurre una idea que manifestaremos brevemente á nuestros lectores. Mariana de Jesús se ofreció á la muerte como víctima voluntaria, para librar á su patria de los azotes del Señor, esto es, de las epidemias y temblores de tierra. Hoy día ruge más que nunca y nos amenaza con explosiones devastadoras un volcán mil veces más temible que los que están en las entrañas de la tierra: la impiedad y sus legítimos engendros, la masonería y el liberalismo. ¿No habrá almas generosas que digan al Señor como nuestra *Azucena:* He aquí la víctima; caigan sobre mí los golpes de vuestra justicia; perdonad y salvad á mis hermanos culpables, á las naciones apóstatas?

CAPÍTULO XXXIV.

MANIFESTACIONES DE MARIANA DE JESÚS.

SUMARIO. Luz en la habitación que fué de Mariana. — Música celestial que cura la sordera. — «Un imposible es lo que pides.» — Aparécese blandiendo una vara de fuego á una pecadora. — Cristo que se descubre. — Azucena que nace de la sangre de la santa. — Otras flores.

NUESTRO Señor, no bien resucitó, manifestóse de diversas maneras á sus discípulos y apóstoles. Entre los Santos, que reflejan no menos á Jesucristo glorioso que mortal, muchos, luego de expirar, dieron á conocer su gloria de un modo visible y maravilloso. Tal fué, entre otros, un San Pedro de Alcántara, apareciéndose á Santa Teresa. Tal esta misma Santa, á cuya muerte un árbol junto á su celda, seco desde varios años, reverdeció y se cubrió de flores; y algunas de sus hijas merecieron verla engalanada con los atavíos de la corte celestial. Mariana dió á conocer su gloria, ora llenando su habitación de luz y aromas celestiales, ora haciendo oir su voz en armoniosos cantares, ora apareciéndose, ora haciendo brotar de su sangre una azucena.

De la ventana del cuarto que fué de nuestra virgen salieron resplandores brillantes como rayos de sol;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en su capilla; ofreciendo así el Santo angélico sepulcro provisional á Mariana, por no estar terminada la bóveda de Nuestra Señora de Loreto. Al cabo de un mes, aproximadamente, celebráronse las honras con la misma solemnidad, si no mayor, que el entierro, esto es con el mismo concurso, aparato y muestras de veneración. Después de verificarse aquel acto religioso, abrieron la caja los Padres jesuitas, en presencia de las autoridades, eclesiástica y civil, y hallaron el rostro tan fresco y tan risueño, como si fuese de persona viva. Cerrada al punto por temor de algún desorden de parte de la gente, fué trasladada á la capilla de Nuestra Señora de Loreto y colocada debajo del altar. Tres años después, de aquel virginal cuerpo no quedaba más que una pasta de preciosísimo olor. Habíanse realizado los deseos de la *Azucena*, pues en vida había pedido á Jesucristo, Esposo de las vírgenes, el ser reducida después de expirar á polvo y ceniza. *Aquí yace la angelical virgen Mariana de Jesús y Paredes;* tal es su epitafio y tal es el resumen de toda su vida y virtudes.

Al cerrar este capítulo se nos ocurre una idea que manifestaremos brevemente á nuestros lectores. Mariana de Jesús se ofreció á la muerte como víctima voluntaria, para librar á su patria de los azotes del Señor, esto es, de las epidemias y temblores de tierra. Hoy día ruge más que nunca y nos amenaza con explosiones devastadoras un volcán mil veces más temible que los que están en las entrañas de la tierra: la impiedad y sus legítimos engendros, la masonería y el liberalismo. ¿No habrá almas generosas que digan al Señor como nuestra *Azucena:* He aquí la víctima; caigan sobre mí los golpes de vuestra justicia; perdonad y salvad á mis hermanos culpables, á las naciones apóstatas?

CAPÍTULO XXXIV.

MANIFESTACIONES DE MARIANA DE JESÚS.

SUMARIO. Luz en la habitación que fué de Mariana. — Música celestial que cura la sordera. — «Un imposible es lo que pides.» — Aparécese blandiendo una vara de fuego á una pecadora. — Cristo que se descubre. — Azucena que nace de la sangre de la santa. — Otras flores.

NUESTRO Señor, no bien resucitó, manifestóse de diversas maneras á sus discípulos y apóstoles. Entre los Santos, que reflejan no menos á Jesucristo glorioso que mortal, muchos, luego de expirar, dieron á conocer su gloria de un modo visible y maravilloso. Tal fué, entre otros, un San Pedro de Alcántara, apareciéndose á Santa Teresa. Tal esta misma Santa, á cuya muerte un árbol junto á su celda, seco desde varios años, reverdeció y se cubrió de flores; y algunas de sus hijas merecieron verla engalanada con los atavíos de la corte celestial. Mariana dió á conocer su gloria, ora llenando su habitación de luz y aromas celestiales, ora haciendo oir su voz en armoniosos cantares, ora apareciéndose, ora haciendo brotar de su sangre una azucena.

De la ventana del cuarto que fué de nuestra virgen salieron resplandores brillantes como rayos de sol;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cosa que notaron varias personas. Hechas todas las averiguaciones, vínose en conocimiento de que esos fulgores no provenían de causa natural. Diríase que eran los últimos vestigios de luz de un cometa que acaba de esconderse en el cielo empíreo.

Es más: la india Catalina, de quien ya tantas veces hemos hecho mención, con estar sorda como una tapia, oyó cierta noche en el aposento de Mariana una música celestial, tan melodiosa, tan expresiva, que la dejó extasiada; escuchó y distinguió las voces de Mariana y Sebastiana, quienes cantaban á dúo himnos de la Patria. Otras personas, invitadas por la buena Catalina, asistieron á ese concierto muchas noches. Lo cual consta en el Proceso. Asimismo consta que la india recobró perfectamente el oído.

Otra manifestación la otorgó la santa á su hermana mayor y segunda madre Doña Jerónima. Hallábase ésta en Ibarra, cuando le llegó la noticia de que una hija suya estaba enferma de muerte. Sin parar mientes en dificultades de toda clase, Doña Jerónima se puso en camino para Quito, á horas avanzadas de la noche. Mientras cabalgaba, entre otras oraciones que hacía incesantemente, dirigió esta á Mariana: «Hermana mía, alcanzadme de vuestro Esposo la salud de mi hija, pues la tengo muy apurada.» Acto continuo dormitó y vió en sueño á la *Azucena* diciéndole: «Un imposible es lo que pides, hermana, porque está decretada la muerte de tu hija, y así conviene.» Desapareció la visión; y Doña Jerónima, vuelta en sí, consideró aquella revelación profética ya como un hecho indubitable, tanto que, en llegando á Quito,

lo primero que dijo fué: «Infaliblemente muere mi hija.» Estas palabras parecían á los de la familia inspiradas por el temor maternal, tanto mayor cuanto mayor era el cariño; y para tranquilizarla, le aseguraron que, por el contrario, renacían las esperanzas. Sin dar crédito á ellas, Doña Jerónima atendió únicamente al bien del alma; é hizo muy bien, pues su hija murió.

La misma Doña Jerónima debió á su bienaventurada hermana dos curaciones milagrosas, con sólo invocarla y aplicarse reliquias de ella.

Doña María Rodríguez y Paredes, sobrina de nuestra *Azucena*, tenía á su servicio una mestiza llamada Beatriz, la cual padecía frecuentes jaquecas. Habiéndosele arreciado los dolores una noche más que de costumbre, le pusieron en la cabeza un huesecito de la Beata, envuelto en una venda, teñida en su sangre. Concluída aquella operación, Beatriz quedó sola en su cuarto. Como que servía, no á Dios, sino al demonio, á poco admitió la visita de un cómplice. ¡Oh ceguedad! ¿no era esto ofender al Señor en el momento mismo en que se le pedía un favor? ¿No era esto atraer sobre sí algún castigo inmediato? El castigo, si castigo fué lo que sucedió, no se hizo esperar. La parte superior del cuarto se abre por sí misma y baja una señora majestuosa, blandiendo su diestra una vara de fuego; acompáñanla, á manera de pajes, cuatro jóvenes, llevando cada cual un hacha encendida. «¿Cómo te atreves», dice la señora, que no era otra que Mariana, «siendo tan deshonesta y lasciva, á tener mis reliquias en tu cuerpo? Quítatelas luego, ó te quitaré la vida con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esta vara. Oir esto y llenarse de pavor la infeliz, y con mano convulsiva arrancarse reliquia y venda, todo es uno. Desaparece la visión dejando el cuarto en tinieblas más densas que antes. El espanto que se apoderó de los dos culpables es más para imaginado que para dicho; todo era clamor, llanto, sollozos, temblor y desesperación. Á estos gritos acudieron los patrones; é informados de lo ocurrido, tuvieron la pena, muy grande para cristianos, de saber que en su casa reinaba el pecado. En seguida les dieron los consejos que la religión inspira. Al día siguiente los culpables se casaron. Este suceso está consignado en las actas de la beatificación. Aprendamos del mismo á respetar y venerar las reliquias de los santos.

El mismo Salvador, por su parte, dió á conocer su estima por la que había sido aquí abajo su esposa crucificada y es allá en el cielo su esposa coronada de gloria. Mariana para excitarse á la piedad solía valerse de objetos sensibles; al efecto oraba con frecuencia delante de un devotísimo cuadro de nuestro Señor Jesucristo crucificado, primorosamente pintado al óleo. Concluída su meditación, Mariana cubría esa efigie con un velo, fijo en la parte superior del marco. Muerta la santa, cerróse con llave su habitación. Cierto día entró en ella una sobrina suya, la misma cuyo nacimiento milagroso había sido debido á la intercesión y auxilio de nuestra *Azucena*, y encontró descorrido el velo del cuadro; atribuyendo esto á causa natural, apresuróse á hacerlo caer de nuevo. Como observara el mismo fenómeno diferentes

veces y no hallara explicación adecuada, puesto que ella no había confiado á nadie la llave de la pieza, llamó la atención de la familia sobre el hecho, y todos comprobaron que el velo se alzaba por sí mismo de una manera naturalmente inexplicable. Once años después notóse idéntica maravilla por espacio de veinte días. Podemos creer piadosamente que el Esposo de las vírgenes, Jesucristo, haya querido dar á entender con esto que aquella imagen suya había de ser objeto de especial veneración y para muchos manantial de gracias, como lo había sido para Mariana. Así lo comprendió su sobrina, quien, haciéndose hija de Santa Teresa, se llevó aquel portentoso cuadro al convento del Carmen. Aun cuando en las imágenes que adornan nuestras casas no se realicen iguales prodigios, no por esto dejan de ser estímulos de devoción y fuentes de mercedes, y por consiguiente dignas de nuestra veneración y culto.

La misma naturaleza, instrumento dócil á la voluntad del Todopoderoso, publica á su manera las virtudes y glorias de la virgen quiteña.

Para convencer de esto á nuestros lectores, transcribiremos aquí lo que muy á nuestro propósito cuenta el Padre Butrón, compendiado por el presbítero Castro.

«Después de la muerte de la heroica virgen, pasando la india Catalina por cerca del hoyo en que echaba la sangre, vió con sorpresa en él una hermosa mata de azucena con tres gajos, y en cada gajo una rozagante flor. Corre apresurada á participar novedad tan extraordinaria á Don Cosme de Caso y á Doña Jerónima de Paredes, que habían hecho

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las veces de amorosos padres para con Mariana. Pónese en movimiento toda la gente de la casa. Van á la huerta, y ven todos que del hoyo en que se vertía la sangre de la penitente doncella sale en realidad una vara verde de azucenas con tres ramas y tres flores, lozanas y olorosas. Admirados de que hubiese azucenas en aquel jardín, cuando hasta entonces no las hubo nunca, y sospechando que la mata no fuese nacida, sino postiza, cavaron la tierra y descubrieron que la sangre estaba fresca, roja y fragante, y que la vara nacía de la misma sangre en la cual se habían formado unas como venillas que le servían de raíces. Poseídos de indescriptible agitación Don Cosme y todos los suyos, arrancan la mata de raíz, y sin atreverse á tocar sus flores, la ponen en mano de una imagen de María Santísima, ofreciéndole así los primeros frutos de la santidad de Mariana. Divulgóse al punto la pasmosa nueva por la ciudad, y aunque al principio se contentó la gente con ver y respetar la azucena en manos de María Inmaculada, después se apoderó de sus hojas, que por muchos años se conservaron como preciosa reliquia. Este suceso mereció á Mariana el simbólico y popular renombre de *Azucena de Quito*. He aquí también el origen de pintar en las imágenes de nuestra santa una azucena *con tres flores*.

Así como á Lima regaló el Señor en su infinita bondad una *Rosa*, á Quito concedió una *Azucena*. Y si la primera, por haberle cubierto el rostro una hermosísima rosa en la cuna, cambió su nombre de pila Isabel por el de *Rosa de Santa María*; la

segunda, favorecida con un prodigio no menos inaudito, merece también con justicia ser llamada *Azucena de Quito*, sin perder su nombre de bautismo con su significativo aditamento que forma un compuesto tan grato á ella: *Mariana de Jesús*.

Por declaración de las Madres carmelitas sabemos igualmente que en el sitio donde se arrojaba la sangre y que quedó después en el recinto de su convento, nacieron durante muchos años aromáticas y delicadas flores, sin que las hubiese sembrado nadie, ni hubiesen menester más riego ni otro cultivo que el cuidado del cielo.

Procuremos dejar á nuestros sobrevivientes flores de buenos ejemplos, aromas de virtudes, el buen olor de Jesucristo.

❦

CAPÍTULO XXXV.

MARIANA DE JESÚS EN EL CIELO SIGUE PRODIGANDO BENEFICIOS Á SUS HERMANOS Y DEVOTOS DE LA TIERRA.

SUMARIO. ¿Qué es un santo en el cielo? — Mal de piedra. — Mal de corazón. — Tabardillo. — Encogimiento de brazo. — Pasmo curado milagrosamente por la aplicación del retrato ó de alguna reliquia de la santa. — Varios viajeros librados de la muerte. — Incendio apagado. — Pleito ganado. — Vivienda cómoda hallada por la intercesión de la santa. — La *Azucena* protectora de las señoras al ser madres.

QUÉ es un santo en el cielo? ¿Será únicamente una criatura racional que ha llegado á su fin supremo? ¿será tan sólo una luz vivísima que con sus ejemplos nos señala el camino de la bienaven-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

turanza? ¿será solamente un hijo adoptivo de Dios, un coheredero de Cristo Señor nuestro, que ha entrado en posesión de la herencia eterna? ¿un luchador que, cual esforzado soldado de Jesús, ha arrebatado la palma de la victoria? ¿un escogido que, al decir de San Pedro, ha hecho cierta su elección con buenas obras? Un santo es todo esto, y es más que esto. Sí; es un amigo decidido, un amante hermano, *amator fratrum*, un intercesor poderoso y desinteresado, que sin cesar ruega por nosotros, *deprecatur pro populo*.

Tal es Mariana de Jesús. Qué lugar ocupe en la casa de nuestro Padre celestial, donde las moradas son tan numerosas y diversas como bienaventarados hay, lo ignoramos. Pero lo cierto es que Mariana en la gloria hace suya más que nunca la suerte de sus hermanos y devotos de la tierra. Pruébanlo las innumerables mercedes, milagrosas unas, maravillosas otras, caritativas todas, que en beneficio de quienes la invocan registran sus biógrafos, antiguos y modernos. — El Padre Butrón cita más de veinte curaciones, la mayor parte instantáneas, obtenidas por su intercesión. Las referimos aquí literalmente, salvo las reflexiones que intercalamos.

«Desahuciado ya, por un mal crónico de piedra, el provisor de la diócesis de Quito, entró á visitarle el venerable Hermano Hernando de la Cruz, á quien dijo estas palabras: 'Ya tengo la sentencia de muerte; no hay más que encomendarme á Dios muy de veras.' Reanimóle el buen Hermano con dulces palabras de esperanza, y mandó á buscar á su aposento un retrato

de Mariana. Llegado que fué, dijo el Hermano al enfermo que aquel retrato lo iba á sanar, y le rogó que se lo aplicase al lugar del mal con gran confianza en el Señor y en los méritos de Mariana; pero él no quiso aplicárselo en aquel punto, por temor de ofender la extrema pureza de la santa virgen, sino más bien sobre la cabeza y la corona. Gozoso el Hermano al ver el alto concepto que mostraba de la santidad de Mariana, le confirmó en él diciendo: 'Hace Vd. muy bien en venerar á la sierva de Dios, porque está en el coro de las vírgenes, entre las cuatro más privilegiadas.' La mejora con la aplicación del retrato fué instantánea, y la perfecta curación tan pronta y radical, que vivió muchos años después el afortunado canónigo, elogiando siempre á su protectora.»

«El señor cura de Pacto se hallaba ocasionalmente en Ibarra, á la sazón que una infeliz mujer sufría un mal de corazón que la sacaba de juicio, sin que ningún remedio le aprovechase. Sabiendo el citado cura que Don Cosme de Caso tenía un retrato de la sierva de Dios, se lo pidió para aplicarlo á la paciente; como lo hizo en efecto y con tan feliz resultado, que por tenerle un corto rato al lado del corazón logró no volver á padecer de semejante mal en todos los días de su vida.»

«En marzo de 1697 (52 años después de la muerte de Mariana) acometió un tabardillo tan fuerte á Doña Josefa Escorza, que, no hallando sus padres remedio alguno humano, acordaron llevar á la enferma un retrato de Mariana, para que con su vista

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y fervorosa oración se obrase el milagro que esperaban. Así sucedió; no bien hubo entrado en la habitación el retrato, la enferma empezó á mejorar. hasta ponerse muy en breve buena completamente.»

«Iba una señora hacia su hacienda, situada en el hermoso valle de Chillo, á cuatro leguas de Quito, y halló á una india con un brazo encogido por enfermedad. Compadecida de su trabajo, le dijo que, si quería sanar, se encomendase muy de veras á la sierva de Dios, Mariana de Jesús, muerta en Quito en opinión de gran santidad; y le dió para que se lo aplicase, un pedazo de faja y sábana de la santa virgen. Obedeció la india, y al punto empezó á mover el brazo, quedando en breve sana y capaz de trabajar con él toda su vida.»

«Acometida una niña huérfana de doce años de edad, de un terrible pasmo en la cabeza, quedó privada de juicio, con los ojos torcidos y horriblemente desfigurada. Al momento la llevó Doña María Duchisela al sepulcro de Mariana y rogó al Padre Hernando de Alcocer que abriese la caja de piedra en que reposaban sus huesos. Logrado este favor, metió la cabeza de la niña en la caja, y al sacarla se la vió buena y sana, en su cabal juicio, con los ojos en su lugar y sin señal alguna del molesto accidente.»

No se crea que la gloriosa virgen haya limitado sus beneficios á los enfermos; muy al contrario, cuantos necesitados y afligidos han acudido á ella, no han quedado frustrados en sus esperanzas. Los elementos obedecen á su imperio, las aguas devuelven sus víctimas y el fuego amansa sus iras. En confirmación de lo cual aducimos los hechos siguientes, tomados de las mismas fuentes que los anteriores.

«Juran conformes cinco testigos el siguiente prodigioso suceso como público y notorio en la villa de Ibarra. Viajaban á pie hacia el pueblo de Cayambe una mujer española con su hijo muy pequeño y un indio; y siendo indispensable vadear el río Guachalá, dijo la mujer al indio que lo vadease primero llevando al niño en brazos, y que ella los seguiría cuando los viese en la orilla opuesta. En efecto, el indio cargó con la criatura y empezó á pasar el río; mas á los pocos pasos el ímpetu de la corriente le derribó y envolvió en sus olas juntamente con el niño. Viendo la madre la inevitable pérdida de su amado hijo, invocó con todas sus ansias á Mariana de Jesús, pidiéndole socorro y auxilio en necesidad tan apremiante. Aún no había concluído la súplica, cuando el indio se encontró con el niño en la misma orilla del río en que se hallaba la madre, sin saber á quién atribuirlo. Bien lo sabía la madre, que había invocado á Mariana con toda confianza. Y no fué esto sólo, sino que registrando el cuerpecito del niño le hallaron sin la menor lesión, ni señal alguna de los golpes que por necesidad hubo de recibir de las piedras del río.»

«Diego Calahorra atravesaba en una mula un caudaloso río llamado de San Felipe, que corre por la provincia de Latacunga, y halló tan rápida y crecida la corriente, que, derribado de la mula, creyó segura su muerte. En tan terrible aprieto se acordó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de Mariana, cuya reliquia llevaba al cuello; se encomendó al Señor por su intercesión sin pronunciar más palabras que 'Jesús y María', y se halló salvo á la orilla del río, sin la menor lesión. Lleno de gratitud, no cesó de dar gracias á Dios y á su protectora, publicando por todas partes el hecho, para que otros acudiesen á su patrocinio en casos de apuro. Y es común opinión en esta ciudad de Quito, añade el testigo que con juramento declara sobre este suceso, que los que se valen del patrocinio de esta sierva de Dios alcanzan lo que pretenden.»

«Un sobrino de Mariana deseaba poseer un retrato de su tía, é hizo viaje ex profeso á Ibarra para llevar de allí uno á Quito, á fin de que un hábil pintor le sacase una copia. Regresaba ya muy contento con el retrato colgado al pecho, conversando con sus compañeros de viaje sobre la santidad y prodigios de la sierva del Señor, cuando en un pésimo paso de aquellos malos caminos tropezó la mula en que cabalgaba, con tal violencia que el jinete fué á dar de cabeza en un lodazal y encima le cayó la mula. Con toda la cabeza sumergida en el fango hasta los hombros y oprimido con el peso de la bestia, era indefectible su muerte, tanto más cuanto que sus pocos compañeros no podían socorrerle por la estrechez del camino, la mucha agua y lodo y lo impotentes para tamaña obra que los hacía su cortísimo número; mas el avisado joven acudió á tiempo á la proteccion de su tía, la que le alcanzó del Señor el beneficio de no morir ahogado en aquel lodazal,

donde permaneció con la cabeza enterrada, como se ha dicho, por espacio de media hora, tiempo más que suficiente para ser sofocado. Pasando luego por allí unos indios le sacaron entre dos sin la menor lesión, y sin que hubiese padecido avería el retrato. No concluyeron aquí las finezas de Mariana con su sobrino. Cuando éste llegó al pueblo de Guaillabamba, á siete leguas de Quito, fué acometido de una disentería en la misma noche de su llegada, de carácter tan alarmante, que todos creyeron próxima su última hora; mas él, renovando su confianza en su tía é invocándola de nuevo, á las cuatro de la mañana se halló libre de la enfermedad y en estado de seguir y concluir felizmente su viaje.»

«Estaba en su hacienda de caña, á ocho leguas de Ibarra, Doña María Rodríguez de Paredes, sobrina de Mariana, cuando un día, rendida la cocinera de fatiga y de sueño, se descuidó y prendióse fuego á la cocina de la casa contigua al ingenio, y de allí debía comunicarse á la de éste y á los cañaverales no muy lejanos. Siendo pajizo el techo de las casas, tomó el fuego tanto cuerpo en un momento, que bien se conoció ser inútil todo recurso humano para atajarle. En este conflicto acordóse Doña María de un retrato de su tía que tenía en su habitación; corrió á buscarlo, y con él por escudo se presentó animosamente al fuego como para detenerlo, y luego abrazada con él pronunció estas tiernas palabras llenas de fe: 'Tía mía, ¿cómo permites que se nos abrase la poca hacienda que tenemos?' Dicho esto, se acercó más al fuego, poniéndole como por barrera

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la imagen. Al instante se obraron dos prodigios: del retrato empezó á brotar un sudor ó rocío muy copioso; y estando el cielo muy sereno, cayó de repente un aguacero tan fuerte, que solo él pudo extinguir el incendio, y dió tiempo para sacar á la cocinera, que infaliblemente hubiera muerto quemada. Todos á una reconocieron el portento y tributaron al Señor y á su fiel sierva el merecido homenaje.»

La angelical virgen se muestra poderosa abogada de las numerosas víctimas de injusticias domésticas y civiles.

«En todo apuro y necesidades de cualquier especie acudía al patrocinio de Mariana, Doña María Duchisela, señora de muchas y raras prendas, como lo hemos dicho más arriba, y la encontraba siempre propicia. Así le sucedió, por ejemplo, cuando, sin amparo humano en ocasión de haberle puesto pleito su marido, pidió un retrato de Mariana, y encerrándose con él, suspiró y lloró tanto, que, sin más recurso, alcanzó que el tribunal fallase á su favor contra toda esperanza humana.—Otra vez, que el dueño de la casa donde vivía le pidió las piezas por cierto disgusto con ella, se dirigió al cuarto que había sido habitación de Mariana; allí de rodillas la invocó confiadamente, y á poco halló vivienda cómoda, de donde no salió hasta morir.»

¿Y habrá todavía quién pregunte para qué sirven los santos?

Conste aquí para consuelo de las señoras que van á ser madres, que tienen en la *Azucena* de Quito una especialísima protectora.—De San Gerardo Mayella leemos lo siguiente en una de sus biografías: «¡Á cuántas

madres asistió en casos trabajosos! ¡á cuántos pequeñuelos expuestos á morir sin bautismo dió generosamente la vida!... El Padre Tannoia atribuye al Santo predilección marcada para esta obra de bendición.» Otro tanto hemos de decir de la solitaria de Quito.

Estos favores de toda clase son una débil muestra de lo que la seráfica virgen puede y quiere hacer en gracia de sus devotos.

CAPÍTULO XXXVI.

MARIANA DE JESÚS EN EL CIELO SIGUE PRODIGANDO BENEFICIOS Á SUS HERMANOS Y DEVOTOS DE LA TIERRA. (CONTINUACIÓN.)

SUMARIO. Milagros modernos.—Curaciones.—Conversión de pecadores.—La paz renace en un hogar.

EL poderoso valimiento de la santa no se limitó á sus contemporáneos, sino que en nuestros mismos tiempos prodiga favores y mercedes á cuantos acuden á ella.

El señor presbítero Don Heliodoro Villafuerte, ecuatoriano, celosísimo propagador de la devoción á la *Azucena de Quito* y promotor ardiente de su canonización, ha publicado en Santiago de Chile un folleto, con ocasión del quincuagésimo aniversario de su beatificación (1903); del que extractamos lo siguiente.

«Damos á conocer con inmensa complacencia á los devotos de Mariana de Jesús el nuevo y admirable prodigio obrado por su intercesión, según el relato que ha llegado á nuestro conocimiento, de una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la imagen. Al instante se obraron dos prodigios: del retrato empezó á brotar un sudor ó rocío muy copioso; y estando el cielo muy sereno, cayó de repente un aguacero tan fuerte, que solo él pudo extinguir el incendio, y dió tiempo para sacar á la cocinera, que infaliblemente hubiera muerto quemada. Todos á una reconocieron el portento y tributaron al Señor y á su fiel sierva el merecido homenaje.»

La angelical virgen se muestra poderosa abogada de las numerosas víctimas de injusticias domésticas y civiles.

«En todo apuro y necesidades de cualquier especie acudía al patrocinio de Mariana, Doña María Duchisela, señora de muchas y raras prendas, como lo hemos dicho más arriba, y la encontraba siempre propicia. Así le sucedió, por ejemplo, cuando, sin amparo humano en ocasión de haberle puesto pleito su marido, pidió un retrato de Mariana, y encerrándose con él, suspiró y lloró tanto, que, sin más recurso, alcanzó que el tribunal fallase á su favor contra toda esperanza humana.—Otra vez, que el dueño de la casa donde vivía le pidió las piezas por cierto disgusto con ella, se dirigió al cuarto que había sido habitación de Mariana; allí de rodillas la invocó confiadamente, y á poco halló vivienda cómoda, de donde no salió hasta morir.»

¿Y habrá todavía quién pregunte para qué sirven los santos?

Conste aquí para consuelo de las señoras que van á ser madres, que tienen en la *Azucena* de Quito una especialísima protectora.—De San Gerardo Mayella leemos lo siguiente en una de sus biografías: «¡Á cuántas

madres asistió en casos trabajosos! ¡á cuántos pequeñuelos expuestos á morir sin bautismo dió generosamente la vida!... El Padre Tannoia atribuye al Santo predilección marcada para esta obra de bendición.» Otro tanto hemos de decir de la solitaria de Quito.

Estos favores de toda clase son una débil muestra de lo que la seráfica virgen puede y quiere hacer en gracia de sus devotos.

CAPÍTULO XXXVI.

MARIANA DE JESÚS EN EL CIELO SIGUE PRODIGANDO BENEFICIOS Á SUS HERMANOS Y DEVOTOS DE LA TIERRA. (CONTINUACIÓN.)

SUMARIO. Milagros modernos.—Curaciones.—Conversión de pecadores.—La paz renace en un hogar.

EL poderoso valimiento de la santa no se limitó á sus contemporáneos, sino que en nuestros mismos tiempos prodiga favores y mercedes á cuantos acuden á ella.

El señor presbítero Don Heliodoro Villafuerte, ecuatoriano, celosísimo propagador de la devoción á la *Azucena de Quito* y promotor ardiente de su canonización, ha publicado en Santiago de Chile un folleto, con ocasión del quincuagésimo aniversario de su beatificación (1903); del que extractamos lo siguiente.

«Damos á conocer con inmensa complacencia á los devotos de Mariana de Jesús el nuevo y admirable prodigio obrado por su intercesión, según el relato que ha llegado á nuestro conocimiento, de una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

carta escrita por el Rev. Padre Eugenio Navarro de la Compañía de Jesús, residente en la ciudad de Cartagena (Colombia), donde ha tenido lugar el suceso. Una señora piadosa, muy devota de la Beata Mariana de Jesús, tenía á su esposo enfermo de suma gravedad. Llena de angustia, pero al propio tiempo llena también de confianza, dirigiéndose á Mariana de Jesús le hace una ardiente plegaria, y le pide que se compadezca de su situación. No fué menester más; inmediatamente siente el enfermo que recobra la salud, sin otro remedio que la oración de su esposa á la sierva de Dios. Informado el médico de lo sucedido, examinó al paciente, y declaró que la curación era completa. ¡Ah! Dios es admirable en sus santos; no se ha encogido su mano omnipotente, y las maravillas de su misericordia se multiplican para recompensa de los que esperan en Él. Dios no resiste á la oración humilde y llena de confianza; acerquémonos con ella á Él, y con fe inquebrantable en la intercesión de la *Azucena de Quito,* esperemos las manifestaciones de su omnipotencia para nuestro consuelo y felicidad.»

«De un informe enviado á Roma acerca de la curación prodigiosa de una niñita por intercesión de la Beata Mariana de Jesús, atestiguada por los padres de la misma enferma y por el distinguido facultativo Dr. Adolfo Peralta V., decano de la facultad de medicina del Azuay, así como por el profesor de farmacia Don Mariano Abad Estrella, sacamos el siguiente relato:

En Cuenca, capital de la provincia del Azuay de la república del Ecuador, la niña Ángela de Jesús

Estrella y Arévalo, de un año y un mes de edad, cuando apenas hablaba una que otra palabra, enfermó de *gastroenteritis,* de tanta gravedad, que no pudiendo su estómago resistir alimentos ni gotas de agua, después de doce días pasados sin ningún alimento, entró en completa agonía, que duró tres días. El padre de la niña, Dr. Ángel María Estrella M. y el señor decano de la facultad, Dr. Adolfo Peralta, médico de cabecera de la pequeña paciente, esperaban de un momento á otro el desenlace fatal; cuando el pulso había desaparecido y sólo quedaba intermitente en el corazón, sin esperanza en lo humano, el presbítero Don Daniel Hermida, amigo de la familia, tuvo la inspiración de aplicar una reliquia de la Beata Mariana de Jesús en la mejilla de la enferma. La niñita, que casi ya no daba síntomas de vida, no bien sintió la imposición de la reliquia, la tomó en sus manecitas, y como para besarla, la puso en sus labios. Impresionados los padres postráronse ante la imagen y la reliquia de la Beata Mariana de Jesús, y comenzaron á rezar la novena en su honor. No habían acabado lo concerniente al primer día, cuando, oyendo que lloraba la niñita, se acerca la madre á ella y oye que dice: *¡pan!* ¡Admirable portento del cielo! En ese momento, conseguida la gracia de la curación instantánea, por intercesión de la *Azucena de Quito,* Ángela de Jesús Estrella quedaba completamente sana.

En efecto, se le dió alimento, después de haber pasado quince días sin tragar un solo bocado; lo tomó sin dificultad y le hizo tanto bien, que sus

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mejillas estaban sonrosadas al día siguiente. En la actualidad sigue llena de robustez y gozando de buena salud.

Informes.

Cuenca, Ecuador, enero de 1902.

El infrascrito, Doctor en Medicina, Profesor y Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad del Azuay, previo el juramento legal, informa: Que el hecho antes relacionado es verídico en todas sus partes, y que abriga el convencimiento de que su realización se debió á la poderosa intercesión de la Beata Mariana de Jesús de Paredes y Flores. — Para que conste donde convenga, da el presente en Cuenca á 15 de enero de 1902 —

Adolfo Peralta V.

El infrascrito Profesor de Farmacia y abuelo de la niña Ángela de Jesús Estrella y Arévalo, atestigua y asegura que el hecho relacionado por los señores Doctor Ángel María Estrella y Rosario Arévalo es cierto y que lo presenció. Que, como deudo de la expresada niña, por el gravísimo peligro de su muerte, se ocupaba en preparar las cosas necesarias para el entierro del cadáver de la misma niña.

Cuenca, enero 15 de 1902.

Mariano Abad Estrella.»

«El hecho milagroso que acabamos de referir dió lugar á que la *Azucena* obrara el siguiente.

Por intercesión de la Beata Mariana de Jesús, conocida con el gracioso nombre de *Azucena de Quito,*

Dios se ha servido conceder un favor señalado á la piadosa señora Paulina Dehaene, de nacionalidad francesa, residente en Santiago de Chile, desde hace quince años. Me complazco en afirmar desde luego, que la señora Paulina Dehaene, por su carácter serio, sólida instrucción y piedad acendrada, es digna de todo crédito. Dejando sin embargo al fallo infalible de la Iglesia el conocimiento en este hecho, de la acción de una causa sobrenatural, vamos á relatarlo sencillamente como las cosas pasaron.

Desde hace un año, poco más ó menos, dicha señora venía sufriendo de un catarro intestinal ulceroso. En el mes de diciembre del año 1901 se agravó de tal manera la enfermedad, que en adelante le fué necesario renunciar á todo alimento sólido. Con suma dificultad y con una repugnancia vivísima podía tragar algunos sorbos de leche, que luego se veía obligada á arrojar; de tal manera que su estómago debilitado no podía retener ni siquiera ese exiguo alimento. Como es natural, acudió á los auxilios de la medicina; pero con resultado tan poco satisfactorio, que la enfermedad no hizo sino agravarse, preludiando un próximo desenlace fatal. Cinco meses hacía que no podía dejar la cama, y se notaban ya en su cuerpo signos exteriores de descomposición interna. Las fuerzas la abandonaban por momentos; sufría dolores intensísimos; se abrasaba interiormente en ardores intolerables, como quiera que, según el testimonio de los mismos médicos, todos los intestinos no formaban sino una llaga. Un martirio tan doloroso no podía prolongarse mucho.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El 28 de marzo, Viernes Santo, creyó la piadosa señora que Dios la llamaba hacia sí, y que le concedía la singular merced de morir en el mismo día que su divino Hijo. En efecto, como arreciasen de una manera atroz y alarmante sus dolores y una debilidad extraordinaria junto con los síntomas precursores de la muerte le indicasen que la hora de su partida había llegado, mandó llamar á su querido esposo, y con lágrimas en los ojos le dió su último adiós; pero con esa dulce resignación á la voluntad adorable de Dios, distintivo de los corazones cristianos que, comprendiendo sus destinos inmortales, saludan con alegría el momento venturoso de abandonar el destierro, para arribar á la verdadera patria, el cielo. Dios, sin embargo, que la reservaba para ocultos designios de su mayor gloria, no había permitido esa enfermedad sino para acrecentar los merecimientos de una buena cristiana y para enaltecer á una gran santa, la Beata Mariana de Jesús.

Así las cosas, llegó providencialmente á manos de la enferma *La Hojita volante*, modesta pero utilísima publicación católica que sale á luz en Santiago de Chile; traía en sus columnas la relación de un milagro de la Beata Mariana de Jesús, ocurrido últimamente en la ciudad de Cuenca (Ecuador). Leer aquel relato y despuntar en el alma de la enferma un rayo de esperanza fué todo uno. 'La Beata Mariana de Jesús me va á sanar', se dijo para sí, é incontinenti dió principio á una novena con todo fervor y confianza en honor de la Beata, para alcanzar por su intercesión la salud perdida. Abandonó al punto completamente los remedios del arte, poniendo sus esperanzas únicamente en la *Azucena de Quito*. Pero acabó la novena, y la enfermedad estaba en su punto: Dios ponía á prueba la confianza de esta cristiana fervorosa. Lejos de desesperar, la enferma se dirigió á la Beata con una oración ardiente y candorosa, y, reanimando el fervor de su confianza, comenzó otra novena. Esta vez la Beata no quería hacer esperar más á su fiel devota.

Era el tercer día de la novena; por la noche siente la enferma que una súbita revolución se opera en su ser; parécele que todo en su interior se renueva y ocupa su respectivo lugar. Por la mañana, 15 de mayo, en el colmo de la dicha, siéntese sana y buena, y deja escapar de su corazón un grito de asombro, felicidad y agradecimiento á la par. Manda á una sirvienta que le prepare una vianda pesada y de difícil digestión. La sirvienta se asombra, no quiere creer á sus oídos, se figura que la señora delira, y exclama: 'Pero, señora, ¿no sabe Vd. que si toma de ese manjar va á morir en el acto? Si no puede tomar ni un poco de leche, ¿como podrá soportar Vd. lo que me pide?' La señora hubo de contestarle que bien sabía lo que hacía, y que si no preparaba en el acto lo que pedía, se veía obligada á preparárselo ella en persona. La señora fué, pues, obedecida. Momentos después, con un apetito y gusto extraordinarios, sin sentir la menor repugnancia ni el más ligero síntoma de su horrible enfermedad, saboreaba á sus anchas y daba cumplido fin al manjar

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que había pedido, en no escasas proporciones; estaba pues completamente curada.

La señora añade: 'Siempre fuí de constitución débil y jamás gocé de salud perfecta; pero ahora me siento robusta y sana como nunca en mi vida; tomo toda clase de alimentos, sin que me causen el menor daño, y puedo consagrarme á mis faenas domésticas y ocupaciones de profesora con la mayor facilidad y sin cansancio alguno, siendo así que antes no podía dar ni un paso sin experimentar acerbos dolores y una fatiga inmensa.'

Difícil es pintar la alegría de la señora y el entusiasmo y amor con que bendice á su santa protectora. Había prometido publicar el favor recibido y constituirse en ardiente propagadora de la devoción á la Beata Mariana de Jesús, y ahora da cumplimiento á su promesa, permitiendo que se publique el hecho por todas partes y se recomiende á los católicos el poderoso valimiento de la *Azucena de Quito* ante el trono de Dios. ¡Bendito sea, pues, el Señor que así glorifica á sus santos!»

«La República Argentina ha sido en esta vez la escogida para teatro de una espléndida manifestación del cielo en favor de uno de sus hijos.

Desde que el señor presbítero Don Alfredo Araya Pérez fué nombrado cura y vicario de la parroquia de la Inmaculada Concepción de Guachipas, de la diócesis de Salta, dió á conocer á sus feligreses con incansable celo la admirable santidad de la Bienaventurada Mariana de Jesús. Su gran devoción y piedad hacia la admirable y santa joven no tardó

en extenderse hasta los confines de su vasta feligresía y avivarse la confianza en los corazones devotos, que desde entonces la invocaron con amor. — Dios, que es admirable en sus santos, complacido de la fe y confianza con que honraba aquella apartada grey á su predilecta esposa la *Azucena de Quito*, ha confirmado el gran poder que ante Él tiene, con el siguiente prodigio que vamos á contar, según el informe juramentado que tenemos á la vista, enviado por el señor cura Don Alfredo Araya Pérez.

Á mediados de noviembre del año próximo pasado 1902, el joven Don Ricardo López, yendo á caballo, dejó por descuido que el animal en que montaba se enredara entre las ramas de un árbol conocido en la localidad con el nombre de incajuama, que tiene sus ramas cubiertas de largas y gruesas espinas. Como era de temerse, habiendo el joven chocado fuertemente la rodilla izquierda contra las ramas, una de aquellas terribles espinas se internó en la parte superior de ella, como tres centímetros. Víctima de los dolores más atroces, volvió inmediatamente á su casa. La señora Quintina Maurín de López, madre del joven Ricardo, al ver la espina hincada en la rodilla de su hijo, profundamente consternada lanzó una exclamación, implorando al mismo tiempo la protección de la Beata Mariana de Jesús con una corta y ferviente plegaria en favor de su hijo.

La angustia de la señora Maurín era tanto mayor, cuanto que sabía por experiencia que la sangre de su hijo era propicia á las más grandes inflamaciones por pequeños rasguños. Sin embargo, ¡oh prodigio

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

admirable de la omnipotencia divina! esa sola plegaria, dirigida con fe á la Beata Mariana de Jesús, fué el remedio completo para aquella desgracia; pues sin necesidad de recurrir á médico ni medicina alguna, después de la plegaria dirigida á la Beata Mariana de Jesús casi instantáneamente quedó sin dolor y completamente sano, y lo que es aun más admirable, con la espina dentro de la rodilla; de modo que, sintiéndose enteramente sano y bueno, pudo sin la menor dificultad subir de nuevo á caballo y continuar caminando. La existencia de la espina dentro de la rodilla, sin causar el menor dolor ni inflamación, y esto sin la aplicación de ningún remedio, es indudablemente un verdadero portento permanente, que puede ser comprobado por todos, como efectivamente certifica haberlo palpado el piadoso párroco señor Araya, al recibir el juramento informativo del suceso.

Certificado primero. — Para dar gloria á Dios y honra á la Beata Mariana de Jesús, por cuya intercesión está sano mi hijo, certifico con juramento, que es verdadera toda la relación anterior. Doy fe. — Quintina Maurín de L.

Certificado segundo. — Certifico que he visto y tocado la espina que el joven Ricardo López tiene actualmente en la parte superior de la rodilla, cerca de tres centímetros más ó menos. No ha intervenido médico, porque en este pueblo donde ha tenido lugar no hay ninguno; en cambio existen muchas personas que atestiguan el hecho arriba narrado. — Parroquia de la Inmaculada Concepción de Guachipas, enero 1º de 1903. — Presbítero Alfredo Araya Pérez.»

«El 26 de febrero del presente año de 1903 trabajaba el joven Miguel Valenzuela Grossi, con otros obreros, en el reparo del templo parroquial de San Bernardo (Chile), sobre un andamio de tres metros de altura, cuando inesperadamente, desarmándose el andamio, él y los demás cayeron al suelo. Como era natural, todos quedaron más ó menos estropeados; mas el joven Valenzuela, que cayó debajo de los compañeros y de algunas tablas y maderos, sufrió tan graves contusiones, que fué preciso conducirlo en brazos ajenos á su domicilio, en donde recibió los servicios profesionales del practicante señor Elías Olivares y del doctor Bernardo Burucúa.

Después de los primeros cuidados el enfermo quedó sumido en profundo malestar; la pierna ligada, porque se la creía dislocada ó fracturada, el brazo inmóvil por el dolor, la presión del pecho, que era indicio de lesión interna, no le permitían el menor movimiento sin sentir los más vivos dolores. No comía, ni dormía, ni aún podía sentarse en la cama; á todo eso la fiebre vino á agravar la penosa situación del paciente. El 2 de marzo, cuatro días después del suceso, el Hermano Bernardo Campoverde, redentorista, devotísimo de la Bienaventurada Mariana de Jesús, supo el triste estado en que se hallaba el joven Valenzuela, y fué á su casa llevándole una imagen de la Beata Mariana, para que se encomendara á ella. Hízolo así el enfermo, y besando la imagen, prometió á la santa que se confesaría y comulgaría, y encendería dos luces en su honor, delante de su efigie, si le alcanzaba de Dios la salud.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cinco minutos después de la promesa que acaba de hacer, siente que todos los dolores y molestias desaparecen inmediatamente; y para asegurarse de que es una realidad lo que le pasa, se sienta, se pone de pie, se mueve en todas direcciones, y no experimentando la menor dificultad, se convence de que en realidad está completamente sano, y que su amable protectora, la *Azucena de Quito,* ha escuchado su plegaria con prontitud inesperada. Además en la noche durmió tranquilamente, y así el insomnio, la inapetencia y la fiebre desaparecieron del todo, sin ninguna medicina. Para cerciorarnos del hecho, trasladándonos á San Bernardo, tuvimos la satisfacción de hablar personalmente, no sólo con el mismo joven Valenzuela, sino también con su padre, que son conocidos en la localidad, y habiéndonos hecho la relación del suceso con toda sencillez, convencidos de la verdad, no pudimos menos que bendecir la bondad de Dios, que tan admirable es en nuestra santa.»

«Tales portentos inexplicables ó siempre dudosos para el hombre sin fe, son para el que tiene la dicha de poseer ese tesoro del cielo, objeto de una dulce esperanza, que le impulsa á recurrir á Dios en las pruebas de la vida por intercesión de sus siervos y amigos.

«Es, pues, indudable que Dios quiere que recurramos á Mariana de Jesús, para otorgarnos por medio de ella las gracias que le pedimos. Hagamos la experiencia; pero que sea con aquella fe y confianza que Nuestro Señor quería de los que le pedían milagros en su vida mortal, y veremos por nosotros mismos los efectos de su oración poderosa. ¡Oh Mariana, Azucena radiante del cielo! los que peregrinamos en la vida, os saludamos, y bendecimos vuestro nombre glorioso; rogad por nosotros, para que nos hagamos dignos de las promesas de Cristo.

«El poder que tiene ante Dios la Bienaventurada Mariana de Jesús no se limita sólo á conseguir la salud y el remedio de las necesidades temporales. Su intercesión poderosa se extiende con especialidad á obtener gracias espirituales y dones divinos que han de labrar la felicidad eterna de las almas. Siempre se ha observado que los santos alcanzan aquellas gracias y virtudes en que ellos más resplandecieron sobre la tierra. Por esto Mariana se complace en alcanzar á sus devotos, unas veces el espíritu de recogimiento y de oración, otras, el amor á la Eucaristía, el alejamiento del mundo, el espíritu de penitencia.—Y como durante su vida, después del amor divino, en lo que más se distinguió fué en la salvación de las almas extraviadas, por las que hizo tantas penitencias, oraciones y buenas obras, sigue también hoy ejerciendo con más eficacia ese divino apostolado en favor de las almas sumergidas en el vicio. Los siguientes sucesos confirman lo que decimos.»

«El Rev. Padre Carlos Infante, superior de los Padres de la Compañía de Jesús de Concepción, en una carta dirigida á un sacerdote amigo suyo, con fecha 10 de diciembre de 1901, en que le habla de la poderosa intercesión de la Beata Ma-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

riana de Jesús en favor de los grandes pecadores, se lee lo que á continuación copiamos.

De las imágenes de la Beata Mariana de Jesús que tuvo la bondad de mandarme, la primera vez que repartí, llegó una de ellas á manos de una mujer de muy mala vida, necesitada en extremo de una gracia extraordinaria para salir del abismo de males en que estaba sumergida. ¡Cosa admirable! Aquella desgraciada fijó sus miradas en la imagen, sintió en su corazón tan vivo dolor de sus pecados, que quedó tocada de Dios y profundamente compungida, y no quedó en esto sólo, sino que hizo ejercicios, y habiéndose convertido sinceramente, se reconcilió con Dios.

Y hablando de otra conversión admirable obtenida por la misma Bienaventurada, se expresa así:

Á principios de este mes terminamos la misión que acostumbramos dar á los mendigos; asistieron á ella más de trescientos, y una mujer que vivía en malas relaciones con un hombre hacía muchos años, quería convertirse á Dios y casarse para salir de aquel mal estado, pero el cómplice se negaba obstinadamente á recibir el sacramento. En tan angustiosa situación se encomendó fervorosamente al Señor de la Buena Esperanza, y le rogó que por la intercesión de la Beata Mariana de Jesús moviera el corazón de aquel hombre empedernido. Hecha la plegaria, volvió á su casa y con gran sorpresa encontró al hombre enteramente cambiado, que la esperaba para decirle que estaba ya resuelto á casarse. En efecto, hicieron las diligencias, se confesaron ambos y recibieron los sacramentos de la Penitencia, Eucaristía y Matrimonio.»

«¡Ah sí! La *Azucena de Quito,* que desde el cielo sigue ejerciendo el celo de su ardiente caridad en favor de sus hermanos, es en los momentos actuales, en que la Iglesia, movida de inspiración divina, se ocupa en colocar las últimas piedras preciosas en su diadema de inmortal gloria, el motivo de justa esperanza y de consuelo, no sólo para las almas que la invocan, sino para los pueblos y naciones que, comprendiendo los designios que tiene Dios en glorificarla, se atraen su protección rindiéndole públicos homenajes de amor y veneración.» —

De lo que llevamos escrito ó copiado en estos dos capítulos se desprenden dos cosas: La primera, que la gloria de Mariana, así como la de todos los santos, empieza donde acaban las glorias mundanas. La segunda, que la virgen quiteña es con Santa Rosa de Lima, de un modo particular la protectora de la América del Sur. ¿Será mal correspondida?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO CUARTO.

SECRETO DE LA PERFECCIÓN DE MARIANA.

CAPÍTULO XXXVII.

LA HUMILDAD, SECRETO DE MARIANA PARA ATRAER LAS GRACIAS DE DIOS.

SUMARIO. Humildad de Mariana según sus confesores. — Confiesa sus faltas con dolor. — Se reconoce indigna de los dones de Dios. — Las gracias recibidas la humillan más y más.

A la manera que las ciencias y artes tienen su secreto, así la perfección tiene el suyo, y consiste en saber atraer las gracias de Dios y hacerlas fructificar lo mejor posible. Ahora bien: nada atrae tanto las gracias de Dios como la humildad. La humildad es valle profundo adonde bajan las aguas de la montaña, esto es, los divinos dones. Mariana de Jesús hizo suyas las palabras con que la Reina del universo y Madre de Dios patentizó su humildad: «*El Señor ha hecho en mí cosas grandes;* porque ha mirado la bajeza de su esclava.»

Heroica en todas las virtudes, la *Azucena* lo es sobre todo en la humildad y desprecio de sí misma. Sus contemporáneos, y mayormente sus confesores,

reconocen y publican unánimemente el amor apasionado de Mariana á cuanto la envilecía á sus propios ojos y á los del mundo. Fué humildísima, escribe el Padre Camacho, y sentía en extremo que la tuviesen por virtuosa; por esta causa mucho tiempo buscaba los rincones de la iglesia, para que no la viesen. — Sentía bajísimamente de sí, añade el Padre Manosalvas, porque decía ser la más mala y perversa de cuantas almas vivían en el mundo; pues debía más que todas á su Dios, y correspondía menos que todas. Si alguna persona se encomendaba á sus oraciones, respondía que eso tocaba á las que estaban muy cercanas á Dios, que ella se sentía y conocía por la más mala de todas; pero con todo hacía con mucho cuidado lo que se le pedía.

Nada más fácil que la humildad de boca, dirán algunos. Sí, responderemos; pero Mariana la tenía en los labios porque la alimentaba en el *espíritu* y en el *corazón:* en el espíritu, pues reconocía su nada y la grandeza de Dios; en su corazón, pues aceptaba amorosamente su nada y los desprecios consiguientes á ella.

Con qué prontitud confesaba sus faltas, sin embargo de ser más bien aparentes que reales, en las que influía mucho más la fragilidad humana que la voluntad. La sincera confesión de nuestros defectos es una de las mejores piedras de toque de la verdadera humildad. ¡Cuántas veces tras una falta repetimos con Eva: «La serpiente me ha engañado»! Hacia el fin de sus días, en un momento de expansión, y por permisión de Dios, se escapó á Mariana una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ligerísima queja contra la excesiva condescendencia del Padre Camacho en permitirle toda clase de maceraciones. Mas cayó luego en la cuenta de que no tenía razón de quejarse, ni siquiera por vía de inocente desahogo, puesto que el director, por una parte, al conceder tantas y tales mortificaciones, había accedido á las súplicas importunas de su hija espiritual, y por otra no las había permitido sino después de consultar á Dios; creyó pues la humilde virgen haber faltado al proferir aquellas palabras. No satisfecha con arrepentirse de ellas, escribió al Padre Camacho una carta muy tierna y conmovedora, pidiendo mil veces perdón de lo que según ella era una gran iniquidad.

Nuestra tan privilegiada *Azucena*, que se anonadaba ante la infinita perfección de Dios, pedía incesantemente, como gracia escogida y prenda de predestinación, además de la humildad que agrada á todos, las humillaciones que cuentan con muy pocos aficionados entre los hijos de Adán. Tenía constantemente en los labios, y más aún en el corazón, esta jaculatoria que ya conocemos: «Amantísimo Jesús, quita de mí todo lo que te desagrada; hazme toda á medida de tu corazón; yo me conozco y desprecio por vil. Y quiero ser vil y despreciada, á mis ojos y á los de todo el mundo, por tu amor....»

Por supuesto, cuanto más se humillaba la *Azucena*, tanto más la enriquecía Jesucristo con sus dones. Empero las gracias recibidas, lejos de inspirarle estima á sí propia, la empequeñecían y humillaban más y más. Á la manera que las aguas de una cascada

cavan poco á poco la piedra en donde se precipitan con fuerza, así igualmente las divinas dádivas, impetuosas como un torrente, ahondaban más y más en el espíritu y en el corazón de Mariana el conocimiento y el amor de su nada.

De aquí que suplicara ardientemente al Señor que reservara para la otra vida aquellos favores extraordinarios sin los cuales se le puede perfectamente amar y servir, como éxtasis, arrobamientos, si bien no consiguió el objeto de sus peticiones. Lo que con más ahinco pidió continuamente á su celestial Esposo Jesucristo, declara el Padre Manosalvas en el Proceso, fué no tener visiones ni recibir tales favores en esta vida, rogándole se los reservase para la gloria. «No fué amiga de revelaciones, raptos, ó éxtasis», dijo el Padre Rojas en el elogio fúnebre que de ella hizo. «Antes bien los aborrecía, y por esta causa no quería leer los libros de Santa Gertrudis, porque trataban de ellos. ¿Cuándo yo, vil criatura y desagradecida á mi Esposo, exclamaba, podré merecer un rasgo de los cariños que hizo á Santa Gertrudis el Señor del universo? ¿Cuándo mis tibiezas podrán alcanzar algo de sus favores? Nunca. Pues, para que no se me ofrezca el más leve antojo de mujer, quiero apartar de mí los libros de mi querida Santa Gertrudis; y en este despego bien conoce la Santa que sólo pretendo venerarla, servirla y quererla más como á esposa tan allegada á Dios, y no poner á mi vileza é indignidad en ocasiones de ensoberbecerse, elevándose el pensamiento á lo que no merece ni es capaz de conseguir.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO XXXVIII.

LA HUMILDAD, SECRETO DE MARIANA PARA ATRAER LAS GRACIAS DE DIOS. (CONTINUACIÓN.)

SUMARIO. «Aquí viene la santa.» — «¡Váyase á pie!» — Cede su puesto en la iglesia. — Cama de perspectiva. — Hácese servir exquisitos manjares. — «Jesucristo retocará mi rostro.» — Curiosidad satisfecha. — «He venido para servir.» — La oración custodia la humildad.

EN punto á humildad, nada la testifica tanto como los actos exteriores que deprimen el amor propio, como los desprecios de sí mismo, como las humillaciones, ó bien espontáneamente buscadas, ó bien soportadas con alegría. Yendo una mañana nuestra solitaria, como de costumbre, á la iglesia de la Compañía, oyó una voz que decía: «Aquí viene la santa.» Oir esta palabra fué lo mismo que sentir clavarse una espina en el corazón; convirtiéronsele los ojos en dos fuentes de lágrimas. Aquel día creyóse en el deber de castigar su cuerpo de una manera extraordinaria, á fin de reparar la ofensa irrogada á la verdad. Era prudente cerrar el oído del alma, á fuerza de disciplinas y cilicios, al silbido de la serpiente que á tantos otros ha inoculado el veneno de la vanagloria y el orgullo. — Desde aquel entonces determinó variar de calles para ir á la iglesia, y hubiéralo puesto por obra, á no habérselo prohibido su confesor. Lloraba, pues, la reclusa por verse estimada. ¡Benditas lágrimas, hijas de la humildad! ¡Oh! ¡cómo encantarían á Jesús, manso y humilde de corazón!

Una vez estaba la santa en la iglesia, cuando de repente se le recrudecieron tanto los dolores, que le fué imposible regresar á pie á su habitación. Muy á pesar suyo, tuvo que admitir una silla de manos. En ese estado la encontró el Padre Lucas de la Cueva, quien, para poner á prueba su mortificación, le dijo: «¡Buenos estamos! ¿Merece Mariana silla de manos? Váyase, señora, á pie como se vino.» Al oir estas palabras la santa, risueña como siempre, bajó de la silla, y sostenida por la humildad y obediencia, llegó á su casa con no menos trabajo que consuelo.

En el lugar santo la sierva de Dios tenía su puesto fijo, al pie del púlpito. Ahora bien, mientras unas señoras muy principales, que la miraban como á santa, procuraban arrodillarse á su lado como para enardecer su corazón al contacto del suyo, otras que no la conocían, ambicionaban su puesto y sin reparo se lo disputaban, desdoblando cada cual sus alfombrillas á fin de conciliar la comodidad con la devoción y con el aseo. Mariana empero, que, á imitación de su divino Maestro, no altercaba jamás con nadie, les cedía su puesto de buen grado y sin el menor asomo de disgusto. Hubiérase dicho que las aguardaba en aquel sitio para ofrecérselo con exquisita cortesía y amabilidad. Á ella poco ó nada le costaba aquella condescendencia; mas, ¡para cuántas aquel acto de humildad rayaría en heroico!

Había colocado la ejemplar penitente en un ángulo de su habitación una cama decente y cómoda, con una colcha que bajaba hasta el suelo. Llegada la noche,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sacaba de debajo de aquella cama de pura perspectiva su potro de tormento para martirizarse por el espacio de tres horas. Á la mañana siguiente, Catalina volvía á esconder en el mismo lugar aquel instrumento de suplicio.

Para disimular sus ayunos y abstinencias empleó un medio heroico, no menos que singular. Llamando una vez aparte á Catalina, le habló así: «Ya sabes, Catalina, que te estimo; pues no te hubiera hecho partícipe y depositaria de mis secretos, si no te amase, en justo pago del mucho amor que me tienes. Sabrás pues mejor que yo lo que se dice en casa sobre mi penitencia y ayuno; puede difundirse esta especie y perderse todo mi trabajo, ó porque intenten obligarme á comer, ó porque me expongan al delirio de la jactancia. Yo he de agradar sólo á mi Esposo, y Él me dicta que no coma, pero de tal suerte que parezca á todos lo contrario, y para ejecutarlo me valga de tu amor é industria. Hazme por tanto de vez en cuando algunos platos sazonados bien y con aseo; éntralos en mi habitación, cuando te vean, diciendo que son para mí, y no se malograrán, porque pobres hay en quienes poder emplearlos. Así lograremos el doble fin, de que juzguen que yo como y no ayuno tanto como dicen, y de que el Señor nos prepare á entrambas en la gloria la paga de la limosna que con tus guisos hiciéremos á los pobres.» Obedeció Catalina fielmente, y gozosísimos quedaron todos: Catalina, por desempeñar su cometido; Mariana, por creer que había desvanecido opiniones ventajosísimas que se tenían

de sus ayunos; los indigentes, por lograr sabrosos manjares; y Jesucristo, por ser finamente amado de su humildísima virgen y servido en los pobres.

Ya hemos referido en otra parte la guerra que con las armas del amor se había declarado á Mariana en su casa. Afligíala, no la contradicción, sino el concepto de mortificada en que se la tenía: «¡Yo!» exclamaba, «¡en opinión de buena! ¡Yo, tan floja, tenida por penitente! ¡Yo, tan pecadora, tenida por santa! ¡Y mi rostro ha de ser la causa! ¡Oh! si ésta ha de ser la ocasión para que juzguen tan mal, Esposo tengo que la quite y deshaga el engaño. Si por amor suyo perdí la belleza; si por quererle imitar en la cruz, donde no le quedó asomo de lo que era, se deslustró mi rostro; él es pintor divino, que sabrá retocarlo, y desvaneciendo ideas falsas que me favorecen, hará que me tengan por lo que soy en realidad, no por lo que miente el aspecto.» Tras mucho rogar, tras mucho suspirar y llorar se fué un día á la iglesia de los jesuitas, y comulgó en la misa que á esa intención hizo celebrar por su confesor. Concluída la acción de gracias y después de hablar con el mismo en el tribunal de la penitencia, quedó dormida. Á poco despierta y se levanta, y, ¡oh prodigio! su rostro está hermoso, sonrosado y rozagante; asimismo sus manos aparecen llenas de carne y de muy buen color; milagro que durará hasta su muerte. Cuál haya sido su agradecimiento, no es para dicho. Aquellos que antes le censuraban los excesivos ayunos, ahora la felicitan por su docilidad y moderación. No obstante el milagro, esas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

decepciones se desvanecerán muy pronto, y todo el mundo sabrá que Mariana sigue privándose de alimentos, como siempre. Todos pudieron admirar en ella el milagro obrado en otro tiempo en favor de Daniel y sus compañeros, quienes con reducirse á una comida frugal adquirieron una belleza y lozanía extraordinaria. Ester y Judit, precisamente á causa de sus ayunos, recibieron de Dios un aumento de atractivos y gracias naturales.

Guardemos siquiera los ayunos de precepto y la templanza cristiana; y así hermosearemos, no el cuerpo, sino el alma, y esto es lo principal.

Una señora de Quito, tan distinguida como curiosa, quiso cerciorarse por sus propios ojos de si los ayunos de Mariana y su alimentación eucarística eran hechos de verdad, ó fábulas del pueblo. Presentóse, pues, un día, muy de madrugada, á la sierva de Dios, quien con amabilidad la introdujo en sus aposentos. La visita de aquella noble matrona y verdadera hija de Eva se prolongaba demasiado. Á medio día invitóla nuestra penitente á almorzar, y aceptó de muy buen grado, para ver si la santa comería ó no comería. Y la santa comió, y al parecer con regular apetito, si bien con heroica mortificación y suma repugnancia del estómago. Al fin ausentóse de la mesa, y habiendo arrojado cuanto había comido, volvió risueña al comedor. Muy pronto se retiró la comensal, persuadida de que la solitaria comía como cualquier hijo de Adán, y que cuanto se decía de sus ayunos era falsedad y mentira; y esto iba publicando por las calles y en los salones. Quien se gozaba más

en esta aventura era Mariana; la que refirió aquel lance á una amiga, celebrándolo con gracejo y risa.

«He venido para servir, y no para ser servido.» Nuestra santa hizo suyas estas palabras del divino Maestro; sierva de Dios, era la sirvienta de sus hermanos. En efecto, cuando éstos comían, ella les servía la mesa con la humildad de una criada y la amabilidad de un ángel; luego después iba á la cocina á fregar los platos. Si tenía que hablar por algún tiempo notable con alguna persona, aunque fuese de condición humilde, sentábase en la desnuda tierra, al estilo de los esclavos; *ocupando el último lugar,* según el consejo de Jesucristo.

La humildad deleita, encanta al corazón de Jesucristo, y este amigo de los pequeñuelos premió con un milagro la de su angelical esposa, la *Azucena de Quito.* El hecho que vamos á referir, lo mismo que los relatados en estos capítulos, se leen en el Proceso.

Tenía su sobrina Catalina cinco años, cuando entró una vez en el cuarto de su virtuosa tía. Como viera sobre la mesa un papel escrito, lo cogió para jugar con él. Su madre, Doña Juana, notó someramente que en esa esquela Mariana pedía licencia á su director para practicar algunas mortificaciones sobre las acostumbradas; pero no tuvo tiempo de enterarse de los pormenores. Deseosa de hacerlo, guardó el papel, dando otro en cambio á la niña. La virgen cayó pronto en la cuenta de haber desaparecido su esquela, y voló á preguntar por ella á Doña Juana, quien le contestó, haciendo una restricción mental: «Yo vi á la chica que andaba con un papel; lo habrá echado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en un rincón.» Afligida con tal respuesta, la santa, al retirarse á su cuarto, suplicó á Jesucristo que no permitiera fuese conocido de nadie el contenido del papel, y como si estuviera segura de haberlo obtenido entregóse á la oración. Aprovechó de esta circunstancia Doña Juana para leer á solas la esquela y sin peligro de ser vista de la *Azucena*. Abrió, pues, el escritorio donde estaba guardada entre otros muchos papeles, y, ¡oh milagro! éstos se hallaban intactos, al paso que dicha esquela estaba reducida á ceniza.

En suma, la reclusa se aventajó mucho, muchísimo, en la humildad; motivo por el cual recibió gracias tan numerosas como escogidas y extraordinarias. En la proporción que la humildad le vaciaba el corazón, llenábanlo las divinas dádivas. ¿Por qué á muchos se les escasean los dones celestiales? Porque en sus corazones ensimismados y rebosando de vanidad y soberbia, no hay lugar para Dios.

❦

CAPÍTULO XXXIX.

EL AMOR DE DIOS, SECRETO DEL HEROÍSMO CON QUE MARIANA COOPERÓ Á LA GRACIA.

SUMARIO. Relación entre el amor y el heroísmo cristiano. — Testimonio del Padre Camacho. — Palabras de la santa; sus tres votos. — «Tía Mariana está jugando con un niño.» — Jaculatoria.

CUÁL fué el secreto de Mariana de Jesús para llegar tan presto á la cumbre de la perfección, con la cruz á cuestas? La gracia de Dios, me contestarás sin duda, carísimo lector. Es verdad; pues

sin la gracia nos es del todo imposible comenzar, proseguir ni acabar el bien. Pero hay que tener también en cuenta que por vía ordinaria la gracia sin nuestra cooperación no nos transforma ni levanta del abismo de nuestra flaqueza. Bien lo comprendió la *Azucena* de Quito; por esto, al paso que atraía la bendición de lo alto anonadándose de mil maneras, se esforzaba por hacerla fructificar, con tesón y valor heroicos. El amor fué el principal móvil de su cooperación fiel y perseverante á las extraordinarias gracias con que el Señor la enriqueció. Y su vida es una prueba patente, palmaria y á todas luces irrefragable, de este axioma de los Sagrados Libros: «El amor es fuerte como la muerte»: invencible y superior á todo obstáculo. Cuánto nuestra santa haya amado á Jesucristo, lo demuestra hasta la evidencia lo que va escrito en este libro.

Mártir fué ella de mortificación durante su vida y más aún en su muerte. Luego en la misma proporción debía abrasarla el amor divino.

Á estas reflexiones añadamos el testimonio del Padre Camacho, varón de Dios, confesor y director de Mariana.

«Más tiempo y papel eran menester para hacer extensa relación de esta virgen; pero dejando muestras exteriores á tantos ojos patentes, y reduciendo á breves períodos lo interior, digo lo primero que Nuestro Señor la levantó á lo supremo de la contemplación, que consiste en conocer á Dios y sus perfecciones sin discursos y amarle sin interrupción.» Estas palabras, con ser breves, lo dicen todo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nuestra santa tuvo profundo conocimiento de Dios. Ahora bien, escribe la Seráfica Teresa de Jesús: «Un alma que conoce á Dios, no puede menos de amarle á medida del conocimiento que tiene, de modo que, si le ama poco, es señal de que le conoce poco; y cuanto más crezca en su conocimiento, tanto más irá también creciendo en su amor.» De ahí que la angelical solitaria de Quito *amara sin interrupción*. Esto es, como decía el Beato Raimundo Lulio, después de su conversión, venir del amor, ir al amor, desear el amor, vivir del amor y dentro del amor, pensar en el amor. Esto es amar á la manera de los bienaventurados.

Pues tal era el amor de Mariana para su Dios. Ella misma lo daba á entender muy á las claras, pues repetía con frecuencia que *se le abrasaba en amor el corazón;* á imitación de aquella alma tan amante de Dios, que conjuraba á las hijas de Jerusalén, noticiaran á su amado cómo desfallecía de amor[1]. Su lengua, que hablaba de la abundancia del corazón, no sabía más que articular esta palabra: «Sea por el amor de Dios.» Y decía esto no sólo en momentos de consuelos y dulzuras espirituales, sino también cuando estaba enclavada en la cruz de las arideces, de las enfermedades y contradicciones.

Para cumplir mejor con el precepto del amor, en el cual se cifra toda nuestra perfección, practicó, sin ser religiosa, los consejos evangélicos. He aquí la

[1] Cant. Cant. v, 8.

fórmula escrita de su mano, de los tres votos que en temprana edad hizo para darse más por entero á Jesucristo.

«¡Omnipotente y sempiterno Dios! Yo, Mariana de Jesús, hago voto y prometo á Vuestra Divina Majestad delante de la siempre Virgen María, Madre de Dios, y de toda la corte del cielo, guardar pobreza, y vivir y morir guardando perpetua virginidad y obediencia á mi confesor; y pongo por testigos acá en la tierra, á mi Padre Juan Camacho, á mi Padre Antonio Manosalvas, á mi Padre Luis Vázquez y á mi Hermano Hernando de la Cruz. — Mariana de Jesús.»

Con estos tres votos lo sacrificaba de una vez todo á Jesucristo: bieñes de la tierra, cuerpo y alma. El amor es un amabilísimo ladrón, que nos despoja de todo, aun y mayormente de nosotros mismos.

Nuestra ilustre contemplativa miraba á Dios con los ojos del alma, iluminados por luces extraordinarias; á las veces empero fuéle dado ver al Hombre-Dios con los ojos del cuerpo, y la vista de la humanidad de Cristo la inflamaba más y más en el amor divino. Cosme de Salazar, siendo muy niño todavía, habiendo entrado una vez en la habitación de la santa, hallóla jugando con un hermosísimo niño. Ver esto y correr á participarlo á su madre, todo fué uno: «Mamá, mamá», dijo, «tía Mariana está jugando con un niño.» Corrió á su vez Doña Juana al aposento de la solitaria, mas anticipósele ésta diciendo: «¿Para qué dejáis entrar muchachos en mi cuarto?» Por toda contestación Doña Juana preguntó á su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hijito con qué niño jugaba su tía. «Con éste, con éste jugaba; yo la vi», respondió mostrando á un Niño Jesús pintado en un cuadro con su Madre Inmaculada.

Iguales favores leemos en las vidas de algunos Santos, que se distinguieron por su inocencia, por su pureza angelical, como un San Antonio de Padua, etc. De San Gerardo Mayella cuéntase la misma predilección. Apenas se postró una vez Gerardito ante una imagen de María, cuando el Niño Jesús, desprendiéndose de los brazos de la Virgen, bajó hacia él: púsose risueño á jugar con él como con un amiguito, repitiendo así el milagro obrado en otro tiempo con el Beato Hermann José.

¿Queremos ser fieles discípulos é imitadores de Jesus crucificado? Amémosle mucho. Mientras Isaac caminaba al Monte Moria para ser inmolado al Señor, llevaban no sólo el cuchillo con que había de ser degollada la víctima, sino también el fuego en que debía ser consumida. Monte Moria, monte de la inmolación, es la vida cristiana, mayormente la perfección cristiana: empleemos el cuchillo de la mortificación sí, pero abrasémonos en las llamas de la divina caridad, y seremos héroes.

Mariana tenía de continuo en los labios, y más aún en el corazón, estos actos de amor que semejan jaculatorias de serafín: «¡Oh amado tesoro mío! tú solo para mí y yo sola para ti. Tú solo bastas para hartar mi deseo y en ti solo me contento. Y yo, como si estuviera sola, no me ocuparé en otra cosa que en amarte, alabarte, glorificarte, servirte

y obedecerte á ti, que eres todo, único y sumo Bien y eterno Descanso.»

Hagamos nuestros tan encendidos afectos.

CAPÍTULO XL.

EL AMOR, SECRETO DE MARIANA PARA SIMPLIFICAR LA PRÁCTICA DE LAS VIRTUDES.

SUMARIO. Razón por que el amor simplifica la práctica de todas las virtudes. — Enumeración de las principales virtudes de Mariana. — El árbol de vida.

ES cierto que nuestra *Azucena* practicó todas las virtudes en grado heroico, toda vez que ha sido juzgada digna de los honores de los altares por la Iglesia infalible de Jesucristo. ¿Por qué sendas secretas habrá llegado así á la práctica sobrehumana de todas las virtudes, cuyo ejercicio, atentas las heridas que nos ha inferido el pecado, requiere tanta abnegación como prudencia? Ella misma nos lo revela diciendo: «Sea por el amor de Dios: todo por el amor de Dios. Ved ahí la perfección reducida á su más simple expresión.»

Todo por el amor de Dios; y á impulso de ese amor, la práctica de todas las virtudes. Esto es todo el Evangelio, la destrucción del vicio, el cumplimiento del bien, puesto al alcance de todo el mundo. El amor es de consiguiente la simplificación eficaz de nuestra santificación. Una comparación nos hará palpable esta verdad tan consoladora. Queréis cultivar un vasto campo, cubierto de arbustos, abrojos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y espinas. Para limpiarlo, ¿qué medios emplearéis? ¿El hacha? Cosa buena es, pero prolija, larga y trabajosa. Prended fuego á esas malezas, y muy presto, mayormente si favorece el viento, de ellas no quedará más que ceniza, y vuestro campo podrá ser inmediatamente cultivado. Campo erizado de espinas y malezas, esto es, de vicios y pecados, es el corazón humano. Para purificarlo, ¿emplearéis tan sólo, cual instrumento contundente, la mortificación y penitencia? Llegaréis al fin deseado, pero después de mucho tiempo; después de haber talado, cortado, desarraigado, uno tras otro, esos arbustos y demás malezas. Emplead más bien el fuego del amor divino, y en brevísimo tiempo habréis purificado vuestro corazón y hécholo una tierra muy á propósito para recibir la semilla de las virtudes, produciendo el ciento por uno. ¿Por qué? Porque la caridad, contesta San Pablo, «es sufrida, dulce y bienhechora; la caridad no tiene envidia; no obra precipitada ni temerariamente; no se ensoberbece; no es ambiciosa; no busca sus intereses, no se irrita, no piensa mal; no se huelga de la injusticia; complácese en la verdad; á todo se acomoda; cree todo, todo lo espera, todo lo soporta»[1]. Texto que San Alfonso comenta en su *Práctica del amor*, mostrando cómo el que ama ejercita todas las virtudes. Así como el maná tenía el sabor que cada cual quería experimentar, así el amor se convierte en la virtud que deseamos practicar de una manera especial.

[1] 1 Cor. XIII, 4 y sgs.

Aplico este principio á la seráfica virgen, discurriendo así: Mariana amó á Jesús crucificado en grado eminente; por lo tanto practicó con perfección todas las virtudes cristianas, y esto es lo que vamos á dar á conocer brevemente.

Que su paciencia haya sido heroica, bien lo evidencian estas súplicas, diré mejor, estos suspiros de un corazón amante: «Apártate, Señor, de mí, porque soy una vil criatura y pecadora, y conózcome por indigna de tus regalos. Sólo quiero penas y trabajos, que me lleven en tu seguimiento al Calvario; no glorias que me conduzcan al Tabor.»

Cuán cristianamente haya practicado Mariana la dulzura y la benevolencia en las contradicciones, lo declaran sus confesores. El Padre Manosalvas jura en el Proceso, que la santa no sabía lo que era airarse, y que nadie pudo conocerla hija de Adán por lo irascible. En las arideces y congojas del corazón no le daba tanta pena su desconsuelo, agrega el Padre Camacho, cuanto el temor de ser á otros molesta y mostrárseles menos amorosa en sus respuestas. Á la belleza y buen aspecto de cara y manos, escribe el Padre Butrón, añadía una afabilidad tan rara en las palabras, que muchos buscaban oírlas para consuelo de sus almas.

Qué acabado modelo de modestia cristiana y retraimiento del mundo haya sido, lo demuestra lo siguiente: La modestia de los ojos en ella y la exterior compostura eran tan raras, que le merecieron más que ninguna otra virtud el renombre de santa. Los testigos en el Proceso declaran unánimemente

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que Mariana no entró jamás en otra iglesia que en la de los jesuitas, excepto la vez que asistió en la de San Francisco á los funerales de su sobrina.

En su amor seráfico cada vez más ardiente, la *Azucena* se había precavido contra la tibieza, que no pocas veces se disfraza y engaña á los cristianos incautos, y obligádose á hacer cada día nuevos progresos. ¿De dónde proviene por lo regular la tibieza para una persona que dispone del tiempo á su gusto? Del ocio. ¿Y cuál es la causa del ocio? La vaguedad ó indeterminación en el ejercicio de nuestra actividad, la falta de orden, la inconstancia y versatilidad humanas. Para cortar de raíz las causas de males tan peligrosos, la virgen quiteña adoptó el reglamento de vida cuyo análisis hemos dado más arriba, y que prueba que ella no perdía ni una partecita de tiempo.

La perfección del amor consiste en la conformidad con el querer divino; mas como éste se nos manifiesta especialmente por la voz de los representantes de Dios, bien puede afirmarse que la santidad consiste en gran parte en la obediencia amorosa. Tal era la persuasión de Mariana, y por esto fué modelo de esta virtud. Había recibido de su confesor la orden de dar cuenta minuciosa de su interior, incluso los favores sobrenaturales, á su sobrina Doña Juana. Hízolo con toda puntualidad la sierva de Dios. Mas apenas la sobrina se puso á apuntar en un papel cuanto había oído, se le borró todo de la memoria. Suplicó pues á Mariana, que empezara de nuevo á darle cuenta de su conciencia; á lo cual

se negó la santa, diciendo: «Ya para obedecer te descubrí lo que por mí pasaba: mandómelo mi confesor y cumplí con la obediencia. Di á nuestro Padre que mi Esposo no gusta que sepan mis cosas, mientras yo viviere.»

Por amor Mariana se anonadó, conforme hemos visto en los capítulos anteriores, para asemejarse á Aquel que, siendo Dios, se hizo hombre, niño y tomó la imagen de pecador sin la culpa.

Llevada de su amor, la solitaria de Quito decía como los apóstoles: He renunciado á todo; lo he abandonado todo para seguirte. Renunciado que hubo á su patrimonio y á toda esperanza temporal, vivió de limosna, en la casa de su cuñado y hermana. Inventariemos los objetos que se hallaban en la habitación de la esposa de Jesucristo: un cuadro representando á la Santísima Trinidad; una efigie del Niño Dios; otra de Nuestra Señora de Loreto; algunas estampitas de San Ignacio, San Francisco de Asís y otros Santos; una almohadilla de labor; tijeras, cortaplumas, libros espirituales, Vidas de Santos; todo esto en corto número; en cambio muchos cilicios y disciplinas; tres cruces; un ataúd; una guitarra; y un crucifijo.

Su vestido, así como su manto de lana ordinaria, de color muy obscuro, era el de una pobre de Jesucristo. Cuanto tenía era prestado de su hermana. Nunca dió ni recibió cosa alguna sin el permiso de su confesor; en poder del mismo estaba la llave de la almohadilla; de forma que Mariana no tenía en propiedad ni un alfiler.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De advertir es que Mariana daba realce á su pobreza con la más exquisita limpieza, que brillaba en toda su persona y en cuanto tenía para su uso.

«La caridad lo cree todo» al decir del Apóstol, y Mariana, como cualquier justo, vivía de la fe. De ahí v. g. su devoción á la Santísima Trinidad, al Padre Eterno, al Verbo Encarnado y al Espíritu Santo; de ahí también su ardiente deseo de pasar á los países de los infieles para predicar la fe del Redentor y aun sellarla con su sangre. Si bien era favorecida con visiones y éxtasis, no tuvo otro norte de su vida que las luces de la fe; suplicó encarecidamente al Señor, ser conducida por la senda estrecha y obscura de la fe, y no por el camino ancho y fácil de las revelaciones. Escuchaba con avidez santa é insaciable la palabra de Dios, y no se excusaba de asistir á las predicaciones sino por imposibilidad. Su fe inquebrantable y ciega la ilustraba mediante asiduas meditaciones y lecturas de las vidas de los Santos. No solamente creía, sino que esperaba con firmeza y confianza ilimitada la felicidad del cielo y los medios para obtenerla. De ahí provinieron tantas gracias, tantos portentos que obtenía con un movimiento de sus labios, un deseo de su corazón.

Por fin, la angelical solitaria y penitente llegó á lograr la perseverancia. Vencerse un día, dos días, un mes es llevadero, mas vencerse á todo instante, durante toda la vida, es cosa sobrehumana, que ha desalentado á muchos. Nuestra heroína perseveró en la cruz y en la oración hasta el último suspiro.

¿De dónde le vino tanto valor? Del amor, que es fuerte é invencible como la muerte.

Refiere la Escritura que Dios puso en medio del paraíso terrenal un árbol maravilloso, llamado árbol de vida. Permite, piadoso lector, que Dios plante en el jardín de tu corazón el árbol de vida, esto es: la divina caridad, y darás muchos frutos de virtudes, buenas obras y méritos, frutos en fin de vida eterna.

CAPÍTULO XLI.

CONCLUSIÓN.

SUMARIO. El rostro de la santa. — El nombre de la santa. — El monograma de Cristo. — Una oración.

ANTES de terminar este libro, queremos transcribir aquí la descripción que el Padre Butrón nos hace del rostro de la angelical virgen, descripción que el lector podrá verificar en el retrato que encabeza esta Vida. «Era su rostro algo abultado, pero en proporción agradable, apacible, cariñoso y de color muy blanco; los ojos negros, grandes y rasgados; la frente no muy espaciosa ni demasiado estrecha; las cejas negras, tendidas y pobladas; las mejillas teñidas de un dulce color de rosa, que fué el que puso su Esposo Jesucristo y pintor divino por disfraz á su penitencia; la nariz delgada con moderación y la boca pequeña.»

Empero *toda la gloria de aquella hija del Altísimo estaba en su interior,* en su espíritu y en su corazón;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De advertir es que Mariana daba realce á su pobreza con la más exquisita limpieza, que brillaba en toda su persona y en cuanto tenía para su uso.

«La caridad lo cree todo» al decir del Apóstol, y Mariana, como cualquier justo, vivía de la fe. De ahí v. g. su devoción á la Santísima Trinidad, al Padre Eterno, al Verbo Encarnado y al Espíritu Santo; de ahí también su ardiente deseo de pasar á los países de los infieles para predicar la fe del Redentor y aun sellarla con su sangre. Si bien era favorecida con visiones y éxtasis, no tuvo otro norte de su vida que las luces de la fe; suplicó encarecidamente al Señor, ser conducida por la senda estrecha y obscura de la fe, y no por el camino ancho y fácil de las revelaciones. Escuchaba con avidez santa é insaciable la palabra de Dios, y no se excusaba de asistir á las predicaciones sino por imposibilidad. Su fe inquebrantable y ciega la ilustraba mediante asiduas meditaciones y lecturas de las vidas de los Santos. No solamente creía, sino que esperaba con firmeza y confianza ilimitada la felicidad del cielo y los medios para obtenerla. De ahí provinieron tantas gracias, tantos portentos que obtenía con un movimiento de sus labios, un deseo de su corazón.

Por fin, la angelical solitaria y penitente llegó á lograr la perseverancia. Vencerse un día, dos días, un mes es llevadero, mas vencerse á todo instante, durante toda la vida, es cosa sobrehumana, que ha desalentado á muchos. Nuestra heroína perseveró en la cruz y en la oración hasta el último suspiro.

¿De dónde le vino tanto valor? Del amor, que es fuerte é invencible como la muerte.

Refiere la Escritura que Dios puso en medio del paraíso terrenal un árbol maravilloso, llamado árbol de vida. Permite, piadoso lector, que Dios plante en el jardín de tu corazón el árbol de vida, esto es: la divina caridad, y darás muchos frutos de virtudes, buenas obras y méritos, frutos en fin de vida eterna.

CAPÍTULO XLI.

CONCLUSIÓN.

SUMARIO. El rostro de la santa. — El nombre de la santa. — El monograma de Cristo. — Una oración.

ANTES de terminar este libro, queremos transcribir aquí la descripción que el Padre Butrón nos hace del rostro de la angelical virgen, descripción que el lector podrá verificar en el retrato que encabeza esta Vida. «Era su rostro algo abultado, pero en proporción agradable, apacible, cariñoso y de color muy blanco; los ojos negros, grandes y rasgados; la frente no muy espaciosa ni demasiado estrecha; las cejas negras, tendidas y pobladas; las mejillas teñidas de un dulce color de rosa, que fué el que puso su Esposo Jesucristo y pintor divino por disfraz á su penitencia; la nariz delgada con moderación y la boca pequeña.»

Empero *toda la gloria de aquella hija del Altísimo estaba en su interior,* en su espíritu y en su corazón;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de ella diría Dios lo mismo que de la Esposa de los Cantares: «¡Oh! ¡qué hermosa eres en tu alma!»

Llámase nuestra santa *Mariana de Jesús;* represéntasela con una azucena y con el monograma de Cristo Salvador nuestro sobre el pecho: tres cosas que pregonan la santidad de la preclara virgen. *Mariana de Jesús:* luego es de Jesús todo su ser: su cuerpo con los cinco sentidos, y su alma con las potencias intelectuales; de Jesús son todos sus actos, así interiores como exteriores; de Jesús, porque hizo causa común con el Redentor, inmolándose y orando como él y por el mismo fin. La *azucena,* nacida de su sangre virginal, nos representa su pureza hermanada con el sacrificio y la penitencia. Por fin, el *monograma de Cristo Salvador nuestro,* sobre el pecho, es como un sello divino puesto sobre el corazón de Mariana, para indicar que es propiedad exclusiva de Jesús, Esposo de las vírgenes.

Mariana de Jesús, Azucena de Quito, con el sello de Cristo sobre el pecho: tres cosas que se pueden expresar con una sola palabra, salida del corazón de sus contemporáneos y repetida desde entonces de generación en generación, y que de esperar es que muy en breve pronunciará el Vicario de Cristo y escribirá en los fastos de la Iglesia: la *Santa.*

Hija de Adán y nacida con la culpa, fué engendrada á la vida divina por las aguas del bautismo. Llegando al uso de la razón, hizo redituar merced á su esforzada cooperación el capital de gracias que Dios pusiera á su disposición. Mariana no nació santa, ni fué santificada exclusivamente por el Espíritu Santo,

sino que ella se hizo santa, mediante la gracia, que siempre buscó é imploró, y siempre usufructuó.

De ahí una gran enseñanza que deberíamos grabar en nuestra mente, meditar de continuo é inculcar á nuestros hermanos en el Señor. La acción de Dios y la cooperación del hombre son los dos agentes indispensables de la santificación y salvación. ¡Cuántos, por olvidar este principio fundamental, abandonan al Espíritu Santo todo el cuidado de su perfección y, cruzándose de brazos, pretenden, cual corona de justicia, las eternas recompensas! Impetremos la gracia; apoyémonos en ella, y subiremos gradualmente la escala de la santidad, hasta la clara visión de Dios en la Jerusalén celestial.

Lector benévolo, al poner punto final á esta obra, recemos juntos la oración que la Iglesia ha compuesto para la fiesta de nuestra santa:

¡Oh Dios, que en medio de la seducción del mundo quisisteis que la Beata Mariana de Jesús floreciera, por su virginal castidad y continua penitencia, como lirio entre las espinas! Os rogamos, por sus méritos é intercesión, nos concedáis la gracia de que vivamos alejados de todo mal, esforzándonos por conseguir la perfección de la santidad. Por Nuestro Señor Jesucristo, Hijo vuestro, que con Vos vive y reina en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APÉNDICE.

LETRAS APOSTÓLICAS

en forma de Breve

para la Beatificación de la venerable sierva de Dios Mariana de Jesús de Paredes[1].

PÍO PAPA IX

para perpetua memoria.

BIEN sabido es que siempre floreció en la Iglesia la virginidad, virtud la más esclarecida é ilustre entre todas, con la cual la frágil naturaleza de los hombres se aproxima muy de cerca á los ángeles. En efecto, en todas las edades han existido vírgenes castísimas, las cuales, apagando los ardores de la concupiscencia y domando los estímulos de la carne, eligieron las bodas del Cordero sin mancilla. Entre éstas ha de contarse la venerable sierva de Dios Mariana de Jesús de Paredes; la cual, habiendo ofrecido desde sus más tiernos años al Divino Esposo el lirio de su pureza, se esmeró con incesantes maceraciones de su cuerpo en resguardarle con un vallado de espinas.

Nacida en 31 de octubre de 1618, en Quito, ciudad de la América meridional, de familia ilustre, y purificada en las sagradas fuentes bautismales, pareció pronosticar desde su misma infancia, hasta qué

[1] Traducción del Sr. Presbítero Don Heliodoro Villafuerte.

elevado punto de santidad había de llegar con el auxilio de la divina gracia. Brilla en ella desde luego admirable porte y candor de vida, un amor ardiente para con Dios, devoción y culto constante á su Inmaculada Madre, empeño asiduo en la oración; de suerte que hallaban en ella un dechado de todas las virtudes las compañeras de su edad. Aunque no perteneció á ningún instituto religioso, hizo á los diez años de su edad los tres votos simples de castidad, pobreza y obediencia, los cuales guardó con suma perfección, hasta el último aliento de su vida. Inflamóse más en ella el fuego de la caridad, que ya ardía en su pecho, cuando, acercándose á la sagrada Mesa, se alimentó por primera vez con el Cuerpo divino de Cristo. Como estaba tan deseosa de la salvación de los prójimos, angustiábase fuertemente al considerar tantas naciones envueltas en los errores de la idolatría y sentadas en las tinieblas y en la sombra de la muerte. Y por eso anhelaba ir á las lejanas tierras del Japón y otros reinos, para hacer brillar, entre aquellas gentes bárbaras, la antorcha de la fe. Oyendo, pues, un día las alabanzas de tres mártires de la Compañía de Jesús, que habían, en confirmación de la fe cristiana, derramado su sangre en el Japón, se dispuso ocultamente al premeditado viaje. Como le fuese del todo imposible llevar á cabo esta su resolución, sujetándose á la voluntad divina, trató de hacer de su propia casa el lugar de su retiro, y retirándose á la parte interior de sus habitaciones, empezó á hacer un género de vida celestial. Maceraba su cuerpo virginal con frecuentes ayunos y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

acerbísimos tormentos, gastaba la mayor parte del día y de la noche en la meditación de los misterios divinos. Repasaba en su mente con incesantes ríos de lágrimas é internos sentimientos de dolor los tormentos y la muerte acerbísima de Cristo Nuestro Señor y cobraba nuevos alientos con la recepción continua del Dios de nuestros altares. Habiendo perseverado con suma constancia en este género de vida, hasta la edad de 27 años, herida de enfermedad mortal, voló, como ardientemente lo había deseado, á unirse con su celestial Esposo, el 26 de mayo de 1645.

La opinión que ya se tenía de su santidad, acrecentóse muchísimo después de su muerte por la fama de los milagros que, según voz pública, obraba Dios por su intercesión. Presentada la causa ante la Sagrada Congregación de Ritos con asistencia de Nuestros venerables Hermanos, los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, para deliberar acerca de las virtudes de la venerable sierva de Dios, fueron estas declaradas heroicas por Pío VI, de feliz memoria, predecesor Nuestro, el 18 de marzo de 1776. En cuanto á los milagros que se decían efectuados por su intercesión, dos fueron principalmente reconocidos como verdaderos por la misma Sagrada Congregación de Ritos....

Finalmente, el 1º de agosto del presente año (1850), reunida la sobredicha Congregación, decretó, con aprobación Nuestra, que á la venerable sierva de Dios se la declarase *Beata,* con todos los indultos consiguientes, hasta el día de su solemne canonización.

(Siguen las formalidades acostumbradas.)

HIMNO

EN HONOR DE LA BEATA MARIANA DE JESÚS, AZUCENA DE QUITO.

Compuesto por un poeta ecuatoriano, sacerdote y religioso redentorista.

¡Oh Mariana, Azucena de Quito,
Bella flor del pensil de Jesús!
¡Haz que triunfe su amor infinito,
Haz que brille doquiera su luz!

Puro rasgue los aires mi acento,
Tierna virgen, cantando tus glorias
Y tus grandes tempranas victorias
Contra el mundo, la carne y Satán.
Del albor de tu vida risueña
En tu pecho encendióse esa llama
Que en raudales de amor se derrama
Desde el seno del Dios inmortal.

Blanco lirio de Quito la hermosa,
En tu cáliz más rico que el oro
Puso Dios de inocencia un tesoro
Para asombro de gracia y virtud.
Revestida de nuestras miserias,
Ángel fuiste de extrema belleza,
Querubín, del saber en la alteza,
Serafín, por tu amor á Jesús.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En tu pecho infantil ya cabía
De los héroes la indómita audacia:
¡Que tal puede la acción de la gracia
En un alma, cual tú, virginal!
Dar ansiabas tu sangre inocente
Conquistando á Jesús miles de almas.
Del apóstol, del mártir ... las palmas
Fueron siempre tu noble ideal.

Recibir al Cordero sin mancha
Fué tu vida, tu anhelo constante;
Él, en cambio, de amor palpitante
Presuroso corría hacia ti.
Su fecunda virtud te infundía,
Te abrasaba en divinos ardores,
Y formaba de célicas flores
En tu pecho gracioso jardín.

Como el águila audaz se levanta
Á las puras regiones del cielo,
Y sus ojos contemplan sin velo
La hermosura del fúlgido sol;
Así tú contemplabas la esencia
Inefable del Dios trino y santo:
Y arrobada tu mente de encanto,
Poseía admirable intuición.

Cuando todo es quietud en la noche,
Cuando reina doquiera el misterio,
Al compás de melifluo salterio
Se te oía gozosa cantar;
De seráfico amor encendida,
Derramabas tu acento argentino,
Los regalos del Dueño divino
Celebrando de un ángel al par.

Noble virgen, de celo abrasada,
Por calmar la justicia divina,
Empuñando feroz disciplina
Purpurabas el suelo á tus pies.
De esa sangre, ¡oh portento inaudito!
De esa sangre brotó blanco lirio,
De pureza y heroico martirio.
¡Digno premio y emblema á la vez!

Ese lirio empuñando en tu diestra
Sobre trono de vívida lumbre,
¡Cuál te miro en la célica cumbre
Rebosando de dicha y de paz!
Tu humildad, tu denuedo en la lucha,
Tu gran celo, tu amor, tu inocencia,
Tu asombrosa y feliz penitencia...
Te han labrado esa gloria inmortal.

¡Ah! Mariana, Azucena de Quito,
Desde el cielo en que luces tan bella,
Con el puro fulgor de una estrella,
Oye nuestro doliente clamor.
¡Ah! lloramos en triste destierro
Aherrojados con viles cadenas;
Contra el alma se estrellan las penas
Como oleajes de un mar en furor.

¡Ve á tu patria, por cuya existencia
Fué holocausto tu vida inocente,
Descender escabrosa pendiente,
Arrastrada del genio del mal!...
Ruega á Dios que piadoso la mire,
La perdone, ilumine y levante
De la sima profunda, humillante...
En que duerme con sueño letal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Que la fe no se apague en tu patria,
Que la anime celeste esperanza,
Que disfrute por siempre bonanza,
Por fronteras que tenga la paz;
Dios es Dueño y Señor de tu suelo,
Consagrado á su amor soberano:
¡Jamás ponga el infierno su mano
De Jesús en la eterna heredad!

Rafael del Pozo C. SS. R.

BREVE SUNTO DELLA VITA

DEL VEN. SERVO DI DIO

ANTONIO MARIA CLARET

FONDATORE DELLA CONGREGAZIONE DEI MISSIONARI

FIGLI DELL' IMMACOLATO CUORE DI MARIA

Roma, 1924 - Officina Tipografica R. De Luca - Governo Vecchio, 32

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Que la fe no se apague en tu patria,
Que la anime celeste esperanza,
Que disfrute por siempre bonanza,
Por fronteras que tenga la paz;
Dios es Dueño y Señor de tu suelo,
Consagrado á su amor soberano:
¡Jamás ponga el infierno su mano
De Jesús en la eterna heredad!

Rafael del Pozo C. SS. R.

BREVE SUNTO DELLA VITA

DEL VEN. SERVO DI DIO

ANTONIO MARIA CLARET

FONDATORE DELLA CONGREGAZIONE DEI MISSIONARI

FIGLI DELL' IMMACOLATO CUORE DI MARIA

Roma, 1924 - Officina Tipografica R. De Luca - Governo Vecchio, 32

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BREVE SUNTO DELLA VITA

DEL VEN. SERVO DI DIO

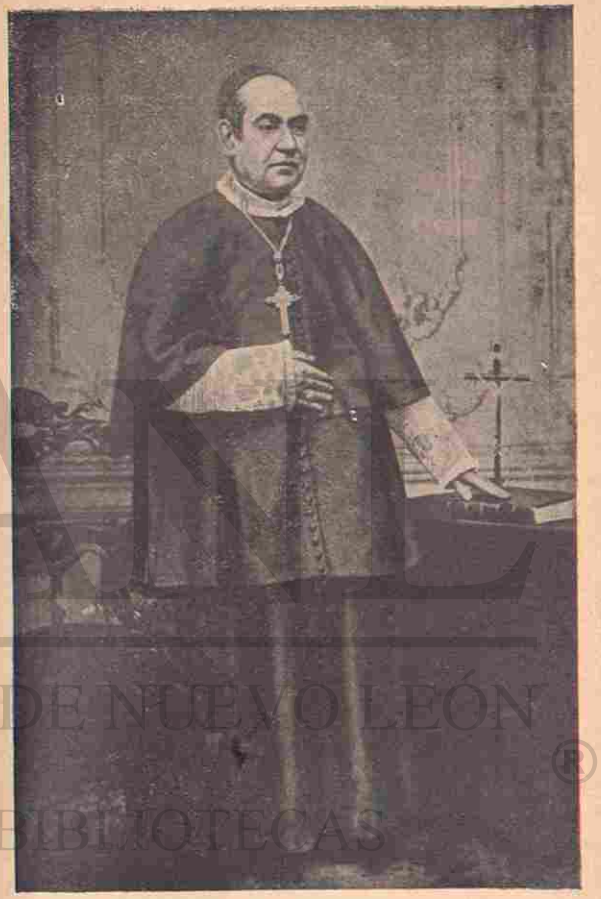
ANTONIO MARIA CLARET

FONDATORE DELLA CONGREGAZIONE DEI MISSIONARI

FIGLI DELL'IMMACOLATO CUORE DI MARIA

Roma, 1924 - Officina Tipografica R. De Luca

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Il Ven. Servo di Dio ANTONIO MARIA CLARET.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INTRODUZIONE

Una Congregazione religiosa, fondata in Spagna, or sono 75 anni, si sviluppa meravigliosamente nel seno della Chiesa, riempiendo di ammirazione quanti la contemplano.

Le sue intraprese vengono coronate da esito lusinghiero; le sue fondazioni si riaffermano; si allarga ogni giorno la sua azione vigorosa ed efficace per tutto il campo cattolico, che essa illumina coi gloriosi raggi della scienza, delle arti, dell'apostolato, della santità, in maniera tanto più ammirabile, quanto non siamo avvezzi a vedere frequentemente nella storia simili esempi.

Lo sguardo si volge istintivamente a fissare l'alta figura del suo fondatore, il cui spirito

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

riproduceva con tanta ricchezza i suoi propri ideali.

Oggi il nome del Ven. P. Claret si pronunzia con rispetto ed ammirazione, non solo perchè le sue virtù illuminano vivamente le anime, ma ancora perchè l'opera prediletta del suo fecondo apostolato, quella cioè in cui maggiormente incarnò la ricchezza del suo spirito, ingigantisce e riempie della sua fama tutta la terra.

Per ciò, si rende necessario tracciare questa anima di apostolo glorioso, almeno nei suoi lineamenti principali, onde appagare le brame di molti che cercano di conoscerla.

Ecco il perchè di quest'opuscolo.

CAPITOLO I.

I primi anni del V. P. Claret

1807 — 1835

Nella piccola e industriale città di Sallent, bagnata dalle acque del Llobregat, nacque il giorno 23 di Decembre dell'anno 1807 il Ven. Arcivescovo D. Antonio Mª Claret, Fondatore della Congregazione dei Missionari Figli dell'Immacolato Cuore di Maria.

Ebbe a genitori Giovanni Claret e Giuseppa Clará spagnoli e cristiani di fede verace, i quali misero a base della educazione dei loro figli la pietà e la più sincera religione. Le prime parole che loro insegnarono a pronunziare, erano i nomi dolcissimi di Gesù e di Maria, abituandoli, col loro esempio, ad invocarli con frequenza. Facevano insieme le preghiere del cristiano alla mattina e alla sera; insieme pure recitavano, ogni giorno, il S. Rosario;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

accompagnavano i loro figliuoli alla S. Messa ed alle altre sacre funzioni di Chiesa, tenendoli sempre accanto a sè. Erano virtù caratteristiche di quella famiglia: il profittare bene del tempo e le pie letture.

Fra gli undici figli con cui Dio benedisse il cristiano focolare, che abbiamo descritto, Antonio si segnalò per la docilità nel seguire sì belle vie, palesando già dai primi anni, la santità a cui avrebbe dovuto arrivare. Non meritò mai correzioni da parte dei suoi genitori e maestri, anzi era proposto a modello di tutti gli altri, perchè non si notavano in lui i difetti o mancanze della prima età, ma soltanto le più belle inclinazioni alla virtù.

Aveva solo cinque anni e passava lunghe ore in orazione e meditazione, di giorno e di notte, inabissandosi colla sua pura intelligenza nell'idea della eternità, della sciagura dei dannati, e della bontà divina. Durante i suoi innocenti passatempi, gli pareva talvolta di udire che lo chiamava la Vergine perchè andasse in Chiesa, ed il candido fanciullo correva subito a prostrarsi ai piedi dell'immagine di Nostra Signora del Rosario o presso il santo tabernacolo con le mani giunte, o con le braccia incrociate, fissi gli occhi



Fanciullo di cinque anni si inabissava nell' idea dell' eternità.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sull'oggetto del suo amore, « solo soletto ad intendersela col Signore » secondo diceva egli scherzevolmente. In queste visite ed in quelle che faceva con sua sorella Rosa ad un divoto eremitaggio della Madonna detta di Fussimanya, ottenne dal Signore il dono delle lagrime, che versava abbondantissime nello scorgere da lungi l'umile cappella di Maria Vergine.

Pieno d'invidia il demonio per tanta pietà, assalì il suo tenero cuore con due orribili tentazioni. estranee a quell'età; l'una di bestemmia contro Maria Santissima, l'altra di avversione alla sua madre naturale. Le angoscie della sua anima, in queste prime battaglie, furono indicibili; ma il coraggio e la fermezza con cui resistette, destarono grande ammirazione nel suo confessore, che non capiva in quel fanciullo la celeste sapienza, per cui aveva vinto sì gloriosamente.

Adorna la sua anima della virtù incoronata dai freschi allori della vittoria, si svegliarono nel suo cuore vivissimi desiderii di unirsi a Gesù per mezzo della S. Comunione.

Il giorno della sua prima Comunione, si riputò l'uomo più felice della terra· e godeva tanto, alloggiando Gesù nel suo petto e trat-

tenendo il suo pensiero in affetti verso la S. Eucaristia, che, leggendo spesso il libro: « *Le finezze di Gesù Sacramentato* » se ne commoveva profondamente, ed arrivò ad imparare a memoria quel libro. Le ardenti brame di trattare con Gesù, destarono in lui, dal primo aprirsi della sua intelligenza l'idea di essere sacerdote ed a questo fine cominciò ad imparare il latino; ma dovette sospenderne le lezioni, perchè suo padre, senza l'intenzione di opporsi alla divina volontà, si credette obbligato, dalle circostanze della famiglia, a farlo lavorare nei telai della casa.

La condotta di Antonio nella nuova occupazione corrispose ai santi principi della sua vita; e tanto in casa propria, quanto a Barcellona, ove lo mandò il padre, perchè lì potesse imparare gli ultimi progressi della fabbricazione, fu esempio di tutte le virtù. La sua serietà, applicazione ed ingegno; la sua umiltà, carità e santa condiscendenza guadagnarono in tal modo la volontà dei suoi compagni di lavoro, che, se nei primi anni lo si potè proporre a modello dei fanciulli, divenne poi modello ed esempio dei giovani, disegnando in lui la Divina Provvidenza la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

grande figura di colui che doveva essere il santo dell'epoca, presa questa parola nel suo più largo significato, dal momento che non solo il suo esempio ritrarrebbe l'ideale di tutte l'età e delle principali condizioni della vita moderna, ma anche perchè, ispirato da Dio, con la sua penna avrebbe dovuto tracciare per tutti l'ideale cristiano in questi tempi, in cui la società e le sue istituzioni hanno sofferto così profonda trasformazione.

Il rilievo della figura che abbozziamo, verrà crescendo a misura che attentamente la considereremo.

L'autorità che aveva sui compagni di lavoro era assoluta.

Grazie alle sue insinuanti preghiere, essi recitavano nella fabbrica, durante il lavoro, tutti i giorni, le tre parti del Santo Rosario.

Lo chiamavano il **Santo**, ricorrevano a lui in tutte le difficoltà, ma non potevano mai ottenere che li seguisse in alcun ritrovo di divertimenti, nè perdesse tempo in qualsias maniera.

Non ostante, per il suo carattere provvidenziale, doveva pure avere esperienza delle difficili condizioni del giovane operaio. Nessuno infatti se ne trovò in circostanze peggiori delle sue, per conservarsi fedele ai virtuosi propositi. L'età delle passioni, l'ambiente mondano e distratto, i progressi nel suo ufficio che gli attiravano i plausi e le mire interessate dei padroni dell'arte febbrile, la fortuna che gli faceva intravvedere un aureo avvenire, tutto in somma seduceva la sua virtù e lo invitava a propositi meno onesti.

Il nostro santo giovane provò questi allettamenti che, come egli diceva, intiepidirono leggermente la sua vita. Ma Iddio vegliò sul suo eletto: un laccio teso alla sua castità, che amava come il più prezioso tesoro dell'anima, in casa di un suo compagno che frequentava; il tradimento d'un altro suo amico che gli rubò i risparmi che aveva fatto, mettendo per di più in pericolo la sua fama; ed una grazia singolarissima che ricevette della Vergine Santissima in quegli anni, gli fecero riflettere seriamente sui pericoli del mondo e sulla vanità delle cose terrene.

La grazia ricevuta da Maria Santissima si svolse in questa maniera: un giorno in cui Antonio si bagnava i piedi nella spiaggia, si agitò d'improvviso il mare ed egli si vide trascinato dalle onde,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nel vedersi sommerso nell'oceano, invocò con tutta fiducia la Vergine Santissima, la quale mandò i suoi angeli che lo trasportarono a terra, senza che fosse entrata nella sua bocca una sola goccia di acqua e senza che si fossero bagnati i suoi vestiti; ma rimase tutto spaventato, da una parte per il pericolo materiale, da cui era stato liberato, e dall'altra per il pericolo morale che lo minacciava se per la eccessiva attenzione alle cose della terra trascurava le cose del cielo: e se, pel delirio che aveva per l'arte sua, non poteva attendere divotamente alle pratiche religiose. Allora, riflettendo sopra quella massima di Gesù Cristo: « che giova all'uomo guadagnar tutto il mondo, se perde la sua anima? » risolvette di abbandonare il mondo e di rinchiudersi nella certosa di Montealegre, per adoperarsi con maggior quiete e sicurezza, per la sua propria santificazione. Pose subito in pratica questa risoluzione, mettendosi in viaggio; però Dio non gli permise di terminarlo, giacchè una furiosa tempesta gli impedì, a metà strada, di andare innanzi. Ma Dio stesso gli offrì un sant'uomo che gli indicò, a nome suo, l'indirizzo che doveva dare alla sua vita; e fu quello di trasferirsi



Si agitò d' improvviso il mare ed egli si vide trascinato dalle onde.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

a Vich, per cominciare la carriera ecclesiastica, nella quale doveva dare alla gioventù studiosa il modello pratico della sua vita, come era stato modello della gioventù operaia. Ospite presso un virtuoso sacerdote, cominciò con ardimenti da gigante, la vita spirituale sotto la direzione del celebre P. Bach, Preposito dell'Oratorio. Meditazione giornaliera, esame di coscienza, lettura spirituale, visite al SS.mo Sacramento, erano le pratiche essenziali del regolamento della sua vita: il tempo che gli restava, lo dedicava allo studio delle materie assegnate dal Seminario, alla visita degli ammalati nell'ospedale, ed all'accrescimento di quelle cognizioni che gli sarebbero state necessarie nel suo ministero passando lunghe ore nella Biblioteca dell'Episcopio, studiando col suo amico, l'insigne filosofo del secolo XIX, D. Giacomo Balmes.

La sua futura vita pubblica, che tanta ammirazione doveva recare alle genti, sta quasi in germe in questa epoca della sua carriera ecclesiastica. La eloquenza della sua predicazione, la sapienza della sua dottrina che meravigliava quanti lo udivano, egli le acquistò con un lavoro costante, che non



Riflette sopra quella massima:
Che giova all'uomo guadagnar tutto il mondo....

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gli permetteva di perdere un solo momento di tempo. Non trascurava veruna utile conoscenza; la Sacra Scrittura, la Filosofia, la Teologia, l'Oratoria, la Letteratura e le altre scienze complementari delle scienze ecclesiastiche le studiava con vera sollecitudine, meritando per ciò dal Seminario attestati onorevolissimi sotto ogni rapporto.

Anche in questo tempo gettò nella sua anima le radici d'ogni virtú. Cominciò allora l'esame particolare dell'umiltà, continuandolo fino agli ultimi anni di sua vita, umiltà che offrì a Dio ampia base donde innalzare il magnifico edifizio della santità, ed alla propria persona un incanto ed una attrattiva gradissima, e l'equilibrio ed eroica equanimità in mezzo alle più grandi calunnie e disprezzi. La sua penitenza e mortificazione erano straordinarie. Portava dei sassolini nelle scarpe, onde avere uno svegliarino della presenza di Dio; per tre giorni della settimana usava del cilizio e per altri tre, si faceva la disciplina a sangue. Delle volte, nella notte già avanzata, meditando la passione di Gesú Cristo, gli si faceva difficile prendere il modesto riposo sul letto, ed allora alzandosi, si stringeva sul capo una corona di spine e

disciplinava assai fortemente il suo innocente corpo, dicendo tra i singhiozzi « Signore! Voi in croce ed io in così piacevole giacilio !!! ».

La divozione alla Madre di Dio fu singolarissima ed uno dei caratteri più segnalati di tutta la sua vita. Soleva dire allora che ben volentieri avrebbe tollerato le molestie di un lungo viaggio, per liberare qualsiasi persona dal tormento che in lui causavano le ansie di compiacere e di contemplare la Celeste Signora.

In fondo al giardino della casa di D. Forziano, in cui dimorava, c' era una cappellina dedicata alla Regina degli Angeli; lì andava il giovine Antonio a passarvi delle ore felicissime, deliziandosi coll' oggetto del suo amore

A Maria Santissima era pure debitore della sua castità angelica. Studiava Filosofia e, trovandosi un giorno a letto per una indisposizione, si vide assalito da una violenta tentazione impura; tutti i mezzi adoperati per scacciarla via, risultavano inutili al purissimo giovane, il quale cogli occhi bagnati di lagrime si rivolse dall' altro lato del letto. Ed ecco, all' improvviso, gli appare la Regina Immacolata raggiante di celeste bellezza ac-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

compagnata dagli angeli, e dai suoi santi avvocati. e mostrandogli una ghirlanda di rose d' incomparabile bellezza, gli dice: « Antonio, se vinci, te la darò » Cessò la tentazione: vide i demonî fuggire pieni di vergogna e fin da quel momento non sentì mai più gli stimoli della carne. Nessuna meraviglia che tale santa vita si palesasse in qualche modo nella persona del giovane seminarista, e che l'Ill.mo Sig. Corcuera, Vescovo della diocesi, meravigliato della virtù di Antonio, dicesse a D. Forziano: « Voglio ordinare Antonio, perchè vedo in lui qualche cosa di straordinario. » Ed infatti, quattro anni prima del tempo in cui soleva farlo cogli altri studenti: cioè quando Antonio studiava il secondo corso di Teologia, gli conferì gli Ordini Sacri, ed il sacerdozio gli fu dato poi per mano dell'Ill.mo Fr. Giovanni de Tejada Vescovo di Solsona, il giorno 13 di giugno del 1835. Disse la prima Messa, dopo otto giorni di fervorosa preparazione in santi esercizi, il 21 dello stesso mese.

Dobbiamo venerare in silenzio quello che il Servo di Dio sentisse in quel giorno e non osiamo descrivere ciò che sarebbe indescrivibile.



Il V. Servo di Dio riceve per mezzo della Madonna il dono della castità

Possiamo però indovinare qualche cosa di quello che Dio dovette operare in quella bell'anima, sapendo che nel ricevere il Diaconato l'anno 1834, gli fu rivelato da Gesù Cristo e da Maria Santissima il piano della Congregazione dei Missionari Figli dell'Immacolato Cuore di Maria, che egli più tardi fondò.

Da quello che s'intravede nei suoi scritti, questa rivelazione fu per lui come la visione di S. Ignazio nella grotta di Manresa; si discoprirono al suo spirito i grandi disegni di Dio nella sua vita e quella dei Missionari di cui sarebbe stato il fondatore.

La trasformazione fu completa: divini splendori illuminarono con tutta chiarezza il suo spirito, e furono così poderosamente fecondi i germi di vita soprannaturale che allora seminò il Signore nella sua anima, che lo svolgersi della vita di sacerdote e di missionario apparve in lui un vero miracolo. Dura ancora il suo ricordo nei paesi di Catalugna, che guardano con stupore alle sue immortali gesta, delle quali sarà una pallida immagine ciò che ci proponiamo di abbozzare nel capitolo seguente.

CAPITOLO II.

Sacerdote e Missionario

1835 — 1850

La rivoluzione settembrina di sì infausta memoria in Spagna, apportò, come conseguenza, una serie di leggi inique e di violenze contro la Chiesa, che inpedirono al novello Sacerdote di studiare nel Seminario i quattro anni di studi ecclesiastici che gli mancavano.

Fece privatamente tali studi e si presentò per gli esami rispettivi.

Con tutto ciò, non furono meno onorevoli le votazioni ottenute; per conseguenza, dopo un brillante esame, gli furono concesse ampie licenze per predicare e confessare, e fu poi nominato Coadiutore e poco dopo Curato Economo di Sallent, suo paese nativo.

Diede principio alla vita pubblica coi caratteri di un santo.

I Sallentini erano ammirati dalla divozione e dal fervore nelle Sacre funzioni e particolarmente nella S. Messa, che il Servo di Dio diceva con un raccoglimento ammirabile. Attendeva agli infermi ed ai poveri con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Possiamo però indovinare qualche cosa di quello che Dio dovette operare in quella bell'anima, sapendo che nel ricevere il Diaconato l'anno 1834, gli fu rivelato da Gesù Cristo e da Maria Santissima il piano della Congregazione dei Missionari Figli dell'Immacolato Cuore di Maria, che egli più tardi fondò.

Da quello che s'intravede nei suoi scritti, questa rivelazione fu per lui come la visione di S. Ignazio nella grotta di Manresa; si discoprirono al suo spirito i grandi disegni di Dio nella sua vita e quella dei Missionari di cui sarebbe stato il fondatore.

La trasformazione fu completa: divini splendori illuminarono con tutta chiarezza il suo spirito, e furono così poderosamente fecondi i germi di vita soprannaturale che allora seminò il Signore nella sua anima, che lo svolgersi della vita di sacerdote e di missionario apparve in lui un vero miracolo. Dura ancora il suo ricordo nei paesi di Catalugna, che guardano con stupore alle sue immortali gesta, delle quali sarà una pallida immagine ciò che ci proponiamo di abbozzare nel capitolo seguente.

CAPITOLO II.

Sacerdote e Missionario

1835 — 1850

La rivoluzione settembrina di sì infausta memoria in Spagna, apportò, come conseguenza, una serie di leggi inique e di violenze contro la Chiesa, che inpedirono al novello Sacerdote di studiare nel Seminario i quattro anni di studi ecclesiastici che gli mancavano.

Fece privatamente tali studi e si presentò per gli esami rispettivi.

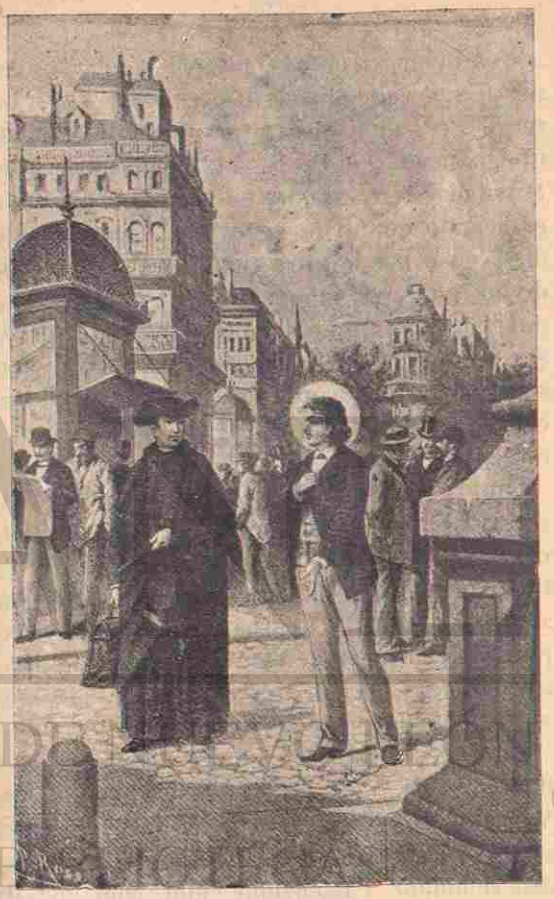
Con tutto ciò, non furono meno onorevoli le votazioni ottenute; per conseguenza, dopo un brillante esame, gli furono concesse ampie licenze per predicare e confessare, e fu poi nominato Coadiutore e poco dopo Curato Economo di Sallent, suo paese nativo.

Diede principio alla vita pubblica coi caratteri di un santo.

I Sallentini erano ammirati dalla divozione e dal fervore nelle Sacre funzioni e particolarmente nella S. Messa, che il Servo di Dio diceva con un raccoglimento ammirabile. Attendeva agli infermi ed ai poveri con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

carità eroica, fino a rimaner senza mangiare per soccorrerli. Istruiva i fanciulli e tutti trattava con singolare prudenza e bontà. Dedicava lunghe ore alla orazione, ed il suo ritiro era edificante. Predicando dell'amor di Dio, gli accadde di rimaner estatico; nell'orazione si innalzava talvolta due metri da terra. Le anime del Purgatorio sollecitavano spesso i suoi suffragi; gli angeli gli apparivano visibilmente e frequenti erano le visite che riceveva da Maria Vergine e da Gesù Cristo. In questa vita divina e comunicazione soprannaturale, imparò la prudenza necessaria per esercitare il ministero nei tempi difficili che correvano, quando egli cominciò la vita pubblica; difficoltà derivanti principalmente dalla divisione tra le famiglie, a cagione della guerra civile. Il Servo di Dio, a tutti debitore come S. Paolo, mai toccò le questioni politiche che si complicavano con quelle religiose; e conosciuto da tutti i partiti pel suo ardente zelo, non si poteva considerare partigiano di nessuno, ma tutti ricorrevano a lui con assoluta fiducia, causando emulazione nei paesi vicini a Sallent, che in sì critiche circostanze invidiavano la sorte di avere quell'angelo di pace.



Un angelo guida il V. Servo di Dio in Marsiglia durante il suo viaggio a Roma.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nondimeno risultava piccolo quel campo per il suo zelo capace di accendere tutta la terra. Per cui risolvette di presentarsi alla Congregazione di Propaganda per andare alle Missioni estere. Si mise in viaggio per Roma, edificando quanti lo vedevano, e per il suo distacco e per le altre virtù. La Provvidenza divina guidava i suoi passi; così in Marsiglia, dove ebbe a fermarsi cinque giorni, aveva sempre a sua disposizione un angelo, con sembianze di giovane marsigliese, che gli faceva da guida e da agente in tutte le ricerche necessarie.

Giunto a Roma, fece gli esercizi spirituali sotto la direzione di un P. Gesuita, che gli consigliò di domandare l'ammissione nella Compagnia di Gesù. Fu ammesso al noviziato dal R.mo P. Roothan; ma, ammalatosi prima della metà dell'anno, lo stesso Padre, ispirato dal Cielo, gli disse apertamente essere volontà di Dio che se ne tornasse in Ispagna.

Ritornò di fatto con grande dispiacere, ed il Prelato di Vich lo nominò Reggente di Viladrau. Il Servo di Dio diè principio alle sue famose missioni il 15 Agosto 1840; in esse richiamò l'attenzione non solo per il frutto abbondantissimo del suo apostolico

zelo, ma anche per le guarigioni meravigliose e per i molti prodigi, coi quali il Signore volle accreditare il suo sacro ministero. Gli abitanti di Viladrau accampavano dei diritti ai prodigi che in altri luoghi operava il loro santo pastore, e quando esso ritornava dalle missioni, gli si facevano innanzi i parenti degli ammalati, che erano morti durante la sua assenza, dicendogli, come Marta e Maria al Salvatore: « Signore, se ti fosti trovato qui, mio fratello non sarebbe morto ». Queste cose sollevarono qualche pensiero o sospetto nella delicata coscienza del P. Claret e così risolvette chiedere al Vescovo che lo esonerasse dall'incarico parrocchiale, per stabilire così la sua residenza in Vich, donde si porterebbe ad evangelizzare i luoghi che la ubbidienza gli avesse segnalati. In questo modo, potè senza timore delle difficoltà e dei pericoli, percorrere tutta la Catalogna e le isole Canarie. Un gran movimento religioso straordinario segnava dovunque le orme del nuovo Apostolo. Mai come allora fin dai tempi di S. Vincenzo Ferrer, si erano viste spopolare le città per ascoltare e vedere un Santo Missionario.

Innumerevoli erano le conversioni; bastava

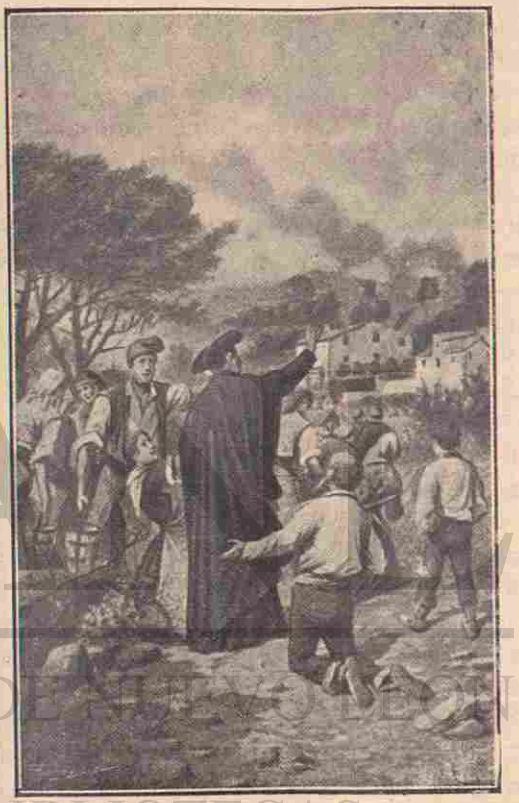
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vederlo fare il segno della croce, per muoversi a pentimento e contrizione.

Delle volte, faceva in un giorno, otto, dieci o dodici prediche. Mentre predicava discendevano sulla sua fronte raggi di luce celeste. Sopra tutto il suo Confessionale era il campo più fecondo del proprio apostolato. Conosceva lo stato della coscienza di tutti, e alle volte ricordava ai penitenti, con tutte le circostanze, i peccati commessi; con poche parole ispirava dolore dei peccati, consolazione agli afflitti, tranquillità agli scrupolosi e dava consigli pieni di senno ad ogni classe di persone. Il Signore lo favorì del dono di profezia e di miracoli. Ma quello che richiamava di più l'attenzione e produceva nelle anime maggior profitto, era la vita stessa del Venerabile Padre Claret.

Faceva sempre i viaggi a piedi, portando per tutto suo equipaggio, involti in un fazzoletto, una camicia, un paio di calze, il breviario, la bibbia ed i suoi monoscritti.

Non accettava provviste pel viaggio, nè ricompensa alcuna materiale per le sue fatiche. Mangiava e beveva pochissimo e mai carne e vino: passava quasi tutta la notte nell'orazione e nello studio ed il poco che



Col segno della croce spegne un incendio a Viladrau

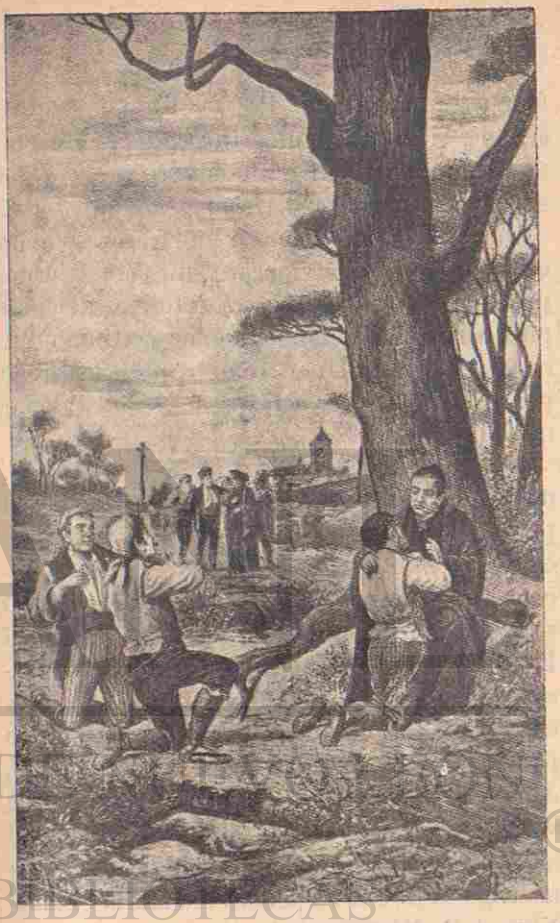
UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dormiva lo faceva per terra o seduto in una sedia.

Aveva nella sua persona una grande attrattiva e qualche cosa di sovrumano, che compiva prodigi di conversioni nelle anime.

Essendo un giorno in una strada solitaria, gli si fecero incontro tre uomini dall'aspetto fiero, gridando: « Fermo! Padre Curato: si prepari alla morte ». Il benedetto Padre con molta tranquillità e dolcezza rispose loro: « Vado a predicare nel tal paese; mi stanno aspettando; lasciatemi compiere il mio dovere e, dopo aver predicato, tornerò in questo stesso luogo ». Avendo ad essi promesso che a nessuno avrebbe rivelato cosa alcuna, lo lasciarono andare; predicò, si confessò e mantenne la promessa. Nell'incontrarsi di nuovo, gli dissero quelli: « Sissignore, noi lo volevamo uccidere, ma la sua condotta ci ha disarmati: vogliamo cambiar vita e confessarci proprio ora ». E così fecero.

Lo seguiva moltissima gente da un paese all'altro, venendo da ogni contrada nel luogo dov'egli predicava; e, molto tempo prima che cominciasse il discorso, erano affollate completamente le chiese più vaste, e doveva predicare, non poche volte, nelle piazze o



Il V. Servo di Dio converte tre assassini che l'assalgono mentre andava a predicare.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

in aperta campagna. Presso il suo confessionale, si formava una turba di gente che non diminuiva mai e che spesso passava dei giorni ad aspettare il turno per confessarsi.

Durante i quindici mesi che trascorse nelle Canarie, non potè riposare un solo giorno, poichè passò tutti i giorni interi o nel pulpito o nel confessionale, se si eccettuano due ore della notte ed il tempo indispensabile pei viaggi, per dir Messa e per assaggiar qualche cibo.

Con tuttociò quegli isolani, per confessarsi, dovevano aspettare perfino nove giorni; si provvedevano di cibi che prendevano lì vicino. per non perdere il turno, ed era necessario formare gruppi e liste ed aver quattro soldati per assicurar l'ordine. Per liberare il P. Claret dalla calca di gente, quando passava da un paese all'altro, il Municipio procurava che alcuni uomini portassero quattro pali inchiodati onde formare un quadrato, dentro il quale c'era il Padre, poichè, alle volte, erano quattro o cinque mila quelli che lo accompagnavano con grida di: Viva la religione di Gesù Cristo! Viva Maria SS.ma! Viva il P. Missionario!

I prodigi erano innumerevoli: quasi tutti



Il V. Servo di Dio è portato da un angelo da una sponde all' altra del fiume Besós.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gli infermi guarivano col solo segno della Croce, con alcuni innocenti rimedi o con alcuni consigli spirituali. Col contatto delle sue dita, ricevettero improvvisamente la vista due ciechi; ed il bambino Francesco Forcadell risanò dalle gibbosità che gli erano uscite sul petto e sulle spalle. Ad un povero uomo cambiò la merce di contrabbando in un'altra permessa. Nei viaggi lo accompagnavano spesso gli angeli in figura visibile: uno di essi, in sembianze di fanciullo, lo portò sulle spalle per passare il fiume Besòs, quando per le pioggie era questo divenuto impraticabile. La fama che si acquistò con questa vita prodigiosa, fu la causa per cui, vacando in quel tempo l'Arcivescovato di Cuba, fosse il Venerabile Padre presentato il 4 di Agosto del 1849, per occupare la sede di Santiago.

CAPITOLO III.

Il Padre Claret Arcivescovo

1850 — 1860

Molte e ripetute istanze ci vollero per vincere l' umiltà del Santo Missionario, perchè accettasse l' arcivescovato di Cuba; ma



Il V. Servo di Dio converte quattro condannati a morte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gli infermi guarivano col solo segno della Croce, con alcuni innocenti rimedi o con alcuni consigli spirituali. Col contatto delle sue dita, ricevettero improvvisamente la vista due ciechi; ed il bambino Francesco Forcadell risanò dalle gibbosità che gli erano uscite sul petto e sulle spalle. Ad un povero uomo cambiò la merce di contrabbando in un'altra permessa. Nei viaggi lo accompagnavano spesso gli angeli in figura visibile: uno di essi, in sembianze di fanciullo, lo portò sulle spalle per passare il fiume Besòs, quando per le pioggie era questo divenuto impraticabile. La fama che si acquistò con questa vita prodigiosa, fu la causa per cui, vacando in quel tempo l'Arcivescovato di Cuba, fosse il Venerabile Padre presentato il 4 di Agosto del 1849, per occupare la sede di Santiago.

CAPITOLO III.

Il Padre Claret Arcivescovo

1850 — 1860

Molte e ripetute istanze ci vollero per vincere l' umiltà del Santo Missionario, perchè accettasse l' arcivescovato di Cuba; ma



Il V. Servo di Dio converte quattro condannati a morte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la obbedienza al suo legittimo Superiore che glielo ordinò formalmente, per indicazione del Sig. Nunzio a Madrid, ed il consiglio di persone molto rispettabili, l'obbligarono, dopo alcuni giorni di esercizii spirituali, ad assoggettarsi alla volontà di Dio. In tal modo venne consacrato nella Catedrale di Vich il 6 di ottobre del 1850. I giorni seguenti, fino al 28 di Decembre, giorno in cui s'imbarcò, egli li dedicò al ministero, come se fosse un semplice missionario. Allora fece una importantissima missione nella citta di Gerona, e dovè predicarla tutta dal balcone della storica Casa Pastor, perchè la Catedrale era assai ristretta per la gran gente che lo ascoltava. In questa occasione, in Villafranca del Panadés, ottenne di convertire quattro condannati a morte, i quali si rifiutavano di ricevere i Sacramenti.

La sua partenza da Barcellona fu un vero avvenimento, ed avvenne altrettanto nel suo ingresso a Santiago di Cuba il 16 Febbraio 1851. Non è facile dare una idea dello stato in cui si trovava l' isola di Cuba, quando arrivò alle sue spiaggie il V. P. Claret. Non c' era memoria che il Seminario avesse dato un solo sacerdote alla diocesi. Non vi erano



Il V. Servo di Dio s' imbarca per l' isola di Cuba

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

più di 125 sacerdoti in tutto l'arcivescovato; non pochi paesi si trovavano senza nessuno ed in altri non vi era neppure una chiesa, o questa era inadatta pel culto. Alcune parrocchie avevano quindici o sedici leghe di estenzione, altre mancavano di ogni dotazione pel culto o per i loro ministri, ovvero l'assegno era così insignificante che i parroci della Capitale riscuotevano soltanto 33 scudi annui! . . Conseguenza di tutto ciò erano la miseria, l'abbandono, gli scandali e la poca autorità di molti di essi tra i fedeli. Qualunque altro, senza l'animo del P. Claret, sarebbe venuto meno dinnanzi a quel quadro desolante. Ma al Servo di Dio ciò servì di stimolo per lavorare con maggior coraggio. Ottenne veramente di trasformare l'aspetto morale della Diocesi, tanto che lo stesso Governo di Sua Maestà lo ringraziò d'ufficio. Cominciò dal Seminario, organizzandolo in modo che entro sei anni vi si formavano già mirabilmente in scienza ed in virtù centinaia di seminaristi.

Sollecitò poi il finanziamento parrocchiale, con una giusta dotazione per il culto e per il clero, ottenendo anche dal Governo spagnuolo che si ripristinassero gli Istituti religiosi, e che si devolvesse loro una parte dei beni ad essi spettanti; per conseguenza, aprirono le loro case in Cuba i Signori della Missione, gli Scolopi, i Gesuiti, le Figlie della Carità e le Monache Benedettine della Dottrina. Dispose che tutti i sacerdoti facessero gli esercizi spirituali, che dirigeva egli medesimo, e che passassero annualmente per turno un mese nel Seminario; e in questo modo ottenne di riformare il Clero.

Pochi giorni dopo il suo ingresso a Santiago, diè principio alla santa missione che durò quanto la quaresima, con tale rinnovamento di costumi pubblici e privati, che non pareva la medesima popolazione di prima. Poi fece la visita in tutte le chiese della Capitale, mentre i suoi compagni, mandati a due a due, inauguravano la missione in diversi punti della diocesi, dove andava il Santo Arcivescovo a terminarla. Sembra cosa incredibile !, eppure consta in una maniera evidente, che in sei anni visitò personalmente tutta la vasta diocesi per tre volte e, parte di essa, almeno quattro volte, spesso per solitari e pessimi sentieri, a piedi od a cavallo; cadde più d'una volta, mentre si faceva notte, in qualche bosco o dove il

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

buio lo sorprendeva e passò senza cibo molte ore ed anche intiere giornate.

Era di conforto pel Servo di Dio la benedizione colla quale il Signore faceva fruttificare le sue fatiche. Dopo la visita-missione, che fece durante i primi due anni, erano tanto rari quelli che ignoravano la sostanza della dottrina cristiana, quanto quelli che prima la conoscevano. Vi erano Distretti che avevano solo otto, dieci, o venti matrimoni canonici; invece al termine di quella visita, si contavano a centinaia. In poco più di due anni, si verificarono oltre dodicimila matrimoni di persone che vivevano in pubblico concubinato, si legittimarono più di quarantamila figli; si riconciliarono circa trecento sposi, che vivevano separati; ed il Servo di Dio cresimò più di centomila persone. Con egual frutto continuò negli anni seguenti. Nè si creda che la sua azione fosse limitata all'ordine spirituale e religioso. Nelle sommosse così frequenti in Cuba, la sua opera fu grandemente pacificatrice e da tutti riconosciuta; oltre ad ottenere un indulto generale ed assoluto pei ribelli, neutralizzò gli intenti dei cospiratori e dei protestanti, in modo che spagnuoli e nemici riconoscevano

che, mentre rimanesse il Santo Arcivescovo in Cuba, non trionferebbero i piani separatisti.

Impiegò pure il suo zelo nel bene materiale delle sue pecorelle.

La Società degli Amici del Paese, riconoscente all'interessamento ed alle fatiche del sig. Arcivescovo, gli offrì il titolo di socio attivo e di Presidente Onorario, ed il Ven. istituì in tutte le Parrocchie la Cassa di Risparmio con un regolamento prudentissimo redatto a favore dei buoni costumi, degli agricoltori e delle arti meccaniche e per assicurare il buon funzionamento di esse fece a ciascuna un anticipo di 1000 scudi (pesi cubani).

Intraprese in Porto Principe la costruzione di un grandioso edificio, che servisse da asilo, da campo sperimentale, da laboratorio chimico, da gabinetto di fisica e di strumenti di lavorazione, da biblioteca e da centro di insegnamento per i lavoratori e per la gente bisognosa: spese dal suo patrimonio 45.000 scudi.

Si dica se è possibile trovare un modello più perfetto dell'Arcivescovo dei tempi e della società attuale.

Non è facile descrivere i sacrifici che queste fatiche richiedevano. Primieramente si

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

preparó, mediante gli esercizi spirituali e la consacrazione di se stesso e di tutta la sua diocesi alla Vergine Santissima, con una visita che, insieme coi suoi familiari, fece a Nostra Signora della Carità del Cobre.

Instituì in tutte le parocchie l'Arciconfraternita del Cuore di Maria e si consacrò a questo Immacolato Cuore. Ben lontano dal dissiparsi con tanti lavori, risolse di unirsi più intimamente a Dio per stare più distaccato dalle creature e lavorare con maggior libertà e più retta intenzione nel campo affidatogli.

Questo spiega la facilità con cui sopportava le molestie, tanto frequenti nelle visite pastorali, come la fame, la sete, la stanchezza, le cattive strade, i dispiaceri gravissimi ed ogni sorta di persecuzioni.

Dio premiava le imprese e le fatiche dello zelante Arcivescovo, illustrando la sua missione con prodigi ammirabili.

Passando per terreni fangosi o in mezzo a spine, ne usciva fuori non imbrattato e senza graffiature; nelle cadute od altri incidenti non riceveva mai danno notevole. Guarì istantaneamente un compagno che ebbe la distorsione di un piede divenuto assai gonfio, e profetizzò la guarigione d'un altro.

Accompagnando, una volta, il Santo Arcivescovo varie persone che viaggiavano su carretti od a cavallo, si fece notte, quando si arrivò ad un torrente, che le pioggie avevano reso impraticabile. « È necessario passare questo fiume » dice il Ven. Arcivescovo a quelli che lo credevano impossibile: e nello stesso istante si ode un gran rumore di sonagli e si trovano tutti, senza saper come, all'opposta sponda. Nelle pubbliche calamità furono innumerevoli e miracolose le consolazioni che prodigò al suo gregge. Frenava i terremoti mettendo la mano sulla terra. Questi prodigi, uniti ad una vita di penitenza e di orazione, gli davano un dominio assoluto sopra tutti, per fare il più grande bene che mai fosse stato fatto nell'isola di Cuba.

La sua astinenza era rigorosissima: passava le notti in orazione o scrivendo: la sua attenzione continua alla presenza di Dio e le frequenti soprannaturali comunicazioni che riceveva da Dio stesso gli davano l'aspetto di santo, e tale era il concetto di tutti i fedeli della sua diocesi, i quali cercavano a gara di trattare col loro santo pastore, fino

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

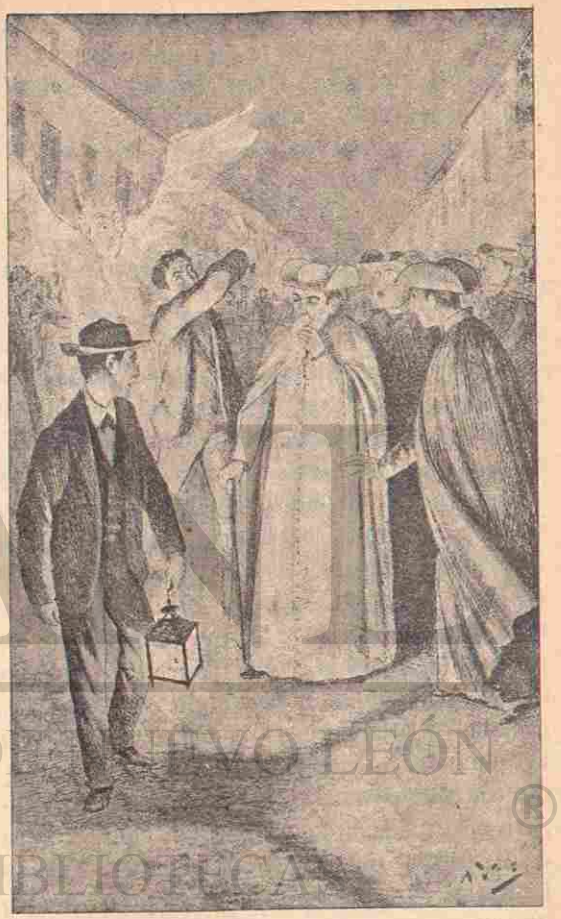
al punto che alcune persone fecero più di 150 leghe di cammino. per ascoltarlo e confessarsi da lui, ed erano alle volte tre, quattro e cinque mila i cavalieri, che lo accompagnavano da uu paese all'altro.

Le loggie massoniche risolvettero di togliergli la vita. Il primo Febbraio 1856 usciva dalla chiesa di Holguin, dove era stato a predicare con fervore e pieno d'ispirazione per lo spazio di un'ora e mezzo sopra le grandezze della Madre di Dio, quando. avvicinandoglisi un uomo, come per baciargli l'anello, gli vibrò sulla faccia un colpo di rasoio che penetrò fino all'osso della mascella sinistra, dall'orecchio alla barba e gli ferì pure il braccio destro. Mentre riceveva il colpo. vide il P. Claret il demonio che afferrava il delinquente. Subito intercedè per costui e con molte premure, perchè non lo punissero affatto, ottenne che non fosse eseguita la sentenza di morte.

Uscirono soltanto dalla sua bocca insieme col sangue, parole di amore e di perdono.

La guarigione fu prodigiosa e nel braccio destro gli restò una cicatrice e coi colori bianco e violaceo un'immagine, a mezza vita, della Vergine Addolorata.

Terminò così la sua missione e col sangue



Il V. Servo di Dio è ferito da un assassino comperato dalle sette

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

innocente del suo corpo, suggellò la santità della sua anima e le fatiche del suo Apostolato.

CAPITOLO IV.

Il P. Claret Confessore di Isabella II^a

1857 — 1869

Stava il Ven. Arcivescovo predicando una missione in Santiago, quando fu chiamato a Madrid da sua Maestà la Regina Isabella II^a, senza che gli si desse a conoscere il motivo.

Dissero alcuni che lo chiamava la Regina per rimproverarlo dello zelo spiegato contro i vizi, zelo che gli scostumati consideravano eccessivo. Ma il servo di Dio senza dare ascolto a dicerie, fece il suo viaggio di ritorno alla Penisola, come l'avrebbe fatto lo stesso S. Paolo, non perdendo in esso l'occasione di predicare e di confessare quanti lo domandavano. Da pertutto ricevette straordinarie dimostrazioni di simpatia e di venerazione, fu acclamato da tutti come Santo ed Apostolo di Gesù Cristo, e molti furono i prodigi che, per suo mezzo, operò Nostro Signore.

Arrivò a Madrid il 26 di Maggio e si presentò alla Regina, la quale gli manifestò il motivo di averlo chiamato: lo pregò cioè che accettasse la direzione della sua coscienza.

Il Santo Arcivescovo le diede consigli prudentissimi, ma non accettò l'incarico, se non dopo aver consultato vari prelati, il signor Nunzio ed il Papa Pio IX, imponendo alla Regina come condizioni, che esso non dimorerebbe nel Palazzo e che quando vi dovesse andare non si fermerebbe in anticamera.

Tutto fù di piacimento della Regina. Il P. Claret dovette accettare, con molto suo dispiacere, un sì difficile incarico, e lo iniziò, risoluto a compierlo con ogni scrupolo. In fatti, non vi sarà mai stato altro confessore, che non fosse un santo come il P. Claret, che abbia ricordato con maggior chiarezza ai suoi penitenti i loro obblighi, come li ricordava egli alla Regina. Per meglio conservare la libertà necessaria di parlare con franchezza a quella illustre Signora, non accettò mai da lei alcun regalo, e le manifestò sempre quale forte ripugnanza sentisse in quel carico. La santa libertà e la rettitudine del P. Claret, quale confessore dell'Augusta Regina, si palesarono chiaramente a causa del riconoscimento del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

così detto Regno d'Italia. Avvertì la sua Real Penitente che si allontanerebbe da Lei il giorno che firmasse quel delitto sacrilego; e quando, ingannata da quelli che formavano l'Unione Liberale, la Regina pose la sua firma il 15 luglio 1865, il signor Arcivescovo la lasciò, non ostante le preghiere e le lagrime dell'augusta Signora e soltanto per obbedire al Papa, tornò a disimpegnare l'incarico di prima.

Per apprezzare il contegno del Servo di Dio in sì delicato uffizio, basterà vedere gli effetti che esso produsse nel reale Palazzo.

La condotta di Donna Isabella, più che edificante, era santa. Dalla Reggia scomparvero tutti gli scandali e le libertà proprie degli alti personaggi che vi abitavano. Solevano dire che quella assomigliava più ad un convento che ad una corte reale; perchè mai nè le dame di onore, nè sua Maestà la Regina stavano in ozio; e molte di loro, che si confessavano pure dal P. Claret, frequentavano i Sacramenti. Mentre il Servo di Dio stette accanto ai Re, nell'animo degli augusti Consorti regnò la più perfetta armonia. Ciò che spiega la rivelazione di un'anima privilegiata che vide il P. Claret, come una

colonna che reggeva il peso della monarchia spagnuola. D'altra parte, la sua dimora in Madrid fu fecondissima di benefici per la Religione e per la Patria.

Al P. Claret si devono i Vescovi d'allora, vero onore di Spagna davanti alle nazioni, come potè ammirarsi nel Concilio Vaticano. Può dirsi quasi, che tutte le fondazioni religiose ricevettero da lui favore, impulso e direzione. Non c'era una istituzione che egli non dirigesse coi suoi consigli e conferenze. Queste furono certamente numerose, fino a rivolgere la divina parola tre, quattro, cinque e più volte, in un solo giorno, a diverse comunità ed associazioni religiose di carità. Ogni anno, fece gli esercizi spirituali al Clero in numero di seicento sacerdoti; le Conferenze di S. Vincenzo de' Paoli lo ricercavano con avidità e tutti i conventi si contendevano il turno per ascoltarlo.

Nominato Presidente dell'Escorial, si dedicò a restaurare quel monumento, detto l'ottava meraviglia del mondo, fino a raggiungere quella magnificenza che ebbe al tempo del suo regio fondatore Filippo II°. Fondò in esso un Centro ecclesiastico, che nella parte religiosa, scientifica e materiale

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

stava all'altezza dei migliori centri del mondo. Comprò un ricchissimo mobilio; restaurò gli orti e i giardini; fondò un grandioso Gabinetto di Fisica, un Museo di storia naturale ed una Biblioteca. con migliaia di opere, Biblioteca che si chiama ancora, *del P. Claret.*

Fu nominato pure Protettore della Chiesa e del Regio Ospedale di Monserrato, e salvò dalla rovina quello stabilimento, col far cambiar di aspetto tutto il suo organismo.

I famosi viaggi di Isabella II^a^ per le Provincie di Spagna diedero occasione al venerabile Confessore di evangelizzare, col suo ardente zelo, tutta la nazione. Quanto si dica di questi viaggi *provvidenziali*, riguardo ai frutti raccolti dal Servo di Dio, colle sue fatiche, col suo zelo, tutto è ben poco.

Chiamiamo *provvidenziali* questi viaggi, perchè sembra che Dio li ordinasse come un invito a tutta la Spagna, prima del castigo della rivoluzione settembrina colle sue fatali conseguenze; castigo che il Venerabile profetizzò moltissime volte e che fu provocato dalla bestemmia, dalla disonestà e dalla profanazione dei giorni festivi.

Quanti osservavano la sua vita, non finivano di ammirare quel suo zelo infaticabile,



La Madonna S.ma mette fra le braccia del V. Servo di Dio il Bambin Gesù

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

che gli faceva recitare fino a dodici prediche in un solo giorno e passare il tempo restante nel Confessionale, senza prendere cibo di sorta. In quel tempo però fu ancora più ammirabile la sua vita interiore.

Il suo spirito era arrivato ad una tale perfezione; che fu l'oggetto dei favori più singolari da parte del Signore; alcuni di essi - a quanto si sa - non furono mai concessi fino ad ora ad altro Santo. La sua orazione era incessante, la penitenza senza esempio e sopratutto l'unione con Dio intima e ineffabile. Gesù nascosto nel SS.mo Sacramento dell'Altare formava tutte le sue delizie. Per tanto Gesù, che non si lascia vincere nell'amore, gli concedette, in questo tempo, secondo le ripetute manifestazioni del Ven. ai suoi direttori, dall'anno 1861, la grazia singolarissima della Conservazione delle specie sacramentali incorrotte da una Comunione all'altra, ed il P. Claret era divenuto per tale grazia, un tabernacolo vivente, dove si conservava giorno e notte il SS.mo Sacramento. Dopo ciò, non ci stupisce il cumulo di grazie e di favori che, come leggiamo nei suoi manoscritti spirituali, aveva ricevuti in questi anni. Gesù gli assicurò la sua sal-

vezza; Maria SS.ma, nella notte del S. Natale, gli depose il Bambino Gesù tra le braccia: l'Arcangelo S. Michele gli rivelava chi si salvava e chi si dannava e gli si offriva a lottare contro i suoi nemici, i demoni.

Senza dubbio, quest'epoca della vita del Servo di Dio è la più feconda e la più ricca di opere gloriose e di meriti dinnanzi alla religione ed alla patria; ma è necessario trattare insieme delle altre epoche della sua vita, nel capitolo seguente.

CAPITOLO V.

Il Ven. P. Claret, Fondatore

Il V. P. Claret è stato la provvidenza di Dio in questa epoca; una speciale creazione per il suo secolo.

Le due manifestazioni più poderose dello spirito moderno, l'associazione e la stampa fiorirono in lui magnificamente e da lui ricevettero sano e legittimo indirizzo.

Difficil cosa sarà trovare nella storia un altro personaggio che sia stato fondatore ed anima di più associazioni religiose come lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

che gli faceva recitare fino a dodici prediche in un solo giorno e passare il tempo restante nel Confessionale, senza prendere cibo di sorta. In quel tempo però fu ancora più ammirabile la sua vita interiore.

Il suo spirito era arrivato ad una tale perfezione; che fu l'oggetto dei favori più singolari da parte del Signore; alcuni di essi - a quanto si sa - non furono mai concessi fino ad ora ad altro Santo. La sua orazione era incessante, la penitenza senza esempio e sopratutto l'unione con Dio intima e ineffabile. Gesù nascosto nel SS.mo Sacramento dell'Altare formava tutte le sue delizie. Per tanto Gesù, che non si lascia vincere nell'amore, gli concedette, in questo tempo, secondo le ripetute manifestazioni del Ven. ai suoi direttori, dall'anno 1861, la grazia singolarissima della Conservazione delle specie sacramentali incorrotte da una Comunione all'altra, ed il P. Claret era divenuto per tale grazia, un tabernacolo vivente, dove si conservava giorno e notte il SS.mo Sacramento. Dopo ciò, non ci stupisce il cumulo di grazie e di favori che, come leggiamo nei suoi manoscritti spirituali, aveva ricevuti in questi anni. Gesù gli assicurò la sua sal-

vezza; Maria SS.ma, nella notte del S. Natale, gli depose il Bambino Gesù tra le braccia: l'Arcangelo S. Michele gli rivelava chi si salvava e chi si dannava e gli si offriva a lottare contro i suoi nemici, i demoni.

Senza dubbio, quest'epoca della vita del Servo di Dio è la più feconda e la più ricca di opere gloriose e di meriti dinnanzi alla religione ed alla patria; ma è necessario trattare insieme delle altre epoche della sua vita, nel capitolo seguente.

CAPITOLO V.

Il Ven. P. Claret, Fondatore

Il V. P. Claret è stato la provvidenza di Dio in questa epoca; una speciale creazione per il suo secolo.

Le due manifestazioni più poderose dello spirito moderno, l'associazione e la stampa fiorirono in lui magnificamente e da lui ricevettero sano e legittimo indirizzo.

Difficil cosa sarà trovare nella storia un altro personaggio che sia stato fondatore ed anima di più associazioni religiose come lo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fu il Santo Arcivescovo, nè altri che piú abbia lavorato nella stampa. Da quando egli era missionario, formò di tutti i suoi uditori una società di preghiere; faceva progredire le associazioni esistenti dando loro efficace impulso. Rinnovò quelle dei Luigini, delle Figlie di Maria, della Dottrina Cristiana e del Rosario.

In Cuba fondò le Conferenze dei Sacerdoti; le Casse di risparmio, l'impresa di Porto Principe e ristabilì le Comunità religiose.

Ebbe speciale preferenza per le Associazioni dedicate al Cuore Immacolato di Maria. Con le sue prediche e coi suoi scritti queste si sono propagate nella Spagna e nell'America e si deve a Lui ed ai suoi figli Missionari la massima parte delle Confraternite che, con questo titolo, si sono erette.

Fondò « le Religiose in Casa propria o le Figlie del SS.mo Cuore di Maria », idea geniale del suo zelo, che finora non fu sfruttata in tutta la sua efficacia, ma che diverrà in seguito una grande fondazione. Diede egualmente il titolo del Cuore di Maria alle Associazioni sacerdotali, che volle favorire coll'Opuscolo « *Regole dell'Istituto dei Chierici Secolari che vivono in Comunità* ». Quando

il Dr. Gioacchino Masmitjá fondò le religiose Figlie del SS.mo Cuore di Maria, era consigliato dal P. Claret.

Piú ancora c'è da ammirare nella sua vocazione di fondatore.

Ai fratelli Castagner consigliò la fondazione delle Suore Filippine in Mataró per le quali ottenne l'approvazione del Governo spagnuolo, e quando l'opera decadde, li animò contro il parere generale e profetizzò loro felici risultati. A Suor Maria del Cuore di Gesù profetizzò anche la sua opera, prima che quella avesse una siffatta idea e la diresse nei momenti più difficili della fondazione. Le Adoratrici, fondate dalla Ven. Madre Sacramento, lo ritengono quasi per fondatore, e la Venerabile lo chiamava il Superiore dell'Istituto.

Più ancora: fondò una *Società spirituale di Maria SS.ma per distruggere l'orribile peccato della bestemmia*, società che produsse così buoni effetti in ogni parte, dove venne stabilita. Fondò e diede le regole alle Religiose Benedettine dell'Immacolata Concezione, stabilite in Cuba e poi in Ispagna.

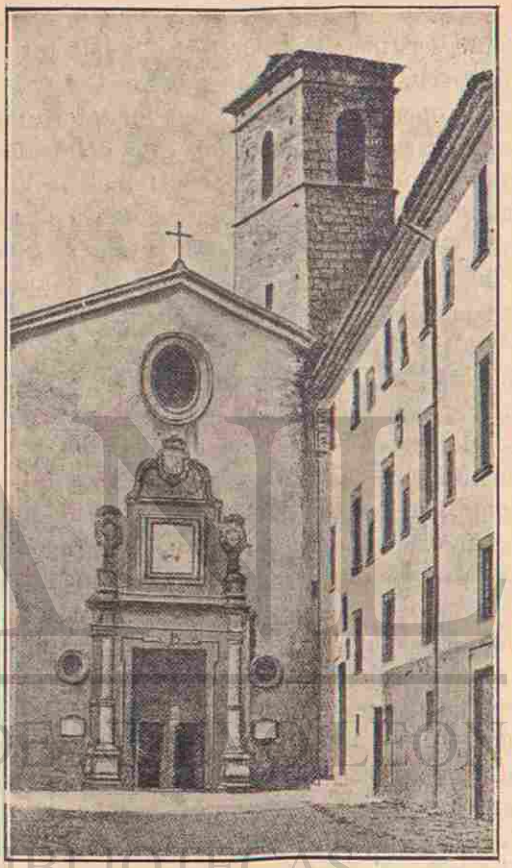
Una delle fondazioni più importanti, dovute al P. Claret, fu la *Libreria religiosa*,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

che gli valse le felicitazioni di Pio IX, e giustamente perchè è impossibile calcolare il bene che ha fatto in Spagna e nelle Americhe. A questa Casa editrice si deve in gran parte la propaganda Cattolica di buone letture, fatta nelle nazioni di lingua spagnuola, e si sa che dall'anno 1848, in cui fu fondata, fino al 1866, si stamparono più di cinque milioni di libri ed opuscoli e altrettanti fogli, continuando allo stesso modo, fino ai dì nostri. Come opera grandiosa del secolo passato dovrà sempre ricordarsi l' *Accademia di S. Michele*, che compì in Madrid il P. Claret nell'anno 1859.

Suo scopo era di far sì che gli scrittori ed artisti cattolici trovassero in Dio il vero ideale della bellezza e che le loro opere servissero sempre alla divina gloria ed alla moralità dei popoli.

La rivoluzione del' 68, invocata per abbattere tutte le grandi imprese, distrusse un'opera di così eccezionale importanza pel bene della società, ma in meno di due lustri quell'opera aveva già distribuito gratuitamente alcuni milioni di libri ed oggetti di devozione, aveva fondato molte biblioteche parrocchiali e popolari, ed aveva ottenuto che

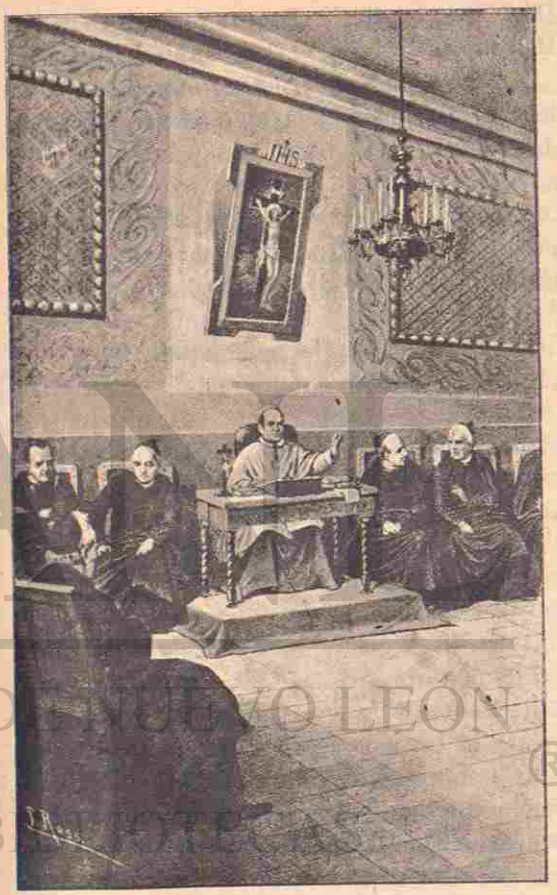


Casa Madre della Congregazione dei Figli dell'Immacolato Cuore di Maria (Vich.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

alcuni scrittori illustri dessero alla letteratura un avviamento religioso e morale.

Ma l'opera sua grande, quale fondatore, e la Congregazione dei Missionari Figli dell'Immacolato Cuore di Maria, che cominciò in Vich l'anno 1849, in una cella del Seminario Conciliare. Ebbe l'incarico di fondarla espressamente da Gesù Cristo e da Maria SS.ma, i quali gli assicurarono che la Congregazione si diffonderebbe per tutta la terra, che durerebbe fino alla fine del mondo e che si salverebbero tutti quelli che in essa morissero. Ne ebbe la prima idea o rivelazione, quando si ordinò Diacono nel 1834; prima di andare a Roma, andava meditando sulla realizzazione di quest'opera, ma non tenne conto per allora delle circostanze opportune per condurla a termine; durante le sue missioni in Catalogna, formarono con lui la *Fratellanza Apostolica* alcuni illustri sacerdoti che, segretamente, ponevano a servizio della Santa Causa tutti i loro interessi, energie, nome ed influenze, senza pretese terrene d'alcun genere. Tra questi discepoli scelse i suoi apostoli, coi quali formò la Congregazione di Missionari. Tali furono il Dr. Stefano Sala,



Il V. Servo di Dio presiedendo un Capitolo generale della sua Congregazione

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

D. Giuseppe Xifrè, D. Domingo Fábregas, D. Giacomo Clotet e D. Emanuele Vilaró.

Nel trovarsi riuniti, il Santo fondatore disse loro: « Oggi incomincia un'opera molto grande ». E così fu di fatto. Sul principio molte e difficili prove si dovettero vincere; tra le principali, l'improvvisa separazione e quasi perdita del Fondatore, eletto Arcivescovo di Cuba da lì a pochi mesi, e la rivoluzione del '68 con cui l'Istituto sembrava essersi disciolto come il sale nell'acqua; ma, compiendosi la profezia del Fondatore, fu martirizzato in Selva del Campo il piissimo P. Crusats, il cui sangue si convertì in semenza celeste, che fece sviluppare in tutto il mondo l'albero della Congregazione. Semenza miracolosa, la quale tosto che fu gettata in terra, in piena rivoluzione, germogliò in Francia, dove istituì un Centro e parecchie Case in Spagna, in Argelia e nel Chili, e alla morte del Fondatore, nel 1870, si era già ottenuto dalla Santa Sede che si celebrasse liturgicamente in tutta la Spagna la festa titolare della Congregazione, cioè la festa del Cuore di Maria, come pure si era ottenuta l'approvazione perpetua delle Costituzioni, che

erano diligentissimamente praticate da cento suoi figli.

Il Signore si serve, nella sua misericordia, dei Figli del Cuore di Maria per fare un bene immenso tra Sacerdoti, Seminaristi, Comunità religiose e tra persone di ogni stato e classe per mezzo degli esercizi spirituali, delle Sante Missioni, dell'insegnamento religioso e dell'assistenza spirituale, sopra tutto nelle epoche più critiche per epidemie o per altri motivi.

Attualmente la Congregazione che conta 3000 membri è divisa in dieci provincie e benchè discacciata da alcune nazioni, conta più di cento sessanta Comunità distribuite in venti Nazioni europee, ed americane, ed in Africa, dove sostiene una tra le più difficili missioni d'infedeli, con un Vicario Apostolico che ha la dignità di Vescovo. Forse non c'è diocesi in Ispagna e dell'America latina, che non abbia sollecitato il ministero dei suoi Missionari, ma molte non si son potute ancora contentare per mancanza d'individui.

Tal'è l'opera del P. Claret, come fondatore, la quale, per la sua importanza, lo mette accanto a S. Domenico di Guzman a S. Francesco d'Assisi e a S. Ignazio di Loyola.

UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA
DIRECTIVO CENTRAL DE BIBLIOTECAS

CAPITOLO VI.

Il P. Claret, scrittore.

Non si può ben conoscere il P. Claret, se non si considerava questa fase della sua attività tanto prodigiosa per cui quantunque null'altro avesse fatto nella sua vita se non scrivere ciò che lasciò scritto, per ciò solo sarebbe l'ammirazione di tutti. L'interesse straordinario alla lettura, che si rivelò nel P. Claret dai suoi primi anni, ed il grande profitto che traeva dalla medesima, spinsero il suo zelo alle fatiche dello scrittore per il bene delle anime. Più volte Gesù Cristo e la Vergine SS.ma l'incoraggiarono perchè si dedicasse a scrivere; ed egli, docile alla voce divina, approfittava delle ore della notte e del riposo per comporre, dovendo occuparsi, di giorno, del ministero apostolico.

Stupisce in verità che potesse scrivere quello che scrisse, faticando nello stesso tempo quanto faticò.

Scrisse opere di apologetica, di morale, di ascetica e di mistica, di arti e di scienze, di oratoria, di storia, di agricoltura etc. etc.



Il Signore approva l'opera del Servo di Dio; « Il Collegiale istruito »

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

segnalandosi per la chiarezza, per la precisione e la purezza di dottrina, cui forse non raggiungono molti scrittori, che godono maggior fama. Essendoci impossibile dire quanto sarebbe necessario su questa materia così essenziale nella vita del P. Claret, mi contenterò di esporre varî punti:

1°. È fondatore della *Libreria religiosa* e iniziatore di quella particolare maniera nello scrivere che si esige adesso quando si scrive per il popolo e che prima era sconosciuta.

Ciò fece specialmente nei suoi fogli volanti di propaganda e nei suoi opuscoli; invenzione maravigliosa che ha ottenuto un esito colossale, e che fù più tardi praticata con felicissimi risultati.

2°. È pure fondatore dell'*Ascetica popolare* ossia applicò, l'Ascetica, esposta nei libri, alle necessità presenti, divulgando i consigli e tracciando piani di vita ancor oggi seguiti universalmente.

Dalla sua ispirata penna uscirono preziosi libri per tutti gli stati e per ogni classe di persone, dai fanciulli fino ai Prelati della Chiesa, essendo stati espressamente alcuni di essi approvati dallo stesso Gesù Cristo, come ad esempio il libro intitolato il *Semi-*

narista istruito in due volumi, che si considera indispensabile ai seminaristi. E notisi che la sua Ascetica non ha il minor pericolo nella pratica. L'Ascetica del P. Claret è pura, seria, facile, efficace.

3°. Scrisse esaurientemente sul domma e sulla morale, difendendoli dagli errori dell'epoca, senza che lo si possa tacciare per nulla riguardo all'integrità della dottrina.

4.° L'opera più grande ed importante di lui, come scrittore, è il Catechismo spiegato sotto ogni forma che possa trovare l'ingegno e con un merito, non ancora superato da nessuno fino al presente.

5.° Le sue opere sono innumerevoli, alcune di esse hanno ottenuto edizioni numerosissime, e si possono collocare, da questo lato, accanto alla Sacra Bibbia, al Kempis e al D. Chisciote.

6.° Finora non si era visto uomo Apostolico che avesse tanto adoperato l'importantissimo mezzo della stampa per il profitto delle anime, specialmente se a quello che abbiamo detto aggiungiamo le grandiose opere della *Libreria Religiosa* e dell'*Accademia di S. Michele.*

7°. Diciamo finalmente che precedette tutti

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

i grandi uomini nel riconoscere la stampa quale mezzo necessario dei tempi moderni per la difesa e pel sostenimento della verità cattolica.

Verrà un giorno in cui l'esame delle sue opere, e dei suoi scritti ci riveleranno una figura così eminente nel Ven. P. Claret, che dominerà molte epoche della storia ed illuminerà dei suoi splendori la terra.

CAPITOLO VII.

Ultimo anno della sua vita

1869 — 1870

Dopo che il Servo di Dio ritornò a Madrid presso la Regina, per obbedire al Sommo Pontefice, aumentarono le tribolazioni e le sofferenze con cui lo tormentarono i suoi nemici. Si scatenò una vera tempesta di ogni genere di patimenti, fino a lasciare il suo spirito ammareggiato di ogni dolore. Non è facile poter misurare tanta amarezza; ma possiamo assicurare che il P. Claret era molto simile all'immagine perfetta dell'Uomo dei



Il Ven. Servo di Dio
rapito in estasi nella sua preghiera

UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dolori, del Dio Crocifisso e della Madonna Addolorata.

Quando i politici liberali e i settarii lo videro a fianco della Regina, ritenendolo per un disturbatore dei loro piani, intrapresero contro di lui, per mezzo della stampa, una vera campagna d'insulti e di calunnie le più indecenti ed indegne. In molti giornali il santo Confessore era il piatto d'ogni giorno: si supponeva che egli intervenisse, sempre in maniera sfavorevole, in tutti gli avvenimenti e gli si attribuivano le più criminali relazioni. I teatri, i romanzi, le cartoline, le scatole di fiammiferi ed ogni sorta di vignette seminavano dovunque i supposti scandali: si scrissero di lui ampie biografie, che non erano altro che novelle immorali ed empie; si pubblicarono libri scandalosi col suo nome; si ripetevano le minaccie di morte, giunte in varie occasioni a vie di fatto. Non tardò a presentarsi la bufera della rivoluzione del '68, da cui fu trascinato insieme alla Regina, all'esilio, sfuggito quasi per miracolo dalle mani dei rivoluzionarii che lo cercavano come l'unica vittima che bramavano di sacrificare ai loro odi anticattolici.

Per mezz'anno dimorò in Francia il Servo

di Dio a consolare D.ª Isabella, lavorando, come sempre, nel ministero del suo Apostolato ed intercedendo per la Spagna, affinchè non vi si perdesse la fede, ciò che gli fu concesso dal Signore coll' intercessione di Maria SS.ma.

Dipoi si diresse a Roma, dove si dedicò alle fatiche del Confessionale e del pergamo, massimamente nel Collegio Latino-Americano, per formare i chierici dell'America, ove egli desiderava spargere la semenza del S. Evangelo, e della quale assicurava col tempo che uscirebbero più anime per il Cielo che dall'Europa. Là andarono, in quel tempo, i suoi Missionarii, dei quali, prima di morire, ebbe le prime notizie rallegrandosi dei prodigiosi frutti raccolti nel loro ministero.

A Roma ebbe parte molto attiva nel Concilio Vaticano, richiamando l'attenzione dei Padri per la sua santità, per la sua dottrina e per lo zelo ed il fervore con cui egli perorò nella discussione sull'Infallibilità Pontificia.

Queste fatiche e l'azione naturale degli anni aggravarono la salute del Servo di Dio che dovè lasciare il suo ritiro di S. Adriano della Città Eterna e andarsene a vivere nel

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

l'affetto dei suoi figli Missionari nella loro Casa di Prades in Francia. Questo accadeva il mese di Giugno del 1870 e due mesi più tardi lasciava di nuovo quella dolce dimora, costretto dalla polizia, per comando del governo spagnolo, per domandare come elemosina una cella nel monastero del Cister di Frontfroide.

Là gli giunse la notizia di due avvenimenti che esso aveva profetizzato molto tempo prima, la disfatta di Napoleone III° e l'entrata degli italiani a Roma.

Quel luogo di orazione e di penitenza fu la sua ultima dimora. Circondato dai religiosi cirtenciensi che nel solo vederlo ne riconobbero la sua santità, arsistito da quell'angelo della nostra Congregazione, che si chiamò P. Clotet, la cui causa di beatificazione è stata incominciata, il giorno 24 Ottobre, festa del suo angelo amico S. Raffaele, rese il suo spirito a Dio per entrare nei gaudi della gloria.

Fu seppellito nel cimitero dei religiosi e sulla lapide s'incise questa sentenza che riassume tutta la sua vita: « HO AMATO LA GIUSTIZIA E ODIATO L'INIQUITÀ; PER QUESTO MUOIO IN ESILIO ».



Spoglie mortali del V. Servo di Dio

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dio ha glorificato il nome di lui conprodigi, della cui autenticità la Chiesa sta per decidere.

La fama di santità del P. Claret ha oltrepassato le frontiere della sua patria ed ora con vera ansia si aspetta di vederlo glorificato sugli altari.

Imprimatur: Fr. Albertus Lepidi, O. P., S. P. Ap. Magister.
Imprimatur: Iosepe Palica, Archiep. Philippen, Vicesger.

LAS ONCE

URSULINAS

DE VALENCIENNES

(FRANCIA)



BEATIFICADAS

EL 13 DE JUNIO DE 1920

A. M. D. G.

PRIMERA EDICION

PUEBLA

TALLERES TIPOGRAFICOS NIETO

1921

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dio ha glorificato il nome di lui conprodigi, della cui autenticità la Chiesa sta per decidere.

La fama di santità del P. Claret ha oltrepassato le frontiere della sua patria ed ora con vera ansia si aspetta di vederlo glorificato sugli altari.

Imprimatur: Fr. Albertus Lepidi, O. P., S. P. Ap. Magister.
Imprimatur: Iosepe Palica, Archiep. Philippen, Vicesger.

LAS ONCE

URSULINAS

DE VALENCIENNES

(FRANCIA)



BEATIFICADAS

EL 13 DE JUNIO DE 1920

A. M. D. G.

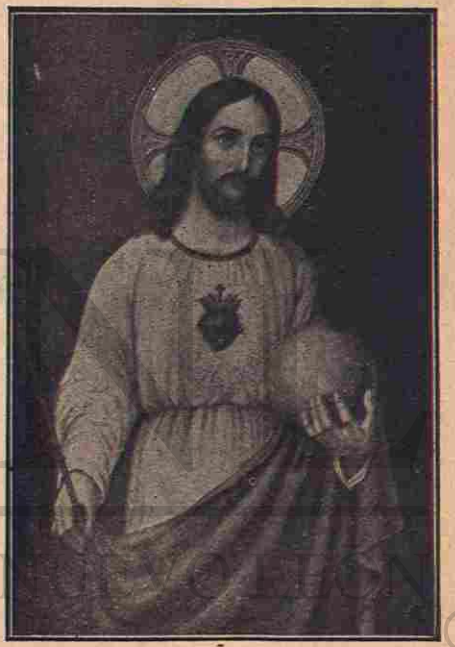
PRIMERA EDICION

PUEBLA

TALLERES TIPOGRAFICOS NIETO

1921

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DIVINO CORAZON DE JESUS
REY DEL UNIVERSO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LAS ONCE URSULINAS

DE VALENCIENNES (Francia).

Beatificadas el 13 de Junio de 1920.

A. M. D. G.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMPRIMATUR:

† ENRIQUE, Arzobispo de Puebla.

Puebla de los Angeles, 31 de Mayo de 1921.

De conformidad con el Decreto del Papa Urbano VIII, recordamos que todo lo contenido en este opúsculo ha sido escrito sin ninguna intención de prevenir la decisión de la Sta. Iglesia a la cual nos sometemos con todo corazón.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PROLOGO

Al ver la inmensa muchedumbre que en el domingo 13 de Junio de 1920 llenaba la inmensa Basílica Vaticana, podía uno convencerse que las solemnes glorificaciones de los Beatos y de los Santos no cansan la devoción de los piadosos fieles, pues el mismo majestuoso espectáculo se había repetido seis veces en el transcurso de dos meses.

Para quien posee aún el tesoro de la fé, no hay demostración más conmovedora de la inmutabilidad y santidad de la Iglesia Católica, y de la autoridad soberana de su Augusto Jefe que estas solemnes manifestaciones.

Mientras que los pueblos se agitan, sin poder encontrar la paz, entretanto que se extiende por todas partes, con la tristeza de los males actuales, la incertidumbre del mañana, la Iglesia, tranquila y serena, apoyada sobre su Divino Fundador, otorga a sus hijos la aureola de los Beatos y de los Santos, y proporciona a todos los que se interesan por su obra en este mundo, gozos espirituales y socorros eficaces.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero ¿para quiénes son tan solemnes fiestas? Para unas humildes y desconocidas religiosas: cuatro Hermanas de la Caridad y once Ursulinas.

Los sufrimientos de estas esforzadas vírgenes que supieron mostrar al mundo cuán viril es el ánimo que se esconde en la oscuridad del claustro, sus gloriosas luchas y su muerte envidiable es lo que querémos recordar en estas páginas.

Cuando la humilde Fundadora de las Ursulinas, Santa Angela Merici, rehusando dar su nombre a la Orden que fundó, la puso bajo el patrocinio de la virgen-martir Santa Ursula; quizas había visto, en lontananza que un día, sus hijas debían unir también la palma del martirio al lirio de la virginidad!

Hoy, como hace quince siglos, la grande mártir hace subir hacia Dios legiones de almas, porque generaciones de jóvenes, en el mundo entero, vienen a abrigar su inocencia bajo la sombra de los monasterios que cubre con su protección, y adonde ellas se preparan para hacerse no sólo el ornamento. sino el más firme sostén de la sociedad.

Antes de morir, en líneas para siempre memorables y que la Sta. Sede ha calificado de palabras proféticas, Sta. Angela se expresó así: «Tened por cierto que nuestra Asociación es la obra de Dios, y que jamás la abandonará hasta el fin de los tiempos. Si es él quien la estableció, quién pues podrá destruirla?»

Las Ursulinas en el siglo XX continúan la obra que les confió el cielo desde el XVI. En medio de los mayores peligros HAN LEVANTADO LOS OJOS HACIA LA MONTAÑA SANTa, DE DONDE LES VENDRÁ LA SALVACIÓN: en un mometo feliz de religioso entusiasmo y de fé, han erigido en la Basílica nacional de Montmartre una capilla dedicada a Santa Angela y a Santa Ursula.

Que el Divino Corazón de Jesús por la intercesión de nuestra Santa Fundadora, de nuestra ilustre Patrona y de nuestras Beatas Mártires, nos obtenga, a las que estamos en la lucha y encontramos tantos obstaculos, la gracia inapreciable de procurar siempre más la gloria de Dios y la salvación de las almas!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



SANTA ANGELA MERICI
FUNDADORA DE LA ORDEN DE URSULINAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LAS ONCE URSULINAS

DE VALENCIENNES

SUS SUFRIMIENTOS Y SU MUERTE GLORIOSA

"Que Nuestra Bendición sea una luz y una esperanza a las Religiosas que, como las Ursulinas de Valenciennes se dedican a la educación cristiana de la juventud, porque la enseñanza de la religión católica acaba siempre por triunfar, aún cuando conduzca al martirio"! (S. S. Benedicto XV: Discurso pronunciado en la Lectura solemne del Decreto de las Vírgenes Mártires de Valenciennes y de Arras.)

I

LAS URSULINAS Y LA REVOLUCION.

Valenciennes, ciudad situada al Norte de Francia, notable en tiempos pasados por la fabricación de encajes que llevan su mismo nombre, es hoy un centro carbonífero de grande importancia.

Poseía para la edución de la juventud, entre otros colegios, una casa de Religiosas Ursulinas fundada en abril de 1654 por la comunidad belga de Mons.

Esta casa no había cesado durante siglo y medio de ser el asilo de la piedad y de la caridad, al mismo tiempo que un foco renombrado de educación cristiana tan dulce como firme, y basada en los principios de la fé.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En 1789, el convento de Valenciennes contaba 32 religiosas que daban la instrucción a cerca de 500 niñas, Este establecimiento ocupaba el primer lugar entre las casas de educación de aquella ciudad.

Su reputación se había extendido más allá de la frontera, «Las jóvenes que de Bruselas se mandaban, en gran número, para hacer en él su educación, se hacían notar después en la sociedad, por la solidez de su instrucción y el agrado de una conversación variada y sin pretención». Así se expresa el «Eco de la Frontera» de aquel tiempo.

Cuando en el mes de marzo de 1790, la Madre Clotilde Paillot de San Francisco de Borja fué elegida Superiora de las Ursulinas de Valenciennes, comprendió cuán amargo sería el caliz que el Señor le reservaba; pero lo aceptó. Si el cáliz era amargo, cuán glorioso debía ser!

La Asamblea nacional había abolido los votos monásticos, y bajo pretexto de devolverles su libertad, invitaba a las religiosas a salir de sus conventos. Cuando los representantes de la nación se presentaron al monasterio de las Ursulinas para interrogar a las Hermanas, la Madre Clotilde tuvo el consuelo de ver que sus hijas estaban decididas a reclamar la sola libertad de vivir y de morir en su santa vocación.

Sin embargo, si la Revolución abría las puertas de las casas religiosas, no renunciaba todavía a sus servicios para la enseñanza y las obras de caridad.

Las Ursulinas, a pesar de las dificultades de los tiempos continuaron pues, durante diez y ocho meses viviendo en su casa; pero cuántas molestias y exigencias de los agentes del distrito se sucedieron sin interrupción. En varias partes, las vejaciones habían llegado a tal extremo, que muchas religiosas comenzaban a emigrar. Este año de 1790, las Ursulinas de Tournai (Bélgica) recibieron en su monasterio un gran número de sus hermanas francesas, de las casas de Lille, Tourcoing, Saint-Omer y Valenciennes.

El 20 de septiembre del mismo año. un primer inventario de los bienes muebles e inmuebles de la comunidad se hizo por el Mayor, los Oficiales municipales, el Procurador y un Secretario, que para el caso penetraron en la clausura.

Antes de retirarse, esta Comisión hizo comparecer cada una de las Religiosas, preguntándoles si consentirían en salir voluntariamente del monasterio. Todas declararon su firme voluntad de vivir y de morir en su santa casa.

En agosto de 1792 se promulgaron decretos prohibiendo a los religiosos y a las religiosas el derecho de enseñar.

«¿Quién instruirá pues a nuestras niñas si nos quitan a las Ursulinas?» decían las familias del pueblo que, después de más de un siglo, sólo habían visto la obra de estas modestas e incansables institutrices.

La Convención que un día se atreviera a reivindicar la gloria de haber organizado la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

instrucción primaria en Francia, comienza por destruir, con un plumazo, las solas escuelas que existían para las niñas.

«Al suprimirlas, dice Taine, cierra a la mitad de la población francesa, todo recurso de cultura y de instrucción. Delante de tales institutos, añade el mismo imparcial historiador, por poco cuidado que uno tuviese del interés público y de la patria, era menester detenerse».

En el mes de octubre de 1792, las Ursulinas recibieron la orden de salir de su monasterio. No les fué permitido llevar sino el mobiliario de sus pobres celdas: una cama, una silla, una jarra y una Cruz.

Afligidas, pero resignadas y abandonadas a la divina Providencia, la Rev. Madre Clotilde y sus hijas se dirigieron hacia Bélgica.

Dos religiosas de coro y una conversa se quedaron en Valenciennes, encargadas de cuidar y salvar, en cuanto fuera posible, los intereses de la comunidad.

II

IDA A BÉLGICA Y REGRESO A FRANCIA.

Las Ursulinas de Mons, con las cuales las de Valenciennes habían tenido siempre fraternales relaciones, ocupaban todavía su monasterio, y a esta casa hospitalaria se dirigieron las desterradas.

La partida no se hizo sin trabajo: una joven novicia, Angélica Lepoint fué a su pueblo natal para traer unos carros en los cuales tomaron lugar las veintiseis religiosas a quienes su edad y su salud permitieron el viaje. Estaban revestidas de su hábito religioso y llevaban el pobre mobiliario anteriormente mencionado; además, condición esencial en estos turbulentos tiempos, un pasaporte de que previamante se proveyeron.

Una religiosa de Mons, Angela Honorez, en una curiosa relación de «lo que pasó en esta comunidad durante la revolución» dice que el recibimiento hecho a las fugitivas desvaneció la tristeza. Las llevaron a la capilla al canto del TE DEUM; en el coro y en el refectorio, las Hermanas de Mons y las de Valenciennes se colocaron por orden de profesión. Las dos comunidades estaban muy unidas, pero gobernadas cada una por su superiora. Por otra parte, nada omitieron las primeras, dada su caridad, para mitigar a las Ursulinas francesas, la amargura del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

instrucción primaria en Francia, comienza por destruir, con un plumazo, las solas escuelas que existían para las niñas.

«Al suprimirlas, dice Taine, cierra a la mitad de la población francesa, todo recurso de cultura y de instrucción. Delante de tales institutos, añade el mismo imparcial historiador, por poco cuidado que uno tuviese del interés público y de la patria, era menester detenerse».

En el mes de octubre de 1792, las Ursulinas recibieron la orden de salir de su monasterio. No les fué permitido llevar sino el mobiliario de sus pobres celdas: una cama, una silla, una jarra y una Cruz.

Afligidas, pero resignadas y abandonadas a la divina Providencia, la Rev. Madre Clotilde y sus hijas se dirigieron hacia Bélgica.

Dos religiosas de coro y una conversa se quedaron en Valenciennes, encargadas de cuidar y salvar, en cuanto fuera posible, los intereses de la comunidad.

II

IDA A BÉLGICA Y REGRESO A FRANCIA.

Las Ursulinas de Mons, con las cuales las de Valenciennes habían tenido siempre fraternales relaciones, ocupaban todavía su monasterio, y a esta casa hospitalaria se dirigieron las desterradas.

La partida no se hizo sin trabajo: una joven novicia, Angélica Lepoint fué a su pueblo natal para traer unos carros en los cuales tomaron lugar las veintiseis religiosas a quienes su edad y su salud permitieron el viaje. Estaban revestidas de su hábito religioso y llevaban el pobre mobiliario anteriormente mencionado; además, condición esencial en estos turbulentos tiempos, un pasaporte de que previamante se proveyeron.

Una religiosa de Mons, Angela Honorez, en una curiosa relación de «lo que pasó en esta comunidad durante la revolución» dice que el recibimiento hecho a las fugitivas desvaneció la tristeza. Las llevaron a la capilla al canto del TE DEUM; en el coro y en el refectorio, las Hermanas de Mons y las de Valenciennes se colocaron por orden de profesión. Las dos comunidades estaban muy unidas, pero gobernadas cada una por su superiora. Por otra parte, nada omitieron las primeras, dada su caridad, para mitigar a las Ursulinas francesas, la amargura del

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

destierro; y durante catorce meses, estas dos comunidades no formaron sino una sola familia, realizándose estas palabras del Salmista: ECCE QUAM BONUM ET QUAM JUCUNDUM, HABITARE FRATRES IN UNUM!

La estancia de las Ursulinas con sus hermanas de Bélgica no tardó en ser turbada por los acontecimientos políticos.

La lucha entre las tropas de la República y los Austriacos continuaba en los alrededores de Mons, y el 6 de noviembre de 1792 fué emprendida una batalla «cuyos écos hacían retemblar nuestra casa», dice la misma relación. Con la conquista revolucionaria, cayeron sobre la desdichada ciudad pesadas imposiciones; las iglesias fueron despojadas de sus tesoros, los particulares de su plata acuñada y demás bienes.

Las Ursulinas de Francia vieron entonces renovarse con sus hermanas de Bélgica las escenas sacrílegas de que habían sido, a su pesar, tristes testigos en Valenciennes. El 23 de enero de 1793, la casa fué invadida por los soldados a las órdenes de uno de estos comisarios que Dumouriez llamaba: «o insensatos, o tiranos». Pusieron los sellos por todas partes, se apoderaron de los libros, papeles y dinero; y añade la Madre Honorez, llegó la cosa a tal extremo que «la ecónoma tenía que pedir al comisario lo que necesitaba para el sostenimiento de la comunidad. En una palabra, estábamos gobernadas en nuestra propia casa»

El 2 de marzo de 1793 la anexión del Hainaut belga a la República francesa fué decretada por la Convención. Las Ursulinas de Mons eran así compatriotas de sus hermanas de Valenciennes, y estas se encontraban de nuevo en tierra francesa.

Sin embargo, los Austriacos no renunciaban a apoderarse de nuevo de Mons; el 27 de marzo, las tropas republicanas recibieron la orden de partir inmediatamente. Los ejércitos imperiales no sólo recuperaron la ciudad, sino que el 1º de agosto entraron en Valenciennes y nuestras religiosas francesas vislumbraron el momento en que podrían regresar.

La Madre María-Teresa Castillon que se había quedado en Valenciennes hizo todo lo posible para conseguir el regreso de sus hermanas desterradas, y aquellas pudieron volver a tomar, el 11 de noviembre de 1793 el camino de su patria siempre amada, aunque tan culpable.

La separación de las dos comunidades fué conmovedora; un acto de exquisita caridad la señaló. Para indemnizar, en parte a la casa de Mons de los gastos hechos en favor de sus hijas, la Superiora de Valenciennes había dejado cierta suma de dinero. Cuál no fué su sorpresa como también su reconocimiento cuando, al llegar a Valenciennes encontró esta suma hábilmente escondida en los vestidos que llevaba.

Al entrar en su querido monasterio, ya transformado en cuartel, las Ursulinas lo encontraron en un estado de destrucción

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que no se puede imaginar. Las tropas lo arruinaron por completo.

La valiente Madre Castillon no esperó que fueran cumplidas todas las formalidades, se instaló en el monasterio y mandó que se comenzáran las reparaciones indispensables; mas, no pudo volver a tomar posesión de todo el edificio: parte del convento se quedó destinado a los servicios públicos.

A pesar de todo, con una indecible satisfacción las veintiseis desterradas de Mons volvieron a tomar sus ejercicios en común y a emplearse en la educación de la juventud.

Un sacerdote, Mgr. Parisis, cuyo nombre merece ser conservado a la posteridad fué, en estos tiempos peligrosos, un verdadero padre y bienhechor para las Ursulinas de Valenciennes, por los numerosos servicios que prestó a la comunidad. Más tarde, volviendo de su destierro de Maestricht, cooperó, en gran manera al restablecimiento de las Ursulinas.

Algunas postulantes se presentaron. La hermana Angélica Lepoint que no pudo profesar en 1788, logró por fin esta dicha. «La vocación religiosa estaba tan patente y sólidamente grabada en esta alma sensible y enérgica como lo estaban también sus convicciones cristianas. Las privaciones, el destierro no cambiaron en lo más mínimo, los deseos de la fervorosa novicia; después de seis largos años de espera, no se cansó de ser fiel a su divino Esposo que fué también, pobre y perseguido por su amor.

Una nueva era parecía abrirse para esta casa tan probada. Pero la calma no debía ser duradera. Los austriacos fueron batidos en Fleurus el 26 de junio de 1794. Cuando llegó esta noticia a Valenciennes, la consternación se esparció en la ciudad, y en aquel día, la amargura y las lágrimas fueron el alimento de las Ursulinas.

El Dean de San Nicolás, Sr. Lallemand aconsejaba a las Ursulinas a tomar de nuevo el camino del destierro.

«Hijas mías, les decía, ¿pensáis tener la fuerza necesaria para no desmayar delante de la muerte? Mejor huír de la persecución que exponerse a la apostasía. En cuanto a mí, no quisiera tentar al Señor, yendo a ofrecerme a mis verdugos. Me quedo porque soy pastor y mis ovejas están expuestas; tengo cargo de almas, pero vosotras, no tenéis más que salvar vuestra alma».

En medio del terror que reinaba en Valenciennes, esta vez las Ursulinas no pensaban en huir. Cuando veinte meses antes habían buscado un refugio en Mons, lo hicieron más bien para asegurarse la libertad de continuar su vida religiosa, que para evitar el peligro. Sin embargo, la Superiora creyó de su deber hacer volver a su familia a una novicia, Sor Julia; las demás religiosas se estrecharon alrededor de su madre.

«Animo, hijas mías, decía la Madre Clotilde a sus religiosas, es el momento de demostrar el valor si lo tenemos. Acordémonos que somos las esposas de Jesucristo. El

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

más bello carácter de una esposa es la fidelidad; ¿qué prueba tendría Nuestro Señor de la nuestra, si no sabemos sufrir nada por El? Es fácil servirle cuando el camino de la virtud está sembrado de rosas; pero lo propio de una alma verdaderamente virtuosa es servirle en la adversidad como en la prosperidad».

Cuando los Franceses entraron en Valenciennes, Robespierre había muerto. el Terror había terminado en Francia y el 9 THERMIDOR, (27 de julio de 1794) salvó de la muerte a centenares de inocentes víctimas; pero el régimen de sangre de que la caída del tirano había libertado lo restante del país, comenzaba solamente en la infortunada ciudad de Valenciennes, adonde el representante de la nación, Juan-Bautista Lacoste iba a traer de nuevo, el fatal régimen terrorista.

III

LA PRISION.

El mismo día de la entrada de las tropas francesas en Valenciennes, (1º de septiembre de 1794) un comisario nacional se presentó a notificar a las Ursulinas que dejaran su convento en el término de veinticuatro horas.

Con cuántas lágrimas, leemos en los ANALES DE LA ORDEN, acogieron esta triste noticia. Cual majestuosa roca sobre la cual vienen a estallar embravecidas olas, así la Rev. Madre Clotilde luchaba contra la tempestad, con las únicas fuerzas de su energía y de su fé que crecían a medida del peligro. Se apresuró a poner en salvo a sus hijas, y al efecto organizó rápidamente la partida de las que podían encontrar en la ciudad un asilo seguro; atendió con solicitud a las que necesitaban cuidados especiales por la edad y las enfermedades. Unas fueron al lado de su familia, otras en casas amigas, por obediencia a la superiora. Las otras, en número de once se quedaron, y rodeada de ese pequeño y fiel rebaño, la Rev. Madre esperó la vuelta del Comisario.

Aunque habían dado veinticuatro horas para dejar partir a las Hermanas, el oficial volvió antes de transcurrido ese tiempo; puso los sellos por todas partes, declaró que las religiosas que se habían quedado esta-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ban prisioneras y que las clases de las niñas externas les servirían de prisión. Unos días después, dos Ursulinas que apenas habían llegado a Condé fueron arrestadas y vinieron como prisioneras a unirse a su Superiora y a sus hermanas: eran las Madres Ursula Bourla y María-Luisa Ducret. Otras dos, las Madres Escolástica y Josefina Leroux fueron arrestadas en la habitación que ocupaban en la misma ciudad de Valenciennes.

Todas estas venerables Madres pasaron sucesivamente por diferentes calabozos y acabaron por regresar a su monasterio hecho casa de detención. Otros detenidos fueron llevados a esta misma casa; hubo mucho que sufrir por falta de alimento y privación de las cosas más indispensables.

La M. Teresa Castillon, la M. Felícitas Messine y Sor Regis Lhoir fueron trasladadas a la prisión de Douai.

Una amiga de nuestras Religiosas, la Señora Isabel Delarrière logró tener varias entrevistas con ellas; les hizo llevar covertores, alimentos, y diariamente se informaba de sus necesidades.

La Madre Clotilde aprovechó la bondad de aquella fiel amiga para hacer evadir a la joven profesa Sor Angélica Lepoint. Una secreta intuición le había revelado, sin duda, los designios de la Providencia sobre la referida joven, que estaba llamada a restablecer, en tiempos mejores, la Orden de Santa Ursula en Valenciennes. La M. Clotilde la

confió pues a su abnegada visitadora, y pudo salir con una canasta siguiendo a la Señora Delarrière, como si fuera su sirvienta.

El encuentro de dos gendarmes intimidó tanto a la pobre joven que dejó caer su canasta.

—Ah! exclamó Isabel, no sirves sino para romper mis trastos!

Y pareciendo regañar a su compañera, la empujó fuera de la prisión

Al otro día, escondida en un carretón lleno de paja, Sor Angélica llegó, sin ser vista a Hensies en Bélgica, donde vivía su familia. Veinticuatro años después, en compañía de otras tres Ursulinas que habían sobrevivido a la tormenta revolucionaria, y llamadas por el Municipio de Valenciennes, la Madre Angélica y sus compañeras abrieron un colegio en aquella misma ciudad regada por la sangre de sus hermanas mártires.

Hemos tenido ocasión de saber preciosos detalles sobre la actitud de las Religiosas en prisión. Sus compañeros de infortunio las trataban con mucha atención y con el respeto que merecía no solamente su carácter religioso, sino también su valor alegre y sencillo. Edificaban por su sumisión a la voluntad de Dios y por su piedad. Como algunos Sacerdotes se encontraban entre los detenidos, pudieron confesarse, tuvieron la dicha de asistir al santo sacrificio de la misa ofrecido por estos Sacerdotes prisioneros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IV

EL MARTIRIO.

PRIMER GRUPO DE MARTIRES.

El 17 de octubre, un viernes, cinco de las religiosas, las Madres Vanot, Prin, Bourla, Ducret y Desjardins tuvieron que comparecer delante de la comisión militar. La M. Lorenza Prin al recibír esta noticia exclamó: «Regocijémonos, pronto llevaremos en nuestras manos la palma del martirio!» A las diez de la mañana, cuatro soldados se las llevaron al tribunal.

Eran acusadas de haberse vuelto a poner el hábito religioso, inculpadas del crimen de emigración, (1) abandonando de su propia y entera voluntad el territorio de la República, y con desprecio de las leyes, haber vuelto a ejercer, bajo la protección del enemigo el profesorado. Sin embargo, lo hemos visto, no habían salido de Valenciennes sino por una orden formal de expulsión y provistas de un pasaporte de la municipalidad. ¿Cómo pues, en justicia podían calificar esta partida de emigración? Pero, como lo hace notar el Sr. Cngo. Loridan, los motivos alegados por esta sentencia hacen evidente la iniquidad de su condenación a muerte.

(1) Según el Decreto de 23 y 25 de octubre de 1792 que dice así: La Convención Nacional decreta que todos los emigrados franceses sean desterrados a perpetuidad del territorio de la República, y los que, con desprecio de esta ley regresaren, serán castigados con la pena de muerte, sin derrogar por eso a los decretos anteriores que condenan, etc.....

Después de haberles preguntado por sus nombres y apellidos, el Presidente les dirigió a cada una esta pregunta:

«¿Ciudadana, has emigrado»?—

«He ido a Mons», contestaron todas, una después de otra.—Para aquellos jueces inicuos, esta respuesta equivalía a un crímen.

—¿Por qué has regresado a tierra francesa?

—«Para poder enseñar la religión católica, apostólica, romana», dijo la M. Lorenza.—

Animados de un odio satánico contra la religión, los jueces no temieron escribir y firmar la sentencia siguiente, conservada todavía en nuestros días, en los archivos del tribunal de Douai.

—«Hemos juzgado en nuestra alma y conciencia y unánimemente, que las mencionadas religiosas Ursulinas han merecido la pena de muerte como culpables de emigración. En consecuencia, mandamos que sean, en el término de 24 horas, entregadas al ejecutor de la justicia para ser decapitadas».

Con las cinco Religiosas, tres Sacerdotes fueron condenados también a la pena capital.

Regresaron a la prisión, bendiciendo a Dios y dándole gracias por el favor insigne que les concedía. Sus compañeras las rodeaban, conmovidas; pero ellas dulcemente apartaban sus testimonios de afectuosa simpatía para concentrar sus pensamientos sobre el acto supremo que iban a cumplir.

Se prepararon a la muerte y solicitaron

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de los Sacerdotes detenidos con ellas, una última absolución, y todas rezaron las oraciones de los agonizantes con un fervor y una devoción admirables. Las otras religiosas rezaban por ellas: las ya condenadas del día presente y las que anhelaban serlo unían sus súplicas, esperando volver a verse bien pronto en la patria celestial.

El momento decisivo se aproximaba; entonces se echaron a los pies de su Superiora. La M. Natalia habló en nombre de las que iban a morir: «Mis queridas Madres y Hermanas, os suplicamos nos perdonéis los malos ejemplos que hemos dado a la comunidad; pedimos perdón a cada una, de los disgustos que les hemos causado, asegurándolas que no tenemos ningún resentimiento por las penas que, involuntariamente hubieran podido causarnos».

Después, dirigiéndose a la M. Clotilde: «Y Vos Rev. Madre dignaos recibir los agradecimientos de todas nosotras, por los cuidados maternales que nos habéis prodigado durante vuestra superioridad, y dádnos a todas vuestra bendición».

La M. Clotilde más conmovida que sus hijas, les dió, llorando su última bendición. Esta mujer que veremos tan fuerte cuando llegue su hora, estaba entonces más consternada que ninguna al ver partir a las víctimas.

Después, todas se abrazaron con ternura, dándose cita en el cielo. Los testigos de



SANTA URSULA VIRGEN Y MARTIR
PATRONA DE LAS URSULINAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aquella escena se deshacían en lágrimas; sólamente ellas no lloraban.

La escolta militar que debía acompañarlas, esperaba a la puerta de la prisión;—«ALLONS, LE JOUR DE GLOIRE EST ARRIVÉ»! (1) exclamó la M. Natalia, familiariazada como lo fueron las Carmelitas de Compiègne, con el recuerdo de la MARSELLESA, cuyos écos, en esta época llenaban los aires.—«He aquí el primer paso hacia el cielo»! añadió la M. Lorenza.

Obligaron a las cinco víctimas a dejar su hábito religioso, y vestidas sólo con una camisa, una saya y un pañuelo echado sobre los hombros, éstas castas esposas del Cordero Inmaculado se dejaron atar las manos y salieron a pie de la prisión rezando el MISERERE. Entre la muchedumbre, varios vertían lágrimas, otros observaban piadosamente a las mártires y las oían salmodiar el VENI CREATOR, el TE DEUM y las LETANÍAS DE LA SANTÍSIMA VIRGEN.

El cadalso, situado a 200 metros de la prisión, se levantaba sobre la plaza del Antiguo Mercado, hoy plaza de Armas. De la plataforma de la guillotina, un oficial tomó la lista de las que iban a morir. La M. Natalia fué llamada la primera, pero la M. Agustina Desjardins, en su ardiente deseo de morir por Dios se adelantó:—«Un momento, querida hermana, dijo dulcemente la M. Natalia, a mí me toca».

Se dice que el verdugo, para reprimir el

(1) Vamos, ha llegado el día de la gloria.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

deseo que tenía del martirio esta joven religiosa, la detuvo a fin de que fuese la última.

En el momento en que estas heroicas vírgenes morían con tan noble valor, una escena no menos sublime pasaba en el HOTEL DIEU. La Madre Ursula-Josefa Gillart, enferma de gravedad, desde varios días había sido transportada a este hospital. Supo por el rumor público que sus compañeras eran conducidas al suplicio. Haciendo un supremo esfuerzo, se puso de rodillas sobre su cama: «Señor, exclamó, no permitáis que mis hermanas entren en el cielo antes que yo!»—Y cayendo sobre su lecho, rindió el último suspiro.

V

EL MARTIRIO.

SEGUNDO GRUPO DE MARTIRES.

Deseando tener la dicha de sus hermanas, las otras seis Ursulinas prisioneras anhelaban vivamente derramar su sangre por Jesucristo. La muerte gloriosa de sus compañeras parece haber afirmado su valor De eso tenemos la prueba en algunas cartas escritas por ellas y que, felizmente, han llegado a nuestras manos.

La víspera de su ejecución, tuvieron el consuelo de comulgar; un Sacerdote prisionero como ellas y que, pocos días después, recibió también la corona del martirio, les proporcionó este bien inestimable. Como los cristianos de la primitiva Iglesia que iban al suplicio saliendo de la Sagrada Mesa, ellas también, fortificadas por el cuerpo de Jesucristo, podían presentarse sin temor delante de sus verdugos y subir sin desfallecer las gradas de la guillotina.

Después, la M. Clotilde que mandaba todavía en su casa, les hizo tomar la cena así como a algunos eclesiásticos, diciendo: «Mañana, nos encontraremos en el cielo.» Qué escena más conmovedora que ver a estos venerables Sacerdotes y Religiosas, de alma sencilla y recta, cómo se preparaban con tanta tranquilidad y heroísmo al paso de la eternidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

deseo que tenía del martirio esta joven religiosa, la detuvo a fin de que fuese la última.

En el momento en que estas heroicas vírgenes morían con tan noble valor, una escena no menos sublime pasaba en el HOTEL DIEU. La Madre Ursula-Josefa Gillart, enferma de gravedad, desde varios días había sido transportada a este hospital. Supo por el rumor público que sus compañeras eran conducidas al suplicio. Haciendo un supremo esfuerzo, se puso de rodillas sobre su cama: «Señor, exclamó, no permitáis que mis hermanas entren en el cielo antes que yo!»—Y cayendo sobre su lecho, rindió el último suspiro.

V

EL MARTIRIO.

SEGUNDO GRUPO DE MARTIRES.

Deseando tener la dicha de sus hermanas, las otras seis Ursulinas prisioneras anhelaban vivamente derramar su sangre por Jesucristo. La muerte gloriosa de sus compañeras parece haber afirmado su valor De eso tenemos la prueba en algunas cartas escritas por ellas y que, felizmente, han llegado a nuestras manos.

La víspera de su ejecución, tuvieron el consuelo de comulgar; un Sacerdote prisionero como ellas y que, pocos días después, recibió también la corona del martirio, les proporcionó este bien inestimable. Como los cristianos de la primitiva Iglesia que iban al suplicio saliendo de la Sagrada Mesa, ellas también, fortificadas por el cuerpo de Jesucristo, podían presentarse sin temor delante de sus verdugos y subir sin desfallecer las gradas de la guillotina.

Después, la M. Clotilde que mandaba todavía en su casa, les hizo tomar la cena así como a algunos eclesiásticos, diciendo: «Mañana, nos encontraremos en el cielo.» Qué escena más conmovedora que ver a estos venerables Sacerdotes y Religiosas, de alma sencilla y recta, cómo se preparaban con tanta tranquilidad y heroísmo al paso de la eternidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El 23 de octubre, a las nueve y media de la mañana, cuatro soldados y dos oficiales municipales se presentaron a la prisión para conducir al tribunal revolucionario a la M. Clotilde y sus cinco compañeras: las Madres Escolástica y Josefina Leroux, Francisca Lacroix, Ana María Erraux y Córdula Barré. Con ellas comparecieron cuatro Sacerdotes o religiosos.

Al salir de su monasterio, siguieron la calle Cardon, llegaron a la plaza donde se levantaba la guillotina todavía húmeda por la sangre de sus hermanas y adonde, algunas horas más tarde, debían subir a su vez, porque lo sabían, la sentencia de muerte estaba pronunciada de antemano y el interrogatorio no era sino una simple formalidad.

La Reverenda M. Clotilde fué la primera interrogada. Habló con aquella fuerza sobrenatural que Dios prometió a los suyos cuando dijo: «No preparéis lo que debéis contestar a vuestros jueces y a vuestros perseguidores, yo mismo os daré una sabiduría a la cual todos vuestros adversarios no podrán resistir y a la que no podrán contradecir.»

«Siendo la Superiora del Monasterio de las Ursulinas dijo, mis religiosas tenían que obedecerme. Yo soy quien les intimé la orden de regresar de Mons a Valenciennes. Mis hermanas no se han reunido en comunidad, en las tierras de la República, sino en virtud de la obediencia que me deben; yo soy la culpable del crímen, si es que lo hay.

Podéis condenarme, pero mis hermanas son inocentes; no tenéis derecho de pronunciar contra ellas una sentencia de muerte».

Las Religiosas así protegidas por la valerosa afirmación de su Madre, rehusaron separar su causa de la suya. Contestaron que habían contribuido con su Superiora al restablecimiento de la casa de las Ursulinas.

La hermana Córdula añadió: «En cuanto a mí, yo hice lo que la Superiora hizo, si ella muere, debo morir también».

La rectitud y la elevación de las palabras de la Superiora llamaron la atención de los que la oyeron; al salir de la audiencia, un oficial decía: «No es una mujer la que ha hablado, es un hombre y un hombre de rara energía». Esta heroica defensa era inútil; la M. Clotilde fué condenada con sus compañeras. La acta de condenación fué inmediatamente redactada, en los mismos términos que la de las cinco primeras víctimas. Las Religiosas oyeron la sentencia con profundo recogimiento; después la M. Clotilde celosa de reclamar para ella y para sus hijas el privilegio de morir por Dios y no bajo un pretexto estúpido, tomó la palabra:

—«Yo sé que debo morir, porque he sido fiel a mi deber, pero no muero por la república, muero POR LA FE Y LA RELIGION CATOLICA, APOSTOLICA ROMANA que he enseñado, porque para esto ha sido fundado nuestro Instituto».

De vuelta a la prisión, las heroicas víctimas comenzaron sus preparativos; se cor-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

taron mutuamente el cabello y rezaron como lo habían hecho sus hermanas, las oraciones de los agonizantes.

En estos momentos llegó la señorita Rosalía Leroy, sobrina de la Madre Clotil de. Ignoraba la condenación de su tía y le traía algunos vestidos de abrigo, pues en esta región del norte, las noches eran frías.

—«Dentro de media hora no existiré, le dijo su tía, estoy con cinco de mis religiosas condenada a muerte».

—A estas palabras, la joven se deshacía en lágrimas.

—¿«Por qué lloráis mi querida sobrina? Es porque voy a ver a Dios? Ah! lloráis mi dicha! Decid a todos mis parientes que yo espero la muerte con alegría, que no olvido a ninguno y pediré por todos

—Hacia la media tarde los oficiales se presentaron; pasaron lista de los condenados.

—«Ciudadanos, dijo la M. Clotilde, les estamos muy reconocidas, este día es el más hermoso de nuestra vida. Pediremos al Señor que les abra los ojos».

—«Perdonamos a los jueces que nos han condenado, sñadió la M. Escolástica, al verdugo y a todos nuestros enemigos».

Los detenidos que llenaban la prisión rodeaban a las Religiosas y lloraban. Aquellas, sonriendo se dejaron atar las manos. Después, el cortejo saliendo de la prisión se puso en marcha.

Por una inadvertencia extraña, el nombre de Sor Córdula fué olvidado. Preguntándose con amarga tristeza, si este olvido no había sido causado por la Providencia que la miraba indigna de la gloria del martirio, Sor Córdula se puso de rodillas, suplicando al Señor que la asociara al último combate y a la gloria de sus compañeras. De pronto se abrió la puerta, el oficial le ató las manos y la reunió a sus hermanas.

Como Superiora, la Rev. M. Clotilde tuvo el honor de subir la primera. La fuerza de alma de que había dado tantas pruebas, no se desmintió en este momento supremo. Coincidencia notable! Era aquel día, 23 de octubre de 1794, el treinta y cuatro aniversario de su profesión religiosa. Renovando, bajo el cuchillo de la guillotina, los Votos que había pronunciado por primera vez en 1760, ¿no debía sentir una indecible alegría al pensar que iba a terminar este bello aniversario en el cielo?

Sus cinco hijas se mostraron dignas de su madre. Se sucedieron sobre la fatal máquina animadas de los mismos sentimientos de fé religiosa y de valor heroico.

Como sus compañeras ejecutadas el 17 de octubre, las seis Ursulinas fueron inhumadas en el cementerio común, llamado hoy de San Roque.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . Ha soplado otra vez el viento revolucionario! La mano ruda del legislador ha tratado de aplastar los Institutos Religiosos, ya por la expulsión, ya por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la confiscación y el destierro.....Pero, vendrá un día, no lejano, así lo esperamos. en que la Francia purificada y renovada, se levantará para volver a tomar su antiguo nombre de «Hija primogénita de la Iglesia», y llevará como en lo pasado, el nombre de Cristo delante de todos los pueblos y reyes de la tierra!



LAS ONCE URSULINAS
MARTIRES DE VALENCIENNES.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIOGRAFIA

de las

Once Beatas Mártires de Valenciennes.

Creemos agradable el transcribir aquí una breve reseña de la biografía de cada una de nuestras amadas Mártires, dignas émulas de aquellos que ofrecieron su vida en testimonio a Dios, en los tiempos heroicos de la Iglesia.

* * *

La Reverenda Madre Clotilde Josefa Paillot de San Francisco de Borja nació en Bavay, el 22 de noviembre de 1739, fué bautizada el mismo día y entró muy joven en las Ursulinas de Valenciennes. Tomó el Hábito religioso a los diez y siete años y profesó el 23 de octubre de 1760.

Esta digna religiosa había recibido de Dios el don de subyugar los corazones para formarlos en la piedad. En su formación monástica desarrolló felizmente las aptitudes que tenía del cielo y de su educación de fa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

milia. Inspiraba la misma confianza a sus hermanas y a sus discípulas. Una de estas atestiguó que un año, que la M. Clotilde tenía quince niñas en su clase, supo de tal modo inspirarles los sentimientos de una vida seriamente cristiana que catorce de ellas abrazaron, más tarde, la vida religiosa.

La comunidad de Valenciennes debió en gran parte, a la firme dirección de esta eminente Superiora, la unión y el valor que mostró durante los tiempos turbados de la Revolución. Era visible que Dios la había puesto a la cabeza de esta casa para afianzar los espíritus, sin cesar conmovidos por nuevos apuros y para mantener el fervor religioso e inspirar por su conducta tanto como por sus palabras una suma confianza y total abandono en la Providencia.

A las incesantes pesquisas por las cuales quisieron cansar el valor de sus hijas, ella se mostró siempre firme y prudente en sus respuestas. Sus mismos enemigos debieron más de una vez, al retirarse, rendir homenaje a esta alma viril. Mostró tanta prudencia como generosidad ante la muerte. Hizo en efecto, estas recomendaciones a sus hermanas: «Si se nos pregunta si hemos emi-«grado, debemos contestar, por no traicio-«nar la verdad, que hemos hido a Mons, con «un pasaporte de la municipalidad, y que «hemos regresado a Valenciennes para ha-«cer a los habitantes de esta ciudad el bene-«ficio de enseñar a sus niñas».

Cuatro días antes de su muerte, la Rev.

M. Clotilde escribió a una de sus sobrinas, la Señora Domitila Paillot de Florempretz, en los términos siguientes, por temor de comprometerla:

«Os escribo por última vez. Clotilde está «en prisión, cinco de sus compañeras no «existen ya. Aquella está segura de conse-«guir la misma dicha dentro de pocos días. «Estas se vieron inundadas de la más pura «alegría; no iban, no, al suplicio, sino que «volaban a él con un gozo y un valor que lle-«naron de admiración a los verdugos.

«Rogad por Clotilde, pero no tengáis lás-«tima de ella; nunca se ha visto tan conten-«ta en su vida como se ve ahora al derramar «su sangre por defender su religión. Estad «persuadida que pide mucho por vos. Os da «el último adiós con la esperanza de veros «unida a ella para siempre.

«Adiós, sabéis quien soy.

«19 de octubre de 1794».

Esta carta se encuentra actualmente, en las manos de la familia Leroy, como se ve en el diario de emigración escrito por el Señor Hipólito Paillot, hermano de la Rev. Madre y publicado por su nieto el Sr. Leroy.

Estas bellas disposiciones se hallaron siempre en la digna Superiora. El abogado defensor que la oyó en el tribunal, ensayó como él mismo lo aseguró después, sugerirle un medio de defensa, pero tuvo que rendirle este testimonio:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Estaba como sus hermanas dominada del más alto grado de espíritu religioso que la hacía desear el martirio y no le permitía hacer valer ningún medio de defensa».

—Como tenía muy corto el cuello, le quitaron con violencia el pañuelo que cubría sus hombros a fin de facilitar la obra del verdugo. Al mismo tiempo le arrancaron la pequeña cruz que llevaba. Recogida aquella reliquia, está hoy en posesión del Sr. Wallon del Instituto, pariente de la Bta. M. Clotilde.

El Ilmo. Sr. Chollet, arzobispo de Cambrai, como lo dice la «Revista de la Unión Romana de las Ursulinas del 15 de noviembre de 1920», se dignó presidir personalmente las fiestas del Triduo que se verificaron en Valenciennes los días 29, 30 y 31 del mes de octubre próximo pasado, en honor de las Beatas Mártires de Valenciennes. Después de una vibrante alocución, Mgr. dió la bendición con esta pequeña cruz; y como último acto de aquellas incomparables ceremonias, la muchedumbre fué admitida a besarla: primera manifestación de un culto público que comienza, y cuyo centro es la iglesia de Nuestra Señora del Santo-Cordón.

* * *

La Madre Natalia de San Luis Gonzaga, en el siglo, María Luisa Vanot, nació en Valenciennes el 12 de junio de 1728. Pertenecía a una honrada y distinguida familia y

era la mayor de los quince hijos que Dios confió a sus virtuosos padres. Varios de sus hermanos y hermanas abrazaron la vida religiosa. El 31 de agosto de 1749 hizo su profesión en las Ursulinas; antes había entrado al mismo convento su hermana menor Teresa a quien Dios llamó hacia él, el año siguiente a su profesión.

Durante los 45 años que vivió en el claustro, la M. Natalia dió ejemplo de todas las virtudes religiosas. Si el mundo apreció su abnegación constante y modesta, la comunidad admiró sobremanera su valor, siendo así que era de caracter tan tímido, que aún tras las rejas del convento, no creía estar segura. Pero fué tal el poder de la gracia que la armó de grande energía ante la prueba.

Ella fué como lo hemos dicho, quien después de oída la sentencia de muerte, invitó a sus hermanas a rezar las oraciones de los agonizantes y pidió perdón a la comunidad. Cuando oyó al verdugo pronunciar su nombre, se adelantó a paso firme, y con la paz en el corazón y la serenidad en la frente, consumó el sacrificio.

* * *

La Madre Lorenza de San Estanislao, en el mundo, Juana, Regina Prin, nació en Valenciennes el 9 de julio de 1747. Discípula de las Ursulinas, entró muy joven en el noviciado e hizo sus votos el 28 de abril de 1767.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Era de un temperamento muy débil; sin embargo, se dedicó con ardor, durante 28 años a la educación de la juventud. Sus habituales enfermedades no disminuyeron un punto de su valor ante la muerte.

Cuando se abrió la puerta de la prisión, ella exclamó con alegría: «Este es el primer paso para el cielo!» Unos minutos después, cayó su cabeza bajo el cuchillo revolucionario.

* * *

La Madre María Ursula de San Bernardino, en el siglo, Jacinta Agustina, Gabriela Bourla nació en Condé; hizo profesión en el convento de las Ursulinas de Valenciennes el 28 de abril de 1779.

Cediendo a las solicitaciones de su familia se retiró a Condé el 1º de septiembre de 1794, unos momentos antes de que fuera invadido el Monasterio de las Ursulinas. Descubierto su retiro, fué arrestada y reunida, como prisionera, a su Superiora y demás Hermanas.

* * *

La Madre María Luisa de San Francisco de Asís, en el mundo, María Genoveva Ducret originaria de Condé como la M. Ursula, profesó el mismo día que aquella, en las Ursulinas de Valenciennes.

A pesar de la diferencia de su edad, estas dos religiosas estuvieron siempre animadas de los mismos sentimientos. Para obedecer a los consejos de sus superiores y a las solicitaciones de sus familias, se retiraron a Condé. Conocido el lugar de su retiro fueron llevadas a Valenciennes por los satélites de Lacoste. Unidas hasta la muerte, subieron juntas las gradas de la guillotina.

* * *

La Madre María Clementina del Santísimo Sacramento, antes Agustina Desjardins, nació en Cambrai en 1759; tomó el hábito de las hijas de Sta. Angela en 1779 y profesó el 22 de agosto de 1781.

Retirada por un poco de tiempo al lado de su familia, no tardó en unirse a la comunidad de Mons. Esta fidelidad a la vida religiosa, debía servir de ocasión para que más tarde, pudiera ceñir la corona del martirio.

Merced a su agraciado caracter, la joven profesa fué la alegría y el consuelo de su comunidad, en medio de las incesantes pruebas porque atravesaban.

Cuando, en la mañana del último día de su vida, los jueces pasaron lista de los prisioneros, la M. Agustina se presentó con la sonrisa en los labios: «No tengáis el trabajo de buscarme, aquí estoy, dijo».—Estáis muy alegre replicó uno de los miembros de la comisión militar.—Cómo no lo he de estar, dijo ella, no temo nada.

Se dice que uno de los soldados conmovido de tanto candor, resolvió salvarla y par-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ticipóle su resolución.....

En el momento de consumar su sacrificio, la M. Agustina se presentó desde el primer llamamiento y disputó el paso, como ya dijimos, a la M. Natalia.

* * *

Josefina Leroux nació en Cambrai, hizo profesión en las Clarisas llamadas Urbanistas por haber abrazado la reforma de Urbano IV. Cuando la supresión de los monasterios, tuvo que retirarse con su familia; pero deseaba vivamente volver a tomar el yugo suave de la vida religiosa. La vuelta a Valenciennes de las Ursulinas le proporcionó esta oportunidad. No esperando ver restablecerse su Abadía, pidió a la Rev. M. Clotilde su admisión entre sus hijas. Su petición fué acogida favorablemente, lo que le procuró la dicha de morir por la fé el mismo día que su hermana mayor, la M. Escolástica.

La M. Josefina Leroux se distinguía por una grande tranquilidad de alma que no perdió ni aún en medio de las más dolorosas circunstancias. A los soldados que la aprehendieron en la casa donde se había refugiado en Valenciennes, les dijo con mucha calma, que no era necesario tanta gente para custodiar a una pobre mujer; les hizo dar de beber y como la marcha era difícil a causa de la oscuridad y del estado de las calles a penas reempedradas después del sitio, ella

tomó el brazo de uno de estos soldados para llegar a la prisión.

* * *

La Madre Escolástica de San José nació en Cambrai, hizo profesión en las Ursulinas de Valenciennes el 9 de agosto de 1772.

Dios la había dotado de aptitudes notables para la enseñanza, y en particular para la caligrafía y la costura. Su estancia en Mons le permitió estrechar lazos de piadosa amistad con las hermanas de aquella comunidad; amistad a la cual debemos dos cartas donde se encuentran los más auténticos testimonios de las disposiciones con las cuales, esta religiosa y sus compañeras esperaron la muerte. Nos revelan el espíritu religioso, el ardiente fervor de esta esposa de Jesucristo.

Valenciennes, 20 de octubre de 1794.

Víspera de Sta. Ursula.

«Desde lo profundo del calabozo de la pri-
«sión de Valenciennes, y después de siete
«semanas de arresto en otras de la ciudad
«donde hemos estado detenidas por el cri-
«men que cometimos de refugiarnos en
«vuestra comunidad, culpa que va a poner-
«nos en posesión de la gloria del martirio.
«No tengais lástima de nosotras, sino decíos a
«vosotras mismas: Ah! hermanas mías! ¿Qué
«habéis hecho vosotras para merecer este
«favor? Yo lo digo con vosotras, carísimas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«amigas; los males que hemos sufrido desde «que nos separamos de vuestra compañía, «¿pueden entrar en comparación con las de «licias inefables que el Divino Esposo pre«para a sus esposas privilegiadas por la glo«ria del martirio? Dentro de pocos días, va«mos nosotras como Santa Ursula y sus «compañeras, a dar nuestra vida por su amor «y por la firmeza de nuestra fé. Son indeci«bles los consuelos que experimentamos a «la vista de este favor: esto es lo que nos «prueba la fuerza de la gracia; sin ella su«cumbiríamos bajo el peso de nuestras pe«nas. Cinco de nosotras han pasado ya por «la guillotina: y no marcharon, sino que vo«laron al suplicio. Me persuado que os lle«gará mi carta después de mi muerte. Como «los juicios de Dios son desconocidos, con«cedednos el socorro de vuestras oraciones.

«Teresa, Felícitas y Regis están en las «prisiones de Douai. Clotilde, mi hermana, «Córdula, las dos Brígidas y yo estamos «aquí. Las otras no han sido arrestadas to«davía.

«Todos los Sacerdotes han sido ejecuta«dos ya, lo que aumenta nuestro martirio.

«Recuerdos de nosotras a todas nuestras «hermanas; os estamos siempre muy reco«nocidas. Antes de morir, os abrazamos de «todo corazón; espero que sentiréis el efec«to de nuestras oraciones desde el cielo.

Escolástica».

La otra carta escrita a una religiosa de Mons, y de la cual tenemos una cópia sin fecha, debe ser anterior a la precedente:

Mi querida amiga:

«No os aflijáis por nosotras; sentimos un «consuelo que la pluma no puede expresar, «no lo hubiéramos creído; el Señor siendo «tan bueno y misericordioso nos hace sen«tir los efectos de un desprendimiento to«tal. Estaríamos muy afligidas si se nos «frustrara la gloria del martirio: nos está «asegurado, y dentro de poco lo recibire«mos, esa es nuestra esperanza.

«Pedid a Dios por nosotras y creed que «estamos listas todas a dar nuestra vida por «Jesucristo. Nos hemos confesado; la san«gre de él que ha muerto por nosotros la«vará mis ofensas, y la que verteré unida a «la suya me da una grande confianza en su «bondad.

«¿La gloria del martirio, querida amiga, «no es para desearse? ¿Qué haríamos sobre «la tierra, siempre en peligro de perder nues«tra fé? Han tratado de hacernos renunciar«la en los interrogatorios: en tales condicio«nes ¿quién desearía vivir? Deseamos vi«vamente unirnos al divino Esposo. Tantas «veces le hemos dicho: ¿Quién me separará «de Vos, ho Dios mío? ¿Serán las cruces, «las persecuciones?—No, os amaré siempre, «aunque me cueste la vida, Dios mío! Ha lle«gado el momento de realizar estos deseos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Pedidle que nos sostenga en estos sentimientos hasta el fin.

«No las olvidaremos cuando estemos en posesión de la gloria.

Escolástica».

Todas las palabras y todos los pensamientos de estas religiosas eran para el cielo. Ninguna tentación de flaqueza ni de pena de dejar la vida. Porque velaban y oraban para no abandonarse a los temores de la imaginación siempre en actividad, por eso, y a pesar de los sufrimientos y de los terrores de la muerte que se aproximaba, estaban llenas de alegría.

* * *

La Madre María Francisca Lacroix y la Madre Ana-María, Agustina Erraux hicieron profesión en las Brígidas de Valenciennes, cuya casa era contigua a la de las Ursulinas. Obligadas a salir de su convento, resolvieron después del regreso de Mons de las Ursulinas, solicitar su admisión entre ellas. Aunque podían creerse seguras en medio de su familia, prefirieron continuar el vivir en comunidad. La Superiora de las Ursulinas accedió a su piadoso deseo.

Estas dos fervorosas religiosas, no sólo estaban unidas a la comunidad por sus deseos y por su vocación, sino también porque habían recibido en su familia, una educación perfectamente cristiana.—«Pertenecían, dice un antiguo Sacerdote de Pont-sur-Sambre, a unas familias de las más religiosas y acomodadas de la región. En su casa, los Sacerdotes encontraron un asilo seguro en el tiempo de la revolución».

Las dos debían marchar al mismo paso hacia el martirio. Algunos días antes de su muerte, la M. Ana-María escribió a su hermano. Esta carta es el testamento y el perfecto espejo de las disposiciones de esta fervorosa religiosa, la más joven de nuestras mártires. Tenía treinta y dos años cuando encontró en la familia de Sta. Angela adonde acababa de entrar, el beneficio de la vida regular y la muerte más preciosa.

Mi querido hermano, escribía: «Recibirás lo que las Señoritas Rufin te remitirán».— Era su cubierto, algunos objetos de que podía disponer y lo poco de dinero que le quedaba de la suma que había recibido para su viaje. Luego, encomendaba a su hermano distribuirlo a los pobres, porque decía; «lo que viene de la Iglesia debe volver a los pobres de la Iglesia».

Después añade:

«Cuán feliz soy al derramar mi sangre por mi fé y por mis pecados. No puedo decir toda la alegría de mi corazón: salir de una prisión y de un mundo corrompido para ir a los Tabernáculos eternos!.....

Que Dios les conceda a todos la perseverancia hasta morir, si es menester por Jesucristo. Espero, por su misericordia veros en el cielo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Quedo, deseándoles las bendiciones de Nuestro Señor.

Ana-María Erraux».

Una estampa del Sagrado Corazón estaba encerrada en dicha carta. Como se ve por éste y otros testimonios, el culto del Divino Corazón de Jesús era más vivo que nunca en las almas cristianas o religiosas, durante los días calamitosos de la Revolución.

* * *
*

Sor Córdula de Santo Domingo, llamada en su familia Juana, Luisa Barré, nació en Sailly-en-Ostrevent, diócesis de Arras y fué bautizada el mismo día. Tomó el hábito de las Ursulinas en calidad de conversa, y profesó el 20 de enero de 1774.

Ninguna entre las hermanas dió tantas pruebas de afección a su comunidad como ella en estos tiempos difíciles. Su hermano que vivía en el pueblo de Sailly, hizo varias veces el viaje de Valencienes para llevársela y ponerla a salvo. Sus instancias cariñosas no pudieron jamás decidir a Sor Córdula a separarse de su familia religiosa.

Teniendo en poco sus penas y fatigas, se multiplicaba para el servicio de la comunidad.

De vuelta del tribunal adonde acababa de oír su condenación a muerte, se ocupaba todavía en los cuidados domésticos. Cuando los soldados se presentaron para conducir al cadalso a las seis últimas Ursulinas, Sor

Córdula no se dió cuenta de la presencia de estos en la prisión, y ellos a la vez no vieron desde luego que no llevaban sino cinco víctimas Desde que oyó cerrarse la puerta, la hermana viéndose sola y comprendiendo que sus compañeras iban a la muerte sin ella, se arrodilló pidiendo a Dios Nuestro Señor no la privase de participar de la misma suerte de sus hermanas.

El heroismo de esta hermana recuerda al espíritu a Santa Córdula, una de las compañeras de Santa Ursula que, en el momento supremo del martirio, se había escondido; más, luego llorando este instante de flaqueza, salió del barco donde había encontrado un refugio, y pidió a los bárbaros la muerte y la gloria.

Así, es como, dice un piadoso autor: una Ursulina más, cual un blanco cisne, dejaba la región de las tempestades por el océano de la eterna felicidad!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

GRACIAS O FAVORES CONCEDIDOS POR LA INTERCESION de las BEATAS MARTIRES DE VALENCIENNES.

Para la gloria de nuestras Beatas Mártires, publicamos lo siguiente:

El 20 de agosto de 1919, una niña interna del Colegio de las Ursulinas de Naxos, (Grecia) perdió el equilibrio y rodó los diez y seis escalones de una ancha escalera de mármol. La pobre niña se lastimó tan violentamente la cabeza que, sin una intervención divina, debía haber muerto al instante. Se quedó desmayada, y dos horas más tarde, sus pulsaciones disminuían rápidamente, sus extremidades se ponían frías y como de hielo. Las religiosas creyeron, con el doctor, que habían llegado sus últimos momentos.

«En medio de nuestras angustias»—escribieron sus buenas maestras—«recurrimos a la oración y pusimos debajo de la cabeza de la niña la estampa de las Ursulinas de Valenciennes. Poco a poco la niña volvió en sí, y ahora está bien».

Para pagar un justo tributo a Dios y a nuestras Beatas Mártires, damos a conocer su benéfica intercesión.

Una hermana conversa de la comunidad de Voiteur (Francia), tenía una enfermedad de corazón muy grave y se encontró repentinamente atacada por una congestión del pulmón que agravaba precisamente el mal estado del corazón. Había recibido la Extremaunción, y la noche siguiente, la Madre Priora viendo a esta querida hermana en el último extremo y no esperando más que el momento fatal, dirigió una fervorosa oración a nuestras Beatas Mártires, prometiendo una ofrenda a su intención, si la enferma se aliviaba.

Desde aquel momento, la calentura que era de 40° bajó gradualmente sin subir más y en la tarde del mimo día, el médico no encontró indicio de pulmonía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Novena en honor de las Beatas Mártires

(PARA USO PARTICULAR)

Oración de la Misa.—Fiesta, 23 de octubre.

Dios mío, que os habéis dignado coronar con la gloria del martirio la heroica caridad de las beatas vírgenes Clotilde-Angela y sus compañeras, en la educación de la juventud; os suplicamos, nos concedáis, por su intercesión, el permanecer firmes en la fé, para que ninguna adversidad nos separe de Vos. Por Nuestro Señor Jesucristo. Así sea.

ORACION

Gloriosas mártires, por la confianza que tengo en vuestra intercesión y el deseo de ver vuestro culto extendido por todo el universo, concededme una generosidad tan grande que no se niegue, por el amor de Dios, a ningun sacrificio, y un amor sin límites por nuestra santa fé. (Nómbrese aquí el favor que se desee.) Ese Dios tan bueno por el cual habéis dado vuestra sangre y vuestra vida, no rehusará nada a vuestras oraciones.

Pater noster. Ave María. Gloria Patri.

Beata Clotilde-Angela y sus compañeras mártires.

Rogad por nosotros. (9 veces).

INDICE

	Págs.
Censura	
Prólogo	5
Las Ursulinas y la Revolución	9
Ida a Bélgica y regreso a Francia	13
La Prisión	19
El martirio. Primer grupo de mártires	22
El martirio. Segundo grupo de mártires	27
Biografía de las Ursulinas mártires	33
Gracias o favores concedidos por la intercesión de las Beatas Mártires	48
Novena en honor de las Beatas Mártires	50

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Este Opúsculo

SE ENCUENTRA DE VENTA EN TODAS
LAS PRINCIPALES

LIBRERIAS RELIGIOSAS

ASI COMO LA

PRIMERA Y SEGUNDA COLECCION DE ALABANZAS.

EL RAMILLETE DE ALABANZAS.

EL TRISAGIO DOBLE.

EJERCICIOS DEL CRISTIANO

Y OTRAS

ORACIONES Y DEVOCIONES

—— DE LA CASA EDITORA ——



UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS